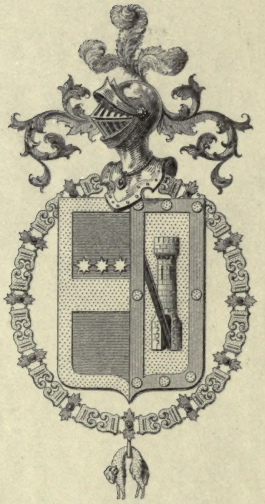
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00114856 8



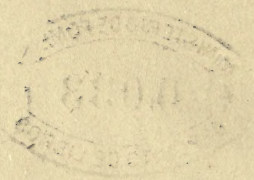
Biblioteca
de Don A. Canovas del Castillo.

L-9-

COLECCION

DE DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA.



COLECCION

DE

DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA

POR

EL MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE,

D. JOSÉ SANCHO RAYON Y D. FRANCISCO DE ZABALBURU

TOMO LXXVIII.

98110
10/9/09

MINISTERIO DE FOMENTO
0,033
DEPÓSITO DE LIBROS

MADRID
IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA
Calle de Campomanes, núm. 8

1882

DP
3
C65
t.78

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Con sujecion á las prescripciones del Real decreto de 12 de Marzo de 1875, que previene que las Corporaciones científicas informen al Gobierno sobre el carácter, mérito y circunstancias de las publicaciones subvencionadas por los fondos de *Fomento de las ciencias y las letras,* la Real Academia de la Historia se ha servido emitir, con respecto á nuestra obra, el erudito y concienzudo informe que á continuacion insertamos:

«Ministerio de Fomento.—*Real Academia de la Historia.*—Ilmo. Señor.: La Real Academia de la Historia ha examinado los tomos LXXIV y LXXV de la *Coleccion de Documentos inéditos para la Historia de España*, remitidos por V. I. para los efectos de la disposicion décimaquinta de la Real órden de 23 de Junio de 1876.—Comenzó este voluminoso repertorio de nuestros documentos históricos el año 1842, nacido al calor de ánimos tan alentados y nutridos de erudicion como los de los señores D. Martin Fernandez de Navarrete, D. Miguel Salvá y D. Pedro Sainz de Baranda; fomentáronlo con igual empeño los Marqueses de Pidal y de Miraflores en union del Sr. Salvá, y hoy subsiste y prospera, encomendado al celo del Marqués de la Fuensanta del Valle, de D. José Sancho Rayon y D. Francisco Zabalburu, en cuyas manos, no sólo no ha mermado en partida alguna la herencia, si no acrecentádose cuanto es posible, á pesar de las desfavorables vicisitudes de los tiempos y de tantas contrariedades y contradicciones. Este oficio de colector, y más siéndolo á expensas propias, tiene

tambien sus quiebras; y ya que no las subsanen la gloria del lucimiento ni la estimacion que por lo comun se concede á estos trabajos, justo es recompensarla con auxilios materiales, que el Estado, administrador de la fortuna pública, debe distribuir entre los que se dedican á éllos con más estudio, perseverancia, y no pocas veces hasta con disipacion de su peculio propio. Los antiguos Mecenas no existen ya, y los Gobiernos sucesores de la munificencia particular en la medida que la equidad distributiva y los recursos del Erario lo permiten, al consultar á doctas corporaciones sobre la más acertada inversion de sus recursos, las hace, como es justo, partícipes de su liberalidad y de sus deberes. ¿Merece ésta consideracion la *Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España?* Nada dirá la Academia de los tomos anteriormente publicados; y aunque en punto á los dos á que se refiere éste informe, por los términos que quedan expresados parece ya prejuzgada la cuestion, definido el fallo de la alabanza, bueno será pasar la vista por éllos y dar á conocer en resúmen las diversas materias de que trata. El LXXIV comprende los libros décimoquinto y décimosexto de los *Sucesos de Flándes y Francia en tiempo de Alejandro Farnese (sic)* (los libros anteriores ocupan los dos tomos precedentes), por el Capitan Alonso Vazquez, Sargento mayor de la milicia de Jaen y su distrito. La obra toda está copiada de un abultado volúmen manuscrito que consta de 704 fólios, perfectamente conservados en la Biblioteca Nacional bajo la signatura *I*—123. Las apostillas marginales del original, se han convertido en minuciosos sumarios al frente de cada libro, y por fin de los tomos se insertan índices de personas y lugares que satisfacen la curiosidad y facilitan las investigaciones. Era el Capitan Alonso Vazquez, discípulo en armas y letras de tantos soldados ilustres, no ménos diestros en el manejo de la espada que en el de la pluma. Refiere cuanto pasó á su vista, y

de los sucesos lejanos se muestra tan celoso investigador, que parece haberse hallado en todas partes, ya como ejecutor, ya como testigo. Juzga desapasionadamente de los hombres y de las cosas; toma siempre la defensa del calumniado ó del ofendido; sabe discernir bien entre el mérito y la fortuna, y si no hace gala de ingenio y elocuencia, muéstrase no ménos hábil en el colorido que en el dibujo, como quien desdeña lo fácil y se amaestra en lo dificultoso. La muerte del insigne Farnesio, comparable solo á los grandes héroes de la antigüedad, sugiere al panegirista de sus hazañas expresiones de profundo dolor y encómios, que en autor ménos sincero parecerian lisonjas. Por último, la obra del Capitan Alonso Vazquez termina con una interesantísima reseña biográfica de las personas más notables en todas las clases que militaban en aquellos célebres ejércitos, y puede muy bien calificarse, no obstante su modesto título, de verdadera historia de la época comprendida entre 1577 y 1592, por la puntualidad de la narracion, la rectitud de juicio y las demás condiciones que la avaloran. Los señores Marqués de la Fuensanta y Sancho Rayon, que ya en 1872 con sorpresa de los eruditos, dieron á luz el *Comentario de la guerra de Frisa*, del denodado y sábio Capitan Francisco Verdugo, que se creia perdido para siempre, con la publicacion de los tomos LXXII, LXXIII y LXXIV, de los *Documentos inéditos*, han prestado un gran servicio á nuestra literatura histórica y merecido la gratitud y aplauso de los versados en éste género de estudio. El tomo LXXV es, en cierto modo, complemento del anterior. Contiene la relacion de la interesante campaña de 1643, dirigida por el esforzado D. Francisco de Melo, sacado del manuscrito de la selecta y copiosa librería del distinguido académico Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo; vários apuntamientos del despacho para Milan y Saboya, relativos á la jornada del Duque de Alba á Flandes; minutas

de cartas del rey D. Felipe II á dicho Duque, y otros de éste al mencionado Monarca; diversas relaciones de lo sucedido en los Estados bajos en diferentes períodos de tiempo; una curiosa coleccion de artículos, que forman cierta especie de ordenanza militar para la infantería alemana, al servicio de España; las capitulaciones referentes á la restitucion á nuestro ejército de la plaza de Mons; numerosas cartas de D. Fadrique de Toledo á su padre el duque de Alba, sobre vários asuntos, y especialmente respecto á las alternativas, apreturas, conflictos, zapas, minas, escaramuzas, triunfos y desastres en el famoso sitio de Harlem, con otras muy peregrinas y sabrosas noticias llenas de colorido local y de interés palpitante relativas al expresado asédio, y sacadas de la correspondencia que algunos Capitanes y soldados particulares de aquellos tércios mantenian con sus amigos; cartas del duque de Parma, Alejandro Farnesio, y otros importantes documentos, que se refieren á la época en que aquél gobernó los Países-Bajos; la relacion de la campaña de 1635, por el Capitan Don Diego de Luna y Mora, Gobernador del fuerte de Burque, en la ribera de Amberes; la de la campaña de 1650, dirigida á Felipe IV por D. Juan Antonio Vincart, Secretario de los avisos secretos de guerra; la relacion de lo sucedido en Flándes desde 1648 hasta 1653, dictada por el Conde de Fuensaldaña, Capitan general de aquel ejército durante éste período, con otras minutas, instrucciones y documentos de diversa índole, que llenan las 576 páginas de que se compone el tomo. No es de la competencia de esta Academia, dado que fuera oportuno empeño, discurrir sobre los asuntos de que son objeto los dos volúmenes mencionados. Pero aun así, y examinada esta parte de la *Coleccion de Documentos inéditos* como meramente diplomática y de pocos conocida, opina este Cuerpo literario que debe el Gobierno proseguir dispensándole favorable acogimiento y benévola

proteccion, con lo que al propio tiempo que recompensa y estimula á los editores, proporcionará á nuestra Historia nuevas luces, con que acrisolar sus timbres y nuevos campos de investigacion á sus doctos cultivadores. Así tengo la honra de manifestarlo á V. I. por acuerdo de la Academia, con devolucion de los dos tomos remitidos. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 10 de Diciembre de 1881.—El Secretario, *Pedro de Madrazo.*—Ilmo. Sr. Director general de Instruccion pública.—Es copia.—*Riaño.*—Hay un sello que dice: MINISTERIO DE FOMENTO.»

A consecuencia del docto y favorable informe que precede, respecto á los últimos tomos de la *Coleccion de Documentos inéditos para la Historia de España*, en cumplimiento de las disposiciones vigentes sobre éste linaje de publicaciones, el Excmo. Sr. Ministro de Fomento se ha servido comunicarnos con fecha 27 de Marzo último una Real órden, en virtud de la cual S. M. se ha dignado disponer que continúe la subvencion con que auxilía ésta obra; por cuyo motivo seguirémos publicándola bajo las mismas condiciones que anteriormente; y excusado parece decir que en adelante pracurarémos desplegar los mayores desvelos y la más constante diligencia para contribuir, en la medida de nuestras fuerzas y deseos, al progreso é ilustracion de nuestra literatura histórica. Solo así acertarémos á corresponder dignamente á la benevolencia del Gobierno de S. M., á los laudables propósitos de la Real Academia de la Historia, y á las esperanzas del ilustrado público, que ha dispensado á nuestras tareas la más favorable acogida.

HISTORIA GENERAL

DE LAS

ISLAS OCCIDENTALES Á LA ASIA ADYACENTES, LLAMADAS PHILIPINAS,

POR

EL PADRE FRAY RODRIGO DE AGANDURU MORIZ,

calificador del Santo Oficio de la Inquisicion.

(*Ms.* de la Biblioteca del Sr. D. Mariano de Zabalburu.)

LIBRO PRIMERO

DE LA HISTORIA GENERAL DE LAS ISLAS OCCIDENTALES, LLAMADAS FILIPINAS.

CAPÍTULO I.

Primera noticia y descubrimiento de estas Islas.

Retiradas y como escondidas en las últimas partes de la tierra estaban las Islas occidentales, adyacentes y contínuas á la Asia, tan fértiles y ricas, que por ellas pudieran competir los reinos mayores de la tierra; porque las riquezas que Dios en ellas depositó, y los tesoros que en las ocultas minas de su rico terreno guardó, son de tal calidad, que en los más opulentos reinos del mundo no se han visto en tanta abundancia y bondad, ni cuando quisiéramos contrapesarlos dejáramos de hallar superioridad en estos. En los demas reinos y regiones del mundo están como repartidas las cosas á la vida humana necesarias, y en estas islas del Asia y parte de su continente, como es la China, Camboja, Siam y Cochinchina, no hay necesidad de navegar nuevos mares ni buscar nuevas regiones, en busca, ni de lo necesario para el sustento ordinario, ni áun de lo que puede apetecer un avariento deseo, porque en ellas se halla el oro de finos quilates, la plata pura, los hermosos diamantes, rubíes, topacios y otros géneros de preciosas piedras, el aljófar menudo, y gruesas perlas cándidas y netas; y en tanta abundancia todo, que participan della las regiones y provincias de todo el orbe. La seda y algodon, los aromas sutíles, el marfil, celebrado tanto de la antigüedad cuanto ordinario en estas occidentales regiones (digo occidentales, si-

guiendo el descubrimiento de Castilla por el Poniente, que si historiáramos la derrota lusitana, las llamáramos Islas Orientales, pero esta Historia sigue el rumbo al Oeste, como la nao *Victoria)*, la especería, que por el mundo corre, nace en estas Islas con abundancia. Aquí la pimienta fuerte y la canela, que es el verdadero cinamomo, segun Herodoto, porque las cortezas de este árbol, secas al sol, se encogen y quedan como canales, de donde se etimologizó canela; el clavo, que en solas cinco islas se cria; la nuez moscada y otras drogas de que quedaron huérfanas la Africa, Europa y América: finalmente, paréceme que no es posible hacer justo aprecio de las grandezas de estas islas, cuya descripcion en particular dejaré por agora, describiendo por mayor aquí lo que baste á dejarse entender esta Historia.

El globo del mundo, de tierra y agua, dividieron los antiguos como les pareció ser más á propósito, que como agua y tierra constituyen un globo, pasarán sus divisiones por los puntos de la esfera celeste; y la division más manual é inteligible es en cinco zonas, señaladas por los dos trópicos, que por el un Polo y otro pasan por veintitres grados y medio, de forma que el espacio que hay entre estos dos puntos imaginados de los primeros grados de Cancro y Capricornio, por donde se fingen los trópicos, es la Tórrida zona, á quien la antigüedad tuvo por inhabitable, y hemos hallado, no sólo lo contrario y ser las tierras de la Tórrida pobladísimas, pero haber en ella temples más saludables que en las zonas temperatas, como es el de la imperial ciudad de Méjico, que, sin hipérbole, es el mejor del mundo, del cual no hemos visto tan poco que no podamos afirmar esto. Las otras cuatro zonas, dos son templadas y dos frígidas; las templadas corren desde los trópicos hasta los círculos Artico y Antártico; tiene cada una de latitud cuarenta y tres grados. Las frígidas son de estos círculos á su Polo, no importa á la Historia dar razon por qué se llaman así. En la Tórrida zona, por las últimas partes de la Asia, en el Mar del Sur, parece que sembró la naturaleza tantas islas que no hay número á que reducirlas, grandes y pequeñas, como adelante

diremos, cuando pacíficas ya por los españoles las describamos en especial y hagamos particular topografía de ellas. Estas son el sujeto material de nuestra Historia, siendo el formal las facciones venturosas de los castellanos y sus acaecimientos; por esto no trataré de los sucesos de las islas que conquistaron los valientes portugueses, si no es que las acciones castellanas me obliguen á ello, que lo demas fuera mancar esta Historia, ni me abstendré entónces tampoco de decir lo que para la claridad y dulzura della importe. De las islas Malucas, y gran Archipiélago de San Lázaro, escribiré como cosa tocante á la Corona de Castilla, y que hasta agora na se ha escrito sino en relaciones breves y sucintas y agenas de verdad, que es la pureza y alma de la historia; esto me ha dado ocasion de escribir despues de habérmelo mandado el Cabildo y Regimiento desta invencible ciudad de Manila, donde al presente escribo. Suplirá á mi erudiccion la larga experiencia que de muchos años tengo en estas islas, las cuales he andado y en ellas he visto por mis ojos los sitios y lugares donde han sucedido estos acaecimientos, y he sido testigo de muchas facciones de gran consideracion, desde que D. Pedro de Acuña, Gobernador de estas islas, ganó á Terrenate el año de 1606, hasta hoy, de suerte que escribimos lo que vimos y oimos á nuestros mayores, sin que podamos desdecir de la verdad, que es lo que se pretende en estos escritos.

Poblaron, segun probables conjeturas, estas islas, los descendientes de Cham, hijo de Noé, porque los dos hermanos Sem y Japhet poblaron la Europa y Asia, por lo septentrional della, que por las marinas extendiéronse los hijos de Chus, primogénito de Cham. Mesran pobló á Egipto y á lo demas del Africa por la costa del Mar Bermejo, Seno Pérsico y costa de Ormuz; la vuelta del Oriente poblaron descendientes de estos y de las naciones que con Nembrot edificaban (por librarse de otro diluvio) la soberbia torre, todos descendientes de Cham; y porque todos los que habitan desde Egipto hasta estas islas son de un color tostado y casi de una fisiognomía, como son frentes anchas y narices romas, y todos idólatras, aunque ya mahometanos los más, podemos conjeturar haber descendido

de Cham, á que no desfavorece ser este gentío miserable y sujetos á perpetua servidumbre, de talento corto y de costumbres bárbaras, á quien parece alcanzó la maldicion de Chanaam, nieto del que fué ocasion para que el Santo viejo la echase en el nieto y no en el hijo, por no maldecir lo que Dios bendijo. Descubrieron las últimas partes de Asia y túvose noticia de estas islas en tiempo de Salomon y de Alejandro Magno; tanta fué su fama áun en aquella juventud del mundo.

CAPÍTULO II.

Primer viaje á estas Islas de las flotas de Salomon.—Descubren portugueses las islas Malucas.

Para la justa estimacion que es razon hacerse de aquestas ricas islas, no será pequeño argumento si rastreáremos haber Salomon enviado á ellas sus flotas, con que pudo ser el Rey más rico del mundo. No escribo por ventilar cuestiones de que han de huir los escritores de historias, sino por calificar el sujeto de esta obra, que, probando con buena razon y autores de autoridad lo que dijéremos, habremos hecho harto, y podrá el discreto seguir la opinion que gustare, que yo quedaré contento con haber sido el primero que haya descubierto el viaje de la flota de Salomon á aquestas islas, y que llevase noticia de las Malucas, cuya riqueza, desde entónces hasta agora, ha sido conocida si no tan estimada.

El Ofir, donde Salomon enviaba sus flotas, que le daban cada año seiscientos y sesenta y seis talentos de oro, era la Aurea Chersonesso, que agora es Malaca, Trapobana y Iavás, y tanta riqueza no le pudiera venir de sola Malaca y Trapobana, sino de las islas vecinas y compañeras, porque este número de talentos es una gran suma. Un talento de oro, segun Budeo, vale tres áureos áticos ó sesenta minas áticas, que cada mina vale cien dracmas, que, multiplicadas por sesenta minas, hacen seis mil dracmas; dracma es la octava parte de una

onza, que vale un real castellano; multiplicados seis mil reales, que vale un talento de oro (que hay otros talentos de más valor) producirán tres cuentos y novecientos y noventa y seis mil reales, que valen trescientos y sesenta y tres mil y doscientos y setenta y dos ducados y ocho reales. Y si estos talentos no quisiere alguno que sean de las flotas del Ofir (porque de la Historia Sagrada se colige, que una vez en tres años iban las flotas de Hiram y Salomon juntas), nadie negará los cuatrocientos y veinte talentos que le traian; cuanto y más que lo primero tiene mucho fundamento en la contestura de la Historia Sacra, que ántes de tratar de la anual renta hace mencion de la flota que enviaba, y luégo dice lo que le traian, y, dicho, añade que aquella era la cantidad que se le llevaba, sin las rentas reales de los tributos y aduanas de su reino. Consta tambien que le llevaban estas flotas cantidad de marfil, drogas, palos olorosos y preciosas aromas, sin gran cantidad de preciosas piedras y de aromáticos cinamomos, que son los canelos, que sólo en estas islas se hallan, con lo demas que hemos referido. Asentado esto, que nadie lo niega, probemos que Salomon llevaba de aquí aquestas riquezas, que, aunque quedará muy llano por no se hallar en otras regiones que en estas muchas de las cosas que le llevaban, como eran las drogas, canelos y colmillos de elefantes, de que abundan estas últimas partes de la Asia, formaré una razon concluyente de la navegacion que hacian los pilotos de Hiram. La flota se despachaba en el puerto de Asiongaber, en el Mar Bermejo, luego forzosamente navegaba el Mar de la India; lo primero no se puede negar, por estar expreso en las Sagradas páginas que bajó Salomon en persona á la provincia de Ailath al puerto de Asiongaber á despachar la flota; lo segundo, es forzoso conceder, por no haber otro mar contiguo con el Bermejo, sino el de la India: resta agora ver la derrota que llevaba la flota, que, ó habia de ser al Poniente ó al Oriente, la vuelta del Cabo de Buena Esperanza, ó de la Trapobana y Aurea Chersonesso. Lo primero no, porque aquellas costas sólo son ricas de negros, y el promontorio de Buena Esperanza se extiende hasta treinta y

seis grados de latitud antártica, á quien llamaron Cabo Tormentoso, por las tempestades con que defiende la puerta de aquellos mares y dificultad que tienen en doblarle las naos, pues sólo pueden hacerlo galeones grandes y fuertes, que en tiempo de Salomon no habria, demás de que, si la flota de Salomon le doblara, seria para ir á España, donde puso Goropio el Ofir ó Tarsis de Salomon sin fundamento, porque, si fuera España, en Ioppe ú otro puerto del mar Mediterráneo se habian de despachar las flotas del Rey sábio. Ó, por ventura, ya que no fuesen á España, doblado el promontorio las naves de Judea, seria para ir al Perú, donde por la semejanza del nombre quiere Arias Montano poner el Tarsis, adonde se habia de ir forzosamente por el Estrecho de Magallanes, supuesto que las naves llegaban á Ofir; y esto no puede ser por la dificultad del Estrecho y porque volteara el mundo aquella flota. Ó seria para ir á la Isla Española, como quiso Vatablo, que, si hubiera consultado y conferido la escritura con las relaciones de aquella Isla, dejara de decirlo, porque no hay elefantes ni en ella ni en toda la América, ni drogas, ni las preciosas piedras, aunque la América da esmeraldas y otras de ménos consideracion. De donde se infiere que los pilotos de Hiram no navegaron el mar Índico al Poniente, luego la derrota era al Oriente, y seria, sin duda, desde el Cabo de Comorin é isla de Zeilán adelante á la Trapobana y demas islas de este gran Archipiélago. Segun esto es nuestro parecer, que desde el tiempo de Salomon se descubrieron estas islas y hubo noticia de las Malucas y de sus drogas, por la parte que los portugueses las han descubierto, ántes del nacimiento de Cristo 1135, y de la creacion del mundo 4164, en la cuenta más corriente.

Despues, Alejandro, hijo del Macedonio Philippo, corrió con sus armadas de mar y tierra hasta el rio Indo, de quien toma denominacion la India Oriental; que por ir conquistando reinos y debellando ciudades, no pasó tan adelante como las flotas de Judea, pero gozó de las riquezas de estas islas, aunque su muerte intempestiva le llamaba á Babilonia donde le cortó el hilo de sus dichas.

Últimamente, habiendo los valientes portugueses conquistado la India, entraron con milagrosa audacia por la Iava y Anbueno, habiendo embocado por el Canal de Sabaon hasta las islas del Maluco y Archipiélago de San Lázaro, llamado así por haberse descubierto el viérnes que llaman de Lázaro; su descubrimiento fué en la forma siguiente:

Habiendo el magno Alfonso de Alburquerque ganado con gran valentía á Malaca, plaza de armas y cabeza de la antigua Aurea Chersonesso, y considerando ser la más importante plaza de estas regiones, escala y emporio para las islas de Banda, Burney y las demas de su contorno, habiéndose fortificado en ella, determinó enviar á descubrir aquellas remotas y escondidas islas, y para esto nombró al capitan Antonio de Abreo, que con tres navíos de mediano porte partió al descubrimiento, y sin dificultad alguna llegó á la Iava mayor y desembarcó en la ciudad de Agacim, desde donde, habiendo sido recibido de paz y hecho nuevas alianzas con los Iavos, salió la vuelta de Anbueno y de las islas de Banda, que son ya del término de las Malucas; donde se detuvo algunos dias rescatando drogas y las demas riquezas de que abundan, hizo amistad con los isleños, y, cargado de especería, dió la vuelta á Malaca y de allí pasó á Goa á embarcarse para Lisboa á dar cuenta al serenísimo rey D. Manuel de su descubrimiento y del tesoro de las islas Malucas. Que aunque no llegó á Terrenate, cabeza principal dellas, por lo ménos las descubrió, y, llegando á la puerta, pudo llevar las primicias de la especería; pero navegando este excelente Capitan la vuelta del Cabo de Buena Esperanza, se perdió el galeon y Antonio de Abreo la vida y todo lo que llevaba, ancorando en el puerto comun de los mortales.

CAPÍTULO III.

Llega Francisco Serrano á Terrenate y la fama del Maluco á España.

Habia llevado consigo el capitan Abreo á Francisco Serrano, que, viéndole desistir del nuevo descubrimiento y que se volvia á Portugal, tomó á su cargo el proseguirle, como quien habia tanteado bien aquellas islas; y habiéndose despachado con un navío, navegó la misma derrota que Antonio de Abreo, y estando sobre la isla de Banda le sobrevino una tormenta que le obligó cazar á popa y correr á lo largo con el papahigo del trinquete; pero como estaba dentro de las islas, no pudiendo apartarse dellas, dió miserablemente en unos escollos ó arrecifes de la isla de Tortugas, donde, desembarcando las personas con turbada priesa en maderos y tablones, tomaron tierra, y la nao y chalupa se hicieron pedazos, de suerte que no pudieron escapar cosa de las que en el navío llevaban, quedando los náufragos portugueses al beneficio de una pequeña isla despoblada y sin bastimento. Las armas sacaron en las manos, que nunca las dejaban, estimándolas más que la comida que podian sacar, é importóles no ménos que la vida, que la hallaron en la ocasion que todos la suelen perder, como dirá su venturoso suceso.

Las islas vecinas á esta de Tortugas están muy pobladas, cuyos moradores son grandes piratas y salteadores; viendo, pues, fluctuar el navío, conocieron que iba á dar á la isla de Tortugas; sosegada la tormenta, se embarcaron algunos isleños por ver si podian robar el navío, que juzgaban perdido y la gente ahogada, y en una caracoa encaminaron á la isla. Descubriéronla los afligidos portugueses que ya padecian hambre y sed, y, viendo que llevaba la vuelta de tierra, dió Francisco Serrano en la intencion que traian, que era de saquear el navío buceando lo que pudiesen; emboscóse con su gente, listas las armas, y el navichuelo de los indios llegó á tierra, y con sus

armas saltaron en ella, que viendo en la arena rastro de gente le fueron siguiendo hácia el monte. Viendo los portugueses la determinacion de los salteadores, se hicieron dos tropas, la una para divertirlos peleando con ellos, y la otra para salir á la playa por otra parte y tomar la galeota de los piratas; hízose esto con tanta diligencia cuanta vieron que convenia á la vida de todos. Los unos salieron á la playa y tomaron la embarcacion sin resistencia, y los otros hicieron rostro á los isleños, que, no pudiendo sufrir el coraje y brío de los valientes portugueses, volvieron las espaldas á embarcarse; pero cuando llegaron á la playa se hallaron sin embarcacion y se dieron á merced al capitan Serrano, que se via ya con navío, bastimento y gente de boga. Pidiéronle que no los dejase en aquella isla despoblada donde moririan sin duda miserablemente, y que en pago de esta merced los guiarian á tierra rica y muy poblada; vino en ello el portugués, y, desarmándolos, los embarcó á todos, no sin peligro grande, por ir la embarcacion sobrecargada y á riesgo de zozobrar con cualquiera viento. Los piratas los guiaron á Anbueno, donde fueron bien recibidos de los rucutelanos, y tan acariciados de ellos, que les obligó la buena cortesía á que en agradecimiento los ayudasen en una guerra que traian contra los de Veranula, ciudad metrópoli de la Batachina. Llegaron á las manos rucutelanos y veranuleses, siendo estos vencidos de los de Rucutela por el favor de los portugueses. La fama de esta victoria llegó hasta Terrenate, isla principal, donde estaba el imperio de los reinos del Maluco, y á Tidore, que es la isla que tiene segundo lugar entre las cinco del clavo, no por ser mayor que otras, sino por tener allí su corte el rey Almanzor, y la majestad de nuestro rey y señor D. Felipe III al presente una fortaleza. El rey de Terrenate, llamado Boleyfe, traia guerras ordinarias con el rey Almanzor, su vecino, y estos dos reyes deseaban cada uno por su parte tener por amigos á los portugueses, cuyas valentías y hazañas habian corrido por todas aquellas islas. Supieron como Francisco Serrano y los demas portugueses estaban en Rucutela regalados de sus moradores, por la victoria que les dieron de los de Veranula, y

cada uno por su parte le envió su embajada ofreciéndole el descanso y buen hospedaje de su reino, y con la embajada enviaban muy ricos presentes, navíos y soldados que les hiciesen escolta; adelantóse la embajada del rey de Terrenate, que enviaba á Serrano diez navíos y mil soldados, y con esto ganó la bendicion al rey de Tidore, cuya embajada llegó despues. Ordenándolo así Dios para que la Corona de Castilla tuviese amparo en Almanzor, como le tuvo, cuya fe y amistad inviolable duran hasta el dia de hoy, y en este año de seiscientos y veintiuno nos ha dado su favor todo contra los holandeses que ocupan aquellos mares, habiendo cien años justos que el primero Almanzor se dió por amigo del César, nuestro señor, como dirá esta Historia, cuya solemnidad se hizo el año de quinientos veintiuno. Embarcóse con sus portugueses Francisco Serrano en los navíos del rey Boleyfe y llegó á Terrenate, donde le recibió el Rey con mucho amor, y regaló á él y á todos sus compañeros con mucho cuidado, correspondiendo Francisco Serrano. Para tenerle más grato y á devocion del rey de Portugal, trató con él de que hubiese amistad con el Rey, su señor; Boleyfe vino en ello y las juró por sí y por sus vasallos; de que luégo Serrano hizo instrumento público, y envió á la India y á Portugal traslados y relacion de las islas del Maluco que habia descubierto, con que se hinchió la India, España y toda la Europa de la fama de las Islas.

CAPÍTULO IV.

Descríbense las islas del Maluco.

El gran Archipiélago de San Lázaro, adyacente á los últimos términos de la Asia, como dije, consta de muchas y grandes islas, del cual describiré agora en especial las islas Malucas, dejando las demas, que despues se llamaron Filipinas por la majestad católica de Philipo II que las conquistó y pobló, para cuando el año de 65 las pueble y pacifique Miguel Lopez de

Legaspí. Dejando tambien la parte de la Nueva Guinea y Papuas, digo que las Malucas son unas islas puestas en el corazon de este gran Archipiélago, cercadas de otras mayores y menores, tanto quiso la naturaleza esconderlas de los ojos de los mortales, cuyas riquezas habian de mover las armas de los reyes más poderosos del mundo, pretendiendo cada uno para sí conquista tan grandiosa; ocupan desde dos grados al Austro, tendiéndose por la línea equinoccial al Septentrion, hasta tres grados. Las principales islas son cinco, que están tendidas Norte-Sur y sitas debajo de un meridiano las cuatro, que son Terrenate, Tidore, Motiel y Maquien, y la quinta que es Bachan, tiene su meridiano algo más occidental por la derrota de Castilla, que por la de Portugal es oriental; está en medio grado al Sur, y las cuatro primeras están desde la equinoccial á un grado escaso de la banda del Norte en que está Terrenate. Al Este de estas islas (que por ser las del clavo se hace más caso de ellas y porque los reyes tienen en ellas su silla), está la isla Batachina que parece las sirve de muralla, teniendo al Occidente la gran isla de Macasar ó Matheo. Por el Norte tienen la gran isla de Mindanao y demas Filipinas, y por el Sur las islas de Banda y Anbueno, á cuyos puertos entran las naves de la India por dos estrechas puertas, que son los embocaderos de la Sunda y Sincapura, que á querer guardarlos, cerrándose estas puertas con galeones, tuviera el Rey, nuestro señor, segura la mayor riqueza del mundo, que como está en el fruto de las claveras, son inacabables y coevas con la duracion del mundo, lo que no hay en las ricas minas de oro y plata, cuyas venas tienen fin y breve término.

Terrenate es reino rico y abundante, y, aunque la isla es pequeña, son de su jurisdiccion Motiel y Machien, y en la Batachina tiene mucha tierra; es el reino más principal de aquel Maluco, llamado así de Moloch, que en propio idioma significa cabeza de cosa grande. Extendíase el imperio de Terrenate á sojuzgar reinos y señoríos, y su rey, Boleyfe, era temido de las islas de los Papuas hasta Macasar, y de allí hasta las islas de Banda; fué su competidor siempre el rey de Tidore,

contendiendo siempre sobre la mayoría é imperio. Dije ser rico y abundante Terrenate, y las demas islas Malucas lo son por la abundancia de clavo, hasta llenar el orbe todo, pues no hay retirada nacion, no hay region escondida que no participe de su maravilloso fruto, que, bien echadas las cuentas, es el mayor tesoro del orbe; porque, como acabamos de decir, la plata, el oro, las piedras preciosas, son minerales limitados y que con facilidad se acaban, pero el clavo, como lo produce el fértil terreno, es riqueza anual, es tributo continuo, aunque no regular ni siempre de una manera, que la fertilidad y fecundidad de los terrenos se amplía ó disminuye con los buenos ó malos congresos de planetas y causas superiores; y así hay años de poco clavo y otros de tanta abundancia que faltan almacenes para él. Este es el gariofilo de Plinio, el caranful de los Árabes, Persas y Turcos, el chanque de los Malucos. Los claveros son árboles gruesos, grandes medianamente; en la copa agudos, ramosos y algo intricados, las ramas delgadas y en las hojas no disimila al laurel; quebrantadas derraman fragancia, y mascadas requeman. La madera es fuerte y de mucha dura; nace el clavo en grumos, en racimos, al modo del fruto de la murta. Cuando florecen las claveras, el clavo es blanco y arroja su flor tan vehemente suavidad, que si hubiera aquella gente que finge la antigüedad que se sustenta de olor, sin duda ninguna el sustento no fuera olor, sino la fragancia de las claveras en flor, que parece que, engolosinado dél el aire, llena sus tres regiones dél, por quien el áura mansa pudiera espirar en la aurora, haciendo primaveras, produciendo flores, porteando aromas, fecundando frutos y alegrando prados, selvas, montes, rios, fuentes. A medio crecer es el gariofilo verde hermoso, como el que muestra el Iris en el aire, cuando maduro es un mixto de morado y ostro; puesto al sol despues de cogido pierde su color y queda entre pálido y ceniciento, despues queda con el color que vemos. El clavo que se queda en su madre, vareado el árbol, permanecen un año y parecen mayores; despues llámanlas madres y son más valientes. No consiente la clavera hierba á su pié ni en torno, y así no necesita de beneficio el

suelo. Las tierras de minas de plata y oro, los montes preñados destos metales, ricos tesoros de los mortales, no crian hierba, están calvos ó pelados, sepulcro ó mausoleo del enterrado metal, y las claveras, por lo que tienen de tesoro, es su suelo, entre cuantos producen árboles, paren frutos, calvo y pelado como el de la plata y oro. La razon es ser tan calientes sus troncos, tan abrasadas sus raíces y sedientas, que por las venas y poros de la tierra buscan la humedad ansiosas, y apénas hallan alguna cuando la reciben para su conservacion, con que no dejan lugar á que se crie la menor hierbezuela. Cuando los naturales quieren limpiar algun terreno de grama inútil, plantan un palo de clavera que como fuego abrasa las hierbas, mata las raíces y limpia el campo, y esta calidad pasa de las plantas al fruto, pues si le ponen en lugar donde hay agua, con su calor la bebe y chupa; donde lo tienen almacenado necesita de agua, que si es salada dicen es mejor. La cosecha abundantísima, á veces es trienal y á veces bienal, y sucede en un año haber dos cosechas. La isla de Terrenate da de cosecha el dia de hoy mil y quinientos vares de clavo, tiene cada var seiscientas y cuarenta libras; persuádome á que son cates de á veinte onzas, pero hagámoslas de diez y seis, son nueve mil y seiscientos quintales. La isla de Tidore tendrá otro tanto. En Motiel se cogen ochocientos vares, que hacen cinco mil y ciento y veinte quintales. La isla de Maquien es la más fértil y de mayor cosecha; da, el año que se coge, dos mil vares, que valen doce mil y ochocientos quintales. Bachan no sabemos determinadamente el clavo que da, y así no lo señalamos; por agora sabemos que da mucho clavo. Y esto baste para que quede conocido el tesoro del Maluco, pues solas cuatro islas, en cuatro cosechas, dan treinta y siete mil y ciento y veinte quintales de clavo. En otras islas, como es la Batachina ó Gilolo, los islotes de Ires y Meitarana, y en otros vecinos á Tidore y en Anbueno, se coge alguno; auméntanse las claveras. Dicen los naturales del Maluco, que como abundan los montes de palomas torcaces, asiéntanse en sus ramos y comen los clavos envejecidos con el tiempo, purgan en el aire, y, no pudiendo

digerirlos, excreméntanlos enteros y dispuestos á que, cayendo en la tierra, produzcan, de que nace el árbol. Son estas islas pobres de mantenimientos; su pan ordinario es sahagú, que se coge en algunas dellas, especialmente en Bachan que dista cuarenta leguas de Terrenate, al Sur, aunque no por paralelo derecho; de aquí se proveen Tidore y Terrenate. El arroz entra de fuera. Todas las islas del clavo, como son parecidas en dar un fruto, que es el gariofilo, lo son en la forma, redondas, montuosas, serranas; la mayor de las cinco no pasa de siete leguas ni baja de cuatro; vuelan por inaccesibles serranías por el aire cubiertas todas de claveras y bien pobladas de naturales. Son ellos ágiles, robustos, belicosos, á que les favorece el clima ignívomo; desde niños están ejercitados en la guerra, con que llegando á la adolescencia son animosos, de buena determinacion y ambiciosos de honra. Usan el dia de hoy armas ofensivas y defensivas de Europa, manejan el arcabúz con destreza y se atreven á desafiar un capitan castellano cuerpo á cuerpo, dejándole la eleccion de las armas como si hubieran nacido dentro de España; son bien agestados, respecto de los naturales de las dos Indias; las mujeres son de buena gracia y algunas dellas son por extremo hermosas con estar cerca de la equinoccial línea. Levántase desde las faldas del mar en Terrenate un volcan que vuela bien dos leguas, en cuya excelsitud, que hace una breve plaza rematando el monte todo como pan de azúcar, tiene una boca por donde exhala fuego, vomita llamas, arrojando nubes de espeso humo, que, ó por su distancia ó del aire iluminado, parecen de diversas cambiantes y colores; engendran las entrañas deste poderoso Etna minas, rios de azufre, que no á todos tiempos está ardiendo, sino en aquellos solamente que la materia está más dispuesta para encenderse naturalmente, como hace el rayo en la nube, que siendo ántes exhalacion dispersa por toda ella, huyendo de su contrario, se retira al centro donde se junta y reconcentra, y unida se acciende por sí misma: arroja entre las nubes de humo azufradas piedras leves que se hallan en la sierra. Corónase el volcan ántes de abrir el ángulo agudo que hace la sierra de un

apacible prado, á la vista hermosamente verde, sin que haya árbol en todo él; de allí abajo la sierra y valles está cuajada de claveras. La summidad, cuando el volcan no arde, es frigidísima. Hace la sierra muchas quebradas y algunas mesas, en una hay una laguna con cocodrilos, lagartos ó caimanes. Aves hay varias, bravas y domésticas; hay nores y papagallos excelentes, tan retozones con quien conocen, pues no hay cachorros regalados ni perros de falda que tanto lisonjeen (no lo escribiera á no haberlo visto con admiracion mia), en sus principios, cuanto crueles con los extraños, que en habiendo hecho su suerte le silvan y gritan en señal de su vencimiento, y es, á mi ver, una de las cosas peregrinas del mundo. Las marinas tienen poco pexe; en algunas partes hay abundancia. Hay en estas islas pocos puertos, y en Terrenate, Toloco y Talangame, dos leguas del arrecife de la ciudad, donde descargados, pueden entrar navíos menores como fragatas y pataches [1].

CAPÍTULO V.

Sale de la barra de San Lúcar Fernando Magallanes á buscar el Estrecho austral.

La amistad del capitan Serrano y Fernando Magallanes, que juntos en grandes ocasiones del servicio del Rey D. Manuel se hallaron, en compañía del magno Alfonso de Alburquerque, en la toma de Malaca especialmente, fué de tanta consideracion que importó á la Corona de Castilla la accion legítima de las islas Malucas, porque Serrano le habia enviado una descripcion dellas, advirtiéndole estaban fuera de los límites y demarcacion de Portugal; porque como Fernando Magallanes anduviese desabrido con los suyos, ya por envidias y emulaciones, ya por los disgustos que en Azamor tuvo con algunos oficiales ministros de su Rey, desestimando sus grandes servicios y tra-

[1] Siguen en blanco los folios 12 al 19, como si debiera continuar este capítulo.

tándole como á hombre ordinario, deseaba ocasion para servir al rey de Castilla, donde se prometia alcanzar premio de lo que en su servicio trabajase. Despues se vió con el mismo Serrano cuando volvió á la India para ir á Portugal, y confirió con él este pensamiento, pidiéndole que escribiese á la Católica Cesárea Majestad de Cárlos V, emperador de Alemania, y á la sazon rey de Castilla, en razon del descubrimiento que habia hecho de las islas Malucas, y lo que sentia acerca de caer en el sitio y demarcacion de la Corona de Castilla. Hízolo así el capitan Serrano, y dióle las cartas en la forma que deseaba, con que Magallanes, llegado á Lisboa, desnaturalizándose de su patria ante escribano público, pasó á Castilla; llevaba en su compañía un cosmógrafo, llamado Ruy Falero. Confirió su pensamiento con cosmógrafos y matemáticos, probando que las ricas islas de la especería estaban sitas en la demarcacion de Castilla; esforzaba su opinion con argumentos y razones evidentes. Tenia un globo terrestre en que hacia algunas demostraciones, dejando en él en blanco el Estrecho que pretendia descubrir; y para que sus deseos tuviesen efecto, trató su pretension con Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, á cuyo cargo estaban las cosas de las Indias, y el Obispo, satisfecho de las razones y celo de Magallanes, los puso con el Gran Chanciller para que diese parte á S. M., como lo hizo, de la pretension de Ferdando Magallanes y Ruy Falero; y habiendo mandado S. M. C. conferir el negocio en su Real Consejo, se tomó resolucion de que en Sevilla se armasen cinco naves fuertes y de buen porte, y se aprestasen de todo lo necesario para navegacion tan larga é incierta. Dióse nombramiento á Fernando de Magallanes de General de la armada, y á su compañero y á él les hizo merced de dos hábitos de Santiago; honrólos mucho en Zaragoza, donde el Emperador se hallaba, y dióles audiencia pública y trató de hacer ciertas capitulaciones con ellos. El rey de Portugal, teniendo noticia de lo que Magallanes intentaba, pretendió estorbarle la jornada, y á este efecto envió su Embajador, que fué Alvaro de Acosta; aunque no fué de consideracion su llegada, porque

mirando el Rey por el augmento de sus reinos ejecutó su alta determinacion y capituló con Magallanes y Ruy Falero lo siguiente:

«Que, atento que Fernando Magallanes y Ruy Falero se obligaban á descubrir en los límites de la Corona de Castilla las Islas de la especería y otras muy ricas de drogas, se les darian, de los provechos que rindiesen, la veintena parte, quitadas las costas.

»Que se les daria el gobierno de las Islas que descubriesen, por sus vidas, y el título de Adelantados, para sí, sus hijos y descendientes, naturalizándolos en el reino de Castilla.

»Que por tiempo de diez años no enviaria el Rey, por la derrota que llevasen, nuevos descubridores, pero que por la vía del Poniente y Mar del Sur pudiese S. M. hacerlo.

»Que, si fuesen las Islas que descubriesen más de seis, de las dos llevasen de los aprovechamientos la quincena parte.

»Que del retorno que llevasen las cinco naos de armada que se les daban, hubiesen por la primera vez tan solamente el quinto de la especería.

»Que, en las naos que S. M. enviase á las dichas Islas que descubriesen, pudiesen enviar hasta cantidad de mil ducados empleados, pagando derechos.

»Que de los cinco navíos los dos fuesen de ciento y treinta toneladas, otros dos de noventa, y otro de sesenta, con municiones, pertrechos y bastimentos para dos años; y para su guarda y marinaje doscientas y treinta y cuatro personas.

»Que S. M. nombrase los Capitanes y Oficiales de la Armada, y Jueces oficiales Reales para su Real hacienda.

»Finalmente, que muerto uno de los dos, Fernando de Magallanes ó Ruy Falero, sucediese el que quedase en estas Capitulaciones.»

Hecho este asiento se despidieron del Rey con los despachos necesarios para Sevilla, donde, llegando, no hallaron el armada tan adelante como Magallanes quisiera, pero, con su asistencia,

se puso en breve en buen estado. No faltaron estorbos y dificultades en hallar marineros y pilotos, por parecerles á todos viaje temerario, y que se iba á buscar un Estrecho que sólo por buen discurso se hallaba, pero que, de que le hubiese, ni habia jamás habido noticia ni caido en imaginacion de hombres. Dispúsose para esto un famoso piloto guipuzcoano, natural de Guetaria, en la provincia, llamado Juan Sebastian del Cano, con que se facilitó el marinaje, que la mayor parte fueron vizcaínos. Entre Fernando Magallanes y Ruy Falero hubo algunas diferencias en materia de superioridad, pero atajólas el Rey mandando á Falero que se quedase para ir solo, y en otra ocasion, atento á su poca salud; y por cuanto tenia noticia que algunos Capitanes se habian atravesado con Magallanes, que le obedeciesen como á su Real persona. Ruy Falero se quedó, y como cayó sobre poca salud el mandarle dejase el viaje, que tanto deseaba hacer, fué empeorando cada dia, y, perdiendo el juicio, pasó, en vez dél que deseaba pasar, el estrecho de esta vida. Puesta á punto el armada, se bendijo el Real estandarte, con grande fiesta, en la iglesia de Santa María de la Victoria, de Triana, siendo cosa notable que una de las naos de este nombre, de las cinco de esta armada, volvió á subir, habiendo sido la primera que rodeó el mundo, con admiracion de los mortales, por el rio de Sevilla, al puesto de donde habia salido. Salió de Santa María de la Victoria la nao *Victoria*, volviendo con victoria, de la ferocidad de las mares, rigor de los vientos, novedad de climas y variedad de las incógnitas antárticas regiones, otra vez á los umbrales del templo de la Victoria. Y habiendo hecho el general Magallanes el pleito homenaje que se acostumbra, en manos del Asistente de Sevilla, Sancho Martinez de Leiva, recibió el estandarte; los demas Capitanes y Oficiales hicieron juramento de obedecer á Magallanes.

Señalóse para Capitana el mayor de los cinco navíos, llamado la *Trinidad;* Maestre, Juan Baptista de Poncevera, genovés; Contramaestre, Francisco Calvo. La segunda nave era *San Antonio*, su Capitan Juan de Cartagena; Maestre, Juan de Eloriaga, vizcaíno; Contramaestre, Pedro Hernandez. De

la nao *Victoria*, que con mejor título que Argos pudiera ocupar en el globo celeste la imágen austral, era Capitan el tesorero de la armada, Luis de Mendoza; Maestre, Antonio Salomon, natural de Palermo; Contramaestre, Miguel de Rodas, vecino de Sevilla. Del navío *Concepcion* fué Capitan Gaspar de Quesada; Maestre, Juan Sebastian del Cano, natural de Guetaria, como tengo dicho, en la nobilísima provincia de Guipúzcoa, y el primero que por experiencia conoció la forma del mundo mejor que Xenóphanes, filósofo, que pensó ser la tierra infinita por la parte inferior, y que Demócrito, que la fingia piramidal; halló ser redonda, contra la filosofía de Anaxímenes y Empedocles, y la rodeó por toda la circunferencia de su esfera con su industria y arte, como el sol por el cielo, rematando en el punto mismo de donde habia salido. Cuya fama será perpetua, pues dió gloria á su dichosa patria prodigando la mayor hazaña á la más noble provincia del mundo, que es la de Guipúzcoa; Contramaestre de la *Concepcion* fué Juan de Acurio. El último navío fué *Santiago*, su Capitan Juan Rodriguez Serrano; Maestre, Baltasar Genovés; Contramaestre, Bartolomé Prior. Nombráronse para oficiales de la Real hacienda: por Contador, á Antonio de Coca; Tesorero, Luis de Mendoza, y Factor á Juan de Cartagena; á todos prometió el Rey hacer mercedes, con que se despacharon contentos y llenos de esperanzas.

Salió la armada por la barra de San Lúcar, á diez y siete de Febrero del año de mil y quinientos y diez y nueve, dando principio á su peregrino viaje. Antonio de Herrera tiene que salió á diez de Agosto; Roman, en la *Historia de la India*, dice lo mismo; yo sigo una relacion manuscrita, original de un compañero de Magallanes, que tengo en mi poder. Verdad es que, teniendo malos tiempos, la armada arribó dos veces á Cádiz y otra á San Lúcar, en que se pudo gastar algun tiempo, pero éste no fué tanto que alcance á concordarnos.

Estando ya la armada engolfada, tuvo en el golfo que llaman de las Yeguas un temporal que la obligó á meterse en la bahía de Cádiz, y habiendo sosegado algo hizo vela otra vez la vuelta de

las Canarias, y con otro temporal arribó segunda vez á la bahía de Cádiz; volvió á dar vela, y, teniendo cerca de Fuerteventura otro temporal más recio, arribaron tercera vez á la barra de San Lúcar, donde, sosegada la tempestad, surgieron, y aguardando la pleamar se metieron la barra adentro, y dieron fondo en Bonanza, donde aguardaron el verano para hacer viaje. Persuádome á que la primera salida fué en el tiempo que hemos señalado, por ser tiempo tormentoso, como experimentamos cada dia, y los navíos que salen por él pocas veces dejan de tener temporales.

CAPÍTULO VI.

Prosigue Magallanes su viaje.

Ya habia pasado el invierno y el tiempo apacible mostraba serlo ya de navegar, cuando Fernando de Magallanes salió con su armada la barra afuera, á once de Mayo, y con buen viento fué navegando siguiendo la instruccion y derrota que llevaban los pilotos, y tomó puerto en la isla de Tenerife, una de las Canarias, que está en veintiocho grados de latitud septentrional; aquí se detuvo la armada más de lo que fuera razon, refrescándose y haciendo aguada y leña, y, habiendo gastado todo Mayo, se levaron con poco viento, pairando con los trinquetes, con que poco á poco dejaron la tierra y dieron con las brisas que se hallan siempre en el golfo, y en ménos altura. Dieron vista á las islas de Cabo-Verde, y tomando la derrota del Brasil fueron navegando. Aquí les salteó una peligrosa tormenta que les redujo á mucho peligro, desaparejando las naos, corriendo gran riesgo la armada, tomó la costa del Brasil, y, prolongándola, se metió en la bahía de Genero, de donde salieron muchas embarcaciones con refresco, gallinas y aves varias, y muchas frutas; aquí se repararon lo mejor que pudieron, en que gastaron algun tiempo, especialmente tuvieron

muchos dias viento por la proa, que no les dejó navegar. Y, deteniéndose aquí la armada, para la inteligencia de la Historia será bien tratar de la disposicion de esta tierra del Brasil y su descripcion, pues ella nos servirá para lo que toca á los tiempos y navegaciones dellos dependientes, para las demas regiones antárticas por donde ha de navegar esta armada, demás de la obligacion que tiene la Historia de describir los lugares que toca.

El año de mil y quinientos, famoso por el gran Jubileo, y por el nacimiento dichoso del invictísimo César Cárlos V, emperador de Alemania y rey de las Españas, Pedro Alvarez Cabral, por la Corona de Portugal, descubrió un gran continente de tierra, al cual, porque dia de la Cruz de Mayo se enarboló en él el árbol de la vida, se llamó tierra de Santa Cruz, aunque despues perdió el nombre por el palo bermejo, llamado brasil, de que abundan sus montes; pero sin razon, pues mejor renombre tenia de aquel Sacrosanto brasil rojo, sanguíneo, que fué el precio de nuestra Redencion. Primero habia dado vista á esta tierra Américo Vespucio, florentin, por quien el Nuevo Mundo se llama América, perdiendo el nombre de su primero y digno de eterna fama descubridor, Colon, que fué quien halló el Nuevo Mundo. Yace el Brasil en la parte austral; por su menor altura se aparta de la línea equinoccial al Polo antártico dos grados escasos, corriendo por el trópico de Capricornio hácia el círculo antártico, hasta cuarenta y cinco grados, que por las cartas más ajustadas, desde la boca del Marañon hasta la altura referida, son mil y doscientas leguas de costa. La costa de la mar no corre de una manera: parte corre Norte-Sur, y parte Nordeste Sudoeste, y otra parte, hasta el gran rio Orellana, corre Leste-Oeste; la parte austral remata en punta poco más adelante del Rio de la Plata, haciendo un ángulo agudo. Divídese del Perú y Chile con estos dos famosos rios, Orellana y de la Plata, en cuya comparacion son breves arroyuelos en Asia, el Ganjes y Eufrates.

Yace el Brasil desde el principio del primer clima hasta la mitad del sétimo, segun que los modernos constituyen veinte y

tres climas desde el primero hasta el vigésimo cuarto paralelo. Parte de esta region cae en la Tórrida zona, que es desde dos hasta veintitres grados y medio, por donde se tira la línea ó círculo imaginario del Trópico, que es por el primer grado de Capricornio, y parte cae en la zona Templada, que es desde el Trópico adelante, subiendo por la altura austral. El temple general, especialmente de veinte grados de altura arriba, es encontrado en el tiempo con el que hace de la línea al Norte, porque en estas regiones antárticas el mayor dia es á veintidos de Diciembre, cuando es el menor en nuestra España, y, cuando acá es invierno, en el Brasil y tierra austral es verano, y cuando allá verano en estas regiones invierno. La razon es clara, porque el sol que divide el dia de la noche distingue el verano del invierno acercándose al Septentrion desde la Línea, ó al Austro ó Mediodia; desde veinte de Marzo, en este tiempo, hasta veinte y tres de Setiembre, anda el sol á la banda del Norte, en los signos septentrionales, que es desde el primer grado de Ariete hasta el último de Virgo, y en este tiempo es invierno riguroso en las tierras australes, especialmente en las que tienen mucha altura de Polo, como lo austral del Brasil, Chile y Estrecho de Magallanes; y desde veinte y tres de Setiembre, que el sol entra en el primero grado de Libra, hasta veinte de Marzo que sale del signo Piscis, es verano. Esto he dicho con esta precision para llevar advertido al lector que no entendiere esta facultad, y que no repare cuando digamos que por Abril y Mayo invernan las naos del armada de Magallanes y de Loaisa. Los temples de estas regiones son varios, pero en comun todo este continente de tierra es bueno, templado, apacible y de mucho deleite. Nadie se admirará ya de que digamos que en la Tórrida zona hay partes, no solamente habitables, pero del mejor temple del mundo: testigos son de esta verdad todos cuantos han estado en la imperial ciudad de Méjico, que está dentro de la Tórrida zona, y es la ciudad de mejor temperie y cielo que hay en el Universo, sin exajeracion ninguna. Toda la Tórrida zona se habita, y lo que más es, debajo de la Línea; y hoy, cuando esto escribo, que

es en la ciudad de Malaca, cuya latitud es de dos grados y medio, considero por mis ojos tan poblada esta tierra, que tres leguas de esta ciudad hay una poderosa armada del rey de Achen, cúya es la gran Trapobana de Ptolomeo, llamada aquí Samatra, compuesta de setecientas velas y algunas galeras de mayor capacidad que las de Europa, con cañones de sesenta libras de bala, y todos estos achenes viven debajo de la Línea; y si hubiera de hacer alarde de las demas que hay en el mundo fuera nunca acabar, pero adelante hará mencion esta Historia de algunas. Los antiguos, que tenian por inhabitable la tostada zona, ignoraron lo que sólo la experiencia nos pudo enseñar, de ser apacible por el cuidado que tuvo el cielo de refrescarla con suaves y frescos vientos, y entónces, cuando el sol la hiere por zénit y abrasa, es el invierno y cuando está más fresca, por que levanta con más fuerza los vapores, que densándose en gruesas nubes, y heridos de vientos cálidos, refrigeran la tierra convertidos en agua. Ni escribo esto fundándome en natural filosofía, sino llevado de la experiencia, pues desde el año de mil y seiscientos y cinco há que gozo y habito la Tórrida zona, hasta el dia de hoy.

Volviendo, pues, á nuestra descripcion, es el Brasil tierra montuosa, aunque en muchas partes llana; es fértil y abundante de todo lo necesario para la vida; tiene muchas y buenas frutas. Hay mucha caza, venados, javalíes y otras salvajinas, como son antas, animales del tamaño de un jumento, el rostro pequeño y el labio inferior con gran bezo, de color ceniciento; son de la calidad de los murciélagos, que aborrecen la luz y campean de noche para sustentarse. Hay cotias, que son como liebres; tatusias, como un lechon pequeño, y el cuerpo armado; cerigones, que traen sus crias en unas bolsas que les cuelgan de la barriga. Otro animalejo hay del tamaño de una raposa, y bermejo, de feo rostro, las uñas de las manos son, como nuestros dedos, articuladas, y del cogote le nace una larga melena que le cubre el cuello, con que afea más el rostro; los piés y manos son cortos, el vientre le arrastra por el suelo, y, como sobre tan cortos piés y breves manos no se puede sustentar, es

tan espacioso en su andar que en quince dias andará cincuenta pasos. Los portugueses llaman á este animal pereza.

La gente del Brasil es bárbara: andan desnudos, así hombres como mujeres; la gala de ellas es tender el cabello por la parte anterior, y aunque le traen largo no á lo ménos lo que basta á cubrir su desnudez; traen el rostro embutido en piedras preciosas, como engastadas en la misma carne. Cuando paren (caso ridículo é increible á no haber tantos testigos), apénas han echado la criatura, cuando se levantan y bañan, y el marido se acuesta, y, como si hubiera padecido los dolores del parto, se queja, recibe las visitas, y en todo sustituye por ella. Todos son comunmente feos, romos y el color membrillo cocho; son tan bárbaros, que no adoran ningun dios, sólo usan el sortilegio y agorería, pero despues que entró el Evangelio han dejado estas supersticiones. Son valientes guerreros; sus armas arco y flechas. Juntan los cautivos que tomaron en la guerra, y al son de sus atambores roncos, caracoles tristes, y otras músicas rústicas, los quitan la vida, y haciendo en ellos carnicería los asan y comen; y sólo esta brutalidad bastara para dar accion legítima á la Corona de Portugal, y hacer la conquista del Brasil lícita, pues contravienen á las leyes santas de naturaleza siendo brutos caribes.

Pero volvamos ya á Magallanes, que se leva del puerto ya en seguimiento de su viaje; tuvo aquí algunos disgustos con algunos de su armada, por lo cual dejó en el Brasil un Capitan, pareciéndole que sin él los atajaba. Comenzóse á hacer mal quisto, y sin razon, porque como Magallanes pretendiese descubrir el Estrecho que habia prometido, y cumplir con el César su palabra, y en los Capitanes que le habian de alentar y ayudar con su buen consejo hallaba desaficion al viaje y contradicion, fuéle fuerza aprovecharse de la autoridad de su oficio, y ejecutar algunas cosas con resolucion; bien es verdad que si este excelente Capitan fuera dotado de prudencia como de valentía y de un corazon intrépido, como el que en acometer tan grande dificultad tenia, hubiera granjeado las voluntades de todos, pues no desdice de buen gobernador, ni menos-

caba su autoridad granjear á cada uno por su vereda, conociéndose la condicion y sobrellevándosela hasta donde permitieren los términos de la modestia, especialmente aquí donde los castellanos iban debajo del dominio de un portugués resoluto, pudiera haberlos aficionado al servicio de su Rey con blandura y suavidad, ántes que con la potestad de su oficio. Y el punto más sustancial del gobierno consiste en templar la severidad con la mansedumbre, que, como dijo un gran gobernador de la Iglesia de Dios, San Gregorio, el Ministro ha de tener amor sin blandura, rigor sin aspereza, celo con discrecion y piedad con medida y órden, y, de lo contrario, se seguirán los inconvenientes que presto veremos.

CAPÍTULO VII.

Llega la armada á la bahía de San Julian, y surge; amotínansele algunos de la armada.

Habiendo aguardado Magallanes el verano de aquella region, que es por Diciembre, salió, á postrero dél y fin del año de diez y nueve, la armada de la bahía de Genero, y navegó hasta siete de Enero, que mandó el piloto sondar, y hallaron que estaban en ochenta y cinco brazas, y así navegaban con mucho cuidado. Y, habiendo surgido, á la boca de una bahía les cargó un temporal que puso en condicion el armada de dar á la costa, porque era el viento travesía, y comenzaron á garrar los navíos, que la fuerza del viento impelia hácia la costa; y asegurándose con más áncoras pudieron sustentarse hasta que aplacó la tormenta. De aquí, por cuatro y cinco brazas, llegaron á la boca del Rio de la Plata, y surgieron en cinco brazas. Viéronse algunas canoas que atravesaban, y, aunque las capearon y llamaron, ninguna quiso llegar. Entónces Magallanes quiso por su persona saber la boca del rio y sondearla, y así se metió en el navío *San Antonio*, que era de

ménos porte que su Capitana, y navegó toda la boca hasta la otra banda, y halló que tenia veinte leguas, aunque ya ha enseñado la experiencia tener treinta leguas. De allí se levaron, y descubriendo nuevas costas, puntas y bahías, corriendo muchas veces peligro de dar en bajos, tuvieron algunas tormentas, especialmente una, en que se vieron en notable peligro. Aquí vieron una luz sobre los topes de los masteleros de gavia, muy grande, á la cual se postraron los marineros adorando la luz, y diciendo que es San Telmo: viven en este engaño y no hay decirlos lo contrario, ni persuadirles á que la luz no es Santo, so pena de tener por medio herejes á los que les persuadieren ser impresion meteorológica y cosa natural la luz ó fuego, que se ve ordinariamente despues de las tormentas sobre las gavias. Es, pues, esta luz que así se les aparece, una exhalacion gruesa agitada del aire frio, que con facilidad se pega en las partes altas, y apretándose huyendo de su contrario se enciende y luce, y no sólo se aparecen en la mar, pero áun en la tierra; sobre los ejércitos se han visto en las picas de los soldados. Y el año de seiscientos y quince, volviendo yo de las Filipinas á España, la ví sobre la gavia de la Almiranta de Nueva España, donde yo iba embarcado, siendo Almirante D. Lorenzo de Zuazola y Loyola, Caballero del hábito de Santiago, natural de la provincia de Guipúzcoa, que despues miserablemente se ahogó sobre la costa de España, viniendo por General de una Real armada á Filipinas: habíamos sobre la Bermuda corrido una peligrosa tormenta, que duró siete dias, y anegó algunas naves de la flota, cuyo General era D. Juan de la Cueva, y desarbolados, y diez y seis palmos de agua sobre la carlinga, llegamos á Cádiz. A esta exhalacion llamó la antigüedad *Pollux Castor,* como á las dos estrellas del Géminis. Tito Livio escribe que este fuego se vió sobre la cabeza de Servio Tulio, Rey de romanos; Virgilio afirma que apareció sobre la cabeza de Julio Ascanio, hijo de Eneas. Y, como es fuego de la calidad de su elemento, no quema, como ni el aire moja por su raredad, siendo húmedo en sumo; quede, pues, desterrada esta ignorancia, de que lo que se aparece

como luz sobre las gavias no es Santo alguno del cielo, sino una impresion meteorológica natural.

Descubrióse una bahía, que por ser tan grande pareció el Estrecho; metióse en ella la armada, y habiendo surgido fueron á tierra en el batel seis hombres á reconocer, y se volvieron sin haber hallado Estrecho ni gente en tierra. Aquí les salteó, estando surtos, un terrible tiempo, que, como las naos no estaban abrigadas, estuvieron á pique de dar á la costa, especialmente la Capitana, que perdió una áncora y quedó sobre una amarra, cerca de unos arrecifes; prometieron un romero á la Vírgen de la Victoria en Triana, viéndose en tan manifiesto peligro, pero la Reina de los Angeles, que está atenta á las necesidades de los hombres para socorrerlas, les libró dél, que, como Soberana Estrella del mar, enfrenó los vientos, sosegó el turbado mar, serenó el cielo y consoló los ánimos de los tristes náufragos y valerosos mareantes, que, á pesar de los vientos y mares, rompiendo dificultades, pasaron adelante. Leváronse, y, navegando algunos dias, descubrieron otra bahía, donde se metieron y amarraron muy bien, porque les venia cargando otra tempestad, que, para poderla pasar mejor, viendo que duraba y cada hora iba á más, calaron masteleos, y, no bastando esto, arrasaron los castillos de popa y proa, con que pudieron, aunque con mil sobresaltos, sustentarse tres dias que duró el tiempo; y, habiendo calmado, se mejoraron en la bahía, y descubrieron un grande y hermoso rio, que llamaron de San Cristóbal, y á la bahía, de San Julian.

Entraba ya el invierno en aquellas regiones antárticas, por lo cual mandó el General que entrase la armada en el rio, cuya barra se habia sondado y era limpia y fondable. Era Sábado Santo y deseaba Magallanes celebrar la Pascua Florida en aquella tierra, aunque entre hielos y carámbanos; otro dia, de mañana, habiendo aderezado donde decir Misa, mandó el General que toda la gente de la armada saltase en tierra á oir Misa. Hiciéronlo así todos, excepto los capitanes Luis de Mendoza y Gaspar de Quesada, con algunos aliados suyos; cosa que pareció mal, así por la obligacion del dia festivo, como por con-

travenir al mandato de su General, especialmente siendo mandato tan suave, y que para el consuelo de las almas importaba tanto. Dió órden de que se invernase en aquel rio, poniendo tasa en las raciones, con que se comenzó á murmurar del viaje, diciendo que les llevaban á morir por regiones extranjeras y agenas de todo comercio humano, llevados de un vano intento de hallar Estrecho, cosa que hasta entónces no se sabia ni áun se habia imaginado. Con esto se comenzó á avivar un motin, que se habia ya comenzado entre algunas cabezas que sentian mal del viaje; parecióle al General que seria bien sosegarlos con razones, y habiéndoles juntado dijo así:

«Confieso, señores castellanos, que los trabajos que se han pasado, desde que nos apartamos de nuestra España, han sido grandes, surcando inciertos mares, descubriendo varias tierras en regiones escondidas é incultas, contradiciendo nuestros altos pensamientos la crueldad de tan remoto é innavegable mar y la ferocidad de los contrarios vientos, que parece defienden que no entremos por la puerta del Estrecho que buscamos; señales evidentes de la riqueza que el Mar del Sur nos tiene aparejada. Gran empresa acometemos, pero mayores son vuestros bríos, y no hay dificultades que no se rindan á la perseverancia y cedan al trabajo; si no hubiera Sagunto ni Italia no hubiera sido famoso Aníbal, á quien los Alpes humillaron sus cabezas. Cartago y Numancia eternizaron á los dos Scipiones. El magno Alejandro pudo, atropellando dificultades, llegar á ver la mesa del sol, y ántes, por los desiertos hirvios, el gran Templo de Menon. Caton Uticense, á pesar de los ardores de África, pasó sus arenales, y vió el fin glorioso de su jornada. Y Julio César, vencido de una tormenta en los mares británicos, á pesar de la fortuna y tiempos, acometió segunda vez sus feroces olas, y rompiendo montes de agua llegó á beber las dulces de Albion domando los britanos. Y si retrocedemos por las edades, hallaremos constante ejemplo en la perseverancia de los griegos sobre Troya, donde, á vista de sus muros, sufrieron con ánimo constante las nieves y escarchas de diez inviernos y los calores de diez veranos, con las incomodidades que á

tanto número de gente en extranjera y enemiga tierra apretaban. No há diez años, valerosos soldados, que acometemos este gran continente de tierra, deseando ver de los muros de estos montes algun portillo para entrar á la deseada Troya, ni en valor, ni en ánimo somos inferiores á los griegos, y si mayor empresa acometemos que ellos, es por la superioridad que los tenemos. El Estrecho no puede estar léjos donde vuestro ánimo y valor está tan cerca. En este puerto podremos sufrir los rigores de este invierno y adrezar nuestros navíos despacio, para que podamos despues en el verano, por la puerta que buscamos, salir al espacioso Mar del Sur. Confío, señores, de vuestro invencible ánimo, que cuando á mí me faltase, le habia de hallar en vosotros como en valientes castellanos». Dijo Magallanes, confiado de que sus razones moverian los ánimos de algunos que siniestramente hablaban de este descubrimiento.

Muchos alabaron el valor de su General, diciendo ser de ánimos cobardes desistir de tan heróica empresa; otros, no considerando los gloriosos fines de tan valiente determinacion, sino los trabajos presentes, acordándose de las comodidades de España, murmuraban de la jornada como los hebreos de la suya por los desiertos de Pharán, y como conspiraron contra su príncipe Moisén, á lo ménos con la voluntad, así algunos contra la persona del General, siendo los principales de este peligroso motin el capitan Luis de Mendoza, capitan Gaspar de Quesada, capitan Juan de Cartagena, á quienes seguian otros muchos; diciendo, que si navegaran á cosa sabida importaba poco pasar trabajos, sufrir tormentas y padecer hambres, pues, sabiendo donde se iba, la esperanza de que habian de llegar les endulzara la píldora, pero navegar sin saber donde, con mil peligros de la vida manifiestos, sin mantenimientos, ni esperanza de hallarlos en parte alguna de las tierras que costeaban, era, pasar adelante, no de ánimos valientes sino desesperados, pues la verdadera valentía es regulada por la prudencia, y entónces es virtud, y desotra manera es vicio de temeridad; y que pues estaban en cincuenta grados al Polo antártico, no habia que buscar más estrecho sino volverse, pues habian

cumplido con el Rey en navegar un año en su demanda, habiendo llegado á paraje tan remoto, y que S. M. no gustaria de que sus vasallos pereciesen en tan apartadas regiones, especialmente habiendo trabajado por cumplir su Real voluntad, y que perecer todos y morir miserablemente era fuerza, pues ya el bastimento faltaba y se moderaban las raciones, y forzosamente habian de invernar allí seis meses, y un año que habia ya pasado habia ménos de bastimento; y cuando saliesen de allí, supuesto que metieron bastimento para dos años, demás de estar ya gastado del tiempo y corrompido, solo les quedaba que comer para otros seis meses, y luégo los que hubiesen escapado del mal pasar y novedad del clima habian de perecer, y que los navíos se habian de perder por falta de veláme y aparejos, supuesto que por haber laborado tanto tiempo al sol y al agua se gastaban y podrian: inconvenientes terribles y que era bien atajarlos y remediarlos con tiempo, porque despues no podrian. Estas razones movian á muchos que deseaban no proseguir el viaje; con que cobró el motin mucha fuerza, y se dividió en bandos la armada.

CAPÍTULO VIII.

Sosiégase el motin con el castigo de algunos, y descúbrese el Estrecho.

Algunos de los coligados se vieron con el General, y le dijeron como hasta allí habian llevado en paciencia los trabajos de la navegacion, y la habian por su parte facilitado á algunos que tenian á temeridad pasar adelante; que advirtiese el invierno que entraba y la esterilidad de la tierra, y que pues aquella region se extendia hácia el Polo antártico, y no tenian esperanza de hallar el fin de aquella gran costa, y que el frio entraba muy cruel, y que mucha gente habia muerto de mal pasar y de hambre, y que por falta de muchas cosas no podian sufrir ni tolerar la pequeña racion que se les daba, por tanto, que tuviese

por bien de alargarla y deliberar de volverse, pues el Emperador nunca tuvo intencion de que se buscase lo imposible ni porfiase contra la naturaleza en buscar lo que ella habia negado, como era el Estrecho en cuya demanda venian, pues de proseguir el intento se habian de perder las naves y ellos morir miserablemente, y que de no hacerlo así se lo requerian en nombre de S. M.

Mucho sintió Magallanes que tratasen de persuadirle la vuelta, y de semejantes requerimientos; respondióles, que sufriesen aquel invierno, que luégo verian el fin deseado, pues el Estrecho no podia estar léjos. Hubo algunas porfías en razon de esto, y Magallanes se resolvió en que habia de buscar el Estrecho, y que no le tratasen de otra cosa porque la castigaria con rigor; con que se despidieron dél con harto sentimiento, viendo ser el General un hombre inexorable, colérico y que no habia meterle por camino. Volviéronle con nuevos protestos, pero Magallanes no los quiso admitir, ántes les mandó que no tratasen más de aquello, pena de que procederia contra ellos.

Ya con esto buscaban ocasion los amotinados para levantarse con la armada; que cuando el tiempo no la ofrece, los traidores la saben buscar. Sucedió, pues, que Magallanes, con deseo de saber del Estrecho, y miéntras allí estaba certificarse si le habia, para entretener mejor la gente y divertirla, envió á buscarle al capitan Juan Rodriguez Serrano, y que saliese en su navío, que era de ménos porte, y descubriese aquella costa que tan confusos los tenia, y volviese con la mayor brevedad posible. Salió del rio Juan Serrano y navegó la costa en la mano, y, cosa de setenta leguas adelante, habiendo tenido una tormenta, dió con el navío en la costa sobre unos arrecifes, donde se hizo pedazos, y la gente toda, que eran cuarenta y seis personas, se escaparon, ahogándose solo un hombre. Estuvo esta gente perdida por aquellas soledades treinta y seis dias, comiendo hierbas y marisco, hasta que viendo que por tierra no podian volver por las inaccesibles sierras de que está llena toda la tierra, y rios muy grandes y de rapidísimas corrientes, hicieron como pudieron un batel de las tablas del navío perdido,

y metiéndose en él llegaron á la armada en diez y seis dias, habiendo padecido muy grandes trabajos. Mucho sintieron esta pérdida los de la armada porque fué desgraciada; esto y el inmenso frio que pasaban los soldados fué ocasion de murmurar declaradamente contra Magallanes, y de dar señales de no querer pasar adelante, diciéndole que los llevaba al matadero. De nuevo le hicieron otros requerimientos y protestos, pero, como esto fuese de ningun provecho y conociese el General que aquel motin estaba declarado, prendió á algunos dellos, y, presos, mandó matar á puñaladas á Luis de Mendoza sin dejarle confesar, hizo descuartizar vivo (crueldad inaudita) á Gaspar de Quijada, y ahorcando á unos y degollando á otros ejerció la justicia más cruel y breve que jamás se ha oido. Al capitan Juan de Cartagena y á un clérigo francés dió crueles tormentos, y sentenció á dejarlos vivos en aquellas soledades, como lo hizo, sin que nadie pudiese moverle á piedad, siendo esta muerte, no ya civil solamente sino verdadera, y no ménos cruel que las demas que se ejecutaron, si no más áspera, por dejarles en tierra inculta y sin sustento, morada de bestias fieras y salvajes de estatura gigantea que comian carne humana.

Apruebo el castigo de este motin, pero abomino el modo, que fué de ánimo infiel y de cruel bestia, pues fué tan vengativo que intentó desquitar igualmente la desobediencia sin dejar un solo culpado. Muy parecido á Silla, que, acabando de triunfar de las partes de Mario, no se cansó de degollar enemigos hasta que vino á faltarle sangre que derramar, como refiere Séneca, por lo cual vino á decir Lucano en su *Pharsalia*, que fué más costosa la medicina que la llaga, y que hizo más daño en la república la navaja del cirujano que el cáncer de la contagion. Hecho que abomina mi padre San Agustin en el libro tercero de la *Ciudad de Dios*, diciendo que la paz venció á la guerra. Alejandro Magno fué aborrecido porque mandó cortar las orejas y narices á Telesphoro y enjaularle. Tullo Hostilio lo fué, siendo Rey de romanos, por otra muerte cruel que mandó ejecutar en Mecio por quedar sin contradiccion señor de Albania, aunque Livio le excusa y alaba. Nunca erró el Príncipe por

piadoso, y las más veces yerra por cruel; como se vió este yerro en Ludovico XI, rey de Francia, que recien heredado entró haciendo muchas justicias en personas principales, poniendo á mucho riesgo sus Estados, porque haciéndose severo armó contra sí los grandes de su Reino. Al revés Vespasiano y Tito, emperadores de Roma, perdonando injurias compraron títulos de piadosos; imitóles Cárlos VII, rey de Francia, que perdonó con gran liberalidad los rebeldes de París que le habian quitado el Reino. Y el Rey más santo que tuvo Isrrael, David, se halló embarazado en el principio de su gobierno con la alevosa muerte de Abner, por haber sido Joab el matador, contentándose con decir doloridamente: «Yo me hallo Rey delicado y recien ungido, y estos hijos de Sarbías son terribles para mí.» Justos y necesarios son los castigos de las sediciones, pero han de ser ejecutados con la templanza cristiana. El gobernador Miguel Lopez de Legaspi, descubridor, conquistador y poblador de las Filipinas, asunto principal de esta Historia, castigó algunos motines sin perdonar al rigor, atajando en el principio tan contagioso cáncer, pero pesó en su mano más la balanza de la piedad que la de la justicia, y fué tan dotado de prudencia cristiana, que con haber castigado á algunos, no hay qué reprenderle. Llegando mi pluma á su tiempo, enseñaré con su ejemplo el modo que ha de haber en semejantes delitos.

En el castigo inhumano del sacerdote, así del atormentarle como de haberle expuesto á que fuese miserable sustento de las fieras de aquellas soledades, pudiera extender la pluma á no temer agraviar el Estado eclesiástico defendiendo estar exento de la jurisdiccion Real, porque fuera poner este punto en defensa, dar alguna ocasion de que en él haya alguna duda; en lo demas juzgue el lector de la justificacion que tuvo Magallanes en el castigo del clérigo, pues, áun cuando tuviera mucha culpa en fomentar la parcialidad de Luis de Mendoza, no tenia autoridad el General para castigarle, y no le faltara modo con que impedirle sus designios, especialmente habiendo quitado todos los cabezas de la armada. No sé si por esta razon se malogró tanto este Estrecho y las armadas que de Castilla por él pasa-

ron, pues descubrirle sólo sirvió de abrir puerta á los herejes que con tanta felicidad y gloria le han pasado, robando las riquezas del Perú, costa de Nueva España, Manila y Maluco. Y si á las casas de los sacerdotes se tenia en la antigüedad tanto respeto, que Rómulo, y primero Cadmo Thebano, pusieron en ellas los asilos, ¡cuánto mayor se debe al sacerdote que representa á Dios! Pausanias persuadió al pueblo que todas las calamidades de Silla nacieron del desprecio que hizo de los sacerdotes de Minerva, de cuyo templo sacó á Ariston: pero recojamos la pluma á nuestra Historia.

Concluidas estas justicias, con notable escándalo de todos, juró Magallanes, por el hábito de Santiago que traia en los pechos, que habia de colgar á cualquiera que se le desmandase y tratase de lo que hasta allí se habia hecho. Con esto se sosegaron los demas viendo la resolucion de su General.

En esta costa y paraje vieron gigantes de doce y trece palmos de alto, que con facilidad se llegaron á los nuestros, de quien recibieron algunos cascabeles, cuchillos y tijeras, y dando agradecidas muestras les señalaron hácia el monte sus estancias. Magallanes ordenó á siete hombres que, con sus armas bien apercibidos, fuesen donde señalaban los gigantes; hiciéronlo así, y, habiendo caminado como dos leguas, salieron á un bosque muy cercado de altos y encaramados árboles, donde hallaron una sola casa cubierta de pellejos de fieras, que tenia una division, en la una estaban mujeres y en la otra los varones, todos sin más vestidos que el que naturaleza les concedió de sus cabellos: entre hombres, mujeres y niños eran trece personas. Convidaron á los nuestros á comer de un animal que allí mataron, que parecia asno silvestre, cuya carne medio asada se puso en el suelo sobre hojas de silvestres árboles; á cuya bárbara mesa se llegaron todos, gigantes y castellanos, y comieron de aquella mal asada carne, trinchada con las manos de aquellos bárbaros, sin ponerles otra vianda delante ni bebida alguna, y habiendo cenado estuvieron en gran chacota y conversacion aquellos salvajes, admirándose, segun daban muestras por las acciones, de la estatura y traje de los

nuestros, alrededor de una gran hoguera que tenian y les servia de luz. Cantaron á su modo bárbaro por festejarlos, que más parecian ecos de aquellas montañas que voces humanas, pero mostraron siempre en el trato ser humanos y conversables, y habiendo pasado todo el cuarto de la prima en este estruendo y vocería, pareciéndoles ser hora de que reposasen los huéspedes, les dejaron el un apartado de la casa, habiéndoles puesto por cama muchas pieles de animales. Los castellanos se velaron con mucho cuidado, no fiándose de estos bárbaros, que se fueron con sus mujeres al otro apartado que la casa tenia, la cual era como un gran portal dividido por en medio con una pared de troncos de árboles. Amaneció, y dándoles á entender los nuestros que se querian volver, les fueron guiando algunos hasta la playa. La tierra es montuosa, con una cordillera de serranías que se levantan al cielo, llenas de nieve; es inculta, y no se halló en ella ningun genero de pan, maíz ó raíces de que le hacen, ni vieron frutas, sólo hay muchas fieras salvajinas de que se sustentan aquellos gigantes. La mar es de poco pescado y ese malo, y todas estas regiones parece que no fueron criadas para habitacion de las gentes, sino de fieras y salvajes.

Habiendo pasado el invierno, salió del rio, á fin de Agosto, Magallanes con un navío ménos, y fué costeando con mucho cuidado aquellas serranías; y, habiéndose detenido en algunas abras y bahías, llegó al remate de las sierras y luégo descubrió una gran boca que pareció ser el Estrecho, porque las corrientes eran tales, que ellas mesmas le estaban enseñando, porque salian por él las aguas con la fuerza que suelen correr por el canal de un molino. Entró por él la armada á los veintisiete de Noviembre; púsole Magallanes por nombre el Estrecho de la Buena Ventura, por la que tuvo de salir con lo que tanto deseaba, pero este nombre se perdió presto, cobrando el suyo, y con mucha razon, y llamándose el Estrecho de Magallanes, inmortalizando su nombre en él, habiendo acabado la más gloriosa hazaña que jamás se acometió. Descubierto el Estrecho, comenzó á renovarse el motin pasado, habiendo entendido que

la armada habia de pasar á la Mar del Sur, y de allí á las Malucas. Renegaba la gente de un hombre que por sus aprovechamientos les habia reducido á tan miserable estado, que perecian de hambre, y con todo se les acortaba cada dia la pequeña racion que se les daba, y acometian un nuevo y largo viaje, cual era el que habia desde la boca del Estrecho, que salia al Mar del Sur, puesta en cincuenta y dos grados y medio, al Polo antártico. El General, para compasar mejor su viaje y pasar sin riesgo aquel Estrecho, dió fondo en un remanso que hacia una punta.

CAPÍTULO IX.

Descríbese el Estrecho, derrótase un navío y vuelve á España; sale la armada al Mar del Sur.

La América dividen los modernos, especialmente el Mercator, en Septentrional y Meridional; la Septentrional es el extendido reino de Méjico, con el Nuevo-Méjico y demas tierras que corren al Norte, como son, en el mar Océano, la Florida y Virginia, Nueva-Francia, con todas las islas adyacentes de las Indias, desde Nombre de Dios y Cartagena. En el Mar del Sur corre desde el Estrecho que llaman de Anian (delante de la Corea, en China, puesto sobre las islas de Japon) hasta el cabo Mendocino, desde donde costeamos, el año de catorce, mil leguas á vista de la tierra, hasta el puerto de Acapulco; desde este cabo Mendocino es su cordillera de altísimas sierras la costa toda, las más altas que creo hay en el mundo, y más extendidas, pues pasan hasta el Nuevo-Méjico, y no dejan la costa si no es en el golfo de las Californias, que por sus riberas corren al Nuevo-Méjico, y por la contraribera vuelven á seguir la costa en la mano, bajando al cabo de Corrientes, que es la punta contrapuesta al cabo de San Lúcas. De aquí comienza la Nueva-España, siguen las serranías por Valdebanderas, Colima, donde está un volcan eminente humeando, por los Motines,

donde hay perpetua calmería, Ciguatanejo, Citala, y estas serranías que han corrido mil leguas casi por la línea recta de Noreste-Sueste, como fuí notando con curiosidad y marcando con una aguja, rematan en la gran sierra de la Brea, que cae sobre el puerto de Acapulco, y está en diez y siete grados y medio; desde aquí es la tierra baja hasta que se acaba esta América septentrional, que es siguiendo desde Acapulco, Guatimala, hasta Panamá.

La América meridional comienza de Panamá, que está en [1] grados de latitud septentrional, sigue la costa austral por Popayan, Quito, que está en la Línea equinoccial, Tumbez, Trujillo, Cuzco y Lima, Ciudad de los Reyes, Arica, Arequipa, y adelante la grande y belicosa provincia de Chile, donde están los valientes araucanos. Sigue á Valdivia, cabo de los Tres Montes, cabo de Santiago, hasta el cabo de Victoria, que es la boca austral del Estrecho. Desde este cabo al de las Vírgenes, que está en la boca boreal, hay de la una boca á la otra ciento y seis leguas, segun la más moderna observacion que han hecho los holandeses, y ha llegado á mis manos; de suerte, que esta cantidad de leguas tiene el Estrecho todo. No se corre todo él por un rumbo, de Leste á Oeste (de Oriente en Poniente, por que todos me entiendan), sino que tiene muchas vueltas y revueltas, ya vuelve entrando por donde agora tenemos surta la armada en el cabo de las Once mil Vírgenes, al Mediodia; ya vuelve al Norueste, ya al Oeste, ya al Sudoeste, y desta suerte corre hasta la punta más austral, que está en medio del Estrecho; de allí vuelve al Norueste, que es desde cincuenta y cuatro grados, ya al Oeste, ya al Sur, y desde el cabo Mauricio vuelve por el Norueste hasta salir al Mar Pacífico, que así le llamó Magallanes. La boca septentrional con la austral corre Leste-Oeste, y están en una misma altura de Polo, que es cincuenta y dos grados y medio. La tierra de la otra banda del Estrecho es la que llaman del Fuego, por el que vió en sus montañas Magallanes; es de la calidad de la de

[1] Un blanco en el original.

los patagones ó gigantes que hemos dicho, inculta y áspera. Las corrientes deste Estrecho son rapidísimas; es muy fondable, y al primer tercio de la banda del Norte tiene unos peligrosos bajos, todo placel, aunque hay dos canales fondables; tiene algunas islas. Lo más ancho, fuera del principio de las bocas, es de dos y tres leguas, donde más angosto se vió fué de una legua escasa; esto se entiende de una tierra á otra, que por razon de las islas cierra más. Su mayor dia es á veintidos de Diciembre, la cantidad es diez y seis horas y cuarenta y cuatro minutos, por ser su arco semidiurno de ocho y veintidos minutos; está en el principio del octavo clima, que pasa adelante de Anti Rypheos. Los inviernos, segun mi discurso, han de ser más rigurosos que en las partes boreales, y los veranos más cálidos; la razon en que me fundo (dejando la disposicion de la tierra, con ser lo que en mi opinion hace más al caso y á estas regiones ser todas serranías peladas, y tierra seca é inculta, como se ve en no haber hallado nuestros argonautas fruto alguno en la tierra, ni en árbol cosa que se pueda comer), es por razon del cielo, el cual tiene, á lo ménos del trópico de Capricornio adelante, muy pocas estrellas, de quien se derivan en estos inferiores las influencias; y en la parte septentrional parece que juntó Dios, como milagroso gobernador del Universo, el mayor número de estrellas y en calidad las más ilustres, cuyas influencias fertilizasen la parte boreal y de muchas maneras la fecundasen, y con el influjo cálido de tantas (y en cantidad algunas de ciento y siete veces mayores que la tierra) estrellas, templasen el rigor de los inviernos, causados de la ausencia del sol; y así sabemos que la Nova Zemla y otras septentrionales regiones son pobladas desde el círculo Artico al Norte, y algunas tan vecinas á él, que llegan á ochenta y cinco grados, y siendo pobladas, como dicen los cosmógrafos, han de tener mantenimientos ó alguna cosa de provecho á la humana vida, todo lo cual viene de las influencias celestiales. Y como en la parte boreal haya tantas estrellas y tan diversas que influyan, si unas fueren frías, muchas hay cálidas y temperatas; de todo esto carece la parte austral, por-

que, fuera de tener muy pocas, las que más se llegan al Polo antártico están apartadas dél más de treinta grados, pues la estrella del Crucero, que sola es la más cercana, dista treinta grados justos de él, y sola la constelacion é imágen del Pegaso es la más apartada de aquel Trópico, y careciendo de estrellas ha de carecer de más influencias que la parte boreal, y no hay que decir que habrá más estrellas de las que ven los que las observan en la parte septentrional; pero esta objeccion será sólo de los astrólogos que no salieron de los umbrales de su casa, pero no de los que hemos gozado muchas veces la parte austral, observando en todos tiempos aquel cielo, teniendo debajo del horizonte boreal perpetuamente escondida la Osa Mayor y otras, y la parte austral limpia de estrellas, de donde queda claro ser las regiones australes, á lo ménos las de cincuenta grados arriba, mal pobladas, incultas y ásperas, y de mayor rigor en el invierno y fuego en el verano; y esto último se infiere de que cuando el sol está en los signos de Scorpion y Sagitario, como camina por la parte austral, especialmente llegando al Cor Scorpii, Antares ó Alatrab, estrella calidísima áun en nuestra region boreal, ha de abrasar como acá la Canícula, allá la tierra en Sagitario, que es signo de la triplicidad ígnea, hará lo mismo. Ya veo que me responden con la doctrina comun, que el signo, pongamos por ejemplo, de Leon, que es cálido, en la parte austral ha de ser frígido, pero nunca me satisfizo que el de Sagitario, que es cálido cuando el sol está más apartado de él, se vuelva frígido por la cercanía del mismo sol. Estos y otros inconvenientes mayores trae consigo la Astrología, por lo cual tuve por tiempo mal gastado el que se gasta en la judiciaria, que sólo sirve de ser madre de vanidades.

Volviendo, pues, á nuestro Estrecho, vuelve la costa de la América meridional desde el cabo de las Vírgenes, tierra de patagones gigantes, Rio de la Plata, costa del Brasil, rio Marañon, por cuya boca atraviesa la Línea equinoccial, el Darien, Puerto Velo y Cartagena; aquí se ensangosta la tierra y deja casi hecha isla á la austral América, pues sólo hay desde Nombre de Dios á Panamá, en el Mar del Sur, diez y ocho le-

guas, quedando toda esta parte meridional hasta el Estrecho en forma piramidal, cuya base es la que está sobre el Istmo que Puerto Velo en el Océano Índico y Panamá en el Mar Pacífico forman.

La navegacion desde España al Estrecho es muy larga, pasa de dos mil leguas; es dificultosa por ser el verano muy breve, como advierten cuantos la han hecho, y muy lleno de turbiones, y el invierno muy largo y peligroso con continuas borrascas y tormentas.

El tiempo en que se ha de salir de España para hacer segura esta navegacion ha de ser Agosto, y cuando sea un mes ántes mejor, porque gozará de más verano en el Rio de la Plata. Pásase la equinoccial en tiempo de calmas y bonanzas, aunque esto suele ser peor que una tormenta. Y así, saliendo de la barra de San Lúcar, tomarán las Canarias y en ellas refresco; de allí se ha de gobernar Norte-Sur hasta ponerse en ocho grados de la otra banda de la Línea equinoccial al Sur, donde quedan Leste-Oeste con el cabo de San Agustin. Desde aquí unos navegan al Oeste hasta reconocer el dicho Cabo, y es lo más seguro; otros gobiernan por el Oeste-Sudueste, ó la cuarta, segun el paraje en que se hallan, y van á tomar la costa del Brasil, de donde, viendo siempre la tierra, toman el Rio de la Plata, que está en treinta y cuatro grados y dos tercios de altura meridional, y, la costa en la mano, buscan el Estrecho, que está en cincuenta y dos grados y medio; por él se dejan calar al Mar Pacífico, como veremos en el viaje que hizo esta armada.

Surta estaba y Magallanes deseaba tantear bien el Estrecho y asegurar bien su entrada para que, al navegarle, no peligrase algun navío; para esto mandó á Álvaro de Mezquita, sobrino suyo, que por Capitan de un navío estaba y había sustituido por uno de los capitanes muertos, que fuese á descubrir dos bocas ó abras que se parecian á una vista y tantease si estaba cerca el fin del Estrecho, y notase los bajos y peligros que hubiese, para que, libre de ellos, saliese la armada al Mar del Sur. Zarpó el navío y navegó con poca vela hasta la noche, y como la gente estuviese medio amotinada, el piloto Estéban

Gomez la acabó de amotinar, y prendiendo al Capitan volvió la proa hácia España, y, desembocando por entre una isla, pudo salir del Estrecho por donde habia entrado y tomó la derrota de España, donde llegó despues de ocho meses que se apartó de sus compañeros, y aunque no tuvo culpa en haber desamparado la armada, con todo, porque la tuvo muy grande en las crueles justicias que su tio Magallanes ejecutó, gobernándolo todo él á fin de quedar por Capitan, le apretaron los cordeles, y él confesó que por particular aborrecimiento que tenia á los castellanos se opuso siempre á sus cosas, y que por su consejo se ejecutaron aquellas justicias.

Magallanes esperó esta nao más tiempo que el que la habia señalado para que volviese, y habiendo enviado en su busca personas de seguridad, se volvieron diciendo que la nao no parecia y que se habria vuelto á España, lo cual confirmó un Astrólogo judiciario llamado Andrés de San Martin, portugués, gran consejero de Magallanes, y de cuyo juicio se fiaba mucho, y así le sucedia todo al revés. Justos juicios de Dios que le sucediese todo tan mal porque se fiase, en cosa de tanto peso, de un judiciario vano y burlador (como lo son todos los que profesan esta ciencia y se enfrascan en ella) y dejase á Dios, como se vió en el castigo inhumano que hizo en su sacerdote, haciendo más caso de las vanidades de un loco astrólogo; pudiéramos decir á Magallanes lo que Dios á su pueblo por Isaías: «Líbrente de mis manos los que contemplan los cursos de las estrellas y computan los meses para adivinar lo que te ha de suceder.» Cosa es ésta de la judiciaria que há muchos tiempos que está condenada por los Sagrados Cánones, y que en las repúblicas cristianas debiera castigarse su abuso.

Levóse el General y fué navegando con gran vigilancia con sus tres navíos, y habiendo pasado algunos lugares dificultosos, bajos y restingas, salió al espacioso Mar del Sur, á quien, por el sosiego de sus aguas, llamó Mar Pacífico, como á la tierra que estaba al Sur del Estrecho, porque las más de las noches vió en ella fuegos, la llamó Tierra del Fuego. Tardó en pasar el Estrecho la armada desde que embocó veintidos dias.

CAPÍTULO X.

Descubre el armada las Islas occidentales y surge en la Isla de Sugbu.

Ya salia el mes de Diciembre y se acababa el año de veinte, cuando Magallanes dió glorioso fin á aquella su imaginada aventura, que este nombre la podemos dar, y salió al espacioso Mar del Sur, tan quieto y pacífico que parece convidaba á navegar; y así mandó gobernar al Norueste, guiñando siempre á la cuarta. Siguieron este rumbo los pilotos, y, teniendo el viento siempre en popa, fueron navegando sin los peligros pasados, aunque el de que no podian huir era el de la hambre, que habia dias que apretaba y se comia con mucha tasa; el consuelo que habia en este trabajo era tener los vientos favorables y fijos, con que se prometian hallar islas pobladas donde se pudiese tomar bastimento, ó por grado ó por fuerza. Pasó el Trópico de Capricornio, y poco despues descubrieron dos islas; procuraron tomarlas para buscar lo que tanto deseaban, pero hallaron ser inhabitables; volvieron á seguir su viaje, y de allí á algunos dias descubrieron otras islas, y, surgiendo en la que les pareció mejor, se refrescaron de agua. Pasaron la Línea, y, habiendo visto otras islas, dieron vista á un barco, que, llamándole, se llegó á las naos, y preguntada la gente de él, por señas, dónde hallarian bastimento, señalaron una isla grande, donde se encaminó luégo la armada y buscaron algun bastimento. Refrescáronse, y con el poco que hallaron bajaron á catorce grados, y por esta altura, habiendo navegado algunos dias, descubrieron una cordillera de islas que corren Norte-Sur; descubriéronse muchas velas de indios pescadores. Las embarcaciones son pequeñas y tienen velas latinas hechas con mucho primor, de palma, de que soy buen testigo por haber pasado tres veces por estas islas, cuya descripcion difiero para mejor ocasion; llamólas Magallanes las islas de las Velas. Aquí se

detuvieron á hacer agua, y recogieron algunos cocos, gamotes y pescados, y luégo, por no perder tiempo, se hicieron á la vela, y navegando al Oeste, cuarta al Sudueste, algunos dias, descubrieron muchas islas y tomaron la de Tendāya en doce grados de latitud septentrional. Aquí surgieron, y sobre buscar bastimento, y quitárselo por fuerza á los indios, llegaron á las manos y mataron algunos castellanos, que fiados de sus armas y valor, y despreciando á los indios, se metieron por el monte en su seguimiento, donde, sin saber por donde, los atravesaban con flechas. Levóse el armada, y, siguiendo la costa de la Isla, se metió por un canal ó estrecho que sabia muy bien buscarle, como maestra en el primero que descubrió, y aunque estrechaba mucho, y no era muy fondable, al fin embocó y salió á otras islas; buscó surgidero en la que le pareció más á propósito y más poblada, y de una isla en otra fué tomando lengua hasta que llegó á la de Sugbu, isla muy poblada y que tenia su Rey, á quien toda ella obedecia. Lo mejor que tenia era un muy bueno y abrigado puerto de muy limpio fondo; en éste surgió la armada con gran contento y alegría, habiendo atravesado en poco más de cuatro meses desde el Estrecho hasta esta isla, que está en doce grados de latitud septentrional, cuya descripcion, con la topografía de todo el Archipiélago, reservo para el tiempo de su conquista, puesto que agora van tan de paso, así esta armada de Magallanes como las demas que despues pasaron á las Malucas por las islas deste gran Archipiélago, y el espacio de la conquista entónces nos le dará para hacer dél justa y extendida descripcion.

Luégo salieron barcos á la armada, que estaba surta enfrente del pueblo de Sugbu, que estaba tendido por la costa y seria de diez mil fuegos. En él vivia el rey de la Isla, que boxa ménos de cien leguas, donde hay muchas y grandes poblaciones. La gente es de buena disposicion; píntanse los cuerpos, teniendo por bizarría las varias labores que en ellos hacen á fuego y hierro: bárbara invencion de gentes tan remotas del trato político. Précianse de valientes y de traidores; sus armas son lanza y adarga, pero de forma de pavés, crises y campila-

nes (alfanjes son, no de inferior temple á los turquescos); el arco y flecha es su natural arma, en que son diestrísimos: el color de la gente es moreno. Las mujeres son de buen parecer, vestian, así ellas como los hombres, decentemente; y, en fin, vivian, ya que no en la política que en Europa, de que dije que estaban remotos, á lo ménos en aquella que bastaba á conservarles en su república. En religion eran gentiles, aunque á aquel puerto habian llegado ya moros sectarios del pérfido Mahoma, de Burneo y otras islas circunvecinas heridas de esta contagiosa secta. Trataron los de nuestra armada con los indios, que en chalupas salieron á vender gallinas, puercos, arroz y otros refrescos de que abundan las islas; Magallanes envió á pedir licencia al Rey para besarle las manos, y, habida, saltó en tierra con la autoridad conveniente al oficio que ejercia, y trató con el Rey los designios de su jornada, y como iba por mandado del rey de Castilla á las islas Malucas. El Rey le ofreció piloto que le guiase, y lo más de que tuviese necesidad para su armada, como eran bastimentos, y le ofreció alojamientos para la gente, que de tan largo viaje vendrian enfadados; pero Magallanes le dijo no ser costumbre de españoles, teniendo navíos donde reposar, salir á hacer noche á tierra, que ellos eran sus casas y moradas, y que agradecia á S. A. el cuidado que de su descanso tenia. Con esto se volvió el General á su Capitana, dejando hechas amistades entre su gente y los indios, que en su trato y conversacion parecieron afables; iban y venian embarcaciones á la armada; llevaban mucho refresco, que para el hambre y penuria que habian pasado los soldados les parecia aquel puerto el Paraíso. Saltaban en tierra los castellanos, y segun la amistad presente, parecia ser de muchos años, y que aquel puerto prometia la seguridad que los de España.

CAPÍTULO XI.

Bautízase el Rey y alguna gente; pelea Magallanes con el rey de Matan, y muere.

El trato y comunicacion crecia, y á su paso la amistad entre naciones tan distantes en todo, que al parecer llegaba á lo que los nuestros podian desear. Decíase Misa en tierra algunas veces, con el adorno y solemnidad que el lugar permitia, y los indios notaban el modo nuestro, las ceremonias y lo demas que vian en el sacerdote revestido. El Rey y señores principales fueron algunas veces al templo, que de maderos y esteras habian hecho, cubierto con hojas de palmas, los devotos castellanos; parecíales, segun las exteriores muestras, bien el divino culto, de que se tomó ocasion entre el Rey y Magallanes de tratar de la pureza de nuestra santa fe católica, y de lance en lance persuadió el General al Rey que se bautizase, que vino en ello con facilidad. Catequizáronle, y con él algunos de los principales de aquella ciudad, con la priesa que deseaban verle cristiano, pero no sé con qué lengua, por que en la armada no venia quien supiese la de aquellas regiones, algunos cafres venian esclavos de algunos portugueses, que, cuando mucho, sabrian alguna de las muchas lenguas de la India, y si alguno fuese de Malaca sabria la lengua de Malaya, que es general desde Malaca á Maluco, pero con la lengua de Sugbu no tiene parentesco, ni quien sabe la una entiende la otra; cosa que he verificado entre estos malayos, donde al presente escribo, queriéndome valer de alguna de las lenguas de Filipinas para entenderme con ellos, y hallo ser tan encontradas como la lengua vascongada y la castellana, que si en estas dos hay vocablos comunes, pero tan pocos que no se entenderá por eso la lengua, así en las lenguas de que voy hablando hay algunos pocos comunes á entrambas, que llegados á poner en idioma y lenguaje quedan distintísimas é ininteligibles, y

así fué poco acierto tratar de bautizar al rey de Sugbu y á sus vasallos, pues, por falta de disposicion y de entender lo que recebian, no estimaron el nombre de cristianos, ni les fué sino para mayor confusion suya y mayor condenacion. Preparadas las cosas necesarias para el general y Real baptismo, se celebró con la mayor pompa posible, disparando la artillería y haciendo otras demostraciones de regocijo. Algunas historias dicen que el Rey se llamó Fernando, á devocion de su padrino Magallanes; ello podria ser así, pero en la relacion manuscrita que tengo, original de quien se halló en el baptismo, no señala su nombre, y parece congruente que quisiese Magallanes que un Rey que se convertia, y á persuasion suya se bautizaba, se llamase de su mismo nombre. Sobre esto he hecho en Sugbu muy grandes diligencias con los indios más viejos, hijos de algunos que se bautizaron aquí, y aunque á boca me dijeron muchas menudencias, que pasaron en los sucesos que voy escribiendo, no me supieron dar razon del nombre del Rey en el baptismo: en el de su gentilidad se llamaba Pantupas, que quiere decir padre de Tupas. En teniendo estos indios hijos toman el nombre del primogénito y añaden esta partícula *pan*, que corresponde á padre, y porque el príncipe se llamaba Tupas, el Rey se llamaba Pantupas. Celebrado el baptismo, se puso una cruz muy grande delante del pequeño templo. Deseaba Magallanes que todos los Reyes comarcanos reconociesen superioridad al rey de Sugbu, y teniendo noticia que el rey de Matan, vecino del de Sugbu era su enemigo, envióle á decir que viniese á dar la obediencia al nuevo Rey cristiano, y le reconociese superioridad, donde nó, que él le traeria por fuerza y le castigaria. Mucho burló el reyezuelo de Matan de la embajada, y envióle á decir con más prudencia y término que Magallanes, que él era Señor de aquella Isla, y que ni él ni sus antecesores habian reconocido vasallaje á nadie, ni pensaban reconocerle, que no tratase dello, porque se defenderian, y en lo demas que viese en qué le podia servir ó ayudar para su viaje, que le hallaria tan pronto como al rey de Sugbu; que tratase de hacerlo, que le importaba más que no de gastar el

tiempo y municiones en lo que no le importaba, y que lo demas era arriscarse á cosas, que, cuando saliese bien dellas, no habia de sacar ningun interes. Sabida por Magallanes la respuesta, embravecióse demasiado contra el rey de Matan y juró que le habia de asolar, y fuera mejor que hubiera tomado su consejo, que era de hombre maduro y detenido. No le parecia mal al rey de Sugbu la cólera del General, porque deseaba al rey de Matan verle destruido por ser los dos mortales enemigos; esforzóle la cólera, díjole que le daria tres mil hombres de guerra que le ayudasen con que podria fácilmente destruirle, pero Magallanes, como tenia aquel valiente corazon, que si con la prudencia le rigiera mereciera nombre de Capitan, le dijo que él solo, con veinte hombres, bastaba para toda aquella canalla, pero que se holgaría que fuesen algunos sólo para ser testigos de la valentía de los españoles.

Es la isla de Matan muy pequeña y dista de Sugbu, la punta más cercana, media legua escasa; es pantanosa y en esta sazon era muy poblada. Sus indios se preciaban de valientes porque en estas islas aquel era mayor señor que era mayor ladron; todo su oficio era ser en la mar piratas y en la tierra agena salteadores, á cuya causa, como gente ejercitada en continua guerra, pues por sus casas sentian otro tanto de sus vecinos, ni temian ni debian. Envió el rey de Matan á espiar lo que hacian los castellanos y sugbuanos, y halló que se apercibian para dar en él; juntó su gente y púsose á punto de guerra para que tan gran enemigo no le hallase desapercebido. Magallanes armó dos bateles en que puso algunos versos, y metiéndose en ellos con treinta y seis hombres, bien apercebidos de arcabuces y ballestas, pasó á Matan; seguiríanle mil indios en embarcaciones ligeras, y llegando al puerto les dijo Magallanes que estuviesen á la mira para que fuesen testigos de sus hazañas. Ellos iban bien encargados de lo que habian de hacer, que era estarse quedos, para que, siendo vencedores los castellanos, habiéndolos obedecido, quedarian en mayor amistad suya y sin riesgo, y venciendo los de Matan quedasen disculpados y no convencidos de cómplices; que las materias de Estado

de su conservacion las entienden tan bien estos indios como los mejores estadistas. Con los versos de los bateles oxeó los mataneses Magallanes, y saltó en tierra, donde hizo una plática á sus soldados animándoles á aquella empresa; algunos le dijeron ser temeridad acometer á tantos como tenian presentes, pero, puesto que estaban allí, que no se desuniesen llevados quizá del gusto de la victoria. Magallanes, ménos humano que la ocasion pedia, les dijo que á ellos les tocaba pelear y obedecer y á él ordenar y mandar lo que le pareciese; con ese desabrimiento se dió el Santiago. Serian los mataneses cuatro ó cinco mil y los nuestros treinta y siete con el General, que, como valiente soldado, iba delante en la vanguardia del pequeño escuadron. Cerraron con él los indios y peleóse porfiadamente por entrambas partes. Los nuestros, con las ballestas y arcabuces hicieron gran riza en los de Matan, que, apiñados, peleaban con lanza y pavés unos, otros con arcos y flechas, otros con alfanje y rodela, y algunos con cerbatanas, por donde tiran unas saetillas enherboladas, que en picando en cualquiera parte del cuerpo, matan; con gran coraje peleaban mataneses y castellanos cuando atravesó una flecha á un hijo bastardo de Magallanes, llamado Rebello, mancebo brioso, y que hacia muy bien su deber, y luégo cayó muerto porque las flechas llevan fortísima ponzoña. Viólo el padre y sintiólo tanto que, adelantándose del pequeño escuadron, se metió entre los indios como un loco, donde hizo con una espada y rodela maravillas, y aunque por socorrerle se adelantaron los nuestros, los enemigos habian cerrado con él, y, en fin, acabó la vida allí miserablemente; los demas, viendo que dos grandes tropas les iban á tomar las espaldas, se fueron retirando, peleando con los victoriosos mataneses. En la retirada murieron dos soldados, y viendo los demas que les faltaba la municion se embarcaron. Magallanes murió atravesado de una lanza y luégo le quitaron la cabeza (estilo observado en estas islas), y poniéndola sobre una lanza la llevaba el ejército vencedor. Grande sentimiento hizo el armada viendo la desgraciada muerte de su General, cuando pudiera gloriosamente, sin reñir pendencias agenas,

volver á gozar las mercedes que el emperador Cárlos V le habia prometido, habiendo dado fin á la mayor hazaña (consideradas las circunstancias) que gozaron los siglos. Lo que acabó á Magallanes fué aborrecer el consejo, y solo tomaba el de un loco judiciario, Andrés de San Martin, que murió en esta ocasion con su General. Tito Livio alaba mucho á Pacubio Calabio porque decia ser imposible sustentarse sin consejo una república; y en la guerra aún hay más necesidad que en la paz, porque, como dice el sábio, con el consejo cobran fuerzas los designios, y la guerra se ha de tratar con tiento y sin temeridades. Asuero es muy alabado en la Divina Escritura de que en todas sus acciones procedia con consejo; y Josué, gran Capitan del pueblo de Dios, con tener ménos necesidad de tomarle por tener tan á mano las respuestas de Dios y no dar paso sin su órden, en cualquiera ocasion y para cualquiera accion juntaba sus Capitanes y oia sus pareceres. Desto es muy alabado aquel famoso Agamenon, porque nunca se movia en la guerra sin el consejo de Nestor y de los demas Capitanes ancianos de su ejército. Era amigo de su parecer Fernando Magallanes y no de el ageno, y así le sucedió al revés de lo que dice el Sabio, que las guerras se acometan con consejo y madurez, porque en haberle consiste la salud y victoria; aquí, pues, como faltó en esta guerra, como faltó tambien causa justa, forzosamente habia de ser el fin avieso. Algunos dicen que Magallanes murió en un convite, y van muy engañados, porque éste fué el verdadero suceso, cuyo desastrado fin vive hoy en la memoria de los indios de Matan, que por la bondad de Dios todos son hoy cristianos y cuentan este lastimoso caso como yo le he escrito. Tambien informaron mal á Bartolomé Leonardo de Argensola, en el libro que intituló *Conquista de las Malucas*, ó las relaciones que tuvo no fueron ciertas, porque la muerte de Magallanes la cuenta de otra manera; como tambien en decir que Juan de Cartagena, Capitan de un navío de su conserva, llevaba poderes como los de Magallanes de la Magestad Cesárea, yerro intolerable de sufrir, pues dice que de ahí se originaron los motines; y los Reyes y sus Consejos proceden justificadísi-

mamente en sus acciones, y si hubieran dado tales poderes, fuera turbar el servicio suyo y poner en riesgo lo que tanto deseaba el Rey, y si hubo algo desto, seria alguna vía para la sucesion del gobierno de la armada, en caso que Magallanes faltase. Los que siguieren á autores portugueses caerán con facilidad en algunos yerros semejantes á éste, pues por desculpar á sus naturales no repararán en dar en mayores inconvenientes; y la fábula soñada de que Magallanes murió en la seguridad de un banquete, tuvo principio en el deseo de que Magallanes no fuese notado de imprudente Capitan, habiendo sido tan excelente soldado ántes en la conquista de la India. Y, por que todo lo digamos, advierta el discreto lector, pues las acciones de la historia son maestras de la vida, cómo le alcanzó la justicia divina, cuando no la hubiera en la tierra para Magallanes, pues con el servicio de haber descubierto el Estrecho se le remitiera el delito de los castigos que ántes del Estrecho ejecutó; y si fueron, por ventura, algo justificados algunos, el del sacerdote no tuvo justificacion alguna. Riguroso anduvo, y así murió con rigor y su cabeza fué puesta en un palo. Tullo Hostilio, tercero rey de Roma, desde Rómulo, fué riguroso en sus justicias, aunque justificadas, y murió miserablemente de un rayo; y el que á Mecio, rey de los Albanos, atado por contrarias partes vivo en dos carros mandó desmembrar, poco despues el Cielo, que no sufre inhumanos rigores, le desmembró á él con el rigor de un rayo.

CAPÍTULO XII.

Matan en un convite los de Sugbu alevemente á algunos castellanos.

Cuando el rey de Sugbu supo la muerte de Fernando Magallanes, en vez de hacer demostracion y juntar su gente para que con los castellanos vengase la muerte de su padrino y defensor, no sólo no lo hizo como debiera, pues en defensa suya se movieron las armas, sino que trató de matar alevosamente á

los castellanos para poder tomar los navíos y hacienda dellos. En la armada eligieron por General al capitan Serrano, y no á Duarte Barbosa como escriben algunos, que luégo trató de desembarazarse de aquel puerto para seguir su viaje. El Rey apóstata, llevado de la codicia y de querer lavar sus manos para con los Reyes vecinos en la invasion de Matan, trató de ejecutar la más nefanda traicion que jamás acometieron hombres, en los que debiera remunerar, pues por hacerle mayor y más temido Rey arriesgaron sus vidas y honras á un lance solo de fortuna. Ordenó un convite solemne, y convidó á Juan Serrano y á todos los de la armada que quisiesen saltar en tierra, rogando á Serrano que le honrase en él, pues eran amigos y cristianos, y llevase el mayor número de gente que pudiese, pues de hospedar tantos y tan valientes soldados se le seguia tanta honra y reputacion. Juan Serrano, viendo que trataba con un Rey que les habia regalado y hospedado en su puerto, y que se habia baptizado, no malició que pudiese haber simulacion y engaño en aceptar el banquete, como le aceptó para otro dia. Llegada la hora, salieron sin cuidado ni recato (porque así lo acostumbraban ya en Sugbu) de armas, Juan Serrano, Duarte Barbosa, deudo de Magallanes, y hasta treinta hombres, en sus bateles á tierra. Juan Sebastian del Cano, hombre de mucha experiencia, habia sentido mal de este convite en ocasion que se hacian las obséquias al muerto General; y aunque fué rogado de Juan Serrano, que tambien era piloto y juntos habian navegado, no quiso hallarse en el convite, ántes se quedó en su navío. Recibió el Rey á Serrano y á los demas portugueses y castellanos que con él saltaron en tierra con mucha fiesta y regocijo de atambores y campanas, y lleváronlos al lugar del sacrificio. Tenian puestas las mesas debajo de un frondoso palmar que junto al pueblo habia. Sirvióse la comida y brindaban los indios muy á menudo á los nuestros con su vino, que como es destilado por alambiques, del licor que dan las palmas, es fortísimo, especialmente para quien no está acostumbrado á el; y cuando estaban en lo mejor del banquete salieron dos mil hombres, que estaban emboscados con lanzas y crises, y en un mo-

mento cercaron las mesas y degollaron veintisiete de los huéspedes, que los demas, cuando sintieron la emboscada, saltaron como unos gamos, y tomando la marina se fueron á nado á los navíos; de los castellanos y portugueses sólo se mandó reservar al capitan Serrano, que como era General de aquella infeliz armada, prometióse el Rey con su vida ser señor de ella. Amarráronle las manos por detras y lleváronle á la marina, y al pasar cerca del nuevo templo le violaron estos pérfidos derribando el altar: cuál arrebataba el frontal, cuál los manteles, cuál arrojaba las cruces que habia en el suelo, y quién tomó un Niño Jesús de bulto, muy lindo y muy hermoso, y le guardó para bien de todas las Islas, pues fué este soberano Niño el conquistador de ellas, y hoy es Divino patron y custodia de la cristiandad de Filipinas, como diremos á su tiempo, y testigo de la infidelidad de estos violadores de la fe que la naturaleza manda guardar á extranjeros huéspedes, y así ni más ni ménos de como legítimamente posee el Rey, nuestro señor, los reinos de estos apóstatas á Dios y traidores á la naturaleza, por haber violado el derecho de las gentes, punto que prometo deslindar adelante cuando tratemos de la conquista de las Filipinas. Habia levantado una gran cruz Magallanes, ésta derribaron con gran mofa (¡ay dolor!) y algazara los apóstatas. Puesto en la playa el Capitan desgraciado, comenzó á dar voces á los navíos, que como estaba léjos no se oian sino los ecos de las voces, pero muy bien le conocian todos. Pedia el desventurado Capitan que le rescatasen por alguna artillería, que era lo que el Rey pedia; llegó el batel bien armado cerca donde se pudiesen entender, y habiéndose tratado del rescate, cuando parece que estaba cuncluido, subió el Rey el precio, y en todo se echó de ver la falácia con que procedia, y que deseaba engañarles ó detenerles para hacer suerte en la armada. Consolaron los nuestros á Serrano con palabras, dándole á entender como no pretendian aquellos bárbaros rescatarle, sino tomar el armada ó abrasarla, que se encomendase á Dios, que ellos harian lo mismo, y seria ocasion su muerte para que aquella tierra se conquistase: con esto el batel se volvió, y en llegando se levaron las tres naos é hicieron vela para componerse en el pri-

mer lugar que fuera de aquel puerto topasen, para poder navegar hasta el Maluco. Cuando los indios vieron que la armada largaba las velas, degollaron al infelice Capitan, haciendo grandes fiestas y músicas, y tanto ruido y alboroto, que se entendió bien cómo concluyeron con Juan Serrano aquellos traidores. Notable cosa es qué desastrado fin tuvieron todas las cabezas de esta armada, pues no quedó ninguna en pié, ni llegó á ver el Maluco que deseaban; como los hijos de Israel, que de los que salieron de Egipto solos dos gozaron la tierra prometida, que fueron Josué y Caleb, y de esta armada sólo quedó en pié Juan Sebastian del Cano, que gobernándose mejor que Magallanes, pudo victorioso colgar en la Victoria de Triana los dulces despojos de su naufragio.

El General Magallanes murió en la isla de Matan, que á ser onomántico su astrólogo agorara en el nombre y sonido della. El Capitan de la segunda nao, Juan de Cartagena, quedó con el Clérigo á ser miserable sustento de salvajes, aunque historia he leido yo que dice que los tomó una nao y pasó á España; bien pudo el navío que desamparó el armada irle á buscar, pues era su navío mismo, y el piloto el que se apartó quizá por esta razon de la conserva, que siendo así, no fué tanta su desventura: esto tiene fundamento en sólo esta conjetura, lo demas Dios lo sabe. Luis de Mendoza, Capitan de la tercera nao murió á puñaladas; Gaspar de Quixada, Capitan del cuarto navío, descuartizado vivo; sólo quedaba Juan Serrano, á cuyo cargo venia el último navío y de quien era Capitan, y murió como hemos visto.

CAPÍTULO XIII.

Pasa á Burney la armada y de allí á las Malucas.

Algunas historias cargan la mano sobre no haber rescatado á Juan Serrano, y el haber regateado con el Rey tanto más tanto cuando subia el precio, y quien críticamente censura esto, atribuyéndolo á poca caridad, son las historias portuguesas; y la ver-

dad del caso fué, que quien más insistia en que se levasen de allí eran los portugueses que iban en la armada, porque como tenian experiencia de algunas traiciones que en la India habian intentado los negros de ella, representaban el peligro que podian correr en aquel puerto, especialmente que podian, en llegando la noche, abrasarlos. Y el discurso era verdadero, y así hicieron bien en levarse, y cumplieron con su obligacion en haber llegado á tratar del rescate, y puesto los versos que pidieron y pólvora en la barca, para rescatar al miserable piloto y capitan Serrano, cuyo primero oficio de gobernar navíos le asentaba mejor, y el segundo, como le era desproporcionado, le acarreó la muerte; subió el precio el Rey, y los de la barca se sujetaron á pasar por él, hasta que no contento el fementido traidor é indigno del real nombre, llegó á poner tercero precio. En esto se echó de ver la intencion que tenia, y lo dejaron; y así el consejo de los portugueses fué muy prudente y el que convino en aquella ocasion, al parecer, por donde quedan justamente desculpados, pues por la salud de tantos convino que uno muriese, á quien despues áun no habian de perdonar. Hizo vela y pasó la disminuida armada á la isla de Bohol ( ) [1], leguas de Zibú, isla pequeña y muy poblada; dió fondo, y, habiendo elegido todos á Juan Sebastian del Cano por su Capitan, pasó lista de la gente toda de la armada, y halló que habia solos ciento y ochenta hombres de mar y guerra; y pareciéndole que era poca gente para tres navíos quemó un galeon, y repartió en los dos la que tenia, demás que faltaba veláme y járcia, y con la del galeon quemado, aunque gastada, se sustentaron. Hicieron vela, y tocando en algunas islas, que como no sabian la derrota andaban entre ellas naufragando y tomando lengua, encamináronlos á Burney, donde tomaron puerto. Es esta isla muy grande, casi de figura exágona, bojará seiscientas leguas, su parte septentrional llega á seis grados y medio de latitud, y por la parte austral á tres y dos tercios; arroja muchos bajos á la mar, donde se han perdido muchos navíos de Manila que pasaban á la India, y este año corrió

[1] En blanco en el original.

mucho riesgo una galeota en que yo pasé á Malaca, que, á no demandar poca agua, quedara en ellos como los demas. El Rey de esta Isla es poderoso y gran señor. La gente es mahometana, en las costumbres son como los demas, y esto baste por agora hasta que la describamos, cuando el Doctor Sande, Gobernador y Capitan general de las Islas Filipinas, conquiste la ciudad donde el Rey asiste. Juan Sebastian del Cano llegó y envió á pedir licencia para desembarcar, diciendo que eran vasallos del mayor Rey del mundo, cual lo era el muy poderoso rey de España, y que le iba de su parte á besar las manos. El Rey le mandó desembarcar, y habiendo subido en unas galeras (por acá se llaman caracoas, son grandes y capaces de mucha gente, y son navíos de guerra) cuyas proas estaban doradas, por el rio, llegaron cerca de la ciudad, donde le mandaron aguardar, y habiéndose entretenido Juan Sebastian del Cano con los señores de aquella ciudad, que le salieron á recebir y detener, enderezó hácia la galera donde el Capitan con algunos castellanos iba, mucho concurso de gentes, y cuatro elefantes con sus castillos de madera encima, el uno era blanco, y entre los títulos de aquel Rey uno era llamarse Señor del Elefante blanco. La isla no cria elefantes, pero la tierra firme de la Asia dista de Burney cuarenta lenguas, por el reino de Ior, á quien se sigue el reino de Pan, y luégo el de Patan, que abundan de elefantes, y de aquí le llevarian los que el rey de Burney tenia; iba un moro encima de cada uno, con unos vasos ó porcelanas cubiertas de seda, para llevar el presente que el Capitan apercibió. En llegando á su presencia se arrodillaron los animales, haciendo reverencia á nuestra gente; con que quedarán desengañados los lectores de que el elefante dobla los piés y puede echarse, como los demas animales, y levantarse, y no como algunos quieren que siempre esté en pié, y dicen que para dormir se arrima á un árbol, fábulas y antojos de escritores antiguos. En la ciudad de Manila, que es donde primero ví elefantes, y despues en la India, hice arrodillar muchas veces á un elefante que acudia á una huerta nuestra á que le diésemos verdura para comer, y en mandándole echar obedecia como una persona, y se tendia en

el suelo, y estando de un lado se volvia del otro, y hacia de su cuerpo cuanto se le pedia; de forma que quede desterrada esta ignorancia, y no parezca novedad decir que se arrodillaron ante los nuestros. Luégo nuestro Capitan subió con sus compañeros en los elefantes y guiaron al Palacio; por las calles habria en hilera, por una y otra parte, cuatro mil burneyes con alfanjes y paveses, lanzas y crises desnudas; por entre esta guardia llegaron los castellanos á la casa Real, y apeados subieron acompañados de los señores, y entraron en una sala donde estaba puesta en el suelo una muy rica alfombra, donde mandaron sentar á los nuestros y poner el presente junto á sí. Luégo abrieron ciertas puertas ó ventanas corredizas, con que se descubrió otra sala superior á la en que estaban, que quedaba incorporada con ella y parecia toda una, excepto ser un codo más elevada; estaba colgada toda de seda, y en su remate estaba, sobre una rica alcatifa de oro y seda, con sus cojines, el Rey sentado con un hijo suyo. Hiciéronle los castellanos las cortesías debidas á nuestra usanza, y hablándole por la lengua malaya que allí se entendia, y todos la saben, le ofrecieron su presente, y pidieron se conservase amistad con los nuestros, ofreciéndole la de nuestro Rey y señor. Muy bien le parecieron los españoles, y holgó que dél tuviesen noticia en tan remotos reinos: dijo que, pues el rey de España queria ser su amigo, él holgaba mucho dello, y para confirmacion de su amistad, que viesen lo que habian menester, que no les faltaria nada. Es uso de este Rey el hablarle (cosa ridícula á no ser tan cierta) por un zarabatana, en esta forma: quien le habla toma la zarabatana y habla con su secretario, y el secretario tiene otra con que habla con el Rey, y recibe las repuestas, y por el mismo órden las da, que parece danza de palillos segun alzan y bajan las zarabatanas. Concluido el despacho se cerró con música la sala real, y Juan Sebastian del Cano, con los demas, se volvieron á su alfombra, y los sacaron colacion de clavo y canela y nueces moscadas; de allí, por el mismo órden que habian ido, los sacaron de palacio y los llevaron á una casa muy bien aderezada, donde les llevaron una muy espléndida cena de capones, gallinas, terneras, puerco,

venado, pavones y otras aves, y notaron haberles servido treinta y dos platos diferentes, sin ántes y postres. El vino que les sirvieron era el general que hay en todas estas islas, de palma, que destila un cierto licor dulce, sabroso y medicinal; llámase en las Filipinas tuba y tinamis, y aquí en Malaca, donde al presente escribo, sura, éste destilan por alambiques y queda hecho vino tan fuerte y más que aguardiente. Teníanles aparejadas muy buenas camas de colchones de algodon, cosa muy usada entre estos malayos; otro dia se volvieron á sus navíos en la misma forma que habian venido. La ciudad seria de treinta mil fuegos, las casas, muchas dellas, muy grandes, aunque de tablas, muy bien labradas, fundadas sobre postes muy gruesos, de braza y braza y media de ruedo, y de una madera tan fuerte que debajo de tierra están cien años, y con ser tan húmeda, que lo más del tiempo llueve, no sólo no se corrompen pero están como huesos duros; la tierra es abundantísima de arroz, pan ordinario de estas regiones, gallinas, venados, puercos, búfaros, cabras; cógese mucho azúcar, hay canela, canfora, salitre, gengibre, mirabolanos, naranjos, limones y otras muchas cosas de estima. Llamábase este Rey Ladya Siripada, Ladya es nombre de su dignidad, y el Siripada es el propio; algunos por pronunciar Ladya dicen Raxa, lo cual procede de ignorar la lengua, como advertiremos adelante. Proveyó de bastimentos el Rey al capitan Juan Sebastian del Cano, con que salió del rio de Burneo y se encaminó á las Malucas. Bartolomé de Argensola no tiene que fuese este famoso piloto electo por General, ántes, en el libro primero de su Historia, en la página diez y nueve, *A*, línea siete, dice así: «Y eligieron por general á Juan Caravallo, y Capitan del navío *Victoria*, á Gonzalo Gomez de Espinosa,» y once renglones más abajo se contradice, haciendo General á Espinosa, cuando pone la embajada que se hizo al rey de Burney, cuando le pusieron en el elefante, por estas palabras: «Metieron dentro á Gonzalo Gomez de Espinosa, que ya era General», y si se prohijare á la imprenta este hierro de haber añadido que ya era General, no podrá á lo ménos servir esta desculpa en la jura que como General dice que hizo en Tidore, página

veinte, *D*, y poco despues, en el principio de la siguiente página, le llama otra vez General, así que esta contradiccion, que la debió de hallar así en los libros portugueses, me excusará de refutar muchas cosas en lo de adelante, y á pasar por ellas sin embarazo de la verdad que llevo en estos escritos. Ni es de creer que yendo tan escarmentados los castellanos del rigor de Magallanes, muerto ya, habian de aventurar su gobierno á otro portugués, siendo pocos los que iban en esta armada y todos los demas castellanos. Ni reservara el rey de Sugbu de la muerte, por aquel breve tiempo, á Juan Serrano para el fin que pretendia, sino á Barbosa si fuera General, como ni tampoco si Espinosa fuera General dejara de hacer el viaje en la nao *Victoria*, que era mayor y mejor que la otra de que era Capitan, y se le hubiera atribuido la gloria y honra que al general Juan Sebastian del Cano, á quien el Emperador hizo muchas mercedes, y, aunque á Gonzalo Gomez de Espinosa hizo algunas, pero fueron siempre inferiores á las del glorioso guipuzcoano, como dirá esta Historia, á quien el César nombró (viendo cuán bien se hubo en este oficio) despues por General por muerte de Loaisa.

Habiendo salido del puerto de Burney encontraron una armada de piratas, de muchas velas, que atrevidamente se vinieron á nuestros galeones, dando muestras de querer reconocernos para hacer lo que mejor les estuviese; nuestra Capitana se encaminó á la del pirata, mosqueando de camino las demas, que se la acercaban, con la artillería; Espinosa hizo lo mismo, y, habiendo destrozado algunas, las demas se pusieron en huida. Tomóse la Capitana y en ella al príncipe de Luzon, que robando andaba con aquella escuadra y volvia á restaurar su reino, que su primo el rey de Tongdo le iba ocupando: fué el caso, que quedo este Príncipe sin padre, por que recien nacido se le murió, y el gobierno quedó en la Reyna madre, á quien el rey de Tongdo, su sobrino, se atrevia por ser mujer; á ella no se la daba mucho, ni á los señores principales de Manila, por que cada uno pretendia ser Rey y señor de lo que pudiese. Creció el Príncipe, y como se criase con su mismo primo el rey de Tongdo, que con

astucia se le iba entrando por sus tierras, siendo algo crecido tuvo con él una pesadumbre, con que se volvió á Manila, sentido de que el Rey su primo no le respetase, y pretendiese jugar con él de hermano mayor; quejóse á su madre, que procuró halagarle y componer la cosa, pero como el Príncipe fuese mancebo y de altos pensamientos, y conociese como despues de la muerte de su padre el rey de Tongdo se iba introduciendo en el reino de Manila, trató con algunos principales señores, deudos suyos y que miraban por él como por sí propios, que queria ir á Burney á pedir favor á su abuelo, que era el rey Siripada, para volver á cobrar sus tierras. Comunicóselo á su madre, que quisiera tenerle consigo y disuadirle del viaje, pero viendo su resolucion le dió licencia y cantidad de oro, y habiendo tomado enbarcaciones, acompañado de algunos señores, dió consigo en Burney, donde fué muy bien recibido de su abuelo Siripada, en cuya corte y Palacio estuvo servido como su real persona hasta que puso á la vela casi doscientos navíos, entre juncos y galeras, y hasta seis mil burneyes, soldados briosos; con estos salió poco ántes que el general Juan Sebastian del Cano aportase á Burney, y, como se viese el Príncipe con tan lucida armada, quiso hacer algunas presas para ir más poderoso á Manila, dando gusto en esto á los soldados burneyes, que son muertos por robar. Esta armada, pues, fué la que revolvió sobre los dos galeones nuestros. El General tomó la Capitana, y en ella captivó al Príncipe; supo sus designios, y dónde iba con el armada, de que en Burney tuvo tambien noticia, y habiendo entendido ser nieto del rey Siripada le dió graciosa libertad, menospreciando cantidad de oro que ántes le ofrecia por ella, volvióle su navío y lo que se le habia tomado, diciéndole que más debia él al rey de Borneo, pues llegando á su puerto necesitados de bastimento le habia socorrido con ánimo generoso, de que estaba tan obligado, que á no ir contra el órden de su Rey, que le mandaba ir á las islas Malucas, torciera el viaje y le fuera sirviendo hasta restituirle en sus reinos, pero que no se podia detener: pidióle alguna guía y piloto para el Maluco. El príncipe de Manila, agradecido al buen término del General, le dió un buen piloto, esclavo suyo y

libertad para que les guiase. Era el piloto de Macasar, que, habiéndole captivado, de unos amos en otros habia parado en servicio del príncipe de Luzon, ó de Manila que todo es uno. La isla se llama Luzon, y como Manila era la mayor y más principal ciudad della, donde los reyes tenian su corte, llamábanse los Ladyas reyes de Manila. Habiendo pasado entre el General y el Príncipe muy grandes cumplimientos, Juan Sebastian del Cano le pidió, por que no fuese de balde la libertad que le daba, que si por ventura aportasen á sus tierras y reinos alguna vez españoles, se acordase de la hidalguía con que en la presente ocasion se procedia con su alteza para que les hiciese bien; así lo juró á su usanza el Príncipe, y lo cumplió tan bien como veremos en la conquista de Manila, por que éste es el rey Ladya Matanda que hospedó al Maestre de Campo Martin de Goiti, é hizo lo demas que diremos á su tiempo. Despidiéronse las armadas; la Católica fué la vuelta del Maluco. La del Príncipe surgió en Manila con felicidad, cobró sus tierras y retiró al rey de Tongdo, y, habiéndole saqueado algunas villas y lugares, le envió sus mensajeros á tratar de la paz, sujetándosele, como ántes lo estaban, los reyes de Tongdo á los de Manila; con que quedó el Príncipe hecho Rey y señor temido. De los despojos de Tongdo quedaron los soldados burneyes ricos y bien pagados. Envió el rey de Manila á su abuelo un buen presente y aviso de sus buenos sucesos; el abuelo le retornó una nieta suya, de singular hermosura, cosa que se le tenia tratada en Burneo, y no se la entregó entónces hasta saber el rey Siripada que gozaba de la posesion de su reino con quietud. Con quien el rey de Luzon casó era su prima hermana; no tuvo en ella sucesion por permision del Cielo, para que viniese á quedar en la Corona de Castilla, como en efecto quedó, justa y legítimamente, como manifestará esta Historia.

Nuestra armada llegó á descubrir las Malucas con brevedad, por beneficio del piloto que gobernó muy bien, metiendo los galeones por bocas y canales muy buenas, pero tan particulares, que á no ser tal el piloto se pudiera temer mucho la armada. Encaminóse á Tidore, y entró en el puerto á las tres

de la mañana, navegando con una luna muy clara, donde surgió á ocho de Noviembre deste año de veintiuno.

CAPÍTULO XIV.

Jura amistades con Castilla Almanzor, rey de Tidore.

Cuando amaneció, aparecieron aquellas naos surtas, que tocaron al alborada con la artillería. El rey de Tidore, llamado Almanzor, envió un parao (género de enbarcacion ligera es) á reconocer los navíos. El General recibió muy bien los indios, y habiéndoles dado cuenta de su venida, envió con ellos dos castellanos á besar las manos al rey Almanzor, y á pedirle licencia para desembarcar y darle su embajada. Gran contento recibió el Rey cuando entendió ser españoles, porque de la suerte que hizo sus diligencias cuando el capitan Francisco Serrano, estando en Rucutela, habiendo vencido á los veranuleses, trató de pasar adelante para hospedarle en su reino, y no tuvieron efecto por la diligencia del rey Boleife de Terrenate, agora se tenia por muy dichoso viendo que se le entraba esta ventura, sin saber, por sus puertas, pareciéndole que con la nueva gente extenderia sus reinos y seria temido de sus enemigos. Determinó ir en persona al galeon Capitana: metióse en su real falúa, á quien seguian algunos paraos, donde iban los cachiles y señores de su reino; en llegando Almanzor disparó su artillería la Capitana, haciéndole salva real, y los soldados dieron una carga con mucha bizarría, y el navío de Gomez de Espinosa hizo otro tanto. Recibióle Juan Sebastian del Cano con las cortesías debidas, y, habiendo pasado entre el Rey y él algunos comedimientos, Almanzor se sentó en una alfombra que con sus cojines tenia el General prevenida; mandóle cubrir y sentar el Rey, lo cual, despues de algunas cortesías, hizo, y se sentó con él en el alfombra. El Rey le dijo como habia dos años que sabia que habian de llegar á su puerto gentes de remotas tierras, como las que hospedó el rey de Terrenate, su vecino, lo cual habia

entendido por las estrellas (preciábase Almanzor de gran astrólogo) y que habian de poner el pié en aquellas islas, y así deseaba mucho su llegada, pues eran ellos sin duda los que el cielo señalaba, y que pues estaban en el puerto se llegase más á su ciudad, que con la seguridad que en la de su mismo Rey se podian alojar en ella, y que ella y su reino estaba á su servicio. El General le agradeció la buena voluntad que le mostraba y á los castellanos; díjole como era vasallo del mayor Rey de la tierra, que le enviaba á visitarle de su parte y á ofrecerle su amistad, y que en razon desto le escribia y enviaba un presente para que las amistades quedasen más firmes; y así, ni más ni ménos, enviaba rescates para comprar el clavo que pudiesen llevar los dos navíos. Díjole lo bien que le estaba tener por amigo al rey de Castilla y como habia de redundar en provecho suyo; dióle cuenta de la navegacion que habian hecho y de los trabajos que surcando tan largos é inciertos mares habian pasado, de los navíos que habian perdido, y gente muerta, así de hambre como por traicion en Sugbu, por llegar á su puerto y llevarle aquella embajada, pero que daban por bien empleado todo el trabajo pasado, viéndose ya en su presencia y surtos en el puerto que tanto deseaban, donde estaban á su servicio. El Rey, con muchas cortesías, respondió, que en cuanto á la amistad de Rey tan poderoso, él era el que en eso interesaba, y que así á su real servicio estaba él y su reino, teniéndose por muy dichoso de que le admitiese por vasallo suyo, y que en lo demas dispusiese Juan Sebastian del Cano, y cargase sus naos de cuanto clavo y drogas hubiese en su reino; y que pues estaban en su casa descansase él y sus soldados de los trabajos que por él habian pasado, que en cuanto pudiese procuraria satisfacer, y que avisaria al rey de Gilolo y los demas Satrapas y Sangajes vecinos y deudos, para que participasen de la amistad de tan gran Rey. Con esto se despidió, excusándose de no acompañarle por poner en órden lo que la Católica Majestad le enviaba, y surgir más dentro del puerto, y que en amarrándose bien le saldria á besar las manos; y con esto ordenó que el capitan Espinosa le acompañase con algunos castellanos, y, habiéndole hecho otra

salva real, se metio el Rey en su falúa llevando consigo los castellanos.

El General mejoró sus navíos, y habiendo puesto en órden el presente, le llevaron á Palacio con mucha autoridad, habiendo en la ciudad de Tidore casi infinita gente que habia ido de las aldeas á ver la nueva gente; y cosa de cuatro mil soldados tidores extremadamente lucidos con alfanjes y rodelas acompañaban el presente, que era una silla muy hermosa de terciopelo carmesí, chapeada de clavos dorados, una tunicella de tela de oro y una ropa larga de terciopelo amarillo, algunas piezas de raso y damasco de colores, una pieza de grana de polvo, camisas, toallas y lienzos labrados ricamente de oro y seda, vidrios de Venecia y otras curiosidades de Europa. La carta del Rey llevaba un paje junto al General en una salva dorada, cubierta con un velo de seda; seguíase Juan Sebastian del Cano con su baston de General, vestido de gala, representando en todo gravedad y decoro, que es lo que lleva los ojos de las naciones extranjeras. Recibió el Rey el presente con la majestad que por ser de tan gran Monarca requeria, y, tomando la carta, la puso sobre su cabeza tres veces, y habiéndola besado la abrió y dió al intérprete, y habiéndose sentado en un cojin, sobre una riquísima alfombra, mandó sentar en otro junto á sí á Juan Sebastian del Cano, que representaba muy bien su oficio; pidió al Rey mandase sentar al capitan Espinosa, de que el Rey gustó, y así tomó asiento á un lado en el alfombra sin cojin: los demas estuvieron en pié, así cachiles como castellanos. Y, habiendo platicado diversas cosas, dos sacerdotes mahometanos sacaron un libro cubierto con velos de seda, que era el Alcoran, y juró el Rey Almanzor de Tidore, en nombre suyo y de sus sucesores, de guardar perpétuamente amistad y vasallaje á los Reyes de Castilla, y que el comercio del clavo para siempre jamás se reservaria para ellos, como acudiesen á él las naos de Castilla, que de faltar era fuerza vender la especería á quien acudiese, por tener sus rentas reales en el clavo. Miéntras el Rey hizo el juramento tuvo siempre las manos sobre el Alcoran. Juan Sebastian del Cano, como Gene-

ral y Embajador del rey de Castilla, hizo juramento en su real nombre de amparar y defender de sus enemigos á los reyes de Tidore, siempre que fuese menester. Acabada esta cerimonia, que fué á nueve de Noviembre deste año de veintiuno, Almanzor convidó al general Juan Sebastian del Cano, y le dió un suntuoso banquete, enviando mucho refresco á la gente de la armada. Luégo trató de dar carena á los navíos, que estaban abiertos ya por haber pasado tanta mar y tormentas, y comenzó á juntar carga para despacharse, así por no perder el tiempo de la monzon como porque de detenerse mucho en aquellas islas podria llegar á noticia de los portugueses y podrian impedirles el paso, demás de que la gente, de la prolija y larga navegacion, estaban quebrantados y con facilidad enfermaban. Pidió al Rey todo lo necesario para aderezar los galeones, y lugar donde hiciese un almacen para guardar lo que en ellos tenia y recoger el clavo que ya iba rescatando, á todo acudió con mucha voluntad Almanzor. El rey de Gilolo y otros señores cachiles acudieron á Tidore y juraron el mismo vasallaje que el rey Almanzor, el cual dió al general Juan Sebastian del Cano un presente para el Rey, nuestro señor, Don Cárlos, poco despues Emperador, César Máximo Augusto, y su carta, ofreciéndole en su reino y señalándole lugar para factoría y todo lo demas que su Católica Majestad fuese servido. Habiendo cargado el General muy bien sus dos naos de clavo, habiendo entrado el mes de Enero del año de mil y quinientos y veintidos, se despidió del rey Almanzor y salió del puerto la vuelta del Mar de la India.

CAPÍTULO XV.

Hace agua la Capitana, vuélvese á Tidore, llega la nao Victoria á España,

A mediado Enero seria cuando llegaron á una isla de Banda, donde hallaron masa de especia y nuez y sándalo y otras drogas aromáticas, excepto el clavo; aquí se les quedó un por-

tugués, y vieron que una mujer se quemó viva por habérsele muerto el marido, costumbre usada entre los naturales de estas islas de la India oriental. Muerto el marido le lloran, y componen una hoguera cual la de la fingida Fénix, de palos aromáticos, especialmente de sándalo, que hay mucho y bueno; sale el pueblo acompañando á la desdichada viuda, por esta abominable cerimonia más que por su viudez, que va muy compuesta y adornada; en llegando á la hoguera comienzan á tocar sus rústicos instrumentos y tamboriles, y bailando, con endechosos y lúgubres cantos en alabanza del difunto, dan vueltas al fuego fatal, llevando en medio á la malograda, que muestra alegría en lo exterior, segun me afirman los que lo han visto, por ser tan ordinario esto como morirse los hombres: yo no sé cómo acierta á dar paso. Detiénense á beber sus tragos, y, para el que la viuda ha de pasar, la brindan la corta salud; en fin, desvanecida con el vino y vueltas que bailando y corriendo dan á la hoguera, el más allegado pariente y que más amor la tiene la arroja en el fuego, sin que cese el cántico fúnebre ni la melancólica melodía de sus bárbaros instrumentos, hasta que queda convertida en ceniza. Preguntando yo la causa desta bárbara costumbre, me respondieron, que con esto las mujeres aman á sus maridos y miran tanto por su salud como por la suya misma.

De aquí salieron nuestros galeones, y la Capitana hacia tanta agua que no se podia vencer; arribaron á otra isla de la Iava mayor, y el General se pasó á la nao *Victoria*, y ordenó á Gomez de Espinosa que se volviese á Tidore á aderezarse, y despues hiciese su viaje por donde le pareciese. Hízolo así Espinosa que deseaba volver por el Mar del Sur y costa de Nueva España. El general Juan Sebastian del Cano siguió su viaje y desembocó por el Estrecho de la Sonda, y, de golfo lanzado, por huir de la India ni embarazarse con portugueses, pues hasta entónces no habia topado ningunos, gobernó á la isla de San Lorenzo, dejándola por la banda del Norte, donde llegaron por la Cuaresma. Pasaron muchas tormentas, y como el navío iba lleno de broma hacia agua, la járcia iba gastada, las velas rotas, y tan mal pa-

rados iban y con tan poco bastimento y agua, que trataban de arribar á Mozambique, y arribaran á no tener tanto valor Juan Sebastian del Cano, que sin arrogancias, ni usando de la potestad de su oficio, como Magallanes, les metió por camino á todos, diciéndoles que para arribar á Mozambique era necesario bojar aquella isla grande y que habia mucho camino, y que cuando llegasen no se podian prometer ménos que la muerte ó larga prision, pues era fuerza que los portugueses sintiesen haber llegado á Maluco, y que viendo la suya hiciesen demostracion, como dueños que decian ser del Maluco, y que les habian de quitar el navío y hacienda, y en las personas todas las afrentas y agravios que pudiesen; y que pues habian vencido mayores dificultades, venciesen la presente de doblar el Cabo de Buena Esperanza, pues podian tenerla segura de que estaba cerca, y que doblado hallarian el mar más tranquilo, y puertos donde se pudiesen remediar, y que en el ínterin acudiesen á Dios que era el que les guiaba. Con esto y la humanidad que veian en el General, y la igualdad con que se trataba no tomando más racion que un grumete, y acudiendo á dar á la bomba el cuarto que le tocaba, como un marinero, y muchas veces el timon, animándolos y consolándolos con mucho amor, le siguieron todos y dijeron que gobernase como quisiese, que todos le seguirian hasta la muerte. Era Cuaresma y todas las noches hacian disciplina y se encomendaban á Dios con muchas veras, que á todo esto obliga una buena cabeza. Juan Sebastian del Cano era muy buen cristiano, y así procuraba negociar con Dios, que, como buen piloto y experto Capitan, bien sabia que como iba la nao haciendo mucha agua, sin bastimentos, sin járcias ni velas, no podia llegar á España. El camino era largo, las tormentas muchas á causa de acercarse el invierno, que allí comienza por Marzo, por estar el Cabo de Buena Esperanza en treinta y cinco grados de latitud meridional; los climas varios, la gente enferma, de suerte que no habia quien acudiese á las faenas, el agua faltaba, solo se aprovechaban de los aguaceros: con todo eso tomó resolucion de pasar adelante, como Magallanes de acometer el Es-

trecho. Ultimamente, Viérnes Santo, cuando estaban haciendo los Oficios y encomendándose á Nuestro Señor, les envió Su Majestad, que no aparta sus ojos de los afligidos que con humildad fian dél y le llaman, viento en popa tan bueno como le podian desear, con que doblaron el Cabo y fueron á surgir á la aguada de Saldaña, que está en doblando el Cabo; y desde Tidore hasta este puerto anduvieron mil y novecientas y cincuenta leguas. Miéntras hacen agua será bueno saber del capitan Gonzalo Gomez de Espinosa, que arribó á Tidore, donde el Rey le recibió muy bien y acudió á su despacho con mucho amor; descargó la nao y aderezóla lo mejor que pudo, echando algunas tablas podridas fuera, y, habiéndose puesto á la vela, tomó la derrota del Mar del Sur, á fin de Abril deste año; fué por aquellas islas con mucho espacio á causa de ser los vientos contrarios, y así le dejaremos navegar por volver á nuestra nao *Victoria*, que, habiéndose refrescado la gente y hecho agua y comprado cuatro vacas que los negros (así llaman los portugueses á todos los naturales de la India, aunque sean morenos) les dieron á trueque de cascabeles y espejos, hicieron vela costeando aquella parte de Africa hasta el rio de Congo, que está en seis grados de latitud meridional, hasta donde tardaron cincuenta y cuatro dias, pasando mucha necesidad con no haber sino quinientas leguas escasas. Aquí buscaron comida, pero era poca; de aquí siguieron su viaje y les dió tales calmas, que pusieron en condicion el galeon de no pasar adelante sino dar en la costa, lo cual esforzaba un portugués que iba allí, pareciéndole que hallaria en aquella costa factoría de su reino. Dió Dios valor y gracia al General guipuzcuano para sufrir los trabajos en que le ponian sus compañeros, á quien animaba y consolaba dándoles esperanzas de que presto verian el fin de su viaje; ya aquí en veinticuatro horas no comian sino media escudilla de arroz que cocian en agua salada, porque la poca que cogian cuando llovia la guardaban para beber, y era tan poca, que en un dia natural no bebian una escudilla bien llena. Los calores eran grandes; y deste mal pasar murió mucha gente, y eran ya muy pocos los que trabajaban y acudian á las

faenas, pero el primero siempre Juan Sebastian del Cano. Y sólo en este pasaje, desde Congo hasta donde se hallaban, murieron treinta hombres. Perseverando en su navegacion, descubrieron la isla de Santiago de Cabo Verde, que tiene de latitud septentrional quince grados y medio; el alborozo que tuvieron todos viéndose en tierra de cristianos y naturales suyos, y cerca de la deseada y cara España, fué grande. Hay desde esta isla cuatrocientas ochenta leguas hasta la boca del Bétis, en San Lúcar de Barrameda; córrense las islas de Cabo Verde con Guadalquivir, Nordeste, cuarta al Norte, Sudueste, cuarta al Sur. Envió el General á hacer agua, y habiendo metido tres bateladas dentro, y tenido cuidado que no se desembarcase un portugués que allí venia, él tuvo traza para huirse, y dió cuenta de la nao y de su viaje y derrota. Los portugueses prendieron seis hombres que habian ido en el batel, y habiéndolo entendido Juan Sebastian del Cano, sin aguardar á buscar bastimento de que iban necesitadísimos, se levó y fué la vuelta de las Canarias, en cuyo paraje encontraron una nao y dos carabelas de armada de Portugal; preguntados que de dónde venian, dijeron que de las Indias, y que se habian derrotado y padecido mil naufragios y calamidades, y que se habia muerto la gente, y solos doce hombres les habian quedado, á cuya causa no podian navegar. El Capitan portugués anduvo tan honrado, cuanto cruel el que prendió los seis castellanos del batel en Santiago de Cabo Verde; metió gente en el galeon *Victoria* para que diesen á la bomba y mareasen las velas, y los fué acompañando hasta la barra de San Lúcar, donde dió fondo el mejor y más venturoso navío que tuvo la mar sobre sí desde Argos y Tiphis hasta el dia de hoy, á seis de Setiembre deste año de veintidos. El Capitan de Santiago de Cabo Verde envió en hierros á los seis castellanos á Lisboa; que, llevándolos á la prision, llegó correo al serenísimo rey de Portugal del rey de Castilla, y su Alteza los mandó soltar.

CAPÍTULO XVI.

Hace mercedes el rey de España al general Juan Sebastian de Cano y demas compañeros.

.....[1]

[1] De este capítulo no hay más que el epígrafe, al cual siguen cuatro hojas en blanco.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

Edifica en Terrenate Antonio de Brito una fortaleza por órden del rey de Portugal.

Gobernaba la India, por el rey D. Manuel, D. Duarte de Meneses, hijo del conde de Toranca y Prior de Crato, el cual tuvo nueva de la jornada de Fernando de Magallanes, y órden de su Rey de que edificase en Terrenate una fortaleza. Tomó en sí el gobierno el año de veintiuno, á cuya causa no pudo aquel año despachar al Maluco la armada que se le habia mandado, por acudir á otras cosas más propincuas; pero el año de veintidos despáchó para este efecto al capitan Antonio de Brito con trescientos hombres, que miéntras navega será bien saber el estado en que estaban las cosas de Portugal en el Maluco. Despues que el capitan Francisco Serrano, su primer descubridor, fué hospedado del rey Boleife, fué á la India, y volvió otra vez á Terrenate, y en la segunda vuelta fué solicitado de los dos reyes, Boleife y Almanzor, el uno de Tidore y el otro de Terrenate, para que se quedase con el que tuviese por bien de elegir. El rey de Tidore le hacia muchas ofertas, y daba sitio para que edificase una fortaleza, el de Terrenate hacia lo mismo, y, como en el principio ganó por la mano, así agora tambien, porque agradecido Serrano al hospedaje que le habia hecho, eligió la isla de Terrenate, aunque por no tener órden no aceptó lo de la fortaleza. Ayudaba á Boleife en sus guerras, y con tan buena suerte que era temido de los demas Reyes el de Terrenate, por el valor de los portugueses. El capitan Serrano, que es quien escribió al rey de Castilla caer en su de-

marcacion las islas del Maluco, estaba á la mira para hacerle algun servicio, y cada dia aguardaba armada suya, y que Magallanes, por la vía del Poniente, descubriese camino. No fué esto tan secreto, que, ó bien por las cartas que escribió con Fernando de Magallanes al rey de España, ó porque lo hubiese comunicado con otro, en fin se sospechó algo, por lo cual pretendieron sacarle de Maluco con el mejor color que se pudo, por contemporizar con el rey Boleife que le amaba mucho. A este efecto fué á Terrenate y á cargar de clavo don Tristan de Meneses, y, sintiendo el Rey la vuelta de Serrano, le dió á entender D. Tristan, que más importaba á Su Alteza la ida del capitan Serrano que á nadie, pues convenia que de parte suya se fuese á ver con el rey de Portugal, y á pedir le diese licencia para edificar en Terrenate la fortaleza que deseaba, para seguridad del trato y comercio, y para tener defensa en los portugueses. Con esto el rey Boleife se aseguró y tuvo gusto en su ida, y para el efecto envió al rey D. Manuel á Cachilato por embajador suyo en compañía de Serrano. Cargó D. Tristan de clavo, y, embarcándose con él el capitan Serrano, se dieron á la vela la vuelta de la India, y despues murió este Capitan; con esto quedó desembarazado el Maluco de portugueses, y así, cuando llegó el general Juan Sebastian del Cano, no halló la contradicion que despues hallaron las armadas castellanas que fueron. Navegaba, pues, el capitan Antonio de Brito, y metiéndose por el estrecho de Saban, pasó á la Iava mayor, donde surgió en algunos puertos, y enviando un navío de remo á Agacin, ciudad puesta en las riberas de un agradable rio, con diez y siete soldados, desembarcaron, y subiendo en embarcaciones menores por el rio, divirtiéndoles la hermosura de sus riberas y frescura de sus prados, los negros salieron al mar por otro brazo dél, y, viendo que la galeota estaba sin gente, la tomaron, y despues dieron sobre los diez y siete portugueses y los captivaron, aunque poco despues los rescataron. Siguió su viaje, y habiendo castigado en la isla de Bachan á sus naturales abrasándoles la ciudad y degollando cuantos pudieron haber á las manos, porque habian muerto á traicion

ciertos portugueses, que en tiempo de Francisco Serrano habian aportado allí en compañía de Simon Correa, pasó á Tidore, donde supo como habia muerto poco habia el rey de Terranate, Boleife, cosa que le dió harto cuidado, pues su viaje habia sido á peticion suya. El rey de Tidore le convidó con su tierra, pero Antonio de Brito no admitió su ofrecimiento, así por llevar órden de hacer fortaleza, como porque habia hospedado los castellanos del viaje de Sebastian del Cano. Sobre esto le dijo mucho mal dellos, y que, siendo gente que no cabia en el mundo, andaban de unas tierras en otras robando, no teniendo otro oficio que el de piratas, y que el presente y carta que le habian dado no era del rey de Castilla, que no se acordaba dél ni sabia si habia Rey en Tidore ó nó; con que quedó confuso el rey Almanzor, aunque no arrepentido, porque decia que él sabia por su astrología que primero faltaria el sol en el cielo que castellanos en Tidore. Brito pasó á Terrenate, donde halló que gobernaba el reino, por tutela del rey Boyano, hijo de Boleife, que quedó muy niño, Cachil Daroes (Cachil es nombre de dignidad despues de la real), y esto por gusto de la Reina madre, que era hija de Almanzor, rey de Tidore, que habiéndola dejado su marido el gobierno y la crianza de su primogénito, aunque para lo de la guerra le señaló por ayo y maestro á Daroes, puso sobre sus hombros este cuidado. Sabiendo, pues, Cachil Daroes la llegada del capitan Antonio de Brito, le envió á recebir con gran fiesta, y que le metiesen en el puerto. Surgió, y fué á besar las manos al niño Rey y á su madre, que le recibieron con mucho gusto y dieron la bien venida, añadiendo que al difunto rey Boleife, á la hora de la muerte, no les habia encomendado otra cosa con tanto afecto, como era que conservasen la amistad de los portugueses, y que así lo harian siempre. Luégo le señalaron sitio para edificar la fortaleza, que fué cortarse la cabeza y ponerse unos grillos, y fué el que al Capitan le pareció más á propósito. Mandó sacar los materiales de sus navíos que de Cochin traia, y habiendo dispuesto lo necesario, con grandes fiestas y alegrías exteriores, puso Antonio de Brito de su mano la primer piedra, dia del glorioso precursor San

Juan Bautista, á cuyo honor la fortaleza se llamó San Juan, que se acabó con mucha priesa, donde encabalgó cantidad de piezas de artillería, que traia, para guarnecerla; pero apénas la vieron acabada y fuerte los terrenates, cuando se arrepintieron y conocieron el terrible yugo que sobre sus cervices se habian puesto.

CAPÍTULO II.

Arriba al Maluco el galeon Trinidad, toma el clavo Brito y échale á fondo, y envia preso al capitan Gomez de Espinosa á la India.

Gonzalo Gomez de Espinosa, Capitan del galeon *Trinidad*, Capitana que fué de Magallanes, de que se tomó ocasion de decir que fué General electo por muerte de Juan Rodriguez Serrano, navegaba, y habiendo tomado la isla de Mindanao, buscó canal y salió al Mar del Sur, y, gobernando al Este cuarta al Nordeste, se dejó ir miéntras el tiempo le favorecia, y en siendo contrario daba un bordo al Sur cuanto largo podia; y otro despues al Norte, con que ganaba lo que podia. De esta suerte navegaba, llevando su derrota á Castilla del Oro, en la tierra firme, que cae en el Mar del Sur, en demanda de la ciudad de Panamá, que en aqueste tiempo estaba ya fundada en aquella costa. Los vientos eran contrarios, la nave mal tratada y mal aparejada, porque aunque se adrezó en Tidore, no fué como convenia para tan largo viaje; con todo esto, con la gana que tenian de salir de aquella region, más para peces que para hombres, forcejeaban cuanto podian contra las brisas que les estorbaban su derrota, y trabajó el envejecido navío tanto por punta de bolina, especialmente con una borrasca que tuvieron en cuarenta grados de altura septentrional, ochenta leguas de Maluco, que de nuevo se le abrieron algunas aguas. La gente iba enferma, los bastimentos gastados, agua, sólo tenian la que caia del cielo y las nubes les ministraban, el puerto donde llevaban la derrota estaba muy léjos; los vientos eran

contrarios, y los ánimos de los sanos estaban rendidos de tantas navegaciones, tormentas, peligros, hambres y de tanto mal pasar. Viéndose, pues, en una mar tan brava, cual es la que navegaban, tomaron resolucion de arribar otra vez á Maluco; marearon en popa, y, como el viento era tieso, en breve tomaron las islas de los Ladrones, y surgió en una dellas llamada Guan, que está en ( )[1] grados de latitud boreal. Refrescáronse en ella lo mejor que pudieron, y habiéndose quedado en ella entre aquellos bárbaros un gallego, llamado Gonzalo de Vigo, con dos compañeros, hizo vela y entró por donde un año ántes, por el embocadero de Tendaya, y, dejando á Sugbu por la mala fortuna que allí habian tenido, tomó á Mindanao, en cuya costa se vieron los trabajados castellanos perdidos; pero gobernados de su indomable ánimo y valiente corazon, aunque los cuerpos enfermos, con treinta y cinco hombres ménos, que de hambre y de tan contínuos trabajos habian muerto, llegaron á la Batochina, donde surgieron. El capitan Antonio de Brito tuvo noticia de este navío, y envió, habiéndole primero reconocido, al gobernador Cachil Daroes con algunas galeras (que en Terrenate y las islas llaman caracoas), y algunos portugueses en una carabela, y, habiendo llegado al navío, le ofrecieron puerto en Terrenate al Capitan, que viéndose con solos veinte hombres no trató de ponerse en defensa; y si supiera que habia portugueses en las Malucas, no hubiera arribado, aunque hubiera perecido en el mar, pero, como las cosas y sucesos deste mundo vengan gobernados por la Divina Providencia, en los mayores trabajos y más conocidos peligros halla la piedad cristiana consuelo. Levó su navío, y, en compañía de las caracoas, llegó al puerto de Talangame: saltó en tierra el Capitan, á quien recibió con ménos afabilidad que fuera razon Brito, dejándose decir algunas libertades, á que satisfizo el capitan Gonzalo Gomez de Espinosa, aunque con la modestia de hombre tan castigado de la fortuna, y que estaba en agena jurisdiccion. Mandóle meter en la forta-

---

[1] En blanco en el original.

leza, y al maestre Juan Martinez en su compañía; los demas se quedaron con los portugueses, y á estos dos castellanos los despacharon luégo presos á la India, donde estuvieron algun tiempo en prision. Tomó el clavo y todo lo demas que en el galeon *Trinidad* habia, por perdido, y, viendo que hacia agua, le echó á pique, para preciarse de un tan gran servicio sin duda como haber tomado aquel galeon á los castellanos y haberle echado á fondo. Despues de cuatro años de prision, tuvo libertad Gonzalo Gomez de Espinosa, y el Emperador le hizo mercedes, con el oficio de Visitador de las flotas de las Indias. Ni cuando procediera Antonio de Brito con la afabilidad y cortesía debida á un Capitan del Rey Católico perdiera un punto con su Rey, ni menoscabara la autoridad de su oficio, que no se dan para elevacion y soberanías los cargos, sino para bien regir y gobernar las repúblicas con justicia y piedad cristiana. En el libro del *Deuteronomio*, mandaba Dios que en la coronacion de los reyes de Israel les pusiesen delante la ley suya, pretendiendo con esta ceremonia dos cosas de gravísima importancia: la primera, para que supiesen lo que habian de guardar, para que, ejecutando la ley en sus personas, hiciesen inviolable la observancia della en los vasallos; la segunda fué para corregir la soberbia, con reconocimiento de otra potestad más superior, á quien deben deferir los Reyes y los que gobiernan, dejando, especialmente ministros tan inferiores, altiveces y soberanías, que de dejarse vencer dellas darán en irreparables inconvenientes, como dió Antonio de Brito en el suceso que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III.

Prende Antonio de Brito al rey de Terrenate y á su hermano el infante Tabarixa.

Gran amistad habia trabado Cachil Daroes con el capitan Antonio de Brito, á quien habia ayudado mucho en la fábrica

y prosecucion de la fortaleza, dándole gente que le ayudase y concluyese en breve tiempo. Por otra parte, gobernaba tan absolutamente como si él fuera el Rey; no daba cuenta á la Reina madre de nada, con que dió en qué pensar mucho, y llegó á tanta hinchazon y soberbia con el oficio de Gobernador, que se murmuraba dél que tenia trato secreto con Antonio de Brito, para quedar hecho Rey, y que la priesa que habia dado á la fortaleza era para asegurarse en sus pretensiones. Decíase que habia prometido al Capitan portugués grandes cosas, haciendo particiones de la hacienda agena. Por otra parte, Antonio de Abreo deseaba arraigarse más en la tierra, y oíale de buena gana, dejándose llevar del tiempo y dando lugar á cualquiera buena ocasion, favoreciendo en lo exterior la soberbia de Cachil Daroes, para que, intentando alguna locura, le tocase á él la suerte para fundar mejor el Imperio lusitano en aquel reino, como se habia hecho en Goa.

Cuenta Felipe Comines á este propósito un caso que sucedió al emperador Federico con Ludovico undécimo, rey de Francia. Fué el caso, que estos dos Príncipes traian guerra con el duque de Borgoña, Cárlos, y, temiendo el rey de Francia que el Emperador hiciese paces con el borgoñés, envióle á decir con su Embajador que prosiguiese la guerra y él haria lo mismo, con que despojarian al Duque de su Estado y le partirian entre sí, tomando Su Majestad Cesárea ciertas ciudades á que el Imperio tenia pretension, y él se quedaria con otras que tocaban á Francia. El Emperador, ofendido del repartimiento del francés, le respondió con este cuento: «Andaba un oso en los términos de cierta ciudad de Alemania destruyendo los sembrados y huertas della, no dejando labrador ni pasajero á vida; la República señaló muy gran premio á quien le matase. Movidos dél tres mancebos, determinaron salir con la empresa, y ántes de poner en ejecucion tan valiente determinacion entraron en una hostería y comieron á su placer; el huésped les pidió, habiendo hecho su cuenta, la paga; uno de ellos le dijo que no tenia dineros, pero que les aguardase dos dias porque iban á matar el oso, y, muerto, recibirian el premio prometido, y le

pagarian, y en caso que no se le diesen desollarian el oso y venderian el pellejo y le pagarian la comida: el huésped hubo de conceder los dos dias. Con esto fueron en busca del oso que les salió á recibir ántes de llegar á la cueva, pero los mancebos, turbados, volvieron las espaldas; al uno le salvaron los piés porque era ligero, al otro le valió el saber trepar por un árbol arriba, pero el tercero tuvo ménos ventura, porque le alcanzó el oso, y derribándole en el suelo le pisó y estropajó; el miserable fingióse muerto, porque el natural deste animal es, estando muerto el hombre, dejarle; con todo, para certificarse, llegó el oso el hocico á la oreja del cuitado, y pareciéndole que estaba muerto le dejó y se volvió á su cueva. El mozo se levantó de allí á un rato, y alargando el paso se fué; el que habia estado en el árbol atento, viendo lo que por su compañero pasaba, estando desembarazado el paso, se bajó y caminó, y habiéndole alcanzado ya cerca de la ciudad, le preguntó que qué le habia dicho el oso al oido, y él, alegre de verse libre, le respondió que le habia dicho, que otra vez hasta tener muerto el animal no vendiese el pellejo.» Cachil Daroes pretendia el reino por medio de Antonio de Brito, y este Capitan deseaba meterle en la Corona de Portugal por medio de Daroes, y el medio que tomaron fué para que los tiempos adelante cobrasen los terrenates su libertad, de que no trataran, si con la llaneza que dieron lugar á la fortaleza procedieran amparando al Rey en su libertad.

La Reina madre sentia mucho ver tan orgulloso al que ella habia puesto en el gobierno; él cada dia se hacia más insolente con el favor y amistad de Antonio de Brito, y para salir con su intencion tomó ocasion de la mala voluntad que la Reina le tenia, para decir al Capitan que ya el Rey y su madre tenian tratos con el rey de Tidore, padre della y abuelo del Rey niño; y era así que ella comunicaba con su padre Almanzor lo que se decia de Cachil Daroes, que aspiraba al reino: añadió más, diciendo que le querian matar para poder tomar á su salvo la fortaleza. Antonio de Brito tomó su guarda de arcabuces y alabardas, y llevando consigo á Cachil Daroes cercó el palacio y sacó consigo al rey Boyano, niño, á quien otros

llaman Ayalo, y á su hermano menor, Cachil Tabarixa, y los metió en la fortaleza sin hacerles violencia declarada, dando á entender que los tenia allí solamente para conservar la paz, porque de gobernar su niñez la Reina madre podia haber algunas diferencias que pusiesen el reino en condicion de perderse; deseó tambien haber la Reina á las manos, la cual, como mujer prevenida, se puso en cobro. Viendo los terrenates preso á su Rey se pusieron en arma, cayendo en la cuenta, aunque tarde, del yugo que á cuestas se habian echado con la fortaleza; acudieron á ella, y Antonio de Brito les enseñó al Rey y al Infante buenos y sanos, y les dió á entender estarles bien que se criase en la fortaleza, para en siendo de edad entregársele y meterle en la posesion de su reino, porque de estar con su madre se seguian muy grandes inconvenientes, especialmente que como era hija del rey de Tidore, se podria confederar con su padre y entregarle el reino, y, cuando esto no pudiese, se pasaria á Tidore con el Rey su hijo, con que quedaria despoblada la ciudad, y el trato del clavo corrreria por mano del rey Almanzor, y ellos quedarian destruidos. Cachil Daroes les dijo lo mismo, y el regalo que el Rey y el infante Tabarixa tenian en la fortaleza, y que estaban más seguros allí que en sus palacios. Con esto se sosegó el tumulto, y aún quedaron indignados contra los tidores, pareciéndoles que llevaba camino lo que el capitan Brito les habia dicho. Esta prision, paliada con nombre de la paz y violenta tutoría, atribuye Argensola á Don García Enriquez en la página veintiuna del libro primero de su historia (á quien su hermano, en un elogio que le hizo, llama leon dormido, que sirve de prólogo), no sé con qué fundamento, pues ajustándose poco despues con la verdad del caso, dice que Antonio de Brito acabada la fortaleza recogió en ella al Rey niño, en que se ve la contradicion; dice más, que la fortaleza se acabó el año de veintiuno, lo cual no pudo ser, sino el año que señalamos de veintidos, porque el año de veintiuno por Noviembre llegaron los castellanos con el general Juan Sebastian del Cano á Tidore, que está dos pasos de Terrenate, y si hubiera llegado Brito y la fortaleza se edificara (pues el

dia de San Juan se puso la primera piedra) hubiera habido diferencias entre castellanos y portugueses, las cuales sabemos que no hubo, sino que no hallaron en el Maluco contradicion ninguna, ni ningun portugués; de donde queda sin obscuridad ni confusion de los tiempos, lo que con tanta averiguacion, cuidado y trabajo escribimos, ni podemos á los lectores dejar de llevar advertidos de aquello en que nos encontramos con los autores que han escrito estas materias, para que juzguen lo que llevare más razon, pues salimos á la plaza de el mundo, y aparten lo no tan cierto de lo verdadero, que por lo demas, sus autores son dignos de mucho loor, su estilo muy delgado, el contexto apacible y el rigor histórico muy en su punto, y si habiendo trabajado por sacar á luz la verdad, alguna vez se apartaren della, no es culpa suya sino de las relaciones por las cuales escriben.

CAPÍTULO IV.

Pelean terrenates y tidores, acometiendo primero á Tidore los portugueses.

Por aviso que tuvo de su hija la Reina madre de Terrenate supo Almanzor, rey de Tidore, la prision de sus nietos, y deseaba darlos libertad; para esto apercebia las armas secretamente, aunque no tanto que no llegase el rumor á oidos de los portugueses, que metieron en cabeza á los terrenates que el rey de Tidore queria conquistar á Terrenate y coronarse por Rey della. Corria ya el año de veinticuatro cuando los terrenates y Cachil Daroes se prevenian á la defensa y hacian sus salidas á Tidore, no dejando embarcacion ninguna que no topasen y degollasen la gente; los de Tidore hacian lo mismo yendo á Terrenate, de donde siempre traian cabezas, en que gastaron algunos dias usando de sus crueldades: que estos indios son crueles sobremanera en la guerra, y á trueque de llevar á su ciudad cabezas no se perdonan aunque sean muy deudos. Viendo tan revueltos tidores y terrenates, y que estos llevaban

lo peor, siendo amigos de los portugueses, unos Capitanes que volvian de Banda, cargados de nuez y massa, quisieron ayudarlos, y, habiendo juntado Cachil Daroes mucha gente, acometieron la ciudad de Tidore, donde hallaron gran resistencia. Los portugueses cerraron con los tidores, y, habiendo peleado valientemente gran espacio, se retiraron muy mal heridos, habiendo muerto algunos enemigos que siguieron el alcance, hasta meterse por el mar, á los terrenates, degollando muchos; y Cachil Daroes se salvó á nado hasta que le tomaron los suyos, con que volvió bramando contra los tidores y amenazándolos que los habia de destruir. El capitan Antonio de Brito, por cuya órden habian ido los portugueses, sintió tanto el suceso, que estuvo muy determinado á dejar la guerra contra Tidore, y á no gastar su gente en lo que no le importaba mucho, y más no hallándose con ciento y cincuenta portugueses. Porfió tanto Cachil Daroes con él que tomasen venganza, que envió con él una buena escuadra de portugueses, y muchas galeras de terrenates; acometieron el lugar de Marieco, corte en otro tiempo del rey de Tidore, que se defendian muy bien los de dentro, desde donde hirieron muchos terrenates, y por quedar mal herido un portugués, por descuido de un arcabucero que estaba á su lado, se hubiera de dejar la guerra: embarazósele el arcabúz y disparó pasando á este hidalgo (que era de los aventureros y se llamaba Francisco de Sosa) un muslo. Retiráronle mal herido y prosiguiendo la batalla el capitan Martin Correa y el asalto, se peleó con gran teson por entrambas partes, hasta que apartándose del cuerpo de la batalla Correa, con unos pocos de portugueses, rodeó á Marieco y entró por donde no pudo ser sentido, y dió por las espaldas á los que se defendian, que, como se vieron entrados, volvieron las espaldas, con que pudo Cachil Daroes entrar á su salvo con sus terrenates. Rindió la ciudad el valiente capitan Martin Correa, que no sólo resplandecia en él el valor de las armas, sino la piedad con los vencidos, pues viendo la crueldad con que Cachil Daroes degollaba los ya rendidos, le dijo que no degollase más que bastaba la gloria de la victoria. No quiso el impío Daroes, respon-

diéndole, que aquello se usaba y no se podia hacer ménos, ni seria él parte para detener su gente. Airóse mucho de tan soberbia respuesta el hidalgo Capitan, y con superioridad le mandó que lo dejase y tocase á recoger, pues se habia comenzado en nombre del rey de Portugal y no del de Terrenate; que él perdonaba las vidas á los vencidos, tanto más dignos de estimacion y perdon cuanto con más valor se habian defendido. Con esto cesó ese miserable espectáculo y se embarcaron victoriosos, habiendo saqueado la villa de Marieco. Rindióse á la fama de esta victoria la isla de Maquien, y volvió triunfante el capitan Martin Correa, á quien Brito dió las gracias, y, en remuneracion del valor que habia mostrado, le hizo Capitan mayor del mar, y Alcaide de la fortaleza; provision muy acertada, pues al oficio se dió persona y no á la persona el oficio. Es gran cosa dar los que se hubieren de proveer á personas dignas y beneméritas, y eso es dar á los oficios persona que los administre, porque ellos de suyo la están pidiendo, pero de darse á los indignos, que eso es proveer la persona, se siguen muchos yerros. Con esto, Brito levantó los ánimos de los demas soldados á que si trabajasen bien tendrian cierto el premio, pues no hay medio más eficaz para acometer las empresas más árduas, y no reparar en los mayores peligros, que la seguridad dél, que, como dijo Tito Livio, grandes premios hacen grandes soldados. Con tantas pérdidas se hallaba flaco el rey Almanzor; envió á pedir paces al capitan Antonio de Brito, que, por asombrar á los demas y hacerse temer, no quiso concederlas, con que dió ocasion á que todo este año de veinticuatro anduviesen en continuas guerras terrenates y tidores, y muchas veces los mismos portugueses; no sirviendo esto sino de buscar enemigos y cobrar los de aquella isla tal enemistad á la nacion portuguesa, que les duró perpetuamente, y durara hasta el dia de hoy si la corona de Portugal no fuera hoy del Rey, nuestro señor.

Con la vuelta de la nao *Victoria*, se entendió de la derrota de Juan Sebastian del Cano, estar en la demarcacion de Castilla las Malucas; y tratando el Emperador, nuestro señor, de

armar otros galeones, se trató por el rey de Portugal el antiguo litigio del sitio donde las islas caian; y deseando el Rey, nuestro señor, evitar pleitos y discordias que pudiera haber sobre el derecho del Maluco, envió á Badajoz sus jueces y personas pláticas, y en matemáticas y arte de navegar muy versadas, para que, en compañía de las que el rey de Portugal enviaba para el mismo efecto, juzgasen á quién competian las islas, y esto, deseoso Su Majestad Católica de obviar inconvenientes y justificar sus acciones. Sobre el caso hubo grandes controversias, y convencidos los jueces de Portugal, con razones y demostraciones, lo dejaron, como se verá en la carta que al Emperador enviaron desde Badajoz, cuyo traslado, sacado de su original, es el siguiente:

CAPÍTULO V.

Carta de los Jueces para el asiento que en la particion del mundo se habia de tomar entre Castilla y Portugal, á Su Majestad Católica.

S. C. C. M.

Cuando el primero correo partió, no se habia ofrecido de que particularmente debiésemos hacer á Vuestra Majestad relacion; al presente, muy poderoso Señor, demás de ser necesario dar cuenta de lo sucedido, es razon que Vuestra Majestad sepa cómo recebimos su carta, por la cual besamos sus reales piés; y, cuanto á la culpa que por ella nos es atribuida, tenemos por cierto que es por falta de verdadera relacion, pues la obra y la verdad de lo que por acá pasa es al contrario, porque siempre nos tuvimos por dichos que nos habíamos de juntar todos y comunicar, así los seis nombrados como los demas que aquí Vuestra Majestad mandó venir, y nunca en esto hubo falta, ni la habrá en cosa que á su alto servicio toque, en cuanto nuestras fuerzas bastaren.

Cuanto á lo que nosotros con los Diputados del rey de Por-

tugal se ha platicado, y habemos comprendido de su intencion, es que no querrian venir en conclusion de hacer la marcacion para que fuimos aquí enviados, y la dificultad é impedimento que para ello ponen es, no haber querido concertarse con nosotros sobre el sitio y lugar donde deben ser asentadas las islas de Cabo Verde, desde las cuales se han de comenzar á medir las trescientas y setenta leguas; y como nosotros nos justificásemos en que se asentasen en el lugar donde comunmente, por todos los que navegan y en todas las cartas, deben ser asentadas, de necesidad hubieron de venir á cotejar sus cartas de marear con las nuestras. Y como entre ellas hubiese diez ó doce leguas de diferencia, no sólo no quisieron estar por lo que las nuestras demostraban, pero, concediendo nosotros que estaban bien las suyas y que se situasen por aquella forma, no quisieron, diciendo que todas eran falsas, y que no los enviaban sino á hacer lo más justo y cierto que ser pudiese, y que por tanto se podrian asentar por instrumentos matemáticos, y astrolabios y eclipses; y al fin de tres dias que platicaron sobre este punto, viendo la poca color y razon que tenian, sin querer tomar sobre ello conclusion, trabaron de otro en que de razon hubieran ménos de dudar, y es que dicen que las trescientas setenta leguas se han de comenzar á medir de la más oriental isla y no desde la postrera. Y, como tambien en esto vean la poca justicia de su intento, dicen que aquí son venidos á cumplir la primera capitulacion, y que aquella dispone vayan navíos á situar la línea de las dichas trescientas setenta leguas, y que, por tanto, nosotros no lo habemos aquí de hacer, salvo dar órden como estos navíos vayan, y para instruir las personas que en ellos hubieren de ir. A este efecto, presentaron una prorogacion de los Católicos Reyes, que en gloria sean, en que mandaban que se juntasen en la raya de Castilla y Portugal personas para dar órden en el despacho, y en la forma que se habia de tener sobre la ida de los dichos navíos.

Lo que en sustancia respondemos es, que no hay obligacion de enviar los navíos, porque ya espiró el término asignado en la capitulacion y prorogacion, y que desta nueva capitulacion

de Vuestra Majestad y del rey de Portugal, y de sus comisiones á nosotros hechas, consta que habemos de determinar la propiedad y no concertar navíos y gentes que vayan á ver el sitio de las tierras, y que basta la indubitada opinion y certeza de marinería, por la cual cuotidianamente se va á las dichas islas de Cabo Verde y se sabe cierto su sitio y lugar.

Cuanto á lo del medir de la primera y no de la postrera, es contra la capitulacion, que quiere y dispone que entre las dichas islas y la línea intermedien las trescientas y setenta leguas, y que esto no se verificaria poniendo algunas islas dentro de las dichas leguas, para lo cual se les traen otras razones, que á los del Consejo de Vuestra Majestad y al Abogado y Fiscal parecen ser y son concluyentes; pero, como su fin se enderece á no tomar conclusion, no admiten razon por buena que sea.

La causa que pensamos que les mueve á desear que no haya efecto esta marcacion es, porque no sean por ella compelidos á dejar muchas tierras que tienen usurpadas y que no les pertenecen, puesto que con ellos se hubiese de hacer particion del medio mundo, y por tanto les parece que se deben asir á la posesion, pues para ella no les han de faltar testigos ni escrituras, y que podrán diferir la propiedad con averiguacion de tierras y distancias, por probaciones astrológicas, que son cosas de gran dilacion.

Por lo cual nos parecia que Vuestra Majestad deberia mandar que se diese forma con el rey de Portugal que fuésemos compelidos á hacer la dicha marcacion, segun la posibilidad que hay de hacerse al presente, sin enviar navíos ni aguardar eclipses, porque, áun entre los que esto hubiesen de hacer y ejecutar, podrian nacer mil diferencias y mayor error y nunca venir en concordia. Si todavía pretendiesen que no puede hacerse aquí sin daño de algunas de las partes, podíase tomar por medio, que, no embargante lo que agora se determinare, quede reservado el derecho á las partes para que, si en algun tiempo hubiere más evidente forma de asentar la dicha línea, ó si alguna de las partes probare haber sido mal situada, que se haya de enmendar haciéndola más al Oriente ó al Occidente,

segun se hallare que debe estar, pues que seria tan contra toda razon, que, siendo la prueba que ellos piden tan indeterminable, no se haya de tomar para entretanto aquella que con más razon y apariencia debe ser aprobada.

Don Hernando Colon, en presencia de todas las personas que entienden en posesion y en propiedad, propuso cierta interpretacion que él da á la capitulacion y marcacion, por la cual parece toda la navegacion oriental pertenecer á Vuestra Majestad, y por el consiguiente Calicut, Malaca y los Malucos y todo lo demas que tiene el rey de Portugal, al cual solamente quedarian las trescientas y setenta leguas desde la línea hasta las islas de Cabo Verde; y para confirmacion desto leyó ciertos motivos y razones, que nos parecieron tan bien, y que manifiestan tanto la justicia de Vuestra Majestad, que se los enviamos con la presente para que los mande ver á quien fuere servido y nos envie á mandar lo que sobre esto debemos hacer, porque hasta ver su Real mandato no osaremos determinarnos en este caso. Nuestro señor la muy alta y felicísima persona de Vuestra Majestad por muy largos dias con aumento del universal Imperio á su servicio prospere. Fecha en Badajoz á 25 de Abril de 1525.—D. V. S. M.—Humildes vasallos que sus Reales piés besan: D. Hernando Colon.—El Doctor Salaya.—Sebastian Caboto.—El Bachichiller Simon Tárrago.—Fray Tomás Durán.—Pedro Ruiz de Villegas.—Juan Vespuchi.—El Maestro Salazar.—Juan Sebastian del Cano.—Martin Mendez.—Pedro Ribeiro.—Nuño García.—Estéban Gomez.

CAPÍTULO VI.

Demuéstrase con evidencia caer las islas Malucas en la demarcacion de Castilla.

Qué diligencias hiciese el Católico Monarca y Emperador Máximo Cárlos V, nuestro señor, para que el mundo conociese la justificacion con que Su Majestad procedia en las tierras que

por derecho le tocaban, consta, pues envió á la raya de Portugal sus jueces á que determinasen, con los que el rey D. Manuel habia enviado, lo que fuese justicia y razon; pero, como los de Portugal se viesen atajados y concluidos, echaron por otro camino á fin de que se dilatase la sentencia, buscando achaques y dilatorias, fiados en que defenderian los Capitanes de su Rey con las armas la posesion que tenian, aunque, si á esto se hubiesen de atener, por todas las historias consta haber llegado los castellanos el año de veintiuno á las Malucas, donde, mediante los juramentos y alianzas con que aquellos reyes de Tidore Gilolo y otros ofrecieron sujecion y vasallaje al rey de Castilla, se tomó legítima y verdadera posesion; y si objetare alguno que primero habia llegado Francisco Serrano y otros, respóndese que llegaron ó como mercaderes solamente, y que si se habian de atener á la posesion habia de ser á la que tomó Brito el año de veintidos cuando hizo la fortaleza, cuanto y más que, como enseñan los derechos, la ilegítima posesion no induce propiedad en hacienda agena, y no hace al caso que Juan Sebastian del Cano no hubiese dejado Factoría con personas de asistencia, ni levantado fortaleza: ni la posesion fué con buena fe, puesto que entre los reyes de Castilla y Portugal habia litigio y controversia sobre cúyas eran las Malucas, ni sobre la mala posesion pudo haber prescripcion especialmente en el término que entónces estaban las cosas. Pero, dejando razones, probemos cómo estas Islas y otras muchas tierras caen en la demarcacion de Castilla.

En este caso procederemos principalmente con papeles, relaciones, derroteros, cartas antiguas y algunas modernas portuguesas, para que se vea que no procedemos en esto segun antojo, sino segun la verdad á que obliga materia tan grave; tambien me ayudaré de los cosmógrafos extranjeros que han corregido muchas cosas en las tablas geográficas, y, aunque traeremos las observaciones que los cosmógrafos y personas entendidas de Castilla han hecho, será en confirmacion de lo que asentaremos. En órden á entender bien este punto y conocer en qué demarcacion caen las islas del Maluco, desde el año de mil seiscientos

cinco hasta el dia que esta Historia sale á luz, he hecho muchas observaciones, en las islas Filipinas, de eclipses, que son los que manifiestan la verdadera longitud de las tierras, y en la India Oriental, desde donde pasé, habiendo estado primero en las Iavas, en el estrecho de la Sunda, en la Samatra, llamada en la antigüedad Trapobana; en el Aurea Chersoneso, ahora Malaca, estuve nueve meses, y en todas partes he observado con buenos instrumentos, y conferido las observaciones con personas entendidas, especialmente en un viaje que hice á España el año de seiscientos y catorce conferí con el licenciado Rodrigo Zamorano en Sevilla, y con el licenciado Moreno, cosmógrafo de Su Majestad en la Contratacion, y con otros, lo que á este punto tocaba, y volviendo á las Filipinas otra vez, guiándome por algunas advertencias de estos cosmógrafos, continué mis observaciones y hallé siempre que Malaca es el término y mojon de la línea de la demarcacion, y lo que hay desde ella hácia Manila y Méjico es de Castilla sin ninguna duda; pero, porque en esta parte mis observaciones son sospechosas, echaremos mano de las agenas.

1.ª Varias opiniones hubo entre los antiguos de la forma que tenia la tierra: Anaximenes y Empedocles decian que era plana; Heráclito que era piramidal; Demócrito la hizo cóncava; Anaximander como columna redonda, y Xenofanes dijo que por la parte baja era infinida: hubo quien la dió la figura triangular, la exágona y pentágona, y cuantas figuras considera la Geometría. Lo cierto es, que agua y tierra constituyen una esfera ó bola perfectamente redonda, como demuestra Ptolomeo en el primero libro del *Almagesto*, y Copérnico en el primero libro, capítulo tercero. Ese globo perfecto dividió la Sede Apostólica en dos mitades iguales que se cortasen con un Meridiano, círculo mayor, que, pasando por el Zénit y Polos del mundo, corta siempre la equinoccial en ángulos rectos, dando y señalando la una mitad del mundo á la corona de Castilla y la otra á la de Portugal, para que cada una en su distrito y jurisdiccion navegase, descubriese y conquistase, sin entremeterse ni introducirse la una Corona en los límites ni términos de la

otra. Restaba señalar punto fijo para tirar la línea ó meridiano que dividiese el mundo habitable en dos mitades; que, formalmente hablando, mundo no es la agua y tierra solamente, y porque todos me entiendan llamo al globo ó esfera de agua y tiera mundo habitable, siguiendo el lenguaje comun de llamar mundo á toda la tierra. Este punto fijo se señaló trescientas y setenta leguas más al Occidente de las islas de Cabo Verde. Los portugueses despues, cuando vieron que habiendo echado sus cuentas entraban las Malucas en la demarcacion de Castilla, quisieron que no se contasen las trescientas y setenta leguas de la isla de San Anton, que es la más occidental, sino de la más oriental; error fácil en todo derecho de convencer, y en buena razon jurídica concluyente. Quien quisiese saber cuánto hay de España á las Canarias, claro es que ha de contar de lo más occidental de España, que es desde Cádiz ó desde la costa que quisieren, como sea la más occidental, de forma que el que quisiese contar desde la costa contrapuesta, desde Galicia ó Vizcaya, erraría, porque es aquella contracosta oriental y no se ha de contar sino de la occidental, y de ésta de lo más occidental y de lo más llegado á las Canarias; de la misma manera queremos saber cuánto hay de España á Italia, claro está que no se ha de contar desde el Cabo de San Vicente, ni desde Lisboa, ni del Cabo de Finisterre, porque es lo más apartado de Italia, sino desde donde se acaba España por la parte más cercana á Italia, de suerte que en esta cuenta no se ha de incluir España, como ni tampoco Italia, es entónces la última parte de España y lo más llegado á Italia el término *a quo* y el principio de Italia el término *ad quem*. En esta misma conformidad, cuando dijo el Pontífice que se arrojase la línea de la demarcacion trescientas y setenta leguas de las islas de Cabo Verde al Occidente, claro está que esta distancia se ha de contar desde la de San Anton que es la más occidental y es el término *a quo*, y donde acabaren las trescientas y setenta leguas será la línea de la demarcacion que es el término *ad quem*. Si para algun efecto se mandase tirar una línea al Occidente de España, cien leguas adelante, pregunto yo, ¿no se tiraría desde

la costa más occidental? claro está; y si se mandase tirar otra línea cien leguas al Oriente de España, ¿desde donde se habia de contar, desde el Occidente? no, porque en tal caso la línea se quedara dentro de España, luégo contaráse desde el Oriente, digo desde lo más oriental de España. Lo mismo se ha de entender si se echase esta línea cien leguas al Norte de España, que se habia de tirar por Galicia ó Bilbao, que es lo más septentrional, y no por Cádiz, San Lucar, Lepe, Ayamonte ó Algarbe, que si por aquí se tirara fuera disparate, pues se quedara dentro de España; lo mismo entendemos al Sur. Pregunto yo á los que con su gran matemática contradicen esto, y dicen que las leguas que dice el Pontífice se han de contar de la isla más oriental, que es San Nicolás (no hago caso de la isla de Sal con ser en mi favor, ó isla de Mayo ó Buena-Vista que son más orientales), si el Pontífice, como dijo trescientas cincuenta leguas al Occicidente, si dijera que se tirara la línea de la demarcacion diez leguas al Occidente, ¿dónde habian de poner esta línea? Por su cuenta, que es contando desde la isla oriental, forzosamente habia de caer por la isla de Santa Lucía, de suerte que áun no se situaba por en medio de las islas de Cabo Verde, cosa que seria fuera de la intencion del Sumo Pontífice, pues mandando que se tirase la línea de las islas de Cabo Verde, diez leguas al Occidente, se venia á quedar dentro de las islas: si el Pontífice dijera de la isla de Cabo Verde quedara dudoso cuál de las islas señalaba por término, pero diciendo de las islas no dejó duda áun á los ignorantes, y así el que lo fuera más en esta materia tirara la línea diez leguas al Occidente de San Anton, al propósito, pues decir que se tire trescientas y setenta leguas al Occidente de las islas de Cabo Verde el meridiano, es decir que se cuente de la isla más occidental, que es la de San Anton, y desde allí se ha de tirar.

Veamos agora la longitud de esta Isla, para que, sabiéndola, procedamos con más claridad. La isla de San Anton está en diez y ocho grados de latitud septentrional, Norte-Sur con la Isla Tercera, donde está la ciudad de Angra, de suerte que estas dos islas tienen un meridiano comun. Ptolomeo situó el

punto fijo en la isla de Tenerife, una de las Canarias, de suerte que desde allí se cuentan las longitudines por la vía oriental; tambien se ha de advertir que la Gran Canaria está en un paralelo con Tenerife, y con muy pocos minutos de diferencia en latitud de ventiocho grados al Norte. La derrota que hay de Canaria á la isla de San Anton es Nordeste Sudueste, y, tomada la distancia que hay del meridiano de San Anton al de Tenerife, se hallan ocho grados justos desde San Anton á la línea de la demarcacion al Occidente, entre cuyos meridianos hay trescientas y setenta leguas, hay veintidos grados y veintidos minutos. Segun esto, la isla de San Anton tiene trescientos cincuenta y dos grados de longitud, que son los que quedan, restados los ocho de todo el círculo que es trescientos sesenta grados. Restando pues agora veintidos grados y veinte minutos, que está más adelante la línea de la demarcacion de la longitud de San Anton, vendrá á estar la dicha línea en trescientos veintinueve grados y cuarenta minutos de longitud, y el meridiano que pasare por esta longitud en el emisferio inferior cortará la línea equinoccial por ciento cuarenta y nueve grados y cuarenta minutos, y así las mares y tierras que estuvieren entre los ciento ochenta grados que deja la línea de la demarcacion al Occidente, que se cuentan desde los trescientos veintinueve grados y cuarenta minutos por donde corta la línea meridiana, hasta los ciento cuarenta y nueve grados y cuarenta minutos, tocarán á la demarcacion de Castilla.

2.ª Si los mapas universales estuvieran fieles y las cartas de marear dieran sus verdaderas longitudines á las tierras, no nos cansáramos mucho en declarar nuestro intento; pero como esté todo viciado, y el Cabo de Buena Esperanza muy diferente de como ha de estar, seria fácil á los contrarios buscar puntillos, aunque sutiles, para porfiar en su yerro, no concediéndome la longitud de la línea de la demarcacion, reparando en la medida y en el tamaño de la legua, que para mí es la parasanga de los antiguos; en la cantidad de la legua sigo á todos los modernos que midieron mejor, y la medida más comun de la legua es la que tiene diez y ocho mil piés de marco, de los cuales tres

hacen una vara de medir, que segun esto son seis mil varas (y estos piés son menores que los romanos, de manera que diez y seis de estos hacen quince romanos), y porque las leguas no son de un tamaño en todas las provincias, pero yo voy con la medida de las capitulaciones, que es dar diez y siete leguas y media á cada grado, en que no puedo padecer calumnia. La razon de estar falsas las longitudes que pertenecen á la parte oriental es, porque viendo los portugueses que las islas de Maluco caian fuera de su distrito, y muy dentro del de Castilla, acortaron el viaje que hay desde la costa del Brasil hasta Gilolo, y metieron en su demarcacion y límites las Malucas, más de diez grados, estando en realidad de verdad metidas en la de Castilla más de veinticuatro, como luégo demostraremos; esto demás de que lo probaremos presto. Conocen muchos portugueses y se admiran de que cerca del Cabo de Buena Esperanza, caminando al Sudeste, por donde el grado vale veinticuatro leguas y tres cuartos, y, habiendo multiplicado un grado justo, le dan de singladura ó jornada cuarenta y seis leguas, y si andan cuarenta y seis leguas le dan noventa. En Malaca, en Zeilan, en Cochin y en Goa y en otras partes de la India, he comunicado este punto con cuantos Pilotos de fama he encontrado, y con algunos Cosmógrafos, aunque ellos son tales que fuera mejor no habellos (y me espanto mucho que en este Imperio Oriental no tenga el Rey nuestro señor un Cosmógrafo), y todos se resuelven en que el Cabo de Buena Esperanza no está en su lugar. Don Juan de Castro, hidalgo curioso y científico, dícelo claro en un derrotero y viaje que escribió, contando desde que salió de Lisboa hasta que llegó á Goa por sus dias, conformándose siempre en la altura y derrota con el Piloto mayor de aquella flota; dice así:

«Quem duuidara que os puntos que os Pilotos vão pondo en suas cartas, serem todos muyto mais diante dianteros é orientais por muytas legoas do que em verdade se deue fazer per rezão do caminho que himos facendo, pois que gouernando al lessueste na paragem que as agulhas noroesteão 15 e 20 graos, achando un grao na mudanza da altura contamos 46 legoas a singradura e 42 na diferença dos Meridianos, sendo notorio

que o tal caminho foy quasi a o sueste, por onde o grao vale 24 legoas e tres quartos, e a deferença dos Meridianos 17 legoas e media. E assi mesmo leuando a proa al leste quarta do sueste, multiplicando na altura un grao contamos na singradura 90 legoas, e 88 na distança dos Meridianos, não nos recatando que o tal caminho que facemos foy por amtre a mea partida de lessueste e a quarta de leste, por onde o grao vale muyto menos de 46 legoas, e o apartamento dos Meridianos não chega á 40.» Y despues de haber dado muchas razones, concluye así: «Não deue nesta parte de ser menos authoridade que a demostração, a longa e continua esperiencia que de tantos tempos para acá a temos do comprimento deste caminho, especialmente da trauessa que ha da costa de Brasil atee o Cabo de Boa Esperança, a qual pode afirmar toda pessoa, que por la pasar e tiuer onesto juizo e alguã practica do mar, que e mais pequena do que a facem todas as cartas de marear, mais de cento e cinquenta legoas.» Prosigue este autor probando lo que ha dicho: esto afirma Vicente Rodriguez, Piloto de muchos viajes á la India. Juan Rodriguez y muchos pilotos en Goa me enseñaron los derroteros que habian hecho, y concuerdan todos con lo que dice D. Juan de Castro; de suerte que este hidalgo halla más de ocho grados de acortamiento que valen las ciento cincuenta leguas, y casi todos los Pilotos hallan más de once grados, porque dan al acortamiento doscientas leguas. En una armada de que fué Capitan mayor Jorge de Melo sucedió que, haciéndose todos los Pilotos en la ensenada de Monicongo, se hallaron dentro del Cabo de las Corrientes, y con todos estos inconvenientes pasaban los portugueses por meter las islas Malucas en su demarcacion. Lo que hacen, pues, las naos de Portugal que pasan á la India, es, en estando en la altura de Cabo Frio, ponen la proa en el camino de Buena Esperanza, y desde aquí, sin haber corrientes, con el viento que ántes andaban cuarenta leguas, dan á la singladura ochenta, siempre la mitad más de lo que andan; y con ser así, cuando por su estimativa están con el Cabo de Buena Esperanza, ordinariamente están mucho más adelante, áun con hacer la diligencia de contar más

leguas de las que andan. Que esto sea así, de cien derroteros no hallarán uno que diga lo contrario, de donde queda claro como acortaron los portugueses á su propósito el camino.

3.ª Supuestos estos fundamentos, vengamos á probar nuestro intento, y averigüemos primero, pues sabemos ya la longitud de la línea de la demarcacion, cuántos grados dista este meridiano ó línea de lo más occidental de España, para que corramos con la cuenta clara. De la boca del Tajo á la isla de la Madera, se corre al Sudueste hasta aquella boca en treinta y nueve grados de latitud boreal, y la Madera está en treinta y dos grados de altura, y de longitud tiene siete; y por este rumbo, reducido á forma geométrica, se desvia ocho grados y cuarenta minutos de longitud, por cuanto la isla de la Madera está más occidental que no el medio entre Canaria y Tenerife, y el Cabo Blanco y el Cabo Verde están más occidentales que el Cabo de San Vicente, ocho grados. De Cabo Verde á la isla de San Anton se corre al Oeste Noroeste, está San Anton en diez y ocho grados de altura y nueve grados más occidental que cabo Verde; hay, como hemos dicho, entre la línea de la demarcacion y la isla de San Anton, veintidos grados y veinte minutos de longitud, y junta toda la longitud hace treinta y nueve grados y cuarenta minutos. Y esto se aparta la línea de la demarcacion de la boca del Tajo en Lisboa, y así la demarcacion perteneciente á Castilla corre, como dijimos, de la dicha línea al Occidente los ciento ochenta grados de la bola ó globo de agua y tierra, y la demarcacion de Portugal corre desde la misma línea otros ciento ochenta grados al Oriente; y todas las mares, islas, continentes y tierras que cayeren en estas demarcaciones pertenecerán á cada una de las Coronas en cuyos límites cayeren. Probemos agora por lo que navegan los portugueses por sus derroteros y juicios mismos, como las Malucas no caen en su demarcacion. De la isla de San Anton al Cabo de Buena Esperanza se va al Sueste derecho, y queda el Cabo más oriental dos grados que el rumbo, el cual Cabo de Buena Esperanza está en treinta y cuatro grados y treinta minutos al Austro, de manera que con estos dos grados reducidos á su

verdadero lugar en globo por geometría, está más oriental que la isla de San Anton cincuenta y siete grados y cincuenta minutos; de lo cual se sigue que dista Lisboa del Cabo de Buena Esperanza cuarenta y cuatro grados, de allí al Cabo de las Agujas, que está en treinta y cinco grados y treinta minutos, hay grado y medio de longitud; y así, del Cabo de las Agujas á la línea de la demarcacion hay ochenta y un grados de longitud y cuarenta minutos. Del Cabo de las Agujas al rio del Infante se va al Leste, cuarta al Nordeste, y se bajan dos grados largos, por estar el dicho rio en treinta y tres grados y cuarenta minutos, á quien corresponden de longitud doce grados y un tercio; del rio del Infante al Cabo de las Corrientes, que está en veintitres grados de altura, al Nordeste derecho y está más oriental once grados; de Cabo de Corrientes á Mozambique, que está en diez y seis grados de altura meridiana, se corre al Nordeste, cuarta al Norte, y se aparta seis grados de longitud al Oriente. De Mozambique al Cabo de Guardafú, que está en doce grados de altura á la parte del Norte (de suerte que la diferencia de latitud entre Mozambique y Guardafú es de veintisiete grados), se navega por el Nordeste, cuarta al Norte, y segun esta derrota vienen á apartarse por diez y ocho grados de longitud; segun esto, el Cabo de Guardafú dista de la línea de la demarcacion ciento veintinueve grados, y allí comienza el Mar Bermejo. Del Cabo de Guardafú al Monte Deli, van al Leste veinticinco grados, por cartas hechas en la India por portugueses y por relaciones verdaderas, y porque desde Melinde, que está en tres grados de altura austral y en la misma longitud que Mozambique, suelen engolfarse para Cananor y Angedina, y se corre Angedina al Les-Nordeste, que está en quince grados al Norte, de suerte que distan en latitud por diez y ocho grados; y navegando por este rumbo se apartan por longitud cuarenta y seis grados, y de esta manera se verifica la longitud que se pone de Guardafú á Monte Deli, porque Monte Deli y Angedina están casi en una longitud; de manera que, engolfándose, no sólo sale la longitud dicha pero tres grados más. El Cabo de Comorin está dos grados más oriental que el Monte

Deli, y dista de la línea de la demarcacion, cuando ménos, ciento cincuenta y seis grados; del Cabo de Comorin á Gomispola, isla que está entre Nicobar y la Samatra (por donde yo he pasado ya dos veces), córrese al Leste y hay diez y nueve grados y medio, dando de distancia trescientas cuarenta y una leguas, que por mi cuenta hay más, porque con este cuidado las navegué el año de mil seiscientos veinticuatro, cien años justos despues que esto se debatia en Badajoz; de Gomispola á Malaca hay, por la cuenta de los portugueses, ocho grados de longitud, por la mia hay más, porque tres veces observé esta longitud navegando por aquí. El año de mil seiscientos veintitres salí de Malaca para pasar á la India, y llegué á Gomispola, de donde, por no ser monzon y haberse pasado el tiempo, volví á arribar á Malaca, y luégo salí á proseguir este viaje el año siguiente. Con mis cuentas y observaciones concuerdan todos los flamencos é ingleses que por acá han pasado, pero dejémonos llevar por la cuenta de los portugueses, que yo aseguro que ha de darnos más grados de los que hemos menester. De manera que Malaca dista de la línea de la demarcacion (sumando las partidas, que por cuenta de los portugueses, que las han asentado en sus derroteros y almanaques, correrá), ciento ochenta y tres grados de longitud, y por ésta su cuenta tres grados está Malaca metida en la demarcacion de Castilla, y cincuenta y más leguas más hácia Nicobar pasa la línea de la demarcacion, y queda dentro de los límites de Castilla, Malaca, Trapobana á lo ménos la mayor parte de ella, Iavas, Ambueno, Maluco, China, Japon, y cuanto hay desde allí hasta donde situamos la línea de la demarcacion. Desde Malaca hay por las derrotas portuguesas más de veintitres grados de longitud al Maluco y por aquellas islas del Clavo, á lo ménos por las islas de afuera de Maquien, que Bachan queda algo al Sur, pasa la equinoccial, y junto á Malaca por Bintan, por donde yo he pasado dos veces atravesando la línea. Al embocar el Estrecho de Sincapura la galeota en que yo iba, nos salieron á dar caza el año de mil seiscientos veintitres, tres naos holandesas; huimos como buenos soldados, que estas son ya las armas de la India, prolon-

gando por defuera el reino de Bintan, atravesando la línea pasamos fuera de Linga, y llegamos al Estrecho de Sunda entre la Iava mayor y Samatra ó Trapobana; no nos dejaron los vientos desembocar, y volvimos costeando la Samatra, por de dentro de China-Bato, por Palimbaon y Iambe; embocamos por de dentro de Linga y Bintan, atravesando segunda vez la línea equinoccial, y por el estrecho de Saban tomamos á Malaca. De manera que, pasando la equinoccial por Maluco y Malaca, el rumbo es manifiesto, y estando Gilolo veintitres grados adelante de Malaca, al Oriente digo, cae el Maluco dentro de la demarcacion de Castilla por veintiseis gradôs, y así la retencion de aquellas islas del Clavo hasta que èl invictísimo César Augusto, Emperador de Alemania, Rey de romanos y de Castilla las empeñó, fué injusta, y las guerras por el consiguiente que los portugueses hicieron á los castellanos, como dirá esta Historia; y así la restitucion de ellas á su legítimo y verdadero señor, la hizo Dios, que juzga con justicia y santidad las acciones de los hombres, en la real persona de Philipo Segundo, el prudente, cuando heredó legítimamente el reino de Portugal con la India Oriental.

4.ª En confirmacion de lo que dejamos dicho, y contradiccion de las portuguesas cartas, donde maliciosamente se removieron las tierras de su lugar y desencuadernaron las cosas, hace mucho al caso ver que estas cartas de marear ponen ménos oriental á Alejandría, más de diez y seis grados que en la verdad está, y estò por hacer ménos oriental el Mar Bermejo, para suprimir alguna longitud. El Cabo de Guardafú ponen los portugueses, que hicieron cartas con esta malicia, en sesenta y cinco grados de longitud de España, y este Cabo es la entrada èl Mar Bermejo, y pónele Ptolomeo en ochenta y ocho grados de España, y de las Canarias noventa y tres, así que encojen aquí veintitres grados. Dirá alguno que Ptolomeo erraría en señalar la precisa longitud al Cabo de Guardafú, á quien llama Aromata; respondemos que en este Cabo y todo lo que no dista demasiado, como Gilolo, á quien llama Catigara, la China, que él llama *Sinarum Regio*, está puntualísimo, porque los lugares próximos á

Alejandría, donde él vivia, como él hacia sus observaciones y las conferia con las que por su órden se hacian en la Europa, Africa y Asia, tienen sus verdaderas latitudines y longitudines, como vemòs en el promontorio Praso que es Mozambique, que en longitud y latitud concuerda, sin diferencia de dos minutos, con lo que ahora hallamos; la isla de San Lorenzo, que es su Menuchias, está puntual en la latitud y longitud que hoy hallamos: todas las alturas y longitudines de Europa y España, si no son muy puntuales, el yerro es muy poco. Bien creo yo que la emprenta, y más en cosa tan antigua como de Ptolomeo acá, por poner noventa y ocho puso ochenta y ocho, y en esto hay yerro, pero en lo más remoto y apartado del Cabo de Guardafú que está cerca de Alejandría, acertó Ptolomeo, y si tiene alguna diferencia es de dos ó cuatro minutos; y quieren que crea yo que erraba en Alejandría, donde vivia, y en sus contornos, veintitres grados, error que fuera intolerable en cuatro mil leguas: esto podrán hacer creer á otro.

El cabo de Comorin ponen los portugueses veinte grados de Guardafú, y es el *Comarium promontorium* de Ptolomeo que le pone en ciento veintidos grados de longitud, y no va á decir ménos que treinta y siete grados, que sesenta y cinco en que está Guardafú y veinte á Comorin son ochenta y cinco, quien resta esta longitud de la de Ptolomeo hallará treinta y siete grados de diferencia. Demás desto, el Aurea Chersoneso, que sin ningun linaje de duda es Malaca, le pone Ptolomeo en ciento sesenta grados de longitud de España, que casi viene á ser de la línea de la demarcacion, por la mente de Ptolomeo, más de ciento noventa y ocho grados; el Catigara, que es Gilolo, pone Ptolomeo algo más que la *Sinarum Regio*, que es la China, á quien da de longitud ciento ochenta grados, y viene, segun la cuenta de este Príncipe de la cosmografía, á tener Terrenate, desde la línea de la demarcacion, doscientos cuarenta y ocho grados: de forma que, por la cuenta de Ptolomeo, son treinta y ocho grados del Maluco para el Poniente lo que es del Rey de Castilla, y por el consiguiente todas las islas que están desde el Sino Gangético hasta Malaca, y de Malaca al Maluco. Yo

confieso que va muy largo Ptolomeo, pero el yerro es poco, y, para nuestro intento, no digo yo treinta y ocho grados que se hallan usurpados por parte de los portugueses á la corona de Castilla, ni veintitres grados que por las cuentas portuguesas y cartas antiguas hallamos, sino un grado solo bastara para la justificacion de los señores Reyes de Castilla, que, por proceder con tanta, les amplió Dios sus reinos y extendió su Monarquía por cuanto el sol rodea, de suerte que está desde su eclíptica contínuamente alumbrando reinos y mirando tierras del gran Rey de España.

5.ª Ya hemos visto la mente de Ptolomeo, no porque para cosa de tanta importancia nos valgamos dél, aunque bastara, sino para que se vea la precision y candidez de ánimo con que hemos procedido. Si tuviéramos observaciones de eclipses, fuera fácil investigar nuestro intento, porque él solo es el verdadero y casi infalible medio para conocer las longitudines; yo creo que con el cuidado que tuvieron los portugueses de remover el cabo de Buena Esperanza, cabo de Comorin, Aurea Chersoneso ó Malaca, y el Catigara ó Maluco, tirando de todas estas tierras y recogiéndolas en su demarcacion, le tuvieron tambien de que no se observasen eclipses, porque dellos quedara más claro que el sol el haberse metido en mies agena; no obstante esto, despues que la Majestad Católica del señor rey, Don Felipe el segundo, juntó á la Corona de Castilla la de Portugal, hubo una observacion de eclipse hecha por un florentin curioso llamado Juan Baptista Becheti. Venia este caballero embarcado en una de las naos que iban á la India; estando en altura de veinticuatro grados, junto al cabo de Corrientes, observó un eclipse de luna á doce de Marzo, año de mil quinientos ochenta y ocho; su principio fué á las diez y seis horas y quince minutos. El Doctor Sobrino, ahora Obispo meritísimo de Valladolid, observó este mismo eclipse en Lisboa; su principio fué á las once horas y cincuenta y seis minutos: de suerte que entre una observacion y otra hay cuatro horas y diez y nueve minutos de diferencia, que hacen sesenta y cinco grados. Desde cabo de Corrientes á Mozambique, en las cartas antiguas no viciadas, se

ponen siete grados de longitud, y así, desde Lisboa á Mozambique hay setenta y dos grados de longitud. Iodoco Hondio, buen cosmógrafo destos tiempos, que con las relaciones de los flamencos al Maluco, y otras muchas observaciones, estampó un buen mapa poco ha, pone entre Mozambique y Goa cuarenta y tres grados de longitud, y los antiguos y modernos geógrafos poco diferencian dél; segun esto de Lisboa á Goa hay ciento quince grados de longitud. Desde el cabo de Comorin (siguiendo al piloto Pero Vaz Fragoso, natural de Viana, en Portugal, que anduvo este camino muchas veces), á Gamispola hay diez y nueve grados; de Gamispola á Malaca ocho grados y treinta minutos, y todos juntos hacen veintisiete grados, que juntos con los ciento quince harán ciento cuarenta y dos grados y treinta minutos, y esta longitud hay desde Lisboa á Malaca: á esta longitud se ha de añadir la que hay de Lisboa á Tenerife, que son seis grados y veinte minutos, y de Tenerife á San Anton que son ocho grados. De San Anton á la línea de la demarcacion hay veintidos grados y veinte minutos, que sumando todo lo que hay desde la línea meridiana hasta Malaca hacen ciento setenta y nueve grados y diez minutos de latitud, y solo faltan cincuenta minutos para cumplir los ciento ochenta grados de la mitad del globo. Segun esta cuenta, que es la que pueden hacer los portugueses para sí más favorable, catorce leguas y media largas más al Oriente de Malaca corta la línea de la demarcacion, de suerte que el estrecho de Sincapura, la mitad de Samatra ó Trapobana, todas las Iavas é islas del Sur, las Malucas, por el Norte, Mindanao, Filipinas, Zelebes, Burnéy, Japon, China, Cochinchina, Camboja, etc., pertenecen á la demarcacion de Castilla.

Tabla de las longitudines desde la línea de la demarcacion hasta Malaca.

	Grados.	Minutos.
De la línea de demarcacion á San Anton..	22	20
De San Anton á Tenerife.....	8	00
De Tenerife á Lisboa.....	6	20

	Grados.	Minutos.
De Lisboa á Mozambique.	72	00
De Mozambique á Goa.....	43	00
De Goa á la isla de Gamispola.....	19	00
De Gamispola á Malaca.....	8	30
Suman grados de longitud.....	179	10
que restados de la mitad del globo, que es	180	00
quedan solamente minutos.....	000	50

6.ª Hasta agora hemos manifestado los límites de la demarcacion de Portugal, y tocado las longitudines y dificultades que en esta materia podrian ocurrir, abstrayendo de obscuridades matemáticas, que más sirven de ofuscar á quien no está versado en ellas que de dar luz á quien desea entender, contentándome con que no queda lugar de dudar, pues hemos seguido derroteros portugueses; ni he querido aprovecharme de tres observaciones que he hecho de eclipses en Malaca, el uno año de mil seiscientos veintitres, otro en Goa el año de veinticuatro siguiente, en un eclipse total de la luna en la llena de Abril, y el tercero en la llena de Setiembre, total tambien, observéle en..... [1] por los cuales he hallado que Malaca cae dentro de la demarcacion de Castilla. Y porque el deleite de la aritmética y su armonía no sólo está en una cuenta precisamente hecha, sino en la gala de la prueba, no obstante que cuando faltase de hacerse importa poco si la cuenta está bien hecha, así ni más ni ménos, aunque las que hemos hecho están buenas, y no pueden ser negadas si no es sofísticamente, con todo, he querido añadir la prueba, contando las longitudines por la vía del Occidente, donde están bien averiguadas, que si halláremos que desde el meridiano de la demarcacion, pararen los ciento ochenta grados ántes de llegar al Maluco como han pretendido los portugueses, aquellas Islas no tocarán á Castilla si no á Por-

[1] Un blanco en el original.

tugal. Tambien en esto como en lo primero pudiera proceder por mis observaciones, que han sido de muchos años con cuidado y precisos instrumentos, pues el año de mil seiscientos cinco pasé de Cádiz á Méjico y de Méjico á Manila, metrópoli de las Islas Filipinas, ciudad que está por esta vía más occidental que el Maluco; pasa el Meridiano de Terrenate treinta leguas ántes de llegar al cabo del Espíritu Santo, y si las Malucas cayeran en la demarcacion de Portugal, con más de cien leguas estuviera la ciudad de Manila en ella; desde esta ciudad volví á negocios de mi religion el año de mil seiscientos catorce á España, notando las dos navegaciones de la vuelta, observando derrotas y eclipses. De España me mandó el Rey, nuestro señor, Felipe tercero, volver á las Filipinas; y así en tres viajes largamente habremos visto lo que toca á nuestra dificultad; y con todo eso, como ejerzo historiando el oficio de juez, dando á cada uno lo que es suyo, dejaré lo que á mí toca y seguiré lo que está muy asentado y cierto.

Por muchas y continuas observaciones de eclipses hechas por hombres doctos y peritos en las matemáticas, unas hechas por órden de Su Majestad, otras por curiosidad y observar solamente, se halla que desde el meridiano de Toledo hay cien grados justos de longitud; pero como la línea de la demarcacion no pase por Toledo sino trescientas setenta leguas al Occidente de la isla de San Anton, será necesario quitar toda esta longitud, y restarla de los cien grados, y lo que quedare eso hace á nuestro propósito. De Toledo á Tenerife hay once grados, de Tenerife á la isla de San Anton, ocho, de esta Isla á la línea de la demarcacion hay veintidos grados y veinte minutos, y, sumado todo lo que hay de Toledo al meridiano, hacen cuarenta y un grados y veinte minutos; esta cantidad se ha de restar de los cien grados que hallamos de Toledo á Méjico, y viene á quedar cincuenta y ocho grados y cuarenta minutos. De la imperial é ilustrísima ciudad de Méjico, al puerto de Acapulco hay cuatro grados y treinta minutos, sábese por las leguas de distancia que hay; de Acapulco á la isla de Sugbu hay noventa y ocho grados y treinta minutos, esto por observaciones de eclip-

ses y derrotas; de Sugbu á Malaca hay diez y ocho grados, y juntándolo, suma ciento veintiun grados y treinta minutos, que junta esta cantidad con los cincuenta y ocho grados y cuarenta minutos que teníamos en Méjico, suma todo ciento ochenta grados y diez minutos. Conferida esta prueba con la cuenta de atras, viene á ser lo mismo, de manera que hay veinte minutos de diferencia, que en tantas observaciones no es nada.

Tabla de las longitudines que hay desde Toledo hasta Malaca, por el Occidente.

	Grados.	Minutos.
De Toledo á Méjico, cien grados de longitud...	100	00
De Toledo al meridiano de la demarcacion, hay..	41	20
Réstense de los ciento y quedan.....	58	40
De Méjico á Acapulco.....	4	30
De Acapulco á la Isla del Santísimo nombre de Jesus, que es la que llamamos Sugbu.....	98	30
De la Isla del Santísimo nombre de Jesus á Malaca.....	18	00
Suma todo, de la línea de la demarcacion hasta Malaca, áun ménos de ciento ochenta grados	179	40

De suerte, que segun la cuenta del Occidente, Malaca cae veinte minutos dentro de la demarcacion de Castilla, que hacen cinco leguas y tres cuartos.

7.ª Otro yerro intolerable tienen las cartas que se hacen en Portugal, lo cual advierto porque deshará la objeccion que podria algun sofista oponer á la cuenta que hemos hecho de las longitudines por la vía del Occidente, y es que, por meter el Rio de la Plata en su demarcacion, acortan lo que hay de Cabo-Frio á la bahía de San Vicente, con que el Estrecho de Magallanes le hacen más oriental de lo que es; y, por juntarle con la costa del Brasil, sacan la del Perú de su sitio, que es Norte-Sur, y ponénla desde la punta de Chile, que está en treinta y dos grados de

latitud austral, hasta la boca del Estrecho de Noroeste Sudoeste, habiendo de estar Norte-Sur, y, llevados deste desquiciar de tierras, quedan obligados á errar la costa de su Brasil, cuya costa ponen Nornordeste Susudueste, habiendo de estar todo Nordeste Sudueste: en fin, un yerro llama otro. Que esto sea así probaremos con las observaciones que hallamos de un eclipse, que el año de mil quinientos ochenta y ocho, á cuatro de Setiembre, por instruccion del Real Consejo de las Indias y órden que para ello dió Juan Lopez de Velasco, se observó en Puerto Viejo, costa del Perú, en la misma Equinoccial; comenzó el eclipse lunar á las ocho horas y cincuenta y cuatro minutos, despues de medio dia, y su fin fué á las doce de la noche en punto. El mismo eclipse observaron en Lisboa el Doctor Sobrino, agora obispo de Valladolid, y Andrés García de Céspedes, Cosmógrafo mayor de Su Majestad, y hallaron de diferencia de Lisboa á Puerto Viejo cuatro horas y cincuenta y cinco minutos, que, reducido este tiempo á grados de equinoccial, son setenta y tres grados y cuarenta y cinco minutos. Dista Lisboa de Méjico, por observaciones de eclipses exactamente continuadas por algunos matemáticos, noventa y cinco grados de longitud, de los cuales, restados los setenta y tres grados y cuarenta y cinco minutos que hay de Lisboa á Puerto Viejo, quedarán veintiun grados y quince minutos de longitud entre Méjico y Puerto Viejo; en la ciudad de los Reyes y en Arequipa se observó este mismo eclipse y se halló lo mismo: y, siendo ésta la verdadera longitud, queda claro no estar en las cartas portuguesas modernas la costa del Perú en su lugar.

Que el Brasil no está tampoco en su lugar, se prueba así, supuesto que no hay observacion de eclipse, que siempre huyeron desto los portugueses. La navegacion y derrota tan sabida de castellanos y portugueses, que los unos y los otros, sin dudar en ello, navegaron de Cabo Verde al cabo de San Agustin es de quinientas leguas, cosa muy asentada, y que á este número ni añadió ni quitó hasta hoy ningun piloto ni matemático nada; por donde se saca la longitud precisa, que es de diez y siete grados; y esto hay desde Cabo Verde, que está en lati-

tud boreal de catorce grados y treinta minutos, hasta el cabo de San Agustin, que está en ocho grados y medio de latitud austral. Ni se engañe quien no fuere tan matemático en la reduccion destas quinientas leguas á grados, que como el cabo de San Agustin no está Leste Oeste con Cabo Verde, no ha de partir quinientas por diez y siete leguas y media, porque, como el paralelo del cabo de San Agustin corta el meridiano de Cabo Verde en ángulos rectos, con el camino del un cabo á otro, ó línea ó rumbo, queda hecho un triángulo rectángulo, y como se conocen los dos lados por la cuarenta y siete del primero de Éuclides, se conoce el tercero lado, que será de doscientas noventa y cinco leguas, que reducidas á grados son casi diez y siete grados; y esta longitud hay entre el cabo de San Agustin y Cabo Verde. Réstese esta longitud de la que hay de Cabo Verde á Puerto Viejo, y quedarán cincuenta y un grados de longitud entre el cabo de San Agustin y Puerto Viejo; con esto tenemos la longitud de los dos extremos de lo más ancho del Perú, y los puntos tambien donde se han de situar. El Estrecho de Magallanes tiene de latitud austral su primera boca cincuenta y dos grados largos. Véase su descripcion, libro primero, capítulo noveno. El meridiano de Puerto Viejo corta por medio este Estrecho, con que se sabe su longitud, y con su latitud conocida, de necesidad sabremos dónde fenece; y conocida la anchura del Estrecho, sabida su longitud y latitud, conoceremos la figura que con el cabo de San Agustin y Puerto Viejo hace; de donde se conoce cómo corre la costa del Brasil que, tomada por mayor, es de Nordeste Sudoeste. Con que quedan manifiestos los yerros que las cartas portuguesas tienen, á fin de meter en la demarcacion de Portugal el Rio de la Plata.

8.ª Resta solamente agora, que, conocida del mundo la justificacion que el invictísimo emperador Cárlos Quinto, nuestro señor, tuvo en enviar armadas al Maluco, dejen de escribir necedades hombres ignorantes, que no saben cuál es su mano derecha y quieren saber los cursos celestiales, sin estudiar, sólo por su antojo. Véase en razon desto un párrafo que pondré ade-

lante en el libro noveno, capítulo segundo, del padre Lucena. De aquí nació un inconveniente los años pasados, de pretender los padres de la Compañía ser solos en el Japon, y que no entrasen allí las demas religiones, y que los que allí hubiesen de entrar fuese por la vía de Portugal, por donde conseguian su intento, por tener la India tan de su mano, diciendo ser el Japon de la demarcacion de Portugal; yo aguardaba cuándo nos habian de hacer á Méjico tambien de aquella demarcacion: pero Dios borró esas líneas y esas divisiones, volviendo á su primero principio el reino de Portugal. Salen los rios de la mar, y vuelven despues á ella: arroyo fué Portugal del mar de Castilla, hízose rio caudaloso, pero volvió otra vez á su madre. Importara harto al servicio de Dios y del Rey, nuestro señor, que las tierras que hay desde Malaca al Oriente, pues son de la demarcacion de Castilla, las gobernara Castilla, y viéranse los medros temporales y espirituales mejor logrados, especialmente del Japon, de que adelante trataremos; y yo no sé por qué el gobierno espiritual del Maluco no ha de ser semejante al temporal, quiero decir, que como los castellanos ganaron aquellas Islas el año pasado de mil seiscientos seis, habiéndolas perdido los portugueses, y las gobiernan, por qué el gobierno espiritual ha de ser portugués: los inconvenientes son grandes, y siéntenlos bien en Terrenate. En fin, aunque más demostraciones hagamos, en opinion de los portugueses todo ha de ser de su demarcacion; concluyo con que son tales sus imaginaciones en razon desto como la que diré agora. Dice Lucena, despues de haber repartido la Nueva Guinea, en cuatro reinos, Miam, Masol, Ogueo y Noton, (peregrina fábula, como á su tiempo, cuando describamos esta tierra, apuntaremos,) libro cuarto, capítulo catorce, que hay en aquella parte del Sur una constelacion nueva, de la forma de una mano con sus dedos, llena de estrellas tan bien repartidas por los artejos y junturas, palma y muñeca, que es cosa admirable y de gran esplendor; no faltó sino que señalase las uñas con otras cinco estrellas, que fueran graciosas uñas. Cuando leí esto, y que los nuevos guineos se gobernaban por ellas, consideré si se le ha-

bia á este autor aparecido Morfeo, dios del sueño, y le habia mostrado aquel guante de estrellas, porque otra cosa no puede ser, por no haber visto en muchos años que gozamos del Sur tal figmento, porque las estrellas más vecinas al Polo antártico son las del pié del Centáuro, especialmente la del talon izquierdo, cuya declinacion austral (no digo latitud, que es diversa) es de sesenta y un grados y veinticinco minutos en este tiempo; apártase del Polo veintiocho grados y treinta y cinco minutos: tambien la estrella del leme de Argos está vecina al Polo, y fuera destas hay un espacio ó un círculo, cuyo centro será el Polo, vacío de estrellas. Y así no acabo de saber cómo se persuadió este autor á tan ridículo sueño, especialmente habiendo en su nacion portuguesa tantos pilotos que pasan por treinta y seis grados y más, al Austro, para doblar mejor el cabo de Buena Esperanza, á quien pudiera preguntar por esta mano, que yo no hallo otra ni otros dedos que los de Dios, *opera mannuum tuarum anunciat firmamentum*, y de sus dedos, *opera digitorum tuorum lunam et stellas quæ tu creasti*. Con esta constelacion, á que llama Eale, no me espanto afirme colérico, libro cuarto, capítulo segundo, que, ciegos los castellanos de pasion, no entienden los eclipses que demuestran ser las Malucas de la demarcacion de Portugal. Paciencia, y pasemos adelante.

CAPÍTULO VII.

Pone á la vela segunda armada la Majestad Católica; toma una fragata el rey de Tidore á los portugueses.

Con la justificacion que hemos dicho procedia el emperador Cárlos en las controversias que sobre el Maluco habia, no teniendo duda Su Majestad Cesárea ser de su demarcacion, pero para que se entendiese que no pretendia lo ageno, ni tocaban las Malucas al rey de Portugal, gustó de que pasase por tela de juicio, con que dejó satisfecho á todo el mundo; sólo Portugal no lo quedó, ni quiso pasar por el juicio y sentencia que se ha-

bia de dar, conociendo que no sólo del Maluco, pero de otras muchas tierras habia de ser despojada la corona de Portugal, pues, dejándose calar con sus armadas por el Oriente, se metieron en los términos y límites de Castilla, y si el gran golfo no lo impidiera, sino que le continuaran algun continente como el que hay desde Anian adelante, ó algunas islas, se metieran hasta Méjico. He demostrado ser las Malucas de la demarcacion de Castilla, para que juzguen los desapasionados las crueles guerras que en estas Islas hubo qué justificacion tuvieron, y tanta sangre de cristianos de una nacion, de unos reinos y de unas leyes, por estas tierras derramada, cómo clamaba al cielo pidiendo justicia, como la de Abel, y los que no quisieron dejar lo poco que poseian sin razon, defendiéndolo con violencia, fueron privados de lo mucho y dado á quien en todo deseaba justificacion y verdad. Con esto el Emperador mandó poner á punto segunda armada, para que, volviendo por el Estrecho, fuese á Tidore y á las demas islas Malucas, como á tierras de su conquista y de reyes que le dieron la obediencia espontáneamente, sin que hubiese precedido rumor ni ocasion de guerra, y que en ellas se fortificase para seguir y continuar el trato de la especería, como dueño y legítimo señor que era della. El factor Cristóbal de Haro, á quien se cometió el despacho y apresto della, y que la compusiese de siete galeones bien pertrechados y guarnecidos de buena artillería, la puso de vergas en alto en poco tiempo en el puerto de la Coruña, y tal que podia chocar con cualquiera que encontrase por la mar, aunque en número de vasos la excediese; metió bastimento para tres años, artillería gruesa de bronce, segun el porte de los galeones, mosquetes y arcabuces, con mucha municion y otras armas á propósito para los galeones; metió á cada uno tres esquipacones de velas y járcia; y todo se fué mejorando, porque á este despacho asistia Juan Sebastian del Cano, como persona de tanta experiencia, y que habia pasado tantos trabajos y vencido tantos peligros, y de nuevo los habia de pasar, porque el Emperador, nuestro señor, le mandaba hacer la jornada con título de Teniente de General, y para que á falta suya quedase por Gene-

ral de la armada, así, ni más ni ménos, iba por Piloto mayor, por serlo tan famoso, que á mi ver excedió cuantos desde los Argonautas hasta su tiempo, y desde entónces hasta la fin del mundo hubiere; pues de los venideros, lo más que podrán hacer será rodear el mundo, y eso ya Juan Sebastian del Cano lo hizo, descubriendo el Estrecho sin otro maestro ni guía que su arte, y los que agora rodearen el orbe navegarán por el camino que él abrió. Compuesta la armada, fué nombrado por General un caballero vizcaíno, aunque nacido en Ciudad-Real, llamado Garci-Jofre de Loaisa, Comendador de la Órden de San Juan, persona de mucha experiencia en guerra de mar y tierra; y por su Tiniente el capitan Juan Sebastian del Cano, con la superintendencia de Piloto mayor, y, por defecto suyo, su sucesor y Capitan general. El galeon Capitana se llamaba *Santa María de la Victoria;* tenia poco más de trescientas toneladas. La segunda nao, llamada *Sancti-Spiritus,* seria de doscientas cincuenta toneladas; iba en ella por Capitan y Piloto mayor Juan Sebastian del Cano. La tercera nao era la *Anunciada,* de doscientas toneladas; su Capitan era un caballero de la ciudad de Valladolid (entónces villa), llamado Pedro de Vera. La cuarta se llamaba *San Gabriel;* el porte eran ciento cincuenta toneladas: su capitan D. Rodrigo de Acuña. La quinta, *Santa María del Parral,* de cien toneladas; por capitan fué D. Jorge Manrique. La sexta, de ochenta toneladas, llamábase *San Lesmes,* y su capitan Francisco de Hoces. El sétimo era un patache galeoncete, llamado *Santiago,* de cincuenta toneladas; el Capitan era un provinciano llamado Santiago de Guevara. En todas siete velas iban de mar y guerra cuatrocientos cincuenta hombres. Condújose de la Coruña esta armada por Juan Sebastian del Cano, que la metió con mucha felicidad por la barra de Sanlúcar, surgiendo en Nuestra Señora de Bonanza con ella, donde aguardaba tiempo para hacer su navegacion.

Por ese tiempo andaban en el Maluco muy trabadas las guerras de portugueses y tidores, que pudiera haber excusado el capitan Antonio de Brito cuando el rey Almanzor le envió á ofrecer la paz, que lleno de soberbia no aceptó, y, aunque

hacia algunas suertes en los tidores, recibian mucho daño, porque siempre llevaban algunas cabezas de portugueses: daño notable y poca prudencia en tiempo que no tenia gente. Supo el rey de Tidore que Antonio de Brito trataba de dar sobre él, y que juntaba los reyes circunvecinos y confederados suyos, y que de Terrenate envió á juntar algunas caracoas y una fragata bien artillada y con buena gente á una isla. Almanzor tenia sus espías, y dando con sus galeras de repente sobre ella, aunque se peleó valientemente de la fragata, la rindió el tidore, que entró triunfando con ella en su puerto, habiendo muerto algunos portugueses, que, como no esperaban tal rebato, los cogió con ménos cuidado que fuera razon; capturó otros, á quienes hizo muy buen tratamiento; sacó la artillería y puso á recaudo la fragata. Mucho sintió el capitan Brito este golpe, y deseaba desquitarse y cobrar la reputacion que sus armas habian perdido; trataba muy de veras de acabar con el rey de Tidore de una vez, aunque, como tenia tan pocos portugueses, deteníase, preparando lo necesario para destruirle. En ese tiempo le llegó sucesor con buen socorro de soldados; era un fidalgo portugués el que llegó por Capitan de aquella fortaleza, gran soldado y muy brioso, llamado D. García Enriquez: entrególe Brito el gobierno, y dióle muy por menudo cuenta del estado en que estaban aquellas Islas, y el nuevo Capitan comenzó á entender en su gobierno.

CAPÍTULO VIII.

Sale la armada católica de Sanlúcar de Barrameda en demanda del Estrecho de Magallanes.

Aguardando estaban tiempo los siete galeoncetes en Sanlúcar, cuando, teniendo el que era á propósito, se levó el general D. Garci-Jofre de Loaisa, y salió por la barra afuera por el mes de Julio de este año de veinticinco, y con el viento brisa tomaron su derrota á las Canarias, donde llegaron á dos de

Agosto, y surgieron en la Gomera, una de aquellas islas, á quien los antiguos llamaron Fortunadas, donde estuvieron doce dias haciendo agua y leña, refresco y lo demas que era necesario para la prosecucion de su viaje. Víspera de la Asuncion de la Serenísima Vírgen María, Señora nuestra, se hicieron á la vela la vuelta del Susudueste, y á veinte de Octubre surgieron en la costa del Brasil, en una isla, donde estuvieron lo restante del mes, que segun la relacion de D. Juan de Areyzaga, clérigo guipuzcoano, persona muy entendida en la arte náutica, está en dos grados y medio de la otra parte de la línea equinoccial, tiene cuatro leguas de circunferencia, es tierra alta y montuosa y bien asombrada, tiene palmas y naranjos, buenos y muchos, tiene buen surgidero y un rio muy hermoso. Hallaron mucha volatería, gallos y gallinas de monte, y en los montes muchos puercos; halláronse muchos huesos de muertos y calaveras, y decia un portugués que iba en la armada que aquella Isla habia sido poblada de portugueses, y que los negros esclavos habian muerto á sus señores. Habia edificios caidos, y hallóse arbolada una cruz grande, y en el tronco de un árbol esta inscripcion: «Pero Fernandez pasó por aquí, año de mil y quinientos y quince.» La mar abundaba de pesca, y el ser tan deleitosa la Isla, los obligó á detenerse tanto; la Isla decia el portugués que se llamaba de San Mateo, aunque el padre Areyzaga la llama de Santo Tomé. De aquí salió á tres de Noviembre, se arrimaron á la costa del Brasil, y fueron navegando en demanda del Estrecho. A veintiocho de Diciembre, dia de los Inocentes, tuvieron una gran tormenta que esparció la armada; á la noche hicieron farol, y, habiendo aplacado, se vinieron á juntar, excepto la Capitana y *San Gabriel*, que se derrotaron. Allí determinaron que el patache del capitan Santiago de Guevara fuese en busca de la Capitana al puerto de Santa Cruz, que estaba en cincuenta y un grados de latitud meridional, y que dejase allí las señales, conforme á la instruccion que tenian del Capitan general, y que los demas galeones se fuesen á reparar y adrezarse de la tormenta pasada al Estrecho, donde aguardarian.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO.

Piérdese un galeon, encuentran los gigantes, y sucesos que tuvieron con ellos.

Los cuatro galeones maltratados de la tormenta pasada se abrigaron en una bahía, poco más adelante de la de Santa Cruz, donde habia Juan Sebastian del Cano enviado el patache en busca de la Capitana y el otro galeon, que con el tiempo se habian apartado de la armada, y, habiéndose reparado, salieron de la bahía la vuelta del Estrecho, á los primeros de Enero deste año de veintiseis. Luégo descubrieron una abra muy grande que pareció el Estrecho, y arribaron tanto sobre la boca que hacia, que el galeon *Sancti-Spiritus* y la *Anunciada* tocaron en unos bajos, que salian de la que parecia barra tres y cuatro leguas á la mar. Era pleamar, á cuya causa se encubren estos bajos, que son unas barrancas muy grandes, altas de tierra dos y tres brazas. Son las mareas muy grandes en el Estrecho, de seis y siete brazas de pleamar ó montante, que llaman los marineros, y otras tantas de yusente ó baja mar; la causa de ser tan grandes es el ceñirse dos tan espaciosos mares, como son el Océano y el del Sur, y comunicarse por el canal tan angosto que el Estrecho forma. Juan Sebastian del Cano mandó surgir, porque no se perdiesen todos, y envió en una chalupa á reconocer desde tierra si era aquel el Estrecho, á un sobrino suyo, piloto, llamado Martin Perez del Cano, al tesorero Bustamante, y al clérigo D. Juan de Areyzaga, como á persona tan entendida, y á un artillero; llevaban por órden que si fuese el Estrecho hiciesen tres fuegos, y si no que no hi-

ciesen ninguno: con esto fueron á tierra. Levóse Juan Sebastian del Cano, por no quedar en seco con los galeones que le siguieron, pero el galeon *Sancti-Spiritus*, al salir del bajo donde habia tocado, dió sobre otro, y se abrió y fué á fondo; la gente se escapó en las chalupas de los galeones, y sobre maderos y tablones otros, pero con mucho trabajo. Ahogáronse nueve hombres; sacóse alguna ropa, y recogiéronse en tierra, donde hicieron sus chozas y se repararon.

Los de la chalupa, que habian ido á reconocer el Estrecho, llegaron á la punta que hacia la boca, y el tesorero Bustamante y el artillero, que ántes habian pasado con Fernando Magallanes, afirmaban que era el Estrecho; el padre D. Juan de Areyzaga y el piloto Martin Perez del Cano le contradecian, lo uno por no parecer sino rio, y lo otro porque no se hallaban en su altura. Sobre esto tuvieron sus porfías, y el Tesorero quiso hacer las señas, pero el clérigo D. Juan le dijo que pasasen adelante á certificarse más, porque no siendo sino rio, como tenia por cierto, los galeones, si encendian los fuegos, le habian de acometer y se habian de perder sin remedio, y correria por su cuenta y riesgo. Pasaron adelante, y satisfecho el Tesorero de que era rio el que le habia parecido Estrecho, dió órden de volverse donde habian dejado la chalupa. En esto los tres galeones iban ya á la vela, porque Sebastian del Cano, que siempre fué de parecer de que aquel no era Estrecho, por no convenir con las señas ni altura, como vió que no hicieron los fuegos, y comenzó á cargar el tiempo, se levó é hizo á la mar en busca del Estrecho, y á catorce de Enero llegó al Cabo de las Once mil Vírgenes, que conoció muy bien; y aquella noche surgió con tanta tormenta, con estar algo abrigado, que todas las naos perdieron sus bateles y comenzaron á garrar. Juan Sebastian del Cano, como piloto vigilante, y Teniente de su General, viendo en notable peligro al galeon *Anunciada*, en una chalupa que le habia quedado fué y se embarcó en él, porque los dos galeones ya los dejaba reparados de la furia de la tormenta, que aumentándose y bramando los vientos comenzó á garrar, y á poco trecho rompió los cables y perdió las ánclas.

Largó Juan Sebastian del Cano las velas, é hízose la vuelta de la mar; caló masteleos, y con el papahigo del trinquete corrió la tormenta, y, sólo su cuidado y destreza en el arte náutica pudo salvar este galeon, con el cual volvió, destrozados los árboles, al Cabo de las Vírgenes, y surgió á diez y ocho del mes de Enero, donde, segun la instruccion del General, habian de aguardarse las naos que se apartasen.

Cuando llegó la chalupa del clérigo D. Juan de Areyzaga, del Tesorero y de los demas, á tierra, era pleamar, y amarrándola la dejaron, sin cuidar della, y así, cuando vieron á la vela los galeones, que se fueron á embarcar, la hallaron encallada en unos arrecifes, muy léjos del agua; por otra parte la tormenta habia sido tal, que la anegó y maltrató contra los arrecifes, de suerte que toda estaba abierta y tal, que sin adrezo no se podia navegar en ella, y como no habian sacado bastimento sino para una comida, pues sólo fueron á reconocer para volverse luégo, y la distancia seria una legua, pasaron grandes trabajos, comiendo raíces de árboles y marisco. Hacia el rio un puerto ó ancon, y á media legua estaba una isla pequeña; como pudieron tomaron el destrozado bajel, y como quien pasa en balsas, habiéndole puesto en la corriente del rio, llegaron á la Isla, que estaba llena de pájaros, muchas aves blancas que parecian palomas y tenian el pico y piés colorados; mataron á palos muchas, porque no huian de la gente, como no estaban acostumbrados á verla. Y esto no admira á nadie, porque llegando la flota de Nueva España el año de seiscientos y cinco, donde yo iba embarcado, al paraje de la Isla de los Jardines, vinieron á nuestro navío muchos pajarillos como canarios, y se nos ponian en la mesa, y con la mano les dábamos bizcocho, y aunque los tomábamos y volvíamos á soltar, no huian; así los sucedió á esta hambrienta y necesitada gente, que, habiendo visto aquella Isla cuajada de aves, fueron allá y sacaron, como dicen, el vientre de mal año, porque la carne era buena: hallaron ansares marinas, que cubrian el suelo y no podian volar, eran tan grandes, que abiertas tendrian ocho libras de carne; mataron gran cantidad, é hicieron cecina de ellas al sol. De

aquí, habiendo cargado de las que pudieron para sustentarse hasta llegar á la armada, que bien sabian habia de estar en el Cabo de las Vírgenes, pasaron de la otra parte del rio, donde aseguraron su maltratada chalupa y comenzaron á marchar, aunque el camino era trabajoso por las muchas ciénagas y lagunas que topaban, aunque de buena agua; hallaron algunas endrinas salvajes y otras frutillas de monte, con que pasaban su mala ventura. Habiendo andado una legua, toparon muchos ranchos de los gigantes habitadores de aquellas meridionales regiones, y, llegando cerca dellos, les salieron las gigantas á recebir; estaban solas, porque sus maridos habian ido á caza. Mucho se maravillaron los unos y los otros de verse: los nuestros de ver mujeres de trece palmos de alto, desnudas, aunque su mayor desnudez traian cubierta con un pedazo de pellejo. Dieron voces á los nuestros, que segun la proporcion del cuerpo era la voz; admiradas de ver gente tan pequeña, salieron con sus arcos y flechas, y con las manos hacian señas que dejásemos las armas. El padre Capellan y los demas las arrojaron en el suelo, y ellas tambien sus disformes arcos, y llegándose los unos á los otros se abrazaron, (que general es en el mundo esta cerimonia,) y se hablaron sin entenderse, saludándose sin duda; ellas hablaban su lengua patagónica, y el Padre las respondia en lengua vascongada, con que entretenian el tiempo. De la altura de estas gigantas afirmaban que con ser algunos de los que allí estaban de marca mayor, no llegaban con dos palmos á su cintura. Convidaron á los huéspedes con sus chozas, y, tomando las armas, se alojaron en ellas; y como no se entendian, todo era hablar por admiraciones, especialmente aquellas mujeres, que les miraban de piés á cabeza, y los tomaban en brazos y ponian sobre su cabeza, como si pusieran un pequeño cántaro de agua; todo era palparles la cabeza y cuerpo, admirándose de su pequeñez. Luégo les sacaron unas raíces cocidas para que comiesen, comenzando ellas primero á comer para asegurarles de que era comida segura; sacáronles algun marisco, y, habiendo acabado de comer, llegaron los gigantes, dueños de aquellas chozas, con alguna caza. Traian un

animal del tamaño de un caballo, que pareció danta, y, habiéndole desollado, le partieron con unos cuchillos de pedernal, y á medio asar lo comian; dieron su parte á los castellanos, y pareciéndole al padre Capellan que no estaba asado á su gusto, el pedazo que le cupo, le puso sobre las brasas; parecióle á uno de aquellos bárbaros que disgustaba de la comida, y tomándolo se lo engulló de un bocado, con ser de dos libras. Fueron á beber á un pozo que estaba allí cerca, con una balsa de cortezas de árboles, muy bien cosida, y, con ser como un gran balde, bebia cada uno de los gigantes dos y tres balsas de agua, admirándose de que de una sola bebieron los nuestros, que serian diez personas, y les sobró agua. Llevaba el Tesorero consigo un grande lebrel, que apénas vió la gente tan disforme, cuando se embraveció más de lo acostumbrado, que apénas su amo no le podia corregir; pero con la comida y carne de danta que los gigantes le echaban dejaba de ladrarlos, aunque no de gruñir cuando alguno se meneaba; atribuyeron al miedo que cobraron al perro la familiaridad que mostraron. Alojáronse aquella noche allí, y venida la mañana tomaron su camino por la costa de la mar, habiéndose despedido de aquella gente, que enviaron con ellos, hasta ponerlos en la playa, un gigante que los guió.

CAPÍTULO II.

Prosiguen su camino los castellanos. Una escuadra de gigantes los lleva á un valle, y llegan á las naos.

Viéndose ya el Padre y los demas compañeros en la playa, comenzaron á marchar, contentos de verse solos y apartados de aquella canalla gigantea, de quien nunca se aseguraron; caminaron todo aquel dia con gran trabajo y hambre, porque las aves que habian sacado y llevaban para su matalotaje, habian gastado con los gigantes, que, pareciéndoles bien, en probarlas los unos y los otros se les acabaron, y ellos, con el pavor que

tenian de verse entre aquella gente, no reparaban sino en agradarles con aquello que tenian; anochecióles en la playa, y habiendo buscado algun marisco y lapas, comiéronle crudo, y faltándoles agua, y pereciendo de sed, bebian los orines que cada uno excrementaba; y haciendo en la arena unas cuevas para dormir, para abrigarse del frio que hacia de noche (cuanto era el calor del sol de dia excesivo é insufrible), se enterraron y cubrieron con el arena, excepto las cabezas. Otro dia madrugaron, que como la regalada cama que tuvieron no los lisonjeaba, ni la cena habia sido tal que los obligase á más descansado sueño, habian dormido desveladamente, y tan brumados de la ropa de la cama, que, apénas vieron claridad para proseguir su viaje, cuando comenzaron á caminar, pero tan cansados y lassos que no podian dar un paso; entraron en calor, y animándose los unos y los otros, pareciéndoles que atajarian camino, y porque el arena les impedia, se metieron por un monte adentro; aquí se les perdió el lebrel, porque metiéndose aquel animal hambriento por lo más intricado y espeso dél, á buscar agua y de comer, nunca acertó con la compañía, que sin reparar en que faltaba habian caminado. En el bosque hallaron algunas frutillas silvestres y unas endrinas razonables al gusto; toparon muchos ratones bobos que tomaron á manos, con que satisfacian su necesidad; aquí perdieron un compañero bárbaramente, que caminaba ménos, y como por donde iban no habia senda, aunque le aguardaron y buscaron, no le hallaron; llamábase este cuitado, que se les quedó desfallecido de sed y hambre, Juan Perez de Higuerola, y era uno de los remeros de la chalupa. Aquella noche la pasaron en un valle, donde no tuvieron otro refrigerio sino mucho heno, que les fué mucho socorro para el gran frio que padecian; que aunque, como tengo dicho, en aquellas regiones el verano es por Navidad, pero apénas sale del Trópico el sol para ir á la Línea, cuando (como es tierra de tanta altura) comienza el invierno, ya que no con los rigores que por Mayo y Junio, á lo ménos de noche, por la altura de las sierras cubiertas de nieve, azul ya de antigua, en quien los rayos del sol, por su oblicuidad, no obran, y por los vientos

que, pasando por tanta nieve soplan, delgados y frios, son intolerables. Otro dia caminaron los maltratados españoles cargados con sus arcabuces y armas, y muertos de hambre, que era lástima, sin tener qué comer ni beber, pero el ánimo que el padre Capellan les daba, y la gana que tenian de vivir, les alentaba á pasar adelante; y habiendo hecho noche, y pasádola peor que la pasada, por faltarles el heno y la bebida (que ya no reparaban en comer, sólo la falta de agua no podian sufrir), amanecieron entre un ejército de gigantes, que les pareceria de dos mil, todos con sus armas de arcos y flechas. Aquí fué el miedo tal, que no acertaban á dar paso. El Padre clérigo los consolaba, diciéndoles que ya conocian que aquellos patagones eran tratables, y no habian recebido dellos mal alguno, que fiasen en Dios, que no les habia de suceder mal con ellos; que no curasen de las armas, pues cuando fuesen enemigos no les podian valer contra tantos. Llegaron los gigantes con sus acostumbrados gritos, levantando las manos y arrojando las armas (debe de ser su salutacion); los nuestros les saludaron arrojando las que traian, y se abrazaron, al parecer con mucho amor; y eran tan altos, que con inclinarse aquellos salvajes cuanto podian, los nuestros no les llegaban con la cabeza á la cintura, y así les abrazarian en las piernas. Luégo tomó cada gigante el suyo, y poniéndole sobre la cabeza comenzaron á marchar, y, habiendo andado un cuarto de legua, llegaron á un valle donde habia muchas chozas, como arriba apuntamos, sin tejado, sino á modo de canceles, para abrigarse del viento, y parecia una gran ciudad por la mucha gente que habia; allí se detuvieron un poco, cuanto los gigantes y sus mujeres miraban á los nuestros por cosa tan nueva como si por acá les viéramos á ellos; allí vieron gigantes machos y hembras, de todas edades, y algunos niños, que las madres daban de mamar, tan grandes casi como los nuestros. Los gigantes, habiendo tomado sus arcos y flechas, y puéstose unos penachos de varias colores, tornaron á tomar en hombros los afligidos castellanos, que viéndose llevar de aquella manera conocieron su miserable fin, que era ser manjar de aquella bárbara gente;

íbanse disponiendo para morir, y el Padre, que era hombre de gran ánimo, como afirma el coronista del Emperador, Gonzalo Fernandez de Oviedo, á quien trató y comunicó, los iba disponiendo y predicando; caminaron los gigantes con sus víctimas cosa de una legua en un bosque de altos y frondosos árboles, donde pararon. Allí era el encomendarse á Dios de veras, y pedir perdon de sus pecados; allí á voces se confesaban, seguros de que los gigantes no lo entenderian, y el Padre les absolvia: consuelo que en aquel desconsuelo hallaron. Ya tenian por dichoso á Juan Perez de Higuerola, que en aquellas soledades habria muerto de una vez sin llegar á morir tantas como ellos, pues cualquiera accion de aquellos bárbaros gigantes era para ellos el triste trago de la muerte; pusiéronlos en el suelo y desnudáronlos, y desnudos los traian entre las manos, mirándolos todas las partes de su cuerpo, como admirándose de ver que eran hombres como ellos, especialmente viendo su blancura, que como estos salvajes viven desnudos, al frio y al calor, al sol y al viento, son de color morena tostada; poníanlos en pié así desnudos, y tomando sus arcos se hacian afuera como que los querian flechar: en este conflicto estuvieron más de tres horas, cuando quiso Nuestro Señor socorrerlos en tanta necesidad y librarlos desta salvaje generacion gigantea. Llegó al bosque una compañía de esta gente, y entre ellos un mancebo de hasta veinte años, no de menor estatura que los demas, muy empenachada la cabeza, á quien seguian con gran respeto los que le acompañaban, y, en llegando á los que habian desnudado á los nuestros, todos se postraron en tierra y comenzaron á hablar entre dientes y con sumision; segun lo que en él vieron, parecia ser su rey. Los congojados castellanos cuando le vieron tuvieron por más cierta la muerte, pareciéndoles que el no los haber muerto ántes seria por aguardar á su rey, y que ya que habia llegado darian principio á la miserable tragedia que por momentos esperaban. Llegóse al Clérigo el rey, que debia de haber considerado superior, y tomándole por la mano, hablando á su modo, le saludó y abrazó y tomó en brazos, y poniéndole en el suelo, le puso en la cabeza un penacho; y llamando á los

demas, y sentándose con ellos en aquel suelo, les hizo muchas caricias; y sacando alguna comida, comieron todos, que aunque los castellanos tenian harta necesidad, ya no se acordaban de comer ni de beber, sólo deseaban verse libres de aquella gente bestial. El mancebo, despues que hubieron comido, les hizo señas de que se fuesen, y mandó á ciertos gigantes de los que vinieron con él que los acompañasen hasta la marina, lo cual hicieron luégo; no se atrevieron á pedir los vestidos por temor de no enojar al rey, que tan liberal habia andado con ellos, y así caminaron los pobres sin ropa alguna, acompañados de aquellos bárbaros, y llegaron otro dia á la Bahía de las Vírgenes, donde hallaron su armada y fueron bien recibidos della. Metieron dos gigantes en el galeon de Juan Sebastian del Cano, á quien dieron de comer, no conforme á la cantidad que habian menester, pero segun la obligacion del hospicio; lo que les pareció mejor fué el vino, que, habiéndolo gustado, pidieron con su bárbara llaneza tanto, que quedaron embriagados y durmieron allí aquella noche, y otro dia por la mañana, habiéndoles dado algunos paños, tijeras, cascabeles, agujas y otras niñerías, se fueron muy contentos.

CAPÍTULO III.

Llega al Estrecho la Capitana, y hallando ménos algunos navíos sigue su viaje.

La Capitana, despues que se apartó de su armada, padeció muchos trabajos en algunas tormentas que tuvo, y á veintidos de Enero surgió en la bahía de la Victoria, que estaba cerca del Cabo de las Vírgenes, y con ella el galeon *San Gabriel* y el patache que Juan Sebastian del Cano habia enviado á buscar al General; allí supo de la pérdida del galeon que sobre aquellos bajos se habia perdido. Los que estaban en el Cabo, sabiendo de la llegada de la Capitana á aquel puerto, fueron á él, y habiendo surgido Juan Sebastian del Cano, dió cuenta al

General del tiempo que allí les cargó y el riesgo en que estuvieron todos, y cómo se perdió el galeon *Sancti Spiritus*, pidiendole que se saliesen luégo de allí puesto que era mal abrigado el puerto. Recogieron alguna madera del galeon perdido, y los bateles que dieron á la costa, aunque hechos pedazos, se recogieron para hacerlos de nuevo; en esto entendian, cuando les comenzó á cargar un recio temporal, y tanta mar, que obligó á los galeones á dejar los afustes y hacerse la vuelta de la mar. La Capitana no pudo desembarazarse tan presto que cuando largó el papahigo del trinquete las mares no la echasen sobre un bajo, donde estuvo tres dias, habiendo dado muy grandes golpes con la quilla sobre él, porque como se sintiesen perdidos, y que en partes habia mucho fondo, largaron todas las ánclas, con que se pudo tener todo aquel tiempo, porque, como el bajo era una barranca, jugaba la nao á una y otra parte; cayendo la parte de la popa sobre ella, rompió el timon, y con el codaste sobre el bajo daba espantosos golpes. Alijaron cuanto habia sobre cubiertas; arrasáronse los castillos de popa y proa, y comenzando á hacer agua el galeon, salióse el General dél con harto peligro, y saltó en tierra con toda la gente, quedando solamente en la nao el Maestre y Contramaestre y algunos marineros para dar á la bomba. Al tercero dia abonanzó, y volviéndose el General á embarcar, salió de este peligroso puerto y fuése al rio de Santa Cruz á remediar la Capitana, que cada momento descubria más aguas; los demas navíos que se habian tenido contra la tormenta en la mar, viendo el tiempo bueno y que la Capitana habia vuelto atras al rio de Santa Cruz, la siguieron y se metieron en aquel puerto. El Capitan Juan Sebastian del Cano se metió en la Capitana, y, habiendo considerado por dónde hacia agua, halló quebrado el codaste y gran parte de la quilla, y que era necesario descargarla para ver si se podia remediar. Hicieron en tierra ranchos para el General y demas gente, y descargando la Capitana se comenzó el aderezo, que fué largo y de mucho trabajo, por no ser el codaste de provecho; tampoco hallaron madera ni palo en tierra de provecho, porque toda aquella costa es pelada, sin ár-

boles, sólo más atras, por el camino que trujo el Padre capellan, los habia, como se ha dicho.

El Capitan general mandó á D. Rodrigo de Acuña, Capitan del galeon *San Gabriel*, que volviese á la Bahía de la Victoria á recoger lo que de la nao Capitana se habia alijado y recogido en tierra, especialmente los cepos de la artillería, y que con ello se volviese á aquel rio ó que se lo encargase al patache que en la dicha Bahía hallaria, y él se volviese luégo. El capitan D. Rodrigo se excusó diciendo que habia pasado mucha fortuna y la mar estaba alterada, y, si hemos de decir verdad, más alterado estaba este caballero, que deseaba volverse á España y á todo mostraba mal rostro. El General le mandó segunda vez que fuese, pues el tiempo era bonanza. Don Rodrigo, muy enfadado, le dijo que pues él se lo mandaba, él se iria; estas palabras equívocas no fueron entendidas en el sentido que él las dijo, que era dar á entender que se habia de volver á España, como lo hizo, dando mucha nota de sí este caballero, desamparando el estandarte de su Rey, y quebrando la fidelidad y pleito homenaje que habia hecho. Salió del puerto, y, haciéndose á la vela, nunca más volvió á la armada, y fué el caso que como no tenia batel, porque le habia perdido en la tormenta, fué donde el comendador Loaisa le mandó, no tanto por obedecerle cuanto por ver si tendria forma de tomar el batel del patache para volverse á España. Está manco un navío sin él, y una de las cosas por que se debe más mirar es por la chalupa ó batel, y el largarle á más no poder, en una tormenta, es en confianza de que podrán hacerle ó tomarle de alguna parte. Llegó D. Rodrigo al patache y surgió en la bahía, y dió al capitan Santiago de Guevara el recado de su General. Este galeon *San Gabriel* tenia mucho bastimento y era despensa comun para el patache, y lo demas que se ofrecia de enviar un batel ó fusta, cuyo proveimiento tocaba á D. Rodrigo. Acabábase el bastimento del patache; envió al galeon el Capitan su batel con catorce hombres por cuatro quintales de bizcocho, y, como vió D. Rodrigo lo que deseaba, dejó entrar la gente en el galeon, y, tomando el batel que habia menester, se levó é hizo

la vuelta de la mar, dejando bien confusos á los del patache y sin batel para embarcar lo que el General les mandaba; dió la vela la vuelta del Cabo de las once mil Vírgenes, donde estaba el capitan Pedro de Vera con su galeon, que sólo éste se quedó y no quiso ir al puerto de la Victoria en busca de su General, porque él y D. Rodrigo habian determinado de volverse á España. Llegó *San Gabriel*, y habiendo hecho agua volvieron la proa atras, y apartándose, por no ser vistos, cuanto pudieron de la tierra, cargaron en vela y se volvieron, desamparando su armada y á sus hermanos y compañeros, mancando con esto el viaje, porque estos dos galeones, *San Gabriel* y la *Anunciada*, eran los mejores de la armada, y lo que quedaba era ménos, porque como la Capitana estaba tan maltratada y en parte tan dificultosa de adrezar, por ser la quilla el fundamento del navío y el codaste de toda la popa, todo cuanto trabajaban al primer tiempo habia de reventar. Los otros dos galeones, *Santo Lesmes* y *Santa María del Parral*, quedaban solos, y el patache y todos tenian que adrezar, solos los galeones del desamparo salieron mejor de las tormentas, que á veces son venturosos los traidores, á lo ménos en el tiempo que urden sus traiciones todo les sucede á popa, como en esta ocasion, que *San Gabriel* llevó la embajada al galeon *Anunciada* al Cabo de las Vírgenes, y despues la llevó por los mares del Océano volando, aunque no como buen ángel. El capitan Santiago de Guevara concibió mal de haberse alargado el galeon á la mar y llevádole el batel, levóse y fué á dar cuenta al General de lo que habia sucedido, que luégo despachó á Juan Sebastian del Cano con un galeon y el patache al Cabo de las Vírgenes en busca de D. Rodrigo, y á que llevase al rio el galeon *Anunciada*; pero aunque se hizo la diligencia, ni halló á D. Rodrigo ni á Pedro de Vera, cosa que dió al General harta pena, viendo que los capitanes de quien él más caso hacia y más se fiaba le hubiesen así desamparado.

En este rio se trabajó mucho: hiciéronse dos bateles y adrezáronse los galeones. Hallaron aquí mucho pescado, que fué de mucha consideracion para el sustento de la gente. En una isleta

que hace el rio mataron muchas aves, de que hicieron cecina (aquí fué donde estuvo el padre Areyzaga); llenaron ocho pipas dellas. Aquí vieron leones marinos, cosa jamás hasta este punto descubierta; fueron los bateles llenos de armas á matar algunos, y vieron en la arena, al sol, más de ciento, y oyeron que estaban dando bramidos; saltaron en tierra, y repartiéronse de cinco en cinco para un leon; las armas eran lanzas, alabardas y machetes, y algunos arcabuces; acometiéronlos, y ellos saltaron al agua; habiendo quebrado en ellos las lanzas y alabardas, sólo pudieron tomar uno, que con los dientes hizo pedazos un venablo: el pellejo era durísimo y á esta causa no mataron más. Metiéronle en el batel, y para subirle al galeon no podian veinte hombres, tan grande era, y fue necesario meterle con un aparejo. La carne era buena; los que comieron del hígado se pelaron todos, criando entre cuero y sangre una aguaza con que se hinchaban, pero sajándose salia y quedaban buenos. Hallábanse muchos pescados grandes, que como vácia la marea tan apriesa quedaban en seco. Vióse en tierra un animal, y se tomó á manos, peregrino: en el tamaño y hocico parecia lechon; las uñas de los piés eran de caballo y lo demas del cuerpo; tenia en el lugar de la silla una concha tan bien puesta, que encogiéndose se metia debajo della, y porque parecia silla cubierta le llamaron caballo encubertado. En Tierra-firme, en la provincia de Cueva y Nicaragua, hay muchos. Hay unos animales como lobos, que llaman adives, de un particular distinto que la natureleza les dió para su conservacion y defensa, y es que, cuando se ven casi en manos del cazador, levantan la pierna y arrojan con gran furia la orina, tan hedionda y asquerosa, que, inficionando lo que toca y el aire, obliga al cazador á que se retire. En tierra se hallaron muy finos pórfidos y jáspes; halláronse algunas madres de turquesas, y el capitan Andrés de Urdaneta, natural de Villafranca, en la provincia de Guipúzcoa, varon famoso y de muchas maneras excelente, de quien esta Historia ha de tratar muchas veces, halló un topacio muy grande que despues llevó á España, y era de excelente fondo entre los demas topacios. Hallóse mucho salitre, y dicen las relaciones

que veian en los montes algunas luces, que les parecio carbúnclos, y cuando llegaban cerca se desparecian; pues todos dicen que hay carbúnclos débelos de haber, yo creo que deben ser tan raros como la Fénix que nadie la vió. Aquí vieron muchas veces gigantes de la altura que he dicho de trece y catorce palmos, que como no nos estrañaban, y comian y bebian con la gente de la armada, pudieron medirlos muchas veces, tan sueltos y ligeros como unos caballos, y sobre todo de grandes fuerzas, que levantaban un verso de bronce del suelo y le cargaban sobre los hombros, con que no podian seis hombres nuestros; y no hay que espantar, pues á medida de su estatura ha de ser el paso y ligereza. Plinio refiere de Crate Pargameno que los trogloditas vencen á los caballos en ligereza; y en razon de la estatura de los gigantes dice el mismo Plinio, en su *Historia natural*, que una gente de los etiópicos pastores, llamada Siborta, es de más de ocho codos.

Habiéndose aderezado los galeones lo mejor que pudieron salieron en demanda del Estrecho, á veinticuatro de Marzo, con muy buenos frios que hacia ya, por estar el sol de la otra banda de la Línea, desde once de aquel mes, que en aquel tiempo era equinocio, pero despues del año de ochenta y dos, es ya á veintiuno del mesmo mes; perecia la gente de frio, porque las noches al frio y agua eran intolerables, de que murieron muchas personas. Y habiendo pasado algunas tormentas, entró la Capitana en el Estrecho un domingo, ocho de Abril, y, viendo que las naos *San Gabriel* y la *Anunciada* no parecian, determinó pasarle con las dos que le habian quedado y el patache; y porque cargó el tiempo surgieron al reparo de una Isla, que está en la boca del Estrecho, el lúnes siguiente, nueve de Abril.

CAPÍTULO IV.

Desemboca la armada el Estrecho; tienen una borrasca en el Mar del Sur, con que el patache se aparta de la armada.

Mártes, diez de Ábril, estando surta la armada, habian puesto en la Capitana á cocer una caldera de brea, y por descuido se encendió y tomó fuego la nao, que mataron con harto trabajo y cuidado del General: habian saltado en el batel más de treinta hombres, pareciéndoles se abrasaria sin remedio el galeon, y sobre meterse en él hubo muchas pesadumbres, arrojándose los unos á los otros al agua, á quien afrentó (habiendo apagado el fuego) el General de palabra, y con mucha razon.

A doce, se hicieron á la vela, y, por tener recios vientos y contrarios, surgieron en el puerto de la Concepcion; aquí perdió el patache la chalupa, y aguardaron á que abonanzase el tiempo.

A diez y ocho, habiéndose el mismo dia hecho á la vela, surgieron en el puerto de San Jorge. En las cartas de marear yo no hallo este nombre ni otros de otras bahías y puertos; yo sigo una relacion original que tengo en mi poder del contador Bustamante, que iba en esta armada, y es el compañero del capellan D. Juan de Areyzaga entre los gigantes. En este puerto murió el factor Diego de Cobarrubias; aquí llegaron dos embarcaciones de gigantes de noche, y dieron gran grita al galeon Capitana, que le obligó á ponerse en arma, y disparando una pieza, entendiendo se venia el cielo abajo, huyeron á tierra. A veinticinco de Abril se levó el armada, y otro dia surgieron en Puerto-Bueno, que así le llamaron. Aquí hallaron buena agua y leña de que iban necesitados, por ser aquellas regiones sin árboles las más, y los que hay están la tierra adentro; aquí se les murió alguna gente de frio.

A dos de Mayo se levaron y fueron á surgir á otra isla, que, como las corrientes de las mareas son tan recias, era necesario hacer estas paradas; aquí hallaron unos árboles de canela, aun-

que las cortezas eran muy gruesas: velejando y surgiendo navegaron hasta que á veinticinco de Mayo salieron del Estrecho, dando muchas gracias á Dios que les habia sacado de tan grandes peligros. Surgieron este dia en un puerto que hace en la salida, á quien llamaron Puerto de Mayo; y el sábado siguiente, á veintiseis, se levaron con un Sueste, y cazando en popa gobernaron por aquella mar ancha al Norueste, y, habiendo perdido la tierra de vista, les dió una tormenta terrible, que corriendo las naos como podian, cerró el tiempo y la noche, con que la Capitana quedó sola.

Sábado, á dos de Junio, cambió el tiempo por el Sur, y los navíos corrieron á árbol seco la vuelta del Norte; y habiendo cesado el tiempo se volvieron los dos galeones á juntar con su Capitana. El patache quedó solo, y aunque el capitan Santiago de Guevara hizo muchas diligencias por buscar la flota, nunca la pudo topar. Afligió mucho esto á los del patache porque no tenian sino cuatro quintales de bizcocho, y eran cincuenta personas, y ocho pipas de agua sin otra cosa, y, segun su cuenta, estaban dos mil leguas de la Nueva España, donde les pareció, ó algo ántes, en Panamá, que podrian hallar bastimento; faltábales la chalupa, que son los piés y manos de una embarcacion. Iban segun esta cuenta necesitadísimos de comida, que como el patache era pequeño no tenia pañol sino muy pequeño, y así cada quince dias le proveia la Capitana, despues que faltó *San Gabriel*. Viéndose solos y sin esperanzas de hallar la armada, por no perder tiempo, obligados de el frio que era riguroso y se hallaban en cuarenta y siete grados de altura meridional, corrieron la vuelta de la Línea cuanto pudieron, por ver si hallarian tambien algun pescado, y tuvieron tan corta ventura que ni hallaron pescado ni isla donde hubiese refugio.

La Capitana, con sus dos galeones, navegaba la vuelta del Norueste, y como por este rumbo valga un grado veinticinco leguas, disminuia poco, á cuya causa tuvo, á ocho de Junio, un Sueste deshecho, que cambiando al Sur y al Susudueste con gran cerrazon, corrieron una tormenta con los papahigos á medio árbol, como podia cada uno; y quí se apartaron los unos de los

otros. La Capitana, que resentida estaba del codaste que tenia quebrado, aunque adrezado con planchadas de plomo y barrotes, pero adrezo al fin y remiendo, comenzó á hacer mucha agua, y era de suerte que, en dejando de dar dos ampolletas á la bomba, con las dos que traia el galeon, era tanta el agua que entraba, que en tres ampolletas á dos bombas no la podian achicar. La gente iba muy enferma, especialmente el General, que, desde que le faltaron los dos navíos, cayó en él tal melancolía y tanta falta de salud, que no se podia tener en los piés, y, no obstante su poca salud, animaba á su gente y la consolaba. A trece de Julio murió el Contador general, Alonso de Tejada, y proveyóle el comendador Loaisa en su sobrino Alvaro de Loaisa. Los dos galeones con el tiempo se apartaron de la Capitana y nunca más parecieron ni se supo dellos.

CAPÍTULO V.

Muere el General; sucédele Juan Sebastian del Cano, que tambien muere. Llega el patache á la costa de Tecoantepec.

La enfermedad se le iba agravando al General D. Frey Garcí Jofre de Loaisa, y habiendo, como buen cristiano y temeroso de Dios, dispuesto de las cosas de su alma, murió como muy católico á treinta de Julio de este año, con mucho sentimiento de todos, porque era muy amado y querido por su cristiano gobierno y apacible condicion. Abrióse una órden que habia de Su Majestad Católica, donde venia señalado por Capitan general, por ausencia ó muerte de D. Frey Garcí Jofre, Juan Sebastian del Cano; pero como habia trabajado tanto, por haber colgado siempre dél todo el peso de la armada, iba tan enfermo que sólo le duro el oficio seis dias, porque, apretándole la enfermedad, dió su alma á Dios á seis de Agosto, acabando en aquellos mares el hombre más feliz que tuvo el orbe, pues él solo, entre los mortales, fué quien le rodeó primero, y abrió el paso á los demas; de que se puede preciar la nobilísima y siempre in-

vencible provincia de Guipúzcoa y su villa de Guetaria, de que salió della el más famoso hombre que gozaron los siglos, que, á ser en aquellos primeros donde habia más candidez y ménos invidia, perpetuaran su buena memoria en estátuas de bronce y mármol. Tenian los egipcios por famosos á los que, humillando la ferocidad de la mar y despreciando sus peligros, hacian largos viajes por ella, como tiene Diodoro Sículo y Herodoto, y, para obligar á los demas á su imitacion, cuando moria alguno que en las aguas hubiese sido famoso, lo llevaban á una laguna que para esto tenian, y metian el cuerpo en un navío, y dando una vuelta en círculo por ella le conducian á la sepultura. Sajonia, tratando de las cosas del reino de Dania, en órden á esta costumbre, dice quemaban los cuerpos de los hombres excelentes en armas, por la mar ó en la arte náutica, con las rajas de la popa de un navío, como aquí en la India, que es precioso el sándalo sólo para estas fúnebres hogueras, de que he visto cargar las naos. Plutarco escribe de Caton Uticense que para dejar memoria de lo que habia navegado, que fué bien poco, en el Mediterráneo, pusieron su sepulcro en la orilla del mar, y lo mismo refieren de Ayax Telamonio. Entre las maravillas del mundo señalan por una aquel famoso sepulcro, que para memoria perpetua de la posteridad construyó Artemissia, reina de Caria, á su marido Mausolo, por quien le dieron nombre de Mauseolo; pero si en el sepulcro (que en su pueblo, en la provincia de Guipúzcoa, aunque sin cadáver, pudieran hacer por la gloria que su nacion adquiriera) del general Juan Sebastian del Cano pintaran el navío *Victoria* y una esfera, como le dió el Emperador, y por inscripcion «Este fué el primero de los mortales que me rodeó,» sin duda fuera la primera y última maravilla del mundo, y con más razon dada á la memoria de las gentes que las soberbias pirámides de Egipto, bárbaros sepulcros de sus Ptolomeos, y vana emulacion de perpétua fama, ni fuera contra la piedad cristiana, de que es tan observante la provincia de Guipúzcoa, á quien no han hasta hoy infestado heréticos errores, ni manchado mosáicas ceremonias de judíos, porque se conserva noble, con envidia

del mundo, supuesto que en los Reinos católicos se permite, y en las Letras Sagradas leemos que aquel gran General del pueblo de Dios, Simon, levantó, habiendo sabido la muerte de su hermano Jonatás, sobre el sepulcro de sus padres un soberbio edificio de piedra, cultamente por entrambas haces labrada, y erigió siete hermosas columnas, dos por sus padres y las cinco á sus hermanos, y sobre ellas los escudos de sus armas, y unos navíos tan altos que pudiesen ser vistos de los navegantes. Tomó el siempre invicto Augusto Máximo César Cárlos Quinto, por gloriosa empresa de sus trofeos, las columnas de Hércules, y mudando la letra ó el sentido della, quitando el *Non* decia *Plus Ultra*, y habiéndolas desde donde Hércules las plantó, pasado dichosamente á las Indias de Nueva España y Perú; el general Juan Sebastian del Cano tiró tanto la barra con ellas, sirviendo á su Rey, que las rodeó, puestas en el Real estandarte de su galeon *Victoria*, por el Universo mundo, saliendo con su nao de Sevilla y corriendo por el ocaso del sol siendo Piloto mayor; buscó puerta para entrar por él al Mar del Sur, y siguiendo el camino del sol volvió á Sevilla; y el que parece que no cabia en la tierra, asegundando otra vez á rodear el mundo, se murió en el Mar del Sur, y sus aguas le dieron honrosa sepultura.

Volviendo al hilo de la historia, viéndose sin General los castellanos, eligieron, de comun consentimiento, á un hidalgo montañés, llamado Toribio Alonso de Salazar, Contador oficial desta armada, á quien Loaisa habia pasado del galeon *Sancto Lesmes* á su Capitana, porque se decia dél que se queria levantar y volverse con el navío á España; y habiendo el general Loaisa averiguado el caso, halló que le habian falsamente achacado aquella traicion, restituyóle en su buena fama, y á la hora de la muerte dijo á todos que era muy leal hidalgo, y en lo que se le habia imputado no tenia culpa, y pidió al general Juan Sebastian del Cano que le honrase con lo que pudiese. A este hidalgo, pues, eligieron por su General; y aquel dia murió Alvaro de Loaisa, Contador general; eligió Salazar en su lugar á Martin Iñiguez Zarquizano, y el oficio que tenia de

Alguacil mayor se dió á Gonzalo del Campo. Murió luégo el Piloto mayor Rodrigo Bermejo, que no usó deste oficio, aunque venia en la Capitana, hasta que Juan Sebastian del Cano fué General; en cosa de ocho dias murieron treinta y cinco personas en la Capitana; el General mandó gobernar á las Islas de las Velas, y siguieron su derrota, donde les dejaremos navegar con harto trabajo por la mucha agua que hacia la Capitana, por ver lo que en este mismo tiempo sucedió al patache.

Navegaba el capitan Santiago de Guevara con la mayor necesidad que jamás se supo que navegantes padeciesen, porque con solos cuatro quintales de bizcocho caminaron más de dos mil leguas sin vianda, más de la que les daban de racion cada quince dias, que no llegaba á otro quintal, y ocho pipas de agua, y las personas eran cincuenta; el viaje incierto, á cada persona, hecha la cuenta, le tocaban ocho libras de bizcocho, que tasándolo para dos meses, les tocaba cada dia dos onzas y les sobraban ocho; el agua era más, y al fin habia aguaceros y cogian la que llovia; desta suerte fueron caminando, que fué Dios servido de darles tiempo largo. A once de Julio descubrieron, habiendo pasado la Línea en trece grados, dos tierras: la una les pareció isla, y la otra tierra firme; no pudieron tomar ninguna, ni curaron dello mucho por no perder el buen tiempo que llevaban, aunque la necesidad era grande. Llevaba el Capitan un gallo y una gallina, que conservaba mucho, porque la gallina jamás dejó de poner, y con los huevos socórria este buen Capitan á los enfermos. En el Estrecho se la quiso comprar Francisco de Hoces, y le daba cincuenta ducados al coste y cambio de Flandes, que llegados á Maluco y empleados en clavo, y despues vendido en España, era gran suma, y no quiso el capitan Guevara, que como en la armada no hubiesen quedado otras aves sino estas, socorria este hidalgo á los enfermos con los huevos, y notóse que la gallina no dejó de poner sino un mes en el Estrecho por los grandes frios. A doce de Julio descubrió el patache tierra, y arrimándose á ella vieron muy grandes humos; fuéronla costeando, y á veintiuno del mes, habiéndose llegado cuanto permitia el

bajel á tierra, vieron gente que les capeaban y hacian señas que llegasen; pasaron adelante, que como no tenian batel, andaban buscando algun puerto donde pudiesen surgir y saltar en tierra, y habiendo visto una ensenada tras una punta gorda, dieron fondo á veinticinco de Julio, dia del glorioso Apóstol y Patron de las Españas, y es cosa digna de ponderacion que el patache se llamaba *Santiago*, y el capitan se decia Santiago, y dia de Santiago concluyeron sus trabajos. Salió mucha gente á la playa, que era de la provincia de Tecoantepec, en la Nueva España; no tenian batel con que salir; la gente estaba enferma de mal pasar, y habria medio cuarto de legua hasta la playa, ni podia el patache llegarse más. El Capitan determinó que sobre una caja saliese á tierra algun marinero; pero todos iban tales, que no se podian tener sobre los piés. Pero el padre Capellan, D. Juan de Areyzaga, como más fuerte y robusto, se ofreció á ir, por que era gran nadador; el Capitan no queria, pero como el Padre era su primo, y le dijese que él habia de ir, le dejó; dióle algunos rescates, y poniéndose á la ligera, tomando una espada y amarrándola á la caja, la echaron en el mar, y él saltó sobre ella; tenia una sondaleza larga la caja, que servia de fiador; con esto fué nadando el clérigo D. Juan, y como desde los navíos parezca que la tierra está cerca, habiendo caminado gran espacio se arrepintió el animoso Padre, pero la necesidad le obligaba á pasar adelante; algunas olas le sacaban de la caja, con que desfallecia, pero era ya tan cerca de tierra, que los indios de la playa conocian su peligro; arrojáronse al agua muchos dellos, y llegaron donde estaba casi ahogado el padre Areyzaga, y poniéndole sobre la caja, ya desvanecido, nadando, la iban impeliendo, y tomaron tierra, y pusieron sobre la arena al Padre, que estaba desmayado. En volviendo en sí fueron grandes las caricias que le hicieron, y en una hamaca le llevaron á una ciudad, una legua de allí, donde el cacique della le regaló y acudió á cuanto le pidió; al entrar en ella vió una cruz, á cuyos piés se arrodilló el Padre, y con lágrimas la besó, y habiendo hecho oracion y dicho al cacique la necesidad que tenian los del navío, luégo los despachó mu-

cho maíz y gallinas, y envió órden para que saltasen en tierra, habiendo ido el mismo cacique á la playa á recibir al Capitan, supieron cómo aquella tierra era de la Nueva España, y que gobernaba á Méjico, que estaria de allí trescientas cincuenta leguas, el gran capitan Fernan Cortés, y que un Teniente suyo estaba veinte leguas de allí, en Tecoantepec. Con tan buenas nuevas quedaron los castellanos muy contentos, dando gracias á Dios por haberlos llevado á tierras de cristianos: habia ya aquel cacique dado la obediencia al rey de España, y habíase ya arbolado en aquella tierra el sagrado madero de la Cruz. Avisó el cacique al Gobernador castellano, que estaba por Fernando Cortés en Tecoantepec, que fué á verse con los nuestros, y habiéndolos regalado, los despachó á la imperial ciudad de Méjico, donde fueron muy bien recibidos del Capitan general Fernando Cortés, conquistador de aquel nuevo mundo, el cual despachó aviso á Su Majestad Católica, y fueron el capitan Santiago de Guevara y el padre D. Juan de Areyzaga, y dieron al Emperador cuenta por menudo de todo lo sucedido, y Su Majestad les hizo muchas mercedes.

CAPÍTULO VI.

Navega la Capitana; muere el tercero General; hácese elegir Martin Iñiguez de Zarquizano.

La Capitana navegaba con buen viento por el espacioso Mar del Sur, donde los vientos brisas son generales, y nunca faltan especialmente en poca altura; llevaban la proa á las Islas de las Velas, que importó mucho tomar tan presto esta derrota, porque cesaron las enfermedades que en mucha altura les daban. A veintiuno de Agosto descubrieron una isla que tendria diez y seis leguas de circuito, con algunas sierras, púsosela por nombre San Bartolomé; está en catorce grados de latitud septentrional, hecha muchas restingas y bajos á la mar, y desde este año hasta el de mil seiscientos diez y ocho nunca

más se descubrió, porque las derrotas de los navíos que parten de Acapulco para la ciudad de Manila navegan por once grados, y por este rumbo, que es al Oeste, gobiernan hasta las Islas de los Ladrones. El año de seiscientos diez y ocho, por gusto de un Piloto, que aunque se le advirtió la mala derrota que llevaba, teniendo á menoscabo que nadie le advirtiese cosa de su navegacion, siguió su parecer, y si Dios no mirara por la armada, quitando el viento fresco en popa que llevaba, se perdiera sin remedio en esta isla de San Bartolomé, porque no habiéndola descubierto al ponerse el sol, y navegando como si la mar estuviera limpia de islas, al cuarto del alba barbeamos con ella, viéndose en harto peligro, y el socorro de cuatrocientos soldados que D. Alonso Fajardo de Tenca, Comendador de Alcántara, hijo de aquel gran general D. Luis Fajardo, llevaba á las Filipinas, donde iba por Gobernador, Capitan general y Presidente dellas, estuvo á riesgo de perderse: tanto puede la soberbia de un Piloto. Arribó la Capitana de Loaisa sobre esta Isla, y hallándola peligrosa de bajos y restingas, siguió su derrota á las Islas de las Velas, y navegando con buen viento fresco, descubrió la cordillera dellas, que corren Norte Sur; á cuatro de Setiembre tomó puerto en la Zarpana, que está en trece grados de latitud septentrional. El General mandó aquí hacer agua y leña; los barquillos de los naturales que aquí salieron eran muchos, y en uno dellos llegó un hombre que en lengua castellana saludó á los nuestros; venia desnudo como los demas, aunque con más decencia que los compañeros, que andan como nuestros primeros padres, en el estado de la inocencia; traia los cabellos que le pasaban de la cintura; entró en la Capitana, y dijo como fué uno de los que pasaron con Magallanes al Maluco, y que, volviendo por el Mar del Sur en el navío de Gonzalo Gomez de Espinosa, volviendo de arribada, temiendo la muerte, que andaba muy lista en el navío y habia muerto mucha gente, se quedó con otros dos compañeros portugueses en aquellas islas, á quien los naturales habian muerto por sus demasías; que él era gallego, y se llamaba Gonzalo de Vigo, y que, si le perdonaban en nombre de Sú Majestad su

quedada, les acompañaria. El General le dió seguro, y se holgó de hallar hombre que parecia ladino en aquellos mares.

Hacia mucha agua la Capitana, por lo cual determinaron de tomar alguna de aquella gente para dar á la bomba; aseguraron algunos indios que habian entrado en el navío, y levándose, se tomaron once. Lúnes, diez de Setiembre, se hicieron á la vela, y el sábado, quince del dicho mes, murió el general Toribio Alonso de Salazar, que causó harta inquietud sobre quién le habia de suceder. Dividióse la gente en dos partes: unos querian á Martin Iñiguez de Zarquizano, y otros á Hernando de Bustamante, el primero Contador general, y el segundo Contador tambien de una nao (no sé qué oficio era éste, ni acabo de atinar con tantos Contadores como habia en las armadas de aquellos tiempos). Trataron de que la eleccion fuese por votos secretos, y habiéndose juntado á darlos la gente principal de la armada, parecióle á Martin Iñiguez que se le desentablaba el juego, y llegándose al escribano que recibia los votos, se los tomó y arrojó en la mar, diciendo tocarle á él el gobierno por ser Oficial más antiguo, puesto que Su Majestad mandaba que sucediesen segun la antigüedad y preeminencias de los oficios; sobre esto hubo grandes diferencias, y acordaron que alternasen por dias el gobierno; y habiendo descubierto la isla de Tendaya (es la primera de las del Archipiélago), á dos de Octubre, Zarquizano les dijo el mal gobierno que llevaban en ser gobernados por dos cabezas, y que pues los galeones *Sunta María del Parral* y *Sancto Lesmes* nunca más habian parecido, dejasen la alternativa del gobierno, que hasta saber de las naos habian ordenado, por ser aún entre bárbaros reprobado, y enseñándoles la instruccion de Su Majestad, que ordenaba que por falta de los Capitanes generales allí nombrados sucediesen los Oficiales de la armada sucesivamente unos á otros, segun la dignidad de los oficios, y les requirió le obedeciesen por Capitan general, pues tenia más suficiencia para aquel cargo que Hernando Bustamante, no solamente por razon del oficio, que era Contador general, sino de su persona; y tales razones supo decir, que todos unánimes le dieron la obe-

diencia y aclamaron por su General, excepto el contador Bustamante, á quien el nuevo General mandó poner unos grillos, con que le redujo á que le obedeciese.

Miércoles, tres de Octubre, proveyó Martin Iñiguez algunos oficios que habia vacos: el suyo, en Francisco de Soto, que fué Contador general; á Martin García de Zarquizano dió el de Tesorero general; á Diego de Solier el de Factor general, y á Gutierre de Tunon, Tesorero de la Capitana.

Sábado, seis de Octubre, surgió la Capitana en la isla de Mindanao, una de las mayores del Archipiélago, cuya descripcion reservo para cuando se pacifique por el adelantado Miguel Lopez de Legaspi, y de otras Islas, pasando yo agora por ellas con la priesa que esta Capitana; es muy poblada esta Isla de gente que se precia de valiente y traidora. Saltaron en tierra algunos castellanos, y compraron de los indios algunas frutas que da la tierra, como plátanos, cocos, batatas, cañas dulces y algun arroz, y habiendo aplazado mejor feria para el siguiente dia, de gallinas, puercos, venados y arroz, y yendo al efecto el batel con algunos versos y la gente con sus arcabuces, los indios les hicieron señas que matasen las cuerdas, con lo cual y verlos muy bulliciosos, estuvieron muy sobre aviso los nuestros; decian los mindanaos que tenian miedo á aquellas bocas de fuego, y que por eso no traian bastimento, que las quitasen, y llegarian cargados dél muchos indios; tratóse de rehenes, y dando los nuestros el gallego, que sabia un poco de lengua malaya, ellos dieron un indio, que se metió en el batel. Dijo el rey á Gonzalo de Vigo (que le habian llevado á la ciudad, que cerca estaba, donde el rey asistia), que para qué andaban robando por el mundo y tomando tierras ajenas, y excusándose el gallego, y diciéndole el fin de la venida de nuestras armadas, muy enojado el rey le dijo que ya sabia que eran faranguis (llaman así en toda la India á los portugueses, cuyos hechos habian llegado á noticia destos bárbaros), que andaban robando y haciendo mucho mal por el mundo, despojando á los reyes de sus reinos y señoríos. Gonzalo de Vigo le dió á entender ser castellanos los que venian en aquel galeon, y en todo muy dis-

tintos de los portugueses, con que parece aplacó algo al rey; y el gallego, aunque estaba en rehenes, iba y venia á la playa como hombre hecho ya á vivir entre bárbaros, á quien conocia ya el humor. Deseaban los mindanaos coger el batel, y andaban muy solícitos é inquietos.

En esta ocasion habia llegado una embarcacion al navío de fuera, donde se rescató algun bastimento; el Capitan della estaba con una ropa de raso carmesí, y en las muñecas traia unas grandes ajorcas de oro y orejeras de lo proprio. Los indios que con él venian estaban adornados con algunas preseas de oro que, dando muestras de venderlas, el General mandó que nadie comprase oro, sino que mostrasen despreciarlo, que así convenia para su conservacion; así lo hicieron los castellanos, dando á entender á aquellos indios que dejaban en su tierra mucho de aquel metal, de que no hacian caso; admiróles, y tuvieron á novedad tal desprecio. Sobre el bastimento llegaron á tratar en tierra del precio; los mindanaos, deseando entretener y engañar á los nuestros para tomarles el batel, andaban varios en los conciertos, y habiendo concertado por un puerco ciertas varas de lienzo, cuando se las iban á dar, pidieron más á fin de entretener el tiempo y la gente. Gonzalo de Vigo habia visto una emboscada que tenian los indios, y avisando della á los castellanos que estaban en tierra, les advirtió que se embarcasen, y él se huiria, que le recibiesen en el batel; hiciéronlo así, y viendo el gallego que no habia quedado en tierra ninguno, dió una carrera, y arrojándose al mar le tomó el batel, defendiéndole con los arcabuces de los indios que tras él se arrojaron con sus dardos, habiendo salido la emboscada á la playa, respondiendo á la arcabucería con sus flechas. Otro dia volvió á tierra el batel, y llevaron el indio que en rehenes estaba, dando á entender á los mindanaos que se le restituirian si les diesen por su rescate bastimento, pero ellos respondian con flechas y dardos, haciendo garracheos, saltos y ademanes de pelear, que visto por el General, saltó con sesenta hombres en tierra, y pasó á la ciudad, que en el tiempo que allí estuvieron la habian despojado de cuanto tenian; inten-

taron defenderla, pero á la furia de los arcabuces y presteza en dispararlos, huyeron aquellos bárbaros cobardemente. Reconocióse el pueblo estar sin bastimentos, y recogióse sin hacer otro daño (que no consintió que le quemasen) el General á su navío; decíanle que los siguiese, que en el monte encontrarian el bastimento, ó tomarian algun indio y lengua que les diria dónde lo habian escondido; no quiso el General, pareciéndole que no podria ganar nada de pasar adelante, por ser el monte muy espeso y á propósito para que el enemigo le degollase la gente, y así se volvió: consideracion harto cuerda y de Capitan prudente. Aquella noche fueron dos barquillos á picarle los cables, para que, quedando el galeon sin amarras, diese á la costa y se perdiese; pero los centinelas los descubrieron, y les dispararon tanto mosquetazo, que nunca más volvieron á probar la mano. Este puerto de gente belicosa y bárbara es de la provincia de Butuan, en la isla de Mindanao, al presente vasallos del Rey, nuestro señor, y cristianos, donde mi Religion de descalzos augustinos tiene conventos, cuyos feligreses son, donde han bautizado muchas almas, y trabajan en esta conversion apostólicamente. Los once indios que se tomaron en la Zarpana se huyeron aquí, pero apénas pusieron en tierra el pié, cuando los degollaron á todos; está este puerto en ocho grados de latitud septentrional.

CAPÍTULO VII.

Muere Almanzor, rey de Tidore; en medio de sus exéquias entra la ciudad D. García Enriquez, y abrásala.

Por el mes de Octubre, cuando los castellanos estaban en Mindanao desgustosos y hambrientos, los tidores pasaron por el más riguroso trance de fortuna que jamás sucedió á nacion en el mundo. Dejamos dicho atras cómo Antonio de Brito entregó el gobierno y fortaleza de Terrenate á D. García Enriquez, el cual, luégo que tomó la posesion dél, trató de hacer

amistades con el rey de Tidore, que por sosegarse y descansar en su reino las deseaba; tratáronse entre D. García y Almanzor, contradiciéndolas Cachil Daroes, pareciéndole que no eran á propósito para sus intentos, que todavía aspiraba al reino de Terrenate, hacia todas las instancias posibles para que no tuviesen efecto; pero por más que hizo las paces se asentaron con condicion que el Rey volveria á D. García la fragata que á los portugueses habia tomado con toda la artillería que tenia. Vino en esto Almanzor con mucho gusto, porque deseaba tener paz con los portugueses, é hizo de su parte cuanto pudo por conservarla, pues della se le seguia utilidad y provecho, y él gozar de la quietud de su reino en paz; y porque supo el disgusto que habia tenido Cachil Daroes della, y cuán querido era de los portugueses, por lisonjearlos á ellos y traer á su devocion á Daroes, trató de casarle con una hija suya. El Cachil aceptó el casamiento, mostrando mucho contento, y tanto cuanto ántes era enemigo del rey de Tidore, con el nuevo parentesco que habia de contraer se le mostraba aficionado, por estarlo ya de la infanta de Tidore. Súpolo D. García, y receló algun trato secreto entre Almanzor y Cachil Daroes, y procuró estorbar el casamiento, ya con el Rey, ya con el desposado, lo cual no tuvo efecto, porque Almanzor estaba tan empeñado, que ménos que con quiebra de su fe y real palabra no podia dejar de cumplirla, y Daroes tan bien casado cuanto si fuera legítimo rey de Terrenate pudiera desear, y sobre todo, aficionado á su esposa. Viendo, pues, que por aquí D. García no salia con su intencion, determinó quebrar las paces y dar guerra al Tidore para barajar los desposorios, y para esto tomó ocasion de enviarle á pedir la artillería de la fragata, no obstante que no se habia cumplido el término para entregarla, que, por haberla prestado al rey de Bachan y ser necesario tiempo para traerla, se señaló. Requirió al rey de Tidore que le enviase luégo aquellas piezas, porque tenia dellas necesidad, supuesto que en las capitulaciones de la paz se asentó que se las habia de enviar. El Rey le respondió con muy buen término que aún no era cumplido el plazo señalado, para que le

arguyese de descuidado, que no lo habia sido, pues habia ya enviado por ellas, y no tardarian mucho, y no era menester acordarle lo que él tenia tan en la memoria y tan en voluntad de entregarle; que descuidase, pues no tenia otro cuidado que de servirle y darle gusto en cuanto pudiese, volviéndole con puntualidad las piezas, pero que bien echaba de ver que era necesario tiempo para enviar á Bachan por ellas, traerlas y llevárselas, atento á lo cual se habia señalado término en lo capitulado, y que aunque habia enviado por ellas, avisaria que se diesen priesa, pues tanta necesidad tenia de ellas, y que por cuanto estaba enfermo le enviase un médico que le curase, que en ello recibiria merced, y le serviria con otra tal en lo que se le ofreciese. Recibió D. García la respuesta tan cortesana del Rey y la buena satisfaccion de no haberle enviado la artillería, pero como no era ella la que le daba cuidado, otra respuesta deseara él más para romper luégo las treguas y deshacer el casamiento; pero la ocasion que le ofreció el tiempo fué tal cual la pudiera desear; con que mostró admitirle la disculpa, y envióle un boticario que tenia para que le curase, mal digo, para que le matase, que habiendo ido bien industriado y llegado á Tidore, en breve concluyó con el rey Almanzor. Los autores portugueses dicen que fué con veneno, y mostróse en las señales que dejó el difunto; conoció Almanzor que se moria, y habiendo despedido el médico-boticario, llamó al príncipe Cachil Tabarija, único heredero de su reino, y tomándole las manos delante de los Cachiles y señores de su reino, conociendo que le habian ayudado á morir aquellos de quien con candidez y sinceridad habia fiado su salud, le conjuró que si por ventura volviesen los castellanos guardase la fidelidad del sagrado juramento de amistad y obediencia al rey de Castilla, que sobre el Alcoran de su ley habia jurado, y fuese amigo de castellanos y enemigo de portugueses, de quienes no se fiase jamás, supuesto el ejemplo presente, pues deseando conservar la paz con ellos le habian enviado, con color de piedad, á matar; con estas palabras murió Almanzor, con mucho sentimiento de todos, porque era amado de sus vasallos, á quien en paz y en guerra habia

gobernado muchos años. Y sucedióle lo que al gran Bayaceto, á quien otro médico, por mandado de su hijo, el bravo Selin, dió veneno. Aunque en la confianza fué otro Magno Alejandro, que habiéndole avisado por un papel que se guardase del médico que le curaba, porque habian concertado con él que en el vaso de la purga le diese veneno, habiendo madrugado el médico para dársela por sus manos, recibió Alejandro el vaso con una mano, y con la otra dió el billete al médico; mandósele leer; leyóle el médico, y bebió Alejandro, fiado de la lealtad de su médico, que conoció su fidelidad, en que con la purga mejoró. Caso por cierto feo y atroz, matar tan alevemente á un Rey con quien estaban juradas paces por medios tan descompasados. Ni paró aquí la crueldad de D. García, con que se hacia mal quisto, así entre los suyos como en aquellas mahometanas naciones, que á la mira estaban de las acciones portuguesas, porque luégo que supo la muerte del Rey, determinó ir á tomar la ciudad de Tidore, que estaria ocupada en las obsequias del real cuerpo difunto; y como ya estaba prevenido (que desde que envió al boticario sabia lo que habia de hacer), dió con su gente en el puerto de Tidore, donde surgió, y envió á la ciudad al Fernando Baldaya á decir que le entregasen luégo la artillería, y de no darla les denunciasen la guerra; estaban llorando al cuerpo difunto los tidores para darle sepultura cuando les llegó la bárbara embajada, en ocasion que la suspendiera el pecho más caribe y cruel del universo. Respondió el Príncipe y los Cachiles que le suplicaban les dejase enterrar á su Rey, y que luégo darian órden de entregarle la artillería, que á tenerla en la ciudad, luégo se la dieran; que advirtiese á la gran miseria en que aquella triste ciudad se hallaba con la muerte de su Rey; que humildemente pedian fuese servido de darles solamente lugar para celebrar las obsequias debidas á un difunto, cosa que á ninguno de los mortales se negó jamás, lo cual le pedian con los gemidos y lágrimas con que acompañaban el cuerpo difunto. La ocasion presente y la peticion humilde y cortesana de los que vivian en fe de las juradas paces, ablandaran el más duro corazon del tigre más bravo y del leon

más airado, pero como el del hombre sea á las veces de peor condicion, y el de D. García estuviese tan protervo y resoluto en la empresa más torpe y fea que vieron los siglos, como es acometer á los que con nombre de amigos conservó hasta aquel punto, y al cuerpo muerto de un Rey insepulto, saltó en tierra con toda su gente, y entrando la ciudad, que no se resistió, á fuego y sangre, no llevaban en las puntas de las lanzas y espadas sino muertes, deshonras y robos. Los tidores, viendo que aquello iba de veras, libraron su defensa en los piés, desamparando el real cuerpo difunto, dejándole expuesto á las irrisiones y afrentas que de gente á quien la naturaleza ya aborrecia se podia esperar: pasaron á cuchillo cuantos toparon, no perdonando sexo ni edad, empeñando en esto á los terrenates para que así los tidores aborreciesen el casamiento de Cachil Daroes, con que totalmente se estorbó, y abrasaron la miserable ciudad. Balduino, rey de Hierusalem, murió en Beritho de veneno; aconsejaron entónces al rey Norandino, capital enemigo suyo, que acometiese á los cristianos en aquella ocasion, que estaban ocupados en la sepultura y llantos de su Rey difunto, pues seria fácil vencerlos. Respondióles Norandino: «Dejémosles llorar, pues tienen razon, por haber perdido el mejor Rey que hombres tenian en el mundo; no es justo que les perturbemos su llanto, que tiempo nos vendrá para hacerles guerra.» [1] Razon digna de hombre que no fuese infiel. En que fué Norandino ejemplo de buenos Capitanes, dotado de la moral virtud de la piedad con los difuntos y desconsolados, pero como D. García no era Norandino, hizo con sus amigos lo que el Rey infiel dejó de hacer con sus enemigos. El nuevo Rey, con su familia y gente, se retiró á las montañas. D. García con su gente y los terrenates se volvieron soberbios todos y victoriosos. Este acometimiento dió gran estampido en los reinos circunvecinos, que como sabian las paces que con los tidores habian jurado los portugueses y las condiciones dellas, perdieron todo el crédito que tenian, y teniéndolos por falsos y fementidos, echa-

---

[1] Illescas: *Hist. Pontif.*, lib. V. cap. xxvij. *(Nota del autor.)*

ron los que habia esparcidos por algunos reinos de ellos, y cuantos habia en Bachan y Gilolo, abominando tan gran crueldad. Los tidores, viendo que su Rey era de poca edad para el gobierno, le dieron por ayo y gobernador á Cachil Rade, su deudo, quedando la guerra declarada contra terrenates y portugueses, y deshecho el casamiento de Cachil Daroes, que aunque no fué con D. García á la infame toma de Tidore, no le tenian buena voluntad los de Tidore, sino por su enemigo, y habian en tiempo de Almanzor sentido mal del casamiento.

CAPÍTULO VIII.

Llega la Capitana á las islas Malucas; reciben los reyes de Gilolo y Tidore á los castellanos.

Viérnes, doce del mes de Octubre deste año, se levó la Capitana del puerto de Butuan, en la isla de Mindanao, y siguió la costa; mártes, diez y seis, se tomó la altura en seis grados y medio; hacian el camino del Sur, cuarta al Sueste. El que fuere curioso de derrotas y geografía, no repare en la que lleva la Capitana, y yo escribo, que en aquel tiempo por estas Islas navegaban á tino, y como son canales y hay muchos bajos de que huir, no hay que admirar si navegando al Poniente volvieren las proas al Oriente, que tal vez será menester, á causa de verse ensenados, mudar todos los rumbos de la aguja.

Miércoles, diez y siete, habiendo caminado por el mismo rumbo, se hallaron en cinco grados y medio. Juéves se descubrió la isla de Sandingar y otras islas, corriendo por la costa de Dapitan, islas de Sarangan y provincia de Caragas; toda esta tierra, desde Butuan hasta Caragas, donde por falta de sacerdotes perecian muchas almas, me encargó el obispo de Sugbu, gobernando yo la provincia de descalzos augustinos de Filipinas, el año de veinte, donde fundé algunos conventos, y se ha predicado la fe católica con tanto fruto que se han convertido y bautizado hasta hoy muy gran número de gentiles idólatras;

será este distrito y administracion de cien leguas de tierra, toda muy poblada. Hay en Caragas un presidio de infantería española, que por órden de aquel capitan D. Juan de Silva (de cuyas grandes hazañas y valerosos hechos se pueden hacer grandes corónicas en gloria de España y de este Imperio occidental, y terror de Holanda y naciones septentrionales), siendo Gobernador y Capitan general de todo este gran Archipiélago, edificó y plantó el general D. Juan Manuel de la Vega, natural de Zamora, hijo del oidor Manuel de la Vega, en la Real Chancillería de la nobilísima é invencible ciudad de Manila, contra las invasiones de los enemigos mindanaos, joloes, sanguiles y otros fronterizos que, como los moros de Berbería, captivaban cristianos y vendian á otras islas, de que en esta ciudad de Malaca este año de veintitres habia algunos que en Macasar se habian comprado, y yo, con el favor del Obispo della, D. Gonzalo de Silva, traté de su libertad y envié á Manila: y aunque parezca digresion ésta, sirviendo de descripcion en leyes históricas es permitido tal vez la anticipacion de casos particulares.

Llegó por su derrota la Capitana á cuatro grados de latitud septentrional, á veinte de Octubre, y descubrieron una isla que con la de Sarangan se corre Leste Oeste; arribaron sobre ella, y calmóles el viento, habiendo visto una legua de allí, á la banda del Norte, una tierra muy grande, cuya costa y cabos se corrian Norte Sur, cuarta de Nordeste Sudoeste; y habiendo velejado por más de diez leguas, no vieron su remate, y navegando de luengo della, no hallaron fondo para surgir; descubrieron luégo otra tierra que les pareció toda una, y tras ella un canal de media legua, con que la hallaron partida; córrese Norueste Sueste; pasáronle, y fueron con buen viento siguiendo su derrota.

Domingo, veintiuno de Octubre, se hallaron en tres grados y cuarenta minutos, y por lo que despues vieron, y el indio guía (que fué el de los rehenes de Mindanao) dijo, estaban de Terrenate cincuenta leguas. Lúnes, veintidos, surgieron en una isla que hallaron en tres grados, llamada Talao; surgieron en cuarenta brazas; es muy poblada; diéronles muchos mantenimien-

tos, puercos, cabras, gallinas, y cantidad de pescado; la gente era muy afable; agasajaron muy bien á los castellanos, y el rey della pidió al General ayuda contra otro rey enemigo suyo, con quien tenia continuas guerras, y quedándole algunos castellanos (decia) se prometia, no sólo la victoria, pero quebrarle para siempre el orgullo y que nunca más levantase cabeza. El general Martin Iñiguez, que era más cuerdo y mejor Capitan que Fernando Magallanes, que murió miserablemente por reñir pendencias agenas, viendo que no le podia resultar honra y provecho de arriesgar su gente, quebrantada con tan larga peregrinacion, y que no le corria obligacion de darle el favor que le pedia por razon del hospicio, por haber con algunos presentes pagado la posada y con rescates la comida, se excusó lo mejor que pudo, dándole esperanzas que si las cosas del Maluco le diesen lugar, seria posible enviarle algun socorro; con esto se despidió dél, y zarpando, dió vela á veintisiete. El lúnes siguiente descubrieron la isla de Gilolo, y tuvieron cuatro dias de calma, que no pudieron llegar á ella. Viérnes, á la noche, les dió un poco de tiempo Norte, con que prolongaron con el papahigo del trinquete la costa de Gilolo, y pasaron por entre ella y la isla de Rao; surgieron en Camafo, pueblo de Gilolo, pasando por diez ó doce isleos, que hace la boca del puerto, en cuarenta brazas, Domingo, cuatro de Noviembre. Acudió á la Capitana luégo una falúa del Gobernador de aquella villa, llamado Bubacar, puesto por el rey de Gilolo, y llevó en su compañía un esclavo portugués muy ladino; fué bien recibido del General, á quien sirvió con algunos regalos. Bubacar le contó cuánto habia pasado desde que Sebastian del Cano se despachó en Tidore, como habian llegado los portugueses y habian hecho una fortaleza en Terrenate, y dado cruel guerra al rey de Tidore por haber recibido los castellanos el año de veintiuno, y le habia destruido á Marieco, muerto con veneno al rey de Tidore Almanzor, y en medio de sus exéquias abrasádole la ciudad sin dejarle dar sepultura, quebrando, sin ocasion, las paces que con él tenia; y que habria cuarenta dias que habia sucedido, que aún en las montañas estaba retirado su hijo el rey

Rajamira. Lleno de dolor y desconsuelo díjole tambien como habiendo arribado Gonzalo Gomez de Espinosa con la nao cargada de clavo á Terrenate, se la habia tomado Antonio de Brito, echándose sobre toda la mercadería, y tomando la artillería, y echando á fondo el navío, envió preso al capitan Espinosa y otros castellanos; y añadió el Gobernador, que no sólo el ramalazo habia alcanzado al de Tidore, sino á los reyes de Gilolo y Bachan y á otros Sangajes y Cachiles (son como Duques y Condes) que habian jurado obediencia al rey de Castilla y admitido á los castellanos en sus puertos, diciendo que eran unos piratas y ladrones, que no llevaban órden de su Rey, sino que fingian las embajadas por cometer más á su salvo los latrocinios y robos á que eran inclinados, y que se guardasen dellos, porque tenian algunos galeones y fustas de armada, y que tuviesen por cierto que el rey de Gilolo, su señor, como quien habia jurado obediencia y vasallaje al rey de Castilla, los ampararia, y que para el rey de Tidore seria su llegada la mejor nueva que se le podia dar, por estar tan frescas las injurias que de los portugueses habian recebido. Mucho sintió el General la muerte del rey Almanzor, para quien llevaba cartas de la Majestad sacra del Emperador, nuestro señor: sintió la muerte violenta que con so color de piedad se le dió, y los agravios que á su real cadáver se hicieron, con todo lo demas, como fué el haber tomado el navío del capitan Espinosa: ofreció socorro á los tidores en caso que le hubiesen menester, y, sobre todo, no podia llevar á paciencia que así infamasen la Nacion castellana, de quien la portuguesa desciende, con renombres tan viles é infames: el general Zarquizano, y así por la obligacion que le corria por estar aquellos reyes debajo del amparo y proteccion del rey de Castilla, su señor, á quien habian jurado vasallaje y obediencia, y jurado asimesmo el general Juan Sebastian del Cano la proteccion y defensa de sus reinos y personas, ofrecia todo el favor que fuese menester. Cáeme muy en gracia que contando los historiadores portugueses todas estas cosas, así como aquí van escritas, diga un Diego de Couto, década 4.ª, lib. III, cap. III, fól. 45, colum-

na 4.ª, que los castellanos, llevados de la codicia, ofrecieron su favor á estos reyes, y porque no les llevasen dinero por las cosas que hubiesen menester: por estas palabras, dignas de tal autor: «Os castelhanos, usando de sua natureza, se lhes ofereçeraon pera ajudar o seu Rey contra os portugueses, lançando os seus despechos, prometendolhes de os cómeren todos assados. Com esto les deraon os da terra tudo o que habiaom mester, e naon lhes queriaon tomar dinheiro, porque ese seria o intento de suas promessas.» Juzgue ahora el lector si pudieron dejar los castellanos de ofrecer su favor á un Rey que por amor dellos y de ser leal al rey de Castilla estaba arruinado, demás de que defendian su capa y tierras de su Rey y de su demarcacion, defendian su opinion y honra, mostrando no ser ladrones ni piratas, pues ni Sebastian del Cano, fuera del presente, que para el Emperador habia recebido del rey Almanzor en retorno del que Su Majestad Cesárea le habia enviado, dejó de pagar todo cuanto tomó de las Malucas á satisfaccion de sus dueños, ni Zarquizano, áun con llegar necesitado de bastimentos á algunas islas, tomó nada que no pagase; sólo advierto al que le pareciere que cargo la mano á los portugueses, que lea los autores de aquella Nacion, y hallará la moderacion con que yo procedo, y mire si perdono á mi Nacion cuando merece reprension el sujeto, ó si dejo de alabar al portugués ó extranjero. Es un acto la historia de justicia que distribuye el autor, dando á cada uno lo que es suyo con igualdad de ánimo sereno y cándido, sin turbacion de aficiones particulares. Alabado es el santo rey David, de justo, bueno, y Capitan valiente en la Historia Sagrada, y reprendido en aquello que delinquió, como fué en el contar el pueblo, y cuando con Bersabé anduvo incasto y con Urias riguroso. Las Historias divinas son regla y método de cómo se han de escribir las humanas, de que no desdijeron los gentiles escritores que tuvo Roma, maestra de toda elocuencia.

Habiéndose despedido el gobernador Bubacar del general Zarquizano, que trató de prevenirse para cualquiera invasion, poniendo la artillería á punto y metiendo la guardia todas las

tardes para ejercitar á sus soldados, y repartiendo los puestos; envió gran refresco de tierra y un parao (embarcacion de remo: es ligera, como galeota ó fusta), bien esquipado, con un hijo suyo, para que el General enviase á dar cuenta de su llegada, como se lo habia pedido á los reyes de Gilolo y Tidore, para lo cual señaló al capitan Andrés de Urdaneta y á Alonso de Rios con otros cuatro castellanos; y habiendo recebido los despachos, se embarcaron; y llegando á un puerto, siete leguas de donde el rey de Gilolo estaba, surgieron en él, y avisó el hijo de Bubacar á Gilolo. El Rey les envió á dar la bienvenida, y para su seguridad diez paraos muy bien artillados, y apercebidos con buenos y lucidos soldados á cargo de un sobrino suyo, llamado Cachil Tidore, y él se quedó en su corte haciendo demostracion de la alegría que con la llegada de los castellanos habia recebido, con generales fiestas y luminarias. Llegaron á la presencia del Rey el capitan Urdaneta y los demas, que los recibió con muchos abrazos y muestras de singular amor; y habiéndole dado la carta del General, dijo que mejor le podian dar á él las gracias y parabienes de tan buena venida, pues era para bien de su reino y de Tidore que á los castellanos que fuesen mil veces bien venidos; luégo les contó lo que con los portugueses le habia pasado, y todo lo demas que el Gobernador de Camafo habia dicho; y habiéndole dado el pésame, y ofrecido sus vidas y honras á su servicio, pidióle el capitan Urdaneta licencia para irse á ver con el rey de Tidore. El de Gilolo le respondió que fuese Alonso de Rios con dos españoles, y los demas se quedasen con él, por si acaso se encontraban con portugueses y los cogiesen, hubiese quien volviese con las nuevas; dióle un parao ligero, y á la sorda llegó Rios á Tidore, y fué en busca del Rey, que retirado estaba con los suyos en la aspereza de una montaña, llorando la muerte de su padre y miseria suya, donde le avisaron como le iban á buscar tres castellanos; alborotáronse al principio creyendo que eran portugueses que les iban á espiar; pero llegaron y desengañáronse, siendo tanta el alegría de ver castellanos en su reino, cuanto ántes habia sido el dolor y pesar de sus miserias; el

recebimiento fué tan amoroso, cuanto su remedio deseado en su venida, y librado en la fé del amparo á que les obligaba el juramento. Asustados de regocijo el Rey y su ayo y Gobernador del reino no cesaban con abrazos y demostraciones á darles la bienvenida, diciendo el Rey que bien satisfecho estaba de que la obediencia y sujecion que al Emperador, rey de Castilla, su padre el rey Almanzor habia jurado era buena y segura y la gente y nacion muy diferente de como los portugueses se la habian pintado, pues venian de tan lejas tierras rodeando el mundo, en conformidad de lo capitulado, y con la ley inviolable del sagrado juramento firmado, á cumplir su fé y palabra; que él estaba presto á servir al rey de Castilla, á quien reconocia por señor, y por su servicio acabaria de arriesgar su reino, honra y vida, que ya habia puesto al tablero; que la Capitana fuese á surgir á su puerto; que ellos bajarian á reedificar su abrasada ciudad, y que hiciesen en ella fortaleza; que todos sus vasallos ayudarian con mucho gusto y voluntad á levantarla.

CAPÍTULO IX.

Reconoce el Capitan portugués el navío de los castellanos; requiérelos se salgan de las Malucas, y denúnciase la guerra.

Celebraron el rey de Tidore y la Reina madre y demas caballeros tidores, Cachiles y Sangajes, la llegada de los castellanos con tantas demostraciones exteriores, cuanto ántes habia sido el miserable aprieto á que les habia conducido su fortuna, y cuanto ántes se consideraban faltos de humano remedio, tanto ahora se prometian volver á su antigua potencia. Envió el Rey algunas galeras con dos Cachiles, deudos suyos, á dar la bienvenida al general Zarquizano, y ó ofrecerle su reino y conducirle al puerto, tratando de poblarse en la miserable ciudad, poco ántes alevemente destruida. Partieron las galeras, domingo once de Noviembre, y llegaron á Gilolo, donde Alonso de Rios dió cuenta al capitan Urdaneta de cuanto

en Tidore le habia pasado; y habiendo el rey de Gilolo entendido la determinacion del de Tidore, holgóse en extremo. Hospedó los Cachiles y demas caballeros tidores, haciendo grandes demostraciones del gusto que tenia en fiestas y banquetes públicos, y dando priesa el capitan Urdaneta por volver á su General para darle cuenta de lo que tanto deseaba saber. El rey de Gilolo envió en compañía de los Cachiles dos galeras y un sobrino suyo con ellas, llamado Cachil Tidore; pidió á Urdaneta se quedase con él, porque tenia por cierto que los portugueses, sabiendo que habia recogido los castellanos, vendrian á destruirle; quedóse el Capitan y sus compañeros, excepto Alonso de Rios que volvió en las galeras y dió al General cuenta de lo que en Gilolo y Tidore le habia pasado con aquellos reyes, y del estado en que se hallaban. Agasajó á los Cachiles Zarquizano, y regaló con cosas de Castilla, y viendo la voluntad con que enviaban por él aquellos reyes, especialmente el de Tidore, salió del puerto de Camafo, á quince de Noviembre, con viento Norte, y estando para doblar la Punta gorda de Gilolo les dió un viento contrario tan fuerte, que les obligó á volver atras, y aunque se tenian cuanto podian, las corrientes les hicieron descaecer, de suerte que no pudieron volver á tomar á Camafo. Rodearon la isla del Moro, que se corre Nordeste Sudueste, doce leguas, y de allí vuelve al Lesnordeste, y sigue la costa ocho leguas; de esta Punta vuelve la costa que se corre Norte Sur, cuarta del Nordeste Sudueste, cosa de seis leguas, hasta una punta donde hace la tierra una ensenada; allí surgieron y estuvieron algunos dias, hasta que el tiempo dió lugar.

El capitan D. García tuvo en Terrenate nuevas del navío castellano, y armando luégo una galera pequeña envió á reconocerle con Martin Correa y un portugués que sabia bien la lengua de la tierra, llamado Diego de Guerra; llegó á Camafo un dia despues que el general Zarquizano habia salido, y supo cómo navegaba nuestra nao la vuelta de Tidore; volvió la galera á Terrenate, y dió cuenta á D. García cómo habia llegado á Camafo un navío lleno de gente castellana, y que se habia levado para tomar el puerto de Tidore; al punto D. Gar-

cía aprestó dos navíos con setenta portugueses, y Cachil Daroes, gobernador de Terrenate, se juntó con ellos con doce galeras, y señaló por Capitan mayor de esta armada á Manuel Falcon, y habiendo ordenado lo que habian de hacer para pelear con los castellanos hasta tomarles el navío ó afondarle, dió la vela y fué á surgir detras de la Punta gorda de Gilolo, que era el paso por donde forzosamente habia de pasar el general Zarquizano; recogióse en una ensenada, encubriéndose con la Punta; desde allí el General envió en un parao un portugués con una carta que al general Zarquizano escribia, á fin de saber dónde estaba el navío de los castellanos, el cual, habiendo abonanzado el tiempo, salió de donde estaba surto, y llevando su derrota á la Punta gorda, les cargó otro tiempo que obligó á surgir en la isla del Rao, y las galeras se derrotaron y fueron á parar á Gilolo. El parao descubrió el navío, y como tenia el viento en popa, que á los nuestros habia sido contrario, llegó á él, ya surto, dió al General la carta de Don García, que iba sin firma, y, en suma, decia que habiendo tenido noticia de su llegada, condolido de los trabajos que habia padecido en tan largo viaje, le enviaba á ofrecer el puerto de Terrenate y Piloto que le guiase, por ser los canales de aquellas islas dificultosos; que hallaria en su fortaleza todo regalo y buen despacho. El General le respondió agradeciéndole la merced que le ofrecia y el cuidado que tenia de mirar por su salud; que quien habia vencido las dificultades del intrincado Estrecho de Magallanes y canales del Archipiélago, acertaria con el puerto; que él llevaba Pilotos prácticos y diestros que con seguridad le pondrian en él; con esto cerró la carta, y no firmó, por corresponder con la que le enviaron sin firma, cuya intencion entendió bien el General; y despedido el portugués, mandó aprestar la artillería y sacar algunas piezas que venian en el lastre, y encabalgarlas; mandó de nuevo alistar las armas y zafar la plaza de armas del navío y ponerse á la órden. Los Cachiles de Tidore iban embarcados con el General, que habian dejado sus galeras; admirábanse del cuidado y prevencion de los castellanos, el órden de meter la guardia, y la puntua-

lidad de sus centinelas y rondas. En esto pareció otro parao (que como la armada portuguesa estaba cerca, pudo despachar segunda vez el Capitan mayor, Manuel Falcon, con las nuevas que el que llevaba la carta le dió) é iba en él el Oidor de Terrenate (oficio que corresponde á Corregidor en Castilla) y el escribano de la Factoría, Fernando de Baldaya. Envióles el Capitan, á título de ciertos requerimientos, á que viese el navío y la gente que traia, qué defensa y disposicion y cómo venian apercebidos: ardid de buen Capitan, por cierto; llegó al galeon, que estaba bien apercebido, porque el General, como Capitan viejo y experimentado, y como quien alcanzaba los ardides del portugués, hizo que le recibiesen los soldados con gran ostentacion de salva, que armados estaban sobre la cubierta; subió el Oidor, y admiróse de ver tanta y tan lucida gente, tan bien apercebida y armada, y habiendo pasado grandes cortesías entre el Oidor y el General, el portugués le pidió licencia para leerle ciertos requerimientos, que oyó con gran serenidad el General: requeríale D. García que, por cuanto aquellas Islas eran del Serenísimo rey de Portugal, se fuese á la fortaleza de Terrenate, donde se le haria todo buen tratamiento y regalo, y de no querer ir, que se saliese luégo dellas sin rescatar clavo alguno, y se volviese á la Nueva España en paz ó pasase á la India, y de allí á Castilla; donde nó, que le protestaba cualesquiera daños y menoscabos que de no querer salir de los dichos términos se recresciesen. El General respondió con mucha cortesía que él habia llegado allí por órden del Emperador, su señor, cuyas eran aquellas Islas por haberlas descubierto Juan Sebastian del Cano, que en compañía de Fernando de Magallanes, su vasallo, habian descubierto el Estrecho, por donde navegaron á ellas, y que caian en los términos y límites de la demarcacion de Castilla, por quien se tomó la posesion el año de veintiuno, dando la obediencia y prestando vasallaje á Su Majestad Cesárea los Reyes de ellas, sin que en todas ellas hubiese parecido portugués alguno; y así por la anterioridad de la posesion legítima, como por caer dentro de la línea de la demarcacion de Castilla eran del Rey, su señor; que por tanto

requeria al capitan D. García se volviese á la India y le dejase libre las islas Malucas, pues no tenia accion ninguna Portugal á ellas, como en Elbas y Badajoz se habia mostrado á los procuradores de su Rey, haciendo evidencia de que caian en la parte de Castilla con muchas leguas, y que le rogaba lo hiciese así, y no fuese ocasion de que dos Reyes tan poderosos como eran el de Castilla y Portugal, tan unidos en parentesco y amistad, quebrasen la que tenian entre sí, y que de cualquiera movimiento en contrario le protestaba todos los daños que sucediesen. Acabados los protestos, regaló al Oidor y á Fernando de Baldaya el General con mucha largueza y cortesía, dándoles algunas cosas de Castilla, con que se despidieron, y obligado Baldaya al General, habiendo bajado el Oidor á su parao, despidiéndose dél le dijo cómo detras de una punta que desde allí le señaló estaba aguardándole la armada de D. García para pelear con él, con órden de no volver á Terrenate sin llevar aquel navío ó echarle á pique; con esto se despidió, y llegaron á su armada, donde encarecieron al capitan Manuel Falcon lo que habian visto, diciendo que los castellanos eran más de trescientos, siendo así que no llegaban á ciento veinte, y el navío era grande y fuerte y lleno de gruesa artillería de bronce, la gente bien dispuesta y con gana de menear las manos. No se holgó con las nuevas que le daban el Capitan, porque quisiera que el navío viniera ménos prevenido para rendirle. El general Zarquizano, luégo, el dia siguiente, que era domingo, veintitres de Noviembre, saltó en tierra, donde se dijo misa y confesaron los trabajados castellanos, y habiéndolos juntado les propuso (para saber lo que habia en ellos) el fin de su jornada, la justificacion del rey de Castilla en la pretension de las Islas, lo que los portugueses habian hecho en ellas desde que Antonio de Brito hizo en Terrenate fortaleza; cómo trataron á los castellanos de la nao de Gonzalo Gomez de Espinosa; que dijesen libremente lo que sentian en órden á la guerra que se les aparejaba. Respondieron todos unánimes que hiciese lo que conviniese al servicio del Rey y honra de su Nacion castellana; que todos estaban prestos de dar su vida en empresa tan

justificada, y no se les hacia de nuevo, pues desde Castilla sabian que habian de defender la accion de aquellas Islas contra cualesquiera personas que les quisiesen perturbar el trato y comercio dellas, de que ya traian larga noticia, especialmente de que los portugueses las habian ocupado, á título de caer en los límites de Portugal; y que aunque en las fuerzas eran inferiores, así de gente como de navíos y artillería, se procurase ser superiores en caso que los portugueses moviesen la guerra tomándoles navíos y artillería y lo demas con que acometiesen; y pues Su Majestad Cesárea les fiaba tan grande empresa, y sus católicas columnas habian sido plantadas en aquellas Islas con la letra del *Plus Ultra,* hiciesen de suerte que quedasen perpetuas y fijas, ya que pasarlas adelante les era vedado, por no entrar en ajenos límites y adjudicadas jurisdicciones por la particion de la Santa Sede.

CAPÍTULO X.

Encuentra la Capitana la armada portuguesa; pasa á Tidore, y surge en el puerto.

Mucho se holgó el general Martin Iñiguez de Zarquizano de la buena resolucion que halló en sus soldados, y los bríos que mostraban despues de haber pasado tantos trabajos en tan prolija y peregrina navegacion; alabóles la respuesta y engrandeció sus buenos deseos, ofreciéndose á gratificarlos en cuanto le fuese posible, certificándoles tendrian el premio seguro de lo que trabajasen en el César, por cuyo servicio y amor habian pasado tan largos trabajos, y de nuevo se exponian á pasarlos mayores.

Estando surtos en esta Isla, avisaron, algunos celosos del bien comun, al General de cierto motin que Francisco de Soto, Contador mayor de la armada, movia, induciendo á algunos soldados para que se levantasen con el galeon y diesen muerte al General para quedar con el gobierno, y de no salir con este

intento, entregarse á los portugueses. Prendióle Zarquizano y procedió contra él, y entendiéndose que le queria sentenciar á degollar, rogáronle le perdonase é hiciese merced de la vida casi toda la gente del navío, que por darles gusto y no dar muestras de riguroso se contentó con privarle del oficio de Contador mayor, que le proveyó en Fernando de Bustamante, que al presente era Contador de la nao Capitana, y este oficio proveyó en el capitan Andrés de Urdaneta.

Viérnes, á veintiocho de Diciembre, se levó la Capitana de este puerto la vuelta del de Tidore, y por haber poco viento, estuvieron pairando todo aquel dia, y habiéndoles el sábado entrado alguno, se hicieron la vuelta de la mar y doblaron el cabo de Gilolo; la armada portuguesa, que estaba surta al socaire dél, en descubriendo la nao se levó; era, como hemos dicho, de dos galeones y doce galeras que Cachil Daroes, gobernador de Terrenate, llevaba á su cargo; engrosóse esta armada el tiempo que surta estuvo en el cabo de Gilolo, y llegó á tener ochenta galeras y unas barcazas grandes con mucha artillería; siguieron la Capitana castellana, la cual se fué engolfando para que las galeras no fuesen de provecho, por estar picada la mar de un viento recio; seguia á la Capitana una galera de Tidore, y como no pudiese navegar tanto como ella, quedábase atras; Cachil Daroes, como la vió apartada de la Capitana, arribó sobre ella con una escuadra de galeras. El general Zarquizano, aunque se iba apartando de la armada portuguesa, pareciéndole que la galera de Tidore corria riesgo, y que tenia obligacion á socorrerla, aunque con tanto riesgo suyo, así porque sólo fué aquella galera para guiarle al puerto, como por la reputacion que perderia de no defenderla en aquellas naciones, que tan á la vista estaban de las acciones castellanas, tomó las velas y aguardóla de mar en través, y habiendo la galera alcanzádola, se la dió un cabo por popa y volvió á largar las velas la Capitana. La armada portuguesa se detuvo viendo la determinacion del General castellano, pareciéndole que navío que se atrevió á aguardar (dándole caza tal armada) una sola galera que traia, debia de estar bien puesto y la gente dél con

buena determinacion. La nao iba muy bien artillada con mucha y buena artillería de bronce; tenia muchos y buenos mosquetes, lanzas, dardos y medias picas, y, sobre todo, cien hombres lucidos y briosos, y con deseo de atropellar cuanto por delante encontrasen. La Capitana pasó por delante de la armada sin que en ella se hiciese señal de acometer. Los Cachiles de Tidore que con el General iban en el galeon, viendo con la gallardía y ánimo que un solo navío pasaba cerca de tantos que á sólo pelear con él habian salido, estaban atónitos, y casi no creian lo que veian; y más viéndole tan embarazado con una galera por la popa de remolque. El Capitan Manuel Falcon no siguió más la nao; ántes fué á Camafo y dió sobre el pueblo, que habia dado puerto á Zarquizano, y habiéndole desamparado la gente, le abrasó en castigo de haber hospedado los castellanos. La Capitana amaneció, lúnes, treinta y uno de Diciembre, á vista de Terrenate; aquí llegaron á la Capitana muchos barcos de Tidore con muchos regalos, y dieron noticia al Capitan de un navío que estaba en el puerto de Talangame, en la isla de Terrenate, cargado de clavo, de los portugueses, que fuesen á tomarle porque no tenia resistencia. El General propuso á los Capitanes si irian sobre él, y se resolvieron en que pues los portugueses no habian movido las armas contra ellos, lo dejasen porque no tuviesen ocasion de decir no habia comenzado por ellos la guerra, sino por los castellanos; siguió la Capitana su navegacion, y entró con grande fiesta y regocijo de propios y naturales en el puerto de Tidore.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Recibe el rey de Tidore á los castellanos; reedifícase la ciudad, y el General se fortifica.

Mártes, á primero dia de Enero de este año de mil quinientos veintisiete, habiendo ancorado la Capitana de Castilla en el puerto de Tidore con grandes salvas de artillería, delante de la miserable ciudad, poco ántes destruida por los portugueses, el rey Rajamira de Tidore salió en una falúa en compañía del gobernador del reino, Cachil Rade, y otros Cachiles y señores, y llegó á la Capitana; y habiendo sido recibido con salva real, y de los castellanos especialmente, del General, que era muy cortesano y persona muy entendida, con mucho respeto y fiesta; y habiendo pasado muchos cumplimientos por parte del Rey y Cachiles, el gobernador Cachil Rade, en nombre de su Rey (tendria Rajamira doce años en esta ocasion), le dió la bienvenida con lágrimas en los ojos, así él como los demas Cachiles, de gozo, considerando la miseria á que aquel reino, que tan florido estaba con victorias y engrandecido entre los reinos circunvecinos ántes, habia llegado; el General dió cuenta al Rey de su venida, y cómo la Majestad Católica y Cesárea del emperador Cárlos Quinto Máximo, y el mayor y más poderoso Rey del Universo le enviaba á aquellas Islas, en conformidad de lo que en su Real nombre el general Juan Sebastian del Cano habia capitulado con el rey Almanzor, su padre, seis años ántes, y que aunque habian salido de España siete navíos con mucha y muy lucida gente para el efecto dicho, tormentas los habian derrotado, y sólo la Capitana habia llegado sin te-

ner nuevas algunas dellos, y que aunque tenian órden de seguir su viaje hasta llegar á Maluco, no sabia si llegarian; que él con toda su gente estaban allí á su servicio para defenderles de sus enemigos; que el Emperador les enviaba á continuar el trato del clavo, con órden de levantar una fortaleza en aquella ciudad para la seguridad del comercio y defender el reino de Tidore y demas confederados de cualesquiera invasiones de enemigos; y que en la ocasion presente estaba aparejado de defenderla y ayudarle con su persona, gente y artillería, y con todo lo demas que tenia; que habia sentido mucho la muerte del Rey, su padre, y el modo tan villano que en dársela tuvieron sus enemigos, y la ciudad abrasada le causaba gran compasion; pero que como las cosas pasadas ya no tenian remedio, era tiempo perdido el que se gastase en renovar sentimientos; que Su Alteza la mandase luégo reedificar, y se tratase de restituir su córte y reino al antiguo lustre y felicidad que ántes habia tenido. Cachil Rade respondió por el niño Rey, dándole las gracias del sentimiento que mostraba tener de las miserias de aquel reino y del ofrecimiento que al Rey hacia, que era muy conforme á la nobleza de la Nacion castellana, pues de la confederacion que con ella celebró con solemnidad de juramento Almanzor, rey de Tidore, se le habia seguido la destruicion de aquel estado y ruina de su antigua felicidad, no habiendo tomado otra ocasion que haberse dado el Rey muerto por vasallo del rey de Castilla, en cuya obediencia y amistad estarian siempre, aunque por ello el Rey arriesgase su corona, por la obligacion que le corria del Rey, su padre, y por habérselo encargado así á la hora de su muerte, y que todos los Cachiles, señores y demas vasallos de Rajamira no saldrian un punto de su voluntad, ántes mostraban tenerla muy grande en que las amistades de tidores y castellanos fuesen sólidas y perpetuas, y estaban prestos y aparejados de morir en servicio de los reyes de Castilla y Tidore, sus señores, y que pues su merced era Capitan del rey de Castilla, y el rey de Tidore de doce años, y tan niño que no podia entender lo que le convenia, su merced ordenase y mandase lo que se debia hacer, que

todos le obedecerian con mucho gusto, y que él era Gobernado, tutor del Rey niño, y estaria á su órden para ejecutar todo lo que le mandase. El General le rindió las gracias y aceptó lo que se le ofrecia, y para mayor firmeza les pedia se jurasen los capítulos que con Sebastian del Cano se habian asentado, y de nuevo lo que le pedian. El Rey vino en ello con mucho gusto, y trató de volverse; fuéle acompañando el General y alguna gente principal de la nao. En tierra le regaló y dió un solemne banquete, y el dia siguiente se celebró el juramento, en conformidad de lo que se habia tratado, poniendo el Rey las manos sobre el Alcoran de Mahoma, y los demas Cachiles y Sangajes, por el consiguiente, y despues el general Martin Iñiguez de Zarquizano hizo el mismo juramento sobre un misal; con que de nuevo estas dos naciones quedaron confederadas y tan ligadas en buena y firme amistad, que hasta el dia de hoy dura inviolable, con haber habido grandes ocasiones, tras las cuales pudieran haber corrido estos moros, siguiendo las materias de estado, que á otros Príncipes obligara la ley de viva quien vence, como mostrará esta Historia, en que he querido desde aquí llevar advertido al lector para que sirva de confusion á muchos Príncipes de mayores obligaciones la fidelidad de un reino mahometano, y de una gente que por la ley que profesa ó por otra alguna causa oculta, connatural á los de esta maldita seta, es impía, nefaria, traidora y sin palabra, como en los moros y turcos experimentamos cada dia.

Luégo el General dió órden de levantar el pueblo arruinado y reedificar la destruida ciudad, en que á la sombra de los castellanos comenzaron á entender los tidores, que á millares bajaban de las montañas, y todos trabajaban en las obras comunes con el gusto que si fueran propias; especialmente pusieron lo primero mano en las murallas aportilladas, que eran de piedra y tierra. Por otra parte, el general Zarquizano comenzó á levantar un baluarte de madera, piedra y tierra movediza, capaz de la gente y municiones que traia, y fácil de defender, en que se dieron tanta priesa los castellanos, ayudados de algunos tidores y del ejemplo de su General, que era el primero

que comenzaba á trabajar y el último que le dejaba de la mano, que el juéves siguiente, á tres de Enero, plantaron en él alguna artillería gruesa de bronce y de hierro colado, y el General puso en él por su Teniente para su defensa, con cuarenta soldados, al capitan Hernando de la Torre, y él con la demas gente se retiró al galeon para aguardar la armada portuguesa, que se temia volviese sobre la Capitana. Habia del galeon Capitana al baluarte ciento y cincuenta pasos, donde la tierra hacia una punta que componia el puerto, y detras della estaba el navío surto. En esta punta se hizo otro baluarte pequeño, donde se plantaron un pasamuro y una pieza de artillería á cargo de cuatro hombres solos, que bastaban á defenderle; en la parte contraria, al fin de la ciudad, se formó un bestion, y pusieron en él otro pasamuro y otra pieza gruesa de bronce; con esto, y haber enviado espías á Terrenate, que trujeron por nueva que el portugués armaba contra Tidore, se velaban los castellanos de dia y de noche, habiendo desembarcado las municiones y demas cosas que traia la Capitana, y dejádola boyante y zafa para poder pelear.

CAPÍTULO II.

Llega á Tidore la armada portuguesa; pelea con nuestra Capitana y retírase.

Habiendo el capitan Manuel Falcon con su armada abrasado el pueblo de Camafo, dió la vuelta á Terrenate, donde Don García le aguardaba con la presa, que tuvo por cierta, de la nao rendida y los castellanos presos, que para llevarlos así llevaba expresa órden de D. García, Manuel Falcon, como dice el cronista Diego de Couto. Llegó la armada portuguesa á Terrenate y dió poco gusto á D. García, que Manuel Falcon no hubiese peleado con el galeon castellano, habiendo tenido tan buena ocasion. Juntó su Consejo de los antiguos y experimentados hombres que tenia, entrando á las vueltas otros mozos

que estaban en aquella fortaleza ocupados en oficios. Propúsoles la venida de los castellanos á ocupar las islas que eran del rey de Portugal, y la órden expresa que tenia de si volviesen á ellas, por bien ó mal, hacer que las dejasen; y que atento á que se fortificaban en Tidore, ántes que se arraigasen más, habia determinado que aquella armada fuese á quemar la nao, y batir las fortificaciones que hacian y llevar presos los castellanos para remitirlos en prisiones á la India. Los hombres más ancianos y que consideraban la dificultad del negocio que D. García emprendia, y que los castellanos eran malos de rendir y peores para dejarse prender, le aconsejaron dejase aquel acometimiento, y tratase por bien lo que al servicio de la corona de Portugal mejor estuviese, y que en caso que no se allanasen los castellanos aguardase la gente que de socorro le habia de llegar de Malaca, pues al presente tenia poca, y, en fin, ménos de la que habia menester contra tan poderosos enemigos y que estaban tan fortificados; y que si de la poca gente que tenia perdia alguna, ponia á riesgo de que se perdiese aquella fortaleza, que tan falta estaba de todo, especialmente si se ayudasen los castellanos de la gente de la tierra, lo cual prudentemente se podia presumir, estando tan escandalizados de algunas cosas que habian pasado y tan resentidos dellos. Otros decian, y estos eran mozos á quien hervía la sangre, sin más consideracion que su gusto, como pondera muy bien Francisco de Andrada, cronista mayor de Portugal; decian que no era bien que los portugueses sufriesen demasías de castellanos, las cuales, si no castigasen y humillasen su soberbia, la vendrian despues á tomar mayor y serian peores de castigar, por lo cual cumplia mucho al estado del rey de Portugal, y al honor, crédito y reputacion de los portugueses, irles á acometer y mostrarlos la poca cuenta en que los tenian, y poco caso que de ellos hacian, dijeron, y el capitan D. García, aprobando el parecer destos y reprobando el primero, como deseaba la guerra, determinó reforzar la armada y que fuese á Tidore á destruir á fuego y sangre castellanos y tidores; escogiéronse cien portugueses, los mejores de aquella fortaleza, y miéntras salia Manuel Falcon

con la armada que tenia á su cargo, envió D. García á reconocer la fortificacion de los castellanos á Fernando de Baldaya, escribano de la Factoría de Terrenate con otros portugueses (habria cuatro leguas de una fortaleza á otra), con título de que hiciese nuevos requerimientos al General. Llegó Baldaya al galeon Capitana, y habiendo precedido algunas cortesías, requirióle lo que ántes, é hizo sus protestos desmandándose algo en razones, así él como los portugueses que le acompañaban, poniendo culpa en el General, con quien hablaban, de haber enviado al capitan D. García una carta sin firma; y diciéndoles el General que él respondia como le escribian, le respondieron, que si la carta de D. García no llevaba firma, fué descuido. Zarquizano les dijo: si vuestro capitan D. García dejó de firmar por descuido, ¿á qué decís que le obligó la priesa de enviar aquel despacho? yo, ni por descuido ni priesa dejé de firmar, sino por merecerlo así la carta; vuestro Capitan hizo mal, porque un fidalgo como debe de ser, habia de mirar cómo escribia á un Capitan de la Majestad Cesárea, y así os ruego, señor Escribano, que no me vengais con más notificaciones, porque os responderé de otra manera, cuanto y más que el fin de vuestra venida tengo comprendido, supuesto que tengo conocida la intencion de vuestro Capitan, que echó sobre mí la armada de que tan poco caso hice, y fuera lo mismo cuando llegara á pelear conmigo: decidle, que si me quiere de paz me hallará, como no sea pidiéndome cosa en deservicio de mi Rey y Señor, ni en detrimento de mi honra y reputacion; y si de guerra, tambien; que mire lo que le está mejor, y pese los inconvenientes que della se pueden seguir, especialmente entre los reyes de Castilla y Portugal, tan unidos en parentesco. Dijo, y Fernando de Baldaya se despidió y fué á Terrenate, y el General puso mayor vigilancia en sus baluartes, asistiendo con su persona en el galeon Capitana, que daba mucho cuidado, porque hacia mucha agua, y, aunque se habia procurado remediar, nunca se pudo estancar, por venir abierta desde el Estrecho, y la roda y codaste quebrados.

Manuel Falcon salió con toda la armada que llevó á Camafo,

y más unas barcazas para llevar artillería y con ellas batir el baluarte; en una dellas llevaban un camello grande que arrojaba muchas libras de balas; llevaba una manta ó bestion para resistir las balas que le tirasen; llevaba tambien un calaluz (género es de barca ó batel fuerte) y en él otro camello. Llegó á doblar la punta de Tidore, un viérnes, diez y ocho de Enero, á las dos de la noche; y Manuel Falcon se fué metiendo con su galeon y barcazas, entre la Punta hácia el nuestro, pareciéndole que no serian sentidos y que la nao, por ser de noche, estaria indefensa: descubriólos nuestra centinela, y avisando al General se pusieron en arma, el cual mandó que no se disparase hasta que él lo mandase y que se matasen las luces, dejando solos los botafuegos, y no hubiese rumor. Las navíos se iban llegando, y cuando al General le pareció que estaban á tiro mandó dar fuego á las piezas de un costado del galeon, que haciendo buena puntería los artilleros no perdieron bala, cosa que desatinó á los portugueses, que como no habian oido rumor en la Capitana, ni visto luz alguna, entendieron hallar dormidos los castellanos. El galeon de Manuel Falcon, habiendo recebido mucho daño, respondió con su artillería, haciendo lo mismo las barcazas, y una pelota dió en el costado de la Capitana; bajaron con una candela á remediarle con una plancha, y viendo la luz un artillero portugués, apuntó á la luz, é hizo tan buena puntería que metió la bala por la batería y mató un hombre: no estaba ocioso el baluarte de la Punta, que con el pasamuro hacia mucho daño en la armada portuguesa, que viendo la multitud de balas que de la Capitana y baluartes metian en su armada, se retiró y salió algo á la mar, desde donde cañoneaba el navío Capitana; pero como ella tuviese mejor artillería alcanzaba mejor y no perdia bala que no metiese en la armada, y érala muy fácil por tirar á mayor terrero. Una barcaza disparó un camello y reventó la pieza, que mató algunos que se hallaron más cerca; retiróse, y á fuerza de remos volvió á Terrenate, y habiendo tomado otro camello, volvió al lugar del combate. Viendo Manuel Falcon que perdia gente y que no hacian tiro de consideracion, retiróse detras de la Punta para volver de

dia á pelear los castellanos; mas apénas habia salido el sol, cuando volvió á la batalla Manuel Falcon, y comenzó de nuevo el combate que duró muy recio hasta medio dia, que se volvió á retirar detras de la Punta la armada de Terrenate. El Capitan Hernando de la Torre presumió que el haberse retirado seria para echar gente por tierra, y al descuido dar en el baluarte y con la armada en la Capitana; envió una tropa de quince castellanos y doscientos soldados tidores para que emboscados impidiesen el saltar en tierra los portugueses y terrenates; fué la tropa caminando por el monte, y cuando llegaron al puesto, hallaron que se habia desembarcado mucha gente y se iban desembarcando más; salió á ellos la emboscada disparando los castellanos y acometiendo los tidores, pusiéronse en defensa como pudieron: la armada no se atrevia á disparar su artillería por no matar su gente, y como apretasen los castellanos y tidores á los que se defendian, volvieron las espaldas dejando muertos dos portugueses y algunos terrenates, siguiéronlos y ellos se salvaron echándose á nado, hasta que los bateles los tomaron. Levóse luégo la armada para volver á batir la nao y los baluartes, porque D. García habia ya enviado otro camello por el que habia reventado. Serian las tres de la tarde cuando comenzaron de nuevo la tercera batería, pero con tanta ventaja de los baluartes y galeon Capitana, que fué forzada la armada portuguesa á ciar algun tanto atras, donde volvió á disparar, pero no alcanzaba su artillería, y las balas de la nuestra hacian mucha batería en la armada, con que se retiró tercera vez detras de la Punta, sin atreverse nadie á saltar en tierra por la emboscada que allí tenia Hernando de la Torre. Manuel Falcon despachó á Terrenate por pólvora y balas por habérselé acabado la municion, y viendo D. García el poco efecto que sus galeones hacian, parecióle que con su presencia se concluiria aquella guerra; fué en una galera y llevó mucha municion, y habiéndose hecho nuevos reparos en las galeras y barcazas, acometió la Capitana y baluarte llevando muchas banderas bermejas; especialmente llevaba el navío de D. García una en la punta del bauprés que tocaba en el agua, llega-

ban publicando guerra y sangre como pudieran hacer los más crueles enemigos del mundo. Lo que aquí debe admirar es que dos pueblos, dos gentes tan vecinas, mal digo, un pueblo, unos españoles mismos, una sangre, pues no hubo más division que desmembrar la provincia de Portugal de Castilla, el rey D. Alfonso el sexto, á quien llamaron Emperador, y dársela en dote á su hija bastarda Doña Teresa, con título de Conde de Portugal, así de lo conquistado de los moros como de lo que se conquistase á D. Enrico, su yerno, con cierto reconocimiento á la corona de Castilla, y lo que más es, unos en una fe y un bautismo, y los reyes de Castilla y Portugal, especialmente el Emperador, nuestro señor, y D. Juan el tercero, tan ligados con vínculo de parentesco y amistad, tuviesen entre sí en en estas islas guerras tan crueles. D. García Enriquez acometió con su armada el galeon castellano y baluarte principal, un sábado, diez y nueve de Enero, cañoneándose fuertemente, recibiendo más daño la armada portuguesa que el baluarte y galeon; duró este combate y teson hasta medio dia, que viendo D. García que los castellanos le cañoneaban de cuatro puestos, con alguna gente ménos y muchos heridos se retiró con poco daño de los que se defendian, y se volvió con harta confusion á la fortaleza, de que no disgustó Manuel Falcon á quien se habia cometido aquella batería. Murieron de los portugueses algunos, de los terrenates muchos, de los castellanos dos solos y ningun tidore. Quedaron en esta ocasion las armas de Castilla en gran reputacion, y el rey de Tidore muy ufano y tan alegre cuanto temeroso ántes, viendo sobre sí tan gran armada. La justificacion desta guerra dejo al buen juicio y discurso de el prudente lector, sólo digo lo que aquel Judas Macabeo, que entre los nueve de la fama es el tercero, que Dios no mira para favorecer á un Rey al ejército que lleva, sino á la causa que sigue, que para que siempre fuese justificada se mandaba en el libro de los Números que los sacerdotes tocasen las trompetas con que se denunciaba la guerra; y, á la verdad, como dice San Bernardo, siendo la causa justa el suceso ha de ser bueno, sentencia que tomó el santo de aquel sagrado doctor de la

Iglesia que todo lo supo: da la victoria Dios al que tiene justicia. El General dió gracias á Dios por el buen suceso, y despues á los valientes soldados que tanto y tan bien habian peleado. El rey de Gilolo, con los castellanos envió un Cachil á darle el parabien de tan gran victoria y mucho refresco y bastimento para sus soldados. Los tidores la celebraron con grandes fiestas y borracheras, á su usanza, con que cobraron nuevos bríos y resucitaron aquellos sus corazones belicosos, hasta entónces muertos y quebrantados con las rotas y desgracias pasadas. La ciudad se fué reedificando y en breve quedó en estado que no parecia haber pasado por ella el rigor de la fortuna, que pocos dias ántes la habia convertido en ceniza. Armaron navíos y galeras, y la antigua milicia y valor volvió á su primer estado.

CAPÍTULO III.

Toman los castellanos dos barcos cargados de clavo; fabrican un navío; el capitan Andrés de Urdaneta destruye un pueblo de terrenates.

Las espías de tidores que andaban por la mar dieron noticia al general Zarquizano de que dos grandes barcas cargadas de clavo atravesaban de la isla de Motiel, distante cinco leguas de Tidore á Terrenate; armó tres paraos con soldados tidores, y en cada uno puso cuatro mosqueteros castellanos, y á toda diligencia, enmarándose, tomaron el paso á las barcas; y habiéndolas descubierto las dieron caza. Requirió á los portugueses el cabo de la gente que se rindiesen y se les concederia libertad, porque sólo querian el clavo, que era del rey de Castilla. Los portugueses respondieron con unas piezas de artillería pequeñas, falconetes y versos que para su defensa llevaban, con que se trabó la guerra; pelearon los unos y los otros con coraje, abordaron y fueron entrados los portugueses y degollados seis que llevaba cada barca y cada veintidos indios, sin que lo pudiesen remediar los castellanos, porque así los tidores como

terrenates son crueles en sus guerras, á nadie toman á vida, y en la ocasion proceden como hombres fuera de sí, á todos cortaron la cabeza, que es su estilo llevarlas colgadas en los paraos ó galeras y entrar en sus pueblos triunfando con ellas, á quien el concurso sale á recebir, especialmente las mujeres y doncellas en corros con grandes músicas y bailes que les festejan la victoria, de suerte que tanta gloria vana les obliga á que sean valientes, como, por el contrario, si vuelven vencidos, entran llenos de confusion y vergüenza. Tomaron las barcas y dos esclavos vivos que del rigor de los campilanes ó alfanjes habian librado los castellanos. Llegaron á Tidore con grandes sartas de cabezas y sobra de fiestas y algazara, y fueron recebidos con grande aplauso y música; el General reprendió la fiereza de los tidores, y dijo á Cachil Rade, gobernador de Terrenate, que si entendiera habian de hacer tan mala guerra, no les hubiera dado soldados castellanos que no acostumbran á manchar sus espadas en la sangre fria de los rendidos. Respondióle el Gobernador que aquella era su usanza, y que nadie se rendia sino que peleaban hasta morir, y despues les cortaban las cabezas en señal de vencimiento, y que, de no traerlas, ni las mujeres á sus maridos, ni las hijas á sus padres recibirian en su casa. Tomó el General las cabezas de los portugueses y las dió sepultura con mucha honra, diciendo ser dignos de otra mayor los que tan bien pelearon. El clavo, que eran doscientos y cincuenta quintales, tomó para el Rey pagando á los indios la cantidad que le pareció era del capitan D. García, que despues cuando supo la desgracia bramaba de coraje y amenazaba á los castellanos diciendo que no habia de tomar ninguno á vida.

El rey de Gilolo temia que los portugueses diesen sobre él y tener la guerra sobre sí; envió muchos mantenimientos al campo castellano y cierta cantidad de una moneda de cobre que corre en Gilolo y Tidore, para el gasto de los soldados (llaman á esta moneda *pipi)*, y envióle á rogar que le enviase treinta escopeteros y alguna artillería, porque tenia por cierto habian de ir los portugueses sobre él con mucho poder, que así

lo habia entendido de sus espías, y que Cachil Daroes juntaba muchas galeras para destruirle. Considerando el General el peligro del Rey, y cuán bien le estaba tenerle obligado para conservar su amistad, que por ser de los más poderosos de Maluco, en todo tiempo podria ser de gran importancia, demás de que le tenia obligado con mucha cantidad de bastimentos que enviaba á Tidore, determinó enviarle veinte castellanos; para esto señaló á su sobrino Martin García Zarquizano, que escogió la gente y llevó un pasamuro y una bombarda gruesa, dos falconetes y algunos versos que se tomaron en los barcos del clavo, y envióle á rogar le enviase carpinteros, madera y tablazon, porque determinaba hacer un galeon, porque el que tenia estaba muy mal tratado y hacia mucha agua, y con la mucha artillería que habia disparado cuando peleó con la armada de Terrenate se habia abierto y determinaba quemarle y aprovecharse de la pernería y clavazon que tenia. Fué bien recibido del rey de Gilolo Martin Iñiguez, que luégo puso en defensa la ciudad para cualquiera invasion que los portugueses intentaren. El Rey, que se llamaba Sultan Adulrranjami, envió los carpinteros y todo lo demas que el general Zarquizano habia enviado á pedir, con que se puso en astillero en Tidore un navío de mediano porte, á quien daba el galibo un marinero levantisco que entendia algo de fábrica de naos; y por cuanto llegó una nueva que se habian visto dos navíos de alto bordo hácia Camafo, pareciéndole al General que serian de su armada y que habrian como él aportado á aquellas islas, mandó al capitan Andrés de Urdaneta, que con tres paraos bien armados y veinte castellanos los fuese á buscar con algunos soldados tidores. El gobernador Cachil Rade despachó con estos tres paraos algunos que pudo juntar y trescientos indios de guerra. Con esta armada salió Urdaneta de Tidore, á cinco de Febrero, y por aquellas islas fué tomando lengua de los navíos que decian habian parecido, y no hallando nuevas bojeó muchas islas en busca dellos, en que se detuvo más de veinte dias, y como le faltasen bastimentos, arribó á un pueblo de una isla llamada Guazca, cuyos moradores eran vasallos del rey de Ter-

renate y confederados de los portugueses. El capitan Urdaneta les envió á decir que le diesen por sus dineros bastimentos, pero como los indios conocieron los paraos, conocieron ser de tidores enemigos suyos, y respondieron con las armas disparando algunas flechas. Volviólos á requerir con la paz el Capitan, que los indios no quisieron admitir, y viendo que no tenian otro remedio sino buscar la comida por el rigor de las armas y que perecia la gente de la armada, saltó en tierra dejando gente en las embarcaciones para que en caso que fuesen acometidas las defendiesen, y formó un pequeño escuadron, habiendo amonestado al Capitan de los tidores que era mayor gloria llevar las cabezas de los rendidos vivas que como solian colgadas de las járcias; y que, pues aquella armada iba á su órden habia de seguir el uso de Castilla en no manchar sus armas en sangre fria; los tidores le dieron palabra de imitarle en el modo de la guerra. Comenzó á marchar el escuadron; los indios, que eran en mayor cantidad y muy bien armados, salieron á impedirles el paso, y se trabó entre los unos y los otros una batalla muy reñida; pero como los mosquetes derribasen muchos de los enemigos, desmayaron y volviendo las espaldas se recogieron á sus casas, que eran altas y fuertes, fundadas sobre cuatro muy gruesos y altos postes, tanto como los árboles de un galeon; los castellanos siguieron la victoria y los indios desde las casas arrojaban muchas flechas y dardos, y las mujeres piedras y galgas, pero los mosqueteros los ojearon. El capitan Urdaneta mandó poner fuego por cuatro partes al lugar, y como las casas eran cubiertas de hojas de palmas comenzaron á arder, y alentado el fuego de un viento que soplaba, en media hora se abrasó todo el pueblo. Los indios, que de otra manera no los pudieran rendir, bajaban con sus mujeres é hijos; matáronse todos los que se resistieron, los demas se captivaron. Con esta presa, aunque sin bastimentos, porque los que habia se abrasaron sin remedio, se embarcó el capitan Urdaneta, y arribó á una aldea llamada Gave, que estaba dos leguas de la que habian abrasado, donde envió un cautivo viejo y sin provecho á pedir bastimentos por su dinero, donde no, que pasa-

rian por el rigor del fuego. El cautivo les contó cuanto en su pueblo les habia sucedido, con que los gavetanos juntaron cuanto bastimento pudieron y se lo llevaron al Capitan, sin reparar mucho en el precio, que recibieron lo que les dieron. De aquí determinó el capitan Urdaneta volverse á Tidore, y habiendo hecho particion de la presa, que fueron tantos los cautivos que solo al Capitan tocaron veinticinco personas de su parte, dió la vela, y estando á vista de Tidore encontraron ocho paraos de portugueses, que teniendo noticia de los castellanos que con Urdaneta habian salido, habia dias que los estaban esperando; reconociéronse y embistiéronse peleando con gran coraje. Los portugueses abordaron á un parao de los del capitan Urdaneta, y teniéndole casi rendido, arribó el Capitan sobre ellos y disparando el cañon de proa tuvo tan buena suerte, é hizo tal batería, que hechó á fondo uno de los dos de los portugueses, con que el parao que estaba rendido volvió sobre sí, y y comenzó de nuevo á pelear; el parao Capitana quiso asegundar con otro tiro, pero los portugueses, habiendo recogido los del parao perdido, cazaron en popa, y aunque les alcanzó con la bala por la cuadra de popa, no sirvió más que de matarles alguna gente. Hubo muertos de entrambas partes, y de la de Urdaneta un soldado castellano y algunos tidores; miéntras se peleaba se arrojaron algunos captivos á la mar, que recogieron los portugueses, y otros se ahogaron. El capitan Urdaneta entró en Tidore victorioso, aunque con un soldado ménos, y algunos heridos, y dió cuenta al General de todo lo que le habia sucedido; meterian hasta cien cautivos entre hombres y mujeres. Con estas victorias andaban los tidores muy ufanos y la ciudad estaba tan llena de gozo y alegría, cuanto ántes de la venida de los castellanos estaba triste y humillada; tales son las vueltas de la fortuna y los sucesos de la guerra. Diego de Couto, en su cuarta dácada cuenta esta refriega de portugueses y castellanos diferentemente, diciendo que los portugueses quitaron gran parte de la presa á los castellanos que de Guazca llevaron, y calla cualquiera buen suceso que toque á Castilla. Gran argumento de esta verdad es, ver que no haga mencion de la arma-

da que D. García envió sobre Tidore con Manuel Falcon, como queda escrito en el capítulo pasado, por no obligarse á decir, que al cabo de cuatro dias de combate se volvieron los portugueses é Terrenate sin hacer nada, con algunos muertos y otros heridos, como el cronista de Portugal Andrada lo cuenta, por esto no me dará mucho cuidado este autor en lo de adelante.

CAPÍTULO IV.

Acomete la armada portuguesa á la de Gilolo; retíranse entrambas; pelean castellanos y portugueses á vista de Tidore.

El rey de Gilolo armó algunas galeras y paraos menores, para salir á recibir la armada que D. García y Cachil Daroes enviaban sobre aquella ciudad; embarcáronse diez y seis españoles con Martin Iñiguez de Zarquizano, y salieron á la mar, donde aguardaron las galeras de Cachil Daroes y una fusta de los portugueses, que, reconocidos de ellos, arribaron sobre los gilolos y trabaron las dos armadas una buena escaramuza: peleábase por entrambas partes con gran teson, y duró la batalla hasta que á los unos y á los otros se les acabó la municion; hubo muchos muertos y heridos por entrambas partes. En este tiempo entró un tiempo que los puso en paz, quedando neutral la victoria, los portugueses se volvieron á Terrenate y los castellanos á Gilolo.

El General daba priesa en el galeon, y sentia mucho quemar la Capitana porque se persuadia que se podia aderezar, y deseábalo mucho para enviar aviso al Emperador, nuestro señor, del estado en que estaban las cosas del Maluco, y aunque le persuadian á que no tenia adrezo, por estar resentida la quilla y quebrada la roda de popa y codaste, y parte de la patilla, juntó algunos marineros que lo entendian, y tomóles juramento sobre los Santos Evangelios, que dijesen en su conciencia lo que sentian en razon del adrezo de la Capitana, y todos convinieron

en que no tenia ninguno ni era de provecho; con esto en aguas vivas la llevaron descargada y sin lastre cuanto pudieron á tierra, y la dieron fuego, aprovechándose de la clavazon y pernería; con esto se trabajaba muy apriesa en el nuevo galeon.

Los portugueses, como sabian que en Tidore no habia galeras, ni paraos de consideracion con que pudiesen los castellanos salir á pelear con ellos, se pusieron cuatro paraos grandes á vista de la ciudad y baluarte. Habian llegado dos de Gilolo á aquel puerto, y con los tres del capitan Andrés de Urdaneta mandó el General que saliese á ellos. Los de Gilolo querian salir solos á pelear; Urdaneta, que se habia embarcado con ocho compañeros, les dijo que fuesen todos juntos, con que asegurarian la victoria: respondieron los de Gilolo que de ir en compañía de los castellanos no ganaban honra ninguna, porque donde ellos peleaban alcanzaban la victoria, que se querian probar con los portugueses á solas; con esto, batieron los remos, y como los navíos eran mejores adelantáronse y comenzáronse á cañonear. Abordaron unos con otros y peleaban con gran coraje los gilolos ambiciosos de honra, pero los portugueses los maltratáran á no llegar de refresco el capitan Andrés de Urdaneta y Cachil Rade, hermano bastardo del rey de Tidore, que con el mismo Urdaneta iba embarcado: los portugueses, sintiendo la fuerza de los paraos de Tidore, volvieron las proas á Terrenate, y á vela y remo se fueron saliendo de nuestra armada haciendo su camino; fuélos siguiendo Urdaneta, solo, más de legua y media, que los gilolos como comenzaron solos la pelea quedaron desaparejados y no pudieron seguirlos; los demas eran barcos de poca consideracion. Un artillero quiso disparar el cañon de crujía y descuidándose con la pólvora, que seria medio barril, tomó fuego, y quemáronse algunos castellanos, especialmente el artillero y Pedro Ramos con quince indios. El capitan Urdaneta, sintiéndose abrasar, se arrojó al mar fiado en que estaba desarmado, y que sabia nadar. Los portugueses que iban huyendo viendo el fuego, y conociendo lo que habia sucedido, viraron sobre la Capitana para tomarla; los que habian quedado en ella libres del fuego, sin reparar en que el Capitan quedaba en el agua,

partieron de boga arrancada la vuelta de Tidore; el pobre Capitan harto hacia de levantarse sobre el agua dando voces para que le recogiesen, pero como todos iban asombrados del fuego y que el enemigo iba sobre ellos, no repararon en él hasta que un español desde la popa le vió é hizo detener el parao: los portugueses tenian el viento contrario y nuestros navíos para seguirlos en popa, y en esto y en ser buen nadador estuvo la fortuna del capitan Andrés de Urdaneta, porque cuando los portugueses llegaron á darle vista y á dispararle sus escopetas, los navíos de Gilolo llegaron y poniéndose entre el Capitan, que cansado estaba ya de nadar, y los portugueses, pelearon con ellos de nuevo, con que tuvo lugar la Capitana de tomar al Capitan que tenia abrasado el rostro, y quedó, miéntras vivió, con notable fealdad. Apénas se vió dentro, cuando tomando sus armas acometió de nuevo á los portugueses que cansados de pelear y maltratados volvieron á cazar en popa y se fueron á Terrenate; y el Capitan Urdaneta, escarmentado y ya sin fuerzas, ni quiso ni pudo seguirlos, y así se volvió con sus paraos á Tidore, donde él y los demas que se quemaron estuvieron más de veinte dias en la cama curándose, de los cuales murieron los más, y los que sanaron quedaron muy feos. Cosa maravillosa fué escapar de tan gran peligro el capitan Urdaneta, porque en la mar estuvo casi tomado de los enemigos terrenates que no le perdonaran la vida por ningun caso, aunque los portugueses quisieran defenderle; pero Dios guarda á quien es servido, y guardó al Capitan Urdaneta para grandes cosas de su servicio, como dirá esta Historia.

CAPÍTULO V.

Trata D. García Enriquez paces con los castellanos; sucédele en el oficio D. Jorge de Meneses.

No ganaban en estas fiestas y escaramuzas nada los portugueses, porque demás de perder gente perdian la reputacion y crédito con aquellas naciones que notaban muy por menudo

sus acciones, y como poparon tanto á los castellanos, y los disminuyeron tanto al principio, despreciándolos y jurando de echarlos del Maluco y enviarlos en hierros á Portugal, y no sólo no hacian esto sino que llevaban lo peor en todas las ocasiones que de llegar á las manos se ofrecieron. La fortaleza tenia poca gente y temian en ella algun desastre, y previniéndole Don García, despachó á Malaca un junco cargado de clavo, y en él á Martin Correa y á Manuel Lobo para que pidiesen al Capitan della socorro de gente para pelear con los castellanos, y en el ínterin le pareció acertado asentar treguas con ellos, para cuyo efecto envió á Fernando Baldaya, escribano de la Factoría, que á mediado Marzo en un parao con algunos portugueses llegó con bandera de paz á Tidore y dió al General una carta de Don García, en que le pedia hubiese amistad entre dos naciones tan unidas en amor y naturaleza; que sobreseyesen las armas y diese cada uno cuenta á su Rey de lo que pasaba, para que en Castilla y Portugal se determinase lo que más conviniese al servicio de Dios y de las dos Coronas, y que se tratasen y comunicasen como amigos y naturales de España y no derramasen tanta sangre cristiana entre aquellos moros, á quien no desplacía ver que unos á otros se matasen. El General les respondió, que desde el principio pudieran haber tomado aquel asiento, y que la guerra no habia estado por él, ni la habia movido, sino que sólo se habia defendido en su casa de los que le habian querido echar de ella; que él vendria en cualquiera trato de paz, como no perjudicase á la corona de Castilla. Con esta respuesta se fué Baldaya y asentaron entre castellanos y portugueses treguas y paces hasta dar cuenta á sus Reyes de lo que debian hacer, y el concierto fué fuesen amigos de sus amigos y enemigos de sus enemigos, y que ni los castellanos ofendiesen á los terrenates y demas confederados de Portugal, ni los portugueses á los tidores, gilolos y demas reyes amigos. Celebráronse estas paces á fin de Marzo de este año, y comunicábanse los unos y los otros, yéndose á visitar á sus fortalezas, y en las muestras exteriores parecia haber mucha amistad; pero, en realidad de verdad, D. García trató de estas paces cautelo-

samente, así por aguardar el socorro de gente, como por ver si por algún modo podia matar al general Zarquizano, y considerar las fortificaciones de Tidore y tantear la gente. Los reyes de Tidore y Gilolo no sintieron bien de estas paces, porque conocian las cautelas de los portugueses, y se lo advirtieron al General, diciéndole que aquellos conciertos tiraban á algun fin secreto, y que no los habian de guardar sino romper las paces en viendo la suya; poníanle por delante cómo las rompió D. García con el rey Almanzor sin ocasion ninguna, y otras cosas á que el General satisfacia como mejor podia.

Estaba proveido en la fortaleza de Terrenate por Capitan y gobernador del Maluco D. Jorge de Meneses, que salió á servir su oficio de Malaca en dos navíos con mucha y buena gente, con órden de Pedro Mascareñas (á quien Lope Vaz de San Payo barajó el gobierno de la India), de que pasase por la isla de Burney y descubriese aquella navegacion por el acortamiento de camino que desde Malaca á Terrenate presumian los pilotos que habia, por excusar la detencion que por las islas de Banda se hacia, que solia ser de seis meses. Navegó D. Jorge, acometiendo el viaje por varias partes, por el deseo que tenia de llegar á su gobierno, y como siempre vale más aquel que Dios ayuda que no el que mucho madruga, fué á dar consigo en las Islas del Moro, no muy léjos de Terrenate; acercóse á tierra por surgir y tomar lengua del paraje donde se hallaba, y no hallando fondo se hizo á la mar, donde salieron dos almadías (géneros de barcos lijeros son) y la una llegó á las naos, y habiendo preguntado por la fortaleza de Terrenate, no supieron dar razon de ella, con que quedaron confusísimos porque el piloto debia de saber más de altura de jarro que de astrolabio. Las corientes entre aquellas islas eran grandes, y como el viento era calmoso, llevaron los navíos á su discrecion hasta dar con ellas en el Mar del Sur, dejando las islas Malucas á la mano siniestra. Alli tuvieron un temporal tan recio, que estuvieron perdidos, y corriendo con una boneta que llevaba cada navío, ceñida á la járcia del trinquete, por no poder sufrir más vela y ser necesario gobernar, calados los masteleros y las vergas

abajo. Con mucho trabajo tomaron las islas de los Papúas junto á un gran continente de tierra, que segun mi discurso, es la tierra que llaman de la Nueva Guinea, de que tratará adelante esta Historia, si llegáre al año de seiscientos y seis, donde concluyó este viaje la Almiranta de Pero Fernandez de Quirós, cuando salieron en demanda de las islas de Salomon y dió fondo en Manila, donde yo estaba y entendí todo lo que hay que saber de aquellas regiones. Los vientos obligaron á D. Jorge á invernar en aquellas islas, que están en un grado de latitud meridional, distantes del Maluco ciento y ochenta leguas al Este, de suerte que por el cuidado y destreza del piloto pasó adelante de Terrenate todas estas leguas, que fué necesario despues desandarlas con mil peligros y trabajos. Si como es puesto en razon que haya premios para los buenos pilotos, hubiera castigo para los descuidados y soberbios, no se anegáran tantas almas como cada dia vemos que se ahogan; pues un piloto lleva la vida y la muerte de mucha gente en su mano, y en sabiendo tomar el sol y la estrella con el astrolabio y ballestilla, se ensoberbecen y pagan tanto de lo poco que saben, que dicen que Éuclides fué un ignorante y Ptoloméo supo poco. Aquí en estas islas, como faltó el bastimento y son regiones más para habitacion de salvajes ó fieras del monte que de gente de Europa, enfermaron casi todos y murieron muchos, y habiendo llegado la monzon ó mocion de tiempo, saltaron los vientos al Sueste y Leste, con que D. Jorge, venciendo dificultades y trabajos llegó al Maluco casi sin gente, y la poca que llevaba tan enferma, que no fué de provecho en muchos dias: surgió en Terrenate, y habiéndole recibido D. García, le entregó el gobierno; y dándole cuenta muy por menudo del estado de aquellas islas, D. Jorge comenzó á entender en su gobierno desde el principio de Mayo que entró en la posesion dél.

CAPÍTULO VI.

Confirma el nuevo Capitan las paces, habiendo precedido algunos requerimientos.

Luégo que D. Jorge de Meneses, Capitan mayor de Terrenate, comenzó á ejercer su oficio, el general Martin Iñiguez le envió á dar la bienvenida con un hidalgo de su compañía, y á decirle de su llegada á aquellas Islas y las pendencias que con D. García habia tenido y refriegas en el mar, y cómo habria pocos dias que le trató de paces, en que él habia venido de muy buena gana, por excusar el derramamiento de sangre cristiana á que la guerra obligaba, y los demas inconvenientes que consigo suele traer; que mirase si gustaba correr por los conciertos y capitulaciones de paz que entre él y D. García Enriquez habian asentado, ó que le avisase de su gusto. Habiendo D. Jorge entendido el recado, le envió á decir que él habia llegado allí por Capitan mayor de aquellas Islas, que eran del rey de Portugal, su señor, para regirlas y gobernarlas en paz y guerra, y que no podia consentir que en tierras de su Rey tuviese fortaleza el rey de Castilla; que las paces y capitulaciones que su antecesor habia jurado con él eran nulas, por ser contra el derecho de la corona de Portugal; que fuese servido de arrasar el baluarte y dejar á Tidore, é irse á aquella fortaleza, donde se le haria toda honra y servicio, así á su persona como á los demas castellanos de su compañía, y se les daria un navío para que se fuesen á la India, ó de golfo lanzado, si quisiesen, doblando el Cabo de Buena Esperanza, volver á Castilla. Con esta respuesta, el General entendió la intencion del capitan D. Jorge, y pareciéndole que seria bien aclarar las cosas para disponerlas de forma que el servicio del Emperador se hiciese sin perder un punto las armas castellanas de su lustre y reputacion, á cuya causa envió al Contador mayor Hernando de Bustamante y á Gonzalo del Campo, Alguacil mayor

de la armada y un Escribano, que llegados á la fortaleza de Terrenate, el Escribano notificó á D. Jorge y le requirió en nombre del general Martin Iñiguez de Zarquizano, Capitan general de la armada real de Castilla, que al presente estaba en el reino de Tidore, que por cuanto las islas del Maluco y otras á ellas circunvecinas eran del muy alto y muy poderoso señor D. Cárlos, rey de Castilla y Emperador Máximo, siempre augusto, su señor, cuyo derecho legítimo tocaba á su Cesárea Católica Majestad, por caer en la parte del mundo que la Santidad de Alejandro Sexto adjudicó á la corona de Castilla, cuando dividió el mundo entre los Católicos Reyes D. Fernando y Doña Isabel y el Serenísimo rey de Portugal D. Juan el Segundo, á cuyo efecto envió su Real armada el año de quinientos diez y nueve con Fernando de Magallanes, que descubrió el Estrecho de su nombre, y por los mares de la demarcacion de Castilla llegó á aquellas Islas, y el general Juan Sebastian del Cano, que en el gobierno de la armada por muerte de Magallanes sucedió el año de veintiuno, tomó posesion por la corona de Castilla, á quien dieron la obediencia y prestaron vasallaje los Reyes de ellas y otros Cachiles y Sangajes, en el cual tiempo no habia portugués ninguno, y el que ántes hubiesen el año de doce aportado á ellas Brito y Serrano, importaba poco para alterar la propiedad y derecho que su Rey y señor tenia á ellas como tierras que caian en sus límites y demarcacion, de forma que la posesion legítima se tomó por el rey de Castilla, sin contradiccion alguna, para cuya mayor justificacion, y que se supiese en los demas reinos de la Europa la justicia con que el Emperador D. Cárlos ocupaba las Malucas, hizo junta en Elbas y Badajoz, el año de veinticinco, de los mayores y más insignes Matemáticos y Pilotos del Universo, así propios como extranjeros, para que tirasen la línea por el meridiano de la demarcacion, y señalasen las tierras que á Castilla y Portugal tocaban, de que hicieron evidencia á los Matemáticos y Pilotos por parte del rey de Portugal presentados, y quedó la justicia clara por parte de la corona de Castilla, con que Su Majestad Católica envió segunda armada á cargo de D. García Jofre de

Loaisa, compuesta de siete navíos, por cuya muerte, y la de otros dos sucesores suyos, habia quedado él por Capitan general della, y habia llegado á Tidore, hallando ocupadas las Islas y usurpadas de los portugueses, lo cual no creia fuese con órden del Serenísimo señor Rey D. Juan; que por lo tanto le rogaba á D. Jorge de Meneses, Capitan que decia ser de Terrenate, desocupase las Islas y se volviese á la India con los portugueses de su compañía, y no rescatase ningun clavo en todas ellas, y le satisficiese los daños que en ella habian recibido, y que les entregase á D. García Enriquez, por cuanto habia sin causa ni órden movido guerra á los vasallos del rey de Castilla, para enviarle preso al Emperador para que diese cuenta de la autoridad con que movia guerra á sus vasallos, y le ocupaba sus tierras; y que de no lo hacer así, le protestaba todos los daños, menoscabos, muertes y mal ejemplo que sobre no hacerlo redundaria en los Reinos católicos, viendo que vasallos de Reyes tan unidos en sangre y parentesco, y de una Nacion, y sobre todo, cristianos, trajesen guerras á vista de tanta gentilidad y mahometismo, que tenian por suma gloria y felicidad ver derramar sangre de cristianos.

Admirado quedó D. Jorge de tan largo protesto, á que respondió lo que ántes; con esto se volvió el contador Bustamante á Tidore, y los portugueses no podian llevar á paciencia que tan pocos castellanos tuviesen tantos bríos; y que cómo podia ser, decian, que una sola nao de Castilla, despues de haber navegado seis mil leguas por mares tan remotos, padecido mil peligros y trabajos, y que llegasen llenos de necesidad y miseria á tierra donde estaban poblados y fortificados los portugueses á echarlos della, siendo ménos en número que ellos, y tan poderosos, que tenian muy buenos galeones y fustas. Consultó D. Jorge de nuevo lo que harian, y convinieron todos que se continuasen los asientos que D. García habia tomado con el general Zarquizano, porque en este tiempo se podrian reforzar de armada, y llegando nuevo socorro de Malaca de gente, echar de una vez los castellanos del Maluco, y en el ínterin descubriria el tiempo ocasion, ó aficionando á los soldados para

que se pasasen á su fortaleza, ú otra alguna que redundase en su favor. Habido este consejo, y aprobado del Capitan, envió á Fernando de Baldaya á que hiciese nuevos requerimientos al General, y no viniendo en dejar las Islas, tratase de las paces y las dejase asentadas. Partió Baldaya, y tratando de nuevos requerimientos, se enfadó el General, y dijo que juraba á Dios que si le requeria más que lo que solia, que le habia de colgar de una entena, y despues dél á todos los demas que le viniesen con requerimientos; que ya habia respondido lo que habia de responder; con esto el Baldaya le trató de las paces, haciéndose algo de rogar el General; pero, en fin, se asentaron en la misma conformidad que ántes, quedando Tidore y Gilolo, sus reyes y señores por la corona de Castilla, y Terrenate, con los demas reyes del Maluco, por Portugal.

CAPÍTULO VII.

Envía el General á Gilolo al capitan Urdaneta por Cabo de la gente; quiebran los portugueses las treguas; toma el rey de Gilolo satisfaccion.

Estaba en Gilolo Martin García de Zarquizano por Cabo de los castellanos que allí habia, y sobre el gobierno tuvo con Alonso de Rios algunas diferencias, no de pequeña consideracion, pues llegaron á oidos del General, y le obligaron, con ser su sobrino, á retirarle de aquel puesto, y llamar á Alonso de Rios; para esto, y que quedase en lugar de Martin García Zarquizano, envió al capitan Andrés de Urdaneta con título de Cabo de la gente castellana que allí habia, y á dar cuenta al rey de Gilolo de las paces que de nuevo habia asentado con el nuevo Capitan portugués. El rey las publicó por todo su reino, y dió licencia para que pudiesen salir á hacer sus granjerías por las islas circunvecinas, supuesto el seguro de la paz, á sus vasallos y súbditos, porque así se lo avisaba de que con seguridad y sin recelo de los portugueses podian navegar aquellos

mares el General de los castellanos. Sucedió que quince dias despues de haberse publicado las treguas, como anduviesen sobre seguro algunos barcos de Gilolo pescando, llegaron á ellos dos paraos grandes de Terrenate con algunos portugueses, y peleando con ellos los tomaron algunos barcos y degollaron todos los gilolos que en ellos hallaron, sin dejar uno á vida; á los demas valió el batir á priesa los remos, con que llegaron á Gilolo y dieron cuenta al Rey de lo que habian hecho los portugueses, que lo sintió en extremo, y se indignó contra el general Zarquizano, diciendo que le habia engañado en enviarle á decir que podian sus vasallos navegar aquellos mares, seguros de los portugueses, que habian jurado paces con los castellanos, tidores y gilolos. El capitan Urdaneta procuró quietar al Rey, y tomando un parao ligero y cuatro castellanos, salió en busca de los portugueses, enojado del atrevimiento que habian tenido, y admirado de tal novedad y descortesía; y con la buena diligencia descubriólos, y fuése á ellos con una bandera blanca de paz. Ellos le aguardaron, y llegando cerca, á voces preguntó el capitan Urdaneta si habia allí algunos portugueses, respondiéronle que sí, y luégo ellos se manifestaron, poniéndose en la crujía; Urdaneta les pidió seguro para pasar á su parao; diéronsele, y como los indios de Gilolo no quisiesen llegar á él, el Capitan se arrojó al agua, y á nado tomó el parao y se metió dentro, y les dijo cuán mal habian hecho en ir contra las paces capituladas, pues habian á vista del Rey degolládole sus vasallos, que en fe de los contratos navegaban seguros de traiciones semejantes; los portugueses, mofándose, le dijeron que aquello estaba bien hecho: que se lo pidiese ante quien quisiese. Urdaneta les dijo que fuesen advertidos solamente de que habian sin ocasion rompido las paces; con esto tomó los nombres de algunos, y volvióse á nado á su embarcacion, donde halló al Rey tan enojado contra los castellanos, que en ninguna manera le podia aplacar. Viendo que le habian degollado quince hombres, mandó apercebir su armada, y enviando sus espías supo que de la tierra del moro salian algunos paraos cargados de bastimento para Terrenate. Embarcóse

el Rey, y con él el capitan Urdaneta, y habiéndolos descubierto, los acometió y tomó doce con mucho bastimento y gente, y mandó degollar á todos los terrenates que en ellos halló, y los demas quedaron por esclavos; con que se volvió la armada al puerto con la victoriosa venganza del rompimiento de la tregua. Mucho sintió este golpe D. Jorge, y luégo se envió á quejar al General del capitan Urdaneta de que habia rompido las treguas, degollándole más de cuarenta terrenates, y tomando el bastimento que llevaban á aquella fortaleza, y callaron el haber degollado ellos primero á los gilolos y sido los agresores y los que rompieron las paces. El General se indignó mucho contra el inocente capitan Urdaneta, y juró que siendo así como los portugueses decian, que le habia de degollar para que á él fuese castigo y á otros escarmiento; con esto los portugueses se volvieron muy contentos, pareciéndoles que ya estaba cortada aquella cabeza; los amigos del capitan Andrés de Urdaneta le avisaron de lo que pasaba, y como estaba inocente y su General mal informado, quiso en persona irle á informar; el Rey le dijo que él enviaria á su sobrino Cachil Tidore á dar cuenta de lo que habia pasado y á disculparle con su superior; pero no pudo acabar con él que se quedase, y así le fué acompañando aquel Cachil. Llegó á Tidore; dió cuenta de sí, y no podia creer el General que los portugueses hubiesen sido los agresores y quebrantadores de las treguas, puesto que habian, resentidos, quejádose de que las habia quebrado Urdaneta. Cachil Tidore le dijo en razon, así de lo sucedido como de las paces que se habian asentado, muchas cosas muy bien dichas, así en descargo de su Rey como del Capitan castellano, y añadió: «Advertid, señor, que cuando los enemigos no tienen palabra, ni juramento, ni vergüenza que los sojuzgue ó apremie á guardar lo que prometen, por más segura se debe tener la guerra que la cautelosa paz; ni podeis pretender ignorancia, que cuando estas paces se juraron no fuísteis advertido de las cautelas de los portugueses, y que en tanto guardan la fe y palabra en cuanto les está bien. El rey de Gilolo, mi señor, en vuestra fe y seguridad, hizo pregonar esa tregua que le ha

muerto sus vasallos, y con más razon se debiera quejar de vosotros que de los portugueses; pues á vosotros obedeció y creyó como á amigos, y dellos siempre se guardára como de enemigos; á quien ellos ofendieron primero en el rompimiento de la tregua fué á vosotros, y lo que el Rey, mi señor, hizo y el capitan Urdaneta y los demas que están en Gilolo en defensa del Rey y de los suyos, como en casa de amigos y servidores del Emperador, fué restituir la honra de Su Majestad y la vuestra, y no romper la tregua que falsamente calumnian los portugueses, ántes bien restaurar una ofensa que con tan poca vergüenza, en las barbas del Rey, mi señor, y á sus ojos, se atrevieron traidoramente y sobre seguro á hacer al Rey, á vosotros y á nuestra Nacion con tanto ultraje, el cual no fuera bastante el rey de Terrenate ni los portugueses, si la tregua no lo hubiera causado. Por tanto, señor, el Rey os suplica que aprobando y teniendo por bien lo que se ha hecho, hagais mercedes á Urdaneta y á los demas castellanos que en Gilolo están, y os avisa que os guardeis de gente que tan mal guarda su palabra, y os hace saber que por muchas treguas que con ellos asenteis con los portugueses, él no entiende dormir sin recelo y cuidado, ni quiere que se entiendan con Gilolo, miéntras el rey de Terrenate no le enviare los Capitanes que degollaron á sus vasallos para castigarlos él, y áun vos, señor, será bien que pidais enmienda de las personas de los portugueses que en ello se hallaron, cuyos nombres dirá el capitan Urdaneta, pues los vió, habló y conoció, y los sabe.» Dijo, y el General se holgó de haber sabido la verdad, y no sólo perdió el enojo que contra Urdaneta tenia y demas soldados que le acompañaron, sino que le abrazó, y dijo que no esperaba ménos honrada satisfaccion de un tan honrado y valiente Capitan como él; que si Dios le daba con qué, le haria merced por el gran servicio que en aquello habia hecho á la Nacion española, y suplicaria á la Cesárea Majestad que le hiciese mercedes. Despachó al rey de Tidore su respuesta, y volvióse á Gilolo Cachil Tidore y el capitan Urdaneta con más honra y reputacion, que pretendian los portugueses destruir con la falsa acusacion que le pusieron.

CAPÍTULO VIII.

Muere el General atosigado: sucédele Hernando de la Torre.

Luégo el general Martin Iñiguez envió á quejarse al capitan D. Jorge de la falsa acusacion que á los suyos habia puesto, siendo sus portugueses los que habian quebrantado las treguas y degollado quince hombres de Gilolo, con que obligaron al Rey á que en persona saliese á tomar satisfaccion, como lo hizo; pidióle que castigase los agresores de tan gran maldad, para satisfaccion de todos, y por cumplir así á la reputacion de la Nacion portuguesa. Don Jorge de Meneses barajó el negocio, y desde entónces trató de matar como pudiese al General y castellanos, y para esto se aprovechó de las paces que habia, porque iban y venian portugueses á la fuerza de Tidore, y tuvo traza uno de atosigar un pozo, donde bebian los castellanos; pero como esto fuese por medio de los indios, que no saben guardar secreto, luégo se supo y remedió. En este tiempo, Fernando de Baldaya, que de escribano de la Factoría subió á ser Factor, habia trabado cautelosamente amistad con el General, y era de suerte que siempre que iba á Tidore, que durante las treguas fué algunas veces, le daba su mesa; sucedió, pues, que D. Jorge le encargó que le diese veneno, brindándole; para esto se buscó ponzoña fuerte y á propósito, de tal calidad que no matase luégo, que en estas partes las hay tan acomodadas al tiempo que quieren que viva el atosigado, que pocas veces falla; hay ponzoñas que en una hora matan, en cuatro y más; hay para un dia y dos, y desta manera los herbolarios hechiceros las templan para el tiempo que quieren. Baldaya llevó un veneno que en un mes concluia con la vida, consumiéndola poco á poco; fué á Tidore, visitó al General y convidóle á comer, y poniéndose disimuladamente en la uña del dedo pulgar el traidor la ponzoña, tomó la taza y el frasco de vino que en la mesa estaba, y brindó al General, diciendo: «Brindis, se-

ñor General, á la buena salud de vuestra merced.» El General respondió: «Yo haré la razon.» Bebió el factor de traiciones y maldades, y de su mano llenó la taza, y llegando con sutileza el dedo donde llevaba la ponzoña al vino, le atosigó y dió al General, que por hacer la razon, bebió el confiado Capitan su muerte; acabóse el convite, y luégo comenzaron á dar al General tales bascas, que se pudo conocer la maldad de Baldaya; y aunque por entónces no se malició tanto como de allí á una hora, las muestras eran de que le habian dado alguna ponzoña; pero no sabian cómo ni de qué manera. El traidor se despidió con más priesa é inquietud que otras veces del General, y se fué. Gran imprudencia fué de Martin Iñiguez comer en una mesa con su enemigo, el escuchar al traidor y no creerle, es la más alta razon de estado que se platica; pero ¿quién no se fiára de un hombre cristiano, y quién se puede prometer tanta seguridad, que no esté expuesto á la habilidad de una traicion, que se adelanta y sube sobre los más prevenidos y delicados ingenios? ¿Recelaba Marco Antonio que la reina Cleópatra, con quien tenia trato ilícito, le diese veneno entre los regalos de los banquetes? Llegó á tanto que no queria comer ni beber sin que le hiciesen la salva. Sentida y cuidadosa desto Cleópatra convidó á Marco Antonio á un famoso convite, y poniéndose la Reina en la cabeza una guirnalda de olorosas flores, en el discurso de la comida brindó á Antonio las flores en las cuales tenia puesta ponzoña muy valiente, tocó la guirnalda por la parte limpia y bebió la cauta Reina, y al hacer la razon el Emperador con las flores, tocaron con la parte emponzoñada el vino, y cuando lo ponia á la boca, Cleópatra se lo quitó de ella, y tomando la taza le dijo: «Yo soy, amado Antonio, aquella de quien te guardas, y de quien sin fundamento ni causa te recelas, si yo te desamára ó pudiera vivir sin tu compañía, dejándote te matára, pues no hay tal veneno como quitar á uno su gusto, y para que te asegures de quien tanto te ama, que cuando quisiera darte ponzoña pudiera hacerlo sin que el cuidado y cautela te valiera, espera, verás el efecto deste brindis que no he consentido que bebas.» Envió la Reina por una mujer que esta-

ba sentenciada á muerte, y dándola la taza bebió el veneno, y luégo, delante de Marco Antonio, espiró. ¿Quién se puede guardar de una traicion? ¡Nadie por cierto! que á veces el que se os de por amigo y aquel que con buenas obras teneis más obligado, y más querido y regalado que Bruto de Julio César, tomará el puñal faltando quien lo haga y os matará á puñaladas. Peligrosos son los puestos altos, y llenos de seguridad los humildes, porque en estos no hay envidia como en los primeros. A mi parecer, ningun género de traicion se iguala con semejante fraude, como es quitar la vida á uno entre palabras regaladas y amorosas, como son las que pasan entre dos que comen á una mesa y beben con un vaso, y tanto mayor es el delito cuanto es mayor la confianza que entre los tales hay; pero ésta no debe tenerla jamás ningun capitan de su enemigo, en burlas ni en veras, porque no le suceda lo que al general Martin Iñiguez de Zarquizano, que murió como imprudente é hizo mucha falta al servicio de su Rey y á su gente, porque era muy buen Capitan y hombre de buen consejo y de mucho esfuerzo; era muy sagaz, aunque en lo que le importó no ménos que la vida no lo fué; era de grande ánimo, y así los portugueses como los indios le temian mucho; y aunque en ocasiones se encolerizaba mucho, pasado aquel primer ímpetu era muy conversable, de buena conversacion y liberal, y de maravillosa resolucion. Murió á once de Julio de este año; era natural de la villa de Elgoivar, en la provincia de Guipúzcua. Mucho sintieron todos su muerte, porque así propios como naturales le amaban mucho. Diéronle sepultura; y sobre la eleccion del sucesor hubo muy grandes diferencias. Oponíanse al oficio Martin García de Zarquizano por Tesorero general, y Fernando de Bustamante, que como entró en juego de General cuando Zarquizano quedó en el oficio, todo lo revolvia en esta ocasion, sobornando á algunos y prometiéndoles torres de viento si le elegian, hasta meter al Rey en esto; y como hubiese sobre la eleccion muchas voces, pasóse todo aquel dia sin hacer nada. Luégo, el siguiente, se juntaron, y discordando, todo era voces y ruido, por lo cual algunos, celosos del bien comun, requirieron al Alguacil mayor

que quitase á todos las armas porque no llegasen á rompimiento; hízose así, y viendo que no concordaban los votos, ni acababan de elegir Capitan, algunos de los más principales se salieron de la iglesia donde se habian juntado á elegir, como fueron: Andrés de Gorostiagua, Pedro de Monte Mayor, Alonso de Rios, Gutierrez de Otiñon, Iñigo de Lorriaga, Martin de Islares, Pedro Ramos y Diego de Ayala, y se fueron á la fortaleza, á quien siguieron luégo otros; y habido su acuerdo, aclamaron al capitan Hernando de la Torre, Teniente que era del muerto General, y le requirieron que aceptase el oficio de General y los gobernase porque así importaba al servicio de Dios y del Rey y bien de todos: el capitan Fernando de la Torre se excusó diciendo que allí habia Oficiales de S. M., de mayores puestos que él, á quien podrian dar aquel oficio; ya en esta ocasion se habian juntado otras muchas personas de cuenta, y todos le requirieron de parte del Rey, nuestro señor, que aceptase aquel oficio, pues todos le nombraban y aclamaban con tanto gusto, por conocer su prudencia y gobierno, y tener por cierto los mantendria en justicia. Hernando de la Torre aceptó el oficio, y los autos de esta eleccion y requerimientos pasaron ante el Escribano de la guerra, el cual fué á avisar á Martin García de Zarquizano; y Fernando de Bustamante y otros algunos que todavía se estaban en la iglesia tratando de su eleccion, como tenian ya General, los cuales, viéndose sin gente y sin remedio, fueron á la fortaleza y juraron al capitan Hernando de la Torre por su Capitan general, y con general aplauso y gusto se quedó con el oficio. Luégo envió á Alonso de Rios y un Escribano á Gilolo para que el capitan Andrés de Urdaneta y los demas castellanos le jurasen, señalando capitan de una fusta que allí se hacia á Alonso de Rios, y al capitan Urdaneta envió el título de Tesorero de la mar, oficio que el general Zarquizano habia proveido en él, aunque no le habia despachado el título. Señaló por su Teniente á Pedro de Montemayor, Cabo que era de uno de los dos baluartes, que fuera del principal habia en Tidore, sustituyendo el puesto en Diego de Ayala.

CAPÍTULO IX.

Ponen fuego los portugueses al navío que se fabricaba en Tidore; el General manda matar un caballero tidore por asegurar el reino.

D. Jorge de Meneses, por cuya órden se dió veneno al general Zarquizano, supo luégo la nueva eleccion, y como deseaba con maña acabar si pudiese los castellanos, envió al nuevo General á dar el parabien del oficio y á tratar de las paces. Fernando de la Torre le envió á decir que no asentaba paces con quien aprovechándose de ellas usaba de traiciones hasta matar debajo de amistad y seguro aquellos que trataba como más amigos, como habia hecho con el general Zarquizano por medio de un hombre traidor sin Dios y sin fe, como era Baldaya, y que juraba á Dios, si le cogia le habia de colgar de un pié. Con esta respuesta volvió el embajador á D. Jorge, á quien dijo cuanto con el General le habia pasado, y le advirtió que el galeon estaba ya acabado y no faltaba sino calafatearle, el cual, como viese que le alcanzaban de cuenta, trató de quemar el navío, y para esto habló con un soldado, que aunque portugués parecia castellano, ó por lo ménos gallego, que fingiese huirse á Tidore, y que él le enviaria artificios con que le abrasase y un navío ligero en que se volviese sin riesgo de su persona; prometióle buen premio si salia con ello. El soldado puso en ejecucion el intento de D. Jorge: llegó huyendo á Tidore, y entre otras mentiras que dijo fué que le perseguian los portugueses porque era castellano (él era en la lengua muy ladino y fingió ser gallego), y porque habia sentido mal del veneno que Baldaya dió al General, de que se gloriaba entre los suyos y contaba el modo que en atosigar el vino habia tenido, cosa que le habia dado tanta pena, que no pudo dejar de tener palabras sobre ello, por lo cual el factor Baldaya andaba tras matarle y el Capitan le perseguia, sobre esto y el atosigar el

pozo fué armando su traicion con tanta sutileza, que si no se adelantó á Sinon el griego, cuando fingió huirse á Troya para introducir el caballo, que fué el incendio de aquella ciudad, á lo ménos le imitó mucho. Obligó el foragido portugués con su plática á que le creyesen y lastimó los corazones de los que le oian, moviendo á piedad al General que le consoló y ofreció la plaza de una compañía, donde se asentó por soldado; los unos y los otros le regalaban y nunca le cogieron palabra que no fuese en favor de los castellanos y desprecio de su nacion, con que tapaba los ojos del más presumido lince. De allí á ocho dias llegó á Tidore un parao de portugueses, que le iban á llevar unas granadas de pólvora para abrasar el navío. Llegaron con bandera de paz como que iban á tratar con el General de las treguas que solian, saltaron en tierra una tarde, y el que llevaba título de embajador fué á la fortaleza acompañado de algunos castellanos, y otros portugueses se quedaron en la playa para dar al foragido las granadas, que como estaba advertido, pudo recibirlas y guardarlas, y el aviso de que en escureciendo la noche le aguardarian detras de la Punta para embarcarle; el que habia ido á hablar al General se detuvo hasta casi la oracion, dando disculpas de no haber sido sabidor de la muerte del general D. Jorge, y en razon de esto, que si se averiguase que el Factor hubiese cometido aquel crímen, él le castigaria; estando en estas pláticas, como ya habian entregado los ingenios de fuego al portugués soldado, fué uno á avisar que era hora de volverse á Terrenate, porque anochecia ya. Con esto se despidió el embajador del General, y se fué á embarcar; y como escureció la noche, se fueron detras de la Punta á aguardar al compañero, que habiendo hincado las granadas en el navío por la parte de dentro, se fué donde el barco le aguardaba, y batiendo los remos á toda priesa se fueron. Dentro de dos horas llegó el fuego á la pólvora y reventaron con tanto estruendo, que cayendo los castellanos en que era en el navío nuevo, fueron allá y hallaron que comenzaba á prender el fuego; la ventura de no abrasarse todo estuvo en que no tenia brea, y así fué fácil de apagarle, porque acudió mucha gente al

ruido: buscaron el autor de aquella maldad, y como no pareciese el portugués fugitivo, cayeron en la cuenta de la traicion y reprendieron su confianza, quedando muy confuso el General y los soldados bramando por la venganza de tantas traiciones, que no se daban mano unas á otras.

En este tiempo, un caballero de Tidore tenia amistad ilícita con la Reina madre; no fué esto con tanta cautela que no se publicase entre los señores y Cachiles del reino, que trataron de remediarlo, poniendo por delante á la Reina la deshonra del Rey su hijo y del reino, y la reputacion de su real persona; pero como quiera que ella estaba aficionada del indio, que se llamaba Derota, no sirvió el consejo, sino de tomar resolucion de dejar á Tidore y llevar consigo al Rey su hijo, no para huir la ocasion, sino gozar della con más libertad, confederándose con el Capitan portugués y terrenates, y para esto escogió una villa suya, llamada Marieco, cerca de Terrenate; no fué esta determinacion tan oculta que no llegase á oidos de un hermano bastardo del Rey, llamado Cachil Rade, que considerando que el reino se ponia en riesgo de perderse por la amistad de Derota con su madrastra, fué á verse con el general Hernando de la Torre, y le pidió que mandase matar al amigo de la Reina, donde no, que todos se perderian sin remedio, porque la Reina se queria ir con el Rey su hijo á Marieco, donde sin duda se casaria con Derota y confederaria con los portugueses y terrenates, y el reino quedaria destruido. Fernando de la Torre hizo averiguaciones en razon de inquirir la verdad, y halló ser así, y que la Reina trataba de su partida; y para evitar los inconvenientes y daños que de la ida y amistad tan declarada de la Reina y su galan se seguirian, determinó matarle, y cometió la ejecucion deste negocio á dos vizcaínos valientes y de buena determinacion, que fueron Martin de Islares y Andrés de Aleche, habiendo platicado y conferido primero el caso con los Capitanes y Oficiales de Su Majestad Católica, y con Cachil Rade y otros señores de Tidore, de que fué Cachil Rade advertido para que tuviese prevenida alguna gente, en caso que fuese necesaria. Esperáronle los dos vizcaínos una mañana junto á la ribera

del mar, por donde pasaba, y llegándose á él Martin de Islares, le dió una estocada mortal. Sintiéndose Derota herido, huyó y metióse en casa de la Reina. Cachil Rade y todos sus amigos armados acudieron á palacio y sacáronle dél, haciendo la Reina muy grandes extremos, y saliendo á remediarle, la hicieron meter dentro, y al amigo, echándole al cuello un lazo, le ahogaron, quedando la miserable Reina triste y deshonrada; con esto se aseguró el reino de la ruina que le amenazaba, y el general Hernando de la Torre propuso para Gobernador del reino, pareciéndole hombre brioso y de buen consejo, á los Cachiles y Sangajes dél, á Cachil Rade, hermano del Rey, miéntras el Rey legítimo tenia edad para el gobierno, y todos convinieron en que se le diese, como se hizo, y fué recibido de todos con general aplauso y gusto.

CAPÍTULO X.

Ejecuta el capitan D. Jorge algunas órdenes que llevaba, sobre que se malquista; despacha á Burney un navío.

El capitan D. Jorge de Meneses, en conformidad de algunas órdenes que llevaba, quitó la Alcaidía mayor de la fortaleza á Manuel Falcon, y dióla á Simon Perez de Vera, y quejándose el desposeido, diciendo que en vez de hacerle merced por sus servicios y aumentarle los puestos, se los quitaban y daban á quien no los merecia, D. Jorge le mostró una órden que llevaba, en que le mandaba expresamente el Gobernador que así lo hiciese, porque llevó á Terrenate dos hombres delincuentes, á quien los portugueses llaman homiciados, que en Malaca habian cometido delitos graves; pero no bastó esta satisfaccion para que Manuel Falcon no dejase de quejarse de D. Jorge, declarándose con todos sus amigos por su enemigo, aunque lo disimulaba lo más que podia. Llevaba tambien por órden el Capitan que procurase comprar el más clavo que pudiese por aquellas Islas para enviar á la India por cuenta del

rey de Portugal, de quien intimó una premática que aquel año llegó, en que atendiendo Su Alteza la desórden que habia en las islas Malucas, en razon de la compra del clavo entre la gente de guerra, pues dejando el ejercicio militar, se daban al de la mercadería y trato de la especia, ordenaba y mandaba que de allí adelante ninguno fuese osado á comprar de los naturales clavo alguno, ni venderlo á los extranjeros, y que sólo pudiesen entender en el trato los factores y veedores del Rey, para cuyo cumplimiento daba Su Alteza facultad y autoridad al Capitan de la fortaleza de Terrenate, para que ejecutase las penas de la premática en los transgresores para obviar los inconvenientes grandes que se seguian de semejantes tratos, y resarcir las quiebras que en la Real Hacienda habia. Habiendo publicado esta premática, comenzó D. Jorge á ser fiel ejecutor della; pero sintiéronlo tanto los portugueses, y tales extremos hicieron, que el Capitan temió algun motin, con que fué aflojando en la ejecucion, y disimulando por entónces, dilatándola para mejor ocasion, sin tanta contradiccion, y que ésta fuese tan general tuvieron la culpa algunas personas poderosas, que tenian atravesado todo el trato del clavo; y aunque disimuló D. Jorge, los portugueses no dejaron de hacer sus diligencias para que no tuviese efecto la publicacion de la premática: viendo la necesidad que pasaban, porque sus sueldos eran muy mal pagados, tomaron por medio, para estorbar los intentos del Capitan, al gobernador de Terrenate, Cachil Daroes, que no estimó poco que echasen mano dél los portugueses para sus intentos, y fué que se diese órden con los moros que no llevasen á la fortaleza mantenimientos, y que si llevasen algunos no los vendiesen sino á ellos, dando por razon que pues á ellos les impedian vender su clavo libremente á quien quisiesen, quitándoles su provecho, ellos no querian vender los mantenimientos sino á quien les diese gusto, y si el capitan D. Jorge y Oficiales quisiesen tomar el clavo por fuerza, tenian determinacion de abrasarle; con esto levantaron los mantenimientos, y en la fortaleza se iba sintiendo mucha necesidad, y por más que hacia D. Jorge con Cachil Daroes sobre que se buscase

provision, no tenia remedio, aunque el moro le daba á entender acudia á su servicio, y que hacia sus poderíos para que se trujesen bastimentos; y apretándole el Capitan en razon desto, él le dijo el punto en que consistia el no traerlos los moros, y que miéntras no levantase la mano de ejecutar la premática del clavo, padecerian necesidad los portugueses, porque decian los terrenates y demas naturales que no les habian á ellos de quitar la libertad de vender el clavo á quien quisiesen, y que si en razon de tomárselo les hiciesen alguna fuerza, lo darian fuego. Con esto levantó la mano D. Jorge, constreñido de la necesidad, y dió permiso para que el clavo corriese como solia, con que llegaron luégo muchos bastimentos, y los mercaderes salieron con su intento.

Llevaba del gobernador Pedro de Mascareñas (llámole Gobernador, porque como la vía del Rey le llamaba á la sucesion, de que le avisaron á Malaca proveia en las materias de gobierno, como si hubiera tomado la posesion, no obstante que no llegó á tener el gobierno de la India, porque Lope Vaz de San Payo se levantó con él), otra órden, como hemos dicho, de que fuese D. Jorge por la vía de Burney, y asentase con el Rey de aquella Isla que el viaje se hiciese por allí y asegurase el paso, y en caso que no pudiese hacerlo, enviase desde Terrenate quien descubriese aquel camino y visitase al Rey; y como esto no hubiese tenido efecto por haber sido los vientos contrarios, como vimos, en esta ocasion tomó resolucion de enviar una embarcacion á Burney, en cumplimiento de lo que se le habia ordenado, y señaladamente hablaba la órden con D. García Enriquez, en caso que D. Jorge no hubiese podido hacer aquella diligencia, y que para esto le requiriese que fuese por Burney y descubriese aquella navegacion, en que habia muchos provechos, porque demás de ser por allí el camino más breve para Malaca, tomarian amistad por todas aquellas tierras y asentarian en ellas sus tratos, y porque los castellanos hacian por allí su viaje al Maluco y seria causa de impedírsele; esta razon, entre otras, dan los coronistas de Portugal, que como no saben destos viajes, ni las relaciones que han tenido han

sido tan precisas, escriben lo que pueden, y si advirtieran que acaban de decir que este viaje se mandaba descubrir, porque desde Malaca á Terrenate era el camino más derecho y más breve, como dicen ahora, que tambien lo hacian porque era el camino de los castellanos, porque si ellos venian del Estrecho de Magallanes á embocar por la isla de Tendaya y embocadero de San Juanillo, ó sin entrar por él tomar á Mindanao y de allí pasar á Maluco, ¿qué tiene que ver Burney con su derrota? Y si me opusieren que ántes de llegar á Maluco el general Juan Sebastian del Cano surgió en Burney, como he dicho, no fué porque ese sea el camino, sino porque andaban sin Piloto ni guía, tomando una isla y otra hasta atinar con el Maluco; pero en el segundo viaje de que vamos escribiendo de Loaisa, como se sabia la derrota, no tomaron á Burney, porque no tenian por qué. Tambien se deseaba hacer aquel viaje por excusar las contiendas y diferencias que entre los Capitanes portugueses que invernaban en Banda habia. De todo esto dió cuenta D. Jorge á D. García, apercibiéndole para el viaje y requiriéndole se partiese luégo para Burney de parte del gobernador Pedro de Mascareñas. Esta determinacion enfadó mucho á D. García, y dió notable pesadumbre, porque en Banda tenia un junco nuevo para cargar la hacienda que en aquella Isla tenia; respondió á D. Jorge que él se miraria en ello, y lo trataria con sus amigos que tenian parte en el junco que tenia en Banda, de que esperaban sus provechos; sobre esto dieron y tomaron los unos y los otros, y asentaron con D. Jorge que se dejase el viaje de Burney por el mucho daño que se les seguia en su hacienda y en detrimento de sus mercaderías, y que á no estar este inconveniente de por medio, no dejára de ir por Burney y de hacer el servicio de Su Majestad, no obstante que era cosa excusada, porque Antonio de Brito habia ya acometido á hacer ese viaje, y pasó tantos trabajos, que le obligaron á dejarle y arribar al Maluco casi perdidos. D. García habia hecho un préstamo á D. Jorge de cien bares de clavo; tiene un bare (peso es del Maluco) seiscientas y cuarenta libras castellanas, y en esta ocasion, porque no le obligase á hacer el viaje, le hizo do-

nacion dél con escritura pública, con que se dejó el viaje. Poco despues de haber hecho D. Jorge aquel partido tan afrentoso con D. García, reparó en el yerro que hacia en no obligar á D. García á que se embarcase y fuese donde el gobernador Pedro Mascareñas le ordenaba; por esto le envió á notificar que se apercibiese, sobre que de nuevo hubo algunas pesadumbres, y la gente se dividió en bandos: unos, siguiendo á D. Jorge, y otros, que eran los interesados, á D. García, con que totalmente desistió de obligarle á hacer el viaje D. Jorge. Y porque le pareció que no cumplia con su obligacion si no avisaba al capitan de Malaca y al Gobernador de las guerras que de nuevo se aparejaban con los castellanos, y juntamente hacia alguna diligencia para descubrir el viaje de Burney, armó una caracoa grande, embarcacion es á modo de galera, aunque no de su galibo; suelen bogarla cien remos: en ella envió á Vasco Lorenzo, á Diego Caon y Gonzalo Velloso con un Piloto castellano con órden de que pasasen á Burney y notasen la derrota y diesen al Rey un presente, asentando paces y amistades con él. Aquí envió cartas D. García contra D. Jorge, con otras que hizo escribir á Cachil Daroes, gobernador de Terrenate, diciendo mucho mal dél, y, á la verdad, tenia razon, porque el Capitan que deja el servicio de su Rey por intereses de maravedís no merece ocupar puesto honroso; y si él hubiera obligado á D. García á que obedeciera la órden de Pedro Mascareñas, hubiera andado como bueno y obediente Capitan, y se hubiera excusado así de hartas pesadumbres, de que él solo se tuvo la culpa, dimanando todo de aquel negro clavo que le hizo donacion D. García, con que de súbdito se le hizo superior á D. Jorge. La caracoa salió de Terrenate en demanda de su viaje, y miéntras navega, será bien decir lo que sucedió á estos caballeros.

CAPÍTULO XI.

Tienen D. Jorge y D. García diferencias entre sí. Préndele Don Jorge; amotínanse los amigos de D. García hasta que le hacen soltar.

El rey de Tidore armaba algunas galeras para la conservacion de sus estados; viendo la guerra denunciada entre castellanos y portugueses, y que el general Hernando de la Torre acababa su navío, y la fusta que se hacia en Gilolo estaba ya en el agua. No fueron estas prevenciones tan secretas que Don Jorge no las viniese á entender, por lo cual mandó hacer una buena galeota para pelear contra el General castellano, mandando á Cachil Daroes aparejase el mayor número de galeras que pudiese, porque de una vez queria echar á los castellanos de todos aquellos mares; y para que la galeota se acabase más apriesa, juntó cuantos carpinteros habia en la tierra, y entre ellos tomó algunos que trabajaban en un junco que D. García hacia para su viaje, á que daba priesa un clérigo, su Capellan, que como dice Andrade, era sobrestante de la obra para que saliese más bendita; viendo el Clérigo que le quitaban los carpinteros, muy sentido se fué á D. García y le contó lo que pasaba, metiéndole en cólera contra D. Jorge; y aunque al principio le respondió que para una cosa de tanto servicio del Rey y de tanta priesa como aquella todo se habia de sufrir, á que el Clérigo, inducido por el demonio (así lo dice el coronista de Portugal), le tornó á replicar, y dijo: «Aunque esto así sea, pudiera D. Jorge teneros más respeto y enviaros á pedir los carpinteros, y no mandarlos tomar con tanta soberbia y descrédito de la calidad de vuestra persona, y si ahora le sufrís esto, luégo os hará otro tiro peor, y vos no sois hombre á quien ninguno ha de desestimar.» Con plática tan loca, y ajena de la boca de un sacerdote, se dió por tan afrentado de D. Jorge, que se fué á la ribera donde estaba dando priesa á la galeota,

y le dió las quejas que tenia de haberle tomado los carpinteros con ménos reportacion de sentimiento que fuera justo. Don Jorge le dijo: «Señor D. García: para la priesa que tenemos entre las manos, todos deberíamos ser carpinteros y calafates.» «Para eso, le respondió D. García, se me pudiera haber enviado un recado, y no tomado la gente sin mi licencia.» «No tengo necesidad, replicó D. Jorge, de vuestra licencia para el servicio del Rey.» Y volviéndole á replicar D. García que no obstante el servicio del Rey, se pudiera haber tenido con él algun cumplimiento, se encendieron en palabras, hasta mandarle el Capitan que se fuese de allí, y responderle D. García que no se habia de ir sino cuando tuviese mucho gusto de irse. Don Jorge, colérico, se fué para él, diciéndole algunas palabras descorteses (tan buen juicio tenian los dos), y entre otras, que le castigaria gravemente. D. García le dijo que arrimase el baston y le haria conocer que era mejor fidalgo y mejor caballero que él, y con esto empuñó la espada; D. Jorge quiso arremeter con él, sino que lo estorbó la gente que se halló allí, poniéndose en medio de los dos. D. García se volvió á su posada, acompañado de sus amigos, que le alabaron mucho lo que habia hecho y dicho, con que quedó más soberbio y atrevido. D. Jorge se quedó con su obra, á quien aconsejaron algunos aduladores y lisonjeros que no disimulase tan gran atrevimiento y desacato. Estimulado, pues, dellos, le envió á prender con Tomás de Fonseca, Oidor de aquella fortaleza, el cual fué á la posada de D. García, y dándole cuenta de lo que le mandaba el Capitan, de que se fuese preso con él á la fortaleza, los amigos de D. García le respondieron que ni D. Jorge acertaba en enviarle á prender, ni él en ir á hacer semejante prision: dieron y tomaron sobre esto, en que hubo muchas voces y pesadumbres, y quisieron echar al Oidor con violencia de la casa, amotinándose contra la justicia, diciendo que nadie le podia tomar pleito homenaje de que estaria preso, si no es el Rey, y que si habia cometido D. García algunas culpas, que se las enviase al gobernador de la India para que le diese el castigo que mereciesen. El Oidor (es como Alcalde mayor ó Te-

niente este oficio en Portugal) se volvió y dijo á D. Jorge la resistencia que halló en casa de D. García, de que, enojado, mandó tocar la campana al arma, y luégo la gente acudió á la fortaleza con sus armas, á quien dijo la desobediencia de Don García y lo que habia pasado con el Oidor, y que aquel era crímen *Lessæ Majestatis*, pues siendo él su Capitan y superior le habia perdido el respeto, empuñando la espada contra él, y despues desobedecido á la justicia; que le diesen favor para prender la persona de D. García; á que le respondieron que allí estaban para hacer lo que les mandase, pues era su Capitan. Entónces envió al Alcaide mayor de la fortaleza que fuese á llevar preso á D. García á la fortaleza, y que llamase á todos los de su compañía, que los quedaba aguardando. Fué el Alcaide mayor, y dando á entender á D. García el fin de su ida, y á la gente que con él estaba, que era mucha, le respondieron todos que se volviese á la fortaleza, porque D. García no habia de ir preso, y que si el mismo D. Jorge fuese en persona á hacer aquella prision, le recibirian en las puntas de las lanzas; con esto se volvió el Alcaide, con que D. Jorge se encendió en tanta cólera, que mandó luégo al Condestable de la fortaleza asestar algunas piezas de artillería contra la casa de D. García, y disparando una, pasó por el tejado della. Viendo esto Tristan de Silva, que era muy amigo de D. García, pidió á Don Jorge que no pasase adelante ni se dejase cegar tanto de la cólera, pues de lo que hacia no se podia esperar ménos que perderse aquella fortaleza y cuantos portugueses habia en el Maluco; que él iria á hablar á D. García y le meteria por camino; con esto D. Jorge mandó que no se disparase más, y Tristan de Silva se fué á ver con D. García, y extrañándole mucho, con la libertad de amigo, el término que tenia con la justicia del Rey y el peligro en que se ponia de que le matasen á él y á cuantos con él estaban á balazos, le persuadió y aconsejó como amigo que se dejase prender y obedeciese, y no quisiese ser causa de los males que de su desobediencia y obstinacion se habian de seguir; y tanto le supo decir, que D. García se fué solo á la fortaleza, y D. Jorge le señaló para su prision

una casa que estaba dentro della de Antonio de Brito. Cachil Daroes, que era grande amigo de D. García, habiendo sabido de su prision, apretó mucho con D. Jorge que le soltase; pero no pudo alcanzar nada, porque decia el Capitan que le habia de enviar preso á la India con sus culpas para que le castigasen, y por si se disimulaba con él, habia de enviar otros recados á Portugal para que el Rey le castigase sus atrevimientos y demasías, de que Cachil Daroes quedó muy corrido y mal corriente con D. Jorge, y satisfecho de la mala voluntad que á D. García tenia y de la poca que le tenia á él, pues á su ruego no le soltaba, conociendo en esto no tenerle tan de su mano como á otros capitanes habia tenido.

El Alcaide mayor, el Factor y otras personas principales trataron de componer á estos dos caballeros; pero no hubo remedio, porque á todos respondió lo que á Cachil Daroes. Veinte dias habia que D. García estaba preso, y recelando los trabajos que le habian de recrecer, y los daños, así en su persona como en su hacienda, si D. Jorge le enviase preso á la India, porque bien consideró que el caso era de tal calidad que el Gobernador le habia de remitir á Portugal, le envió á decir que le pedia por merced que no le durase tanto el justo enojo que tenia, y se contentase con el tiempo que habia que le tenia preso, y reparase en que era un fidalgo honrado y se acordase cuán bien le habia recibido cuando llegó á aquella fortaleza, y que si con todo eso le queria tener más tiempo preso, le pusiese grillos y hierros hasta tomar mayor satisfaccion dél, porque él no se tenia por preso solamente con el pleito homenaje que habia hecho, y se habia de ir á su casa. Don Jorge le respondió que en el protesto que le hacia de no estar preso sobre su palabra era punto de Derecho; que lo pidiese por escrito y lo firmase, que entónces él responderia. Don García, sin tomar otro consejo más que el de su voluntad, hizo el protesto por escrito, con más ratificaciones y circunstancias que tuvo el recado que le envió. Don Jorge guardó el protesto, y le envió á decir con el Alcaide que no lo habia de soltar, y que por tanto le requeria de parte del Rey que se dejase estar preso sobre su

palabra, como estaba, y no quisiese estarlo con hierros. Don García, llevado de su pasion, le envió otra vez á decir que si no le ponia grillos se habia de ir á su casa, porque no se tenia por preso. Con esto D. Jorge se fué á la casa donde estaba D. García, y le mandó echar unos grillos, y puso á buen recaudo en la torre del Homenaje. Los amigos de D. García, que serian hasta cincuenta hombres, juntáronse con Cachil Daroes, y trataron entre todos de sacar de la fortaleza á D. García, y aunque lo intentaron por diversas vías, nunca pudieron ejecutar sus intentos por la grande custodia en que estaba y continua centinela de dia y de noche. Viéndose atajados, dieron órden de salirse de Terrenate é irse á una aldea de los moros, y de allí enviar á requerir á D. Jorge que soltase á D. García, y donde nó, que se pasarian á los castellanos, y con ellos tomarian la fortaleza y le pondrian en libertad. Este pensamiento comunicaron con Fernando Baldaya de propósito para que se lo dijese á D. Jorge, cuyo amigo era, pareciéndoles que este medio era acertado para ablandar el rigor que contra D. García usaba, y no se engañaron, porque contándoselo Baldaya, lo comunicó luégo con el Oidor y con el Alcaide y otras personas de su consejo, diciéndoles que queria mandar prender aquella gente, porque aquello era motin, y á los más culpados tenerlos cargados de hierro debajo de la fortaleza. El Alcaide y los demas le fueron á la mano, y le dijeron los inconvenientes que aquella resolucion tenia, y le pidieron que para atajarlos soltase á D. García y se diese por satisfecho de lo que habia padecido en la prision, y que si no bastasen sus ruegos, acudirian á pedírselo todos. Con esto D. Jorge se ablandó, y dejándose de rogar de muchos, se hicieron conciertos que D. García seria amigo de D. Jorge y le ayudaria en todo cuanto se le ofreciese, y que el Capitan rompiese el proceso que contra D. García se habia fulminado; todo esto se juró y prometió por entrambas partes, con que fué suelto D. García, y se hablaron los dos Capitanes y visitaban el uno al otro, como si nunca entre ellos hubiera pasado nada.

CAPÍTULO XII.

Desaviénense segunda vez D. Jorge y D. García, que amotinado con sus parciales, prende al D. Jorge y le echa unos grillos.

La gente inquieta es de tal condicion, que no sosiega viendo á los demas en paz, y colocan su felicidad en turbarla, porque entre los alborotos y turbaciones de Repúblicas viven, y es tanta verdad esto, que dice el gran Doctor y gran Padre San Agustin, que los que en las Repúblicas siguen la parte de los inquietos dan de mano á los pacíficos, deseando cerrar la puerta á la reconciliacion por sustentarse con la inquietud y pescar en agua turbia. Por esto se retiraban á sus posadas cuando habia en el pueblo alborotos, Asinio Polion, Quinto Hortensio y Pomponio Atico; esta gente inquieta es la peste de una República y que como tal y cáncer tan contagioso, debe ser atajado. Ejemplo tenemos entre manos desta verdad, pues los del bando de D. García y que fueron con sus fieros ocasion de sacarle de la prision en que fuera bien hubiera estado, sentia mucho ver la conformidad y amistad que entre D. García y D. Jorge habia, pues tanta era su familiaridad que parecia no haber jamás sido enemigos; recelaban estos inquietos, que al tiempo de la partida para Malaca de D. García no los habia de llevar consigo, sino que los habia de dejar, con que quedaban perdidos, porque habian de irse con él á Malaca donde tenian sus haciendas, y de quedarse, se les malbaratarian ó perderian, y, por otra parte, temian que ausente D. García, el Capitan les habia de perseguir y castigar lo que habian hecho en órden á la soltura suya, y persuadiéndose más á esto, viendo que Don García no podia embarcar consigo tanta gente, por no tener mucha la fortaleza y tener guerra con los castellanos: esto conferian entre sí y no hallaron para asegurarse mejor medio que dar órden de que estos dos Capitanes viniesen á enemistarse y á quebrar de nuevo; y como á los traidores no les falte retó-

rica para persuadir sus embustes, persuadieron á D. García que la amistad de D. Jorge con él era fingida y que no se fiase dél, porque sabian que el proceso original que contra él habia fulminado tenia guardado para enviarlo al Rey secretamente, y mostrar con ello las causas que tuvo para prenderle, porque en un caso tan grave y que tanto ruido hizo, como fué su prision, no podia dejar de saberlo el Rey, y no teniendo D. Jorge con que descargarse se hacia culpado, y que era muy cierto que para este ofecto tenia guardados los papeles originales, que los que rasgó eran traslados solamente: tanto le dijeron en esta materia, que D. García se persuadió á que sería así: entónces los traidores le volvieron á decir que para que entendiese como aquello era así, le pidiese el navío que le habia prometido para ir á Malaca y licencia para la gente que habia de llevar consigo, el navío para aderezarle, y la licencia para que se previniesen desde luégo los que habian de ir con él: no le pareció mal el arbitrio á D. García. Fué á ver á D. Jorge, y despues de otras pláticas, le pidió el navío que con su junco habia de llevar y la licencia de la gente, á que le respondió, que aún habia mucho tiempo hasta que lo fuese de partirse, que para entónces tendria adrezado el navío y puesto de vergas en alto, y que en lo que tocaba á la licencia, se haria todo como él lo ordenase, y que si no la daba luégo, era por que no sabia qué estado tendrian las cosas de la guerra entónces. Con tan buena respuesta quedó D. García satisfecho, pero no sus amigos y parciales; ántes le dijeron que aquellas eran dilatorias y prevenciones para negarle despues lo que le pidiese, pues al tiempo de la partida le diria que tenia necesidad de la gente, y con un requerimiento que le haria de que no la llevase, no podria hacer lo contrario, pues habia de ir con la cortapisa ordinaria de que así convenia para el servicio del Rey y seguridad de aquella fuerza. D. García les respondio que cuando aquello así sucediese, él mismo se quedaria á hacer el servicio del Rey. Con esto quedaron sus parciales harto disgustados en haberse empeñado tanto por él, y le dijeron que si aquello habia de ser así, ellos buscarian desde luégo su remedio, porque si despues

de su partida, ellos quedasen en Maluco tenian por muy cierto que se habia D. Jorge de vengar de los agravios que dellos habia recibido por su causa, así en haberle defendido para que el Oidor primero y despues el Alcaide no le llevasen preso, como despues el motin que trataron, para con él obligarle á soltarle de la prision, y así quedarian ellos pagando lo que por su servicio habian hecho, y el tiempo le mostraria el engaño en que vivia; y si entónces ellos no le acudiesen, no les echase la culpa sino á sí mismo en no los haber querido creer. D. García les respondió que bien veian que ni á él ni á ellos estaba bien tener otra vez pleitos con D. Jorge, que les empeñaba, como fidalgo, su palabra de no los desamparar, sino que en caso que se les negase la licencia se quedaria con ellos y no haria viaje ninguno á Malaca. Con toda esta seguridad no quedaron contentos ni descansados aquellos corazones, á quien más gobernaba la malicia que la razon, y viendo que por aquí no hacian nada, dieron en otra traza diabólica, y fué que, como el rey de Bachan, que era amigo de D. Jorge, hubiese ido con alguna gente de guerra á Terrenate y estuviese alojado en el campo, seguro de rebato de enemigos, por no estar donde los temiese, ántes bien estaba con sus amigos y confederados, una noche estos inquietos parciales de D. García, especialmente Tristan Vieira, Alonso Gentil y Luis Diaz, dieron á media noche en las tiendas del Rey cuando todos dormian, y matáronle cuatro ó cinco soldados é hiriéronle mucha gente, y retiráronse á la mañana: el Rey, queriendo ir á la fortaleza á quejarse á D. Jorge de aquella traicion, le salieron al encuentro los agresores della, y sabiendo donde iba, habiendo abominado los traidores de sí mismos, aumentando el enojo del Rey y cebándole la cólera, le dijeron que el mismo D. Jorge habia mandado hacer aquel insulto en venganza de unos portugueses que años ántes habian muerto en Bachan, entre los cuales fué uno de los muertos Don Tristan de Meneses, hermano de D. Jorge; fácil fué persuadir al Rey todo esto, con que se volvió y estuvo en muy poco de confederarse con Cachil Daroes y dar sobre la fortaleza y tomarla; pero ordenó Dios que D. Jorge fué avisado deste negocio, que

luégo corrió la voz, é hizo hacer informacion de la invasion en la gente del Rey de Bachan, por donde resultó ser culpados Tristan Vieira, Alfonso Gentil y Luis Diaz, y viéndose con el rey de Bachan, se purgó de la culpa que le imputaban, á fin de descomponerle con él y dar ocasion á que tomase las armas contra la fortaleza.

Los amigos de D. Jorge le avisaban que no se fiase de Don García, hombre á quien habia deshonrado y que habia de buscar ocasion para satisfacerse; levantábanle que daba algunos avisos á los castellanos, y que trabajaba cuanto podia porque Cachil Daroes se levantase contra la fortaleza, y á los terrenates y demas indios ponia en ocasion de que se enemistasen con él, á fin de darle guerra. Por lo cual determinó D. Jorge quitar delante de sus ojos á D. García y enviarle á Talangame, puerto de aquella isla de Terrenate, donde surgian las naos; comunicólo con el Alcaide y con Baldaya, amigos de D. García y suyos, y fuéronle á la mano diciéndole que disimulase y no quisiese renovar llagas viejas, á que se acomodó con facilidad D. Jorge.

Por otra parte, aquella mala gente, parcial de D. García, como no reposaba hasta ver perdidos aquellos caballeros, derramaron por el pueblo una fama falsa, de amigo en amigo, que D. Jorge mandaba matar á D. García; y para que este embuste cobrase más fuerzas, sobornaron con mucho secreto á un negro de D. Jorge, llamado Miguel Nuñez, para que dijese al Factor que su amo le habia encargado diese la muerte á D. García, y que por parecerle una cosa como aquella tan fea, se queria pasar á los castellanos. El negro se lo dijo así, y el Factor le rogó se lo dijese á D. García: él se excusó diciendo que ni se lo habia de decir ni habia de cometer aquel homicidio: la traza de aquella ruin canalla era que fuese avisado D. García por los amigos de D. Jorge para que lo creyese, como era el Factor, el cual quedó suspenso de lo que el negro le habia dicho; y pareciéndole que aquello podria ser, deseando atajar tan gran desventura como era la perdicion de aquellos hidalgos, y, por ventura, la de la fortaleza, habiendo precedido mil juramentos en razon del secreto, contó á D. García cuanto el negro le habia

dicho; pero como en cosas que no vá ménos que la vida es bien asegurarla por todos caminos, D. García quiso averiguar la verdad, y dando cuenta de aquel negocio á Manuel Falcon, Diego de Rocha y Manuel Botello, que eran sus amigos y los que con los demas deseaban que D. García quebrase con D. Jorge, le aconsejaron los dos que le matase, pues con eso aseguraria mejor su persona. Manuel Falcon fué de paracer que le prendiese y se levantase con la fortaleza, y le fulminase algunas causas que tenia, y con ellas le remitiese á la India y él se quedaria gobernando á Terrenate: á este parecer se arrimó D. García, y dando cuenta á Cachil Daroes y al rey de Bachan dello, les pidió favor para lo que sucediese, el cual prometieron ellos con mucho gusto, porque le tenian muy grande viendo tan discordes estos dos Capitanes, y habiendo entre todos tratado el modo que en la prision de D. Jorge se habia de tener, se determinó que fingiese Cachil Daroes que queria hacer una entrada en la isla de Maquien y pidiese al Capitan algunos portugueses: hízolo así el moro, y D. Jorge envió con él casi todos sus amigos y criados, que así lo enderezaba su fortuna. Luégo trataron de que un Francisco de Castro convidase para una quinta suya, que estaba una pequeña legua de la fortaleza, al Alcaide, Oidor Baldaya y otras personas de quien se podian recelar que acudirian á favorecer á D. Jorge: todo como lo iban trazando se ponia en ejecucion y sucedia á pedir de boca. Pues como Don García tuviese las cosas así compuestas, envió á la fortaleza á Manuel Falcon para que armase un juego de tablas con Don Jorge como solia otras veces, y habiéndose puesto á jugar, entraron otros tres de la misma cuadrilla, como que iban á ver jugar, que este pasatiempo solia tener el Capitan; estos eran Pedro Botello, Alfonso Gentil y Tristan Vieira, que ya estaban perdonados del caso del rey de Bachan. Luégo entraron otros tres, el uno para tomar la puerta de la fortaleza, otro la escalera y otro la puerta para cerrarla, porque no pudiese acudir ningun criado de D. Jorge. Despues de esto entró D. García con ocho ó diez hombres, que cerraron luégo la puerta principal de la fortaleza, y entrando en la sala donde el capitan D. Jorge es-

taba jugando, se hicieren los dos las cortesías ordinarias, y sentados, prosiguió el juego el Capitan. D. García, que estaba á su lado, asióle de los brazos y díjole: «Traidor, sed preso:» y luégo le ayudaron los demas, y tomándole unos por las piernas y otros por los brazos lo echaron en el suelo: el pobre caballero que tan súbitamente se vió así maltratar, dió voces diciendo: «traicion, traicion.» De dos pajes que allí habia, el uno se escabulló y fué á tocar la campana del arma, al otro taparon la boca. D. García y los demas traidores que tenian aferrado á D. Jorge trabajaban mucho en tenerle en el suelo, y con ser tantos no podian con él, porque era hombre de grandes fuerzas y de mayor ánimo, y con la pasion que tenia de verse así maltratado braceaba y perneaba, y con la boca se defendia mordiendo á quien alcanzaba, no cesando siempre de dar voces llamándolos traidores. «No me afrenteis, les decia, traidores, cobardes, no me afrenteis, matadme.» Pero como eran tantos pudieron ponerle unos grillos y llevarle al sótano de la fortaleza, donde D. Jorge habia puesto á D. García, y allí le pusieron una cadena que amarraron á unas cámaras de falcon, con que el pobre caballero no se podia mover: cerraron muy bien la mazmorra y dejáronle. Cuando el paje fué á repicar la campana, habiéndola tocado, un portugués de los amotinados acudió á defenderla y á cuchilladas le echó de allí y le fué siguiendo por la fortaleza adelante. En esto, una negra que estaba arriba encima de la sala donde prendieron á D. Jorge, dió voces á un negro que estaba al pié de la fortaleza, que volviese á repicar la campana, lo cual hizo muy aprisa tocando al arma. El portugués, á quien habian encargado que no dejase tocar la campana del arma, como oyó que de nuevo la repicaban, acudió otra vez á defenderla con la espada desnuda; pero el negro, que no le pareció acertado aguardar á que llegase, cambió el cordel della de la otra parte del muro y por él se descolgó y quedó fuera de la fortaleza dando voces, diciendo: «¡traicion, traicion, que han muerto al Capitan, mi señor!» Con esto y el repique al arma se fué llegando alguna gente á la fortaleza.

CAPÍTULO XIII.

El alcaide de Terrenate quiere tomar la fortaleza por fuerza de armas. Envia el General castellano en favor de D. Jorge su armada, con que es restituido en su libertad y oficio.

Ya estarian juntos con armas bien cincuenta portugueses, cuando hallando las puertas de la fortaleza cerradas; quisieron derribarlas, y comenzaron á ponerlo por obra, llevando unos hachas y otros escalas para asaltar el muro. A este ruido acudió D. García y los amigos que dentro tenia con armas, y desde encima de la muralla les dijo que se sosegasen, que aquella fortaleza era del Rey y estaba por Su Alteza, cuyos vasallos eran todos, y que la novedad que veian iba encaminada á la paz y sosiego de todos y bien de aquellos Estados, los cuales se perderian sin duda de gobernarlos D. Jorge, el cual tenia delitos graves, y, entre otros, habia ahorcado en las islas de los Papúas, donde habia invernado, un hombre, cosa que si lo hubiera sabido, no le hubiera dado la posesion del oficio hasta que se librára del cargo que sobre su muerte le hacian; y sobre esto les contó otras cosas que le parecieron á su propósito; y como por las pasiones que con él tenia habia tratado de darle la muerte, cuya ejecucion habia fiado de un negro suyo, y que por esto le tenia preso; de que daria cuenta al Rey, y por tanto les pedia y encargaba se quietasen y tuviesen por bien lo que se habia hecho. Ya los que á la fiesta de la quinta habian ido, como oyeron tocar la campana del arma en la fortaleza, llegaban á sus puertas, cuando el Alcaide mayor della con los demas amigos de D. Jorge, llenos de cólera, bien armados, sin dar oidos á las calumnias de D. García ni á sus razones, que nunca á los que mal hacen les faltan, como ni tampoco la capa del celo del bien comun con que pretenden cubrir sus maldades y endemoniadas intenciones, habiendo llevado instrumentos para romper las puertas y escalar el muro,

lo pusieron por obra, comenzándose una civil guerra entre una misma nacion y gente: los unos trabajaban por subir, los de dentro por defenderse, peleando crudelísimamente. El rey de Bachan, amigo de D. García, estaba con su gente á la mira de lo que pasaba; y como vió la pelea tan encendida, acudió con ella á la fortaleza, yendo el mismo Rey en persona delante, embrazada una adarga y con su lanza, dando á entender que iba á meterlos en paz, no siendo el fin de su ida sino á defender á D. García; y porque no le matasen llegó al Alcaide mayor, y haciendo suspender el asalto, le requirió que con toda aquella gente se recogiese, pues aquel negocio no se habia de averiguar por el rigor de las armas, sino por la razon, y pues todos eran unos en ley, en nacion y vasallos del rey de Portugal, entendiesen que en aquello le deservian, aventurando la vida de tantos hombres por uno solo, especialmente pudiéndose concluir aquellas diferencias sin tanto ruido ni daño como de aquella manera amenazaban; que pues el tiempo lo curaba todo, tuviesen por cierto que todo se concluiria en favor de D. Jorge: con esto se recogieron todos muy tristes, viendo que el Rey era en favor de D. García, y que no tenian fuerzas para salir con sus intentos. Luégo corrió la voz de este suceso, y llegó á oidos de los criados de D. Jorge y de otros amigos suyos, que con Cachil Daroes andaban embarcados, á quien luégo requirieron se volviese á Terrenate; con que Cachil Daroes dió luégo la vuelta. Tuvo el rey Boleife de Terrenate, ya difunto, siete hijos bastardos, y entre ellos á Cachil Viaco y á Cachil Daroes, que aunque hermanos, se desamaban mucho, especialmente Cachil Viaco, como entendia el juego á Daroes, y que todas cuantas cosas hacia las ordenaba á asegurar su gobierno y á tiranizar el reino, aborrecíale en extremo; en esta ocasion, como D. García tenia de su mano á Cachil Daroes y se favorecia dél, Cachil Viaco se habia dado por amigo de D. Jorge, y en esta revuelta se hizo de la banda del Alcaide y de sus amigos, los cuales, habiéndose juntado todos, probaron diversas veces á escalar la fortaleza y librar á D. Jorge; pero cansábanse en vano, porque D. García habia metido en ella todos

sus amigos, con que la tenia en defensa y á D. Jorge bien guardado. Llegó á noticia del Alcaide que D. García hacia informaciones contra D. Jorge, y procuró impedirlo, haciéndole requerimientos y protestos para que en ningun tiempo perjudicasen á D. Jorge, así por tenerle preso, y que no podia ser oido, como por ser su superior y Capitan, y hacerse las informaciones con los cómplices y amotinados. No sabia qué hacerse D. García, viendo cuán poderoso contrario tenia en el Alcaide, y en él D. Jorge tan gran defensor; trataron de matarle, y como viese que el rey de Bachan y el gobernador Cachil Daroes favoreciesen al descubierto á D. García, trató, ántes que le matasen, de que ya tenia aviso, con Cachil Viaco de subirse á la sierra con sesenta hombres, criados y amigos de D. Jorge, para desde allí requerir su justicia, y de no concluir nada, pasarse al campo de Castilla y dar guerra á D. García. Cachil Viaco aprobó el parecer, y fuéronse á la sierra, donde hubo algunas diferencias con los naturales sobre recibirlos, porque no llevaban licencia de Cachil Daroes, Gobernador del reino; pero con la autoridad de Viaco se compuso todo: desde allí el Alcaide envió sus requerimientos á D. García sobre que soltase á Don Jorge y á Pedro Botello, Capitan del navío en que D. Jorge fué de Malaca á Terrenate, que con la gente que tenia le ayudase para sacar al Capitan de la prision y restituirle en su oficio; pero ni D. García ni Botello respondian á propósito; viendo que por aquí no habia remedio de concluir cosa, envió un embajador á Hernando de la Torre, General de los castellanos, que dándole cuenta de lo que habia pasado, le pidió de parte del Alcaide y sesenta hombres que con él estaban, vasallos leales del rey de Portugal, que mandase enviar á requerir á Don García que pusiese en libertad á D. Jorge, y donde nó, que les diese licencia para ser soldados en su tercio, y requerir desde allí la justicia de su Capitan mayor. El General, olvidando los agravios que de los portugueses habian recibido los castellanos, así en el atosigar el pozo de que bebian, como haber muerto con veneno á su General, y despues con traicion intentar quemarle el navío, le envió á decir que él tomaba á su cargo

el soltar á D. Jorge, porque nunca traiciones le parecieron bien. No incurriera en mal caso, si no siguiera la razon de estado que se platica, si dejara á D. Jorge y D. García, pues con lo que en el campo portugués pasaba sosegaban las armas castellanas, y campeaban más haciendo su negocio; pero, ¿qué mayor gloria que quererse favorecer unos enemigos de otros, á lo ménos como tales se trataban? ¿Qué mayor honra para los pocos castellanos que en Tidore habia, que ver que negocio de tanto peso y un motin tan fuerte, y que la parte amotinada vencia, se librase en sus manos y fiase dellos? Por esto, y llevados de su naturaleza, que no es inquieta, como dice Couto en sus relaciones históricas, sino amiga de castigar inquietudes, como se verá en el caso presente, el general Fernando de la Torre y sus castellanos, habiendo platicado entre sí este negocio, enviaron á requerir á D. García que soltase á D. Jorge de la injusta prision en que le tenia, pues era su superior y Capitan, y en lo que tocaba á su persona, le daban su palabra que no peligraria, ántes compondrian el negocio á su satisfaccion, y que de no soltarle, demás de dar cuenta al serenísimo rey de Portugal del atrevimiento que habia tenido en poner manos en su Capitan, y prenderle con tanta nota de aquellas naciones, iria con toda su gente á la fortaleza y sacarian á D. Jorge y le pondrian en su libertad. A que D. García respondió que se volviese á Tidore el Embajador, que luégo enviaria la respuesta. Antes de pasar adelante, quisiera que me respondiera Couto ó los aficionados á sus escritos, cómo en el capítulo cuarto de la cuarta Década, capítulo tambien cuarto, tratando de estas revueltas y civiles guerras, dice que los castellanos se gloriaban de estos sucesos; y cincuenta y un renglones más abajo, dice: «que se lastimaban dellos, y tomaron muito mal as cousas que D. García tinha feitas.» Si dentro de un capítulo se contradice, manifiesta en lo primero la pasion con que trata de los castellanos, y en lo segundo se enseña á sí mismo haber dicho mal que los castellanos tienen naturaleza inquieta, porque sintiendo mal de las inquietudes de D. García, como él dice, y estándoles tambien en materia de estado de mundo, bien se

sigue haber dicho Couto segun su pasion aquello, y esto segun verdad, de que tomaron mal y sintieron dél pésimamente. Como se volviese el Embajador sin respuesta de D. García, echó de ver Hernando de la Torre que era necesario acudir á aquel negocio con las armas. Dió cuenta al rey de Tidore y Gilolo de como queria ir sobre la fortaleza de Terrenate, y juntando buen número de galeras y la fusta de los castellanos, que salió muy buena, embarcando consigo sesenta hombres de su compañía con los demas tidores y gilolos, dió consigo en Terrenate. Cuando D. García vió que aquello iba de véras, hallóse muy confuso y atajado; envió á dar excusas y razones de no haber hecho lo que le habia enviado á pedir y á dar cuenta de las culpas de D. Jorge y las razones que tuvo para prenderle y que tubiese por bien de volverse y dar por bien lo que habia hecho, y correrian de allí adelante con amistad portugueses y castellanos. Hernando de la Torre le envió á decir que en cuanto á justificar lo que con su superior habia hecho, no tenia color alguno, y en cuanto á las amistades de portugueses y castellanos, no iba á tratarlas sino sólo á poner en libertad á aquel caballero, que en nombre del rey de Portugal tenia aquel gobierno, á quien él, usando de viles medios, habia puesto en hierros, que le sacase de la cárcel; donde nó, que aparejase las manos. Gran confusion cayó en D. García y en su gente, viendo la resolucion del castellano, bramaban contra él y los que con él venian de que tomasen las pendencias de Portugal tan á su cargo, y que más parecian los castellanos, decian, jueces y superiores y dueños de aquellas Islas que ellos mismos, pues iban á juzgar sus intenciones y castigar con las armas sus delitos, los que apénas tenian gente para conservarse en Tidore. Cachil Daroes, que á todas manos jugaba las armas como traidor diestro que sabia ponerse al lado de la fortuna, se vió con el General y dijo, que él y el rey de Bachan hablarian á D. García y tratarian de la soltura: ya en este tiempo el Alcaide, con Cachil Viaco, habian dejado la sierra y bajado á Terrenate con los demas portugueses, y viéndose con Fernando de la Torre le dieron las gracias por lo que con tanto riesgo de su persona

hacia por ellos. Daroes habló á D. García, que le envió á la prision donde D. Jorge estaba por momentos esperando la muerte, á tratar de ciertos conciertos que le dió en un papel. En todo vino D. Jorge, y segun el estado en que estaba, viniera en cuanto le pidieran. Los conciertos fueron que D. García se habia de embarcar con todos sus amigos y haciendas en el navío de Pedro Botello, y que se rompiesen todos los papeles que D. Jorge tuviese y que saliese D. García y se fuese al puerto de Talangame, y estando allá, el alcáide Simon de Vera soltase á D. Jorge. Todo esto se juró y efectuó, y salió D. García con su gente, habiendo dejado clavada el artillería de la fortaleza, para salir con más seguridad. La armada de los castellanos se volvió á Tidore, y despues de estar con su ropa y hacienda en Talangame D García, sacaron á D. Jorge de la prision y volvió á su Gobierno.

¡Qué bien industriados tiene el demonio á sus discípulos los ambiciosos! á todos les enseñó una leccion, y como él lo fué tanto, que quiso poner su silla junto á la de Dios, y emparejar con él, así estos mueren viéndose inferiores á otros: la que les lee, es que las pretendan con capa y color de virtud y de mayor bien. Esta razon dió D. García á los portugueses, que la prision que habia hecho en D. Jorge era necesaria para su quietud y sosiego, porque habia cometido graves delitos, los cuales, sin duda probára con testigos falsos y cuanto quisiera para paliar su maldad. El Magno Alfonso de Alburquerque, habiéndole apretado sus enemigos con falsas calumnias, á la hora de la muerte dijo: «levantáronme que habia incurrido en la mayor torpeza de la carne, y probáronmelo.» Plegue á Dios no suceda así como lo de D. García, que con capa de santidad, ambiciosamente quiten los oficios á quien dignamente los tiene en el estado eclesiástico. Superior conocí yo, que se armaron contra él los que recelaban el castigo de sus culpas, y le obligaron á que desamparase el puesto, con que quedaron triunfando, como si pudieran huir el castigo de Dios. Segun la doctrina de Zacarías, hay hombres que para engañar se visten de jerga. Plinio dijo discretamente de unos que en medio de las exéquias funerales

revivieron: «Es tal nuestra miseria, que ni á la muerte del hombre se puede con seguridad creer.» Y si á la muerte no se puede dar crédito entero, ¿quién se le dará á toda mortificacion, fácil en fingir y poderosa para engañar? Debajo de pieles de ovejas suelen disfrazarse corazones de lobos. Bien se puede contrahacer la hoja del árbol, pero el fruto por ningun caso, que ésta es la regla que da el Evangelio para discernir entre espíritu y espíritu, y apartar, como dice Jeremías, lo vil de lo precioso, y el cobre del oro de más quilates; bueno será que con especie del bien comun se atreva el súbdito á armarse contra su mayor, como si fuera lícito hurtar para dar limosna, ó hacer cosas mal hechas para que resulten buenas, haciendo eleccion de malos y desproporcionados medios. Aparecióle á Josué un ángel, y el Gran Capitan le examinó primero informándose de quién era y á qué venia, y alaban esta advertencia San Isidoro y San Bernardo, porque no era bien creer á bulto ni arrojarse á tenerle por del pueblo de Dios á la primera vista. A este propósito decia Lacon: «que sola una confianza habia segura, y era no estar á cortesía de otro.» *Unam esse fidem, vi si nocere velint nont possint.*

CAPÍTULO XIV.

Pretende D. Jorge impedir el viaje á D. García, que sin embargo de sus requerimientos se embarca: envia tras él á Vicente de Fonseca: D. García pasa á Malaca.

Cuando D. García salió con su gente de la fortaleza, un esclavo de D. Jorge fué á dar fuego á las piezas que estaban cargadas; pero como las halló clavadas no pudo, que á no estarlo, D. García y su gente lo pasaran mal. Dióse priesa en llegar á Talangame, y como tenia apercibido el navío de Pero Botello, y embarcada la hacienda, luégo se embarcó. D. Jorge, á quien los capítulos y juramentos de los conciertos no obligaban, porque cuando los juró no estaba en su libertad, y si los firmó fué por redimir su vejacion, envió á requerir á Pedro Botello que,

pena de traidor al Rey, se volviese á la fortaleza, porque así importaba á su real servicio, y lo mismo se notificó á D. García y á los demas portugueses que con él estaban. La respuesta que dieron fué levarse y dar la vela. Luégo mandó hacer al Oidor informacion de cuanto habia pasado con D. García, para enviarla al gobernador de la India y al Rey, y que castigasen á quien fué autor de tantos males y traiciones, y con ellas envió á Vicente de Fonseca, grande amigo suyo, y cartas para el capitan de Malaca, que á la sazon era Jorge Cabral, para que prendiese la persona de D. García y embargase la hacienda; pedíale tambien socorro de gente por cuanto consigo habia embarcado gran parte de la que en aquella fortaleza habia. Vicente de Fonseca salió de Terrenate en seguimiento de D. García, que ya estaba en Banda fortificado en tierra con su gente. Arriba dejamos dicho como Martin Correa habia ido por socorro á Malaca, por andar muy encendida entónces la guerra entre castellanos y portugueses; á que acudió Jorge Cabral, enviando un buen socorro de gente y de lo demas necesario para aquella fuerza, con Gonzalo Gomez de Acevedo, que en dos navíos, un bergantin y un junco, salió de este puerto de Malaca, donde al presente escribo estos sucesos, tanto con más puntualidad que los cronistas portugueses, cuanto que he tenido mejor ocasion que ellos, en razon de haber papeles antiguos á las manos, buscándolos en los archivos donde se guardan.

Llegó Gonzalo Gomez con este socorro á Banda á fin deste año, que por no atajar estos sucesos dejando cosa tan menuda para su lugar, las anticipo, especialmente no teniendo obligacion de contarlos ni ahora ni despues, puesto que hayan sucedido en Banda; pero por la dependencia de lo que comenzó Don García en Maluco, y que el lector no quede desabrido sin saber lo que despues le sucedió, digo que Vicente de Fonseca llegó tambien á Banda poco despues que Gonzalo Gomez, á quien dió cuenta del motin de Terrenate, y cuanto D. García habia hecho en el Maluco, y secretamente le requirió de que le prendiese, de que se excusó Gonzalo Gomez diciendo no tener autoridad para hacerlo, pero que le tomaria el navío cuando fuese tiempo

de partirse. Cuando D. García vió la amistad que Vicente de Fonseca tenia con Gonzalo Gomez, sospechó no haber de redundar en su provecho, y así vivia con más cuidado que hasta allí. Persuadióse á que le habia de hacer alguna vejacion, especialmente viendo que Manuel Falcon, uno de los de su parcialidad, con cuyo favor se habia empeñado en la prision de D. Jorge, se habia pasado donde Gonzalo Gomez de Espinosa se habia fortificado, deseoso de volver á Terrenate y de que le reconciliase con D. Jorge. Llegó el tiempo de partirse el socorro, y estando todo embarcado, Gonzalo Gomez de Espinosa se fué á tierra con todos los bateles á despedirse de D. García, con quien volvió platicando otra vez hasta la playa, y despidiéndose sin hablarle palabra en la materia, se metió en sus bateles y fué al navío de Pedro Botello para tomarle y llevarle al Maluco; pero no hallando dentro las velas, porque D. García, recelando lo que sucedió, las habia guardado en su casa, se las envió á pedir, y no queriendo darlas se fué al junco donde estaba la hacienda de D. García, y desenvergando las velas dél las metió en el navío de Botello. Entónces D. García le envió las que tenia con Manuel Lobo, y muchas quejas de lo que con él usaba, tomándole el navío: á que respondió Gonzalo Gomez que lo hacia por habérselo así requerido de parte del capitan de Terrenate, Vicente de Fonseca, y que no podia excusar el llevar el navío, supuesto que era de aquella fortaleza, y le hallaba en jurisdiccion de D. Jorge de Meneses. Habia encargado D. García á Manuel Lobo que encargase al Piloto, Maestre y Condestable, que al levar el áncla se embarazasen con ella, de suerte que diesen lugar á que Gonzalo Gomez se apartase con su armada, pues con el viento en popa con que salia del puerto no podia volver con facilidad, y él entónces con su gente se meteria en él y quedarian con su navío; Gonzalo Gomez metió las velas, y dejando por Capitan á un Ruy Figueira, y órden que luégo se levase, se fué á su Capitana, y largando las velas, fué saliendo del puerto con los demas navíos. El Maestre embarazó como se habia tratado el navío, y D. García, que estaba alerta, embarcóse en las chalupas con su gente,

y enderezó á su nao. Ruy Figueira, conociendo la intencion de las chalupas, disparó un verso, con que Gonzalo Gomez se puso á la trinca, y reconociendo los barcos viró sobre ellos, y cuando querian tomar la nao les disparó su artillería, con que obligó á D. García á volverse con algunos muertos y heridos, y Gonzalo Gomez llevó el navío y siguió su viaje, de quien trataremos á su tiempo. Mucho sintió D. García que le llevasen el navío, porque demás de mancarle el viaje, le tenia cargado de clavo; pero al fin, como pudo, en su junco se avió y llegó á Malaca, y ántes de llegar al puerto alcanzó seguro de que no seria preso del capitan Pedro de Faria, que á Jorge Cabral habia sucedido en el gobierno de la fortaleza, ni ninguno de su compañía de los que habian sido cómplices en la prision de D. Jorge; no obstante esto, despues de haber desembarcado le secuestró toda la hacienda que traia en el junco, así suya como de sus parciales, diciendo que el seguro que habia dado era en favor de las personas y no de la hacienda, de que D. García andaba harto enfadado y cuidadoso. Sucedió en este tiempo, que como estuviese en esta ciudad de Malaca un embajador del rey de Panaruca, cuyo reino es en la Iava mayor, hubo un alboroto ocasionado de que unos iavos, criados suyos, hicieron un hurto, y como fuese un Alguacil á prenderlos, ellos, que estiman hacer una valentía más que mil vidas, como si lo fuera arrojarse temerariamente en brazos de la muerte, se hicieron amucos, lenguaje es de por acá, y tan usado entre estos iavos, malayos y demas naturales destas regiones hacerse amuco, que cada dia lo vemos y experimentamos con harto dolor nuestro, y el año que esto escribo, que es de seiscientos veinte y tres, habiendo surgido una galeota en que yo venia á la India en la Iava, una mañana, dia de San Sebastian, nos mataron cinco hombres estos amucos. Estarán hablando con uno, y si se le antoja matarle, aunque sepa que le han de hacer pedazos, ejecutará su determinacion, y entónces, haciéndose amuco, á cuantos topa y puede mata, aunque sea su mismo padre y madre, hasta que le matan: ni por esto huyen al monte ni pretenden salvarse, aunque puedan, sino que parece andan á buscar quién les mate, bárbara cos-

tumbre, por cierto, agena de valor y llena de soberbia temeraria, ó, por mejor decir, embriaguez del entendimiento ó locura. Los iavos, pues, se hicieron amucos ó desesperados, mataron al Alguacil y dos porquerones que con él iban, y de la gente que encontraron por la calle, á unos mataron á otros hirieron; huian por las calles mujeres y niños, y los hombres que no se hallan con armas; no hay toro acosado y herido que haga tanta plaza: repicóse la campana de la arma, para que unos se guarden y otros se aperciban. D. García, que estaba en su posada con sus bravos, entendiendo que habia alguna traicion, salió fuera con sus armas y su gente, y entrando donde los iavos estaban, que es en la que aquí llaman Banda de Malaca, un arrabal della, el rio en medio como Triana y Sevilla, y en breve mataron todos los iavos amucos y sosegaron el tumulto. El capitan Pedro de Faria llegaba con mucha gente armada en esta ocasion, y no halló qué hacer, porque con gran presteza lo habia remediado D. García, á quien dió las gracias por este servicio y le mandó entregar su hacienda, solo con una fianza de diez mil cruzados, que en esta ciudad de Malaca son de á seis reales cada uno, de que no se iria á Portugal sin estar á derecho en Goa con Don Jorge. Con esto D. García se despachó, y habiendo llegado á Cochin, en la barra se le perdió el navío, estando surto sobre una amarra, con una tempestad que le sobrevino, perdiéndose todo el resto que de hacienda le habia quedado, y despues vino á librarse de los delitos que en Maluco habia cometido.

CAPÍTULO XV.

Trata D. Jorge de las treguas pasadas; no se conciertan; pelean con gruesa armada y son desbaratados los portugueses.

Obligado quedó D. Jorge de Meneses al favor que recibió del general Hernando de la Torre, pues, mediante su ida á Terrenate, pudo salir de la prision y cobrar la libertad y puesto que tenia; para mostrarse agradecido, envió á tratar paces con él,

pero fueron con tan desiguales medios, que no las aceptó el General por no convenir á la reputacion de Castilla. Fué el caso, que durante las pesadumbres de los portugueses entre sí, Cachil Humar, rey de Maquien, una de las cinco islas del clavo, fué en persona á verse con el general Hernando de la Torre, diciendo que de allí adelante queria ser vasallo del rey de Castilla con todos sus vasallos, y que le recibiese en su proteccion cómo y en la forma que lo estaban los reyes de Tidore y Gilolo. Hernando de la Torre le recibió muy bien, y habiendo capitulado lo mismo que con los otros reyes, y jurado Cachil Humar sobre su Alcoran y el General sobre los Santos Evangelios los conciertos, se volvió llevando en su compañía seis castellanos, y por cabo de ellos Martin de Islares, vizcaíno, hombre bien entendido en la guerra y fortificacion; llevó algunas piezas pequeñas de artillería y puso en mejor defensa la ciudad de Maquien, donde tenia el Rey mil soldados bien armados y de buena determinacion. Este golpe sintieron mucho los portugueses, porque de esta Isla sacaban mucho clavo. Ahora, pues, D. Jorge, enviando á tratar de paces, era el concierto que gozasen los castellanos á Tidore y Gilolo y la mitad de la isla de Maquien, y que la otra mitad fuese del rey de Portugal, con lo demas que poseian los portugueses. Hernando de la Torre dijo que estaria por las paces hasta que en Castilla y Portugal se determinase otra cosa, con tal que D. Jorge no tratase de la isla de Maquien, porque no la habia de largar, supuesto que la poseia la corona de Castilla; esta Isla los desconcertó y desavino, con que se publicaron las guerras.

Toda la ojeriza tenia Cachil Daroes, gobernador de Terrenate, y tambien los portugueses, por los sucesos pasados, determinaron destruir á Gilolo á fuego y sangre. D. Jorge y Cachil Daroes con el rey de Bachan comenzaron á juntar gran armada; no fué esto tan secreto que no llegase á noticia del Rey de Gilolo, que se comenzó á prevenir y convocar á los reyes de Tidore y Maquien, pidiendo al General que le enviase castellanos y cabeza que gobernase aquella armada, é impidiese la del portugués. Hernando de la Torre juntó con la mayor bre-

vedad posible buen número de galeras y otras enbarcaciones menores de Tidore y Maquien; con la fusta suya, que iba por Capitana, envió cuarenta soldados castellanos y la armada á órden del capitan Andrés de Urdaneta, que en Gilolo estaba, el cual, con las galeras que el Rey tenia se halló con diez y nueve navíos bien prevenidos y guarnecidos de soldados y artillería. Teniendo junta esta armada, envió á espiar la de Terrenate, poniendo por aquellas islas, á trechos, sus espías y centinelas, para que en descubriendo la armada portuguesa avisasen con fuegos, como se hizo con mucha puntualidad, haciendo un fuego la centinela más cercana á Terrenate, y respondiendo por su órden las demas hasta dentro de Gilolo, de suerte que en espacio de medio cuarto de hora se supo, con haber hartas leguas. El capitan Urdaneta embarcó su gente y salió con sus diez y nueve galeras y algunos barcos menores del servicio de la armada y surgió dos leguas de Gilolo, detras de la Punta Gorda donde los portugueses ántes, cuando Zarquizano estaba en Gilolo, le aguardaban. Luégo, otro dia, se descubrió la armada portuguesa, que era compuesta de treinta y siete velas, las treinta galeras y los demas paraos y bateles armados. Venia navegando con buen viento, cuando al doblar la Punta Gorda salia ya á la vela la armada castellana, y llegando á tiro de mosquete, se comenzaron, puestos en ala los unos y los otros con muy buena órden, á cañonear, haciendo la guerra galana desde afuera; disparábase de una y otra parte mucha artillería; cubríase el aire del humo que subia al cielo; los unos y los otros recibian mucho daño, con la espesa lluvia de balas que en las dos armadas caian. Llevaba lo peor siempre el portugués, por estar á sotavento; habia el capitan Urdaneta, como diestro guerrero, escogido el puesto con tiempo, que en la mar es barlovento, y donde estaba surto le tenia en su favor, y aunque el portugués procuró, cuando peleaban, mejorarse, porque todo el humo de la artillería castellana caia sobre sus galeras, con que no vian á hacer tiro de consideracion, nunca pudo, porque Urdaneta, tanto cuidado tenia con no perder el barlovento, como con pelear, porque teniéndole tiraba al descubierto,

seguro de que el humo no le impidiese. Llegábanse á la Capitana algunas galeras para abordarla, pero disparóselas tanta artillería y mosquetería, que echando á pique dos y matando mucha chusma, ciaron; ya las galeras de la una armada y otra estaban mezcladas y peleaban á mantiniente, arrojándose los unos y los otros muchas lanzas, á que llaman calabais: tiene obligacion cada soldado á llevar cien calabais, que son dardos, con esto son tantos los que se tiran, que parecen nubes de granizo que caen sobre los navíos cuando se comienzan á arrojar. La Capitana portuguesa peleaba con la nuestra, porque al capitan Urdaneta le pareció que rendida aquélla el resto de la armada quedaba vencido, arremetió con ella teniéndose simpre por la parte de barlovento, y sin barloarla la cañoneaba fuertemente, haciéndola mucho daño con las balas, y mayor con el humo que les impedia al disparar, porque tiraban á poco más ó ménos, y los castellanos apuntaban al descubierto; y viendo cuán mal lo pasaba, socorriéronla otras galeras: al lado de nuestra Capitana estaban las galeras reales de Gilolo, Tidore y Maquien, que apretaron á las demas valientemente, echando algunas á fondo. Cuatro horas habia que se peleaba con gran coraje y teson por entrambas partes, cuando la galera real de Terrenate, donde iba el Gobernador del reino, Cachil Daroes, habiendo estado casi rendida por la Capitana de Tidore, fué favorecida de la del rey de Bachan, que llegó de refresco, y viéndose libre y la mitad de su gente degollada, volvió la proa y salióse de la armada huyendo; las demas galeras, viendo su Capitana que hacia vela, muy maltratadas la fueron siguiendo. La Capitana portugusa, que todavía se cañoneaba con la nuestra, viendo ir sus galeras, ció, y largando las velas se retiró. El capitan Urdaneta, victorioso, con su armada los fué siguiendo, disparándoles por la popa más de una legua, haciéndoles mucho mal con el cañon de crujía y moyanas de la proa, y viendo que entraba la noche hizo señal de recoger, dando gracias á Dios por tan gran victoria como les habia dado contra tantos y tan poderosos enemigos: recogieron de la mar gran número de calabais que los terrenates habian arrojado, que es la señal que

tienen de victoria, y su trofeo consiste en llevar las armas enemigas. Aquella noche se recogió la victoriosa armada á la Punta Gorda, y haciendo vela al cuarto del alba, entró el capitan Urdaneta victorioso en Gilolo con las diez y nueve velas que habia sacado, aunque con alguna gente ménos y muchos heridos, y de los castellanos fueron pocos los que salieron sin herida. Recibiólos el Rey con el aplauso y fiesta que una tan deseada victoria requeria, haciendo mercedes á los que se habian aventajado en la pelea, y dando muchas gracias al capitan Urdaneta, celebró la victoria con grandes fiestas y borracheras; no fué ménos celebrada de los tidores y maquienes, y los castellanos lo fueron tanto que merecieron en aquellas naciones renombre de invencibles.

CAPÍTULO XVI.

Los portugueses van sobre la ciudad de Maquien y destrúyenla; cuéntase el valor de un iavo.

No fué pequeño este golpe para la reputacion de las armas portuguesas, y tanto fué mayor cuanto fueron vencidas con desigual poder; queriendo, pues, soldar esta quiebra sin perder tiempo, tomando sólo el que bastó á concertar las galeras y navíos que destrozados volvieron de la rota de Gilolo, el capitan D. Jorge, metiendo nueva gente en la armada, fué en persona sobre la ciudad de Maquien, donde su Rey y victoriosa gente aún no habia llegado, y sólo estaba en ella una pequeña guarnicion de soldados maquienes, y el vizcaíno Martin de Islares, natural de Laredo, junto á Bilbao, y cuatro castellanos, que de seis que tenia habia enviado dos con el rey de Gilolo. Surgió la armada portuguesa, que era de treinta vasos, entre galeras y navíos (que los demas habian perecido en Gilolo), á vista de la ciudad, que causó harto alboroto y confusion, por no tener la defensa que era menester para resistir la armada que iba sobre ella, porque fuera de las galeras dichas, iban más de sesenta paraos pequeños, y en toda la armada cuatro mil soldados ter-

renates y bachanes, y sesenta portugueses. Martin de Islares tenia en defensa la ciudad, como está dicho, y desde que descubrió la armada armó en el puerto, junto al surgidero por donde habian de desembarcar los enemigos, un bestion ó terrapleno para ponerse allí y defender, si podia, el tomar tierra; púsose á su abrigo con sus cuatro castellanos y cien indios. La armada comenzó á menear la artillería contra el bestion y á echar gente en los bateles; habia llevado un tiro pequeño Islares y puéstole en su terrapleno, y tuvo tan buena suerte disparándole contra un batel que se habia adelantado, que entre otros que mató, porque iba lleno de gente, fué un portugués; con esto se retiró el batel y los demas le siguieron, porque viendo que por allí no podian desembarcar sino con gran peligro, fué á echar la gente donde no alcanzase la piecezuela; con esto Martin de Islares, viendo no ser de provecho aquel reparo, se retiró á la ciudad llevando consigo la pieza. Desembarcó la gente de la armada, y en buen órden fué marchando hasta plantarse junto á la ciudad, donde sacando unas trincheas plantó su artillería, que era gruesa, y la que habia en Maquien era de poca consideracion y de muy pequeña bala, sólo habia un pasamuro bueno con que se hizo mucho daño al ejército, matándole mucha gente, porque jugaba á caballero por encima de las trincheas, las cuales fueron levantando hasta abrigarse del pasamuro. Batieron los portugueses lo ciudad tres dias continuos, arrojándose á darla algunos asaltos y á escalar el muro, pero Martin de Islares y sus compañeros acudian á la defensa con gran presteza, ordenando á los maquienes lo que habian de hacer, y rebatieron los portugueses algunas veces. Tenia esta ciudad por un lado un monte tajado que le servia de cerca y paso, por lo demas la rodeaba el muro; por este paso, en el discurso destos tres dias que duró la batería, echó Martin de Islares todas las mujeres y niños que llevaron consigo las haciendas que pudieron, y sólo quedaron en la ciudad algunas que no quisieron desamparar á sus maridos, y los hombres de guerra que se defendieron valerosamente. En esto un negro (género es de gente peligrosa en los cercos, porque como deseen la li-

bertad, acometerán cualquier traicion), salió por la parte del monte y enseñó á los portugueses el lugar por donde podian entrar á la ciudad: volvió D. Jorge á probar la mano, y dió un asalto general por cinco ó seis partes al muro, pero como Martin de Islares repartiese bien la gente, que no eran quinientas personas, por los lugares por donde se daba el asalto, rebatian los que querian subir el muro con muerte de más de doscientos; peleábase por una y otra parte valientemente, porque los tirillos y piedras pequeñas que habia aquí hacian su batería, que como eran mañeros, los llevaban donde Martin de Islares via que eran de provecho. Puso el pasamuro en una tronera de una casa-mata con que barria la cortina del muro donde era el mayor asalto; por otra parte, desde encima del muro, ya con piedras, ya con lanzas, hicieron medir el muro á algunos que llegaban á sus almenas, habiendo gran mortandad en los que daban el asalto y pocos en la ciudad por las buenas defensas que habia. El capitan D. Jorge, viendo la imposibilidad del asalto, tocó á recoger, y porque llegaba ya la noche, determinando entrar la ciudad por la parte del monte, Martin de Islares despachó con un castellano un aviso de lo que pasaba al general Fernando de la Torre, y D. Jorge se retiró detras de una punta por donde el traidor, hijo de la noche, habia de guiar y enseñar el paso para entrar la ciudad; y, siendo el cuarto ya de la modorra, envió cincuenta portugueses con mil quinientos terrenates, que fueron marchando por una inaccesible sierra, por donde dicen las relaciones y quien ha visto aquel paso que sólo el demonio podia ir por él, especialmente por la banda de la playa, que era por donde marchaba este escuadron, pero quien considerare la audacia y valor de los portugueses no se admirará, que la region de España cria leones. Por otra parte ordenó dar otro asalto á la ciudad D. Jorge, para divertir á los maquienes del albazo que se les ordenaba. Amaneció, y acometiendo el muro, los de dentro se pusieron en defensa y peleando valientemente, el escuadron volante llegó á la entrada de la ciudad por la parte del monte; pasó la palabra á los que encima del muro se defendian, pero no perdién-

dose de ánimo Martin de Islares, envió á defender aquel paso dos castellanos con doscientos indios que fueron volando, pero ya los portugueses habian comenzado á entrar. Trabóse entre los unos y los otros una batalla muy reñida; morian de entrambas partes; los maquienes aflojaron por ser tan pocos, con que acabó de entrar todo el escuadron y volvieron las espaldas; los dos castellanos, hechos dos Césares, habiendo derribado algunos portugueses, murieron valientemente. Harta diligencia he hecho por saber sus nombres y patrias, y no lo he podido alcanzar, pues mejor que algunos romanos que fueron honra de Roma, pudieran estos dos famosos hombres honrar las suyas. Martin de Islares, viendo entrada la ciudad y que se huian los naturales, saltó el muro por un lado del monte, y subióse á él con los demas. Los portugueses, ufanos, y con razon por cierto, pues anduvieron como hombres valerosos y muy como soldados, abrasaron el lugar. Martin de Islares tuvo noticia en el monte donde estaba, como dos leguas de allí tenian en un camarin ó atarazana los portugueses dos mil quintales de clavo juntos, y que la armada que sobre Maquien quedaba habia de ir á cargar el clavo; con su compañero y algunos indios de guerra salio al mar, y metiéndose en un parao ligero, llegó á prima noche á la atarazana, y sin que nadie se lo impidiese la puso fuego y abrasó todo el clavo, y dió luégo la vuelta, cosa que sintieron notablemente los portugueses, porque fué una de las mayores pérdidas que tuvieron.

No quiero pasar en silencio lo que hizo un iavo, casado en la ciudad de Maquien, cuando vió que los portugueses habian entrado en la ciudad: era su mujer una de las que se quedaron en Maquien, que no quiso desamparar á su marido, cuando Martin de Islares despejó el pueblo de ellas: el iavo, cuando corrió la voz que los portugueses habian entrado por la vía del monte, estaba en el muro peleando, y fué con los dos castellanos á impedir el paso, y peleó con ellos con una lanza y adarga cuanto pudo, hasta que viendo que no podian ser resistidos, fué á su casa donde su mujer le estaba haciendo de comer para llevárselo al muro, díjola cómo los portugue-

ses habian entrado la ciudad y que iba á matarla con sus hijos, por no verla en poder dellos cautiva, ni á ellos esclavos suyos, y que luégo iria él á morir alegre entre ellos. La mujer, sin turbacion ninguna, le dijo que la parecia muy bien y que más queria morir á sus manos que ser deshonrada despues de sus enemigos; despidiéronse con algunos abrazos, y degollando el padre dos criaturas pequeñas, otro hijo algo mayor, no le pareciendo bien aquella fiesta, se bajó de la casa y escondió. Luégo el iavo mató á su mujer, y volviendo al escuadron portugués, que sin resistencia venia por las calles, sólo con una daga se abalanzó á un portugués que venia delante, y con notable ligereza le degolló; muerto éste, se abrazó con otro, á quien dió de puñaladas, y allí murió hecho pedazos. Si esté hecho hubiera acaecido en Roma, sin duda ninguna quedara memorable en las historias y memoria de las gentes, por ser ésta una cosa de las que celebran por rarísimas y memorables.

La toma de esta ciudad de Maquien fué ocho dias despues de la rota que la armada portuguesa tuvo en Gilolo, á veintiseis de Noviembre deste año de veintisiete; ni les costó poca sangre, pues en los asaltos y entrada de la ciudad murieron quince portugueses y casi cuatrocientos soldados terrenates; de los castellanos murieron dos y ménos de cien indios, porque como la ciudad estaba despejada de la gente inútil, pudieron ponerse en salvo los que habia en la ciudad cuando la vieron entrada; saco no hubo ninguno, ni tuvieron más provecho los portugueses y terrenates que el gusto de la victoria.

CAPÍTULO XVII.

Va la armada portuguesa sobre Zalo. Llega socorro de Tidore á Maquien. Pelean castellanos y portugueses que, vencidos, se retiran á Terrenate.

Victoriosos los portugueses, tuvieron, estando aún en Maquien deleitándose con la vista de la abrasada ciudad, nueva del clavo que Martin de Islares habia abrasado; bramaba el ca-

pitan D. Jorge, porque era suyo, y lo tenia recogido para enviar á Malaca, y determinaba llevarlo en su armada. Envió un mensajero á los indios que estaban en el monte, que volviesen á la obediencia del rey de Portugal y la jurasen de nuevo, y se volviesen á poblar, y les perdonaria el haber salido de su obediencia con tal que le entregasen los castellanos que tenian en su poder, donde nó, que los habia de destruir hasta que no quedase ninguno dellos en la Isla. Oyeron esta embajada algunos Cachiles que con la Reina estaban retirados, y como los indios son amigos de novedades, medrosos por lo que habian visto, y previniendo lo futuro, platicaron el entregarlos, no obstante que el Rey no estaba allí, pareciéndoles que siendo ellos los nobles del reino, especialmente viniendo en ello la Reina, Su Alteza lo tomaria bien; propusiéronselo, y no sólo no lo aprobó la Reina, pero los trató de traidores desagradecidos á los castellanos, que habian, por defender su ciudad, expuéstose al rigor de la guerra, derramando su sangre por bien de aquella república, y habiendo muerto con tanta valentía de cuatro castellanos que eran, los dos, en ocasion que pudieran, si quisieran, salvarse; con esto despachó los mensajeros á D. Jorge, diciendo que ellos habian dado la obediencia al rey de Castilla y no podian contravenir á lo que el Rey, su marido, y los demas Cachiles y señores del reino de Maquien habian jurado, que aunque les habian abrasado su ciudad no les habian derribado su valor antiguo ni menoscabado, y que cuando volviese se sabrian defender mejor ó morir en la demanda, y que en lo que tocaba al entregar los castellanos, se espantaba mucho de gente tan política que hiciesen peticiones bárbaras, pues cuando no por la inmunidad, que ampara con leyes sagradas de naturaleza á los huéspedes, por haber derramado en su servicio su sangre, obligaba, no sólo á no entregarlos á sus enemigos, que esa fuera traicion y deslealtad de ingratos, pero á defenderlos con sus armas hasta perder la vida. Recibió este mensaje y respuesta D. Jorge, y juró de ántes de volverse á Terrenate abrasar algunos lugares de aquella Isla, que estaban por los castellanos; y así dió la vela y fué sobre una villa, llamada Zalo,

con propósito de abrasarla, como habia hecho de Maquien.

Ya el general Hernando de la Torre habia prevenido trece galeras con el aviso que tuvo del cerco de Maquien, y metiendo cincuenta soldados, encargó al capitan Andrés de Urdaneta, que con el rey Cachil Humar habia ido á Tidore, esta armada, para que peleando con la de Terrenate, obligase al portugués á levantar el cerco y retirar á su fortaleza. Andrés de Urdaneta, como tan experto en materias de guerra, era de parecer dar consigo sobre la fortaleza de Terrenate, que por tener poca gente le parecia que se podria con facilidad tomar con la que llevaba; decia que de aquella manera se concluiria la guerra con facilidad, atajándola en su raíz, pero como el rey de Maquien daba priesa por ver su ciudad libre, no tuvo efecto esta plática, y embarcándose el mismo Rey en la galera real, dieron la vela, y llegaron á Maquien un dia despues de haberse hecho á la vela D. Jorge. Vieron aquella ciudad convertida en ceniza, que no causó poco dolor á todos, especialmente al rey Humar, que deseosos de la venganza, habiendo tomado lengua de la vuelta que llevaba la armada portuguesa, apretando los remeros los puños, fueron en su seguimiento, enviando delante Andrés de Urdaneta un parao ligero á descubrir al enemigo, el cual, con tiempo contrario, estaba surto una legua de Zalo y abrigado en el puerto; el viento era en favor para los castellanos, que navegaban á dos puños. El parao descubrió la armada surta, y volviendo á la suya, dióla aviso del puerto donde estaba la de Terrenate, y arribando sobre él, descubriéronse las dos armadas. D. Jorge se salió con la suya á la mar, y el capitan Urdaneta, habiendo dado el órden que habian de guardar los capitanes y cabos de sus galeras, embistió con su galera real la Capitana de D. Jorge, y trabóse entre ellas una cruel batalla; las demas comenzaron la escaramuza unas contra otras, teniendo los castellanos cuidado con el barlovento, en que el capitan Andrés de Urdaneta, como tan gran soldado, y que tenia tanta noticia de las refriegas del mar, fiaba sus victorias. Los unos y los otros se cañoneaban tan terriblemente, que el aire se cubria de humo, y con él ni el cielo ni el agua de

la misma mar se veia; peleaban los unos y los otros con gran coraje: los portugueses, por no descaecer de su antiguo valor, y no malograr la reciente victoria de Maquien; los castellanos, por conservar la fama que de invencibles tenian en aquellas Islas, y por su belicosa naturaleza, no domada hasta entónces de nadie, y por tomar satisfaccion del agravio que el Rey habia recibido. Los maquienes, con el dolor del incendio de su ciudad y de las muertes de sus parientes y amigos, peleaban desesperadamente. El rey de Maquien, que ántes de la batalla se habia pasado á otra galera, entró á otra de Terrenate, degollando la gente, á cuya defensa acudió Cachil Daroes, sobre quien revolvió Alonso de Rios con la suya, y con el cañon de crujía desaparejó la Real de Daroes, á quien favorecieron las demas galeras; algunas de los maquienes, gobernadas por castellanos, echaron á fondo otras de Terrenate, degollando cuanta gente podian; ni recibian ménos daño los maquienes y tidores, porque la batalla fué de las más reñidas que hubo jamás en aquellas partes; peleaban castellanos y portugueses, las dos naciones más valientes del mundo y más formidables en todo el orbe. Las armas de los unos eran temidas en Africa y Asia, donde sojuzgando los reyes todos de la India, pusieron el Imperio de toda ella en la corona de Portugal; las de los otros, desde el tiempo de Aníbal, fueron temidas en toda la Europa, donde conquistaron los reinos y señoríos que hoy sin contradiccion poseen los reyes de Castilla, habiendo conquistado la América toda, que es un nuevo mundo, y á lo que yo he alcanzado y visto, sola la América es mayor, con sus Islas adyacentes, que Europa, Africa y Asia; poniendo en la corona de Castilla los dos imperios más ricos, opulentos y extendidos que tuvo el mundo, como son el gran Imperio mejicano, y en el Perú el de los Ingas, á quien estaban sujetos más y mayores reinos que tiene la Europa, aunque entre el del Gran Turco en el Asia y Europa. Peleaban, pues, estas dos naciones con tanto teson, que habia bien seis horas que se cañoneaban, y como los portugueses no viniesen descansados de los asaltos que á Maquien dieron, no pudiendo sufrir más el

rigor de aquella naval batalla, ciáron las galeras de Terrenate, y haciéndose á la mar, volvieron las proas á su camino, y á remo y vela comenzaron á huir, habiendo perdido algunas galeras, que como á algunas faltaba gente por la que habian perdido en los asaltos de Maquien, fueron fáciles de entrar. Siguió la victoria el valeroso capitan Andrés de Urdaneta, honra de la provincia de Guipúzca y de su patria, Villafranca, siguió la victoria bien dos leguas, tomando algunas galeras de Terrenate que no podian tener con la armada, y en ellas muchos captivos, y llegando la noche, dió la vuelta á Maquien; murieron cinco castellanos y más de cien indios, sin perder una tan sola embarcacion; de la armada de D. Jorge, entre las galeras que se echaron á fondo y tomaron, que fueron once, una fué la del rey de Bachan, que se salvó á nado y le tomó una galera de Terrenate; murieron algunos de los portugueses, cuyo número no he podido saber; de los terrenates y bachanes murieron más de quinientos, y cautiváronse más de trescientos. El capitan Urdaneta surgió en Maquien, y el Rey, vengado, y en parte satisfecho, volvió á reedificar su ciudad, y dejando un Gobernador en el reino, se volvió en la misma armada con la Reina, su mujer, á Tidore; fué esta batalla muy celebrada, y la más reñida que tuvieron castellanos y portugueses, y sobre que hubo en aquellas Islas más llantos. Cachil Rade, gobernador de Tidore, fué malamente herido tres veces en ella, y una de las heridas fué un versazo que le acertó; curóse, y los demas heridos, que no fueron pocos; el capitan Urdaneta salió herido de un mosquetazo, pero no le acertó en parte peligrosa, ni quebró hueso.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

Muere el rey de Terrenate con veneno; sucédele Cachil Dayalo, su hermano; toman los portugueses un parao de bastimentos á los castellanos.

Cachil Daroes siempre aspiraba al reino de Terrenate; hallábase bien con el gobierno, y por todas las vías y modos que podia se procuraba asegurar. Tenia ya edad el rey de Terrenate, Sultan Bayano, que en la fortaleza estaba detenido, para tomar en sí el gobierno; ponia esto en plática la Reina madre, deseosa de ver reinar á su hijo, y libre ya de la prision en que estaba, pues por tal reputaba el haber estado detenido tantos años en la fortaleza. Entendió Cachil Daroes lo que se ponia en plática, y, ántes que pasase adelante, trató secretamente de darle veneno en la comida con quien le daba de comer, que lo ejecutó como Daroes lo deseaba. Cuando lo supo la Reina, hizo, como madre, extremos, echando la culpa á los portugueses, que no tenian ninguna, ántes mostraron sentimiento de la malograda muerte del Rey; ni fué pequeño el que hizo el reino, que deseaba ser gobernado por su Rey legítimo, y no por bastardo como lo era Daroes. Viendo, pues, que con él no remediaban nada, juró luégo á un hermano menor del difunto por su Rey, que se llamaba Cachil Bayano; pero tuvo tales inteligencias D. Jorge con Cachil Daroes, que le recogió en la fortaleza, no sin gran sentimiento de la Reina madre, que fué á verse con D. Jorge y á pedirle á su hijo, derramando lágrimas y haciendo tales sentimientos, que obligáran al bárbaro más cruel del mundo; pero como aquello llevaba su materia de estado, ni le persuadieron sus razones ni movieron sus lágrimas, con que quedó Cachil Daroes asegurado por entónces en el gobierno.

El general Hernando de la Torre habia enviado á Camafo y á otros lugares de amigos en el reino de Gilolo, algunos paraos por arroz y otros bastimentos para su campo. El capitan

D. Jorge, que en su fortaleza tenia bien pocos, y los portugueses padecian necesidad, envió cuatro galeras tambien por bastimentos á los pueblos del rey de Terrenate, y llegando á la Bocanora, vieron pasar un parao de los castellanos, que los demas habian ya pasado solos y esparcidos, porque como no temian enemigos, en tomando el bastimento y dando la vela, el que más navegaba se adelantaba sin aguardar al otro. Acometieron al parao las cuatro galeras; venian en él dos soldados, llamados Montoya y Marquina: los portugueses les requirieron que se entregasen: ellos respondieron con las armas, y pelearon valientemente, hasta que no pudiendo sufrir tanta batería, fueron los dos castellanos entrados, que con sus espadas y rodelas hacian buena riza en los portugueses, hasta hacerlos saltar por el portalo á sus galeras; pero como eran cuatro los que tenian aferrado el parao, entraban los portugueses por varias partes; acometieron una tropa dellos á Montoya y Marquina, y ellos, como hombres desesperados, no procurando defenderse, sino ofender y morir, hirieron á algunos portugueses de muerte, hasta que habiéndose ellos desangrado de las heridas, cayeron y los acabaron de matar, vengándose de los que ellos habian muerto y herido; tomaron el parao, y cargado de bastimentos, le metieron en Terrenate. Por este tiempo, que era ya fin de este año de veintisiete, murió de ochenta años el rey de Gilolo; sucedióle el Príncipe, su hijo, que corrió con los castellanos como su padre, y es cosa notable que en este tiempo los reyes de Terrenate, Tidore y Gilolo eran mancebos, como lo son este año de seiscientos veintitres, en que escribo esto, el de China, que tendrá catorce años.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Toman los castellanos á los portugueses una galera; asáltanlos un fuerte, y toman la artillería.

Mucho daño se hacian los castellanos y portugueses en las islas del Maluco; peleaban los unos y los otros como enemigos capitales donde quiera que se encontraban; ni los unos ni los otros eran señores de navegar aquellos mares, ménos que muy bien prevenidos; andaban en corso haciéndose todo el mal que podian, dando en los lugares confederados de las dos coronas de Castilla y Portugal, abrasándolos y cautivando la gente, como lo hacen los moros de Berbería, de Tetuan y Argel, y si de todo lo que entre estas dos cristianas naciones hubiera de escribir lo que pasó, fuera alargar mucho estos escritos; de solas las cosas más notables echo mano, y que son dignas de historia, dejando las demas por menudencias, que no lo son tanto, que no halle en Historias graves otras de ménos consideracion, no como cosa accesoria, sino como esenciales, escritas; pero peleando estas dos naciones casi todos los dias, por estar los fuertes de ellas en distancia de cuatro leguas, cautivándose los unos á los otros, ya venciendo unos, ya otros, ya apartándose como buenos, aunque la materia es digna de historiarse: baste por agora llevarlo sabido así.

Como los portugueses no dejaban de buscar á los castellanos, y tenian en la isla de Maquien algunos lugares para el trato del clavo, porque da todos los años esta Isla, segun me han informado los más bien entendidos capitanes que en estos tiempos van y vienen de Terrenate á Manila, dos mil bares de

clavo, que como ya tengo advertido, cada bare vale seiscientas y veinte libras, y los dos mil bares hacen doce mil y ochocientos quintales de clavo; esta riqueza posee hoy, con harto dolor nuestro (sin otra mucha en las demas islas), Holanda, por nuestro descuido. Como era, pues, de tanta importancia esta Isla, tenian bien la mitad de los pueblos de ella á su devocion los portugueses, y en ella almacen de clavo, como vimos en los dos mil quintales que Martin de Islares quemó. Para defensa de este puesto D. Jorge habia mandado hacer un fuertecillo á manera de cubo, de figura exágona, y plantado en él cuatro piezas pequeñas de artillería, con doce portugueses, en la parte de Tafacoa junto á una aldea deste nombre. El general Hernando de la Torre despachó á Alonso de Rios con cinco galeras á quemar á Tafacoa y algunos veinte castellanos en ellas. Salió el capitan Rios, que ya lo era de una de las compañías de infantería de Tidore, á cuatro de Enero de este año de veintiocho, y habiendo llegado á la costa de la isla de Maquien, descubrió dos galeras, arribó sobre ellas, que como vieron cinco sobre sí volvieron huyendo á remo y vela; Alonso de Rios las fué dando caza, y alcanzando una, la tiró algunos cañonazos, y luégo se rindió: eran estas dos galeras de portugueses que iban por bastimentos para la fuerza de Terrenate; bogaba esta galera cien palas, metió gente suya el Capitan dentro, repartiendo la gente de ella en las demas galeras y siguió la otra galera, que como tuvo tiempo de huir, se escapó. Con este buen principio, Alonso de Rios fué á Tafacoa, surgió, y dejando á recaudo los prisioneros y con guardia las galeras, saltó en tierra: desde el fuerte le comenzaron á ojear con la artillería; pero como era poca y arrojaba poca bala, marchó con su pequeño escuadron la vuelta dél; abrigóse de la artillería, y dividiéndose en dos tropas, dióse el «Santiago», y comenzóse á dar el asalto: los de arriba, aunque eran pocos, se defendian muy bien; desde abajo los mosqueaban con los mosquetes; el primero que comenzó á subir el fuerte fué un caballero, mancebo muy valiente y bríoso, llamado Pan y Agua, y forcejó tanto en subir, que llegó á poner pié sobre él; pero como los portugueses no es-

tuviesen descuidados, le derribaron de un mosquetazo del muro abajo, no sin gran compasion de sus compañeros, porque era un mancebo muy querido de todos, de veinticuatro años y de muy grandes esperanzas. Con el dolor desta muerte apretaron el asalto, y subiendo el capitan Rios y otros castellanos, aunque los portugueses se pusieron en defensa, de tal manera los apretaron, que habiendo muerto algunos portugueses, cuatro ó cinco que quedaron se escaparon por la puerta del monte; de los nuestros murió este gallardo mancebo, como honrado y valiente caballero, y de los soldados tidores murieron doce, y este fuerte se tomó dia de la Epifanía, y luégo se arrasó y fueron á Tafacoa, que estaria un tiro de falcon de allí, y hallando el pueblo desierto fué saqueado, donde sólo se halló algun clavo que se llevó á las galeras, y el del fuerte, que seria cantidad de más de mil quintales; abrasóse el lugar, y embarcando la artillería del fuerte, se volvió el capitan Alonso de Rios, y entró en Tidore con la galera victorioso: el General repartió el clavo, dejando en el almacen lo que á Su Majestad Católica tocaba, entre los soldados que en la toma del fuerte de Tafacoa se hallaron.

Acabado ya el navío que en Tidore se habia fabricado, y queriendo botarle al agua, hallaron que la madera era muy mala y que estaba ya comenzada á podrir, cosa que dió harta pena al General, porque desde el principio lo pudieran haber mirado mejor y se hubiera reparado y excusado el gasto y tiempo; pero como eran indios los carpinteros, que no reparan en tanto, pudo haber tan gran yerro en cosa de tanta importancia. Viendo, pues, el General que no era de provecho el galeon, le dió fuego.

CAPÍTULO II.

Toman los castellanos el pueblo de Guinta y prenden á su Sangaje. Los portugueses abrasan á Zalo; vá sobre Toloco Andrés de Gorostiaga y quémale.

Teniendo noticia, por la que el rey Humar de Maquien le dió, el General de que el pueblo de Guinta le habia levantado la obediencia y dádola al rey de Portugal, siendo legítimos vasallos de Cachil Humar, envió treinta castellanos con su teniente Pedro de Monte Mayor, y algunos soldados tidores y maquienes, á fin de Enero, á reducir aquel pueblo á la obediencia de su Rey por los mejores medios que pudiese, y donde nó, que le destruyese á fuego y sangre. Estaba el rey de Maquien en esta sazon con la Reina, su mujer, en Tidore, que no quiso volver á Maquien hasta ver sosegado el reino, que se habia dividido, siguiendo unos el bando de Castilla y otros el de Portugal: salió Pedro de Monte Mayor con seis galeras, y llegando á la villa de Guinta, que seria de mil vecinos, envió un recado al señor della, que era un Cachil ó Sangaje puesto para su gobierno por D. Jorge, cuya sustancia era, que supuesto que aquel pueblo era del rey de Maquien, Cachil Humar, que dejase el bando de los portugueses y diese la obediencia á su legítimo Rey, que donde nó, le denunciaba la guerra á fuego y sangre. Diósele este recado al Sangaje, persuadiéndole cuán bien le estaba la amistad de los castellanos, y que le reconciliarian con su Rey y dejarian en aquel gobierno. El Sangaje respondió, fiado en la fortaleza del lugar y en alguna artillería que tenia y ocho portugueses consigo, que no conocia otro Rey sino al de Portugal, cúya era aquella villa que en tenencia él tenia, por su capitan D. Jorge, y la habia de defender hasta morir. Pedro de Monte Mayor le envió en la misma forma á hacer otro requerimiento, enviando dos españoles con órden de que reconociesen la villa, y gente y las partes más flacas del muro, que

habiéndolo tanteado muy bien, volvieron con la misma respuesta del Sangaje que ántes; y diciendo que lleno de arrogancia y soberbia amenazaba á los castellanos que si no se volvian en paz, coronaria con sus cabezas aquel muro. Tendrian los guintanos seiscientos hombres de guerra. Los castellanos eran treinta y quinientos soldados indios, sin la gente de boga. Al cuarto de la prima salió en tierra Monte Mayor con su gente, y poniéndose junto al muro abrió una trinchea, abrigándose de la artillería, y aquella noche envió diez castellanos con cien soldados tidores á emboscarse en el monte, para dar de sobresalto por la parte del muro que allí caia; fué fácil emboscarse por la oscuridad de la noche, y haber ido á la deshilada esta tropa; llegando al monte cogieron dos espías, que informados dellos de las prevenciones que el Sangaje hacia, les dieron de puñaladas y se estuvieron quedos: al rayar el alba, comenzó el asalto Pedro de Monte Mayor, con tanta fuerza, que tuvieron ganado el muro, á que acudiendo toda la fuerza de la gente con el Sangaje, rebatieron á los castellanos, peleando valientemente por entrambas partes, desde arriba con dardos y piedras, y á fuerza de campilan y rodela (es campilan lo mismo que alfange, en que son los malucos muy diestros); de abajo con los mosquetes los ojeaban: el Sangaje acudia con notable presteza al mayor aprieto; ya en esta ocasion los de la emboscada, conociendo la diversion de los enemigos, entraron el muro sin ninguna dificultad, pasando los tidores á cuchillo cuanto encontraban: corrió la voz dónde estaba el Sangaje y volvió á la tropa que por la villa marchaba haciendo gran estrago; los demas siguieron al Cachil turbados, y desamparando el muro, subió Pedro de Monte Mayor con los demas, acudiendo á los diez castellanos que por la vía del monte habian entrado, que del Sangaje y portugueses y la demas gente que estaba en el muro estaban rodeados, peleando como toros acosados; y dando Monte Mayor sobre ellos, murieron muchos; y poniéndose los demas en huida tomaron al Sangaje vivo; saqueóse la villa y diéronla fuego, y embarcando la artillería y al Cachil dieron la vuelta á Tidore. El rey Cachil Humar cortó la cabeza al San-

gaje rebelado, y de los prisioneros dejó ir libre uno, para que diese á los guintanos nuevas de la justicia que del Sangaje habia hecho.

No tardó mucho D. Jorge en saber lo que en Guinta habia pasado: determinó vengarse; armó algunas galeras y fué sobre una aldea confederada á Castilla, y sus moradores vasallos del rey de Maquien: surgió en su puerto, y viendo los zaloanos no tener muros ni defensa, llevando consigo la hacienda que pudieron, con sus mujeres é hijos se fueron al monte. Saltaron los portugueses en tierra, y no hallando resistencia ni saco de consideracion, dieron fuego á Zalo. Está esta aldea en la playa de Maquien, enfrente de Tidore, seis leguas de distancia solamente; cuando la dieron fuego se vió de Tidore, especialmente cuando entró la noche. Dijeron al General lo que pasaba, y dando en lo que seria Andrés de Gorostiaga, soldado honrado, natural de la provincia de Guipúzcoa, y que en muchas ocasiones habia mostrado su valor, pidió al General dos galeras con treinta castellanos para ir á abrasar el pueblo de Toloco. Hernando de la Torre se las dió, y el de Tidore le dió cuatro: con estas se embarcó aquella noche Andrés de Gorostiaga, y al cuarto del alba dió sobre el lugar, que como estaba una legua de Terrenate, nunca recelaron que castellanos se atrevieran á llegar á él; y como le cogió de sobresalto, con facilidad le entró y dió fuego por cuatro partes, porque los soldados no se enfrascasen en saquearle y revolviesen los enemigos sobre ellos. Luégo se embarcó y dió la vuelta á Tidore sin que le enojase nadie. Fué este asalto de gran reputacion á la nacion Castellana, porque tuvieron los indios de Terrenate á gran valor de los castellanos haber abrasado á Toloco, á vista de la fortaleza de los portugueses.

CAPÍTULO III.

El capitan Andrés de Urdaneta cerca la villa de Tugabe, y habiendo abrasado sus aldeas, la entra por fuerza de armas.

No muy distante de la ciudad de Gilolo, en la misma Isla, habia una villa llamada Tugabe, sujeta al rey de Terrenate, rica y la mejor que el rey Dayalo en Gilolo tenia; era fuerte por arte y naturaleza; estaba puesta sobre un monte de difícil subida, bien murada y artillada, y con buena guarnicion dentro, de mil soldados. El rey de Gilolo deseaba volver á su Corona esta villa, de donde el rey Boleife la habia sacado y puesto en la de Terrenate; tratólo con el capitan Andrés de Urdaneta, diciéndole cuán de importancia seria quitarla á Terrenate y ponerla debajo de la obediencia del rey de Castilla, por ser de las villas más ricas que habia en Gilolo, y de donde Terrenate se proveia para muchas cosas; envió el Rey á su sobrino Cachil Tidore, para que acompañase al capitan Urdaneta que iba á tratar aquel negocio con su General, para que en nombre suyo apretase con él que enviase una buena tropa de castellanos. Urdaneta concluyó con Hernando de la Torre que le diese treinta castellanos, y acudiendo los reyes de Tidore y Maquien, sacó ochocientos hombres en ocho galeras y la fusta bien artillada, con que fué á Gilolo, donde le dió el rey Humar mil soldados escogidos de su reino, y su armada que tenia bien apercebida. Con ésto salió el capitan Andrés de Urdaneta, y llegando á Tugabe, envió á requerir al Cachil de aquella villa que la entregase luégo; donde nó, que le haria guerra á sangre y fuego: el Cachil le respondió que aquella plaza era del rey de Terrenate, su señor, que no podia entregarla á otro Rey; este Sangaje era hermano bastardo del rey Dayalo de Terrenate; llamábase Cachil de Reves, estaba bien apercebido, y dejando encargada la villa á quien la defendiese, salió fuera della, y tomando diez galeras que tenia en un rio, se embarcó con al-

guna gente de las aldeas de Tugabe, para ir sobre la armada que estaba en Gilolo. Las centinelas que Urdaneta tenia por el mar para que le avisasen si parecia la armada portuguesa, le hicieron la seña que les habia dado, de que habia velas, y aunque habia desembarcado con su gente para ir sobre Tugabe, se volvió á embarcar, y apercibiéndose salió con la fusta y seis galeras. Luégo se descubrieron las dos armadas, y yéndose la una para la otra, la fusta disparó su artillería, y como Cachil de Reves la viese algo delante, cerró con todas sus galeras con ella para tomarla; pero como los castellanos jugaban su mosquetería á caballero mataban mucha gente; por otra parte, jugaban las piezas tan apriesa, que parece no habia lugar para poderlas cargar; en esto las galeras castellanas llegaron de refresco, y dando sobre las de Terrenate tomaron dos, y como Cachil de Reves viese su perdicion, y que era por demas pelear con castellanos, y que no sólo habia perdido las dos galeras sino mucha gente; con las que le habian quedado se puso en huida. Urdaneta le fué siguiendo hasta doblar una punta, que por acudir al intento principal se volvió, sacó su gente en tierra, y plantóla al pié del monte de la villa de Tugabe, y envió á reconocer el sitio, que era fuerte y tenia dos fosos, y viendo que entrarle á fuerza de asaltos le habia de costar mucha gente, ganó una eminencia y padrastro y fortificóse en ella, porque caia sobre la villa y estaba á tiro de mosquete; de aquí despachó á Gilolo por un pasamuro y algunas piezas, que siendo traidas, las plantó y comenzó á batir la villa.

Cachil de Reves habia dado aviso á D. Jorge de Meneses del cerco de Tugabe y pedídole socorro de portugueses, á que luégo acudió, como á plaza de tanta importancia y villa de donde se proveia la fortaleza de bastimento, que Tugabe y sus aldeas eran el granero y troje (como Sicilia en otro tiempo lo fué de Roma), de Terrenate: envió dos buenas galeras y las demas que tenia Cachil de Reves con buena guarnicion de portugueses, con órden de que abrasasen la armada castellana, que le pareció estaria sin gente con ocasion del cerco. Los espías que el capitan Andrés de Urdaneta tenia tendidas desde Tugabe á Terrenate,

diligencia muy de soldado y que le dió la vida, le dieron aviso de que venia sobre él una armada de portugueses de diez galeras, sin otros paraos menores; encomendó la batería á cuatro soldados castellanos, y dejándole los mil soldados gilolos, se metió en la armada con los demas, previniéndose de todo lo necesario, estando alerta; y las galeras, que serian doce, sobre un reson cada una, y ese á pique para levarse con presteza. El portugués vino midiendo el tiempo para dar sobre la armada castellana al cuarto del alba, y ajustóle tan bien, que cuando amanecia habia ya doblado la punta de Tugabe, y amaneciendo media legua de la armada, enderezaron á ella. El capitan Andrés de Urdaneta, descubriéndola con la luz del alba, se levó y la salió á recibir, y llegando á tiro de mosquete se saludaron con la artillería; trabóse una batalla muy reñida, porque de la una y otra parte habia mucha y muy buena gente; era tanto el humo que de la artillería y mosquetería salia, que como no era bien de dia, parecia haber vuelto á anochecer; á Cachil Rade le alcanzó la pelota de un verso por entre el brazo y la tetilla, que le fué por un lado rayendo la carne como con navaja, hasta descubrir las costillas. Dos tiros prodigiosos sucedieron en esta batalla, en dos artilleros, el uno portugués y el otro castellano; el primero fué, que yendo á dar fuego á una pieza el portugués, le acertó una bala de pieza y le llevó todo el hombro y brazo, descubriéndole todas las entrañas; el otro fué, que como cayese este portugués, tomó otro el botafuego y apuntó tan bien la pieza, que vengó al muerto acertando al artillero castellano, que se llamaba Roldan, en medio de la boca, aunque al soslayo, que le llevó la quijada de arriba con dientes, y queriendo retirarle Martin de Islares, que gobernaba aquella galera, le dijo con mal formadas palabras: «Gracias á Dios que me han dejado sanos los brazos, que ellos me lo pagarán.» No murió este artillero; pero quedó el hombre más fiero del mundo. Los que han estado en Flandes y se han hallado en batallas navales, no se admirarán de estos balazos: miéntras estas armadas pelean, contaré lo que vimos en nuestros tiempos en Manila, tomando licencia de anticipar un caso

en esta Historia, por no saber si podremos llegar con ella al año de seiscientos diez y siete; fué la cosa más prodigiosa que se halla en historias. Peleaba la armada católica de Manila, cuyo capitan general era D. Juan Ronquillo, natural de Arévalo, de la familia ilustre de los Ronquillos que hay en aquella ciudad, con la armada de los rebeldes de Holanda, que rindió con singular valor; un artillero andaluz iba á dar fuego á una pieza de treinta y cuatro libras de bala, cuando una bala enemiga le llevó el hombro, el brazo y el botafuego que tenia en la mano, y como estas heridas son tan en instante, pidió otro botafuego; viéndole mal herido los compañeros, le dijeron: «Hombre de Dios, ¿no veis que no teneis brazo?» Ya lo veo, respondió él, pero acá me quedó otro, dadme el botafuego presto, que me quiero vengar; pusiéronsele en la mano izquierda, é hizo uno de los mejores tiros que se dispararon aquel dia, y luégo cayó el valiente andaluz muerto. En las batallas navales suceden cosas monstruosas. Volviendo á nuestro propósito, las galeras entraban y salian y disparaban tanta artillería, que ni se veian ni entendian los unos y los otros; pero Andrés de Urdaneta, por no descaecer de la opinion á que le habian levantado sus valerosos hechos, apretó de manera á la armada portuguesa, que la obligó á huir, habiendo muchos muertos y heridos de entrambas partes; de los castellanos no murió ninguno, sólo Roldan quedó con notable fealdad en el rostro; de los indios murieron más de ciento, y heridos hubo más de doscientos cincuenta; de los portugueses, murió el artillero y mucha cantidad de indios; no siguió la victoria el capitan Andrés de Urdaneta, porque como Cachil Rade estaba mal herido, no quisieron los tidores pasar adelante; con todo, envió dos embarcaciones ligeras tras la armada portuguesa, que trujeron por nueva haberse retirado á Terrenate. Andrés de Urdaneta, dejando recado en su armada, ántes de continuar el cerco, dejando curar á los heridos, fué sobre cinco aldeas sujetas á Tugabe, no muy distantes de la villa, y las entró por fuerza de armas con poca resistencia, donde halló muchos bastimentos de que cargó la armada y las dió fuego; con esto volvió á continuar la batería,

y apretó tanto el cerco, que vino á entrar la villa. Los naturales, viéndose entrados, la desampararon. El capitan Urdaneta mandó cerrar las puertas y asegurar el campo, saqueó la villa que estaba llena de bastimentos y de riquezas, repartió el saco á satisfaccion de todos, dejando su parte á los heridos de la naval y á los que guardaban el armada. Fueron estas victorias célebres y las armas castellanas cobraban cada dia más reputacion, y la fama de la toma de Tugabe fué tal, que acobardó mucho los ánimos de los terrenates, viendo que una villa tan fuerte y tan en defensa se habia entrado con tanta facilidad. El capitan Urdaneta dejó en ella presidio de gilolos y seis castellanos, aumentóle el rey de Gilolo gozoso por haber salido con empresa que tanto deseaba, y conservó la villa por suya de allí adelante. El victorioso y digno de grande loa, Urdaneta, se volvió á su armada, cargado de honra y de despojos enemigos.

CAPÍTULO IV.

Parece á vista de Gilolo una nao que á cargo de Alvaro de Saavedra, con otras, envió al Maluco desde la Nueva España, el magno Fernan Cortés, gran conquistador de Méjico.

En el capítulo quinto del libro tercero dejamos dicho, como el magno Fernando Cortés de Monroy, que mejor que Alejandro mereció este renombre, pues con ménos gente que él conquistó más mundo; envió al Emperador, nuestro señor, aviso de la llegada del patache de la armada de Loaisa á la costa de la Nueva España, y por la relacion que el capitan Santiago de Guevara y el Padre D. Juan de Areyzaga dieron, Su Majestad Cesárea mandó á Fernando Cortés que despachase algunos navíos á Terrenate á saber de los demas navíos de aquella armada. El gobernador Cortés con toda diligencia armó tres navíos, y los envió á cargo de Alvaro de Saavedra Zeron, el cual, saliendo del puerto de la Navidad, en el Mar del Sur, tomó su derrota, y habiendo navegado algunos dias, como salió por

Diciembre del año pasado de veintisiete, tuvo algunos tiempos, con que los dos navíos se apartaron de la Capitana, que nunca más se supo de ellos; y Alvaro de Saavedra Zeron, siguiendo su derrota, despues de haber pasado hartos trabajos entre las islas del Archipiélago, por no ser plático el piloto que traia, aportó á veinticuatro de Marzo de este año de veintiocho á Gilolo. El capitan Urdaneta se habia levado con su armada cargada de bastimento, y enviádola á Tidore y él retirádose á Gilolo con la fusta y navíos del Rey; cuando pareció el navío en alta mar, Urdaneta envió un parao ligero á reconocerle, con dos castellanos aquella tarde, que llegando á él y sabido que era de castellanos, subieron los dos soldados y dieron cuenta á Alvaro de Saavedra de las guerras que entre castellanos y portugueses habia, siendo pocos los dias que se pasasen sin hacerse mal los unos á los otros, y lo demas que desde que llegó la Capitana de Loaisa á Tidore habia sucedido; el capitan Saavedra les pidió que se quedasen allí con él hasta meterle en el puerto, y con la respuesta envió en el mismo parao dos hombres para que diesen nuevas al capitan Urdaneta de lo que deseaba saber de su viaje; fueron dél muy bien recibidos, y del rey de Gilolo, que se holgó mucho cuando supo que aquel navío era de castellanos. Luégo, aquella noche, Urdaneta los despachó á Tidore, donde fué el alegría que el general Hernando de la Torre recibió muy grande, y el rey de Tidore celebró con grandes fiestas, á su usanza; la llegada de la nao.

Otro dia, á las once de la mañana, llegó al navío la fusta de los portugueses, y subiendo al navío el Capitan de ella, dijo á Saavedra, que dónde llevaba su derrota por aquellas Islas del rey de Portugal, y le fué preguntando luégo todo lo demas en órden á su viaje, á que el capitan Saavedra le respondió, que sólo habia salido de la Nueva España en busca de una armada que el Emperador habia enviado á aquellas Islas, de que en España no se habia sabido nada. El portugués respondió (que era Simon de Vera, el Alcaide de la fortaleza), que habria quince meses que habia llegado allí una nao de la armada que él decia con poca gente, y esa muy enferma, porque en el largo viaje

se les habia muerto la demas, y que el capitan D. Jorge de Meneses los habia recogido en su puerto y curádolos con mucho cuidado y regalo, donde dieron carena á su navío, y los despachó por la India á España con mucho gusto suyo, y que lo mismo haria con ellos, y les favoreceria y ayudaria en cuanto se les ofreciese, que para eso tenia particular órden del rey de Portugal, en la cual les mandaba que si aportasen por aquellas partes algunos navíos del Emperador, les hiciesen mucha honra y diesen todo lo que para su buen aviamiento hubiesen menester; que por tanto, que se fuesen á Terrenate que ellos les enseñarian el puerto y los pondrian salvos en él. Saavedra, disimulando que sabia lo que pasaba, les dijo cómo llevaba por órden de ir primero á Tidore, la cual no podia quebrar por ningun caso, y que si no hallase en aquella ciudad castellanos, se iria á surgir con su nao á Terrenate, y preguntándole cuál de aquellas islas era la de Tidore, Simon de Vera, señalándole á Terrenate, le dijo que era aquélla. No pudieron sufrir los dos castellanos que escondidos habian estado en la popa oyendo la plática los embustes del portugués, y saliendo le dijeron que con mentiras y engaños hacian sus guerras de aquella manera, y sobre esto pasaron otras palabras, quedando muy avergonzados los portugueses, y corridos de no haber podido salir con su intencion. Luégo el alcaide Simon de Vera requirió de parte de D. Jorge de Meneses al capitan Saavedra, que se fuese á Terrenate, con grandes protestos y arrufos, como dicen los portugueses, y respondiendo Saavedra que ya tenia órden de lo que habia de hacer, que se fuese con Dios. Simon de Vera se embarcó y disparó una pieza grande que en la fusta habia, con ánimo de echar á pique el navío. Saavedra mandó disparar su artillería, con que la fusta se apartó, y metiéndose por la popa á causa de no tener el navío guarda-timones, se comenzó una refriega muy grande. En la nao sólo habia treinta y cinco personas, que las demas se habian muerto, que tomando sus armas comenzaron á pelear con la fusta. Desde Gilolo se oyeron las piezas, y entendiendo el capitan Urdaneta lo que era envió al capitan Alonso de Rios con la fusta que allí tenia y algunos

paraos para ayudar al navío, la cual apénas descubrieron los portugueses cuando se retiraron. Llegó Alonso de Rios, y llevó el navío á Tidore, donde surgió con mucho contento de los castellanos, que deseaban ver gente de España.

CAPÍTULO V.

Adrézase el navío para enviar á la Nueva España. Quema Martin de Islares una aldea.

Deseaba mucho el general Hernando de la Torre dar aviso al Rey, nuestro señor, de las guerras que en el Maluco tenia con los portugueses, y del estado en que se hallaban aquellas Islas, y como el navío que se fabricó se hubiese quemado por no ser de provecho, deseaba poner en astillero otro, para este efecto, cuando llegó el navío del capitan Alvaro de Saavedra, que fué para él nueva de grandísimo gusto. Con este intento le hizo descargar luégo y dar lado y el demas adrezo necesario para enviarle á la Nueva España con despachos para el Rey y para el gobernador Fernando Cortés, enviando mucha cantidad de clavo que tenia almacenado para que Fernando Cortés con ella le enviase algun socorro de gente para sustentar aquella plaza por el Rey, nuestro señor, atento á que la que tenia era muy poca. Con esto se puso mano en el adrezo en que se daba toda la priesa posible.

En este tiempo volvieron los portugueses á sus mañas antiguas, trazando de que se pasasen á los castellanos dos, á fin de quemar la nao de Saavedra, y de hacer todo el mal posible en los castellanos, segun viesen la ocasion; el uno era un hidalgo llamado Simon de Brito, si merece este nombre quien á ser faraute de traiciones iba; y el otro Bernardino Cordero. Pasaron á Tidore, y tantas mentiras supieron armar, que fueron admitidos entre los castellanos, aunque siempre vivian con ellos con cautela. El General, enviando á unas y á otras partes iba juntando bastimentos para que llevase la nao, y faltándole carne,

envió á Martin de Islares con dos amigos suyos vizcaínos, en un parao grande, con ochenta tidores, para que tomase algunas cabras, al pueblo de Guinta que poco ántes habian los castellanos abrasado, y estaba ya á devocion suya. Martin de Islares fué á él y pidió al nuevo Gobernador que le diese algunas cabras; él las ofreció de muy buena voluntad, pero dijo que hasta otro dia no podia darlas. No le pareció bien á Martin de Islares perder tiempo sin hacer algun mal á los terrenates, que despues de lo de Maquien era su verdugo: consultólo con sus dos compañeros y tidores, que seria bien ir á quemar un pueblo de terrenates que estaria de allí cuatro leguas, y pareciéndoles bien á todos, salieron, habiendo oscurecido la noche, y ántes que amaneciese llegaron al puerto, y dejando en el parao Islares un vizcaíno y treinta indios, llegó á la puerta del pueblo sin encontrar á nadie, sino una vieja que salia al campo, la cual volvió á entrar dando voces y despertando la gente; como iban bajando los tidores la iban recibiendo en las puntas de las lanzas, y sin que se pudiesen poner en defensa; hubo una carnicería muy cruel; cautiváronse algunos, y saqueóse el pueblo, que estaba lleno de bastimentos, y luégo le pusieron fuego, y cargando el parao ántes que el sol saliese, salió del puerto Martin de Islares la vuelta de Guinta, donde se detuvo todo aquel dia juntando las cabras. Llegó la voz á los portugueses, que salieron luégo con catorce galeras en busca de los que habian abrasado aquel lugar suyo; y habiendo pasado de noche esta armada á vista de Guinta, no fué descubierta, por lo cual otro dia por la mañana salió Martin de Islares de la aldea cargado de cabras y bastimento y de los cautivos que habia tomado; y al doblar una punta de la isla de Maquien, habiendo navegado legua y media, descubrió cinco galeras que luégo conoció ser de portugueses, porque del parao á ellas habria media legua: ellas enderezaron al parao, que fué siguiendo su camino á Tidore, bogando la chusma con gran brío, y las galeras sobre él. Luégo se descubrieron otras dos, que poniendo la proa en el parao, bogaban recio por alcanzarle, y los del parao, como les importaba no ménos que la vida, puesto que los terrenates hasta

los remeros pasan á cuchillo; el parao les llevaba mucha ventaja, porque alijando algun bastimento, iba más boyante y ligero. En esto, entre Motiel y Tidore, que era el paso por donde habia de ir Martin de Islares, parecieron otras cinco galeras que enderezaron como las demas á él. Aquí desmayaron los indios, viéndose entre doce galeras. Martin de Islares los animó diciendo que pues iban tan bien armados, bien podrian defendiéndose pasar á Tidore, hasta donde no habia sino dos leguas; y que en descubriendo de la fortaleza que peleaban, les saldrian á favorecer con las galeras; que bogasen y no temiesen, y que les hacia donacion de todo cuanto se saqueó, no obstante que se habia alijado alguna cosa de ello, y les daria sobre la parte que de los cautivos les habia cabido, doce personas. Los indios le dijeron que de pasar adelante ninguno de ellos podia escapar, porque no habian los portugueses de tomar ninguno á vida, y que en la Batachina se podrian salvar todos. Martin de Islares les volvió á decir que con el verso, para que tenian pólvora y pelotas para sesenta tiros, y tres mosquetes, fuera de las armas que ellos traian, se podrian defender y pasar adelante su camino, especialmente alijando lo que tenia el parao, como lo hicieron, reservando solamente las cabras y cautivos: paréceme que quien todo lo quiere todo lo pierde; y si Martin de Islares no hubiera ido á quebrar el sueño á aquellos pobres cuya aldea saqueó y abrasó, se pudiera haber vuelto con sus cabras á Tidore, sin cuidado de que hubiera en el camino fiscales que le pidieran cuenta; pero tan ostigados estaban los castellanos, y especialmente el valeroso vizcaíno, de los portugueses, que tenia por perdido el tiempo que no gastaba en abrasarles sus pueblos y disminuirles las fuerzas, y con ver sobre sí siete galeras, que casi estaban ya con él y otras cinco poco más distantes, y las dos que, habiendo descubierto la presa, asomaban por la punta de Motiel, que los portugueses como buenos cazadores se habian esparcido por el mar hasta descubrirla: ya las siete galeras estaban á tiro de cañon, cuando queriendo Martin de Islares disparar su verso, el Piloto del parao, sin sentirlo, cambió el timon y puso la proa en la Batachina, con que se apartó de las galeras,

apretando los remeros los puños á los remos. Martin de Islares, viendo lo que el Piloto habia hecho, arremetió á él, y con un palo le descalabró y procuró volver á camino; pero no tuvo remedio, porque los indios no quisieron: con esto fueron remando la vuelta de la Batachina, de donde estarian una legua, y siendo el viento en popa dieron la vela. Las galeras fueron siguiendo el parao, que como iba tan de aviada, tomó tierra y tuvo lugar de sacar las cabras y los cautivos y echar el verso y cámaras aboyadas en el mar en dos brazas para sacarlas despues; así, ni más ni ménos, quitó un rumbo al parao, con que en una braza le anegó. Las galeras llegaron cañoneando á los castellanos, con que se retiraron al monte; ellas sacaron el parao y tomándole la agua se volvieron á Terrenate triunfando con él. Martin de Islares envió un compañero en un barco ligero á Tidore, á pedir embarcacion al General para poder llevar las cabras y embarcar la gente, que luégo la envió, y embarcándose Islares de noche, dió consigo en Tidore, habiendo tenido harta ventura en haber escapado de las manos de hombres, que no tomáran ninguno á vida, habiendo sacado el verso y las cámaras que con boyas secretas habia escondido en el mar.

CAPÍTULO VI.

Pelea la fusta de los castellanos con catorce galeras de portugueses, toman la Capitana con muerte del Capitan della, y huyen las demas.

No contento D. Jorge de Meneses con la presa que sus galeras llevaron, que fué el parao de Martin de Islares, las volvió á despachar todas catorce, y por Capitan de cuarenta portugueses que iban en la galera Capitana, que habian fabricado al modo de las de Europa, Fernando de Baldaya, de quien atras se hizo larga mencion, que fué el que dió el veneno al general Martin Iñiguez de Zarquizano, con órden de que quemasen un pueblo del rey de Tidore, de grande importancia

para los castellanos, porque dél eran proveidos de muchas cosas necesarias, así á las guerras que traian, como á las demas para su conservacion; éste era Bocanora en la Batachina. Lúnes, cuatro de Mayo de este año, tuvo nuevas Cachil Rade de como habian salido las catorce galeras de Terrenate para dar en Bocanora; avisó dello al general Hernando de La Torre para que enviase la fusta luégo delante, miéntras se aprestaban las galeras que se estaban algunas adrezando; y aunque por entónces se excusó hasta armar algunas galeras, el Cachil le dijo, que en viendo los enemigos la fusta huirian, y de no salir luégo abrasarian el pueblo de Bocanora: el General, porque no lo atribuyesen aquellos moros á cobardía, despachó en ella al capitan Alonso de Rios con treinta y seis castellanos, que poniendo en ella muy buena artillería, salió la vuelta de Bocanora, que está una legua de Tidore, y poniéndose detras de una punta, aguardó el capitan Rios la armada enemiga para dar, en doblándola, sobre ella de sobresalto. Fernando Baldaya envió delante á descubrir si habia armada de castellanos un parao ligero, el cual, doblando la punta, como reconoció la fusta, se detuvo, y con un mosquete hizo la seña que llevaba por órden á sus galeras. Como Alonso de Rios vió que era descubierto, salió con su fusta á la mar, y como reconoció la armada, que nunca se entendió ser de catorce velas, como habian dado por nueva, quedó muy confuso, viendo que de muerto ó preso no podia escapar. Estaria bien una legua la armada de la fusta: el capitan Rios hizo una plática muy prudente á sus soldados, poniéndoles delante las obligaciones que todos tenian de adelantar el nombre castellano sobre la fama que tenian, y cuán torpe cosa seria descaecer del crédito y opinion en que en aquellas Islas estaban, y la infamia que se les seguiria de no pelear, supuesto que el General les habia enviado á estorbar que aquella armada no destruyese á Bocanora, perdiendo todo el crédito que tenian, y dando ánimo á los que ántes no le tenian, sino rendidos los ánimos con tantas victorias como de ellos habian alcanzado, y que no obstante aquellos inconvenientes les pedia su parecer, al cual, siendo cual

conviniese, se sujetaria. Todos unánimes y conformes le respondieron que no estaban en tiempo de rehusar la batalla ménos que con quiebra de su reputacion, sin la cual, no podian vivir ni querian en vida ser afrentados de cobardes, y que para haber de vivir así, más querian morir peleando como buenos; que enderezase con la galera Capitana y la rindiesen, pues rendida, era fácil defenderse de las demas, que eran gobernadas por indios terrenates. Gran contento recibió de tan honrada respuesta el capitan Rios; dióles las gracias, diciendo que de tan honrados hidalgos y valerosos soldados nunca esperó ménos honrosa resolucion, con que, confiando en Dios, se prometia la victoria, que no consistia siempre en la multitud, sino en la valentía de los que peleaban. Con esto se encomendaron á Dios, y poniéndose de rodillas invocaron á la serenísima Reina de los Angeles, y rezándola una *Salve*, la llamaron á su favor, levantándose de allí con tanto esfuerzo y ánimo, como si en su ayuda tuvieran todas las fuerzas del mundo; eran todos treinta y siete castellanos escopeteros y ballesteros, y los soldados tidores que en su compañía llevaban, muy escogidos soldados y bien armados.

Es necesario que el lector vaya advertido de que, como verémos adelante, los terrenates tenian mala voluntad á los portugueses, así porque se disminuian con las guerras, á que por su gusto dellos acudian, como porque tenian preso en la fortaleza á su Rey legítimo, oprimiéndoles con esto su libertad, y así, cuando salian, era por fuerza; ya Cachil Daroes no salia en las armadas, ó porque no se queria ver en tan continuos peligros, ó porque D. Jorge, despues de lo de D. García no se fiaba tanto dél: en esta armada venia en su lugar Cachil de Reves, que tenia tan poca voluntad á los portugueses como los demas, y se holgáran verlos acabados á todos, como dirán los sucesos de adelante, y de sus pérdidas se holgaban en el grado que sentian las propias, porque decian que destas guerras, sólo interesaban muertes de los suyos y destrucciones de sus villas y lugares, en menoscabo de aquel reino, y los provechos, cuando los habia, se los llevaban los portugueses; y como lo

iban ya entendiendo, aflojaban cuanto podian en acudir á estos socorros. Sucedió, pues, que como la armada descubrió la fusta, y el parao avisó á Baldaya como detras de la punta no habia galeras ni más armada que el navío que veia, comenzó á blasonar y á decir que sólo con su galera la habia de tomar: Cachil de Reves, desde la Real en que iba, le dijo que habia muchos dias que deseaba ver pelear castellanos y portugueses, sin favor de indios, para conocer cuáles eran más valientes. Baldaya le dijo que queria adelantarse y que se estuviese á la mira porque veria cómo rendia la fusta, y que no le diese favor hasta que se le pidiese, cuanto y más que no habia de ser menester; Cachil de Reves le dijo que así lo haria, especialmente viendo que su galera era mayor que la fusta, y llevaba tanta y tan buena gente, así portuguesa como terrenate, y levantando las palas á las galeras, se dejó estar apartado á tiro de cañon. Fernando de Baldaya se adelantó á la fusta; cuando el capitan Rios vió la galera portuguesa que se adelantaba de su armada, no sabiendo la ocasion, atribuyólo á ser mejor de vela, y para apartarla más della se iba deteniendo con su fusta, dando muestra de huir con espaciosa priesa, con que cobraron los portugueses tanto ánimo que, atribuyéndolo á cobardía, iban cantando la victoria. El capitan Rios, viéndole bien apartado de su armada, revolvió sobre él apellidando á voces «Santiago» y acometiéronse el uno al otro, disparándose la artillería, que era buena y mucha la de entrambas partes: abordó la Capitana portuguesa con la fusta, y la fusta con ella, echándola el arpeo, y pelearon á mantiniente con gran coraje más de una hora. Los portugueses procuraban desabrazarse de la fusta porque conocieron su hierro en haberla barloado, porque, desde fuera, con la artillería la pudieran rendir por tener más la galera y más gruesos cañones. Los castellanos apretaron con la galera y la entraron, cayendo el Capitan della, Fernando de Baldaya, de un mosquetazo, que le hubiera sido mejor estar en su Factoría que no ser Capitan de galera; los portugueses estaban, los que habian escapado, todos mal heridos; diéronse á partido porque el capitan Rios les hizo merced de las vidas; habiendo peleado

otra hora, con que cesó la batería. Cachil de Reves, viendo que no se arcabuceaban, dió los remos al agua, viniéndose á la galera y fusta, teniendo por cierta la victoria por los portugueses: el capitan Rios, con la presteza que el negocio pedia, habiendo metido los prisioneros en la fusta y asegurádose dellos, en la galera rendida metió la mitad de sus castellanos y tidores, trocando, para mayor seguridad, parte de la chusma de la galera en la fusta, y poniéndose á la órden, y cargando su artillería, recibieron á Cachil de Reves con muchas pelotas: los terrenates, viendo la victoria por los castellanos, conociendo el hierro que habian hecho, comenzaron á pelear, por ver si podrian librar los portugueses cautivos y terrenates del remo, que de los soldados no se tomó ninguno á vida, sino solos los portugueses por el embarazo que podian causar. El capitan Rios cargó sobre la armada, matando mucha gente con la artillería de la galera y de la fusta, con que Cachil de Reves salió huyendo con su Real, á quien siguieron las demas galeras. Estaban tan quebrantados los castellanos que no pudieron seguir la victoria, porque habian peleado cerca de tres horas; murieron cuatro castellanos y nueve portugueses; de los que quedaron, así portugueses como castellanos, fueron pocos los que no salieron heridos. Sucedió esta insigne victoria á cinco de Mayo deste año de veintiocho: murió una hora despues de haber alcanzado esta buena suerte los castellanos, Fernando de Baldaya, declarando que por justo juicio de Dios moria á manos de castellanos por haber muerto en un bríndis al general Zarquizano con veneno que llevaba puesto en la uña, y pidiendo á Dios perdon, mostrando mucho dolor y contriccion, murió, y pues dió el alma ya á su Creador, aunque la materia era á propósito para persuadir que nadie haga mal, porque tarde ó temprano lo habrá de pagar como Fernando de Baldaya. En contar esta batalla andan vários los historiadores portugueses, porque Andrade, en la corónica del rey D. Juan, dice que no murió Baldaya, y Diego de Couto que murió. En el nombre del Capitan concuerdan que el vencedor fué Alvaro de Saavedra; pero yo hallo, por relaciones originales que tengo de

Martin de Islares y de Fernando de la Torre, y otras historias, especialmente la del capitan Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdés, coronista de Su Majestad, que todo sucedió como aquí va escrito, y que no fué Saavedra, sino Alonso de Rios el que venció esta batalla, donde dice Couto, que como murieron ocho portugueses y el capitan Baldaya, los demas, que era gente muy cuitada, se rindieron luégo á los castellanos viéndose sin Capitan, en que no tiene razon este autor de tratar así soldados que tan bien pelearon. La armada, dicen estos autores, que era de Cachil Daroes: es así, pero en ella no iba en esta ocasion sino Cachil de Reves. El capitan Alonso de Rios se volvió á Tidore con la galera rendida, que fué recibido con el apláuso que tan gran valor merecia.

CAPÍTULO VII.

Tiene el general Hernando de la Torre noticia de la pérdida del galeon *Santa María del Parral*; hácese justicia de un hombre.

Cuando el capitan Alvaro de Saavedra pasó por las islas del Archipiélago, llegó á la costa de Mindanao, y de una isla de aquellas le llevaron dos cristianos, para si queria rescatarlos, se los llevase; él los rescató por algun oro: estos eran dos gallegos del galeon *Santa María del Parral*, de la armada de D. García Jofre de Loaisa, llamados Romay y Sanchez. Luégo que Saavedra llegó á Tidore, fueron conocidos, y preguntando por el suceso del galeon, dijeron que, habiendo pasado muchos trabajos, llegó á una isla de los Celebes, y con temporal se perdió y se ahogaron casi todos, y los pocos que se habian quedado los habian cautivado los indios, y ellos tuvieron ventura de que acertase á pasar por allí el navío de Saavedra que los rescató. Con esta relacion, Hernando de la Torre, sabiendo que habia otros castellanos en aquellas islas donde habian sido estos gallegos rescatados, trató de enviar á

buscarlos, y para eso se ofrecieron Romay y Sanchez, que fueron á Gilolo á aviarse. En este tiempo llegó una carta de un flamenco, llamado Guillermo, al General, en que le pedia le rescatase, porque estaba cautivo en una de las islas de Mindanao, y era del galeon perdido *Santa María del Parral*; avisaba así ni más ni ménos el Guillermo, como aquellos dos hombres, entre otros de su parcialidad, se levantaron con el galeon, siendo causa de que se perdiese. Habiendo entendido por esta carta el General la culpa que contra estos resultaba, envió á prenderlos á Camafo, donde desde Gilolo habian ido, y estaban aviados ya para partirse á rescatar los compañeros; prendieron á Romay, y el Sanchez, recelando lo que podia ser, se huyó al pueblo de Chiava, cerca de Camafo, que estaba por los portugueses, donde le ampararon. Llevado á Tidore el Romay, y puesto á buen recaudo, se le tomó su confesion, en que negó cuanto el flamenco Guillermo deponia dél. En esta ocasion dijo al General un mancebo, soldado tambien gallego, llamado Pedro de Raigada; como Romay y Sanchez le habian dicho en secreto que habian muerto al Capitan del galeon y se habian alzado con él. El General le careó con el gallego Romay, que negó todo cuanto Raigada decia, y aunque le convencia, señalándole la ocasion, el lugar y tiempo en que lo dijo, el Romay estuvo siempre negativo. Con estos indicios le dieron tormento, y aunque al principio negó, apretándole bien la cuerda, confesó como llegando á una de las islas de Bisaya, enviaron el batel á tierra, donde le tomaron los indios, matando, debajo de seguro, cuantos en él iban, con que el galeon hizo vela y surgió en otra isla; y estando surtos él, Sanchez, Hernando del Hoyo, y Juan de Olave y otros cinco hombres, trataron de alzarse con el galeon y matar al Capitan y á otras personas, como de hecho lo hicieron, y que al capitan Don Jorge Manrique, y á su hermano D. Diego y al tesorero Francisco de Benavides, los echaron vivos á la mar, y al bordo de la nao los alancearon, de donde se levaron, y por ir sin Piloto, porque se les habia muerto, dieron con el galeon al través en la isla de Sanguin, donde, saltando con sus armas, pelearon con

los naturales, á cuyas manos murieron los más dellos, y los que quedaron vivos cautivaron y vendieron por aquellas islas, y él y Sanchez fueron vendidos, y despues por Saavedra rescatados. Vista la confesion y la culpa que contra él resultaba, sentenció el General á Romay á que fuese, por traidor, arrastrado, ahorcado y hecho cuartos, que todo se ejecutó en su persona á fin de Mayo deste año de veintisiete, que nunca los traidores quedan sin castigo, que de donde ménos piensan sale la justicia de Dios á castigar, y con ser esto tan infalible, pues ningun traidor jamás se logró bien, áun en esta vida, que lleno está el mundo dellos, pues son tantos, que no sabreis de quién os podreis fiar; y si me dijéredes que para eso hay amigos y hermanos, y otros que se hallan obligados con beneficios y buenas obras, respondo que á veces son esos los peores, los que meten la mano en vuestro plato, los que os tratan como amigos en lo exterior, y os desean, como enemigos, la muerte; contra estos dió sentencia el mejor Rey de la tierra, diciendo: «Bajen vivos al infierno.» En fin, el mundo comenzó así y así ha de acabar: el primer traidor que hubo en el mundo fué Cain, el que á su hermano quitó la vida, ¿qué mucho que agora los amigos y hermanos se vuelvan contra vos? ¡Ay de los tales! ¡ay de Manila! ¡ay eclesiásticos!

CAPÍTULO VIII.

Llega á los portugueses un buen socorro de gente, trata Don Jorge paces con el General castellano, y no se efectúan. Pone en posesion de Maquien al Rey castellano.

Dejamos ya dicho atras como Gonzalo Gomez de Acevedo, que iba de Malaca á Terrenate con doscientos hombres de socorro, salió de Banda, donde tomó á D. García Enriquez el navío de Pero Botello en que allí habia llegado, huyendo de D. Jorge, llevando consigo á Manuel Falcon para reconciliarle con él. Con sus cinco navíos, cuatro que de Malaca habia

sacado, y el que á D. García habia tomado, fué navegando, no con tanta priesa como la necesidad de la fortaleza pedia, porque se iba deteniendo en las islas. Vicente de Fonseca se volvió con su navío en compañía de Gonzalo Gomez, no pasando á Malaca, no sé por qué fines, con las informaciones y cartas que llevaba contra D. García. Fonseca se adelantó á dar nuevas á D. Jorge del socorro que le llevaba, y llegó á la fortaleza á veintidos de Mayo deste año; no fué bien recibido del Capitan, porque como le habia enviado con despachos contra D. García á Malaca, sintió mucho que no hubiese pasado adelante, contentándose con haberle tomado el navío por medio de Gonzalo Gomez: del socorro de gente hubo general alegría, porque en la fortaleza no habia ya cien hombres de guerra, por las grandes mermas que entre muertos y cautivos habia en el discurso de la guerra habido. Corrió la voz deste socorro hasta Tidore, y para tomarle el general Hernando de la Torre, armó su fusta y la galera de los portugueses, y poniendo veinticinco castellanos en cada navío, con algunos paraos de Tidore, y envió esta armada al paso por donde el capitan Gonzalo Gomez habia de pasar con sus cinco navíos á cargo del capitan Alvaro de Saavedra, el cual se puso en el paraje que pareció más conveniente. D. Jorge tuvo noticia de como habia salido esta armada, y temeroso de que le tomasen el socorro, despachó algunos paraos ligeros con buenos pilotos para que, avisando á Gonzalo Gomez, le metiesen por otro canal hurtando el cuerpo á la armada castellana, como lo hicieron, y sin que les enojase nadie surgió en Terrenate el Capitan con su socorro, á dos de Junio, con gran fiesta de los portugueses, viendo en su fortaleza tan buen socorro. Luégo Alvaro de Saavedra como habia ya entrado, se volvió á Tidore.

Gonzalo Gomez de Espinosa iba proveido en los oficios de Alcaide mayor de la fortaleza de Terrenate y Capitan mayor del mar, y luégo entró en la posesion de ellos; y pareciéndole mal las crueles guerras que entre castellanos y portugueses habia, siendo cristianos y de una misma Nacion, persuadió á D. Jorge hiciese paces con el General, poniéndole por delante

los trabajos, las muertes y menoscabos que de continuar la guerra se le seguian; díjole que se espantaba mucho, siendo tan buen hidalgo, habiendo recibido tanto bien de los castellanos, pues obligaron con su armada á D. García á dejar la fortaleza, y le pusieron en libertad, que no estuviese en paz con ellos, con algunas treguas, hasta dar cuenta á los reyes de Castilla y Portugal; con éstas y otras razones, dice Andrada, que movido D. Jorge, envió á decir á Hernando de la Torre, que en todo el tiempo atras no le habia enviado á tratar de paces, especialmente desde que se comenzaron las guerras á encender, porque no entendiese que lo hacia obligado de la necesidad y aprieto; pero que ahora que le habia llegado un socorro tan grande de gente y municiones, holgaría que fuesen amigos, y se acabasen entre ellos guerras y muertes, pues todos eran cristianos y vasallos de dos Reyes tan aliados en amistad y parentesco, y que en estas paces entrarian los reyes de Tidore y Gilolo; y que las condiciones de ellas fuesen que cada uno restituyese al otro los cautivos de guerra, castellanos y portugueses, salvo los que se hubiesen pasado por delitos, por ser la inmunidad de los asilos generalmente de todos los reinos y repúblicas recibida. Item, que se entregasen los esclavos que se huyesen de sus amos. Item, que la isla de Maquien se partiese entre las dos coronas, de Castilla y Portugal, por iguales partes. Finalmente, que le volviese la galera con la artillería que tenia cuando la tomaron. Al General le parecieron muy bien los conciertos de las paces, y aprobó todas las condiciones, no obstante que no tenia castellanos que rescatar, porque ninguno tomaron en las guerras vivo; tampoco reparaba en la galera y artillería, aunque les habia costado mucha sangre, sólo reparó en la particion de la isla de Maquien, que habia conquistado toda, y como cosa que era del rey de Castilla, decia que no podia enajenarla sin incurrir en mal caso, ni venir en tales conciertos. Con esto, aunque de una parte á otra hubo muchos recados, no se concertaron, y quedaron las guerras abiertas como de ántes. De que pesó mucho al capitan Gonzalo Gomez de Acevedo, y mandándole apercibir para continuar

las escaramuzas y asaltos, se excusó diciendo ser aquellas guerras con mal título ya, puesto que los castellanos venian en todos los conciertos que se les ponian, y que en no dar la Isla que habian conquistado y les habia costado tanta sangre, cuyo Rey se habia favorecido de ellos y la habia dado al Emperador, no hacian mal. Con esto hizo este caballero dejacion de la Capitanía mayor de la mar y Alcaidía de la fortaleza, por no obligarse á derramar sangre cristiana, aunque las historias portuguesas, por infamarle, dicen que hizo dejacion de estos oficios por acudir al trato y mercadería del clavo; yo digo, que con los oficios, si fuera tan codicioso como le hace Andrade en el lugar citado, pudiera mejor mercadear y juntar el clavo que en tanta cantidad juntaban sus antecesores. D. Jorge, no pudiendo olvidar la ofensa que D. García le habia hecho, aprestó un navío, y dió á Simon de Vera los despachos que ántes llevaba Vicente de Fonseca, y poderes para que pidiese su justicia contra D. García ante el gobernador de la India, echando fama que le despachaba para pedir nuevo socorro, porque el que le llegó de Malaca no bastaba para tantas guerras como tenia; este navío salió de Terrenate, y se perdió sin duda en algun bajo en la mar, ó isla despoblada, porque nunca más se pudo saber de él hasta hoy.

El rey Cachil Humar, de Maquien, que con su mujer estaba en Tidore, viendo que toda la Isla estaba á su devocion por haber allanado sus vasallos rebeldes los castellanos, pidió al general Hernando de la Torre que le mandase meter en la posesion de su reino, el cual tendria por el Emperador, su señor, quieto y pacífico, y acudiria á su servicio como Rey inferior suyo, á quien habia dado la obediencia, y que guardarian todo lo que habia jurado para siempre jamás él y sus sucesores, como verdaderos vasallos del rey de Castilla. El General, habido su consejo, vino en ello, y aprestando su armada y las de los reyes de Tidore y Gilolo, con cuarenta castellanos, fué por Capitan della Andrés de Urdaneta, como persona tan experta, y á quien temblaban aquellas naciones. Llegaron á Maquien por Junio, y habiendo entrado por fuerza de armas á algunos luga-

res que se defendieron, y hecho algunas justicias en algunos Cachiles y Sangajes que estaban hechos reyezuelos, pusieron en posesion al rey Humar, y toda la Isla le obedeció; y poniendo sus Gobernadores, se volvió en la misma armada á Tidore, donde por entónces queria tener su casa; pero iba y venia á Maquien á visitar el reino muchas veces, con que le tuvo siempre en obediencia y sujecion.

CAPÍTULO IX.

Despáchase un navío á la Nueva España; arriba á Tidore; hácese justicia de dos portugueses.

Aparejado ya y puesto á la vela el navío con que llegó á Tidore Alvaro de Saavedra, habiéndole cargado de clavo y puesto en él el bastimento necesario para tan largo viaje, le despachó el general Hernando de la Torre con el mismo capitan Saavedra, y envió relacion á Su Majestad de cuanto les habia sucedido, así en el viaje del Estrecho como con los portugueses despues que llegó al Maluco; las guerras que con ellos tenia sobre defender las tierras, que eran de su Real corona; representábale la poca gente que le quedaba, pues, despachado aquel navío, no le quedaban setenta hombres con que sustentar la fuerza de Tidore; pedíale un gran socorro para de una vez asentar bien el pié en aquellas Islas y echar los portugueses de ellas; lo cual seria muy fácil, como se podria entender de los sucesos que habia tenido, con los pocos castellanos con que se hallaba, no obstante los ciertos socorros que los portugueses tenian de Malaca y la India, que tan á mano la tenian; advertia la riqueza de aquellas Islas en la cosecha del clavo, y lo que cada año se cogia, afirmando que poseyéndolas Su Majestad quieta y pacíficamente, no habia tales Indias como las Malucas, porque Terrenate cogia todos los años dos mil bares de clavo de á seiscientas cuarenta libras cada bar; Motiel más de mil; Maquien tres mil; en Tidore y Bachan se cogerán bien otros dos mil bares, que montan ocho mil bares de clavo, que valiendo

cada uno seis quintales y cuarenta libras, hacen cincuenta y un mil doscientos quintales justos, que es una riqueza de las mayores del mundo. Finalmente, representaba á Su Majestad Cesárea de cuánta importancia eran aquellas Islas, de las cuales, actualmente poseia la mejor, que era Maquien y Tidore, parte de Motiel y Gilolo. Con estos despachos salió del puerto el capitan Saavedra, á catorce de Junio de este año, llevando órden para vender cantidad de clavo que llevaba de Su Majestad, para que con lo procedido, el gobernador de Méjico, Fernando Cortés, le enviase algunas cosas que le enviaba á pedir, necesarias para el campo que tenia, y juntamente algun socorro de gente, miéntras de España se despachaba alguna armada. Llevó Saavedra por piloto á Macías del Poyo, natural de Múrcia. Los despachos para pasar á la corte llevaba á su cargo Gutierrez de Tañon, asturiano. Envió tambien el General cinco ó seis portugueses prisioneros, y entre ellos Simon de Brito y Bernardino Cordero, aquellos de quien hicimos mencion en el capítulo quinto que se pasaron á los castellanos con ánimo de intentar alguna traicion; enviaba estos portugueses el General al Emperador, nuestro señor, para que de su boca supiese Su Majestad Católica lo que en el Maluco pasaba, y que lo que le escribia era áun mucho ménos de lo que habia; y no los envió, como dicen los autores portugueses, por hacer alarde de sus victorias. El navío fué navegando la vuelta de la Nueva España, por las islas de los Papúas, á salir al Mar del Sur, y tomar de allí su derrota; surgió en una de ellas, y el Capitan saltó en tierra. Simon de Brito, deseando impedir este viaje (que desde que se pasó á los castellanos buscaba ocasion de ejecutar alguna traicion), trató de tomar el batel, y consultándolo con otros portugueses y con el Patron, se metió en él con ellos, dejando en tierra al capitan Saavedra y á otros castellanos, y tomó la vuelta del Maluco hasta donde habria cien leguas. Cuando Saavedra se quiso volver á su nao no halló batel, ni en la Isla le habia por ser despoblada; pero haciendo una balsa de palos, se volvió á embarcar con harto riesgo de la vida; castigo, á mi parecer, digno de tanta bisoñería: levóse en prosecucion de su

viaje, y en saliendo de entre aquellas Islas, á mar ancha, tuvo tantos vientos contrarios que le obligaron á arribar á Tidore. Simon de Brito y el Patron, despues de haber pasado muchos trabajos aportando á unas islas, donde dieron con el batel, sin poderlo remediar, en unos arrecifes, solos, dejando allí los otros compañeros; llegaron á un lugar en la isla de Gilolo, por la banda del Este, sujeto al rey de Tidore, llamado Bicholi, de donde trataban de pasar á Terrenate: los indios de este pueblo dieron aviso al General de cómo habian llegado allí dos hombres cristianos, que decian venir de las islas de los Papúas; el cual despachó al capitan Andrés de Urdaneta para que los llevase á Tidore. En esta ocasion llegó de arribada Alvaro de Saavedra, habiendo pasado ya á Camafo, Urdaneta, en busca de ellos, y recelándose no fuesen portugueses, ó de topar armada suya, armó diez paraos y fuése á Guayamellin, donde supo que los dos hombres que iba á buscar eran portugueses, y porque no se huyesen llegó de noche donde estaban, y habiéndolos espiado los prendió, especialmente habiéndolos conocido que el uno era Simon de Brito y el otro el Patron del navío de Alvaro de Saavedra; presumiendo lo que podia ser, los puso á buen recaudo, y preguntándoles por el navío y la razon de su venida, le dijeron que ya habria el navío navegado y puéstose en paraje de tomar la Nueva España, y que ellos se habian salido en una isla cien leguas de allí, por el mal tratamiento que el Capitan les hacia, y se habian aventurado en una canoa pequeña de unos indios á atravesar aquellos mares por volverse á Tidore con los castellanos. El capitan Urdaneta, viendo lo que le decian, se confirmó más en sus sospechas, y así los veló con gran cuidado y llevó en breve á Tidore. El General los mandó poner á buen recaudo, porque el capitan Saavedra le habia contado todo el suceso, y luégo el mismo Saavedra dió contra Brito y el Patron, Hernan Romero, querella criminal de la traicion que habian cometido en hurtarle el batel y dejarle en tierra despoblada, lo cual fué ocasion de perderse tiempo, y de que la nao no pudiese hacer viaje, como no le hizo. Brito confesó de plano todo lo que se le acumuló, y

el mal ánimo con que se pasó á los castellanos, y otras muchas cosas en órden á intentar algunas traiciones. El Patron confesó haberse dejado engañar de Simon de Brito, prometiéndole que si iba á Terrenate le haria D. Jorge muchas mercedes. El General, vista la confesion de entrambos, sentenció á Simon de Brito á arrastrar, y por cuanto dijo que era hidalgo, á cortar la cabeza por detras; y al Patron á ahorcar, todo lo cual fué luégo ejecutado meritísimamente para castigo de ellos y escarmiento de los demas. De la justicia de Simon de Brito se mostraron agraviados los portugueses, pero el General satisfizo con los procesos, y diciendo que si algun castellano hiciese entre los portugueses cosa semejante ú otro algun delito, que pareciese traicion, él enviaria el cuchillo. El navío de Saavedra se volvió á recorrer y á apercibir para volverle á enviar á la Nueva España. Hernando de Bustamante, Contador general que era á la sazon, tenia atravesado en el alma el habérsele despintado dos veces el oficio de General, y deseó huirse á los portugueses, y poniéndolo en ejecucion, le cogieron, y el General le puso en prisiones; Alvaro de Saavedra rogó por él, y Hernando de la Torre le soltó, que no debiera, pues cuando una persona se comienza á inquietar, lo lleva hasta el cabo; y no fué piedad prudente, si no bárbara, pues redundaba en daño de la nacion castellana; y fuera bien alentada esta piedad, como dice Séneca, si hubiera esperanza de vencer con el beneficio. Pesábale á Bustamante ver hoy General el que ayer era ménos que él, que es muy natural en los hombres el sentimiento de que hoy se les pierda de vista el que ayer era su compañero. Esta era la queja que Manlio Capitolino representaba contra Furio, su competidor. La privanza de Daniel ofendia los ojos de los Sátrapas de Persia, por verle tan al lado del Príncipe. Es una desgracia muy grande que traen consigo los bien afortunados, que por el mismo caso que lo son, han de ser aborrecidos, como dice San Cipriano. El amor propio de cada uno representa á sus ojos sus prendas, echando las de los otros al cabo del tranzado, y la mayor injuria del ambicioso es la medra de su igual.

CAPÍTULO X.

Requiere D. Jorge al General que le vuelva la galera y portugueses. Sale Urdaneta á castigar un pueblo.

Como veian los portugueses que por vía de conciertos no querian largar los castellanos la isla de Maquien, que era de donde sacaban mayores intereses, por ser de las cinco Islas la que daba mejor y más cantidad de clavo, ni se contentaban con poseer la mitad de ella, aconsejaron á D. Jorge que pues se veia con harta gente, pues tenia en la fortaleza más de trescientos soldados portugueses, que la tomasen por fuerza de armas y apretasen con los castellanos, pues eran pocos, y los echasen de las Islas; y aunque otros aconsejaron á D. Jorge lo contrario, y que asentase paces con ellos, siguió el primer parecer, y queriendo llevarlo por fieros, envió á hacer nuevos requerimientos con Vicente de Fonseca al General, que en suma eran que le volviese la galera, artillería y portugueses que tenia cautivos, y dejase las islas del Maluco desembarazadas, porque eran del rey de Portugal, y se fuese á su fortaleza con todos los castellanos que tenia, que él les daria un navío para que se fuesen á la India de donde podrian pasar á España, y que de no hacerlo, les protestaba todos los daños, muertes y menoscabos que sucediesen: á que respondió Hernando de la Torre lo que por su antecesor estaba respondido, requiriendo el mismo General al dicho D. Jorge que se saliese de las Islas y dejase aquella fortaleza de Terrenate, que tenia usurpada por la corona de Portugal, porque era del Emperador rey de Castilla, su señor; sobre esto, pasaron otras muchas razones entre el portugués y el General; y mohino, Vicente de Fonseca, se dejó decir algunas arrogancias, y pues que no querian estar por los protestos y requerimientos, que D. Jorge iria con toda su gente sobre aquella fortaleza y no dejaria piedra sobre piedra: á lo que se le respondió que ya conocian cuán mal se dejaban llevar de fieros

los castellanos, que hiciesen los portugueses lo que quisiesen, y mirasen lo que intentaban, que para todo los hallarian aparejados: con esto se volvió á Terrenate Vicente de Fonseca, y viendo D. Jorge con los de su Consejo la respuesta del General, dieron y tomaron sobre ella, y resolvieron de volver á tratar de paces, para lo cual envió D. Jorge á su Capellan; y las capitulaciones de ellas eran que volviesen los unos á los otros los cautivos solamente, con tal que la isla de Maquien no estuviese ni por Portugal ni por Castilla, sino por sí solamente, de manera que los unos y los otros pudiesen contratar en ella, rescatando el clavo que cada uno pudiese. El General, conociendo la cautela que en este modo de paces habia, porque los portugueses deseaban por todas vías esta Isla y volver á poner pié en ella, les respondió que él deseaba las paces mucho y excusar llegar á las armas, y derramar sangre, y que no sólo le daria los prisioneros que pedia, sino la galera y artillería; pero que en lo que tocaba á la isla de Maquien no podia disponer, por cuanto era del rey de Castilla, su señor, por haberla conquistado sus vasallos, y haberse dado el rey Cachil Humar por vasallo suyo libre y espontáneamente, y que aunque es verdad que tocaban todas las islas del Maluco á la corona de Castilla, así por caer dentro de los límites de su demarcacion como por haberse puesto debajo de su amparo en tiempo del general Sebastian del Cano, la isla de Maquien era con más propiedad suya, porque demás de militar las mismas razones que de las demas, el rey de ella se habia ido á Tidore á meter debajo del amparo del Emperador, sujetándose á Su Majestad Cesárea como súbdito y vasallo, que sólo queria tener en su nombre aquel Rey, no acudiendo en su servicio á todo lo que un bueno y fiel vasallo debe acudir, pidiendo que por cuanto aquella Isla era del rey de Castilla y se le habian rebelado algunas villas y lugares de ella, las conquistase y pusiese debajo de la obedienbia de Su Majestad Católica, y conquistada, le pusiesen al dicho rey Humar en la posesion quieta de ella, para poseerla pacíficamente por la corona de Castilla, todo lo cual se habia hecho así, conquistándola y perdiendo algunos castellanos en

su pacificacion y derramando mucha sangre, á cuyo precio la habian comprado, y que por esta razon no podia disponer de la Isla; y que pues los portugueses tenian las otras tres islas del clavo, como son Terrenate, Motiel y Bachan, que se contentasen con ellas por entónces, como ellos con Tidore y Maquien, que eran las otras dos islas del clavo, especialmente no cogiéndose en Tidore mucho clavo, y que en esta conformidad asentaria las paces y no de otra ninguna manera: con esto se volvió el Capellan y dió su respuesta á D. Jorge, que juntando su Consejo, se trató de tomar asiento de paces con el rey de Gilolo, y para eso envió á Vicente de Fonseca, que se vió con él y le prometió restituir algunos pueblos que el rey de Terrenate le tenia, y le hizo otras muchas vanas promesas, á fin de destruir por esta vía los castellanos. El Rey, aunque lo remitió al general Hernando de la Torre, no dió la respuesta tan áspera, que Vicente de Fonseca no llevase esperanzas de que se tomaria algun asiento de paces con él.

Tenian los portugueses en la isla de Gilolo una villa fuerte y con buena guarnicion de soldados terrenates, llamada Dondera, en la Batachina, de donde se hacian algunas salidas, y daban en los pueblos del rey de Tidore, de que siendo avisado pidió al general Hernando de la Torre algunos castellanos para dar sobre Dondera y destruirla: el cual cometió aquel castigo al capitan Andrés de Urdaneta y dióle diez hombres; el rey de Tidore le dió cuatro paraos y una galera, con que salió Urdaneta á cinco de Agosto de Tidore, y tomando lengua en Gilolo de lo que hacian los donderanos, supo que estaban sobre una aldea de Tidore, midió el tiempo, y dió sobre ellos emboscándose con su gente, que victoriosos volvian á su pueblo cargados de despojos y cautivos; como los donderanos se vieron tan impensadamente asaltados, dejando cuanto llevaban, con muerte de algunos de ellos, libraron sus vidas en la ligereza de los piés, huyendo hasta meterse en la villa. Siguió el alcance el Capitan castellano, y poniéndose con su gente sobre el lugar, procuróle entrar; pero como tenia muchos soldados dentro, y en los muros, que eran de piedra seca, pero muy fuertes, sem-

brada mucha artillería, halló mucha resistencia; y viendo que no bastaban los diez castellanos que llevaba y quinientos indios para tomar lugar que estaba con tan buena defensa, se retiró contento de haberles quitado la presa que llevaban, con que los de este lugar de allí adelante no se atreviesen á desmandar tanto.

CAPÍTULO XI.

Avisa el rey de Gilolo al general Hernando de la Torre de las paces que tratan con él los portugueses. Véese el General con el Rey.

El rey de Gilolo envió una carta con un caballero de su corte al general Hernando de la Torre, diciendo como Cachil Daroes y el capitan D. Jorge de Meneses le habian enviado á tratar de paces y alianzas, haciéndole muchos partidos y equidades, restituyéndole algunos pueblos, y prometiéndole cuatro piezas de artillería gruesas y treinta pequeñas, y cuarenta portugueses que estuviesen en su tierra para ayudarle y favorecerle; pero con condicion que matase los castellanos que tenia en sus tierras, y que mirase cuánto mejor le estaba ser amigo de portugueses que regalaban á los reyes sus amigos, y les daban muchos presentes y dádivas, que de ellos, que era una gente cuitada y codiciosa, que sólo aspiraban á hacerse señores de las tierras donde ponian pié, como habian hecho en las Indias Occidentales: las cartas originales donde D. Jorge y Cachil Daroes escribian estas y otras cosas, envió el Rey á Hernando de la Torre, y resolucion de que no haria paces sin darle primero parte, como al presente se la daba; pero que le rogaba mucho se concertasen con los portugueses, porque holgaria de ver á todos en paz y concordes. Los castellanos que estaban en Gilolo avisaron al General como el Rey habia mostrado algun sentimiento de que no le hubiesen dado alguna pieza de artillería de la galera que á los portugueses le habian tomado. Con esto el General le envió á rendir las gracias por la fideli-

dad y amistad que con los castellanos tenia, y á pedir licencia para irse á ver con él: con esto armó, habiendo despachado al mensajero, un parao ligero y pasó á Gilolo, donde supo de los castellanos que los portugueses apretaban con el Rey de que se concluyesen las paces. Vióse con él el General un domingo, treinta de Agosto de este año: presentóle una pieza de bronce que en la galera se habia tomado, y algunos presentes de seda y paños finos. Mucho se holgó el Rey de verse con el General, porque le era muy aficionado y deseaba tratar con él á boca la materia de las paces que traia entre manos: con esto el Rey le comenzó á persuadir concluyese las paces que le habian propuesto los portugueses, supuesto que estaba bien á todos, y alargándose en esta plática, el General le respondió así: «Ninguno de los mortales, ¡oh Rey! hasta ahora, ha dudado que la paz en todo género de estado sea preciosa joya, especialmente entre los Reyes para la conservacion de los estados y reinos; mediante ellas son gobernados en justicia y amparados en equidad los súbditos; con ella crecen y han sido floridísimas muchas repúblicas, viviendo los ciudadanos alegres y contentos, y los reyes gozan de vida quieta y tranquila, y tanto con mayor seguridad cuanto las paces son más firmes, estables y duraderas. Las amistades han de ser inmortales, y las enemistades mortales y que tengan fin, ¡ojalá nos pudiéramos prometer destas paces el dulce fruto de ellas, que en este caso á todos nos estaba bien, y en esta conformidad las asentó el General, mi antecesor, con D. García Enriquez y con Don Jorge, capitanes de Terrenate, y yo las he deseado, como sean limpias, sinceras y cándidas, sin interrupcion de malicia ni de otros fines á que han mirado las veces que las han jurado los portugueseses! No nos tienen ellos tanto amor que deseen asentarlas por lo que á nosotros nos está bien, sino mirando á su provecho y utilidad. La ocasion de las guerras é inquietudes está en pié, y así las paces no pueden ser firmes y durables, y segun el efecto, el tiempo que durasen, no serian paces sino treguas, que consisten sólo en la suspension de las armas; porque quedando en pié las raíces de las discordias, ni

Vuestra Alteza, ni nosotros viviremos seguros, ni con cualesquiera acciones, aunque sean indiferentes, dejaremos de entrar en sospechas los unos contra los otros viviendo todos con recelos y temores, y sin ninguna seguridad; y en esta conformidad es mejor la guerra declarada que la paz más segura. El primero que en estas Islas nos persuadió la infidelidad de los portugueses, en las paces que con Almanzor, rey de Tidore, habian jurado, fué Vuestra Alteza, poniéndonos delante la muerte que con veneno le habian dado y entrarle la ciudad por el rigor de las armas, ántes que sus vasallos pudiesen darle sepultura. Pues, ¿qué otra cosa se puede Vuestra Alteza prometer de ellos sino que tengan, mediante estas paces, mano para hacer otro tanto de Vuestra Alteza y su reino? ¿No son estos mismos los que ayer cometieron tan gran traicion? ¿Las causas que para cometerlas tuvieron no están en pié? Mayores promesas sin haber armas castellanas en estas Islas hicieron á Almanzor; si las cumplieron, dígalo Vuestra Alteza, y tambien juzgue qué más razon hay para guardarlas ahora que para quebrarlas entónces: yo he sabido por muy cierto que en secreto se han jurado estas paces y que sacan bastimentos de este reino los portugueses para Terrenate, con que quedo desengañado de la intencion de Vuestra Alteza; yo conservaré á Tidore y Maquien y retiraré de aquí mis soldados que tanta sangre han derramado en vuestro servicio, y tantos lugares con sus armas han reducido á él, y cuando Vuestra Alteza vea aquí armada del Rey, mi señor, le pesará mucho de haber asentado tales paces, si no es que ántes se arrepienta», dijo el General mostrando gran sentimiento. El Rey le dijo, como no habia hasta entónces hecho cosa que fuese en deservicio del rey de Castilla, ni miéntras tuviese vida haria cosa que desdijese de su Real palabra; paces hasta ahora, dijo, yo no las he asentado, aunque me han importunado harto los portugueses y ofrecido muchas comodidades; treguas sí, pues para tratar de lo primero era necesario suspender las armas: tambien es verdad que les he dado algun bastimento, por sus dineros; pero eso es cosa de poca consideracion, y tratando de paces, y pidiéndome alguna provision no me pareció

decente negársela. El fin que en dar oidos á estos conciertos he tenido, es considerar que tengo muchos enemigos, y que los portugueses están muy poderosos y cada dia les vienen nuevos socorros, así de gente como de municiones, de Malaca. Vosotros los castellanos os vais acabando sin que os venga socorro alguno, con que forzosamente tarde ó tempano habreis de admitir los partidos que los portugueses quisieren, que serán entónces los que les estuvieren mejor; por eso me parece no desacertado concluir ahora algun género de composicion, y que con alguna maña nos conservemos todos hasta que de Castilla venga algun socorro; pero en caso que esto no os esté bien, puesto que el rayo ha de caer sobre mí, y los portugueses han de echar el resto hasta destruirme, dadme veinte mosqueteros y al capitan Urdaneta, de quien tengo satisfaccion, para que asistan de presidio en esta ciudad y me defiendan, que lo que es su sustento, regalo y pagas, correrá por mi cuenta, y con esto, ni admitiré paces ní treguas con los portugueses, ántes bien arriesgaré mi reino y honra por vuestro Rey. Acabó el Rey y el General le prometió enviar hasta cumplimiento de veinte castellanos sobre los que tenia, en la forma que se lo pedia. Con esto se despidió el General, seguro de que las paces no se efectuarian con los portugueses, pues el haber movido estos tratos con el rey de Gilolo era á fin de acabar y destruir los castellanos. En llegando á Tidore se los envió, no obstante la falta que tenia de gente [1]. Poco despues de haber llegado esta gente á Gilolo, llegó á Tidore un parao con cuatro castellanos enfermos, que pusieron en gran sobresalto al General y los demas soldados, porque segun las señales exteriores y las bascas, parecia que venian atosigados; especialmente que dijeron que en Gilolo quedaron otros cinco ó seis enfermos de la misma manera: diéronles contraponzoñas y triacas de España; pero como venian tan malos no fueron de provecho, y murieron los tres. El General mandó abrir uno de ellos, y le hallaron los bofes é hígado llenos de llagas, con señales ciertas de que les

---

1 Hay un blanco en el original.

habian dado veneno. Luégo despachó á Gilolo á dar cuenta al Rey de lo que pasaba, recelando alguna traicion, y haciéndose diligencia sobre el caso, se halló que, por respecto de que un mancebo castellano tenia pláticas con una india, le quisieron matar echándole ponzoña en un poco de vino que le presentaron; al tiempo de beberle se hallaron muchos compañeros, y todos cayeron malos, murieron algunos y otros sanaron á fuerza de remedios, con que quedaron desengañados de que no habia sido traicion.

Los portugueses volvieron á Gilolo á hacer nuevos ofrecimientos al Rey, pidiéndole asentase paces con ellos; él se excusó diciendo que él se holgaría harto de que se asentasen los conciertos de una paz honrada sin que interviniese daño alguno á los castellanos, que él, como era amigo de ellos no podia capitular nada, que la concluyesen con el general Hernando de la Torre, y él daria por bien hecho todo lo que asentase, y las firmaria con mucho gusto; pero que de no concluir estos negocios primero con los castellanos, él no habia de hacer nada. Con esta resolucion se volvieron los portugueses enfadados de no haber concluido lo que tanto deseaban, pues sólo por este medio les parecia poder destruir á los castellanos, echando muchas roncas y bravatas, diciendo que habian de destruir á fuego y sangre á todo Gilolo y luégo á Tidore. Con esto el Rey se comenzó á prevenir de galeras y paraos, y quedó declarada la guerra. En Tidore hacia el Rey otro tanto. El General envió al Gilolo á rendir las gracias de las finezas que por Castilla hacia, y envióles algunos versos para que se fortificasen mejor y apercibiese, animándole y ofreciéndole todo cuanto en aquel presidio de Tidore tenia.

CAPÍTULO XII.

Prende D. Jorge al capellan Juan de Torres debajo de seguro y á un castellano. Toman los castellanos un junco de bastimentos á los portugueses. Martin de Islares quema á Chiava, y toma una galera.

El Capellan de los castellanos, Juan de Torres, deseaba confesarse, porque habia un año que no lo hacia por falta de confesor, y antojósele ir á la fortaleza de Terrenate á esto; pidió licencia al General, que le puso algunos inconvenientes; pero como el Padre porfiase, diciendo que no se atrevia á decir Misa si no se confesaba, húbosela de dar y dióle un soldado que le acompañase, llamado Rafael Martinez, advirtiéndole primero que no saltase en tierra sin seguro de D. Jorge. El Capellan se embarcó, y habiendo puesto una bandera blanca, salierou á la marina algunos portugueses. Pidióles seguro para saltar en tierra: respondiéronle que bien podia, pues un sacerdote como él consigo traia el seguro. El Padre volvió á replicar, y volviéndole á decir que bien podia saltar en tierra, el Padre capellan y Rafael Martinez salieron á la marina: los portugueses fueron acompañándolos hasta la fortaleza, donde estaba D. Jorge, que en llegando les preguntó si se iban huidos. El Capellan le dijo que no, sino que él se iba á confesar y á besarle las manos. D. Jorge le replicó, que dónde se usaba salir en tierra de guerra sin seguro. El Capellan le respondió, que cuando llegó á la playa le pidió á los hidalgos que allí estaban, y le respondieron que bien podia saltar en tierra porque habia para ello seguro, y que debajo dél habia salido. D. Jorge le dijo, que en aquella fortaleza nadie daba seguro sino él, que era el Capitan de ella, y con esto mandó que los echasen en prisiones al Capellan y á su compañero, y luégo tomó el parao en que habian ido y á los indios de boga por cautivos. Hecho bárbaro, nacido de pecho infiel, poner en hierros á un sacerdote que en fé del

seguro que tenia salió en tierra. El respeto que se debe al sacerdote es grande. Dios les guarda desde el cielo á los sacerdotes estos fueros, como dice Salviano y San Teodoreto, trayendo el ejemplo de no haber castigado Dios á Aron con la lepra, como á María; y el Concilio coloniense declaró que los eclesiásticos no han de ser reprehendidos con publicidad, y mucho ménos con afrenta, por los daños que resultan de ello, exponiéndolos á la irrision y mofa del pueblo; y en este caso aprieta Lira bien la mano; pero no tanto como hoy es menester. ¡Plegue á Dios no den ocasion los sacerdotes á que les desestimen! El General y castellanos sintieron mucho lo que con su Capellan habia usado D. Jorge: enviáronle á pedir; pero como este hombre se desvergonzaba contra Dios, se dejó decir algunas libertades, con que se volvió sin él Pedro de Monte Mayor que fué con el recado del General.

Luégo se tuvo noticia de cómo en la isla de Maquien estaba un junco cargado de bastimentos, que los portugueses habian embargado para llevar á Terrenate y que tenia dentro cuatro de posta. El General envió al capitan Hernando de Añasco con diez soldados para que les tomase el junco ó le echase á pique. No fué perezoso Añasco, porque deseaba vengarse de la injuria reciente que D. Jorge habia hecho á la nacion castellana en el Padre capellan. Tomó un buen parao, y pasando á Maquien fué en busca del junco, y dándole vista que pasaba á Terrenate, le acometió con el parao, y aunque los portugueses se pusieron en defenderle, le rindieron y llevaron á Tidore; y viendo el General que era de gente extranjera, les pagó todo el bastimento que tenia, que era mucha cantidad de arroz y sagú, que es el pan de la tierra y sustento ordinario de aquellas Islas; hácese del meollo molido de cierto género de palmas que hay, que es á modo y del color de la carcoma, es una harina no mala de comer; llevaba tambien el junco muchas gallinas y puercos, cocos y cañas dulces, y para el tiempo fué de gran consideracion, porque se iba juntando matalotaje para volver á despachar el navío de Alvaro de Saavedra á la Nueva España: á la gente del junco se hizo muy buen tratamiento, para obligarlos

con buenas obras á que volviesen con bastimento á aquel puerto.

Poco ántes que se supiese del junco, habia despachado Hernando de la Torre á Camafo, para que juntase cuanto arroz pudiese, á Martin de Islares con tres compañeros en dos paraos bien apercebidos, que llegado allá comenzó á juntarlo, y como tuviese la injuria que al Padre capellan habian hecho los portugueses tan en la memoria, determinó dar en un pueblo suyo y abrasarle; para esto fué con cuatro paraos y sus tres compañeros, y amaneció sobre el lugar de Chiava, que seria de quinientos vecinos, y dándole un albazo, pusiéronse en defensa sus naturales; pero pareciéndoles que estaba todo el mundo sobre ellos, habiendo herido muy mal en una pierna á Martin de Islares, y apretando los tidores y tres castellanos con ellos, tomaron los chiavos el camino del monte; tomáronse algunos cautivos y cantidad de arroz y sagú, y en el puerto un hermoso parao que bogaba cien palas, y metiendo dentro el saco y habiendo puesto fuego al lugar, se volvió á Camafo Martin de Islares, aunque herido, donde juntó el bastimento que pudo, y muchos puercos y cabras, y volviendo á Tidore le salieron al camino algunos paraos del pueblo de Guacomonora; peleó con ellos, y habiendo rendido la Capitana, los demas se pusieron en huida y Martin de Islares entró en Tidore con mucho bastimento y dos navíos más de los que habia sacado, y muchos cautivos.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

Los portugueses vuelven á tratar de las paces con el rey de Gilolo. Don Jorge de Castro pasa á Tidore á tratarlas con el General.

Habia llegado á Terrenate, el Noviembre pasado de este año, un caballero de la India, llamado D. Jorge de Castro, con comision del gobernador de la India, para tratar de medios y conveniencias de paz con los castellanos, porque se habian en Goa tomado mal las guerras que entre castellanos y portugueses

habia; y habiendo sido informado por el capitan D. Jorge de Meneses, las veces que con las paces habia acometido á los castellanos, y advertídole las condiciones de ellas y no las habian querido admitir, quiso por su persona, usando de su comision, ir á tratarlas, y como estaba bien informado y advertido de lo que habia de hacer, pasó á Gilolo á verse con el Rey y concertarse con él. Tratóle muy á la larga lo que deseaba el rey de Portugal su amistad, y lo bien que á él le estaba; hízole muchos ofrecimientos, mucho mayores que los que poco ántes D. Jorge de Meneses le hacia. El Rey se excusó de asentar los capítulos de las paces que le proponia, si primero el General de los castellanos no los aprobaba, y él no entraba en ellas; y dando y tomando sobre esto D. Jorge y el Rey, lo que se resolvió fué, que el mismo Rey por su persona fuese á Tidore á tratar aquel negocio con el general Hernando de la Torre, con que D. Jorge de Castro se volvió á Terrenate. El Rey aprestó su armada, y metiendo en su galera Real al capitan Andrés de Urdaneta y doce soldados castellanos, fué la vuelta de Tidore y surgió en el puerto á diez y nueve de Diciembre de este año. El General le hizo un gran recibimiento, tal cual á una persona Real era razon se hiciese, disparando toda la artillería que en mar y tierra habia, junto con algunas cargas de mosquetería, y metiéndose en su falúa, fué á la galera Real á besar las manos al Rey en compañía del rey de Tidore, donde los dos trataron la materia de las paces en la forma que ántes. El Rey preguntó al General que le dijese el designio que tenia, si era de tener guerra con los portugueses ó deseaba efectivamente las paces, porque deseaba saberlo de una vez. El General le respondió que las paces le estaban bien, harto mejor que á los portugueses, supuesta la poca gente que él tenia y ellos tanta, y tan ciertos los socorros, y que las juraria como no le tocasen en la isla de Maquien, la cual habian de conservar por el Emperador, su señor, hasta que no quedase castellano vivo. El Rey entónces le dijo, que le parecia su determinacion muy buena, y le daria todo su favor y ayuda en órden á defenderla, y que siendo así que no habia de haber conciertos de paz, sino

contínua guerra, que matase todos los portugueses que tenia, pues los habia tomado en buena guerra y tendria ménos enemigos. Hernando de la Torre le respondió, que por ningun caso haria cosa tan mal hecha, pues no acostumbraban los castellanos á matar los rendidos en guerras. Deseaba el Rey empeñar en esto á los castellanos, para que por ningun caso en tiempo alguno hiciesen paces con los portugueses, recelos que traia entre ojos despues que D. Jorge de Castro le habló, porque, entre otras razones, le dijo que tarde ó temprano castellanos y portugueses se confederarian y harian un cuerpo, y le quitarian su Reino, pues no queria admitir las paces que le ofrecia; todo esto le dió á entender al General el Rey, y asegurado de que los castellanos en todo tiempo eran agradecidos y lo serian siempre á las mercedes que de Su Alteza habian recibido, despidiéndose del General y rey de Tidore, sin haberse querido desembarcar, se levó, y saludándole la fuerza con toda la artillería se volvió á Gilolo, desde donde hizo saber á los portugueses la resolucion del General de los castellanos, y él á excusarse de hacer paces donde no entrase en ellas y fuese comprendido el general Hernando de la Torre y su gente. Con esto los portugueses volvieron á instar con el General, para lo cual fué D. Jorge de Castro y le propuso el fin de su venida y cuánto holgaria que se excusasen guerras y muertes, y que pues no queria largar la isla de Maquien ni partirla, que diese los prisioneros y le volverian al Padre capellan y los demas que tenian: y en lo que tocaba á la Isla, que ni fuese del rey de Castilla ni del de Portugal, sino que se pusiese al rey Humar en su libertad y se volviese á su reino por término de tres meses, en el cual tiempo pudiesen, así castellanos como portugueses, rescatar el clavo, y que ellos asegurarian que no se les haria á los isleños de Maquien ningun agravio por su parte; y que dentro de los tres meses escogiese el Rey la parte de Castilla ó Portugal que quisiese seguir. Asimismo pedia que el capitan Alvaro de Saavedra no partiese de Tidore para la Nueva España hasta veinte de Mayo del año siguiente de veintinueve, porque el capitan D. Jorge de Meneses habia de ir á las islas de Banda,

porque se tenia por cierto que un Antonio de Abreo habia llegado á Banda, llevaba provisiones del rey de Portugal para lo que habia de hacer con los castellanos, y que él juraria de volver dentro de aquel término, porque seria posible que el rey de Portugal les mandase dejar la fortaleza de Terrenate y entregársela á los castellanos, y que en tal caso, ellos se volverian á la India muy contentos. El Ceneral le respondió que el rey Cachil Humar estaba por su voluntad en Tidore, porque por su gusto habia dado la obediencia al Rey y habia ido allí á su servicio, y á estar debajo de su amparo, diciendo que su padre habia escrito á Su Majestad Católica, con Juan Sebastian del Cano, dándose por su vasallo y servidor, y que despues de muerto su padre, él le habia sucedido en el reino de Maquien, y queria, en conformidad de lo que su padre habia jurado, cumplirlo él; pero que no obstante que esto era así, él le llamaria y le dejaria ir á su reino queriendo él, y le daria á escoger el bando que queria seguir, para que viese cómo deseaban los castellanos tener amistad con los portugueses. Con esto envió á llamar al rey de Maquien y á decir para lo que le llamaba; pero envióse á excusar diciendo que no tenia necesidad de que los portugueses fuesen sus tutores, que él iba y venia á su reino cuando le daba gusto, y que era vasallo del rey de Castilla, y despues de los tres meses y treinta años diria lo mismo, y que si el General le queria mandar á Maquien, que le cortase primero la cabeza. Con esta respuesta quedó confuso D. Jorge de Castro, y el General respondió á lo de Saavedra, que se espantaba mucho se metiesen en el gobierno tambien de sus naos, que él le despacharia cuando le diese gusto y conviniese, y que lo hiciese así D. Jorge cuando hubiese de despachar á Malaca; pues á lo que decia que vendrian provisiones de su Rey, no obstaba la ida del navío de Saavedra, pues con él y sin él las podrian obedecer siempre que quisiesen; y que si quisiesen las paces sin tratar de la isla de Maquien, estaba presto á jurarlas: sobre esto tuvieron algunas réplicas, y sin concluir nada, se volvió D. Jorge de Castro á Terrenate. Viendo D. Jorge de Meneses que por aquí no concluia nada, envió á

decir que daria al Padre capellan por cuatro portugueses, los que él señalase: el General no quiso dárselos, ántes respondió, que segun lo que D. Jorge habia usado con el Padre capellan, pudiera él haber hecho otro tanto con D. Jorge de Castro y otros portugueses que habian ido á su fortaleza; pero no habia querido, porque no se le imputase en ningun tiempo cosa tan fea, como es detener á nadie debajo de seguro.

LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Vuelven á tratar de paces los portugueses. Los castellanos toman á Chiava.

El primero dia de Enero de este año de quinientos y veinte y nueve, avisó el rey de Gilolo al general Hernando de la Torre como D. Jorge de Meneses y Cachil Daroes le habian enviado una carta en lengua arábiga y en lengua malaya, firmada de entrambos, donde le instaba por las paces tan apretadamente, que de no concluirlas decian que pondrian toda su fuerza en destruirle, y que él habia respondido que las concluyesen como otras veces habia dicho con el Capitan castellano y rey de Tidore, y concluidas se las llevasen para que él las firmase y jurase por lo que á Gilolo tocaba; y que Cachil de Reves habia vuelto á Gilolo con nuevas instancias, á quien mandó despedir por estar enfermo en la cama, y á excusarse que no le podia ver, por lo cual el Cachil mostró gran sentimiento, y él y algunos portugueses que con él iban se dejaron decir algunas libertades, con el seguro que tenian de embajadores y huéspedes; y entre otras, le enviaron á decir que le habian de hacer la más cruda guerra que jamás hubiese en el Maluco habido, con que se volvieron; y que le hacia saber lo que pasaba para que estuviese más sobre aviso y viviese con más recato de los portugueses. El General le envió á visitar con el capitan Alonso de Rios, y á dar las gracias de lo que habia hecho con Cachil de Reves, suplicándole continuase aquel despego con los portugueses, para que no instasen más en alianzas que tan mal le estaban.

Don Jorge envió á Tidore á Duarte Lopez á hacer nuevos requerimientos de parte suya, y de D. Jorge de Castro y del Padre capellan y Rafael Martinez, que tambien requerian por órden de los portugueses al General, estos que los rescatasen y aquellos que dejasen las Islas. Este Duarte Lopez pidió cuatro portugueses prisioneros, los dos eran un herrero y un carpintero, y que darian por ellos al Padre capellan y á Rafael Martinez. Hernando de la Torre respondió que era contento de darle cuatro portugueses por el Padre y su compañero, pero que no podia dar el herrero ni carpintero, porque tenia de ellos necesidad; por esto se desconcertaron, y Duarte Lopez se volvió sin concluir nada á Terrenate.

Don Jorge apercibia su armada para destruir el pueblo de Camafo en venganza de haber Martin de Islares entrado el pueblo de Chiava el año pasado, el cual habian los terrenates reedificado y murado muy bien de terrapleno, y puesto en él alguna artillería mediana, guarnecídole de gente de guerra, á que acudió D. Jorge con algunos portugueses artilleros y dió dos piezas gruesas para que estuviese en más defensa, señalando aquel lugar por plaza de armas para destruir á Camafo, que distaba de él una legua, y salir de Chiava á correr la tierra y destruir los lugares de Gilolo y Tidore. Tuvo noticia de esto Cachil Rade, gobernador del reino de Tidore, y pidió al general Hernando de la Torre algunos castellanos para que, con su armada, fuesen á defender á Camafo y destruir el pueblo de Chiava de antemano, para que faltando á los portugueses aquel pueblo, no tuviesen tanta ocasion de hacer el daño que intentaban en aquel reino, ni donde retirarse de las correrías que pensaban hacer, y que queria tomar el paso de Tamalolinga, adelantándose para que los portugueses no pudiesen tomar á Camafo. El General se excusó de dar los castellanos para ir á pelear á ninguna parte, diciendo que hasta que se viese lo que hacian los portugueses no era justo moverles guerra, supuesto que con tantas véras habian tratado de la paz. Cachil Rade volvió á replicar dándole razones bastantes para que le diese aquel socorro; pero el General se volvió á excusar dicien-

do que no era servicio de Su Majestad que destruyesen los pueblos y degollasen los indios de la tierra, y que de los que en las guerras se habian muerto le pesaba mucho. Cachil Rade, con gran sentimiento, viendo que de no darle el socorro que pedia, le habian de destruir á Camafo y cuantos lugares tenia el rey de Tidore en la isla de Gilolo y tierra del Moro, replicó que más servicio seria del Rey, sin duda, que los portugueses les tomasen los lugares y destruyesen la tierra, no perdonando á nadie la vida, sólo por haber hospedado castellanos; y á esto añadió tantas cosas, que el General, habiéndole dado satisfaccion en haberle negado lo que le pedia, le dió quince castellanos á órden de Martin García Zarquizano, el cual salió con tres galeras y Cachil de Reves con su armada, donde llevaba ochocientos hombres de guerra: á catorce de Enero de este año llegó á Tamalolinga, y pasando por allí á la Mar del Este, llegaron á Camafo, donde tenia prevenidos mil y doscientos soldados, y enbarcándolos aquella misma noche, amanecieron sobre Chiava; los de dentro se pusieron en defensa. Martin de Zarquizano dividió en dos tropas el ejército, que tenia cada una mil soldados y ocho castellanos, y habiendo reconocido el campo y el muro, diéronle á un tiempo por dos partes el asalto: los de arriba se defendian muy bien, aunque la artillería no les era de provecho, por no tener los baluartes casamatas donde ponerla para barrer las cortinas del muro; de abajo se peleaba con gran ímpetu trabajando por subir el muro. Martin Iñiguez sacó de los dos escuadrones dos mangas de á cada cien soldados, gobernadas cada una por un castellano, con que fueron á escalar el muro por otra parte; los de arriba se pusieron en defensa, matando algunos que se habian adelantado á subir la muralla. El asalto se daba por tres partes, con que dividieron la guarnicion que tenia el muro, y apretando Martin de Zarquizano el asalto, los castellanos de su escuadron, apellidando «Santiago» subieron, aunque heridos algunos, y ganaron el muro, donde pelearon un poco de espacio, cercados de los chiaveses, hasta que subió el resto de la gente: ya por las otras dos partes subian los demas, cuando perdiéndose de ánimo, los de Chiava

volvieron las espaldas y por un postigo secreto se huyeron al monte. Martin de Zarquizano tomó las puertas y saqueó el lugar, que estaba lleno de bastimentos: halló en los almacenes mucha municion y algunas armas: tomáronse muchos cautivos, especialmente mujeres mozas y de buen parecer: embarcóse todo, especialmente la artillería y las dos piezas grandes de los portugueses; y dando fuego al lugar se embarcó la gente, habiendo durado el combate desde el alba hasta las dos de la tarde: murieron algunos tidores, ningun castellano; de los chiaveses muchos, y los que se pudieron haber á las manos todos fueron cautivos. Con esta victoria llegó Martin de Zarquizano á Camafo, donde fué bien recibido y regalado; puso en defensa el pueblo, así con alguna artillería que tenia como con la que habia tomado en Chiava, y dejando buena guarnicion de soldados tidores y ocho españoles castellanos, con el resto se volvió á Tidore, lleno de despojos y cautivos, llevando mucha provision de arroz y ganado negro á la fortaleza. Los portugueses, luégo supieron la guarnicion que tenia Camafo, y lo que habia pasado en Chiava, con que dejaron de ir sobre ella.

CAPÍTULO II.

Martin de Zarquizano toma la villa de Dondera. El rey de Gapi envia su embajada al general Hernando de la Torre.

A ocho de Febrero de este año llegó á Tidore un parao de guerra bien artillado y guarnecido de gente, donde iba un caballero de Gilolo, llamado Raxamira, de parte del Rey á visitar al General, y á pedirle toda la armada, así suya como del rey de Tidore, porque queria ir con todo el poder de Gilolo á destruir algunos pueblos de terrenates, pues la guerra se habia comenzado; especialmente queria tomar la villa de Dondera, de quien recibian mucho daño sus vasallos. El General, habiendo tomado parecer de los capitanes y oficiales de Su Majestad lo que en aquel caso debia hacer, fué acordado que al rey de Gilolo no se

le negase nada de cuanto pidiese, por estarle en tanta obligacion, que á no ser por él no se pudieran haber conservado allí un año, pues no sólo daba el bastimento necesario, sino que acudia con moneda á los soldados para remediar sus necesidades. Con esta resolucion se le dió la armada que en Tidore habia, así del Rey como de los castellanos, y en ella envió á Martin de Zarquizano, á quien habia dado conducta de Capitan de infantería española, con los mismos quince soldados que llevó sobre Chiava. Llegó á Gilolo en salvamento, donde fué del Rey muy bien recibido, el cual estaba enfermo en la cama, que para estarlo le bastaba la edad, que pasaba de setenta años; trató con el Capitan los daños que de Dondera recibian sus vasallos, y que aunque habia ido el capitan Andrés de Urdaneta y les habia castigado, tomándoles la presa que llevaban, no habia sitiado la villa por no tener gente, por ser fuerte, y que al presente le daria dos mil soldados sin los que llevaba de Tidore, con que podria tomarla; el capitan Zarquizano le dijo que allí le enviaba el General para ejecutar todo lo que fuese de su servicio, que Su Alteza dispusiese de él y de aquella armada á su servicio, y que le parecia acertado comenzar la guerra por el enemigo que tan vecino tenia, como era aquella villa. Aprestóse la gente luégo, y el capitan Zarquizano salió con toda la armada de Tidore y Gilolo, donde iban dos mil y quinientos hombres de guerra, sin la gente de mar. Está esta villa cuatro leguas de Gilolo. Martin de Zarquizano surgió en el puerto de Dondera, que estaba indefenso, porque la villa estaba apartada de la marina media legua, puesta sobre un montecillo de áspera subida; y dejando quinientos soldados en la armada para su defensa, sin la gente de mar, saltó en tierra con dos mil y sus quince castellanos; dividiólos como hizo en Chiava, y fué marchando él con su escuadron por el camino real, enviando el otro á la sorda por una ladera. El del Capitan fué descubierto desde el baluarte de la mar, y los artilleros portugueses comenzaron á dispararle, y porque alcanzaban las pelotas, hizo alto atrincherándose con unas barrancas miéntras llegaba el otro escuadron; y viendo que aunque continuaba la

artillería no era la batería de consideracion, por disparar de alto á bajo, dividió sus mil soldados en algunas tropas para que subiesen como á la deshilada, hasta abrigarse con los muros, que eran muy altos, y por esto malos para jugar artillería y arcabucería. El escuadron del monte sin mucho estorbo subió hasta abrigarse con el muro, y sin aguardar á su Capitan comenzaron el asalto. Era la muralla de piedra seca y fácil de treparla, y comenzando á subir, los de arriba dejaban caer piedras, con que los hacian volver á bajar. En esto acabó de subir el escuadron del capitan Zarquizano, y acometiendo por otra parte fueron rebatidos algunos, que bien arrodelados ganaban el muro; pero apretando los escuadrones y tendiéndose por las dos cortinas de las murallas, ganaron el muro, aunque con muerte de algunos, y se pusieron sobre él las águilas imperiales del rey de Castilla y emperador de Alemania, Cárlos Quinto, nuestro señor. Los donderanos, viéndose perdidos, escaparon huyendo por la puerta del monte. Saqueóse el lugar, y abrasóse todo, que como las casas son de madera y están cubiertas con hojas de palmas, es materia dispuesta para el fuego, y con la facilidad que se abrasa un pueblo se vuelve á reedificar en pocos dias; tomáronse algunos cautivos, y dió la vuelta el capitan Martin García de Zarquizano á Gilolo triunfante y victorioso. El Rey holgó mucho de la toma de aquel pueblo, y pidió á Zarquizano diez castellanos para arrasar con mil indios gastadores las murallas y baluartes de Dondera; Zarquizano se ofreció de ir en persona á hacerle aquel servicio, y fué dejando arrasado el pueblo y muralla toda, con se volvió á Tidore.

A veinticinco de Marzo de este año llegaron á Tidore dos paraos grandes con trescientos hombres de mar y guerra, del rey de Gapi, y con ellos un caballero, llamado Pabela, con título de Embajador. Es este rey de Gapi gran señor y señorea muchas provincias y tierras, donde tiene mucha gente de guerra; tiene su reino poco distante de Batochina por la contra-costa de Gilolo, en unas islas que por el Este se tienden. El Reino de Gapi es rico de hierro, y es armería comun de todo aquel Archipiélago; hay buenos oficiales de armas, especialmente de

dardos, lanzas y alfanjes de muy buen temple, no inferiores en su fineza á los turquescos: la tierra es de buen temple y abundante de todo género de manteninimientos: parte por ella de medio á medio la Línea equinoccial, y aunque está debajo de ella es templada y habitable; y esto no admire á los filósofos que consideran solamente en ellas al Sol que hiere al medio dia perpendicularmente, pues escribimos lo que hemos visto y sentido, habiendo estado algunas veces debajo de la Línea, y vivido en regiones por donde pasa. El embajador Pabela dió al general Hernando de la Torre su embajada, diciendo que el rey de Gapi, su señor, habiendo llegado á su noticia la fama de las armas castellanas, y habiendo entendido ser Capitan del mayor señor y Rey del mundo, le enviaba á besar las manos y á ofrecerse á su servicio y prestar obediencia y vasallaje á tan gran Rey, en la misma forma que la habian dado los tres reyes de Tidore, Gilolo y Maquien, y que en su nombre las juraria el mismo Pabela, para que miéntras el Sol alumbrase fuesen las amistades perpétuas é indisolubles; ofrecióle, habiendo concluido su embajada, un presente de alfanjes y lanzas, hierro y algunos bastimentos, arroz, sagú, cocos, puercos y cabras, que el General recibió, enviándole muy buen retorno de sedas y paños, y á darle las gracias por la voluntad que mostraba tener al Rey, su señor, asegurándole que el haberse dado por vasallo de tan gran Monarca seria ocasion de hacerle mayor señor de allí adelante, y que vivirian él y sus descendientes de allí adelante temidos y estimados de los demas reyes de aquellas regiones. Acabado el acto de jurar al emperador Cárlos Quinto, César Máximo Augusto, Pabela, en nombre de su Rey, fué á besar las manos al rey de Tidore, á quien hizo otro presente y dijo, que el rey de Gapi, su señor, se le encomendaba mucho, y le pedia se acordase cuán gran amigo de su padre Almanzor habia sido: que se continuasen las amistades que estimaria en mucho, á quien ofrecia de su reino cuanto hubiese menester; Cachil Rade hospedó á Pabela y regaló, el cual, como hubiese concluido sus embajadas se volvió á Gapi, y dió cuenta al Rey, su señor, de la honra con que fue recibido en el reino de Tidore,

así del Capitan de los castellanos como del Rey y de su Gobernador, contándole muchas cosas que habia notado y sabido, especialmente de las guerras que con los portugueses tenian los pueblos que habian debelado en el reino y jurisdiccion de Terrenate, y el poder y valor en la guerra de mar y tierra de la nacion castellana, y todo lo demas que pudo entender en los pocos dias que Pabela en Tidore se detuvo, de que gustó mucho el rey de Gapi y estimó en mucho la amistad de los castellanos, prometiéndose con su favor extender por todas aquellas Islas de los papúas la jurisdiccion de su reino.

CAPÍTULO III.

Piden los oficiales reales las dos partes del pillaje de los soldados para el Rey. Fortifican de nuevo los portugueses á Dondera, van sobre ella los castellanos y abrasan treinta aldeas de terrenates.

En las villas y lugares que los castellanos habian saqueado, fuera de los bastimentos que en la fortaleza de Tidore almacenaban y se tomaban para el comun, pillaban lo que hallaban, y no era tan poco, que no se hallasen con muchos esclavos y cantidad de clavo, y algun caudal, de que tomaron ocasion los contadores de Su Majestad y demas oficiales reales para pedir la parte que al Rey tocaba de todos los sacos y pillajes, que desde que entraron en las Islas habia habido; pedian que de todo se hiciese un monton, y sacadas las dos partes, repartiesen lo demas entre sí, segun las leyes de milicia; mucha novedad causó entre los soldados esta nueva determinacion de los oficiales reales, especialmente habiendo tomado de las cantidades de clavo, que en los navíos de portugueses habian hallado; la parte del Rey: replicaron á esto los soldados y capitanes diciendo que si alguna cosa habian tomado en los sacos de los lugares, era todo poquedad, y con ella remediaban las necesidades que pasaban en aquellas Islas á causa de no recibir

pagas del Rey, porque no habia con qué pagar, sino sola una racion ordinaria, y esa muy limitada; decian así ni más ni ménos que era cosa exorbitante las dos partes que decian tocarle el Rey, porque sacadas, la una parte que quedaba era tan poca, que sacando la que tocaba al Capitan general y demas oficiales, no quedaba para los pobres soldados, que eran los que hacian la guerra y en los asaltos derramaban su sangre y padecian mayores necesidades: sobre esto glosaban los soldados diciendo, que con so color de que era para el Rey, querian los oficiales reales hacerse ricos á costa de los pobres, que con riesgo de sus vidas recogian de los enemigos algunos despojos, y que si el Rey supiera lo que padecian y cómo habian ganado la miseria que tenian, Su Majestad les dejára la parte que le tocaba. Estas y otras razones representaron al General para que mandase no pasase adelante la ejecucion de lo proveido por los oficiales reales, pero él se excusaba, diciendo que no podia arbitrar en las cosas que tocaban á la Real hacienda. Aquí perdian pié los soldados y decian que tambien iba á la parte el General, pues no volvia por ellos en una cosa tan justa, como querer quitarles la pobreza que tenian y habian comprado derramando su sangre á precio de tantas heridas y tan contínuos trabajos. No hay duda sino que anduvieron rigurosos aquí los oficiales reales, pues les sacaron por fuerza de sus casas cuanto tenian: obligacion tenian á acudir al Real servicio y á tomar la parte que al Rey tocaba, pues los gastos de las armadas con la parte de los sacos que por derecho se deben se habia de compensar, ni los reyes tienen otros patrimonios que los tributos de los vasallos; pero tambien es cierto que el prudente y sabio ministro no ha de pretender ejecutar sus órdenes con peligro de alborotos, y si esta razon corre aún en los jueces, cuándo importará hacer justicia del delincuente, mucho más en materia de maravedís, de que hacen poco caso los reyes, y más en ocasion que tienen en campo sus soldados, conquistando tierras y sujetando gentes, cuando pretende tenerlos contentos para que peleen con gusto con el cebo de la presa. El año de seiscientos diez, habiendo obtenido una de las mayores victorias en naval

batalla, que jamás gozó el Mar del Sur, D. Juan de Silva, gobernador de las islas Filipinas, de los rebeldes de Holanda en Manila, tomó el quinto del despojo que tocaba al Rey, nuestro señor, y dióle aviso aunque instaban los jueces oficiales reales que le metiesen en la Real caja, é importaba mucha suma de ducados, y Su Majestad Católica lo tuvo por bien, é hizo de él merced á D. Juan de Silva, como Capitan que tan bien le merecia. En estas materias, como notó Ciceron en el libro tercero de sus *Oficios*, tratando del gobierno y administracion de los reinos y provincias, encuéntranse dos cosas, lo útil con lo honesto, y es encuentro éste tan pesado, que se ocasionan de él muchas desórdenes, aunque tienen color de órdenes y ejecucion de ellas: cosa útil y justa era que los oficiales reales pidiesen lo que al Rey tocaba, y cosa honesta era suspender aquella ejecucion en ocasion que ni tenian qué comer ni vestir los pobres soldados, que de dia y de noche estaban peleando en la campaña, ni los oficiales tenian caja para darles sus socorros ordinarios, con que remediasen sus necesidades. Las cosas no estuvieron jamás en el mundo para mostrar enterezas demasiadas, ha de dar necesariamente el ministro algo de lo que no siente ni aprueba, so pena de caer en grandes inconvenientes y experimentar gravísimas dificultades. Sentencia es de Pithágoras que no se ha de navegar por tierra: en que, como nota Clemente Alejandrino, quiso dar á entender este excelente filósofo, que se han de excusar los gravámenes ocasionados á alterar la paz de las repúblicas, porque es muy puesto en razon que en un caso tan urgente como éste hagan los ministros lo que el Príncipe hiciera si tuviera el caso presente, que fuera oir los justos clamores de sus soldados; consejo que los viejos de Israel dieron á Roboan, que por no seguir este Rey parecer tan prudente, le negaron diez tríbus la obediencia. Y aunque habia harta seguridad de la de los castellanos, porque siempre se preciaron de obedientes á sus reyes, con todo esto titubeó mucho en esta ocasion, no la obediencia, que ésta hasta morir la afierran los españoles, sino aquel gusto con que ántes peleaban. Los portugueses procuraban aficionarlos á que se pasasen á su campo,

hacíanles grandes ofrecimientos, y á los que se pasaban á ellos grandes honras, de que queda claro haber sido pedida esta dacion y parte del Rey en mala ocasion, aunque para los soldados sirvió, aunque por entónces impacientes, de acrisolar su fidelidad.

Los portugueses habian sentido mucho la destruccion de la villa de Dondera y los terrenates mucho más, como pueblo suyo. Cachil Daroes envió luégo diez paraos grandes con mucha gente y algunos portugueses á fortificar aquel puesto, por ser de grande importancia, y llevaron buena artillería; llevaba Cachil de Reves á su cargo esta armada, desembarcó en el puerto de Dondera dos dias despues que Martin García de Zarquizano habia arrasado el muro y baluartes; subió á la miserable villa, y juntando los donderanos volvieron á levantar las murallas, reduciéndolas á término y lugar más breve; trabajaban de dia y de noche, ocupándose en esto hasta las mujeres y niños; y como era tanta la gente y tenian los materiales á la mano y no trabajaban á jornal, acabaron las murallas y baluartes en pocos dias y pusieron en defensa el pueblo, que era de ranchos y pequeñas barracas; abrieron fosos y pusieron su artillería en las partes más convenientes. El rey de Gilolo tuvo nuevas de la fortificacion que en Dondera hacia Cachil de Reves, y envió á pedir al general Hernando de la Torre el bergantin y fusta que tenia, con alguna gente, para volver sobre Dondera, que los enemigos fortificaban muy aprisa. Dió el General lo que el Rey pedia y metió veinticinco soldados castellanos en los dos navíos, á órden del capitan Alonso de Rios, que pasó á Gilolo, y tomando la armada que el Rey tenia apercibida, pasó á Dondera, donde no halló á Cachil de Reves, que habiendo dejado la villa cercada y con buena guarnicion, se habia vuelto á Terrenate, temeroso de que fuese sobre él la armada castellana. Envió á reconocer el capitan Alonso de Rios la nueva fortificacion, y teniendo aviso de cuán en defensa estaba el pueblo, sacó su gente en campaña y comenzó á talar las huertas, palmares y sembrados de Dondera, que tenia una apacible campiña; no quiso tomar la villa, ó por estar en buena defensa,

ó porque no le ejecutasen los oficiales reales, por la parte que al Rey tocaba del saco. Con ésto, se volvió á embarcar, diciendo que fuesen los Contadores, Factores y Tesoreros á tomar aquella villa y llenasen las manos del saco y despojos. Los gilolos harto descontentos se embarcaron, porque quisieran destruir aquel lugar, de quien tanto daño solian recibir, y esperaban en lo de adelante otro tanto. Pidiéronle al Capitan que fuesen á destruir unas aldeas de donde los terrenates y portugueses sacaban gente y se proveian; siguiólos Alonso de Rios, y llegando á una, ántes de marchar, echó un bando que nadie tomase cosa de las casas ni saquease nada, sino que en entrando los pueblos, se les diese fuego. Con esto fué la vuelta de una aldea de cuatrocientos vecinos que luégo la desampararon los naturales, y en llegando á ella se la puso fuego; de esta manera fueron abrasando hasta treinta aldeas, de donde solo tomaban el arroz y gallinas que habian menester para comer al presente; quemóse mucha cantidad de clavo, porque no hay casa que no tenga alguno, y algunas mucho, por ser la cosecha de aquellos pueblos. Toda esta desórden causó la ejecucion de aquellas órdenes, y lo que peor es, que por no llevar esclavos de que pudiesen asir los oficiales reales, los pasaban todos á cuchillo, reservando niños y mujeres que dejaban en su libertad; los soldados tidores, que con los castellanos iban, sentian mucho aquel nuevo modo de guerra, porque si salian á pelear era llevados de la codicia de los despojos de las guerras, y toda su gloria y grandeza consistia en llevar muchas cabezas vivas ó muertas, que entre estos indios quien tiene más esclavos es mayor señor. Con todo este destrozo hecho, se volvió el capitan Alonso de Rios á Tidore, las manos vacías.

CAPÍTULO IV.

Despáchase Alvaro de Saavedra á la Nueva España. Muere el sultan Adulrraenjami, rey de Gilolo; queman los castellanos algunos pueblos de Terrenate.

Habiendo entrado el mes de Mayo, que es cuando comienzan á aventar los vientos sures, estando el navío que llegó á aquellas islas de la Nueva España aparejado y bien bastecido de vitualla, el General despachó al capitan Alvaro de Saavedra para que volviese á Méjico, á quien encargó que navegase cuanto pudiese, forcejando contra los tiempos, por concluir aquel viaje y descubrir la vuelta de la Nueva España, porque en hacerle consistia el remedio de los castellanos que en el Maluco quedaban, porque sabiendo Su Majestad el estado de aquellas Islas y las guerras que por conservarlas en su obediencia tenian con los portugueses, les enviaria socorro ú órden de lo que habian de hacer. Llevaba Alvaro de Saavedra por su piloto á Macías del Poyo, natural de Múrcia, y como se deseaba tanto que tuviese efecto este viaje, confirióse entre las personas más bien entendidas la derrota que se habia de hacer; y porque el capitan Andrés de Urdaneta era muy buen cosmógrafo, y en materias de mar y arte de navegacion una de las personas más bien entendidas de aquellos tiempos, le envió á llamar á Gilolo, el cual, habiendo oido el parecer de algunos que decian que la derrota más acertada era por la banda del Sur, metiéndose debajo dél hasta veinticinco ó treinta grados de la banda del Trópico de Capricornio, porque en aquel paraje no faltarian sures y sudoestes con que hacer su navegacion. El capitan Andrés de Urdaneta tenia por mejor dejarse ir, cuanto pudiesen, la proa al Lesnordeste, girando á la cuarta del Este, para no subir á mucha altura y tomar las Islas de los Ladrones, por la menor que pudiesen, para desembocar á la mar espaciosa del Sur, porque decia, y muy bien, este Capitan, que aquella cordillera

de islas venia sin duda desde la tierra firme de Asia continuándose, y que de no desembocar á aquellas Islas por la menor altura, habia un inconveniente de no saber si quedarian ensenados con alguna tierra que por más altura podria haber, y de no poder montarla, se perdia el viaje y era fuerza volver á arribar; pero de desembocar por Guan ó la Zarpana, Islas de las Velas ó Ladrones, aunque corriesen vientos contrarios se podia hacer el viaje, porque los que la armada de Loaisa trujo por allí eran suestes, y con el Sueste podian llevar la proa al Lesnordeste bolinas aladas, y cuando quisiesen gobernar por el Nordeste iban á bolinas largas, seguros de montar cualquiera tierra que hubiese, y supuesto que aquellas Islas se corren Norte Sur, y metiéndose en altura habia de hallar noroestes y nortes; con que volviendo á gobernar al Este y Nordeste no les podia faltar la tierra de la Nueva España, y que en lo que tocaba al navegar por la banda del Sur, lo tenia por no seguro, y cuando áun fuese acertado y se hiciese viaje, se habian de perder muchos meses de tiempo, como era bajar desde treinta grados y atravesar el Trópico de Capricornio, y despues la Línea para pasar á la banda del Norte, donde se habian de ver obligados á hacer la navegacion que habia dicho de subirse á más altura y atravesar el Trópico de Cancro, para buscar noroestes y nortes, pues por lo ménos habian de ir á reconocer la tierra de la Nueva España por treinta y cuatro y treinta grados de altura septentrional, y así era supérfluo todo lo que era navegar por altura meridional. Todo este discurso del capitan Urdaneta fué tan verdadero como la experiencia enseñó despues, pues los años adelante se descubrieron las islas de Japon, especialmente una tan grande, que miéntras no se montáre, no se puede hacer viaje á la Nueva España, digo miéntras no se montáre en todo el mes de Setiembre, á lo sumo, porque entónces comienzan á soplar los nortes y no dan lugar á que se monte. Guardaba Dios la dificultad de este viaje, que es de los más peregrinos y dificultosos del mundo, para el mismo capitan Urdaneta, que fué el primero que le descubrió, como veremos, con arte, haciendo el derrotero que ahora los Pilotos guardan, no obstante que

un mes ántes que él llegó un fugitivo mulato á la Nueva España, gobernándose por lo que al mismo Urdaneta habia oido platicar.

Habiéndose, pues, platicado sobre este viaje, salió del puerto de Tidore el capitan Alvaro de Saavedra con su navío, á tres de Mayo de este año de veintinueve. Quedaron en esta ocasion en todas las islas Malucas setenta y dos castellanos solamente, de los cuales habia diez y siete en Gilolo y los cincuenta y cinco en la fortaleza de Tidore y Maquien. Por este tiempo le fué agravando la enfermedad al rey de Gilolo, y como era muy viejo, fuéle apretando tanto, que conoció que se moria; llamó al capitan Andrés de Urdaneta y le dijo cómo conocia que habia llegado á la última hora de la vida, que le rogaba mucho encargase al general Hernando de la Torre que mirase mucho por aquel reino, pues le habia ofrecido al servicio del rey de Castilla y habia hospedado en él á los castellanos y servídoles con la voluntad y puntualidad que habia visto; que él dejaba por heredero de aquel estado al Príncipe, su hijo, que por no tener edad para gobernar el reino le dejaba debajo de la tutela de dos sobrinos suyos, y que en el ínterin que el Príncipe crecia, los nombraba por Gobernadores dél, que eran Cachil Tidore el uno y Cachil Humi el otro, que conservase al Príncipe en su reino el General y mirase por él como si fuera hijo suyo, y le favoreciese en cuanto se le ofreciese, porque temia no le matasen y se levantasen con aquel reino. El capitan Urdaneta hizo luégo un despacho al General, avisándole de como el Rey moriria presto, que le enviase á visitar, y en el ínterin le consoló, diciendo que todo lo que dejase encargado al General y castellanos lo cumplirian con mucha puntualidad, porque conocian todos en la gran deuda que le estaban por las muchas mercedes que todos en comun y en particular dél habian recibido: por todo le dió el Rey las gracias, y el capitan Urdaneta le servia de enfermero, no quitándose de su cabecera, acudiendo á todo lo que pudiera su mismo hijo. El General le envió á visitar con el capitan Alonso de Rios, que llegando á su presencia, le dijo la tristeza con que Hernando de la Torre

quedaba y los demas castellanos de verle en aquel paso, porque todos le amaban como verdadero padre, y así, de su parte le aseguraba que miraria por el Príncipe y le harian respetar y obedecer, como él mismo lo hiciera si viviera. El Rey envió á llamarle, y á los dos sobrinos Cachil Tidore y Cachil Humi, á quien tomó juramento sobre su Alcoran de que seria vasallo del rey de Castilla y favoreceria con todo su poder á los castellanos de allí adelante, de la manera que él lo habia hecho; y luégo, habiendo jurado el Príncipe, juraron los dos Sangajes lo mismo, y de gobernar el reino hasta que el Príncipe tuviese edad de gobernarle por su persona, y que le conservarian en su obediencia y servicio y del rey de Castilla, debajo de cuya proteccion libre y espontáneamente se habian puesto. El viejo Rey mostró con esto morir consolado, y agravando por horas el mal, murió lleno de dias; fué muy llorada su muerte por todo el reino, porque fué un rey muy prudente, que le conservó por toda su vida en justicia y amor; era adorado de sus vasallos por las virtudes morales de que fué adornado, y sólo le faltó para ser excelente Rey el ser cristiano; sintieron los castellanos mucho su muerte, porque mediante el favor que les hizo, se conservaron hasta aquel punto en gran reputacion, y en lo de adelante le echaron ménos. Murió este Rey á nueve de Mayo de este año de veintinueve. El nuevo Rey pidió al capitan Urdaneta que no le desamparase, sino que se estuviese como hasta entónces en Gilolo con su gente, y si gustaba se pasase á su palacio, porque muerto el Rey su padre, le tenia á él en el mismo lugar y le obedeceria como á él: el Capitan le besó las manos por la merced que le hacia, á quien dió la palabra de asistirle miéntras el General no ordenase otra cosa. No les pesó á los portugueses de la muerte del rey de Gilolo, ántes con ella se prometieron destruir los españoles, pareciéndoles tendrian más entrada con los Gobernadores para concluir las paces que con el Rey difunto habian pretendido; trataron de ellas; pero como el capitan Urdaneta estaba en Gilolo, contradijo todo lo que no fuese dimanado del general Hernando de la Torre, de que se resintieron los portugueses, é hicieron sus

ordinarias amenazas de destruir á Gilolo. Pero el rey de Gilolo y sus Gobernadores les ganaron por la mano; armó sus galeras y paraos, y con los castellanos que allí tenia, salió el capitan Urdaneta y fué sobre algunos pueblos de terrenates, y á fuego y sangre los destruyó todos, volviendo á Gilolo con buena presa de cautivos y despojos, desde donde despachó al General mucho bastimento que habia tomado en ellos.

CAPÍTULO V.

El emperador Cárlos Quinto, Cesárea Majestad Augusta, empeña las islas Malucas al rey de Portugal.

Despues que el Emperador, nuestro señor, el año de veinticinco, en que fué electo Rey de Romanos, despachó la armada que á su cargo llevó para pasar por el Estrecho de Magallanes al Maluco D. García Jofre de Loaisa, no habia tenido de ella más nuevas que las que el Capitan del patache que se derrotó y tomó la Nueva España, Santiago de Guevara, y el Padre Don Juan de Areyzaga le dieron, de que habian pasado el Estrecho solamente; pero de que hubiese llegado al Maluco no habia tenido nuevas; y aunque por vía de la Nueva España se habia hecho la diligencia por el Gran capitan Fernando Cortés, enviando á saber lo que tanto el César deseaba, á Alvaro de Saavedra, con tres navíos, aunque llegó la Capitana, como hemos visto, y el General la despachó con la mayor prisa posible para que Su Majestad Católica tuviese el aviso que deseaba, no hizo vía por viaje por la traicion de Simon de Brito, y volvió á arribar, y así en Castilla habia gran confusion. Por otra parte, el rey de Portugal tenia nuevas de lo que en Maluco pasaba todos los años, escribiéndole, no los malos sucesos que los portugueses habian tenido con los castellanos, ni los términos que con ellos usaban, sino sólo aquello que les parecia más á propósito para apoyar sus acciones lisonjeándole los oidos, que esta desgracia tienen los Reyes, que pocos les escriben las cosas como son, sino

como gustáran que fuesen: avisaban como tenian arrinconados á los castellanos y ellos eran señores absolutos de todo el Maluco, y que á Su Alteza reconocian todos aquellos reyes á quien servian con mucho gusto y ninguno al de Castilla, sino sólo un reyezuelo de Tidore que albergaba á los castellanos: con esto deshacian todo lo que tocaba á las cosas del Emperador y engrandecian las suyas: de esta fama falsa se llenó todo Portugal y llegó á Castilla, donde se confirmó por verdadera, viendo que por vía de los castellanos no se sabia nada: corria tambien de que llegaron pocos y esos muy enfermos, por ser el viaje tan largo y enfadoso, y que pasaban por climas y regiones tan malas, que pocos escapaban con la vida, y esos tales, y tan lisiados, que no eran más para hombres; con esto infamaban el viaje, y desganaban al que queria acometerle. Por otra parte, como el rey D. Juan el Tercero de Portugal estuviese casado con la señora Doña Catalina, hermana del Emperador, solicitábala para que escribiese á su hermano en razon de que se concertasen y tomasen asiento sobre el Maluco, especialmente que, teniendo Su Majestad tanta necesidad de dineros por las muchas guerras que tenia, cuanto por haber de pasar á Alemania á coronarse, que le vendiese ó, por lo ménos, le empeñase las Malucas, por la cantidad que quisiese, con tal que quedasen por la corona de Portugal, ó bien vendidas ó durante el empeño; por otra parte, escribia otro tanto á la emperatriz Doña Isabel, reina de Castilla, su hermana, mujer del Emperador, para que esforzase las cartas de su cuñada la reina Doña Catalina, poniéndole por delante á Su Majestad Católica la paz Universal de los reinos de Castilla y Portugal, el sosiego de sus vasallos y el parentesco y amistad con que estaban ligados entre sí. Estas dos señoras, con el deseo que tenian de ver á sus cuñados concordes, representaron tan bien el negocio, que el Emperador le puso en su Consejo; donde, como no tuviesen más noticia de la fama que por Portugal se habia esparcido, y ninguna de la gente de la armada de Loaisa, teniendo por cierto que estaban arruinados y consumidos los pocos castellanos que al Maluco habian llegado, y que todo estaba por el rey de Portugal, á quien obedecian los reyes

todos de aquellas Islas, donde tenia sus fortalezas y que para haber el rey de Castilla de desaposesionar por fuerza de armas al rey de Portugal del Maluco habia de ser con grandes y pujantes armadas, para las cuales el reino se habia de desustanciar y consumirse sus vasallos, dando mano con esto á que descaeciesen mucho las cosas de Italia y Alemania, se tomó resolucion de que las islas del Maluco se empeñasen en la forma siguiente:

Que el emperador Cárlos Quinto, nuestro señor, rey de Castilla y de Romanos, y emperador de Alemania, empeñaba las Islas del clavo, llamadas comunmente las Malucas, al serenísimo rey de Portugal D. Juan el Tercero, por precio de trescientos cincuenta mil ducados castellanos de á trescientos y setenta y cinco maravedís cada uno, con tal calidad y condicion, que en cualquier tiempo que el rey de Castilla ó sus herederos volviesen á la corona de Portugal esa cantidad, quedase el empeño deshecho, quedando cada uno de los reyes con el mismo derecho que ántes de este contrato tuviese, el cual se concluyó en Zaragoza á veintidos de Abril de este año de veintinueve. Concluido este asiento, Pedro Ruiz de Villegas, persona docta y grave, sintiendo mal de este empeño, dijo al Emperador los inconvenientes que hallaba, y que le hubiera sido mejor empeñar otro cualquiera reino de los suyos que el de Maluco; temia no quedase para siempre Portugal con él, por el olvido de el tiempo, mediante el cual prescriben muchas cosas. Los Procuradores de las Córtes de Castilla pedian que Su Majestad les diese y entregase las islas Malucas por vía de arrendamiento, por sólo seis años, en el cual tiempo se obligaban á pagar al rey D. Juan la cantidad del precio por que estaban empeñadas, y asentarian el trato de la especería en la Coruña, y quedarian las Islas libres despues de los seis años para Su Majestad: solicitaba esto el obispo de Ciudad-Rodrigo, tratando de componer una gruesa armada, que llevase á su cargo el capitan Simon de Alcazoba y Soto Mayor, pero Su Majestad mandó poner silencio en lo que tocaba al empeño de las islas Malucas, porque mediante aquel contrato, gustaba que las poseyese su cuñado el rey de Portugal,

á quien por sus reales partes tenia muchísima aficion, y por el mútuo y recíproco parentesco grandes obligaciones de amistad verdadera, abstrayendo la que se funda en materia de Estado. Despacháronse cédulas y provisiones por entrambas partes para que estas dos Coronas suspendiesen las armas, y los castellanos dejasen libres á los portugueses aquellas islas del Maluco por razon del contrato y empeño. Pero como la armada de la India Oriental de aquel año habia partido de Lisboa, á primero de Marzo, no se pudieron despachar estos recados. Diego de Couto dice que en estas naos que salieron envió el rey de Portugal estos despachos á la India para que allá estuviesen registrados; no repara mucho este cronista en que dice que el empeño se concluyó en Zaragoza á veintidos de Abril, y que las naos se despacharon á los primeros de Marzo, sin haber hecho distincion de años, sino solo trata del de veintinueve; sin duda debe de querer decir que en la armada que salió de Lisboa el año siguiente de treinta se enviaron las provisiones, ó lo presupone; y así le excusamos de hierro, porque lo que se concluyó en Abril de veintinueve mal se podia enviar por Marzo de aquel mismo año, si no es que ya fuese en relacion y como por nuevas, de poca distincion, á lo ménos no lo podrémos excusar.

CAPÍTULO VI.

Pelean castellanos y portugueses. El capitan Urdaneta les toma un navío. Pasa la armada Castellana á Moro.

Despues de la muerte del rey de Gilolo, fueron muchas las ocasiones en que castellanos y portugueses pelearon, dando los unos en los lugares de los otros, abrasando y saqueando los lugares y cautivando y degollando gente, en la más encendida guerra que jamás unos cristianos tuvieron con otros, porque si en Europa ha habido entre los católicos crueles y encendidas guerras, por lo ménos arrojaban la suerte al resto de una bata-

lla, y ya venciendo, ó mediantes algunos Príncipes que interponian su autoridad en componer las partes, suspendian las armas; pero en estas islas del Maluco estaban portugueses y Castellanos en continuas pendencias desde el año de veintiseis, que llegó Zarquizano á Tidore, hasta el tiempo que señalará esta Historia. Entónces, cuando los reyes de Castilla y Portugal se concordaban en España, andaban más listas las armas en Maluco, y deseaban castellanos y portugueses beberse la sangre. Pasaban Hernando de la Torre y los suyos grandes necesidades, porque ni tenian los soldados qué vestir ni qué calzar, porque ropas no las habia en el Maluco, y los indios no usan calzado. Para los enfermos ni habia ya medicinas ni regalos; eran verdaderamente dignos de gran premio, porque cuando más necesitados se hallaban de todo, peleaban como si no les faltára nada, sufriendo hambres y trabajos cuales jamás sufrieron hombres; no fueron pequeños los que sufrió el ejército de Alejandro Magno, pero tenian grande ayuda de costa sobrándoles la comida y vestidos, y á veces el oro, que por no poder cargarlo lo dejaban, y peleaban á la vista de su Rey, asegurando con su presencia el premio de su valentía y audacia; el mismo argumento podemos hacer de los romanos y de otros que conquistaron reinos por el mundo: no acaban de encarecer los trabajos que los troyanos pasaron con su capitan, el piadoso Enéas, en su peregrinacion por mares ignotos y regiones peregrinas; y si apuramos qué mares fueron estos y qué regiones, hallarémos que desde Troya á Cartago fué el viaje, y de allí á Italia, todo en el mar Mediterráneo, y tan breve la mar como sabemos que hay desde Negroponto á la parte de Africa, donde fué Cartago, y de allí á Roma. Pero nuestros famosos argonáutas castellanos voltearon el mundo por los mares más rígidos é ignotos del orbe todo, pues las primeras quillas que sus aguas sintieron, fueron las castellanas: finalmente, ánimos tan varoniles destinó el cielo para la mayor empresa que jamás hubo, ni puede haber en razon de tan largo, trabajoso y peregrino viaje como el que estos castellanos hicieron, y el descanso que al fin dél aguardaban, era la guerra cruda que los portugueses les

hicieron, y un no descansar áun de noche ménos que con las armas en la cinta.

Ya en este tiempo deseaba conservar el general Hernando de la Torre los pocos soldados que tenia hasta que le llegase algun socorro de España, y no hacer tantas salidas, pues de ellas no se seguian sino enfermedades y muertes, aunque por otra parte no se podian axcusar, porque de no salir á pelear no tenian qué comer, pues con lo que robaban á los enemigos se sustentaban. En esta ocasion Cachil Rade, gobernador de Tidore, pidió al General cuarenta castellanos para destruir los lugares que en Moro tenia el rey de Terrenate, el General se excusó con él lo mejor que pudo, y aunque le apretó en razon de que le diese la gente, Hernando de la Torre no quiso dársela. Con esto Cachil Rade mandó levantar los bastimentos que en Tidore habia y que no se vendiesen públicamente, para que obligados de la necesidad los castellanos saliesen á pelear. Quejóse el General de esto al rey de Tidore y á Cachil Rade, diciendo que el levantar los bastimentos era porque no le daba los soldados que le habia pedido, que bien veia cuán poca gente tenia, y que si daba toda la que le pedia, quedaba aquella fortaleza sin gente, demás de ser léjos la salida que era en la tierra de Moro, de donde no podrian volver tan presto, y que quedaba en manifiesto peligro; porque si supiesen los portugueses cuán pocos eran, les seria fácil tomar aquella fuerza. Cachil Rade le respondió que la vuelta seria breve y la necesidad grande; porque los terrenates daban sobre los pueblos de Tidore que en Gilolo habia, y si los destruian una vez, no estarian seguros en aquella ciudad, y que la falta de bastimentos era grande, y por eso no se vendian públicamente, porque la armada de los portugueses no dejaban pasar á aquella ciudad ninguno, y que la necesidad cada dia seria mayor, y la destruccion de sus tierras cierta. Tantos fueron los ruegos, finalmente, del Rey y Gobernador, que le dió treinta castellanos y por su caudillo al capitan Alonso de Rios, que salió con toda la armada un mártes diez y nueve de Octubre de este año, y surgió en Gilolo por negociar un parao con otro que daba el Rey de Tidore, para

que Martin de Islares, que se quedaba despachando en la fortaleza, fuese en busca de los españoles cautivos que estaban en la Isla de los Zelebes con cuatro soldados.

Estando la armada en Gilolo, tuvo nueva el capitan Urdaneta de seis galeras de portugueses y terrenates que andaban robando en los pueblos amigos; tomó de la armada de Gilolo cuatro buenas galeras, y con cuatro compañeros se metió en la Capitana, y cada una de las otras llevaba un castellano por capitan, y fué la vuelta de Camafo; y llegando al pueblo de Sugala encontró las seis galeras; acometiólas, y peleándose valerosamente por entrambas partes, Urdaneta barloó la Capitana enemiga, donde iba Zalabuta, el mayor corsario y más temido que habia en aquellas partes, con seis portugueses: peleóse con gran coraje de ambas partes, y Zalabuta fué entrado y tomada la galera donde se hallaban vivos, y tomaron por cautivos al corsario y ochenta y siete personas; cogiéronse en la galeras un cañon de crujía, mediano y dos buenos versos. Las otras cinco galeras enemigas habian recibido mucho daño de los gilolos, y como vieron presa su Capitana, aprovechándose del viento y de la noche, que entraba, huyeron á Terrenate, y el capitan Urdaneta se volvió aquella noche á Gilolo con la galera Capitana de Terrenate rendida.

El capitan Alonso de Rios salió con toda la armada de Tidore y Gilolo y pasó á Moro, destruyendo los pueblos enemigos á fuego y sangre, con intencion de rodear toda la isla de Gilolo, y no dejar en pié ninguna villa ni aldea sujeta á Terrenate.

CAPÍTULO VII.

Hernando de Bustamante tiene trato secreto con los portugueses, que van con gran armada sobre la fortaleza de Tidore y tómanla.

El glorioso doctor San Gerónimo dice que ningun hombre mortal duerme con seguridad cerca de la víbora, porque cuan-

do no muerda, por lo ménos asusta, inquieta y sobresalta, y es más seguro no poder peligrar, que salvarse del peligro. Es el enemigo oculto víbora que hiere cuando ménos se recatan dél. Ya lo era declarado Hernando de Bustamante contra Dios, contra su Rey, contra su patria y nacion, y contra sus propias obligaciones. La palabra latina *hostis*, que hoy significa el enemigo, en su primera imposicion dice Aristóteles en su *Retórica*, significó el advena y extranjero, en esta conformidad está en una ley de las Doce Tablas. *Aut status dies cum hoste:* despues se extendió á significar el que ha conspirado ó rebelado contra la república, pretendiendo (como dice Ciceron en sus *Oficios*) mitigar la tristeza del hecho, con la mansedumbre del nombre, porque el que se rebela contra su patria, no es ya natural, sino extranjero y advenedizo, y de ahí adelante significó al enemigo ya en tercera significacion, llamándole *hostis* que quiere decir huésped ó advenedizo, y nombrábanle los romanos tan templadamente por no tener delante á los ojos la memoria de sus ofensas. Este mismo nombre, y por los mismos fines, daba el pueblo de Dios á los Filistéos, y con el nombre comun de huéspedes forasteros, alienijenas ó advenedizos los nombraria, que eso significa *allófilos* en el griego, como nota San Ambrosio; y, por ventura, los griegos antiguos que llamaron enemigos á los extranjeros, usaban de la palabra en la significacion más dulce, como hemos dicho de la palabra *hostis*, pretendiendo llamarles huéspedes y peregrinos. De donde infiero, que unos enemigos ocultos que hallareis á cada paso, y tras cada rincon, que desean beberos la sangre, enterraros en vida, y cuando ménos rigurosos quieren andar, venderos como Júdas, aunque sean hermanos, como los de Josef, que unos le mataban y otros le empozaban y en fin le vendieron; estos son legítimamente enemigos, porque desnaturalizándose de sus obligaciones y advenas, y rebelándose contra sus hermanos ó contra la República, se llaman *hostes*. No hay medicina para estos como el castigo, ni hay que esperar en ellos enmienda; en comenzando á cojear de este pié, cortárselo es mejor. No habia comenzado mal el general Hernando de la Torre en haber puesto en hierros á

Bustamante por los que habia cometido de amotinar algunos soldados y levantarlos para pasarse al portugués; si continuára con el castigo, ó le hubiera enviado en la nao de Saavedra á la Nueva España, con lo que hubiera atajado los inconvenientes que veremos.

Hallábase ofendido Bustamante de que no le hubiesen hecho General por muerte de Martin Iñiguez de Zarquizano, por esto habia intentado pasarse al portugués, y como no le hubiese sucedido bien y se le diese por afrentado de que un oficial como él, y una persona que dos veces estuvo en voz de General, le hubiesen puesto en prisiones, deseó vengarse; por esta causa no se halló en él la lealtad que fuera justo en una persona de sus partes. Habia Bustamante sido uno de los que con Magallanes habian hallado el Estrecho, y habia en la nao *Victoria* rodeado el mundo con el general Juan Sebastian del Cano, y el Emperador le habia honrado y hecho mercedes y dado título de Tesorero en la armada de Loaisa, y así fué mayor su deslealtad y traicion. Aguardaba la ocasion (que á los traidores el tiempo les ofrece muchas) para poder vengarse, tenia sus pláticas con la Reina deshonesta de Tidore, que porque el general la habia muerto á su galan, Derota, le deseaba la muerte; los dos se confederaban contra los seguros castellanos; y viendo Fernando de Bustamante que de setenta y dos personas que eran todos los que en Maluco habia, estaban en Gilolo veinte, y en la armada que pasó á Moro iban treinta, y sólo quedaban en la fortaleza veintidos, y de esos unos habia enfermos y otros eran sus parciales que deseaban pasarse á los portugueses, parecióle buena ocasion para avisar á D. Jorge, con quien ya se carteaba, para que fuese á tomar aquella fortaleza, porque ni en ella ni en la ciudad habia gente, por haber ido todos en la armada; asegurábale que puesto sobre la fortaleza la tomaria con facilidad, sin que disparase una pieza, porque cuando el General se resistiese, él tenia amigos que le abririan las puertas. La Reina despachó esta carta y envió por el cuchillo de su ciudad; tanto puede una mujer desesperada, deseosa de venganza. D. Jorge, recibido el aviso, embarcó doscientos cincuenta portugueses; y si,

como dice Diego de Couto, dejó solos cuarenta portugueses en la fortaleza de Terrenate; muchos más serian, pues sobre cien portugueses que tenia, le llegaron doscientos con Gonzalo Gomez de Espinosa, y despues en el navío de D. Jorge de Castro otra buena cantidad. El rey de Bachan le dió mucha gente y navíos, y fué en persona con D. Jorge. Cachil Daroes, que deseaba vengar la rota de Zalabuta y toma de su galera Capitana, juntó todas sus galeras y caracoas, y entregando D. Jorge la fortaleza á Diego Ayres para que con cuarenta portugueses la guardase, aunque Andrade, en la *Historia del rey D. Juan el Tercero,* dice que sólo dejó con Ayres treinta hombres, y que con todos los demas se embarcó de noche D. Jorge, por no ser sentido, en un batel bien armado, y con toda la armada amaneció, dia de San Simon y Júdas, á veintiocho de Octubre, y entró en el puerto de Tidore. El general Hernando de la Torre, viéndose con el enemigo á cuestas y tanto poder sobre sí, no se perdió de ánimo, ántes acudió con gran presteza al remedio de lo que convenia; á Martin de Islares, con tres compañeros, envió á guardar un reparo que habia en una punta de la ciudad, donde siempre habian estado dos piezas de artillería medianas, y era el paso que habian de tomar los portugueses para entrar la ciudad. A Diego de Ayala con siete hombres envió á otro paso, donde habia un modo de reducto ó reparo con otras dos piezas y treinta indios tidores, y el General con otro soldado salió fuera de la fortaleza para acudir á lo que fuese menester, y dejó en ella ocho personas solas, las más flacas y de ménos consideracion. El capitan de Terrenate dió un batel encubierto con buena artillería á D. Jorge de Castro, para que con cuarenta portugueses acometiese el reparo donde estaba Martin de Islares con los tres compañeros; metióse el batel tanto en tierra, que pudo abrigarse de la artillería con una barranca, y por allí pretendió el D. Jorge saltar en tierra. Martin de Islares sacó del reparo un verso y plantóle donde pudiese defender la entrada, y los cuatro contra los cuarenta comenzaron á cañonearse, y con las escopetas se les defendia la entrada, matándoles con el verso mucha gente; aquí murió uno de los compa-

ñeros de Martin de Islares, y quedaron tres hombres solos, que valian por muchos, y no dejaban á los portugueses poner pié en tierra. Por otra parte, D. Jorge de Meneses acometió con una buena tropa de portugueses á saltar en tierra, y el General acudió con su compañero y algunos indios tidores y le impidieron el paso; él desde su batel disparaba toda su mosquetería, pero era sin provecho, porque no podia hacer efecto en los de tierra: por el reducto habian acometido más de cien portugueses, pero Diego de Ayala jugaba tan bien la artillería y mosquetería, que como llegaban apiñados, les mató mucha gente, y defendia muy bien aquel paso: duró este teson y embestida desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde; y viendo el Capitan portugués que D. Jorge de Castro no podia tomar aquel reparo, le envió otra barca con veinte portugueses escopeteros; pero los tres castellanos defendian tan bien aquel puesto, que jamás por allí pudieron hacer nada. En esto, un artillero de la fortaleza disparó una pieza contra los dos bateles y la pared del muro y cortina, donde estaba, que para que hiciese efecto, la habian sacado del caballero y puesto en ella, al disparar dió con un pedazo de pared en el suelo, que como era de piedra seca fué fácil; el General acudió á remediar aquel portillo: en esto D. Jorge acudió con el resto de toda la gente al reparo que defendian los siete castellanos con su caudillo Diego de Ayala, y apretando con él le entró, aunque con muerte de veinte hombres portugueses y terrenates. Diego de Ayala, viéndose sin remedio, se iba retirando á la fortaleza; pero por tomarle el paso, sólo pudo meterse en ella con cuatro hombres, los otros tres tomaron el camino del monte. Entrada la ciudad, los pocos indios que la defendian la desampararon; dióse al saco, que como la armada amaneció sobre ella, no se pudieron retirar las haciendas. D. Jorge marchó la vuelta de la fortaleza para tomar el paso á los del reparo, que aún peleaban con D. Jorge. Martin de Islares, viéndose perdido, saltó con sus dos compañeros la cortina de aquel breve reducto por la parte del monte, para ir por él á meterse en la fortaleza. Con esto salieron á tierra todos los portugueses y se pusieron donde la artillería no

les ofendiese. El capitan D. Jorge puso en tierra los cañones de batir para rendir la fortaleza, y envió á decir al General que dejase de pelear y entregase aquella fuerza al rey de Portugal, cúya era toda aquella tierra y les dejarian salir con sus haciendas, y harian mucha honra enviándolos á la India. El General respondió, que cuando no quedase ninguno de ellos vivo podria entrar en la fortaleza; pero que miéntras tuviesen vida, no tratasen de que se les habia de rendir. Entendido por D. Jorge, le envió una carta donde le requeria de parte de Dios y del Emperador que no quisiese ser causa de mayores males, pues no se podia defender, y que se le entregase; que en nombre del rey de Portugal, su señor, le aseguraba las vidas y las haciendas. El General respondió á la carta que en ninguna manera se habia de entregar, ántes determinaba morir y defenderse como Dios le ayudase. En esto, Hernando de Bustamante dijo al General que ya no era tiempo de pelear, sino de hacer partidos. Hernando de la Torre le dijo que acudiese al puesto que le habia señalado y que muriese en él peleando como buen caballero, defendiendo la fortaleza de su Rey, y que no le diese consejos tan en contra la reputacion de las armas castellanas. Bustamante le replicó que él no habia de tomar las armas, ni algunos de los que allí estaban; con esto se le fueron llegando siete hombres infames de su parcialidad que fueron los siguientes: Francisco de Godoy; Arias de Leon; Maese Hernando, portugués, médico; Diego de Baez, trompeta portugués; Juanetin, grumete; Diego Ollero, ayudande de Piloto, y Pascual de San Marcos, herrero, y todos dijeron que por ningun caso pelearian contra los portugueses. El General, encendido en cólera de ver tantos traidores en la fortaleza del Rey, les dijo: «de vosotros no podia yo esperar ménos que semejante traicion, de que no quedareis sin castigo, cuando no en esta vida, en la otra; no sabeis que siempre el traidor fué desestimado, aunque la traicion haya sido bien aceptada; ¿con qué cara parecereis delante de las gentes que supieren el aleve que cometeis?» Bustamante le replicó algunos atrevimientos, á que salió Martin García de Zarquizano, retándole de traidor infame, y poniendo mano á las armas, ayu-

dándole el factor Diego de Salinas, Diego de Ayala, Juan de Menchaca y Diego de Guevara, se trabó entre ellos una muy reñida pendencia, pero como los traidores naturalmente sean cobardes, volvieron las espaldas; y uno de ellos, subiendo al muro, puso una bandera blanca por sola su autoridad, á que acudió el Alguacil mayor Juan de Mena, y arrojándola en el suelo, dijo que él solo habia de sustentar por el Rey aquella fortaleza contra enemigos y traidores. Bustamante juntó su canalla en un caballero y zallando dos versos los puso al paso por donde los leales los podian acometer, y calando sus arcabuces los esperaron. El General, viendo perdido el negocio, porque solo se hallaba con Martin García de Zarquizano, Tesorero general, el factor Diego de Salinas, el Alguacil mayor Juan de Mena, Diego de Ayala, Juan de Barros, Diego de Guevara y Juan de Menchaca, les propuso el estado de aquella fortaleza, y que le diesen su parecer en si la entregarian ó moririan hasta no quedar ninguno de ellos: confirióse bien el negocio y tomóse por mejor expediente, en el estado que se hallaban, de entregarse con algunas honestas condiciones, supuesto que eran tan pocos y no se podian defender, pues cuando ellos defendiesen los demas baluartes, Bustamante les daria paso por el que habia ocupado con su canalla. Púsose una bandera blanca, y tratóse de conciertos, que fueron, que el general Hernando de la Torre entregase á D. Jorge de Meneses los portugueses que tenia presos y la galera con toda la artillería que se habia tomado, así en ella como en las demas ocasiones, y todos los esclavos y esclavas de portugueses que los castellanos tuviesen, y que el general Hernando de la Torre se saliese dentro de veinticuatro horas de las islas del Maluco con los compañeros que le quisiesen seguir, y que solamente llevase el bergantin y dos paraos que el dicho D. Jorge le prestaria, en que podian llevar sus haciendas, y que se fuesen á Camafo de donde no entrarian ninguno de los castellanos en las Islas del clavo, ni rescatarian ninguno, y que estuviesen en Camafo entre tanto que de los reyes de Castilla y Portugal llegase órden de lo que habian de hacer. Item, que no tomarian armas contra portu-

gueses, ni darian favor á los reyes enemigos de Terrenate contra ellos, todo lo cual juraron y de ello se hicieron públicos instrumentos: con esto se abrió la puerta de la fortaleza, y entraron los portugueses robando cuanto hallaban, y los que más hurtaron fueron Bustamante y sus amotinados, dando en el almacen real de su Rey como si fuera de un Rey enemigo; pero como la insolencia y la traicion sean hermanas, no quisieron desunirse en esta ocasion. A esta sazon llegó Islares con sus dos compañeros, el uno era Anton de Arangure y Pedro de Ramos, habiéndose juntado con los tres castellanos que no pudieron tomar la fortaleza cuando su caudillo, Diego de Ayala, se retiró; llamábanse estos tres soldados, Pedro Gutierrez de Espinosa, Pedro del Golfo, y Maestre Antonio de la Cal, cirujano, y que aquel dia hizo hartas heridas, y mató más con las armas, que desde que llegó allí con el oficio: si estos seis valientes soldados hubieran llegado ántes, y pudieran haber entrado en la fortaleza, no dudo yo sino que se podian defender muy bien, arrojando á Bustamante y sus parciales por el muro abajo, porque la fortaleza tenia mucha y buena artillería plantada en los traveses, y quince hombres de honra y valor pudieran entretenerse y dar aviso á Gilolo, al capitan Urdaneta y á la armada, y ser socorridos; pero como la victoria consiste en un punto, éste les faltó á los castellanos, y en él estuvo su gracia ó su desgracia; pero para mí fué obra de Dios, que no queria que sus cristianos derramasen sangre en favor de los moros, sino que se compusiesen, pues lo estaban ya en España sus Reyes. Saqueada la fortaleza, salió el General con sus armas, y con él las personas referidas, y se embarcó en su bergantin, que paraos no los hubo menester. Quedóse con D. Jorge Fernando de Bustamante, donde llevó los libros del Rey, muchas escrituras, testamentos, inventarios y almonedas, que se habian hecho por su mano. Francisco de Godoy, llevando la hacienda del comendador Loaisa, y todas sus escrituras y papeles, y los demas paniaguados de Bustamante. D. Jorge embarcó toda la artillería del fuerte, y en el almacen Real halló olgunas ánclas, que eran del galeon Capitana que se echó al través, muchos

cabos, trizas, escotas, guindalezas, algunos cables, mucha cordoalla menor, hierro y otras muchas cosas que de Castilla llevó la Capitana, todo lo cual embarcó D. Jorge y se volvió á Terrenate alegre y victorioso, habiendo impuesto cierto tributo anual al rey de Tidore, y para cobrarle de antemano, y para que arrasase la fortaleza, dejó allí á D. Jorge de Castro con cuarenta portugueses.

CAPÍTULO VIII.

Llegan los castellanos á Camafo. Algunos no quieren pasar por lo capitulado, vánse á Gilolo y fortifícanse.

De la manera que hemos visto pagó D. Jorge de Meneses al general Hernando de la Torre la buena obra que le hizo cuando con sus castellanos fué sobre Terrenate á sacarle de la prision en que D. García le tenia. Tal vez haréis bien á alguno que os salte á los ojos. En lo que D. Jorge tenia obligacion de andar puntual á lo ménos, era en haber cumplido con el concierto que hizo con los castellanos de que sacasen sus haciendas; y como si no se hubiera jurado este punto como los demas, apénas entró en la fortaleza, cuando como si hubieran capitulado lo contrario, saquearon cuanto hallaron, y el mismo Don Jorge, como si la hacienda del Rey fuera de peor condicion que la de los soldados, tomó del almacen todo lo que la codicia insolente de los pérfidos tránsfugas de Bustamante habia perdonado. A veintiocho de Octubre sucedió esta ruina, y á veintinueve, á medio dia, habian salido los castellanos pobres, robados, confusos y vendidos, y llegaron á Camafo á cinco de Noviembre; surgieron en el puerto, y entendiendo los de la villa que el bergantin era de portugueses, se pusieron en arma. Envió el General un castellano á tierra á dar cuenta al Gobernador de su llegada y á que entendiesen los camafenses que no eran portugueses. Mucho sintió el Gobernador y la demas gente el golpe que sobre Tidore habia caido, temiendo otro tanto por

sus casas. Consoló al General y ofrecióle aquella villa y aposentóle en unas buenas casas, y á los demas que venian con él dió posadas conforme la calidad de sus personas. Luégo el General despachó una carta al capitan Urdaneta, dándole cuenta de lo que en Tidore habia pasado, y mandándole que se retirase con la gente que en Gilolo estaba á su órden á Camafo, donde él estaba, que así lo habia capitulado y jurado á los portugueses y no podia dejar de cumplirlo. Martin de Islares se ofreció á llevar la carta y así se despachó. Habia este hidalgo considerado que, si los castellanos salian de Gilolo, quedaban no solamente ellos perdidos, pero tambien cualesquiera socorros que el Emperador les enviase, porque no teniendo pié en Gilolo, no les quedaba esperanza de recuperar lo perdido, sino de quedar la corona de Castilla sin aquellas Islas que eran suyas, y los portugueses, cuando no quisiesen estar á derecho por lo de la demarcacion, habian de alegar el derecho de las armas que adjudica al vencedor las tierras que mediante ellas gana; y aunque la razon no corria en el caso presente por ser la guerra injusta, y por el consiguiente, lo que por ella se adquiere seria injustamente poseido, con todo, el que lo quiere barajar y meter á barato, pocos achaques há menester. Comunicó con Martin García de Zarquizano y los demas servidores del Rey que seria bueno requerir al General que se fuese á Gilolo, pues no le obligaban las capitulaciones hechas sin libertad y en deservicio de su Rey, y que en caso que no quisiese, le dijesen que se dejase llevar por fuerza, con que no quebrantaria el juramento ni iria contra el pleito homenaje que habia hecho, y con eso estarian en Gilolo y defenderian aquella ciudad; que si una vez los portugueses la tomaban, no tendria despues remedio, donde seria su General y le obedecerian como hasta allí. A todos les pareció bien y encargaron á Martin de Islares que lo tratase con el capitan Urdaneta y demas castellanos. Esto le movió á este buen hidalgo, celoso del servicio de su Rey y de la honra de su nacion á pasar á Gilolo, donde llegó y halló la armada que habia vuelto, rendidos y abrasados muchos lugares, repartiendo cautivos y despojos, y celebrando la jornada los de Gilolo con las

fiestas y borracheras que solian. En medio de sus mayores alegrías, les dijo Martin de Islares la nueva triste de la pérdida de Tidore, y fué tanto el sentimiento, que como si Gilolo se hubiera perdido, así hacian demostraciones de llanto y clamores. Los gilolos lloraban sus amigos perdidos, temiendo que aquella tempestad descargase sobre ellos; los tidores sus mujeres robadas y afrentadas, su ciudad y hacienda perdida; los castellanos confusos sentian el punto de la honra y reputacion perdida y el riesgo de perder Su Majestad lo que allí tenia, y así todos dijeron, sin haberles comunicado Martin de Islares su pensamiento, que si el General hacia conciertos contra su honra y Rey, ellos no venian en ellos ni los aprobaban, y que si le habian elegido por General era para que conservase la honra y crédito de Castilla y aquellas Islas, que eran patrimonio del Rey. Con esto, con furia popular, que en estos casos suele ser terrible, aclamaron por su General al capitan Andrés de Urdaneta todos cuantos castellanos habia en Gilolo. Él que era más honrado que Bustamante y ménos ambicioso de oficios, aunque de honra siempre lo fué, los sosegó diciendo el valor con que el General se habia defendido y peleado desde el alba hasta ponerse el sol, y que se defendiera de otro tanto ejército si no hubiera habido traicion en la fortaleza, amotinándose la mitad de la gente y dividiéndose, hasta reñir leales y traidores con los armas, como hicieran en la campaña contra sus enemigos, y por aquí les fué contando cuanto habia pasado, concluyendo con que era más digno de honra que de castigo; pues no dejó de intentar cosa que pudiese poner en órden á conservar la fortaleza, y si cuando le habian de consolar de tan adverso caso se volvian contra él sin razon, no esperasen en lo de adelante buen suceso, y podian prometérsele siempre muy bueno si procediesen en todas sus acciones justificadamente; que él iria á Camafo y procuraria llevar á Gilolo al General, con que volverian las cosas á mejorarse. Todos quedaron satisfechos de lo que Urdaneta les habia dicho. El Rey hizo grande instancia en que llevasen los castellanos á Gilolo, donde los sustentaria á todos y regalaría. Los Gobernadores de Gilolo enviaron á Cachil Hiaja, hermano de Cachil

Tidore, para que acompañase al capitan Urdaneta y rogasen de su parte al general Hernando de la Torre se fuese á Gilolo y tuviese por bien no haber ido á su llamado los castellanos, porque entendia que los portugueses irian sobre Gilolo, por lo cual habian detenido á Martin de Islares, y porque queria el Rey saber despacio lo que en Tidore habia pasado; fueron asimismo con Urdaneta, Alonso de Rios, Bernardino Cordero y Gonzalo de Canosa. Llegados á Camafo, trataron con el General de su vuelta: ofrecíale el Sangaje de parte de su Rey cierta cantidad de moneda para cada dia, para el sustento de sus soldados; pero como el General se excusó diciendo que habia jurado en una hostia consagrada de no ir á Gilolo, y que por no quebrar el juramento, no podia hacer otra cosa; Martin García de Zarquizano y los demas le apretaron en que fuese; pero no lo pudieron acabar con él: no trataron de hacerle fuerza como ántes habian tratado, por no darle pesadumbre y porque le tenian amor y respeto: era el General generalmente bien quisto de todos; era amigo de administrar justicia, pero con tanta mansedumbre y prudencia, que obligaba igualmente á las partes á que le amasen; pidiéronle licencia para irse á Gilolo, Martin García de Zarquizano, Juan de Menchaca y Diego de Guevara, el General se la dió y les dijo que como el portugués quebrase algo de lo capitulado, él se pasaria á Gilolo; pero que si no fuese contra ello, le tuviesen por excusado, y en el ínterin nombraba por su Lugarteniente al capitan Andrés de Urdaneta, para todo cuanto se ofreciese. Con esto se quedó el General en Camafo y con él los demas, y Bernardino Cordero. Urdaneta se volvió con los que tenian licencia á Gilolo, donde se juntaron casi sesenta hombres castellanos.

Poco despues de haber llegado el Teniente de general, Andrés de Urdaneta, llegó una armada de portugueses cuyo capitan era D. Jorge de Castro, al puerto, y envió á decir al capitan Urdaneta que los castellanos que tenia allí se embarcasen con él para llevarlos á Terrenate, donde serian servidos y regalados, y de no querer, se fuesen á Camafo donde su General estaba, y al Rey envió tambien á decir que diese la obediencia

al rey de Portugal, como á dueño y señor de aquellas Islas. Urdaneta respondió, que si el general Hernando de la Torre habia jurado el irse á Camafo, que ya lo guardaba; pero que él, que no habia jurado nada, habia de sustentar á Gilolo con los pocos castellanos que tenia; sobre esto el portugués replicó con la libertad de mensajero y victorioso; pero el capitan Urdaneta, como colérico vizcaíno de pocas razones, le dijo que se embarcase y volviese á su D. Jorge y le dijese que Urdaneta defendia á Gilolo, y que no le cansasen con mensajes ni requerimientos, ni pusiese más pié en Gilolo portugués ninguno, porque le daba su palabra, que el primero que se atreviese á volver á tierra que le habia de colgar al sol. Escandalizado se fué con esto el mensajero; D. Jorge de Castro, enojado de la respuesta, comenzó á cañonear la ciudad; pero Urdaneta le respondia con algunas piezas con que le hizo arredrar atrás. Varias cosas tentó el portugués sobre entrar en la tierra; pero como los castellanos deseasen menear las manos, apénas llegaban las lanchas para echar gente en tierra, cuando salia una tropa de soldados que los hacian volver. En esto gastó cuatro dias D. Jorge de Castro, y viendo que no hacia nada, se volvió á Terrenate, y el capitan Urdaneta fortificó la ciudad.

CAPÍTULO IX.

Quiebran los portugueses los asientos y conciertos; pasa el General á Gilolo: el navío de Saavedra arriba.

Una de las capitulaciones que juraron D. Jorge de Meneses y el general Hernando de la Torre en Tidore, fué que se entregasen los cautivos castellanos y portugueses que se quisiesen volver á sus capitanes. Hernando de la Torre entregó los que tenia, y quedó D. Jorge que entregaria al Padre capellan y á Rafael Martinez, que, como vimos atrás, debajo de seguro los detuvo D. Jorge presos en su fortaleza; los cuales, como supiesen los conciertos que en Tidore habian pasado en

razon de su libertad, pidieron á D. Jorge que los dejase ir á Camafo donde estaba su General; él les negó la licencia, y aunque instó el Padre capellan muchas veces en que cumpliese con ellos lo capitulado, pues con los portugueses se habia cumplido y todos tenian libertad, nunca quiso D. Jorge oirle; el Capellan escribió al General y á los castellanos que estaban en Gilolo, como todavía se estaban allí cautivos él y Rafael Martinez, y que aunque habian pedido les dejasen volver, alegando las capitulaciones de Tidore al Capitan, no hacia ningun caso ni queria cumplirlas. Viendo esto el capitan Urdaneta, escribió al General enviándole la carta del Padre Torres, y pidiéndole que se fuese luégo á Gilolo, pues ya quedaba libre de la obligacion de cumplir lo capitulado, supuesto que los portugueses lo habian quebrantado; y pues les habia dado la palabra de que en faltando D. Jorge á la suya se iria con ellos, él se lo rogaba en nombre de los castellanos que allí estaban. Con esta carta fué Martin de Islares y el Rey envió en su compañía á un caballero para que de su parte pidiese al General se fuese á su Corte, donde seria servido con mucha voluntad, como convenia á un capitan del Emperador, su señor. Recibió el General las cartas, y habiendo entendido lo que el Capellan le avisaba y de Gilolo le pedian, viéndose libre de la obligacion del juramento, por haber sido condicional y obligatorio miéntras se cumpliesen los capítulos y conciertos, y nulo no guardándolos cualquiera de las partes, mandó botar al agua el bergantin, y embarcándose con la gente que tenia, llegó á Gilolo á los primeros dias de Enero del año de mil y quinientos y treinta, donde fué muy bien recibido del Rey y de todos sus soldados, y hospedado en unas buenas casas que el Rey le tenia adrezadas.

Por este tiempo arribó la nao que se habia despachado á la Nueva España. Llegó con mucho trabajo á treinta grados de altura septentrional, donde falleció el capitan Alvaro de Saavedra, por cuya muerte y de algunos marineros, y por tener siempre vientos contrarios, arribó el Piloto segunda vez al Maluco, que no fué esta arribada la menor desgracia que el Gene-

ral tuvo este año, porque en esta nao, si llegaba á la Nueva España, tenian todos libradas las esperanzas de su remedio y del socorro, así de gente como de dinero y ropas para vestirse; pero con la llegada del navío á Gilolo, que fué á diez y seis de Enero, perdieron todas las esperanzas que tenian de remediarse, porque la miseria que pasaban era grande y no tenian más sustento que el que el rey de Gilolo les daba; con esto desmayaban algunos y se pasaron al portugués, estos fueron algunos extranjeros como el contramaestre del navío de Saavedra, que era Jácome Genovés, y Alonso y Vicencio, napolitanos, Bernardino Cordero, portugués, y otros, quedando solos cincuenta y ocho castellanos con el General en Gilolo, de donde hacian algunas salidas, y mediante los robos y sacos que hacian se sustentaban; poco despues de haber llegado de arribada el navío, salió Martin de Islares en el bergantin y fué á Malayo, y dando ántes del alba en el pueblo, hicieron una buena presa de terrenates, que luégo se rescataron en doscientos ducados, y de esta manera la mitad de los castellanos andaban hechos corsarios por la mar, dando en los enemigos, cautivándolos y rescatándolos, y haciendo dineros se sustentaban, sin que los portugueses les pudiesen estorbar estas salidas; los que estaban en Gilolo dieron en cazar por los montes muchos jabalíes y venados de que abundan, con lo cual y el socorro del Rey lo pasaban razonablemente ya los castellanos, aunque en lo que tocaba al vestir y calzar no remediaban nada, porque como los indios no gastan muchos vestidos ni las mujeres hilan sino muy poco, y eso solo sirve para vestirse ellas y á sus maridos é hijos, que como el adorno es poco y sus galas no pasan de un lienzo ceñido en que de la cintura abajo andan compuestos y un turbante, cada casa hila y teje lo que ha menester, sin tener cosa supérflua, por esto pasaban nuestros castellaaos miseria y desnudez.

CAPÍTULO X.

Los dos gobernadores de Gilolo, Cachil Tidore y Cachil Humi, se desavienen. Trata D. Jorge de Meneses de matar los castellanos.

No tiene el cielo más de un sol de quien se deriva la luz al Universo, cuyas influencias guiadas por sus rayos sustentan el mundo. Un cuerpo no tiene más de una cabeza. Por esto decia Tiberio, que siendo el cuerpo de República uno, necesariamente habia de tener sola una cabeza, porque tener más seria monstruo como la Hidra. Las abejas, dice San Jerónimo, que tienen un Rey, las grullas siguen á otro en la forma de la letra de Pitágoras. Roma, en su primera fundacion no consintió dos gobernadores; y despues, cuando espiraba su gobierno aristocrático, no se avinieron César y Pompeyo, como dice Lucano en su *Farsalia:* es dificultoso y lleno de tropiezos el gobierno de dos, especialmente si discuerdan (que es cosa ordinaria) en las resoluciones; mejor se gobernaban Terrenate y Tidore cada una por un Gobernador, que Gilolo por dos; cada dia habia mil divisiones en este reino, y á faltar los castellanos dél, sucediera lo que en Roma á Mário y Silla, porque dividiéndose, tomáran las armas el uno contra el otro, y metieran la guerra dentro de sus casas. El General tenia la voz del Rey niño, cuya causa seguia Cachil Tidore, y por esto los castellanos fueron bien quistos del comun, aunque odiados de Cachil Humi y de sus amigos, por aspirar al reino á que decia tener accion, y que le tocaba el reino legítimamente por su padre, que era el Rey natural de Gilolo, á quien se le quitó el Rey difunto, introduciéndose en él por violencia y tiranía. En vida suya trató este punto Cachil Humi, y fué desterrado del reino por su audacia, siendo así que no tenia justicia alguna. Esta division llegó á noticia de los portugueses, de que se holgaron mucho, porque mediante ella entendian concluir con los castellanos aprovechándose de la discordia, mediante la cual, en otro tiempo,

vencieron los Esques y Bloscos á los Romanos en el campo Herviciano, siendo Cónsules Póstumo Albo y Espúrio Forcio, y pocos años despues los Sabinos, extinto el Gobierno consular, gobernando los diez varones, se atrevieron á correr los campos de Roma y poner sus Reales en Ereto, poniendo su esperanza en la discordia de aquella gran ciudad, que sobre el gobierno de ella entre el pueblo y los diez varones habia. No quiso D. Jorge perder tan buena ocasion; avivó la discordia favoreciendo la parte de Cachil Humi, por ser enemigo de los castellanos; envióle á ofrecer todo su favor para que quedase solo en el gobierno de Gilolo, con condicion de que matase los castellanos; ofrecióle más cuatro piezas de artillería, dándole á entender que tenia accion legítima al reino, y que muertos los castellanos, seria fácil alcanzar la investidura; pero que miéntras viviesen seria imposible. El Cachil oyó de buena gana lo que tanto deseaba, que era reinar; ofreció cuanto podia desear el Capitan portugués, y en fin tuvo modo con qué excluir del Gobierno á Cachil Tidore, acumulándole que deseaba con el favor de los castellanos levantarse con el reino y matar al Rey legítimo. Con esto, levantó la voz por él, y llevándole á su casa armó contra Cachil Tidore, que ni en pensamiento le habia caido semejante maldad, la plebe ruda, y al primer movimiento furiosa. Desterró el Justicia mayor al Sangaje, privándole de el gobierno del reino; harto procuraron valerle los castellanos, que bien conocian dónde habia de descargar aquel golpe, y que aquella tempestad habia de descargar sobre ellos; pero como Cachil Humi tenia consigo al Rey, y la voz que echaba era que defendia la libertad régia, á quien seguia el engañado y rudo pueblo, no se atrevieron á defender á su aficionado Gobernador más que con razonables medios, haciéndose, cuando más no pudieron, neutrales; aunque no dejaron de caer en el inconveniente en que los tales ordinariamente suelen caer, pues el neutral, pensando excusar un enemigo, gana dos, porque ninguno de los encontrados tiene entera satisfaccion dél: por esto decia un capitan de los Samnitas, que la neutralidad ni granjea amigos ni excusa enemigos, y el Capitan general de los

Etoles, llamado Aristodémo, dijo otro tanto en una junta. Con esto quedó Cachil Humi solo en el Gobierno y los portugueses contentos, viendo que se les entablaba el juego.

CAPÍTULO XI.

Cachil Bayaco, perseguido de Cachil Daroes, se arroja por una ventana de la fortaleza de Terrenate y muere: Don Jorge de Meneses en venganza, afrenta á Cachil Vaídua, sacerdote mayor y cazis de Mahoma.

Cuando en Gilolo, vendidos los castellanos, aguardaba ocasion el Gobernador Cachil Humi, para ejecutar la traicion é infame concierto que con él habia D. Jorge de Meneses asentado, y cuando los Cachiles y Sangajes de Terrenate, arbitrando sobre su ejecucion se carteaban con Cachil Humi, para que no dejasen ninguno á vida, en Terrenate se turbaron las cosas por la ambicion de Cachil Daroes. Cachil Vayaco, como dejamos dicho arriba en el libro cuarto, capítulo trece, era muy amigo de D. Jorge, pues mediante su diligencia tuvo efecto su soltura, y de todos los portugueses era bien quisto, porque era un caballero apacible, por lo cual no era ménos querido de todos los naturales de Terrenate; oponíase á las tiranías de Cachil Daroes, que como aspiraba al reino y se veia con el mero mixto imperio, guiaba las cosas á sus fines particulares, siendo ordinariamente contra el bien comun. Temíale mucho Daroes y sentia como tirano envidioso verle tan amigo de los portugueses, y tan privado de D. Jorge, pareciéndole que toda aquella amistad y privanza se enderezaba á derribarle del puesto é introducir á Vayaco en el gobierno; determinó prenderle con color de que turbaba la paz pública y castigarle. El Cachil, que sabia bien la mala voluntad que Daroes le tenia, vivia con mucho cuidado asegurando su persona; y habiendo entendido que trataba de prenderle, se fué á la fortaleza á ampararse de su amigo D. Jorge. El Gobernador pidió el Cachil para casti-

garle. El Capitan se lo negó y procuró componerlos; pero como aquel negocio no tuviese composicion, Cachil Daroes requirió á D. Jorge que le entregase á Cachil Vayaco, para castigarle muchos delitos que habia cometido contra el rey de Portugal y el de Terrenate, de que le dió algunos apuntamientos falsos. Recibió el Capitan los capítulos que le dió, y juntando su consejo, puso en plática si entregaria ó nó el Cachil al Gobernador; dividiéronse los de la junta en pareceres: unos decian que conociendo el mal ánimo de Cachil Daroes, y que aquello tocaba en envidia y pasion, y no en celo de la administracion de la justicia, como él decia, pues Cachil Vayaco siempre habia acudido al servicio del rey de Portugal como honrado caballero, que por ningun caso le entregasen á su enemigo, y que si tenia culpas, conociese el Capitan de ellas. Otros decian que era ménos inconveniente entregarle que armar sobre sí la indignacion del Gobernador de el reino: dieron y tomaron sobre este punto con tantas voces, que Cachil Bayaco entendió que le querian entregar á su enemigo: salió de un aposento donde habia estado escuchando la plática, y dijo á D. Jorge y á los demas portugues: «¿No entendeis, señores, las traiciones que Cachil Daroes va ordenando contra vosotros, á fin de quedarse con el reino? Pero presto las sentiréis; no tengo yo otras culpas sino ser amigo vuestro y el primero que al servicio del rey de Portugal y de Terrenate, mi señor, con la puntualidad y voluntad que habeis visto he acudido; si estos son delitos, castigadme. Lo que pretende el traidor de Cachil Daroes es privaros de vuestros amigos, para que quedando él solo, pueda hacer de vosotros lo que quisiere, sin que haya quien entienda sus maldades y traiciones y os las diga. El fué el todo en vuestra prision, D. Jorge, y yo quien me retiré á la sierra con vuestros portugueses á un lugar, donde no nos querian admitir los naturales, por haberlo así mandado este traidor, y nos hicimos fuertes, desde donde solicitamos á los castellanos para la libertad vuestra, y os la dimos; si éste fué servicio, y traicion aquella, juzgadlo vosotros: si he derramado mi sangre en servicio de vuestro Rey y del mio, siendo el primero en todas las arma-

das y salidas que ha habido en estas Islas, decidlo, pues habeis sido buenos testigos viéndome palear con vuestros ojos: si estas son traiciones que merecen castigo, entregadme luégo á un traidor enemigo, para que seais cómplices en su maldad, y Terrenate os arguya de desagradecidos;» dijo el audaz caballero, y poniéndose con notable presteza en la ventana, se arrojó con desesperada audacia por ella al suelo, donde se hizo pedazos. Son las fortalezas de los portugueses muy altas torres, al modo antiguo, y así llegó al suelo Vayaco hecho piezas. Grande fué el sentimiento de los portugueses, viendo un fracaso tan fuera de la imaginacion, tan lastimoso y repentino: mayor fué el de D. Jorge contra Cachil Daroes, que fué la causa de esta lastimosa muerte. Corrió la voz á Terrenate, fueron desmelenadas y como locas la esposa del difunto, la madre y otras deudas, poniendo los clamores en el cielo, y pidiéndole justicia contra el autor de aquella muerte; lloraban sobre los pedazos bañados en sangre del despedazado cuerpo; mesábanse los cabellos con alaridos tristes, é injuriando sus rostros con las manos, sacaban lágrimas de sangre, porque no bastaban las de los ojos. Acudió la parentela toda, y la plebe, alborotada con el lastimoso suceso de un mancebo en lo mejor de su edad, el más querido y amado de todos, y de los más valientes capitanes que tuvo Terrenate, á acompañar con lástimas á la desconsolada madre que no tenia otro, y á la desgraciada esposa, que le adoraba y sobre el cuerpo muerto estaba desmayada, dándole amargos abrazos, diferentes de cuando le recibia volviendo victorioso, ofreciéndola cabezas de enemigos, cautivos y despojos. Lloraban los portugueses viendo tan miserable tragedia dentro de sus puertas. Recogióse el cuerpo é hízosele la última honra. Horacio, en la puente de Roma, y Mucio Scévola en el campo de Pórsena, el uno en el agua, y el otro en el fuego, no mostraron más valor, y porque fué valor desesperado y bárbaro; de más audacia fué que el de Apio Claudio, y Espurio Oppio, dos de los diez varones que, por no oir su sentencia, se mataron.

D. Jorge buscaba ocasion para vengar la muerte de su amigo, y el tiempo le ofreció una, cual la podia desear, pocos dias

despues. Habian presentado á D. Jorge una puerca de la China, ganado, aunque súcio, hermoso; estimábala en mucho por ser de casta peregrina; criábase en la plaza de la fortaleza, y tal vez salia fuera de ella, y llegaba al pueblo y á sus horas volvia á recogerse: sucedió que, como fuese una vez al pueblo, ó por ser enemigos de D. Jorge, ó por mahometanos que aborrecen el tocino, mataron la puerca. Súpolo D. Jorge, y sintiólo más de lo que fuera razon; hizo averiguacion del caso, y halló que era culpado (caso ridículo) en aquella muerte, ó como dice Couto, quiso que lo fuese Cachil Vaídua, tio del Rey y de Cachil Daroes, gran pontífice de Mahoma, y cazis mayor de aquella secta. Prendióle, y llevado á la fortaleza, le cargaron de hierros y metieron en un calabozo, cosa que, cuando se supo en la ciudad, dejó atónitos á todos y estuvieron á punto de levantarse, porque despues del rey, Cachil Vaídua era la persona de más estima en toda la Isla, así por la soberanía de su oficio como por ser tio del Rey. Acudieron á la fortaleza luégo Cachil Daroes y otros caballeros y personas de respeto, á pedir á D. Jorge soltase á su sacerdote, culpándole se hubiese atrevido á poner las manos en la persona sagrada y venerable de su sacerdote, y más por una cosa de tan poca consideracion como una puerca. D. Jorge, lleno de cólera, les dijo que quien se atrevia á sus cosas, mejor se le atreviera á su persona, que no le habia de soltar (ni tomar dél tampoco la satisfaccion que merecia su atrevimiento) sin que primero se avaluase la puerca y la pagaba de contado ocho veces más del valor ordinario; con esto volvió las espaldas y se fué paseando hácia la ribera del mar, de que se dió por muy afrentado Cachil Daroes, y con mucho desprecio dijo al Oidor que avaluase la puerca, y hecho el precio, pagóle luégo con el ocho tanto, y mandó soltar al cazis, menudencia por cierto graciosa, si no fuera guiado todo esto á diferente fin. Habia industriado ya D. Jorge á un criadó suyo, llamado Pero Fernandez, en lo que habia de hacer, y así, cuando fueron á soltar á Cachil Vaídua, calentó un pedazo de tocino gordo, y cuando el sacerdote de Mahoma, que fuera del oficio que representaba, era de persona venerable, barba larga y compuesta,

llegó cerca de Cachil Daroes y demas caballeros terrenates, le untó toda la cara, boca y barbas con el tocino, ayudándole á tenerle otros compañeros, sin que para esto les valiesen sus vanas execraciones y alaridos; acompañáronle en los llantos todos los principales moros que estaban presentes con Cachil Daroes, dándose todos por injuriados del agravio que al sacerdote de su falso profeta se habia hecho. Los portugueses celebraban con risadas aquel acto. Con esto, Cachil Daroes y los demas sátrapas se fueron acompañando al cazis, que con la cara llena de vergüenza y de manteca iba dando alaridos, execrando y maldiciendo aquellos cristianos, que en desprecio suyo y de su vil profeta habian ensuciado y afrentado sus venerables canas, con que conmovia el pueblo á conmiseracion y venganza; tomáran luégo las armas, si el sagaz Pontífice no les dijera que no las queria tan apriesa, sino más despacio y con más cautela; tomóles juramento de que vengarian á Mahoma, á quien decian que tenian muy ofendido los portugueses: sobre su Alcoran juraron todos la venganza y de no dejar sangre cristiana en aquellas Islas. Hizo sus sacrificios y libaciones el cazis, purificándose como indigno é inmundo para su oficio por el contacto del tocino, en su secta abominable, con que se salió de la Isla y pasó á Bachan, predicando el agravio que se le habia hecho, obligando á todos á la venganza, señalando aquella isla por su destierro voluntario, donde juró de no salir miéntras no desenojasen á Mahoma derramando sangre cristiana.

CAPÍTULO XII.

Necesitados los portugueses dan en un pueblo de terrenates y róbanle; defiéndenle sus naturales, y maltratados los hacen embarcar. Castiga Don Jorge cruelmente al Gobernador dél y á otros seis indios terrenates.

Con estas cosas armaban los portugueses contra sí á sus amigos y confederados, no reparando en que por la salud pública y bien comun se han de posponer agravios y enojos par-

ticulares. Deseaba D. Jorge vengar la muerte de Cachil Vayaco, y erraba, porque de querer satisfacer su pasion particular, ofendia la pequeña república que gobernaba, exponiéndola á notorios peligros. No hay tal calidad en el que gobierna como la mansedumbre, y pasar con serenidad por sus ofensas. Obligado estaba David á la venganza del desmesurado Semey, y teniendo ejército con que castigarle, no quiso que se moviese contra él, remitiéndole la injuria; bien pudiera pasar D. Jorge por todo; pero tenia espíritu vengativo y ánimo cruel. A esta conspiracion que los terrenates trataban, se fueron añadiendo tales circunstancias, que acabaron los portugueses de ser aborrecidos. No llegaba el galeon del viaje, y los soldados padecian necesidad, porque no tenian con qué comprar lo necesario. En la fortaleza no lo habia. Cachil Daroes y los demas magnates del reino habian levantado los mantenimientos para dividir los portugueses, saliéndolo á buscar y acabarlos. Quejóse el Capitan á Cachil Daroes de que no acudian con bastimento, como solian. Él respondió que la culpa tenian los soldados que tomaban la comida á los indios y no se la pagaban por no tener dineros, que el daño estaba en que no se les pagaban sus sueldos y que no sabia cómo remediarlo, porque él no era dueño de las haciendas de los moros. La necesidad cada dia se sentia más é instaba por horas; los portugueses (dice Couto) comenzaron á padecer tanto trabajo, que amotinados los soldados tomaron sus armas y se fueron á la fortaleza, diciendo muchos males del Capitan y del gobernador de Goa y la India; y llegando en forma de motin, requirieron al Capitan que les pagase y diese mantenimientos. D. Jorge, contra quien parece que todo el mundo ya se conjuraba, se vió muy afligido, y como no bastasen las esperanzas que les daba, de que no podia tardar el galeon del viaje, hubo de darles alguna ropa que tenia en el almacen y licencia para que fuesen por los pueblos á buscar bastimento; y para esto, dió á Gomez Ayres ó Arias, algunas caracoas donde se embarcaron los soldados del motin, con que salieron de Terrenate y fueron por aquellas Islas. Una de ellas llegó á la villa de Tobana, sujeta al rey de Terrenate; y como era pueblo de

amigos, aunque los portugueses llevaban sus armas, entraron en ella sin que se lo resistiese nadie, y comenzaron á esparcirse por ella y á subir á las casas, y como si fueran de enemigos á saquearlas; acudieron sus dueños á defenderlas con voces y gritos y sin armas, porque no se recelasen tanto y pudiesen hacer lo que habian concertado los tobanos, que era tomarles las armas, y sin matar á nadie, molerlos á palos ó espancirlos, como dice el autor portugués Couto: fuéles fácil salir con su intento; cada uno en su casa tomó las armas del saqueador, y con unos palos rollizos los hicieron saltar de ellas abajo, brumadas las espaldas y rompidas las cabezas; en las calles se quisieron poner en defensa; pero como no tenian armas, los hombres con garrotes y las mujeres con piedras, los corrieron hasta que se metieron en su parao ó caracoa, hambrientos, sin armas y descalabrados; y volviendo á Terrenate contaron á D. Jorge el caso; y como dice Couto, como llegaron *com os focinhos inchados* y descalabrados: asombróse D. Jorge y llenóse de furor y cólera, y llamando á Cachil Daroes, le pidió enviase á Tobana por los autores de aquel atrevimiento para castigarlos como el caso pedia, requiriéndole que si no lo hiciese luégo, él tomaria satisfaccion de tantas afrentas. Cachil Daroes envió á llamar al Gobernador de la villa, á quien acompañaron seis caballeros de ella, como tiene Andrada, aunque Couto dice eran dos; lo primero es lo más cierto: informaron á Cachil Daroes y él á Don Jorge, diciéndole cómo los soldados habian tenido la culpa, porque habian subido á las casas de los amigos á robarles sus haciendas; y ellos no habian hecho más que defenderlas, pues pudiéndolos matar, por ser pocos y desarmados, no lo habian hecho, y que ántes merecian castigo sus soldados que los de Tobana, que ninguna culpa tenian. D. Jorge, en vez de aplacarse y reprender sus mal disciplinados soldados, le dijo que le trujese luégo aquella gente, porque donde nó, que le destruiria. El Cachil fué á su casa y dijo al Gobernador y compañeros que se fuesen á ver con D. Jorge y le diesen sus disculpas, que todo se haria bien: parecióle á Daroes que con tres ó cuatro dias que los tuviese presos satisfaria á su cólera D. Jorge y

los soltaria luégo. El gobernador de Tobana entró en la fortaleza y se presentó á D. Jorge, y queriendo dar sus disculpas, no las quiso oir; ántes luégo mandó cortar á los seis las manos derechas, y mandando tomar las armas á los soldados, salió con el Gobernador á la marina, y atándole atrás las manos, le echó dos lebreles que tenia muy carniceros, y porque el moro no tuviese otro refugio que el de la mar, los soldados le cercaron, haciéndose una media luna. Envistiéronle los perros y aunque probaba á defenderse con los piés y cabeza como podia, todo era en vano, por tener el miserable las manos atadas. Cebados en su sangre los perros le desmenbraban, gritaba el moro invocando á su Mahoma, y ablandára aquel espectáculo á la fiera más caribe del mundo, y no podia mover á compasion á D. Jorge con ser cristiano y caballero; vanas cosas intentaba el desdichado sujeto de tan miserable tragedia, y nada le aprovechaba; y viéndose desahuciado de todo humano remedio, como pudo, se metió en la mar, siguiéndole los perros, que con perder pié, no le dejaban: asiéronle, y aunque se zabullia con ellos y por aquel breve espacio le desasian, apénas volvia á sacar la cabeza, cuando estaban sobre él, y como estaba tan herido y desangrado, ya se le acababan los bríos, y agonizando teniéndole un lebrel hecha presa en un hombro, con el último esfuerzo entre las ánsias y la muerte, mordió al perro tan fuertemente de una oreja, que no dejándole el moro, se sumergió con él donde entrambos se ahogaron. Crueldad, por cierto, indigna de un pecho cristiano, y que entre las que los tiranos hicieron, no tiene inferior lugar. El cronista Couto, en el lugar arriba citado, conténtase con decir de D. Jorge que dió á este moro una muerte muy cruel y nunca usada, no señalándola, pareciéndole ser áun cosa indigna de contarse, llamándola caso nefando y fiero. Pero el cronista mayor Andrada, en el lugar que citamos y otros, lo cuenta así como pasó. El castigo pasó de más que admiracion, quedó el pueblo que llegó á verle atónito, espantándose de la novedad de la justicia y del esfuerzo del desdichado Gobernador, dejando entre los suyos nombre de muy valeroso y esforzado. Esta justicia acabó de alborotar los ánimos de los

moros para que ejecutasen lo que habian tratado de matar cuantos cristianos hubiese en las Islas, así castellanos como portugueses. Platicó de nuevo Cachil Daroes el caso con algunos, y á otros convocó para tomar la última resolucion.

CAPÍTULO XIII.

Hacen junta universal los Sátrapas y Sangajes del Maluco para matar castellanos y portugueses. Descúbrese la conjuracion; Don Jorge degüella al gobernador del reino de Terrenate, Cachil Daroes.

Cachil Daroes, como Gobernador del reino de Terrenate, tomó tan á su cargo el convocar todos los reyes, sátrapas y señores de todo el Maluco contra los portugueses y castellanos, como si estos hubieran dado ocasion ó sido cómplices en las crueldades de D. Jorge. Tratólo primero con el Almirante del rey de Terrenate, Camarrao, y con el Justicia mayor, Cachil Boyo, y con el rey de Bachan; todos enviaron sus cartas á Cachil Humi, á quien sin ningun fundamento llaman algunos Catabruno, pidiéndole que acabase de matar los castellanos; y dándole cuenta de lo que habian tratado de acabar luégo á todos los portugueses, para que no quedase memoria de cristianos en todas las islas del Maluco; con esto envió un astuto moro disimulado para que tratase y concertase el modo que en esta conjuracion habian de tener sobre si los moros de Terrenate habian de comenzar primero á matar los portugueses ó los de Gilolo: hubo algunas réplicas. Cachil Humi se resolvió en que comenzasen los de Terrenate primero, porque decia el Sangaje, que los castellanos eran pájaros sin álas, que no tenian fortaleza, como los portugueses, donde poder volar y guarecerse, y que estaba en su mano siempre que quisiese el degollarlos; y la forma que mejor le pareció para que se ejecutase la traicion, que Cachil de Reves hiciese que D. Jorge asentase paces con los castellanos para que, descuidados de las armas y sin recelo de guerra, na-

vegasen aquellas Islas, y entónces era fácil ejecutar sus intentos por la diversicn que tendrian en el trato del clavo. Asentado esto, y que se reservasen algunos carpinteros y artilleros para prevenirse en lo de adelante y fortificarse por si llegasen armadas de castellanos y portugueses. Cachil Daroes, como traidor disimulado, visitaba á D. Jorge y continuaba las idas á la fortaleza más que solia. El D. Jorge, entre otras cosas, le dijo que cómo los de Gilolo no acababan de matar á los castellanos, como habian tratado. El Cachil le respondió, que como estaban en guerra con los portugueses, tenian sus cuerpos de guardia y se velaban con mucho cuidado, y que el gobernador de Gilolo se excusaba hasta que hiciesen paces, porque habiéndolas, no tenian que recelarse de ellos y dejarian las armas y le seria fácil no dejar castellano á vida. Buena le pareció á D. Jorge la traza, aprobóla, no conociendo que aquella tempestad le amenazaba, y envió á tratar las paces con el General. Un moro amigo del capitan Andrés de Urdaneta le reveló el trato, y cómo el medio que se tomaba era que se amistasen D. Jorge y el General, castellanos y portugueses, para poder dar con más libertad sobre todos. Este aviso vino por Cachil Tidore, que habia sido desterrado á Maquien. Confirióse entre los castellanos, y no querian asentar las paces, porque conocian el fin para que se capitulaban. Pero el capitan Andrés de Urdaneta dijo que, supuesto el estado en que estaba el negocio, más importaba asentarlas y jurarlas, porque se harian un cuerpo con los portugueses y se librarian así mejor de cualquiera traicion que separados y cada uno por sí, que él iria á concluir los asientos de ellas á Terrenate, y revelaria al Capitan el trato de los moros. A veinte de Agosto de este año pasó Urdaneta á Terrenate, y llevó poderes bastantes del General para concluir el negocio, como lo hizo, descubriendo á D. Jorge cómo Cachil Daroes trataba de matarlos á todos, y para esto habia dado forma para que se celebrasen paces entre los que habian de ser despues degollados. D. Jorge le aseguró que los moros estaban muy quietos, y que no trataban sino de sus aprovechamientos, que todo lo demas era imaginacion. Urdaneta le dijo, que el tiempo le descubriria la ver-

dad, y con tanto, se volvió á Gilolo concluidas las paces. Con sus amigos chacoteó D. Jorge los avisos de Urdaneta, y cómo con las paces que llevaba iba la sentencia de muerte á todos los castellanos; pero no se pasaron muchos dias cuando se desengañó y vino á conocer que el capitan Urdaneta le habia tratado verdad, porque una mora reveló el secreto á un portugués, teniéndole lástima de que habia de morir con los demas, y esto es más cierto que lo que dice Andrada, que quien lo descubrió fué una esclava de un portugués en quien tenia un hijo su amo, la cual vivia en la fortaleza, que si servia esta mujer á Don Jorge, horra ya, mal podia saber cosas tan secretas; lo cierto es lo que escribimos, guiados de relaciones originales manuscritas, y lleva más camino, pues como india de Terrenate pudo saber lo que los suyos trataban.

D. Jorge consideró la gravedad del negocio, velábase con cuidado, y habiendo entendido con más claridad el trato y traicion que se ordenaba, y vístolo con los ojos en el modo de las visitas de Cachil Daroes que le hallaba más afable de lo ordinario, señal que no falta en el traidor: sin dar cuenta á nadie, le envió á llamar con el almirante Camarrao y Justicia mayor, diciendo que tenia un negocio que tratar con ellos de importancia. Los Cachiles fueron sin recelo de que los portugueses supiesen cosa alguna de lo que trataban, y en entrando en la fortaleza, los prendió y puso aparte á cada uno, y luégo llevando consigo al Oidor y un escribano, fué donde tenia al Justicia mayor, y díjole que bien sabia que él no tenia culpa en la conjuracion que habia contra los portugueses, de que ya Cachil Daroes habia confesado la verdad y la traicion que les armaban; que la confesase él, donde nó, que sus perros se la harian confesar. El Justicia mayor, pareciéndole que ya el Gobernador lo habria descubierto todo, confesó cuanto habia pasado, y se fué escribiendo, y despues el moro lo firmó. De aquí pasó D. Jorge á hacer la misma diligencia con el Almirante, y tambien confesó. Llegó á Cachil Daroes, y habiéndole dado á entender lo que los dos Cachiles habian depuesto, y enseñándole las firmas, y convenciéndole con cosas muy particulares que en los tratos ha-

bian pasado, viendo el Gobernador que no podia negar y que le amenazaban con los perros, confesó de plano todo el caso. Juntó D. Jorge su Consejo, y leyéndoles las confesiones de los Cachiles, resolvieron que sin dilaciones muriesen por traidores, ántes que el pueblo se inquietase, y que Cachil Daroes fuese públicamente degollado como traidor. Hízose un cadalso alto fuera de la fortaleza, y aprestando las armas todos los portugueses, sacaron á Cachil Daroes con voz de pregonero, cargado de hierro y subiéndole en el cadalso; el pregonero refirió en altas voces sus culpas y que por traidor moria, porque siendo vasallo del rey de Portugal armó traicion contra el Capitan de su fortaleza y los demas portugueses que en ella estaban. Con esto le cortaron la cabeza y pagó el desventurado la muerte de Vayaco y otras muchas que tenia á cuestas, á fin de ser rey de Terrenate. La violencia, avaricia y crueldad reinaban en Cachil Daroes, con que era aborrecido del pueblo, mediante ellas pensaba perpetuarse en el gobierno y dar principio á introducirse Rey, pues no tuvieron otro aquellas Repúblicas primeras, de quien dicen Tucídides, Plutarco, César y Solon, que los hombres de ellas no tenian honra ni virtud mayor que robar, maltratar y sujetar hombres; donde más válida ha estado la tiranía ha sido en la Asia, y hoy dura de manera, que aquel es Rey, que es más tirano y mayor ladron de la libertad, y en las islas de Maluco reinaba la tiranía más que en otra parte: es sin duda el clima inquieto y belicoso. De esta manera se coronó Daroes en el cadalso de Terrenate, por las manos de un vil verdugo. Con esta muerte se contentó D. Jorge, soltando y perdonando á los Cachiles, quedando asombrado el reino todo, y tan escandalizada la ciudad de Terrenate, que se despobló siguiendo á la Reina Madre, que pasó á una villa fuerte, llamada Toruto, desde donde envió á pedir á D. Jorge al Rey, su hijo; y como se le negase, echó un bando general la Reina mora, que pena de la vida, ninguno vendiese á los portugueses bastimento ni cosa alguna, y fué con tanto gusto el mandato obedecido, que perecian los pobres portugueses. Corrió la voz de la muerte de Cachil Daroes hasta Gilolo; causó confusion en los moros y en los cas-

tellanos cuidado y recelo no fuesen nuevas trocadas, siendo Don Jorge el muerto y Cachil Daroes el vencedor; pusiéronse en arma todos, alborotóse Gilolo, temió Cachil Humi, con el ejemplo de Daroes, que el traidor siempre vive entre temores y recelos. En medio de esta confusion, Urdaneta tomó en anocheciendo un ligero barco y pasó á Terrenate, encubierto con las tinieblas de la noche, por certificarse de la verdad. Vióse con D. Jorge, con diferente talante ya el portugués que cuando Urdaneta le dió el aviso. Preguntóle si querian guardar las paces los castellanos; respondió Urdaneta que sí, y entre los dos se trató lo que convenia á la salud de todos, pospuestos ódios y encuentros: dióles las gracias D. Jorge á Urdaneta de los buenos consejos que le daba, y el uno al otro se ofrecieron todo favor y ayuda, con que el buen guipuzcuano se volvió y dió cuenta de lo que en Terrenate habia sucedido. Vivian castellanos y gilolos recelosos los unos de los otros, porque Cachil Humi temia no le descabezase el General como D. Jorge á Daroes; los castellanos temian la traicion de los gilolos: en este afan tomó Urdaneta la mano, que para todo le dió Dios gracia y talento, en paz y en guerra. Vióse con Cachil Humi, afeóle el haber tomado á su cargo el matar los que habian con su sangre defendido aquel reino. Nególo el moro, y admitiendo sus vanas excusas, el Capitan dióle á entender que así lo creia, por importar la industria donde la fuerza es corta, y obligar á tanto la angustia del tiempo y lugar. Trató de amistarle con el General y castellanos; aplazó las vistas y celebráronse las amistades con grandes juramentos de entrambas partes, en que se tuvo por dichoso el Cachil, porque temia no hiciesen con él lo que con Cachil Daroes; y de allí en adelante corrió en buena amistad con los castellanos, y ellos correspondieron á ella; pero los unos recelándose de los otros, que, como dijo el gran Padre, «¿qué lealtad habrá en la amistad cautelosa, ó cuál será el descanso de vida y su dulzura, cuando el amigo es de ayer y reconciliado?»

CAPÍTULO XIV.

Piden á los castellanos favor los terrenates contra los portugueses; llega Gonzalo Pereira á Terrenate por Capitan con doscientos portugueses de socorro.

Grandísimo era el ódio que los terrenates tenian á los portugueses, no lo podian disimular; el freno que tenian para no arrojarse á intentar tomar la fortaleza era tener D. Jorge al Rey niño en ella. La Reina le envió á pedir algunas veces; pero con buenas palabras apartaban el negocio, diciendo que allí estaba el Rey seguro, y que si hubiera estado fuera le hubiera muerto ya Cachil Daroes. Mucho sentia la Reina verse sin su hijo, que en esta sazon seria de doce años, y no tenia otro, y para ver si por alguna vía podia cobrarle y acabar de una vez con los portugueses, juntó su consejo, y resolvióse que se confederasen con los castellanos y jurasen paces y les ofreciesen cuanto quisiesen, para que con su favor echasen de las Islas á los portugueses, lo cual les pareció fácil de acabar con ellos por los agravios que de ellos habian recibido, y por la pretension que tenian de quedar solos en el trato del clavo, por la Corona de Castilla; entre otras cosas que les ofrecian era la fortaleza con toda la artillería y cierta cantidad de moneda anual para su sustento, con tal de que les entregasen al Rey; despacharon á Gilolo á esto con recados bastantes dos caballeros de aquel reino. Tratáronlo con el General y con el capitan Urdaneta muy en secreto. Hernando de la Torre juntó los capitanes y oficiales del Rey, y les propuso el negocio á que habian ido aquellos Cachiles: algunos eran de parecer que se aceptasen los partidos que la reina de Terrenate les ofrecia, pues eran en servicio del Emperador y en órden á cobrar aquellas Islas, que siendo de su Real patrimonio, los portugueses las habian usurpado. El capitan Andrés de Urdaneta, Martin de Islares y otros, eran de contrario parecer, porque decia Urdaneta que aquellos

moros no guardaban fé, ni guardarian con ellos lo que prometian, y solo se querian valer de ellos hasta salir con su intento, y despues revolverian sobre ellos y los degollarian, puesto que no deseaban confederarse por amor que les tuviesen, ni agradecidos de buenas obras; ántes bien, se les habian hecho tan malas, que en diversos encuentros les habian degollado más de dos mil hombres, abrasado sus pueblos, cautivado sus mujeres é hijos, talado sus sementeras, cortado sus palmares y robado sus haciendas; demás de que los castellanos habian quedado en solos cuarenta, porque desde que se juntaron en Gilolo, entre muertos y huidos á los portugueses, se habian menguado los demas; y, sobre todo esto habia paces asentadas con D. Jorge, y no era razon quebrarlas sin causa justa. Sobre esto hubo algunas réplicas, pero los más aprobaron este parecer, porque pareció el más conveniente á la conservacion de tan pocos como eran. A los embajadores de Terrenate se les respondió que bien sabian las paces que habian jurado castellanos y portugueses, cuyo juramento sagrado les obligaba y no podian contravenir á él, si no fuera en caso que D. Jorge le quebrantase primero, ó no cumpliese con lo capitulado; que en lo demas, como no fuese ir contra los portugueses, se holgarian ser amigos de los terrenates y ocuparse en el servicio de la Reina. Con esto se volvieron los Embajadores, admirados de la fidelidad de los castellanos, pues ofreciéndoseles una ocasion tal cual se podia desear en que podrian vengar tantas injurias pasadas, y ser señores de sus enemigos, no quisieron por no quebrar la palabra jurada. Mucho sintió la Reina el mal despacho de sus Embajadores, porque solo por aquí la quedaba esperanza de cobrar al Rey, su hijo, y como no tenian los terrenates razon de sentirse de que los castellanos no hubiesen aceptado las paces, pues habian sido hasta entónces enemigos, les quedaron aficionados, teniéndolos por hombres de gran fé y palabra, con que creció su reputacion y dura en aquellas Islas hasta el dia de hoy, y se conserva en gran honra de la nacion española.

Á tres de Noviembre de este año, llegó á Terrenate Gonzalo Pereira á suceder en el oficio de Capitan de la fortaleza á Don

Jorge de Meneses. Llevaba doscientos soldados portugueses, socorro de importancia para el tiempo y estado de aquella fuerza. Mostró mucho contento de que le llegase sucesor Don Jorge. Recibióle con muestras de exterior alegría, y habiendo visto los despachos que llevaba, le entregó el gobierno y fortaleza, y al Rey niño de Terrenate, diciéndole que le habia detenido en ella por importar así al servicio del Rey y salud de todos y estado de aquella fuerza, que sin duda hubieran tomado los terrenates si se vieran con su legítimo Rey, como constaria del alzamiento que habian tratado, por lo cual habia degollado la cabeza del motin; díjole los trabajos que en conservar aquella fortaleza habia tenido, y los émulos que por acudir al servicio de su Rey habia cobrado; que bien sabia que le habian de calumniar y poner algunos falsos capítulos, como tenia tambien entendido que á la India habian enviado sus enemigos copia de ellos, y que si traia órden de castigarle, le oyese y mandase poner unos grillos, que allí llevó para el efecto. Gonzalo Pereira le respondió que él no habia llegado allí para ofenderle, sino para servirle; ni llevaba órden alguna para prenderle, ni hacer cosa que fuese de su disgusto; con esto le hizo otros ofrecimientos de caballero hidalgo, quedando de esta plática muy amigos. D. Jorge le banqueteó aquel dia espléndidamente, con que los dos aseguraron las voluntades con harto sentimiento de Leonel de Lima, gran enemigo de Don Jorge, y de otros émulos; dió cuenta D. Jorge al nuevo capitan del estado de las cosas del Maluco. El general Hernando de la Torre envió á Terrenate á dar la bienvenida á Gonzalo Pereira, y á saber si habian de correr con las paces, que con D. Jorge habian capitulado. El Capitan recibió con mucha honra el recado, y respondió que no llevaba otra cosa encomendada más que asentar paces con los castellanos, y que corriesen todos en buena amistad, y que así ratificaba, y de nuevo, siendo necesario, las asentaba en la misma forma que D. Jorge las habia jurado; con esto quedaron las cosas en buen estado por entónces, comunicándose y tratándose como amigos. A fin de Diciembre, el capitan Urdaneta fué á Terrenate y trató con un

caballero portugués, gran aficionado de los castellanos por haberse criado en Castilla, de que pasase á la córte del Emperador y le diese unos despachos de su General, asegurándole que Su Majestad Cesárea le haria mercedes; habíase aquel hidalgo ofrecido á hacer este servicio al Emperador ántes, encargóse el secreto y juróse por entrambas partes que no se descubriria ni lo sabrian sino Urdaneta y el General; y por parte del portugués, que iria con toda fidelidad y presteza y daria las relaciones y despachos que le diesen al Emperador ó á su Real consejo; con esto aquel caballero se despachó y salió de allí á quince dias en un junco para la India, donde se embarcó en los galeones, y llegado á Lisboa, murió sin que tuviese efecto esta buena diligencia del capitan Urdaneta.

LIBRO SÉTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

La reina de Terrenate se querella de D. Jorge de Meneses. Promete Gonzalo Pereira darle á su hijo, con que se vuelve á Terrenate. Prende el Capitan á D. Jorge, y quiebra la palabra á los castellanos.

Grandes diligencias habia hecho la Reina Madre por cobrar á su hijo el Rey por alguna vía, y por ningun caso pudo. Várias veces tentó esto por vía de los castellanos, ofreciéndoles grandes partidos, y aunque la despedian, fundándose en las juradas paces con los portugueses, no por éso desistia de importunarles, añadiendo promesas que tanto cuanto mayores eran, se desengañaban más de que deseaba ver borrada de sus reinos la nacion cristiana, y que, acabando una vez con los portugueses, habian de revolver sobre ellos las armas. Tentaba, por otra parte, si podia sacar al niño Rey de la fortaleza escalándola; pero como todos los caminos que intentaba para cobrar á su hijo hallase cerrados, vivia con confusion y dolor. Con la llegada del nuevo Capitan quiso tentar nueva fortuna. Envióle á visitar y á quejarse de los agravios que habia recibido de Don Jorge, especialmente de haber detenido preso al rey legítimo de Terrenate, su hijo, y no se le haber querido dar, no habiendo delinquido ni él ni nadie de su reino contra el rey de Portugal, ni hecho cosa que fuese en deservicio suyo; ántes habian acudido todos sus vasallos, con mucho amor y voluntad, á todas las guerras que con los castellanos, tidores, gilolos y maquienenses habian tenido, en que habian muerto muchos, no sacando otro fruto dellas, que robos, muertes, cautiverios y

destrucciones y asolamientos de sus haciendas, villas y lugares, habiendo el rey Boleyfe, su marido, difunto y padre del Rey, hospedado á los primeros portugueses con el amor y cariño que si fueran sus hermanos, y regaládolos en aquel reino, y que en pago de tan buenas obras, los Capitanes, sus antecesores, habian hecho justicias exorbitantes y prendido al Rey primogénito, que habia muerto de veneno en la prision, y despues á su hermano, legítimo sucesor del reino, le habian metido en la fortaleza: que por tanto, le rogaba mucho se le restituyese y soltase, porque, de hacerlo así, resultaria la paz y concordia que entre terrenates y portugueses era razon hubiese, con que serian aquellos reinos bien gobernados, y el rey de Portugal más bien servido. Oyó la embajada Gonzalo Pereira, y habiéndose conferido en su Consejo si entregarian ó no el Rey á su madre, pidiendo á la junta que libre y desapasionadamente, poniendo los ojos en el servicio de Dios y del Rey, dijese lo que sentia, salió de comun acuerdo que le entregasen, pues con la entrega se satisfaria á las quejas que de la nacion portuguesa habia en aquellas Islas, y la Reina se volveria á la ciudad, y correrian con la antigua amistad de allí adelante, con que parece que habrian ganado de nuevo al Maluco; pero que ántes de salir el Rey de la fortaleza, se acabasen de levantar sus muros, y un baluarte que estaba á medio hacer. Esta respuesta dió al Embajador, y la Reina quedó contenta con las nuevas esperanzas, aunque no del todo satisfecha, porque le pareció que con facilidad la quebrarian la palabra; con todo, se resolvió no bajar á Terrenate miéntras no la entregasen á su hijo, y así se lo envió á hacer saber á Gonzalo Pereira. El Capitan dió por razon de no le enviar á su hijo luégo, el tener entre manos el despacho de la India, pero prometió que en desembarazándose dél y despachando los navíos, la cumpliria lo que la habia prometido, y para que estuviese más segura de que la daria para entónces á su hijo, hizo venir al Capellan y Vicario de la iglesia, revestido con estola y sobrepelliz, y una cruz en la mano, sobre la cual juró solemnemente, delante de los Embajadores de la Reina, que la entregaria al Rey su hijo en despa-

chando las naos. Con este juramento quedó satisfecha la Reina de que se la trataba verdad, y que tendria cumplimiento la promesa y la libertad de su hijo. Hiciéronse grandes fiestas, pareciéndoles á los terrenates que ya tenian libre á su Rey, y con esto se volvieron á la ciudad y la Reina á su palacio. Gonzalo Pereira la envió á visitar, y con la visita un buen presente de cosas curiosas de Portugal. A algunos Cachiles y señores envió algunos regalos, suplicándoles le viesen, porque deseaba conocerles para servirles. Con esto se trabó una buena y nueva amistad, al parecer. Fuéronle á visitar á la fortaleza los Sangajes y señores de más consideracion del Reino, á quien recibió muy bien, y regaló, y, por ganarlos las voluntades, sacó al rey de Terrenate donde estaban, muy galan, vestido á la portuguesa, y dió órden como saliese fuera de la fortaleza en un palanquin, (así llaman aquí en la India un modo de andas, como féretro de difuntos, en que van los caballeros portugueses en hombros de negros,) la diferencia está en que no tiene tumba ó cubierta, y en llevar una alcatifa y cojin. Esta caballería se usa por acá: en esta ciudad de Malaca ví los primeros palanquines, y admirándome de tanta poltronería, me dí á creer que habia difuntos vivos. En un palanquin destos salió con buena guardia de soldados portugueses el rey de Terrenate, y dando una vuelta por la marina, le volvieron á recoger á la fortaleza. Alegráronse los terrenates de ver vivo á su Rey, porque muchos le tenian por muerto, con que concibieron nuevas esperanzas de gozarle libre. Gonzalo Pereira entónces hizo Gobernador del reino de Terrenate á un deudo del Rey, llamado Cachil Ato: fué recibido de los terrenates con general aplauso en el oficio, porque era amado de todos en comun. Argensola pone la predicacion evangélica por los religiosos augustinos, dominicos y franciscos, por este tiempo en el Maluco, áun ántes de la llegada de Gonzalo Pereira; y lo que más me admira es que pone la del Santo Padre Javier (ya en los tiempos que escribimos, puesto en el número de los beatos, por nuestro muy Santo Padre Paulo V, de gloriosa memoria), siendo así que desde el tiempo en que corre esta Historia, hasta la fundacion

de la Compañía, se pasaron algunos años, y en el que entró en la India el Santo Padre fué el de mil quinientos cuarenta y uno, llegando á Mozambique á fin de Agosto. La entrada de las sagradas religiones en todo el archipiélago del Asia señalarémos á su tiempo con verdad y claridad. Por ese tiempo se pudieran turbar las cosas entre castellanos y portugueses, pero como los unos se disminuian y los otros se aumentaban, atendieron más los castellanos á su conservacion que á averiguar agravios con las armas. Habia Gonzalo Pereira, corriendo en amistad con el general Hernando de la Torre, pedídole que le diese por algunos dias un calafate, porque tenia dél necesidad para aderezar los navíos que habia de despachar á la India. El General se excusó diciendo que uno que tenia, llamado Melchor de Arenas, no le excusaba consigo, ni podia estar sin él; pero, no obstante la necesidad que dél tenia, como fuese para pocos dias, se le prestára, si no temiera que se habia de quedar con los portugueses, y los castellanos, sin él, mancos por no tener quien calafatease los navíos. Gonzalo Pereira se obligó por una cédula firmada de su nombre, con juramento, á volver á Melchor de Arenas á Gilolo dentro de cierto término, aunque se quisiese quedar con los portugueses. Con esto se aseguró Hernando de la Torre y envió á Terrenate el calafate, el cual concluyó con el aderezo de las naos, y dijo á Gonzalo Pereira que le admitiese en su servicio, porque no queria volver más con los castellanos; respondióle el Capitan que se estuviese. Pasóse el término y algunos dias más; habíanse tambien huido dos esclavos de los castellanos á Terrenate, y habian capitulado castellanos y portugueses, que los que se huyesen á Terrenate ó Gilolo se restituyesen á sus dueños. Fué el capitan Urdaneta á Terrenate por el calafate y esclavos; pidiólos al capitan Gonzalo Pereira de parte del General; respondióle que el calafate queria quedar en servicio del rey de Portugal, y que los esclavos no lo eran; replicóle Urdaneta el contrato que habia y lo demas que obligaba á entregárselos, y no negociando nada se volvió á Gilolo, y dió cuenta de lo que pasaba á Hernando de la Torre, que sacando la cédula y los capítulos

de las paces, volvió á enviar á Terrenate á Urdaneta y á Diego de la Presa. Enseñóle al Capitan la cédula y firma suya; reconocióla Gonzalo Pereira, y viendo que no podia negar el calafate, díjole que le llevase. Diéronle aviso de lo que pasaba al Arenas, con que tomó el camino del monte; buscóle Urdaneta y en ninguna casa parecia: quejóse al Capitan de que se habia ausentado, que le mandase buscar; él se excusó diciendo que ya habia cumplido con su obligacion en decir que le llevasen, que si se habia ausentado no tenia él la culpa; sobre esto y que le diesen los negros hubo algunas voces, y habiendo Urdaneta negociado tanto como la primera vez, se volvió á Gilolo. El General, sentido del mal término del capitan Gonzalo Pereira, y que hacia tan poco caso del juramento y de su palabra, que son las que ligan á los hombres, volvió á enviar á Diego de la Presa á Terrenate para que hiciese ciertos requerimientos al Capitan, en razon del calafate y negros. Llegó Diego de la Presa, y buscando un escribano con quien requerirle, no pareció ninguno, por órden de Gonzalo Pereira. Diego de la Presa volvió á Gilolo, y tomando á Pedro de Ramos, escribano, pasó otra vez á Terrenate, y el Capitan le recibió sentado: comenzóse á requerir que diese á Melchor de Arenas y los dos esclavos, y que, de no darlos, quedasen libres los castellanos de los juramentos de las paces. Gonzalo Pereira, como dicen las historias portuguesas, era un hombre, aunque de edad, muy colérico y arrebatado, de muy mala lengua y largas manos; y ántes de que Pedro de Ramos acabase la notificacion, habiéndose dejado decir algunas palabras torpes, á que satisfizo Diego de la Presa, levántóse y tomó un palo yéndose hácia él; Diego de la Presa, empuñó la espada y le aguardó; en esto se metieron de por medio algunos portugueses, á quien el término del Capitan tenia enfadados, y metiéndole en camino, Diego de la Presa y su compañero se embarcaron, y saliendo tras ellos á la marina, les dijo á voces que juraria á Dios que ántes de muchos dias habia de coger á todos los castellanos, y maniatados los habia de desterrar á las Islas de Maldivar (son en la India, de gente bruta y feroz, y aunque cerca de Cochin y

Goa, no conquistadas hasta agora). Con este buen despacho, volvió á Gilolo Diego de la Presa: el calafate y negros nunca más se cobraron.

CAPÍTULO II.

Publica Gonzalo Pereira una órden en que prohibe el trato de el clavo. Prende á Don Jorge de Meneses, y envíale á la India en hierros, con informacion de los que habia cometido en Terrenate.

En el capítulo décimo del libro cuarto dejamos dicho las diligencias que D. Jorge hizo luégo que tomó la posesion del gobierno y fortaleza de Terrenate, en órden á ejecutar una pragmática del rey de Portugal, por la cual prohibia á todos sus vasallos residentes en las islas Malucas el trato del clavo, por las razones que allí apuntamos, y como no tuvieron efecto, de que tuvo noticia el Gobernador de la India, por lo cual libró una provision para que la prohibicion del rescate de la especería se ejecutase como su Rey lo ordenaba, sin embargo de súplicas ni pretextos; y habiendo señalado á Gonzalo Pereira la plaza de Terrenate, para que en paz y guerra la gobernase, le encargó mucho ejecutase aquella órden que tanto importaba al aumento de la Real hacienda. Pareciéndole agora al Capitan que tenia sosegadas las cosas de Terrenate, y en estado de poder ejecutar lo que llevaba tan á su cargo, hizo publicar la provision con gran pompa y ruido de cajas y trompetas: mandábase que ninguno, pena de perdimiento de bienes y de ser enviado preso á la India, rescatase en aquellas Islas clavo alguno, si no que todo el que hubiese el factor de el Rey lo comprase por cuenta de Su Alteza, por los precios que al principio se asentaron entre terrenates y portugueses, de que se habian de enviar luégo á la India quinientos bares, y de lo demas se pagasen los salarios al Capitan, Alcaide mayor, Factor y demas Oficiales del Rey, así de la Justicia como de la Real hacienda; y si pagados los

dichos salarios aún sobrase clavo, se pagase á la infantería, y descontase por el sueldo en precios tales, que el Rey ganase de como lo hubiese comprado á los indios, para suplir los muchos gastos que tenia en aquella fortaleza, y en esa misma forma todo lo demas se vendiese á los mercaderes. La publicacion de esta pragmática causó grandísimo escándalo en la gente, que todas sus esperanzas tenian en el trato del clavo, y fué en tanta manera, que amaneció un rótulo en la puerta de la fortaleza la mañana siguiente, que decia así: «Habiendo guerra, para servir al Rey, primeramente sirva en ella el Capitan hasta perder la vida, y despues dél los demas Oficiales, y si todavía hubiere guerra, vayan á morir en ella los hombres que hubieren recibido las pagas de sus sueldos.» Dieron cuenta á Gonzalo Pereira del escrito que en la puerta habia amanecido; bramaba el Capitan de cólera, amenazando al autor ó autores de aquel atrevimiento. Hizo, sobre saber quién hubiese sido, extraordinarias diligencias: no descubrió nada; mandó luégo echar un bando con grandes apercibimientos y penas, que nadie tuviese en su casa peso, porque sólo habia de haber dos, uno en la Factoría del rey de Portugal y otro en la del de Terrenate. En cumplimiento de este bando corrió el factor Luis de Andrada, riguroso ejecutor de las cosas tocantes á la Real hacienda, todas las casas de los portugueses, y sacó todos los pesos y romanas que halló y no contentándose con esto, tomaba juramento á cuantos hallaba, sobre si tenian pesos y balanzas; con esto juntó mucho número dellos, y haciendo una hoguera delante de la fortaleza, los abrasó todos; y por cuanto todos habian comprado mucho clavo, y pagado de antemano para la cosecha, y en aquel año no se podia recoger todo para el Rey, mandó el Capitan que lo registrasen en la Factoría, con condicion que vendiesen al Rey la tercera parte de lo que cada uno tuviese por el precio que el Rey compraba. Todos se quejaron mucho de ejecucion tan rigurosa, porque perdian mucho de sus haciendas. Gonzalo Pereira tuvo noticia de que iba un junco cargado de clavo á la Iava; envió por él, y tomando todo el clavo lo pagó por el precio de la Factoría: era todo de la Reina, y aun-

que recibió gran pérdida, disimuló por no poner en riesgo la libertad del Rey su hijo. Con estas ejecuciones tan apretadas, que tan mal sufrian los portugueses, porque con ellas se perdian, concibieron un mortal ódio contra el Capitan y contra el factor Luis de Andrada: deseaban beberles la sangre, porque decian que ellos les bebian la suya. Abominaban la paz y amistad que con los moros tenia Gonzalo Pereira, porque amaban la guerra, con la cual enriquecian con robos y rapiñas. Deseaban sembrar discordias entre ellos y el Capitan: metiéronles en cabeza á la Reina y Cachiles, que aquellos bandos y órdenes no se ejecutaban con órden del rey de Portugal, que era tan gran señor, que no reparaba en menudencias, ni queria tener más que el nombre de señor de la India, y que á ellos que eran señores de aquella tierra, Su Alteza no les prohibia que vendiesen su hacienda á quien quisiesen, ni que perdiesen por ser vasallos suyos sus rentas y aprovechamientos, ántes deseaba hacerles muchas mercedes y favores; que todas las órdenes que ejecutaba eran trazas é invenciones del gobernador de la India para atravesar la gruesa del clavo y hacerse rico, y lo mismo pretendian el Capitan y Factor buscando sus aprovechamientos, pareciéndoles que nunca lo llegaria á entender el rey de Portugal, porque, de saberlo, los castigaria con aspereza. Con estas quejas tomaron mano la Reina, Gobernador y señores de Terrenate, á quejarse de que venian extranjeros á gobernarlos sus reinos y á poner precios y tasa en los frutos de la tierra, en que tenian sus patrimonios, y que de huéspedes habian, sin saber cómo, llegado á ser señores, y atrevídose á poner mano en las personas reales.

A este accidente sucedió otro, y fué que, como hubiese llegado al gobernador de la India copia de las culpas de Don Jorge de Meneses, y de los desafueros que en Terrenate hacia, dió órden por escrito, muy apretada, á Gonzalo Pereira para que le enviase preso á la India. Corrian en buena amistad los dos Capitanes; pero como Pereira no pudiese dejar de obedecer la órden que llevaba, enseñósela á D. Jorge y tomóle pleito homenaje de que iria preso á Goa, diciéndole que no recibiese disgusto de aquella ejecucion, pues no dejaria de servirle

cuanto pudiese; y que por cuanto el Gobernador le mandaba hiciese informaciones de los capítulos que contra él habian enviado, que señalase él el escribano de aquella causa, para que se certificase, como en todo deseaba su bien. D. Jorge le agradeció el buen término que usaba con él, y señaló á Gabriel de Acosta, Factor que habia sido de Terrenate, por escribano de la informacion que contra él se hacia, con que parece que corrian estos dos caballeros en buena amistad: cosa que sentian mucho los amigos de D. Jorge, porque les parecia que todo aquello se ordenaba contra ellos, porque todas sus esperanzas tenian libradas en él, y en que los llevaria á la India, y considerándole preso é impedido les parecia que no lo podria hacer, y que les habia de dejar en aquellas Islas expuestos á que les castigasen algunos insultos y cosas mal hechas que habian cometido. Parecióles acertado meter cizaña entre el Capitan mayor y D. Jorge, medio de que los inquietos echan luégo mano. Decian á D. Jorge en secreto que mirase por sí, y no se fiase de la amistad del Capitan, porque sabian por muy cierto que le habia de enviar á la India con grillos, y que las muestras que daba de amistad era todo para engañarle y entretenerle hasta el tiempo de la embarcacion, que estuviese sobre sí, y que tomase un navío que tenia y pusiese en él su hacienda, y que ellos se la defenderian. A este género de gente se juntó otra, de la que se tenia por agraviada de la ejecucion de la provision que les prohibia el trato del clavo, y estos deseaban que estos dos Capitanes se mordiesen, que los primeros sólo pretendian acompañar á D. Jorge á la India. Hablaron á Gonzalo Pereira, diciéndole mil males de D. Jorge, y que pretendia irse á la India y llevar consigo á todos sus amigos, y los demas que estaban resentidos de haberles prohibido el trato del clavo; y tanto esta gente ruin le supo decir, que metieron en cólera á Gonzalo Pereira y se dejó, llevado de la cólera, decir algunas libertades contra D. Jorge, á quien fueron luégo y le dieron parte de cuanto el Capitan habia dicho. Viéronse estos dos fidalgos, y, á pocos lances, quedaron enemistados de tal manera, que no se fiaba el uno de otro. D. Jorge, mal aconsejado, envió

á pedir al Capitan una certificacion de la posesion que le habia dado de la fortaleza y de todo lo que le entregó en la Factoría, almacenes y ribera, especialmente de las cosas que habia tomado á los castellanos, para que por ella constase á Su Alteza de los servicios que en aquellas Islas le habia hecho. El Capitan no se la quiso dar, ántes le envió á decir que si la queria de que la fortaleza se le habia entregado levantada, y el reino en armas, la Reina y Cachiles ausentes de aquella ciudad por las muchas sin razones que les habia hecho, que él se la daria, y que cuando no la quisiese, avisaria al gobernador de la India de todo, para que le premiase tales servicios. D. Jorge le requirió por la certificacion que le pedia, y negándosela el Capitan, pidió testimonio dello. En este tiempo sucedió que dos portugueses se pasaron á Gilolo á los castellanos, y otros cuatro hombres se huyeron á Banda; destas fugas hicieron autor á D. Jorge sus enenemigos, diciendo que los enviaba delante para los fines que pretendia. Creyólo así Gonzalo Pereira, y de lance en lance vinieron á quebrar estos dos caballeros de suerte, que resultó el ponerle al D. Jorge unos grillos y entregarle á su mayor enemigo, Leonel de Lima, para que le entregase en esta fuerza de Malaca al Capitan della, para que con las informaciones y cartas que contra D. Jorge escribia la reina de Terrenate, le remitiese á la India. Todo se puso en ejecucion, sin que á D. Jorge le valiesen protestos ni alegar la sinrazon que se le hacia en entregarle á su mayor enemigo.

CAPÍTULO III.

Conjúranse algunos portugueses con los terrenates, contrá el capitan Gonzalo Pereira; mátanle y ponen en su lugar los conjurados á un Vicente de Fonseca.

Habiendo el capitan Gonzalo Pereira despachado á D. Jorge á Malaca, trató de acabar aquella fortaleza: despachó á Luis de Andrada á Tidore para que pidiese al Rey la madera y materia-

les necesarios que se requerian para acabarla, y tuvo tan buena suerte, que concluyó con todo lo que llevaba á su cargo con brevedad y se puso luégo mano en la obra. En este tiempo, Gonzalo Pereira quiso apretar en la ejecucion de las provisiones del Rey, que prohibian el trato del clavo, y mandólas de nuevo intimar, con las penas en ellas contenidas; alborotóse el pueblo dejándose decir algunas palabradas, cosa ordinaria en vulgo libre y mal regido, hasta amenazar con que se irian á vivir con los moros ó con los castellanos, que segun los portugueses, si no montaban tanto era punto ménos, y que defendiesen la fortaleza los ejecutores de aquellas órdenes; quien solicitaba este motin era Artur Lopez, Vicario de la fortaleza; Baltasar de Melo y un Juan Ferreira, hombre bajo y revoltoso, y Manuel Pinto, otro que tal; estos dos sabian la lengua de la tierra: sentidos todos de que se les impedian sus ganancias, trataron de matar al Capitan: pasaron á verse con la Reina para gobernar mejor su traicion, dándola cuenta de aquellas provisiones que se habian publicado, levantando el trato del clavo, cosa que perjudicaba mucho á su reino, pues ni Su Alteza, ni sus Cachiles tendrian aprovechamientos, supuesto que el clavo que tuviesen habia de correr por el precio que quisiese el Capipitan y Ministros del Rey, lo cual hacian por sus particulares intereses y recoger para sí todo el clavo, más que por el servicio del rey de Portugal. No la pesó á la Reina de la discordia que veia en aquella nacion, porque la pareció medio muy á propósito para cobrar al Rey, su hijo, que preso estaba en la fortaleza, y despues, para acabar los portugueses y borrar su nombre de aquellas Islas: tanto le aborrecian. Juntó la Reina á Cachilato, Gobernador del reino, y á los demas señores; propúsoles su intento, y tratóse el modo que habian de tener en ejecutar aquella resolucion y cuándo. El Gobernador de Tidore, que corria en buena amistad con los portugueses, dió aviso por interpositas personas á Gonzalo Pereira de lo que se trazaba, pero él lo echó á chacota; tuvo despues segundo aviso por algunos portugueses, que por medio de algunas terrenatas tuvieron noticia del caso, pero de todo el desgraciado Capitan se

reia. Llegó el tiempo determinado por los traidores, y escogiéronse doce valientes terrenates para que, disimulados como que iban á ver á su Rey, ejecutasen la traicion, y muerto el Capitan, hiciesen señal á un escuadron, que escondido y disimulado estaria junto á la fortaleza: habia de ser á medio dia cuando los portugueses reposasen, para que entrando de repente diesen en los alojamientos de los soldados y los degollasen todos. Víspera era de la Páscua de Pentecostés cuando entraron los doce con la disimulacion que solian á ver á su Rey: sacaron lo primero de la prision á un Vicente de Fonseca, donde el Capitan le tenia sobre ciertas palabras y atrevimientos, el cual estaba en lo que se habia de hacer, mejor de lo que fuera razon. En este tiempo sintió un portugués la emboscada que fuera de la fortaleza estaba, y retirándose á la fortaleza para dar aviso, fué acometido de los terrenates; dió voces pidiendo favor, y en fin pudo tomar la puerta: á las voces, el Capitan que habia acabado de comer se asomó á una ventana y llamó á sus soldados, y pareciéndole que era necesaria su persona abajo, tomó una espada y una rodela, y al salir fué acometido de Vicente de Fonseca y de los doce: defendíase el Capitan, pero no pudo tanto que no cayese muerto á puñaladas. Sintiólo una negra y comenzó á dar voces que mataban á su señor; subieron los soldados, pero no tan presto que Vicente de Fonseca no se hubiese retirado donde el Rey estaba: encontraron con los traidores, que se defendian y ofendian valientemente; pero como cargaron tantos portugueses, llenos de heridas cayeron los doce terrenates, y desesperados peleando, murieron: acudió luégo Vicente de Fonseca con sus armas, y abominando el caso, no era el que ménos acuchillaba los cuerpos muertos para disimular su traicion, y es de notar que los de la consulta de la traicion subieron entre los demas y ayudaron á matar los doce terrenates. Luis de Andrada pasó al aposento del Rey y hallóle con el Regidor ó Gobernador del reino y con sus hermanos; pero como los viese sin armas, contentóse con cerrar la puerta y dejarlos presos: de allí pasó al aposento del Capitan, y hallóle muerto, y la esclava que le lloraba le dijo, que cuando espiraba le habia

dicho que dijese á Luis de Andrada que tomase á su cargo aquella fortaleza; él tomó luégo las llaves, y bajando á poner remedio en lo demas, encontró á Blas Pereira que entraba por la puerta de la fortaleza: le dijo que fuese con él y los demas al pueblo, á que habian algunos moros puesto fuego á remediarlo, pues la fortaleza estaba segura. «Id vos, respondió Pereira, que yo soy Capitan de esta fortaleza, y quiero mirar por ella.» Luis de Andrada le respondió: «segun éso, vos sois la principal parte en esta traicion», y echándole mano, le metió en un calabozo y cargó de prisiones. La Reina, cuando oyó el primer ruido en la fortaleza, como aguardaba la señal á la cual habia de entrar el escuadron, detúvose hasta que, pareciéndola que era demasiado el ruido, y debian de haber sido sentidos, le mandó retirar para mayor disimulacion suya, como si pudiera encubrir lo que ya habian visto. Con todo, se ausentó de Terrenate, y tras ella se fué su gente. Luis de Andrada salió á apagar el fuego, y como halló el pueblo despejado de gente, volvió á su fortaleza. Juntáronse los amotinados aquella noche con el Padre Vicario, que era el faraute principal de la cosa, y decretóse en el conciliábulo que no fuese Luis de Andrada capitan, porque llevaria adelante la ejecucion de la Real provision y haria extraordinarias diligencias sobre la muerte del Capitan, ni lo fuese Blas Pereira que estaba preso, porque era pariente del difunto; pero que lo fuese Vicente de Fonseca, por haber sido cómplice de aquella traicion, y que forzosamente habia de disimularla, y suplicaria de la Real provision, con que podrian volver á tratar en el clavo y tratar de sus mercaderías.

El dia siguiente, que era de Páscua, se juntaron todos los soldados, siendo suelto Blas Pereira para tratar de elegir Capitan ó dar la abediencia al que lo fuese. Juntáronse Luis de Andrada, Factor y Alcaide mayor de aquella fortaleza, el Oidor Pero de Moreira, García de Acosta y Vicente Caraballo, Escribanos de la Factoría y los demas soldados con el buen Vicario. Vicente de Fonseca, como estaba preso ántes, quedóse en la misma forma, detenido voluntariamente, como quien sabia lo que habia de suceder. El Gobierno estaba entre los dos. Luis

de Andrada por Factor y Alcaide, y Blas Pereira por Capitan mayor del mar: tomóse resolucion de que estos dos personajes jurasen de que cualquiera de ellos obedeceria al que todos nombrasen y diesen sus votos, para excusar despues pesadumbres. Vinieron en ello y juráronlo, escribióse el juramento y compromiso; pero el Escribano que estaba contaminado, añadió que cualquiera de ellos obedeciese al otro que fuese elegido de los dos ó á otro cualquiera, en quien conviniesen más votos. Firmólo Blas Pereira, y Luis de Andrada quiso leerlo primero, y reparó en lo que estaba añadido, y quejándose Blas Pereira del Tabelion se testó, y el Factor firmó. Pero como casi todos estaban de acuerdo de dar su voto á Vicente de Fonseca, convinieron en él; quejáronse los del compromiso, especialmente Luis de Andrada de que le quitaban su justicia. Volvia por su causa el Oidor, pero el Vicario les dijo que no se cansasen, que Vicente de Fonseca habia de ser Capitan, por que era muy honrado caballero; fueron por él; y él, como era caviloso, dijo que no podia serlo donde estaba el Alcaide y Factor, Luis Andrada, que era aquel oficio suyo de derecho: aclamóle la Junta de nuevo, y él resistió algun tanto, aunque con moderacion por que no le aceptasen el embite y se le despintase el juego, lo que bastó para sacar certificaciones para su descargo; pero como volviesen á aclamarle, aceptó el oficio con gran gusto de todos; replicaron las partes agraviadas; pero no tuvo remedio, y concluyóse el acto con grandes aclamaciones y grita, diciendo: «¡Viva Vicente de Fonseca, Capitan de esta fortaleza!» Tocaron chirimías y atambores, con estruendo y trápala, como pueblo desordenado y loco. El nuevo Capitan mandó al Oidor que pidiese las llaves de la fortaleza á Luis de Andrada; pero respondióle que quien las tenia era el Capitan y no él, que no se las habia de pedir, ni queria tener la vara de Oidor con Capitan intruso y bastardo; tomóla Vicente de Fonseca, y mandó á uno de los escribanos que hiciese aquella diligencia; pero como se excusase, el Vicario fué por las llaves. Luis de Andrada no sólo no se las quiso dar, ántes las mandó á un negro hacer pedazos con una hacha; y sabiéndolo el Capitan, lo echó á Palacio di-

ciendo que no era malo quebrase la cólera con las llaves el Factor: mandó hacer luégo otras, y celebróse la eleccion por los parciales con grandes músicas y banquetes. Mandó Vicente de Fonseca al oidor Moreira que hiciese averiguacion sobre la muerte del Capitan; pero él se excusó diciendo que ya no era Oidor: él entonces dió la vara é hizo Oidor á un judío, llamado Duarte Lopez, y la averiguacion se hizo como entre cómplices; y pareciendo estar sin culpa el regidor Cachilato, siendo el más culpado y que entró con los doce terrenates, le soltó luégo y quedó todo quieto y pacífico, y Gonzalo Pereira muerto y sin quien solicitase su justicia, como dirémos adelante.

CAPÍTULO IV.

Pide la Reina á Vicente de Fonseca, su hijo; niégasele, y élla prende unos portugueses, y tomándoles las haciendas, abrasa un navío y levanta los bastimentos.

Viendo la reina de Terrenate que se habia conseguido el intento de la traicion de haber muerto á Gonzalo Pereira y puesto en su lugar á Vicente de Fonseca, aunque ella quisiera que hubiera sucedido como ella trazaba, que era acabar de una vez los portugueses; pero ya se contentaba con las esperanzas que la habian dado de que la darian al Rey, su hijo, y á los demás Infantes que con él estaban. Envió á dar la enhorabuena del Gobierno al Capitan, y á pedirle la palabra que le habia dado de que la daria al Rey, su hijo, con sus hermanos. En la revuelta habia sucedido que en Maquien habian prendido los indios algunos portugueses y tomado el clavo que allí estaba recogido, en que habia setenta bares de un amigo del Capitan, llamado Alfonso Perez, y entre los presos era un hijo suyo; éste le aconsejó que como la Reina diese los presos y restituyese el clavo la darian á su hijo; enviósela este recado, y la Reina dió libertad á un portugués, y envió á decir al Capitan que para cumplir lo prometido, no habia necesidad de tantos con-

ciertos, que como la diese á su hijo, quedaba á su cuenta el satisfacerle aún con más de lo que pedia; Vicente de Fonseca no la envió respuesta, de que la Reina quedó sentidísima y deseosa de hacer algun lance en los portugueses: solicitó de nuevo los Reyes y Sátrapas vecinos, y excitóles los ánimos, que en viendo alguna ocasion contra portugueses, la ejecutasen sin piedad. Mandó que se levantasen los mantenimientos en todo el reino y que hiciesen lo mismo los demas Reyes y señores en sus tierras, para que apretados de la necesidad los portugueses saliesen de la fortaleza á buscar de comer y los tomasen á manos, y despues diesen sobre la fortaleza desguarnecida de gente, pues les seria fácil el tomarla; y cuando no pudiesen con tanto, por lo ménos, constreñidos de la necesidad, tratarian de restituirla sus hijos en trueque de bastimentos. Hízose así; despobló la Reina la ciudad de Terrenate, y aseguró su persona; comenzó en la fortaleza á sentirse la falta de comida, pero libraban sus esperanzas en un navío que aguardaban, que de la Iava habia de ir cargado de arroz. Sucedió que el dueño dél, que era un Francisco de Saa, tuvo nuevas, yendo en demanda de Terrenate, del motin y lo demas que habia pasado en la fortaleza, y pareciéndole que si allá iba, Vicente de Fonseca le habia de tomar el navío y la hacienda, determinó pasar á Tidore y venderla en aquella ciudad y volverse á la Iava; gobernó al puerto de Tidore, donde dió fondo. El Rey, siendo de nuevo avisado de la Reina de lo que habia de hacer con aquel navío, prendió con buena maña y sobre seguro los portugueses todos, y sacando todas las haciendas que el navío traia y los bastimentos, puso fuego al casco, que se abrasó sin remedio, con que quedó la Reina ufana y envió luégo un recado al Capitan, dándole cuenta de lo que con aquel navío se habia hecho, y que otro tanto harian dél y de la fortaleza, si no la daban su hijo. Vicente de Fonseca quedó admirado del brío de la Reina; y si muchas amenazas le envió la Reina, él la envió muchas más, y tomando delante de los Embajadores al Rey y á sus hermanos, y algunos hijos de Cachiles y señores que con el Rey estaban, hasta las mujeres que le acompañaban y servian, los metió

en el calabozo y sótano de la fortaleza, donde los dejó cargados de hierros, y díjoles: «Decid á la Reina, que yo estoy pagado muy bien, porque el navío, bastimentos y ropas que traia, todo lo tengo en hierros en esta fortaleza.» Con estas nuevas quedó la Reina fuera de sí; temia no le matasen á su hijo: juntó sus Sátrapas y Cachiles para tomar el mejor expediente que pudiesen en negocio tan árduo, como era libertar al Rey; miéntras gastaba la Reina tiempo en esto, llegó á Terrenate un navío en que iba por Capitan un fulano de Paiva. Vicente de Fonseca, recelando nueva guerra, y lo que más temia, alguna liga con los castellanos; temíalos porque los consideraba de muchas maneras ofendidos, y que habian de desear satisfacerse; por esto, trató de prevenirse y enviar á pedir socorro á Malaca: tomó el navío que habia llegado y despachóle á este efecto por la vía de Borneo; enviaba á pedir gente, municiones y bastimentos de que estaba muy falta la fortaleza, y dió el título de Capitan del navío á un pariente suyo, llamado Alvaro de las Nieves. Luis de Andrada, trató de embarcarse para ir á la India á tratar de su justicia, de que no disgustó Vicente de Fonseca, ántes por contentarle rogó á Alvaro de las Nieves que dejase de ser Capitan para que Luis de Andrada fuese en aquel puesto; todo se concluyó, y navegando este navío estuvo á riesgo Luis de Andrada de que le matasen, por haberse empeñado en palabras sobre su negocio; en fin, llegó á Malaca, é informando al capitan García de Saa, que entónces gobernaba aquella fortaleza, de los agravios que Vicente de Fonseca le habia hecho, quitándole el oficio que era suyo, se enfadó tanto, que no le quiso enviar socorro; bueno andaba el servicio del Rey, pues por vengar pasiones particulares arriesgaban la fortaleza y el bien comun: en vez de despachar García de Saa el socorro, despachó el navío á la India, porque Luis de Andrada tuviese en qué pasar á Goa; llegó á aquella ciudad, é informó al Gobernador de la India; pero no se hizo diligencia ninguna sobre el caso, por entónces, ni aún despues se castigó nada, y todos salieron libres y sin costas: cosas tan graves han de ser inquiridas con diligencia más que ordinaria y castigadas con rigor; conspirar contra

la justicia y quitar la vida al ministro es gran desacato. Reparan algunos en que fué demasiado rigor el castigo que mandó Dios hacer en un hombre que cogia leña en sábado, quebrantando la fiesta venerable, instituida por Dios, y murió apedreado, á que satisfacen San Teodoreto y Salviano, diciendo, que los primeros quebrantadores de leyes merecen ménos piedad que otros; porque pecan sin ejemplo y no tienen en ninguna manera excusa, y el que dan á la república es muy perjudicial, porque comenzando el menosprecio, dan mano á los demas á que hagan otro tanto, abren la puerta á la desvergüenza y atrevimiento. Los galaaditas decian, que el primero que tomase las armas contra los hijos de Amon, elegian por Príncipe. ¿Es posible que elijan quien les ha de gobernar de este modo? Sí, porque el que tomare primero las armas quita el miedo á los demas y abre el camino á la ofensa, y el primero que las tomáre contra la justicia y contra su superior, armará los pueblos y tentará imposibles: así me parece que aconteció en esta ocasion á los portugueses, que hicieron su Príncipe al más culpado y al que quitó la vida á Gonzalo Pereira, y que fuera mejor ponerle en el pilorino, que ellos llaman, ó en la horca, que no en el trono y asiento de Gobernador y Justicia; y ya que sucedió este exceso, si se castigára, quedára la justicia temida; pero como no hubo castigo, háse introducido el despreciarla de manera, que hoy se cometen en esta India gravísimos delitos, de que soy buen testigo, y la justicia ni áun diligencias hace, porque temen que los agresores los maten, como se vé cada dia: matarán un hombre en una rua entre diez ó doce, á la puerta de un Juez, y estando en casa, áun á la ventana no se asoma porque teme alguna bala desmandada; finalmente, lo que se solia ver en los montes de Cataluña, vemos por las calles de Maláca, Cochin y Goa, los hombres vestidos con pistoletes, pasearse como si fuera solo con la espada en la cinta; todos estos desmanes son castigos de Dios, por no haber castigado á los principios tan grandes delitos como se cometian. Pero volvamos á Terrenate, que la Reina mora hace diligencias por librar á su hijo de la prision.

CAPÍTULO V.

La Reina pide favor á los castellanos contra los portugueses, niégasele Hernando de la Torre, y socorre la fortaleza con bastimento; y concierta al Capitan con la Reina.

Grandes juntas y consejos hizo la Reina madre de los Reyes y señores de aquellos reinos sobre la libertad de su hijo; ya se arrojaba á publicar guerra á fuego y sangre contra los portugueses, como Reina y señora que era de aquellos estados; ya se retiraba de este pensamiento, temerosa, como madre, de que no fuese abrir la guerra, desenvainar la espada contra sus hijos. Unos la esforzaban en lo primero, porque deseaban la guerra y valer más á las vueltas, que estos son los agostos y cosechas de los soldados; otros, que miraban el negocio con más sosiego, aconsejaban lo contrario. Unos decian que los portugueses no habian de poner mano en el Rey é Infantes aunque les diesen guerra, por tener aquellas prendas de su seguridad en el último conflicto; pero los viejos decian que cobrasen al Rey por bien y con simulacion y concierto, y que despues les quedaba el brazo sano teniendo consigo á su Rey, para abrasar la fortaleza y no tomar ningun portugués á vida, en venganza de los agravios que de ellos habian recibido. De estos pareceres esforzóse el primero, porque era de los más, y la Reina amiga de venganza, pospuesto el temor y el peligro de sus hijos, le admitió; y pareciéndoles á los Reyes y Cachiles de aquel Maluco, que en aquellas Córtes se hallaron, que los castellanos estaban ofendidos de los portugueses, como de las guerras que habian tenido les constaba, resolvieron que les pidiesen su favor y ayuda contra ellos, y que tomada la fortaleza, se les entregaria con la artillería y municiones y cuanto en ella hubiese, y se les ofreciese cuanto en Tidore solian tener. Pasaron á Gilolo, donde el general Hernando de la Torre estaba, Cachilato, Gobernador del reino con toda la nobleza de Ter-

renate, el rey de Tidore con sus Cachiles y Sangajes, y propusiéronle el acuerdo que habian tomado en las Córtes que la reina de Terrenate habia juntado, y de parte del reino le ofrecieron, con solemnes juramentos de fé inviolable entre aquellos moros, dando los rehenes que el castellano quisiese, la fortaleza de Terrenate, y un trato llano y sencillo para lo de adelante, cual ellos lo habian hallado en la nacion castellana, y en Tidore y Gilolo habian experimentado los reyes. Pidió tiempo el General para tratar aquel negocio con sus soldados; juntólos, y pidiéndoles su parecer, el del capitan Urdaneta fué, que no obstante que los portugueses por destruirlos se habian confederado con los indios terrenates diversas veces, valiéndose de moros mahometanos contra cristianos, y les habian hecho otras sinrazones muchas, y las que más frescas estaban eran las del calafate, que por hacerles bien les habian prestado, y contra la observancia del juramento se habian quedado con él, no debian dar el favor y ayuda que los terrenates pedian, que habian sido sus enemigos y eran de tal condicion, que acabados los portugueses, revolverian sobre ellos, demás de que ya eran tan pocos, que sólo habian quedado cuarenta, y pues en siete años que habia que salieron de España no les habia el Emperador socorrido, no tenian que esperar más sino tratar de conservarse en amistad como pudiesen con los unos y los otros; con los terrenates componiéndolos y terciando para que á la Reina se le diesen sus hijos; y con los portugueses, obligándoles con no tomar las armas contra ellos, ántes, siendo necesario, darles favor y ayuda contra estos moros, para que no los acaben, pues de lo contrario, se seguirá la destruccion del nombre castellano. Todos aprobaron el parecer del prudente capitan Urdaneta, y á la Reina enviaron á decir que de buena gana tomáran las armas en su favor, si el juramento que portugueses y castellanos habian hecho de suspender las armas les diera lugar, á que no podian contravenir miéntras no rompiesen la guerra los portugueses; pero que lo que harian por servir á Su Alteza, era tratar con Vicente de Fonseca de que la diesen al Rey é Infantes, apretando de tal manera el negocio, que

tuviese efecto; con esta respuesta caminó el capitan Urdaneta á Terrenate. Los portugueses padecian mucha necesidad en su fortaleza, porque como se habian levantado los bastimentos y en ella habia pocos, aún en tiempo de Gonzalo Pereira, no tenian ya qué comer, aunque pretendian disimularlo con los indios de Terrenate, porque de saberlo, con facilidad habian de rendir la fortaleza. Deseaban ya que hubiese personas que tratasen de componerlos hasta resolverse de restituir la casa Real que tenian; determinaron fiarse de los castellanos y representarles la miseria en que estaban para que les enviasen bastimentos de Gilolo, y asegurarse de ellos, porque temian no se confederasen con los terrenates, enviando á dar cuenta de cómo era el Vicente de Fonseca Capitan de aquella fortaleza, y deseaba proseguir las paces juradas con sus antecesores y satisfacer la vuelta del calafate, y lo demas de que tuviesen queja. Para esto enviaron una galera, y en ella Blas Pereira, Capitan mayor del mar, el cual llegó á Gilolo á veinte de Junio de este año; y viéndose con el general Hernando de la Torre, le propuso á lo que iba; el castellano le satisfizo, y dió á entender como le pesaba del estado en que estaba la fortaleza, y que le daba la palabra de ayudarla y favorecerla, siempre que fuese necesario, con su gente y persona; luégo trató de que se le diesen bastimentos con los Gilolos, y llenó la galera de ellos, y Blas Pereira se despachó harto contento, alabando la magnificencia y liberalidad del General y demas castellanos, de quien fué regalado el tiempo que allí se detuvo. Ni fué de ménos importancia este despacho en la fortaleza, porque le recibieron como si fuera un gran socorro de la India; festejaron mucho el bastimento, y mucho más viéndose seguros del enemigo que temian, porque lo que más recelaban era no se uniesen castellanos y terrenates y les quitasen la fortaleza. La reina de Terrenate recibió muy bien al capitan Andrés de Urdaneta y le hizo muchas fiestas, aunque sintió á par de muerte que no hubiesen los castellanos querido admitir su partido, ni fiarse de ella; pero con las razones de estado que Urdaneta la dijo, dándola á entender no estar bien á Terrenate hacer

guerra á los portugueses, pues de ella no sacaban sino disminuirse y acabarse, y comprometerla; que harian que le restituyesen sus hijos, templó el sentimiento, y acomodándose al tiempo, envió á decir al General que fiaba de su promesa, y que por su mano la habia de venir el bien y prosperidad que deseaba, á que estaria aquel reino agradecido en todo tiempo, y que le suplicaba efectuase con brevedad la libertad del Rey, cuya vida temia por estar cargado de grillos y cadenas, como si fuera algun hombre vil y delincuente, metido en un calabozo, y que cortase por donde quisiese y concediese todo lo que pidiesen los portugueses, como la diesen sus hijos y gente. Con este despacho volvió á Gilolo el Capitan, y á efectuar el negocio, de allí á Terrenate; vióse con Vicente de Fonseca; fué bien recibido dél y de todos los portugueses agradecidos, por lo que con el Capitan mayor Blas Pereira habian hecho, y socorro que á la fortaleza habian enviado, de que le dieron las gracias, porque ya sabian lo que la Reina habia intentado, y haber sido él el que dió el primer parecer que despues siguieron todos de ser ántes en favor de la fortaleza que en contra. Luégo trató del negocio á que iba, y dióse y tomóse sobre él, y no hubo mucha dificultad, porque deseaba Vicente de Fonseca componerse, y sus soldados lo deseaban más por no tener qué comer, demás que de no dar al Rey y ponerle en libertad armaban contra sí todas aquellas naciones. De parte de la Reina ofreció Urdaneta los presos y satisfaccion del navío quemado, y buena amistad y trato en lo de adelante; con esto sacaron al Rey del calabozo, y los Infantes y demas gente suya, y pidiéndole perdon los portugueses de lo que se habia hecho con él, por haber cautivado su madre y puesto en hierros á algunos soldados suyos y muerto á otros: el Rey, disimulando hasta verse libre, les dijo que ellos no tenian la culpa sino su madre, que con sus desórdenes le habia puesto en aquel estado, y de aquí fué diciendo otras cosas y prometiendo lo que se puede imaginar de un Rey cautivo, que con palabras humildes compraba su libertad: concluyó las amistades Urdaneta y empeñó su palabra de que se cumpliria todo lo que por parte de la Reina habia prometido.

Con esto tomó al Rey y á sus hermanos y los demas que con él estaban, y pasó donde la Reina estaba. Las fiestas y honras que hicieron al capitan Urdaneta, cuando vieron que les llevaban á su Rey y la demas progenie Real, fueron grandes; las fiestas Reales duraron muchos dias y quisieron los reyes de Terrenate, Tidore y Gilolo, que las honrasen los castellanos: pasó á Terrenate el General, á quien hicieron las honras y cortesías debidas, que merecia quien habia dado al rey de Terrenate libertad, y hallándose los Reyes y señores de aquel Maluco obligados á los castellanos, solicitándolo el capitan Urdaneta, á quien el Rey llamaba padre, juraron solemnemente, á su usanza, sobre el Alcoran, añadiendo para mayor firmeza execraciones y maldiciones, de que favorecerian desde aquel dia para siempre jamás cualesquiera castellanos y ampararian, como si fueran propias, cualesquiera armadas que á aquellos reinos llegasen del rey de Castilla, y les harian todo buen pasaje y darian todo el avío necesario y buen despacho que pidiesen. Corrieron los bandos del rey de Terrenate por todo su reino, en que mandaba corriese el trato como ántes y se trujese mantenimiento.

CAPÍTULO VI.

Pasa el capitan Andrés de Urdaneta al reino de Gápi, y Pedro de Monte Mayor á Goa.

El general Hernado de la Torre tuvo noticia, estando en Gilolo, donde se volvió á recoger acabadas las fiestas de Terrenate, que de la otra banda de la Batochina estaban muchas islas muy pobladas de gente, y que el reino de Gápi caía allí, que era muy rico de hierro y se hacian en él todas las armas que corrian en aquel Archipiélago, y con eso abundante de arroz y demas mantenimientos que corrian por el Maluco. Viendo que allí no hacian nada, y que no lo pasaban tan bien como cuando habia guerra, que éste es el Agosto de los soldados, determinó de enviar á comprar algun hierro y á explorar la tier-

ra, y para esto ordenó una embajada y un presente de ropas de Castilla para el rey de Gápi, y señaló al capitan Urdaneta para que, como persona experimentada en descubrimientos y conquistas, la llevase. Aderezáronse tres galeras para el efecto, que las dió el rey de Gilolo de buena gana. Ya tratamos arriba de una embajada, que el rey de Gápi habia enviado al General castellano. Con aquesta ocasion escribió ahora Hernando de la Torre al Rey, ofreciéndole de nuevo amistad y lo demas que llevaba á su cargo el capitan Urdaneta, que con buen tiempo salió del puerto, y doblando la Batochina, llegó á la Isla principal, donde el rey de Gápi tenia su corte; desembarcó y detúvose en el puerto hasta hacer saber al Rey de su llegada. En esta sazon se hacian las obsequias de la Reina, que habia pocos dias que habia muerto, y habian de durar muchos dias, y segun ley de aquel reino, no podia el Rey durante el tiempo de los funerales y cuatro meses más dar audiencia á ninguno de su reino, y mucho ménos á gente forastera; y así envió á decir al capitan Urdaneta que fuese bien venido, que él estaba entredicho é impedido por la muerte de la Reina, su mujer, para hablarle, ni por su persona recibir embajada; que allí le enviaba el mayor Sangaje que tenia, para que tratase con él á lo qué iba, que órden llevaba para regalarle y hospedarle como era razon, y autoridad para acudir á todo lo que él hiciera, si estuviera desimpedido. Mal recibió este recado el capitan Urdaneta, y envió á decirle que una embajada de un General del mayor Rey y Monarca de la tierra no se habia de tratar con ningun caballero particular, súbdito suyo, aunque fuese el mayor señor de aquel reino, sino con su Real persona; y diciendo y haciendo, marchó con veinte mosqueteros y algunos gilolos la vuelta de la ciudad, y entrando en ella se fué derecho al Palacio donde el Rey vivia. Allí recibió segundo recado del Rey enviándole á decir que le perdonase porque aquella ley era indispensable, y sus antepasados la habian observado inviolablemente. Replicóle el Capitan que aquellas leyes se entendian con Embajadores de reyezuelos como los que habia en aquellas islas, pues los mayores de aquel Archipiélago áun para lacayo de su Rey, que

era el mayor y más poderoso del mundo, no valian; que mirase Su Alteza lo que hacia, porque no se habia de ir de allí sin hablarle y darle la embajada; apretado se vió y confuso el bárbaro Rey, y juntando su Consejo, viendo que de grado ó por fuerza le habia de hablar el resoluto Embajador, dispensaron los Sátrapas en la ley, exceptuando de ella los embajadores de el rey de Castilla. Con esto, dieron entrada al Capitan, y dióle la carta y presente, que eran algunos paños, sedas, holanda y algunos manteles alemaniscos. Recibió el Rey la embajada y presente, mostrando mucho gusto; excusóse de lo que habia pasado forzado de la ley, pidiendo perdon con mucha cortesía, y mandando aderezar aposento al Capitan y darle todo lo necesario para él y toda su gente con toda liberalidad. Este Rey es muy rico por las grandes minas de hierro que tiene en su reino, donde acuden de todo el Archipiélago é islas que llaman de los Zelebes, llevan oro y vuelven hierro, y así el Rey como sus vasallos tienen mucho oro; con esto son los mejores oficiales de armas que por aquellas islas se conocen. La isla de Gápi no cae léjos de la línea al Sur, boja diez leguas; es montuosa, fértil y abundante de arroz, legumbres y frutas; los montes tienen mucha caza, jabalíes y venados, y otros animales; hay aves, ánades, patos, garzas y otras de aquellas meridionales regiones. Espántome cómo despues que tomó el Maluco D. Pedro de Acuña, gobernador de Manila, no han ido los españoles á buscar esta Isla, aunque las guerras han sido tantas que no han dado lugar á ello, especialmente como tiene á Macasar tan cerca y al Rey tan amigo, y la tierra tan abundante, donde acuden por bastimentos, no han curado del reino de Gápi, aunque á mi parecer no han tenido noticia de esta Isla, ni de la relacion de Andrés de Urdaneta que la exploró bien. De Gilolo está esta isla al Oesnoroeste echada; la costa que tomó el capitan Urdaneta se llama Bangay, y así esta Isla la llaman unos Bangay, otros Gápi, por la ciudad donde el Rey habita. Al Norte de esta Isla está otra muy grande de altas serranías, distante sola una legua; y de aquí treinta leguas al Oeste, hay otra mayor y muy poblada, llámase Tabuco, donde hay grandes minas de hierro,

cosa bien nueva en todo este gran Archipiélago, porque en cuanto he andado, rodeando el mundo dos veces, he notado que en las islas que están dentro de los Trópicos no hay hierro; oro y plata sí; pero como destinaba la naturaleza al Maluco, donde puso el tesoro del clavo, por gran plaza de armas y teatro de perpétuas tragedias, no anduvo escasa en poner hierro en estas islas de Gápi vecinas á él; llamára yo á estas islas las Vulcananarias, porque de ellas se llevan alfanjes tan buenos como los turquescos, y aún mejores, á todo el Maluco, Mindanao, Joló, Macasar, y crises finísimos, lanzas fuertes y las demas armas ofensivas que usan.

Notó el capitan Urdaneta las honras y funerales que se hacian por la Reina, que se resolvian en juntarse en várias partes á llorarla, y esto es con ciertas cantilerías lúgubres, de que hay algunas mujeres plangicantoras ó cantilloronas, que cantan un verso y responden los demas, comiendo actualmente y bebiendo hasta que de puro borrachos se caen y duermen lo que han bebido, y ántes de entrar en estos bríndis y lágrimas de vino, matan diez ó doce hombres y mujeres dándoles garrote, y luégo colgándolos por espacio de una hora, y luégo los echaban á la mar para que, embarcados, vayan en busca de la difunta á la otra vida y la sirvan; y á esta brutalidad se ofrecen hombres y mujeres, llevados de la vanidad de ser tenidos por gente de valor y que desprecian la vida, y por dejar honrados sus parientes y linaje, y celebrados despues por héroes famosos y santos á su modo, en cuya proteccion se encomiendan, y el Rey los pone en el catálogo de varones y mujeres ilustres: tan ciegos tiene el demonio á estos gentiles, y tantas almas lleva al infierno cada dia sin remedio. Visten luto y quítanse los cabellos á navaja hombres y mujeres; abstiénense todo el tiempo de los funerales, que durarán dos meses, de carne y pescado: sólo comen arroz, frutas y algun marisco: el vino es sin tasa, ántes tienen por más hombre á quien más bebe. Dios nos dé sosiego en el Maluco para que puedan pasar sacerdotes á predicar á estos bárbaros el Evangelio, y sacarlos de las tinieblas en que viven. El capitan Andrés de Urdaneta, ha-

biendo concluido su embajada, se volvió á Gilolo cargado de bastimentos y rescatado cantidad de hierro.

En este tiempo se habia esforzado la voz que corria dias habia de que el Emperador habia empeñado las islas Malucas al rey de Portugal, y que mandaba á los castellanos de la armada de Garcijofre de Loaisa, ú otra cualquiera que estuviese en aquellas islas, las dejasen y se volviesen á Castilla por vía de la India, donde se les daria socorro de navíos y dineros para hacer el viaje, porque así lo habia enviado á mandar el rey de Portugal. Informado bien desto el general Hernando de la Torre, aunque receloso no fuese cautela é invencion de los portugueses, trató con Vicente de Fonseca de que le diese embarcacion para enviar á Goa á tratar lo que habia en razon deste negocio con el gobernador de la India; dióla él de buena gana, porque no deseaban otra cosa los portugueses sino ver ya los castellanos fuera de las islas. El General escribió al gobernador de la India, que entónces era Nuño de Acuña, como habia llegado á aquellas islas, que eran de la Católica Cesárea Majestad del emperador D. Cárlos, en una armada que á puras guerras de los portugueses, y del tiempo, se habia menoscabado, y contóle lo demas que sin razon habian allí pasado por haberse metido los portugueses en la jurisdiccion del Rey, su señor, y que habia dias que habian suspendido las armas y hecho pactos de paz hasta dar cuenta á sus Reyes, y que en este tiempo decian los portugueses que las islas eran del rey de Portugal por habérselas empeñado el Emperador, y que deseaba saber si era así, y que les mandaba retirar, porque lo harian; de lo cual forzosamente, siendo así, su señoría habia de tener despachos, que se sirviese de enviárselos y órden del Emperador, habiéndola, en que les mandase retirar, para obedecerla; y que de no enviarla, entenderia no ser así lo que los portugueses le habian dicho, y se estaria quedo; y que de haber órden del Emperador le enviase un navío bien concertado y dos mil ducados de Castilla para poder aviarse con sus soldados, y órden para que ninguna justicia de la India en ninguna parte, ni Capitan de fortaleza, pudiese conocer de los delitos ni de causa nin-

guna de castellanos, sino sólo él que era su General; y así, ni más ni ménos, le enviase órden que en todas las fortalezas donde llegase le proveyesen de todo lo necesario, y que con eso le dejarian las islas y se volverian á Castilla. Pedro de Monte Mayor se despachó en Terrenate y salió para la India á mediados de Enero del año de mil quinientos treinta y dos.

CAPÍTULO VII.

Prende Vicente de Fonseca al Capitan mayor Blas Pereira y envíale en hierros á la India. Patecaranje, Gobernador, trata de matar á su Rey, Cachil Dayalo.

Despachado Pedro de Monte Mayor, que pasó á Ambueno, donde con ocho castellanos que llevaba y algunos portugueses quemó algunos pueblos por traiciones que los indios á cada paso en los puertos y sobre tomar aguas les armaban, los castellanos quedaron en Gilolo con más contento, pareciéndoles que ya se les acababan los trabajos, con las esperanzas de que volveria presto Pedro de Monte Mayor: los que pasaban eran grandes, porque como faltaban las guerras, y los gilolos no los habian ya menester, no hacian caso dellos; entreteníanse en montería de jabalíes, no tanto por deleite cuanto por necesidad y por poderse sustentar: andaban los pobres descalzos por aquellos montes, y desnudos, que era cosa lastimosa, porque la ropa se les habia gastado, y con todo eso continuaban el ejercicio de la caza, que siempre fué imágen de la guerra. Miéntras estos valerosos soldados y leales castellanos, que por no desamparar la bandera de su Rey pasaban estas necesidades, los portugueses andaban en bandos, estrella que los seguia, ascendente suyo ó de la fortaleza. Entre Vicente de Fonseca y Blas Pereira, Capitan pretenso, en competencia de Luis de Andrada, á cuyo cargo estaban las jornadas y guerras de mar, llegó á haber diferencias del aire que en ánimos opuestos, leves causas son principio de grandes pesadumbres. La que hubo para quebrar estas dos ca-

bezas, fué enviar por Capitan de un navío de clavo que pasaba á Malaca á un amigo suyo Vicente de Fonseca, quedando fuera Blas Pereira, que habia pedido el cargo; y como vió que no se hacia caso de él, y se echaba mano de uno de los amotinados y cómplices en la muerte del capitan Pereira, requirió al Oidor (es como Corregidor entre nosotros), al Factor y demas oficiales del Rey que prendiesen á Vicente de Fonseca, por traidor á su Capitan, pues dió órden de que le matasen, induciendo á los moros para ello, y despues ayudando por sus manos; por lo cual no podia gobernar aquella fortaleza, estando impedido para aquel cargo en todo rigor de derecho. Echáronlo á donaire el Oidor y Factor, que tambien se sentian cómplices en el delito. Pusiéronse por las puertas algunos libelos de esta materia, señalando la persona de Vicente de Fonseca, á que respondió, cuando lo supo, que él enviaria los autores de aquellas cédulas en hierros á la India; aderezábase un bergantin para despacharle á Goa, y entendiendo los enemigos y émulos de Vicente de Fonseca que era para enviar los presos, pusiéronle fuego una noche, á que acudió luégo gente y se apagó: ofrecióse enviar á prender con el Oidor á una galeota donde Blas Pereira estaba, á un delincuente y resistióle el Pereira, y no sólo no consintió que le sacasen, pero á voces llamó traidor al Capitan y á cuantos le seguian. Hízose presa en el esquife, porque la boga era de esclavos del Rey. Sintiólo Blas Pereira, y dió voces diciendo: «prended al traidor Vicente de Fonseca, que mató á su Capitan;» y tras estas voces y gritos, cargó un falcon de la galeota, y apuntando á una ventana de la fortaleza hizo pedazos las puertas de ella. Vicente de Fonseca cargó una pieza para echar á pique la galeota; fuéronle á la mano, porque habia cuarenta portugueses dentro; pasó á la marina y requirió por su persona á Pereira que le obedeciese, donde nó, que echaria á fondo el navío: él le respondió (tan cerca estaba la galeota de tierra) que era un traidor y otras libertades, que obligaron á los de la galeota á amarrarle y entregarle á Vicente de Fonseca, que poniéndole en hierros procedió contra él, y con las informaciones le remitió preso á la India, á principio de Marzo

de este año. Parecióle que con esto quedaba seguro, y no fué así, porque algunos amigos de Blas Pereira intentaron prenderle y enviarle á Goa con la informacion de sus delitos; pero él, como discreto, disimuló, y con buenas obras venció los ánimos de los amotinados, con que no se trató de ejecutar el motin; pero no por esto vivia descuidado, ántes con un tormento terrible porque se velaba con diligencia y dormia siempre armado y con seguridad, que como tiene tan poca quien se halla mancillado, ¿qué mayor tormento que dormir sin reposo? ¿y qué mayor castigo que vivir muriendo, recelando la muerte en los más dulces bocados?

Estaban los indios á la mira de las acciones de los portugueses, y como lo malo sea ya por nuestros pecados más imitable que lo bueno, parecióle á un Sangaje, llamado Patecaranje, que podia tambien conspirar contra la persona de su Rey, como Vicente de Fonseca habia hecho contra Gonzalo Pereira. Determinaba este moro matar á Cachil Dayalo, que entónces reinaba, y hacer Rey á un hermano suyo bastardo, más mozo, para quedar él más absoluto en el Gobierno. Dió cuenta de esto á algunos portugueses parciales de Vicente de Fonseca, á quien llenó las cabezas de viento, prometiéndoles muchas cosas, si le quisiesen favorecer; ellos lo comunicaron con el Capitan, que aceptando la empresa y aprobando la traicion, ofreció de su parte todo favor, debiendo ser él quien mirase por la justicia y vida del Rey; pero, ¿si no miró por la de su superior, siendo cristiano y de su nacion, cómo mirára por la de un indio mahometano? Asegurado el traidor del Gobernador por esta parte, trató de malquistar al Rey con los suyos, y no halló modo más perverso, ni fácil para su intento, que decir á los Cachiles y señores que el Rey gozaba de sus mujeres cuando iban á Palacio: persuadiéronse aquellos moros á que seria verdad, porque la Reina acostumbraba muchas veces á enviar á llamar á las señoras y mujeres principales, y aunque no por este fin, porque éste fué testimonio inventado por Patecaranje, era á lo ménos por tenerlas gratas, y á sus maridos bien afectos para lo que se ofreciese: ya por aquí habia el traidor tendido bien las redes;

restaba ahora que viese el pueblo en el Rey, que de todo estaba inocente, muestras de que lo que el traidor urdia tenia alguna apariencia de verdad, ó que hiciese alguna cosa contra los portugueses para irritarlos contra sí; y viendo que el Rey procedia con mucho tiento y vivia con mucho cuidado por no disgustar los portugueses, habló á algunos moros para que matasen los portugueses ó criados de ellos que anduviesen de noche por el pueblo, certificándoles ser órden del Rey. Acostumbraban algunos portugueses ir á los pueblos de los moros de noche, y entrarse en las casas y robar lo que hallaban; otros en busca de las moras, y de esta manera se exponian siempre á manifiestos peligros, y los que eran más insolentes eran los negros de estos portugueses. Los moros hubieron menester poco para poner por obra lo que el Gobernador les habia dicho ser voluntad del Rey, especialmente aborreciendo el nombre portugués. Espiáronlos y mataron algunos. Súpolo Vicente de Fonseca; díjoselo al gobernador Patecaranje, y él le respondió que el rey Cachil Dayalo era autor de aquellas muertes; envióse á quejar al Rey; llevó el recado el demonio de Patecaranje, y díjole el sentimiento que tenia Vicente de Fonseca; pero como Cachil Dayalo se sentia inocente y no sabia de aquellas muertes, mandóle que hiciese diligencias y castigase con rigor los homicidas, y quiso ir en persona á dar satisfacciones al Capitan á la fortaleza. Patecaranje se lo estorbó diciendo que corria riesgo su persona si iba allá, porque el Capitan no aguardaba otra cosa para meterle en el calabozo, cargado de cadenas como ántes lo habia hecho, y que habia jurado que así lo habia de hacer, que se guardase y no se fiase del Capitan. Espantado quedó el Rey de la novedad que intentaba el Capitan, y no sintiendo engaño en las palabras del Gobernador, por parecerle que miraba por su vida, le dió crédito. Deseaba el traidor meter en cólera al Rey contra Vicente de Fonseca, y empeñarle para que intentase algun desórden contra los portugueses; pero él huia de darlos disgustos, y así le encargó mucho el castigo de los homicidas, y que de su parte manifestase su inocencia al Capitan y le metiese en camino. Pero como el traidor gobernaba sus intentos por otra

vía, en lugar de dar el recado como su Rey lo mandaba, le dijo tales cosas, que Vicente de Fonseca se resolvió de prenderle otra vez. El Rey echó sus espías para entender la intencion del Capitan, por algunos portugueses confidentes suyos, los cuales le contaron lo que entre Patecaranje y Vicente de Fonseca estaba concertado; por otra parte, el Júdas de Terrenate andaba solícito en órden á entregar á su Rey, con que se le conoció el lance y el Rey cayó en la cuenta: disimuló por entónces, porque sabia que si echaba mano del traidor habian de libertarle los portugueses. Sucedió en esta ocasion, que yendo al monte cuatro esclavos de los portugueses no parecieron más, porque, ó se huyeron, cosa ordinaria buscar esclavos su libertad, y que cada dia se pasaban de una en otra isla, ó los mataron los terrenates; Vicente de Fonseca envió á pedir al Rey los esclavos, que pues no parecian, él los debia de tener, y con esto le envió á amenazar. El Rey, como tenia segura la conciencia se excusó diciendo que no sabia de ellos, ni tenia él obligacion á mirar por sus esclavos, pero porque deseaba el servicio de el rey de Portugal y la quietud de sus vasallos, le enviaria cuatro esclavos de su casa, porque deseaba correr en amistad con él, y que por obviar ocasiones, él se retiraba á una villa suya, media legua de allí, á vivir, desde donde serviria al rey de Portugal con mucha puntualidad. Desde este punto Vicente de Fonseca trató de matar al Rey, que era lo que Patecaranje deseaba y habia al principio tratado con él; y para dar ocasion á que comenzasen la guerra los terrenates y poder él ejecutar sus intentos, mandó que maltratasen á los moros y les robasen, pero con resguardo de sus personas: no fueron sordos ni lerdos los obedientes súbditos; entraron en Terrenate y subiendo á las casas robaban cuanto hallaban, y cuando habian metido bien las manos en el oro y plata, ropas y otras haciendas, robaban las mujeres; y á todo pacientísimo el Rey, por no romper contra los portugueses, porque deseaba la quietud de sus reinos, y sabia que los castellanos ántes habian de ayudar á los portugueses que á ellos: este freno los detuvo para que sufriesen los agravios los podres indios, los cuales subian al cielo y clama-

ban á Dios por justicia: quejábase el Rey; pero no le oian y sufria por no poder más. Deseó asegurar su persona, y por consejo de su madre y de su tio el rey de Tidore y demas Cachiles, trató de retirarse á parte más segura.

CAPÍTULO VIII.

Saquea y abrasa Vicente de Fonseca los pueblos del rey de Terrenate; priva del reino á Cachil Dayalo, y nombra por Rey á Cachil Tabarija.

Para lo que el rey Cachil Dayalo intentaba, que era asegurarse, fundó una poblacion la tierra adentro, y queriendo partirse con su casa, ordenó á su gobernador Patecaranje que marchase con la gente: bien temia el traidor el rigor del Rey, especialmente apartándose de la fortaleza, y sabia que habia alcanzado sus tretas; pero adelantó el lance Patecaranje, en prevenirse de gente portuguesa que le guardase, y con este seguro, envióse á disculpar con el Rey de que no podia acompañarle. Sintió el Rey como era razon la desvergüenza de su vasallo: envióle á llamar, y el traidor declaróse diciendo que no queria ir: fué sobre él Cachil Dayalo con su guarda y cercóle la casa; pero salieron en su defensa cuarenta portugueses mosqueteros. El Rey les dijo, que mejor cumplieran con el nombre de portugueses y sus obligaciones, y con la fé jurada en nombre del rey de Portugal, si sus armas llegaran allí en favor del rey de Terrenate y no en favor de un traidor: si llegáran en favor de los Reyes y no para dar ocasion á que los vasallos les nieguen la obediendia; pero, pues, quebraba Vicente de Fonseca la fé y palabra del rey de Portugal, él, como buen vasallo suyo, se queria recoger por no romper guerra con portugueses, y dejando sus villas y ciudades, habitar los montes, y queria más perder su ciudad de Terrenate que la amistad del Capitan portugués. Con esto se fué su camino y los soldados dijeron á Vicente de Fonseca lo que les habia pasado con el Rey; él les

afeó mucho no haberle muerto con una espingarda, y juró de no sosegar hasta destruirle. Patecaranje tenia consigo muchos indios levantados, que por sus promesas le seguian, y con su favor volvió las armas contra su Rey y patria, y cada dia mataba gente del Rey. No le sufrió el corazon al generoso Dayalo consentir tanto atrevimiento. Juntó su gente y fué sobre él y cercóle por mar y tierra; pero como todo lo que hacia Patecaranje fuesen arbitrios de Vicente de Fonseca, acudió luégo en su favor con sesenta mosqueteros: retiróse el Rey, diciendo que por más mal que los portugueses le hiciesen, no habia de tomar armas contra ellos, y metiéndose en un barco ligero con sus Sangajes, fué á hablar á Vicente de Fonseca, que en persona habia pasado en favor del traidor, ámanse naturalmente los semejantes, y no sólo no quiso oir al Rey, ántes mandó batir los remos con prisa para prenderle; pero como el Rey tuviese más ligero barco, volvió la proa, y dándole caza el del Capitan tomó tierra, y metióse con su gente en el monte; tomóle Vicente de Fonseca la armada que allí estaba surta, aunque desamparada de gente, porque todos, dejando los paraos, siguieron á su Rey. Viendo esto los reyes de Tidore, Maquien y Gilolo, trataron de hacer guerra á los portugueses; pero el rey Dayalo nunca quiso venir en ello, ántes bien trató con ellos y con el general Hernando de la Torre, que se procurase alguna composicion, y aunque el castellano pasó á Terrenate á informar al Capitan de la lealtad del rey de Terrenate y á tratar de alguna composicion, no se concluyó, porque Patecaranje tenia pervertido el ánimo de Vicente de Fonseca; ántes juntó luégo una buena armada y pasó en busca del Rey, y desembarcando en tierra, le buscó en la sierra, pareciéndole que en ella estaria escondido; y viendo que no le podia haber á las manos, abrasó la ciudad de Terrenate y algunos lugares de aquella Isla; y sabiendo que el Rey habia pasado á Tidore á favorecerse del Rey, su tio, juntando la gente portuguesa, al Gobernador que era Patecaranje y los que le seguian, propuso los delitos que él fingia tener el rey Cachil Dayalo, y por ellos le privó del reino de Terrenate, especialmente por traidor, por haber tratado la traicion y

muerte de Gonzalo Pereira, su antecesor, por lo cual le declaraba por incapaz del reino; y como si fuera un Emperador romano, ó un Pontífice Supremo, dió la investidura del reino á un medio hermano bastardo del Rey privado, llamado Cachil Tabarija; y porque era de solos trece años y era incapaz del Gobierno, nombró por Gobernador del reino á Cachil Patecaranje, cumpliendo sus deseos, que eran de hacerse señores el Capitan y Gobernador de aquel reino. Luégo llevó por las villas y lugares de Terrenate al ilegítimo y dos veces bastardo rey Tabarija, á hacerle dar la obediencia, pregonándole por Rey, y mandando á todos, debajo de crueles penas, que le obedeciesen y tuviesen por tal, y á Patecaranje por supremo y absoluto Gobernador, y que á Cachil Dayalo no le tuviesen por Rey ni le obedeciesen: de esta manera, por fuerza y miedo, le juraron los terrenates. No se contentaron con esto los dos traidores, cabezas intrusas, sino que trataron de haber á las manos al rey Dayalo, y para esto juntó sus galeras el portugués, y Patecaranje las que pudo, y embarcando muchos portugueses y terrenates, pasó Vicente de Fonseca á Tidore, y desde el puerto envió un recado al Rey que le entregase luégo á Cachil Dayalo y á su madre, con todos los tesoros que habian llevado, que tras esto andaba el Vicente de Fonseca y su confidente, donde nó, le juraba por los Santos Evangelios que le habia de destruir. El rey de Tidore le envió á decir que juntaria su consejo y luégo iria á la playa á verse con su merced: parecióle á Vicente de Fonseca que aquello era dilatar y hacer tiempo para esconder el tesoro del rey de Terrenate: echó en tierra sus soldados y Patecaranje los suyos, y dieron en la miserable ciudad de Tidore, matando y cautivando la gente, que en fé de las juradas paces libraban la seguridad de sus vidas, honras y haciendas; pero los portugueses, como si fueran piratas y caribes mejorables, degollaban la gente tímida; saqueaban las casas; cautivaban las doncellas, que amarrándolas con las cuerdas de los arcabuces, las echaban por delante, y si alguna llorando su cautiverio se detenia, era inhumanamente degollada. Los viejos y enfermos que no pudieron huir el repentino rebato, eran descabezados; ni áun á los

niños de teta tomaban á vida, y tras todo esto abrasaron la miserable ciudad de Tidore, tantas veces destruida por portugueses sin razon ni justicia. Con esto volvió Vicente de Fonseca con su Patecaranje, rico y victorioso, y recibia los parabienes, como si hubiera vencido numerosos ejércitos y hubiera conquistado la plaza más fuerte del mundo. Todos obedecian ya á Patecaranje como á Rey, y de Tabarija no se hacia caso; sólo el gobernador de Toloco reconocia el verdadero Rey, y llamaba traidor desleal á Patecaranje: prendióle Vicente de Fonseca, y púsole unos grillos, aunque le tenia en un aposento no léjos de su cuarto, prision más honrosa que en la que puso la familia Real al principio de su gobierno. Consideraba los trabajos que el rey Dayalo padecia huyendo con su madre por los montes y habitando con las fieras, que se mostraban más humanas que los hombres que se llamaban cristianos; quisiera remediarlos, pero no podia, que estaba preso y con grillos en los piés: con todo, tomó una resolucion extraña, y fué de perder la vida honrosamente, dando la muerte al nuevo rey Tabarija y á dos hermanos del rey Dayalo, que estaban con él en el sobrado más alto de la torre, para que Dayalo pudiese volver al reino, quitados aquellos estorbos; para esto tomó un cuchillo, y habiendo aguardado oportunidad, supo que el Capitan estaba á la puerta de la fortaleza con el Gobernador del reino ocupado, y viendo cerca á Tabarija y á los dos muchachos, que estaban jugando con otro niño de siete años, hijo de Vicente de Fonseca, abalanzóse el gobernador de Toloco, por asir á Tabarija, y como estaba con unos grillos balones, cayó en el suelo y pudo el Rey escapar por la escalera abajo; los otros dos Infantes metiéronse corriendo en otra cuadra y cerraron tras sí la puerta, con tanta prisa que no pudo el hijo de Vicente de Fonseca entrar; asióle el Cachil de Toloco y degollóle, y desnudándole le hizo tajadas con la mayor crueldad del mundo. A la revuelta y gritos de los muchachos acudió gente; pero el moro se puso con tiempo sobre la puerta de la escala, que era como escotillon del navío, á defenderla con un banco que atravesó, y con una tranca no dejaba subir á nadie; un negro del Capitan púsose un morrion, y

cubierto con una rodela de acero, atrevióse á acometer la escala; pero el moro le dió tal golpe en la cabeza que el negro, desatinado, fué rodando hasta el suelo: acudió mucha gente, y unos por la escalera y otros por una ventana entraron al aposento donde los Infantes estaban, y abriendo la puerta á chuzazos, hicieron rodar al moro por la escalera abajo, llevando tras sí cuantos en la escala estaban; pero luégo le acabaron allí á alabardazos. Subió Vicente de Fonseca arriba, y lo primero con que encontró fué con su hijo hecho menudas postas: quedó fuera de sí, porque no tenia otro y adoraba en aquel: al fin fué juicio de Dios y castigo del cielo, bien merecido del padre. Castiga Dios los pecados de los padres en los hijos hasta la cuarta generacion, y aunque Teodoreotho dé otro sentido á este lugar del Exódo, San Agustin, y casi los Doctores todos le esplican y entienden lisamente, y concuerdan los lugares de Jeremías y Ezequiel, que dan á entender con palabras claras que los castigos serán personales, y que no morirá el hijo por el padre, ni el padre por el hijo; especialmente San Agustin lo concuerda agudamente haciendo distincion de la pena eterna y espiritual de las almas, en que nunca castigó á uno por otro Dios á la pena y muerte corporal, con que vemos que castiga, porque es Dios, señor absoluto de la vida y muerte; y como el hijo de Vicente de Fonseca habia de morir en otro tiempo, quiso que fuese en éste de la puericia, para castigar al padre castigando juntamente el delito en el hijo. En el libro de los Jueces se lee que las diez tríbus pelearon con las de Benjamin y pasaron á cuchillo los niños y las mujeres por el delito de los padres, y el gran capitan Josué mandó matar á Achan y á sus hijos, por las joyas que escondió del saco de Jericó, y que muriesen los hijos por el delito del padre; afírmanlo San Agustin, San Basilio y San Juan Crisóstomo. Tambien se me ofrece á este propósito lo que leemos en el segundo de los Reyes, capítulo veintiuno, que para aplacar á los Gabaonitas, que estaban enojados con Saúl, por la muerte de sus hermanos, mandó David crucificar siete hijos de Saúl que no habian tenido culpa en el hecho de su padre; y aquí vemos que muere hecho tajadas el

hijo único de Vicente de Fonseca por los muchos pecados que el padre cometió, y para mí el ganancioso fué el niño, porque, como dijo Tertuliano, piedad puede ser para el hijo sacarle del mundo en pena del pecado del padre, porque si quedára en él corriera el riesgo y estuviera á peligro de imitar sus costumbres, de que se libra con la muerte temprana.

Sed non cum patribus pœnas innoxius infans
Perpétuas luit, ignarus neque criminis auctus
Ne fieret sceleris confors ætatis avitæ,
Sponte futura mala, mors inmatura resolvit.

Muy escandalizado estaba todo el Maluco por la privacion del rey Dayalo tan contra razon y justicia, quitando el verdadero y legítimo Rey, tan amigo de los portugueses, por poner en el reino un hijo bastardo del Rey muerto, y así llamaban á á Tabarija rey de Vicente de Fonseca: el cual, no corregido con el castigo del cielo, aprestó su armada y entregósela al falso gobernador Patecaranje, que fué á correr el reino todo, á hacer obedecer á Tabarija; y habiendo á las manos el tesorero del rey Dayalo, le tomó un gran tesoro y, sin dar parte á Vicente de Fonseca, se quedó con él. El rey de Tidore, viendo que Tabarija era Rey, y que su sobrino Dayalo estaba desposeido y que no tenia fuerzas para restituirle en el reino, se concertó con el capitan de Terrenate y asentaron paces; ofrecíale al Rey gran suma de dinero el portugués por que le entregase á Cachil Dayalo, pero nunca pudo acabarlo con él: pidióle la madre y el Rey se la entregó, y casóla con el gobernador Patecaranje, cosa que él deseaba mucho por llamarse padrastro de Tabarija y tener alguna accion al reino. Viendo esto Cachil Dayalo, Rey desposeido, desesperado pasó á Gilolo, donde le dió el Rey renta con que se sustentase; llevó consigo á su mujer, que era moza y hermosa, hija del rey de Tidore, y adoraba en ella, con cuya compañía pasaba su mala ventura el perseguido Rey. Vicente de Fonseca tuvo modo para hacer que la mujer le desamparase, lo cual fué con consentimiento y favor

del rey de Tidore, su padre, ¡inícuo padre y mal Rey! El modo que tuvo la Reina para huirse, fué emborrachar á su marido, el rey Dayalo, y llegar á la marina donde la aguardaba una galera que la llevó á Terrenate, y Vicente de Fonseca la casó con el rey Tabarija; notable juego de fortuna. Cuando Dayalo volvió en sí y supo la fuga de su mujer, que tanto queria, y se acordó que le habian robado su tesoro, y conoció la desventura y miseria en que quedaba, se quiso matar; pero metiéronle por camino, y el general Hernando de la Torre y los demas castellanos le consolaban y daban esperanzas de que volveria la fortuna á levantarle cuando ménos pensase.

CAPÍTULO IX.

Llega nuevo Capitan al Maluco con socorro. Envia preso á la India á Vicente de Fonseca; sale el General castellano con sus soldados de las islas.

Llegado á la ciudad de Goa Pedro de Monte Mayor, fué bien recibido del gobernador de la India, y de todo aquel estado, porque como no deseasen todos otra cosa que ver fuera de las islas los castellanos, Nuño de Acuña concedió todo cuanto el general Hernando de la Torre le pidió, y si más pidiera más le concediera; y despachó á Pedro de Monte Mayor, dándole el empeño de las Malucas y órden del Emperador para que pudiesen los castellanos desamparar los puestos y volverse á Castilla, por convenir así á su Real servicio. Así ni más ni ménos proveyó la plaza de capitan de Terrenate en Tristan de Atayde, porque supo los desórdenes que en aquella plaza habian pasado, encargando al Capitan que hiciese informaciones sobre la muerte de Gonzalo Pereira, y le enviase preso á Vicente de Fonseca, con sus culpas y delitos bien sustanciados para castigarle; y de nuevo le encomendó que despachase á los castellanos y cumpliese la órden que al general Hernando de la Torre enviaba:

con esto salió por la barra de Goa Tristan de Atayde, pasó á Malaca y de allí por Burneo llegó á Terrenate, y entró en aquel puerto con dos navíos, llevando en su compañía á Pedro de Monte Mayor, lúnes á veinticuatro de Noviembre del año de mil quinientos treinta y tres, y no por Octubre, como dice Francisco de Andrada: fué bien recibido de Vicente de Fonseca y del rey Tabarija: dice este autor que estaba en aprieto la fortaleza, porque el rey de Gilolo daba cruel guerra á los portugueses, lo cual ni fué así ni pudo ser, porque los reyes de Bachan, Tidore y Terrenate eran amigos de Fonseca, y él y el gobernador Patecaranje lo gobernaban todo. El Gilolo no podia dar guerra, especialmente estando los castellanos de la parte de los portugueses, y así las relaciones que tuvieron los cronistas de Portugal fueron falsas, como yo he averiguado bien en la India, confiriendo cartas y relaciones de aquel tiempo; si se escribió por justificar la guerra que Tristan de Atayde dió despues al rey de Gilolo, entenderémos que hay autores que escriben más por antojo que siguiendo relaciones verdaderas: yo sigo las de los castellanos que escribian lo que en el Maluco sucedia, con tanta precision, que señalan los dias con que concuerdan las que he visto de portugueses manuscritas, siempre que los portugueses tuvieron guerras ó tuvieron contra sí los reyes de Tidore y Gilolo con los castellanos; ó sin ellos todos los reyes confederados, como se verá en esta Historia, porque si Gilolo por sí, no podia contra el reino de Terrenate, ¿cómo podria contra todos los reyes del Archipiélago y la potencia de portugueses? Finalmente, es imaginacion de Andrada, y si es este autor uno que escribió un librillo sin sustancia y fabuloso, donde prueba cien disparates como que Semíramis fué casta y otros así, contra fray Bernardo de Brito, diligentísimo y docto historiador de nuestros tiempos, y el Tito Livio Lusitano, donde le quiere argüir en razon del cómputo de los tiempos del mal cronógrafo, mala y sofísticamente, porque anda tan ajustado en todo el Padre fray Bernardo de Brito, que no hay un minuto de tiempo en que calumniarle; no me da mucho cuidado, ni es para mí nuevo que escriba imaginaciones propias por

huir relaciones ciertas; bien creo yo que Diego de Couto tiene alguna culpa en estas materias.

Los reyes de Tidore y Bachan fueron á dar la bienvenida al nuevo Capitan; el de Gilolo no fué, porque como habia hospedado al rey Dayalo, habia sentido mal de haberle desposeido los portugueses; no quiso ponerse en riesgo de que hiciesen con él lo que con otros reyes mayores se habia hecho. Tristan de Atayde se dió por muy sentido de que no le visitase el rey de Gilolo, y propuso, en saliendo los castellanos, castigarle. Los portugueses, que habian seguido la parcialidad de Vicente de Fonseca, se arrimaron al nuevo Capitan, lisonjeándole, estilo muy corriente hoy en la India, y diciéndole mil males de Fonseca: entónces le seguian por sus intereses y aprovechamientos, y ahora, como no era de provecho, dábanle de mano, condicion perpétua de gente ruin; acusáronle de que habia robado los almacenes del Rey, y fué así, porque Tristan de Atayde fué á su casa y le sacó de ella muchas cosas que de ellos habia tomado; prendióle por los capítulos que habian resultado contra él, y con las informaciones de sus culpas le remitió en hierros al gobernador Nuño de Acuña á Goa, donde, aunque al principio le tuvo preso, dentro de pocos dias salió libre y vivió con mucho descanso Vicente de Fonseca. Los cronistas portugueses ponen dolo en la integridad que debe tener un Gobernador como Nuño de Acuña, dando á entender que Vicente de Fonseca le untó las manos: pues lo dicen, débenlo de saber.

Mucha alegría recibieron los castellanos cuando supieron que las nuevas que habian dado del empeño de las Malucas era cierto, y que Pedro de Monte Mayor llevaba órden del Emperador para retirarse todos los castellanos, y dinero y todo lo demas que el General habia enviado á pedir; quisieran todos luégo retirarse á Terrenate, pero no pudieron, porque el rey de Gilolo habia quitado las embarcaciones de aquel puerto, temiendo no se le fuesen los castellanos, que ya lo recelaba por haber corrido la palabra por vía de Terrenate de que habian enviado á la India por embarcacion. El General intentaba medios para salir con su gente, y ningunos aprovechaban;

pedia embarcacion al rey de Gilolo, fingiendo enviaba á buscar bastimentos, pero él la negaba. Viéndose imposibilitados de salir de allí los castellanos, enviaron á Terrenate un indio confidente, á quien pagaron bien, con una carta para el capitan Tristan de Atayde, donde el General le daba cuenta de la honrada prision que tenian, y como si no iba por ellos alguna galera no podian salir. Él respondió que estuviesen preparados para cuando él fuese, que deseaba castigar al Rey por no le haber ido á ver ni dar la obediencia como los demas Reyes lo habian hecho; que tomasen las armas como que era en favor de Gilolo, y en viendo la ocasion se pasasen á los portugueses. Luégo previno Tristan de Atayde su gente, y en algunas galeras pasó á Gilolo; y haciendo demostracion de saltar en tierra, salieron á estorbarlò los gilolos y castellanos con sus armas. Desembarcó con su gente el portugués, porque los castellanos no resistieron, ántes bien, como venian en la vanguardia, se pasaron con facilidad á los portugueses, y los indios huyeron: pasó Atayde á la ciudad, y cobrando la artillería de los castellanos y la poca hacienda que tenian, y queriendo abrasar la ciudad, el General le rogó que no lo hiciese, por el buen hospedaje que le habian hecho, y por otras conveniencias que representó del servicio del rey de Portugal, con que se volvió á Terrenate llevando los castellanos, que por todos eran diez y siete, porque los demas habia consumido la guerra y enfermedad, y en solas diez y siete personas se resolvió aquella armada que tan lozana y bien pertrechada de gente sacó de España el comendador Loaisa el año de veinticinco; de suerte que de siete navíos, en poco más de siete años, y tanta cantidad de soldados, no quedaron sino solos diez y siete, que podian sólos ellos honrar la nacion castellana por su lealtad, valor y sufrimientos; no dudo yo sino que si fueran en aquel dichoso tiempo de los romanos, que les hubieran hecho estátuas y dádoles el Senado cronistas no menores que Tito Livio; y á la verdad, ¿qué soldados hubo en el mundo como ellos? Ni aquellos pocos de Alejandro Magno, que con increibles trabajos atravesaron los reinos del Asia, pueden ser comparados con

estos, ni cosa semejante se hallará en propias ni agenas historias, porque desde que estos valerosos soldados, dignos de memoria no perecedera, salieron de sus amadas patrias hasta que volvieron (que cuando llegaron á ellas era ya el año de treinta y siete, habiendo gastado en todo doce años), siempre anduvieron contínuamente peleando, en la mar con los tiempos, con el hambre y sed, y en tierra con los enemigos, pasando las hambres y necesidades que se han contado. Desde el camino vinieron con las armas en la mano, venciendo mónstruos y gigantes, pasando estrechos, Scilas y Caribdis, aguantando corrientes rápidas, salvando bajos, arrecifes y escollos, rodeando el globo de la tierra y agua, no por círculo perfecto, sino haciendo más espiras que hace el sol por el Zodiaco, arando las saladas aguas y haciendo más puntas y ángulos que supo Éuclides, perdiendo navíos y anegándose los compañeros, y cuando les pareció que habian tocado el término de sus trabajos, comenzaron de nuevo otros mayores en las sangrientas guerras que con los portugueses tuvieron, siendo de una tierra y ley, tanto mayores y cruentas que aquí hemos escrito, cuanto va de lo vivo á lo pintado; ni les faltaron trabajos en el discurso del viaje hasta volver á España.

Llegados á Terranate, que fué la pascua del Santísimo Nacimiento del Hijo de Dios, las tuvieron muy buenas con los dos mil ducados que el General recibió, que los repartió con liberalidad, tomando para sí quinientos, y dando los mil quinientos á los demas compañeros, no en premio de sus trabajos, que fueron inapreciables, sino para remedio de sus necesidades y vestirse, que andaban desnudos y descalzos. El capitan Urdaneta, por mala disposicion, quedó aquel año en Terrenate. El General salió en su navío, de Terrenate, lúnes diez y seis de Febrero del año de treinta y cuatro, llevando en su compañía á Pedro de Monte Mayor, Alonso de Rios, Diego de Ayala, Martin de Islares, Pedro de Ramos, Juan Dega, Juan de Menchaca Melin, Lúcas de Armenga, que por todos, con el General, eran nueve, y podian ser los nueve de la fama. En Terrenate se quedaron enfermos, y con licencia del General,

el capitan Andrés de Urdaneta y Macías del Poyo: solamente los otros seis se quedaron con los portugueses, que eran Gonzalo de Vigo, gallego; Monterroso; Adan Brusac, con otros tres levantiscos. Navegó con buen tiempo hasta Malaca el General, donde por hallar los Noruestes, tiempo contrario, invernó, y el año siguiente de treinta y cinco llegó á Cochin. Convaleció Andrés de Urdaneta, y teniendo los tiempos favorables, llegó á Malaca el mismo año de treinta y cinco, y poco despues que Hernando de la Torre, á Cochin. El navío en que habia de ir Urdaneta á Portugal, que era *San Roque,* habia de salir primero que el de su General; y así, considerando Hernando de la Torre que podria ser que le impidiesen el camino, ó que le matasen los portugueses, porque recelaban supiese el Emperador lo que habia pasado en las islas Malucas, echando á la mar ó dando ponzoña á todos los castellanos, escribió á Su Majestad Cesárea y dió una carta de creencia al capitan Urdaneta, á quien se remitia en todo, por la cual le suplicaba le hiciese merced, y á los demas que llegasen á su Sacra Cesárea presencia, pues lo merecian bien tan grandes servicios. Con esta carta el insigne capitan Andrés de Urdaneta salió de Cochin á doce de Enero del año de mil quinientos treinta y seis, y ocho dias despues que el general Hernando de la Torre: los trabajos que pasaron los unos y los otros aquel año fueron grandes: el General arribó. Urdaneta llegó á Lisboa á veinticinco de Julio de aquel año, donde al saltar en tierra, conociendo la guardia mayor que era castellano, le abrió la caja y le tomó todos los despachos que el General le habia dado para el Emperador, viendo que trataban de cosas de Maluco; quejóse de este agravio á los oficiales del Rey, pero no le aprovechó nada: quiso hablar al Rey en persona para que le mandase volver sus papeles, y para eso pasó á Ebora, donde entónces estaba el Rey D. Juan el tercero; pero viéndose primero con el Embajador del invictísimo Emperador, que era D. Diego Sarmiento, y dándole cuenta de lo que le habia sucedido y á lo que iba, D. Diego le aconsejó que en ninguna manera pareciese delante del rey de Portugal, sino que pasase luégo á

Castilla, porque ya el Rey sabia de su llegada, por haberle avisado de Lisboa cómo habia llegado de Maluco allí un castellano, y que el Rey habia de disgustar mucho que pasase á informar al Emperador cosas de aquellas Islas; ayudóle Don Diego para pasar su camino, y disimulando llegó á Valladolid por Agosto, donde la Emperatriz estaba y la córte; fué luégo al Consejo Real de las Indias é hizo relacion de todo el suceso de la armada con buenas palabras y mucha prudencia, porque era el capitan Andrés de Urdaneta muy discreto, y leido y entendido en todas materias. Gustaron los Oidores mucho de oirle, y le socorrieron por entónces con sesenta ducados y pidieron que aguardase al Emperador, que habia de volver presto, que estaba en Italia, para que le hiciese mercedes, á que favoreceria el Consejo. Sucedió que, como el Emperador se tardase y estuviese en Castilla el Adelantado D. Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala, que conocia ya al capitan Urdaneta y á Martin de Islares, se acomodó con él porque le hizo muy grandes ofrecimientos, porque deseaba armar el Adelantado para la China ó islas del Archipiélago, tocando en la demarcacion de Castilla; embarcóse con él, y despues tomó el capitan Urdaneta mejor resolucion, que era servir á otro mejor Rey y que premiaba mejor los servicios que le hacian, sin tantos riesgos y trabajos; y así, dejando el mundo tomó el hábito de nuestro padre San Agustin, en la Nueva España, donde fué gran religioso: estudió sobre lo que sabia y salió extremado predicador, y guardóle Dios para el descubrimiento de las Filipinas, como verémos adelante, porque era excelente matemático é insigne Piloto, y en todas materias era muy entendido, y más perfecto en la virtud. El general Hernando de la Torre llegó el año de treinta y siete con los pocos soldados que le habian quedado: fué muy bien recibido del Emperador, á quien informó de todo, y su Sacra Cesárea Majestad le premió muy bien sus servicios y los de todos, y mandó buscar al capitan Urdaneta, que deseaba verle para premiarle el celo con que le sirvió, porque el Consejo y el General le habian informado de sus partes; y sabiendo que estaba en las Indias, le envió cédu-

las de recomendacion para que los Visoreyes y Gobernadores le hiciesen merced en su Real nombre, los cuales le hallaron fraile en Méjico; tambien sabia premiar los servicios que sus vasallos le hacian en la guerra el Emperador Cárlos V, con que extendió su imperio por toda la redondez de la tierra: á lo ménos las águilas de su Imperio dieron tal vuelo, que rodearon el mundo. Redúzcanse aquellas fábulas antiguas de la conquista del Vellocino de Oro, de Jason y Medéa, guardado de dragones, y del laberinto del Minotauro, con tantas entradas y salidas: á estas verdades, pues, el vizcaíno ilustre Juan Sebastian del Cano, más famoso quedó que Jason, y más vencedor que Theséo; y su nave, mejor que *Tiphis* ó que *Argos,* merece estar bordada de estrellas. ¿Cuál Monarquía asiria ó griega; cuál de los Sicionios ó del Magno Alejandro y sus Macedonios; cuál de Darío, ó Ciro y Persas; cuál de los Corintos ó Mecenas; cuál de los Athenienses ó Tebanos; cuál de los Egipcios, Cartagineses ó Romanos, que tanto asombraban el mundo, dió el vuelo que las águilas castellanas del mejor César que tuvieron los Imperios; del mayor Rey que gozaron las naciones; del mayor Monarca que vieron las gentes, pues sólo él fué señor de dos mundos; del mayor católico y defensor de la Iglesia que tuvo el cristianismo, pues por ajustarse como Príncipe religiosísimo con la vida apostólica, se entró en Yuste, despreciando los dos mundos, que eran suyos; del invictísimo y César, siempre augusto, Cárlos V, emperador de Alemania, Rey de romanos, y legítimo señor de las Españas y Monarca universal del Nuevo-Mundo, donde pasó las columnas de Alcides, y de alli las fijó en las últimas partes del Asia? ¡Quién tuviera tiempo y lugar para escribir las hazañas de este español César, y espaciar la pluma haciendo nueva crónica de su vida, que aunque las más heróicas de nuestros tiempos se ocuparon en escribirlas, respecto de tan grandiosos hechos, ellas quedaron, á mi parecer, cortas, y aunque procuraron tirar la barra, no fué con el brío necesario para llegar al puesto! Pero, ¿dónde me engolfo con tan pequeño barco? Templemos las vela humilde de bajel tan flaco, y vol-

vamos á surgir al puerto de Terrenate, miéntras se apresta en la Nueva-España tercera armada para conquistar las islas del Poniente.

CAPÍTULO X.

Bautízase el Sangaje de Momoya; y privando del reino á Tabarija, le envia á la India preso con su madre y padrastro Patecaranje, y hace Rey al Sultan Aerío.

Maravillosos eran los principios del gobierno del capitan Tristan de Atayde, y si los fines fueran tales, fuera digno de toda alabanza. Terrenate gozaba de paz y quietud, y los portugueses vivian contentos con el nuevo Capitan, prometiéndose todos grandes esperanzas de que habian de gozar de aquel estado antiguo y felice de los primeros tiempos. Confirmóse esto con la conversion del Sangaje de Momoya. Este Cachil era gentil; no habia llegado á su Isla, que es la de Moro, la secta de Mahoma; hacíanle guerra los moros, saltaban en su tierra y robábanle, y destruíanle las villas y lugares, y no podia defenderse por él solo, y los que le acometian muchos, que eran los Sangajes circunvecinos. Trató con un portugués, amigo suyo, si le ayudaria el capitan Tristan de Atayde; Gonzalo Velloso, que éste era su nombre, le dijo que si se hiciese cristiano Dios le ayudaria y los portugueses le darian favor; y tanto le supo decir en esta materia, que trató el Sangaje de hacerse cristiano. Avisó á Tristan de Atayde de su designio: él le rescribió animándole á que concluyese tan buen intento; con que el Sangaje pasó á Terrenante y fué recibido del Capitan con honra y aplauso, regalado y hospedado muy conforme á su calidad, de que el gentil quedó satifecho. Catequizóle un clérigo celoso de la honra de Dios, y de buena vida, y, hallándole dispuesto, le bautizó con toda su casa, poniéndole por nombre D. Juan de Momoya. Vistiéronle á la portuguesa, y habiendo asentado amistad con los portugueses, y el Capitan ofrecídole todo favor

y ayuda contra sus enemigos, se volvió á su ciudad, llevando consigo á su padre espiritual, que le habia reengendrado en Cristo, el padre Simon Vaz. En llegando á su tierra, D. Juan echó por tierra los templos de los ídolos y levantó iglesias, bautizando muchos gentiles que con fervor deseaban ser cristianos, siendo ésta la primera haza y sementera que la Iglesia tuvo en aquel Maluco. No podia con tanta miés el buen clérigo; envió por compañeros, y pasó á ayudarle el padre Francisco Alvarez, clérigo, y entre los dos fueron arrancando, como buenos labradores, la grama de aquel campo inculto para sembrar el grano del Evangelio, en que trabajaron como buenos y fieles dispensadores de los Sacramentos. El Capitan envió á poner presidio de portugueses, y una compañía que limpiase de corsarios aquellas mares y asegurase los puertos; y cuando todos se prometian un estado feliz y alegre, viendo crecer la nueva planta de la Iglesia en la isla de Moro, se turbó todo por el desórden y la codicia de unos portugueses. Habia llegado á Terrenate un navío de gente blanca de las islas de los Zelebes: iba cargado de oro, que es la mercadería de aquella tierra: llevaba tortuga y cera blanca, para mercadear por ropas de la India; pero apénas comenzaron á sacar los indios el oro que llevaban en barras, ajorcas, manillas y cadenas, cuando entró en los portugueses la codicia, y luégo, aquella misma noche, al cuarto de la modorra, cuando todos dormian en el navío, le asaltaron tirando jarras de pólvora dentro, que tomando fuego hicieron saltar á los indios en el agua: los portugues tomaron cuanto oro habia, que era gran cantidad la que hallaron en las cajas de los pobres mercaderes, y no contentándose con el oro, cargaron el batel de cera y tortuga, y se metieron en la fortaleza, con que quedó indiciado el Capitan, y se dijo que por órden suya se habia hecho aquel robo: esto se confirmó cuando vieron los indios que, no sólo no los hacia justicia, pero ni áun diligencias ningunas hizo sobre el caso; cosa que escandalizó tanto á los Reyes y señores de aquel Maluco, que se persuadieron á que el Capitan y todos sólo habian pasado á aquellas partes á sólo robar las haciendas: grande crédito perdieron aquí los

portugueses; pero no es razon que el delito de los particulares manche una nacion tan noble é hidalga. Sintieron mucho aquellos indios aquel salto, porque perdian las ganancias de de sus ropas y drogas, y si corria la voz, como era fuerza, de lo que habia sucedido con aquellos mercaderes, no irian jamás otros á sus puertos, con que quedaria cerrado el trato y comercio con aquellas Islas, de donde les iba el oro y pedrería, que por vía de China iban; y como los indios estuviesen avergonzados, pues por haber sucedido en sus tierras parece que corria por su cuenta, solicitaba el rey Tabarija y su gobernador Patecaranje la satisfaccion de los huéspedes, de que se amohinó tanto el Capitan y los demas que habian cometido aquella maldad, que levantaron al Rey que rabiaba: luégo hubo testigos falsos que afirmaron haber visto los consejos y juntas de la Reina madre de Tabarija, y del Gobernador, en razon de matar á Tristan de Atayde, y de tomar la fortaleza y degollar cuantos portugueses hubiese, con que se resolvió el Capitan de prenderlos á todos y poner Rey y Gobernador de su mano, para tener el gobierno absoluto y señorío de todo. Para poderlo mejor hacer, trazó que dos portugueses trabasen palabras y se acuchillasen, y que se dejasen prender, y, presos, enviasen á solicitar al Rey y Gobernador rogase por ellos al Capitan, para que de esa manera fuesen á la fortaleza (que, á mi parecer, más era teatro de traiciones que castillo del Rey), y allá les echasen mano; todo se puso en ejecucion y sucedió como se habia trazado: salieron junto al palacio del Rey los desafiados, á sangre fria armaron la pendencia, sacaron las espadas, y á las primeras idas y venidas acudió el Alcaide con gente y prendiólos: todo esto sucedió á la vista del Rey: mostróse muy enojado con ellos el buen Capitan; mandólos poner en la cárcel y luégo enviaron á suplicar al Rey se sirviese de ir á rogar por ellos. Fué, que nunca fuera, acompañado del Gobernador, y el Capitan, de industria, se estuvo en su aposento. Subió el rey Tabarija con su gente y el Capitan le recibió muy bien, y habiéndole dicho el fin á que venia, y hecho el ruego, le respondió Tristan de Atayde que habia hecho mal Su Alteza en

tomar trabajo en ir á la fortaleza, pues con cualquiera recado que le enviára hubiera hecho lo que le enviase á mandar: con esto mandó soltar los gladiadores ó traditores; prosiguió el Capitan, diciendo; «ya que Vuestra Alteza está aquí con el Gobernador, yo tengo un negocio de importancia que tratar, que es en servicio del rey de Portugal y de Vuestra Alteza; pero no lo puedo tratar sin la Reina: Vuestra Alteza la mande llamar.» Tabarija envió por ella, y en llegando, propuso su negocio Atayde, diciendo así: «Bien les consta á Vuestras Altezas que el rey de Portugal es señor de este Maluco, y que gasta su hacienda en sustentar esta fortaleza, en que los portugueses pierden la vida y arriesgan la honra en defensa de aqueste reino, armando contra los enemigos dél hasta destruirlos, y sustentar al rey de Terrenate en su estado; y siendo esto así, ¿qué razon hay para que Vuestra Alteza pretenda matarme á mí y tomar esta fortaleza? No es razon que los que no son buenos amigos del rey de Portugal sean reyes del Maluco: por esto mi antecesor privó del reino á Cachil Dayalo, y se le dió á Vuestra Alteza, por entender que seria más buen servidor del Rey que él; y pues Vuestra Alleza no ha correspondido á las obligaciones que tiene, tenga paciencia, que ha de quedar aquí preso, y con las informaciones de la traicion que ordenaba le tengo de enviar á la India con la Reina y Gobernador, pues todos son cómplices en el delito.» Oyendo esto los Reyes no se alteraron nada, señales manifiestas de su inocencia; negaron la proposicion, pero no les bastó para que no ejecutase su intencion el Capitan, y haciéndoles proceso con quien quiso y como quiso, les embarcó: las lástimas que hicieron y lágrimas que derramaron cuando se vieron embarcar movieran á las piedras; la Reina, á lo ménos, bien castigada va porque dejó su legítimo marido, el rey Dayalo, y se casó con su cuñado, si es que la embarcaron, como dice el padre Fray Antonio de San Roman; aunque, para mí, ella quedó presa en la fortaleza, y más regalada que lo fuera su marido.

Tras este caso sucedió otro no ménos impío; y fué, que el Capitan quiso poner Rey de su mano, y teniendo noticia de un

hijo bastardo del difunto rey Boleife, que estaba con su madre, que era una noble iava, en cierta hacienda suya, fuera de la ciudad, envió á ciertos soldados por él, con órden de que no se volviesen sin el Infante. Subieron á su casa los ministros, y tomándole la madre entre los brazos, resistióle á los soldados; certifícanla ellos que van por él para darle la investidura del reino de Terrenate; no lo queria creer la noble matrona, y si lo creia, no lo deseaba: sólo deseaba pasar la vida con quietud y moderacion gozando de su hijo. Y si era tan pequeño que sólo tenia diez años, como apunta Bartolomé Leonardo de Argensola en su *Conquista de las Malucas*, ¿cómo olvidado desto dice siete renglones más adelante, que esta señora criaba á su hijo en delicias y supersticiones porque olvidase los principios que en Goa aprendió en los colegios de la Compañía de jesuitas? Si tenia diez años, ¿de qué tiempo habia de haber pasado á la India, y qué podia en tan tierna edad haber aprendido? Y si aprendia, ¿cómo le dejaron volver sin crecer en la edad y en la religion? Espántome que este autor no fuese más diligente en su escritura, porque el caso que voy contando sucedió el año de mil quinientos treinta y cuatro. El padre Lucena, señalando la prision de Tabarija, le pone en el mismo año; las crónicas todas de la India tambien todas concuerdan en el tiempo del gobierno de Tristan de Atayde, en el segundo año de su llegada, y no concurrieron en otro tiempo ninguno, ni otro Nuño de Acuña, gobernador de la India; ni otro Tristan de Atayde, gobernador del Maluco y Capitan; ni otro rey Tabarija preso; ni otro rey Aerío electo de Terrenate, hijo del rey Boleife y de una señora iava: de todo esto mal nos puede engañar el tiempo, pues siendo así, y que Argensola no nos puede señalar otro tiempo al caso que vamos contando, ni él en lo antecedente ni consecuente le señala, sino que concuerda con los demas, ¿para qué nos cuenta patrañas, diciendo que este Infante sultan Aerío aprendió en los colegios de la Compañía aquellos principios de religion en la ciudad de Goa, si no pasó á la India esta sagrada religion en aquellos ocho años, supuesto que el padre Santo Javier el año de cuarenta y dos pasó á Goa

á fundarla, como dice el padre Lucena que digo, á la India? No estaba fundada aún la Iglesia de Dios este año, y siendo así mal podia aprender este Infante en colegios de religion que no era, cuanto y más que ni sultan Aerío pasó entónces á Goa, ni salió de Terrenate jamás, ni nunca se bautizó, sino que fué moro. Supuesto esto, volvamos á la historia, que todavía se lamentaba la madre porque le quitaban su amado hijo, caras prendas del rey Boleife: derramaba lágrimas, daba voces como loca, diciendo que no queria ver Rey á su hijo, si habia de ser como los demas. Quitáronsele por fuerza; y como la desconsolada señora diese voces de dolor de que con aquella violencia la llevasen al Infante, aquellos soldados, ¡oh acto impío, atroz y detestable! arremetiendo á ella, la arrojaron por la ventana á la calle, donde, ántes que con el hijo saliesen por la puerta, murió despeñada: si lo mereciera como Jezabel, justa fuera la muerte; pero sólo por no querer dar el hijo de sus entrañas, no tiene disculpa delante de Dios esta crueldad nefaria. No me acuerdo que llegasen los tiranos de Herodes á cometer en las madres de aquellos ángeles niños mayor inhumanidad, pues cuando allá hubieren excedido en el rigor, su oficio, trato y ley no prometia ménos; y cuando acá fuera ménos, por no caber en la piedad cristiana tal impiedad, fueran dignos los ejecutores de mayor castigo. Alborotáronse los reyes todos del Archipiélago. Juntáronse los Sangajes y Cachiles admirados de que hubiese tal crueldad en gentes; execraban el hospicio que á los primeros portugueses hizo el rey Boleife; maldecian la hora en que los conocieron, y trataron de morir ó tomar la fortaleza. Fué tan grande este desconcierto de matar la madre del nuevo Rey, que algunos historiadores portugueses le callan por no contar cosa tan abominable de nacion tan cristiana; yo la dejára entre renglones, si no anduviera público en otras historias, aunque era necesario el escribirle, porque éste fué el principio de las crueles guerras que hubo en aquellas Islas de allí adelante, y el orígen del ódio general que contra los portugueses concibieron los Reyes y señores de aquel Archipiélago, y la persecucion que contra la tierna Iglesia se levantó en la

isla de Moro, donde los venerables clérigos Simon Vaz y Francisco Alvarez ponian nuevas plantas en la Iglesia, y plantaban el huerto de las azucenas, que presto el color cándido habian de trocar en el purpúreo carmesí con la sangre de algunos recien cristianos, y del santo sacerdote Simon Vaz. Tantos males causa un desórden de soldados impíos y crueles, que como tigres que con la música y consonancia se irritan y embravecen, á la de los gemidos y llanto de la iava, madre de Aerío, se enfurecieron hasta hacerla pedazos, debiendo como leones generosos que á las lágrimas de mujeres se humillan, compadecerse de las que tan justamente derramaba, que corazones de piedra ablandáran, cuanto más de carne, aunque estos suelen ser más áridos y empedernidos: pensamiento no dudoso, y que obligó á Dios á mandar á su caudillo Moisés á que hablase con la piedra del desierto de Sim, en la region de Cades, y que la hiriese con la vara, como treinta y nueve años ántes habia hecho en Raphidin, para que diese agua, que á veces las piedras hacen más sentimientos que los hombres, como se vió en la muerte de Cristo, que estando los judíos tan insensibles, que turbándose el sol, oscureciéndose la luna, temblando la tierra y rasgándose el velo del templo, se holgaban de ver padecer al Hijo de Dios, y cuando sus corazones no hacian sentimiento, le hicieron los duros peñascos unos con otros. En esta verdad se fundó aquella antigua fábula de Orfeo y Anfion, de quien se dijo que amansaban los tigres y atraian las piedras con su música, que eran los hombres rústicos y silvestres que redujeron á vida política, como moralizó bien Horacio en su *Poética:*

Silvestres homines sacer interpres que Deorum
Moribus, et victu fædo deterruit Orpheus
Dictus ob id lenire tigres, rapidos que leones:
Dictus et Amphion Thebanæ conditor arcis.
Saxa movere sono testudinis et proce blanda
Ducere quo vellet.

No reparó mucho Tristan de Atayde en la crueldad cometida, ántes aprobó el hecho y alabó la obediencia de los solda-

dos que le llevaron al Infante, á quien coronó por rey de Terrenate, cuando daban los moros honrosa sepultura á su desgraciada madre, muy diferente de la de Neron, que si ella dijo que á trueque de ver imperar á su hijo queria perder la vida, como de hecho la perdió, esta ilustre iava murió por no ver Rey á su hijo, y por estorbarlo acabó despeñada.

CAPÍTULO XI.

Mueve guerra injusta Tristan de Atayde al rey de Bachan; mata con veneno por su órden Catabruno al rey de Gilolo, y levántase con el reino. Pasa á Mindanao Juan Pinto, y arma contra sí el reino.

Coronado el nuevo rey de Terrenate, dióle aposento el Capitan en la fortaleza, honrosa prision, y desdichados reyes, pues despues de Boleife, todos estuvieron presos, no teniendo otro fin que ser señores del reino los Capitanes: señaló luégo por gobernador de Terrenate á un indio amigo suyo, porque le daba arbitrios para enriquecer en breve; llamábase el moro, Camarrao, y luégo envió á dar cuenta á los reyes de Bachan y Tidore de lo que le habia movido para prender á Tabarija y enviarle á la India, y levantar por rey á sultan Aerío y detenerle en la fortaleza, que era por asegurarle el reino, y que no le matasen por allá fuera, por órden del desposeido rey Dayalo. Enviáronle á decir los Reyes y Sangajes que habia hecho muy bien, pues otros Capitanes antecesores suyos habian hecho otro tanto, y otras cosas peores de que no habian sido castigados, ni tampoco lo seria él, que hiciese lo que quisiese, pues tenia autoridad de quitar y poner reyes á su voluntad. Disimuló con la respuesta Tristan de Atayde, viendo que tenian razon, y trató de hacer su negocio, que era juntar clavo, á que atendia más que á administrar justicia. Camarrao le ofreció cuanto clavo hubiese en el reino, con que le tenia grato y contento, y para esto mandó apregonar en toda la tierra que á nadie se

vendiese clavo sino al Capitan ó á su Factor, y el mismo Tristan de Atayde, en la misma conformidad, echó entre sus portugueses un bando que ninguno rescatase clavo, pena de perdido. Con esto se alborotaron los unos y los otros: los terrenates, viendo que no eran señores de sus haciendas, pues no las podian vender libremente á quien quisiesen; y los portugueses, viendo que no podian emplear cuatro paraos que tenian para remediar su pobreza, pues si pasaban á aquellas partes muchos de ellos voluntarios á servir á su Rey y sin recibir paga suya, era con las esperanzas de emplear cuatro reales que tenian. El rey de Bachan, no sólo no hizo lo que el Capitan deseaba; pero mandó que nadie vendiese el clavo al Capitan, ni por el precio que queria, que era muy bajo, sino á todos, así indios como portugueses, propios como extranjeros. Los factores de Tristan de Atayde pasaron á Bachan á hacer clavo, pero no hallaron ninguno, de que se enojó tanto el Capitan que juró por los Santos Evangelios que le habia de hacer cruel guerra, no reparando en que estaba debajo del amparo del rey de Portugal; aprestó luégo armada y cometió la inícua ejecucion que intentaba, á Antonio Pereira y á Jorge Gutierrez, que juntaron muchos soldados, que como sabian que iban á robar y sin peligro, acudieron muchos. Surgió la armada en Bachan; retiróse el Rey á lo íntimo de su tierra; dió Antonio Pereira en algunos pueblos tan de sobresalto, que ni tuvieron lugar de huir ni retirar sus haciendas; robaron cuanto hallaron y cautivaron mucha gente de todo sexo y edad, que despues vendieron por esclavos, y acabado el saco, ponian fuego al pueblo, que siempre fué leal y obediente al rey de Portugal, y con la seguridad de las paces juradas aguardaban en sus casas á los portugueses: de esta manera saquearon y quemaron muchos pueblos en Bachan, y, cargados de riqueza y cautivos, entraron triunfando en Terrenate. Este suceso espoleaba los ánimos de los Príncipes que trataban ya de destruir los portugueses, porque quedaron tan escandalizados de este caso como del primero. Envióse á quejar el Rey al Capitan, diciendole que no era posible que fuese sabedor de lo que Antonio Pereira habia hecho en su tierra,

siendo él fiel vasallo del rey de Portugal, y amigo antiguo y verdadero de los portugueses y de los Capitanes pasados, de quien habia recibido muchas honras y favores. No difirió á la Embajada el codicioso Capitan, ántes volvió, cebado en la riqueza que trajeron, á enviar segunda vez la armada para acabarse de destruir la Isla, y tomarse cuanto clavo y haciendas habian quedado. Avisaron al Rey sus centinelas que la armada volvia á Bachan. Juntó su gente y trató de defenderse; saltó en tierra Pereira, donde se trabó con los moros y murieron de entrambas partes algunos: avisó al capitan Atayde, el cual, con brevedad y ayuda de los reyes de Terrenate y Tidore, pasó á Bachan, donde halló muertos algunos portugueses: entró en el rio, y queriendo subir por él, hallóle embarazado con cantidad de árboles grandes que de las dos riberas derribaron sobre él; quiso despejarle, pero desde el monte le mataron alguna gente los bachanes: envió á Diego Sardina con una escuadra de mosqueteros á que limpiase la ribera. El Rey entónces, viendo que habian de desembarazar el rio y salir con su intento, envió muchos gastadores á que cortasen una pequeña loma de tierra para echar por allí el rio, lo cual se hizo miéntras los portugueses quitaban los árboles; que como eran muchos y grandes gastaron mucho tiempo: abrieron bastante madre y sacaron el rio de su cáuce, cuando de improviso quedó toda la armada en seco enterrada en la lama. Vióse perdido el Capitan, porque acudió el rey de Bachan con toda su gente allí por concluir de una vez la guerra y acabar á los portugueses: mataron algunos é hirieron muchos, hasta que metiéndose por la lama, tomaron la ribera y se compuso el escuadron, que marchando fué á donde habian sangrado el rio; juntó la gente, y aunque con mucho trabajo, taparon con rama y fagina el nuevo cáuce, y volvió el rio á su antigua madre. El Rey despejó la ciudad, retiróse con sus mujeres y familia, llevando su tesoro. Llegó el Capitan á la ciudad, y como no hallasen qué robar, los portugueses la pusieron fuego; quisiera seguir al Rey, pero como la tierra era anegadiza y áspera, volvióse á Terrenate dejando algunos portugueses muertos en la brega: tanto puede la codi-

cia. Despues se concertaron las paces y se contentó Tristan de Atayde con doscientos bares de clavo, que le dió el rey de Bachan. Gobernaba á Gilolo, Catabruno, por el Rey; aspiraba á la corona y aseguróse por parte de los portugueses, comunicando con el Capitan su traicion, dándole muy buen cohecho y promesas grandes en lo de adelante; determinóse la muerte que se habia de dar al Rey, que habia de ser de veneno valiente y presuroso. Volvió el traidor á Gilolo, y asegurándose con otros traidores, ejecutó su traicion y entronizóse en el reino.

Por este tiempo habia pasado á Mindanao un Juan Pinto á descubrir aquella tierra que decian era muy rica de oro, con órden é instrucciones del capitan Tristan de Atayde; aportó con buen tiempo á Siargao, isla del Mindanao; su navío fué bien recibido del Rey, hicieron amistades inviolables á su usanza, que es sangrándose del brazo los que la han de contraer y bebiendo el uno la sangre del otro, quedan ligados con vínculos de amor recíproco. Con esto, el Rey proveyó al Juan Pinto de todo lo necesario, y tratábanse todos como amigos; parecióle al cosario portugués, que este nombre merece quien en fé humana y trato es inferior á un bárbaro, hacer una presa en aquella gente y llevarla á vender á otra tierra. Fuése al navío, y abriendo la escotilla aguardó que los indios le fuesen á visitar, y fiados en la amistad jurada iban y venian al navío; y cuando le pareció que era tiempo, convidó á algunos á ver lo interior del navío; y cuando los tuvo dentro, cerró la escotilla: de esta manera metió en diversas veces más de cincuenta mindanaos, á quien desarmaba y metia en hierros, y érale fácil, porque como iba ahora un barco y otro despues y no volvia nadie á dar la nueva, llegaban los unos y los otros descuidados y caian en la trampa: queriendo levarse el navío y acogerse con los esclavos, soltóse uno que estaba fuera, que ya en la escotilla no cabian, y saltó al agua, y tomando tierra, dió cuenta del caso: el Rey, como un leon, lleno de justo enojo, juntó algunas galeras y acometió el navío que por falta de tiempo no habia podido salir de la bahía; defendióse con la artillería, y haciéndose á la mar, le cargó un temporal tan grande, que fué misericordia de Dios

no dar con el navío á la costa: alijó cuanto tenia, hasta la artillería, con que destrozado y maltratado llegó á Terrenate, donde luégo se publicó lo que habia hecho, con que se resolvieron los Príncipes de aquella tierra á hacer guerra á fuego y sangre á los portugueses, confederándose con los reyes de las islas Papúas, Vaigaman, Vicaigeo, Quibicio y Mincimbo.

CAPÍTULO XII.

Levantan la obediencia al rey de Portugal los reyes del Maluco; Catabruno persigue la nueva Iglesia: llega á Goa y bautízase el rey Tabarija.

Juntáronse en Tidore su Rey, el de Bachan, Cachil Dayalo, rey legítimo de Terrenate; Catabruno, rey de Gilolo; los Sátrapas, Sangajes, Cachiles y señores de aquel Maluco, y por el rey de Tidore, en nombre de todos, determinó y declaróse, habiéndolo consultado entre todos, junto el pueblo, que atento que los portugueses de huéspedes y extranjeros se habian hecho Reyes y señores de sus reinos, haciéndoles tan manifiestos agravios y robos, ejecutados con tan crueles muertes, quitando los legítimos Reyes y poniendo en su lugar á quien les daba gusto, á fin solamente de robar la tierra y ser señores de las vidas y haciendas de los naturales, con más soberbia y arrogancia que si hubieran heredado de sus padres los cetros y coronas del Maluco, hasta robar las haciendas de los mercaderes extranjeros, que debajo de seguro daban fondo al amparo la fortaleza del rey de Portugal y de su Real estandarte, que estaba allí para defensa de los injuriados; y no contentándose con los desafueros hechos en aquellas islas, pasaban á otras circunvecinas á cautivar gente, engañándola hasta meterla en los navíos; y despues, como si fueran cautivos habidos en justas guerras, cargándolos de hierro, los llevaban á vender, como si fuera mercadería corriente, á otras tierras: y por cuanto esto no tenia remedio, ni habia esperanzas de que jamás le habria, pues hasta

aquel punto no habian visto ningun Capitan castigado, que levantaban la obediencia que habian dado al rey de Portugal, por cuanto cuando se la dieron fué porque les amparase y defendiese y conservase sus Reyes, leyes y fueros, y no solo no lo hacian los Capitanes como tenian obligacion, ántes los destruian y robaban, quitando la vida á los Reyes y señores más principales con muertes atroces é inhumanas, contra toda razon y justicia, y ser derecho natural buscar cada uno la defensa como mejor pudiere: con que quedaban libres de los juramentos que habian hecho por haber sido condicionales, por desobligar siempre que no se ejecutaren las condiciones, y de nuevo juraban sobre el Alcoran, y sobre los sepulcros de sus antepasados, de unirse y confederarse todos contra los portugueses y no tomar ninguno á vida, sino borrar su nombre de todos aquellos reinos para siempre jamás; y que en caso que no pudiesen destruirlos por llegarles socorro, si se viesen vencidos, se desterrarian de todas las islas, y se pasarian á vivir á otras tierras, talando y abrasando ante todas cosas las claveras de todas las cinco islas, y las palmas del sagú y todos los demas árboles que pudiesen servirles de mantenimiento, para que no teniendo aprovechamientos ni mantenimiento alguno, se volviesen á la India; dijo, y confirmáronlo todos, jurándolo solemnemente, y añadiendo las mayores execraciones y maldiciones á su usanza que entre ellos habia, añadiendo que cada uno en su distrito matase cuantos portugueses hallase, para que se señalaria tiempo, lo cual quedaba á disposicion del rey Dayalo, que era el Capitan general de esta liga.

Disolvióse la Junta, y cada uno se volvió á su distrito, aguardando á los reyes de los Papúas con su gente: Catabruno, Rey tirano de Gilolo, volvió á su reino y armó contra el Sangaje D. Juan de Momoya algunas galeras para tomarle la tierra y hacerle renegar con todos los de aquel señorío que se habian hecho cristianos; aborrecia el moro el nombre de Cristo. Celaba el de Mahoma y queria perpetuarse en la corona del usurpado reino, mostrándose celador de su ley, cosa que suele llevar los ojos de la plebe el ver al Príncipe desaficionado ó aficionado á

una religion, y en nuestros tiempos vemos al Xa, gran rey de Persia, que con ser moro, por haber hecho honras á los reverendos Padres Fray Cristóbal del Espíritu Santo, Prior del convento de San Agustin de aquella ciudad, castellano, y natural de la villa de Illescas, seis leguas, y en medio de las imperiales Madrid y Toledo, conocido en ella por Cristóbal de Vega, y en la religion, Persia y toda la India desde el Japon á Ormuz, y en la provincia de Portugal, por su virtud y santidad; y al Padre Fray Jerónimo de la Cruz, portugués, maestro de novicios que fué del gran Prelado D. Fray Alejo de Meneses, de la órden de San Agustin, Arzobispo primado y Gobernador de la India oriental, y desques Visorey de Portugal y Arzobispo de Goa, y últimamente Presidente de su Consejo; y al Padre Fray Antonio de Gobea, lector entónces de Teología, y famoso púlpito, y ahora meritísimo Obispo de Sirene, los moros de la Persia los han hecho contra su mismo natural muchas honras, sólo porque el Xa, gran Sofí de Persia, les favorece y acaricia, ¡tanto mira la plebe al semblante de su Rey! Ya en la misma Persia, en ancianos tiempos, habia hecho otro tanto el rey Asuero, cuando favoreciendo la religion de los judíos, y levantando á Mardocheo á su gracia, la plebe la comenzó á estimar, de suerte que muchos de diferentes sectas se pasaban á ella y estimaban sus ceremonias. Por el contrario, si desfavorece la religion en favor de la que profesa el reino, todos le siguen con tanta facilidad, que el más tímido se convierte en leon cruel, teniendo para sí que gana indulgencia plenaria si concurre, aunque remotamente, en el acto contra algun cristiano, como San Pablo, que guardó las ropas de los que apedreaban á San Estéban; como seguia el pueblo á Neron, aunque impío y cruel contra su patria, porque persiguió los cristianos, y aunque por sus tiranías le aborrecian y deseaban subrogar en su lugar otro Emperador, se aseguró por entónces en el imperio y obediencia, sólo mostrándose celador de su ley y persiguiendo los cristianos, derribando templos y martirizando varones santos y sagradas vírgenes, ó bien llevado de materia de Estado ó de perseguir la religion cristiana. Entrambas cosas movieron al feroz Catabruno: estaba

mal recibido en el reino, porque ascendió al trono con bárbara violencia y manifiesta tiranía, atosigando al Rey legítimo; aborrecíale la plebe que amaba al difunto. Deseaba ganarla él la voluntad, y viendo cuán mal habian tomado los moros la introduccion de la cristiandad en Momoya, determinó, conquistando la tierra, destruirla; con que aplaudió á la gente y aseguró la tiranía á que habia afectado, no siendo el primer intruso del mundo. Presta ya la armada, siguióle el reino todo. Acomete los pueblos de aquella provincia: ríndense los más; derriba los templos y publica edicto que todos dejen la fé de Cristo; retroceden los apóstatas y siguen al tirano victorioso, que pasa á la ciudad de Momoya, donde el Príncipe cristiano tenia su corte; cércala Catabruno: pónese en defensa D. Juan, animado con el presidio que tenia de portugueses: amenazaba el fiero moro á fuego y sangre la cristiana ciudad si no se le entregaba, y negaba la obediencia á D. Juan y la fé á Dios. Trabajó D. Juan por sustentarla con ánimo de fiel cristiano y de valiente Capitan, acudiendo á hacer el oficio de soldado como si fuera uno de ellos; defendíase con notable valor, hasta que los portugueses, que debieran morir por la honra de Dios y de la fé católica que allí habian plantado, por el honor de su nacion y por la amistad y abrigo que les habia hecho D. Juan, dándolos seguro hospicio, y como dice el Padre Lucena en la historia que escribió del Padre Javier, capítulo diez y siete del tercero libro, no sólo los habia hospedado y servido, pero áun amparado y librado de la muerte muchas veces con notable valor y no poco riesgo de su persona, le desampararon y se pasaron al ejército de Catabruno, sin tener respeto, ya que no á Dios, que habian honrado á aquel Príncipe en el bautismo con el nombre del serenísimo rey de Portugal, D. Juan el tercero, llamándole Juan como á él. Desmayó el cristiano Príncipe, y aunque el golpe pudiera hacerle titubear en la religion que profesaba, por ser tierno en ella, á quien cualquiera pequeña ocasion escandaliza, quedó como más sólo y desamparado, más fuerte por acudir Dios en estas ocasiones con mayores favores: consideró el prudente Príncipe que el mal cristiano no puede afear ni macular la fé

que es limpia y pura, y si los portugueses tenian la culpa, no era razon culpar la religion y fé cristiana, que manda lo contrario de lo que ellos hicieron. Con esto animó á sus soldados, repartió de nuevo los puestos para la defensa de su ciudad, que Catabruno la amenazaba con general asalto, y pareciéndole á Don Juan que no lo podria resistir y que habia de ser entrada á fuerza de armas y que el moro habia de matar á tormentos cuantos no quisiesen renegar, fuése á su palacio é intentó uno de los más notables hechos que en historias se leen, y semejante solo la villa de Madrid pudo gozarle en aquel ilustre caudillo suyo, Gracian Ramirez, que porque sus hijas y mujer no fuesen miserables despojos de los moros, las degolló en la ermita de Nuestra Señora de Atocha. Entró D. Juan en el aposento donde su mujer é hijos estaban, que como nuevos cristianos y aficionados á la fé que profesaban pedian á Dios favor en aquel conflicto; enterneciósе con ellos, dióles á entender el estado en que estaban y que la ciudad sin remedio seria entrada y todos cautivos, y que Catabruno hacia renegar los cristianos y que se hiciesen moros á poder de amenazas y tormentos, y que ellos correrian el mismo riesgo, y estaban á peligro de retroceder en la fé por ser tiernos en ella, y el riesgo de sus almas era grande, que habia determinado, por evitar peligro tan cierto, matarlos; pues les estaba mejor reinar con Cristo muriendo, que no servir á Mahoma viviendo; y diciendo y haciendo, con mejor intencion que consejo, que como dicen los doctores con Santo Tomás sup. 1 y 2, q. 19, art. 7, la buena intencion disminuye la malicia del mal medio, porque le quita algo de la voluntad, les vendó los ojos porque no viesen el rigor del cuchillo, á que obedecieron mujer é hijos, alabándole el intento y animándole á que le ejecutase, prometióles de matarse luégo á sí mismo para acompañarlos. Con esto los fué degollando, habiéndolos abrazado primero y pidiéndoles rogasen por él á Dios, y como la Divina Majestad recibiese la intencion de D. Juan y no mirase al inconsiderado acto, que habia cometido con ignorancia invencible, proveyó de que entrase quien le estorbase el matarse á sí mismo, á que ya se disponia, y le dijese que dónde podia em-

plear mejor la vida que en la defensa de su ciudad, porque ya la asaltaba el enemigo. Acudió D. Juan á animar á sus vasallos y á resistir á las partes más flacas; pero como la fuerza que traia Catabruno era grande y el ímpetu con que por várias partes fué acometida la ciudad terrible, rindióse á la felicidad del moro, donde se dió el saco, robando y matando sin respetar sexos ni edades. Hubo el bárbaro Catabruno á las manos al Sátrapa D. Juan, y preguntándole por qué habia muerto tan inhumanamente á su mujer é hijos, le respondió con cristiana libertad, que no le daba pena haberlo hecho, porque en el cielo los tenia seguros, donde no apostatarian de la fé que en el bautismo profesaron, y en su poder no lo estuvieran, y que él por confiar de Dios que le habia de dar fortaleza para sufrir la muerte por su ley y amor, habia llegado á su presencia, para que por su mano fuese más ilustre la corona que esperaba; quisiera matarle el bárbaro, pero fuéronle á la mano algunos Cachiles suyos, y por entónces contentóse con tomarle la tierra y desterrarle; mandó derribar las iglesias y á sus ministros de justicia que hiciesen renegar la gente á poder de castigos y tormentos: no fué menester mucha diligencia para que los rendidos obedeciesen el inícuo decreto del vencedor; renegaron todos, quebrando los moros todos su furia en el Padre Simon Vaz, que perdió la vida en ódio de la fé. El Padre Francisco Alvarez tuvo noticia en una villa, donde estaba predicando el Evangelio, de la toma de Momoya y demas victorias de Catabruno: embarcóse para ir á Terrenate con algunos portugueses que le meterian en cabeza, que huyese la persecucion, debiendo asistir á sus ovejas contra el lobo como buen pastor; pero en el camino, encontrando con una fusta de la armada enemiga la de aquellos portugueses, trabaron pelea. Los unos y los otros pelearon con coraje, y apartándose bien heridos de ambas partes, quedaron por buenos todos: no sacó pocas heridas el Padre clérigo Francisco Alvarez; pero ménos honrosas que las de el otro venerable clérigo y buen pastor, que por no apartarse de su rebaño están laureadas en el cielo: el barco de portugueses entró lleno de miedo y temor dando las infelices nuevas de Momoya en Ter-

renate, y Catabruno victorioso lleno de riquezas, despojos y cautivos en Gilolo, donde con borracheras y gritos celebraron la victoria, y en Terrenate el Capitan y soldados con llantos y confusion la caida de aquella nueva Iglesia y tierna planta destruida por su culpa.

Pero templemos el justo dolor de esta desgracia con la buena llegada á Goa del rey Tabarija, que con toda su casa se bautizó con general alegría de esta gran ciudad, terror del Asia, habiéndole dado por libre el Gobernador de la India, y sintiendo que sus Capitanes se tomasen tanta autoridad de castigar por leves sospechas, ó más por su antojo, Reyes de quien ántes temblaba el Maluco todo, y á quien solian reconocer vasallaje los de aquellas islas; hízole grandes honras; el bautismo se celebró con general aplauso y fiesta, y á su tiempo se despachó el rey Tabarija, con órden de que el Capitan le metiese en posesion del reino; pero llegando á Malaca, murió como buen cristiano; hizo testamento é instituyó por heredero del reino de Terrenate al serenísimo rey de Portugal y á sus herederos, de que despues se hicieron los actos de posesion necesarios para meter en la corona de Portugal al Maluco, como herencia del rey Tabarija.

LIBRO OCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Comienza la guerra contra los portugueses el rey Dayalo.

Corria ya el año de treinta y cinco cuando el Rey Dayalo, desposeido ántes del reino, volvió á ser obedecido de los suyos, y habiendo dado parte al Gobernador del reino Camarrao, gran confidente del capitan Tristan de Atayde, de la liga que todos los Reyes habian ordenado, habiéndole hecho algunas promesas, le juramentó para que ayudase por su parte á tomar aquella fortaleza, procurando, como amigo del Capitan, hacer alguna salida, de manera que echase fuera los más portugueses, para que quedando pocos dentro no hubiese tanta resistencia y les fuese fácil tomarla, y que él, por otra parte, quitaria los bastimentos, con que concluirian su negocio. Camarrao vino en lo que su Rey le mandaba, y le dijo que la amistad que entre él y el Capitan habia era muy grande, y procuraria que fuese mayor de allí adelante, mostrándose contra Su Alteza y los demas Reyes en lo exterior, pero que en secreto le daria aviso, no sólo de lo que pasase dentro de la fortaleza, pero áun de los pensamientos, para que por sus avisos se gobernase mejor. Con esto Camarrao se fué al Capitan y le dijo que habian llegado ciertos navíos de los Zelebes cargados de oro, como el que habia llegado ántes allí, que seria bueno enviase algunos portugueses para hacerlos ir á surgir á aquella fortaleza; que estaban en Gilolo ó en una de aquellas islas de la Batachina. El Capitan despachó luégo, en un navío, á un Juan de Caminna para que los buscase con algunos portugueses, y prosiguiendo la plá-

tica le metió en cabeza que en la isla de Mindanao, en los Zelebes y Macasar, habia mucho oro, que enviase gente con rescates y le traerian tanto, que no tendria necesidad de buscar otras mercaderías, y como cada uno se persuade con facilidad de aquello que desea, parecióle á Tristan de Atayde el arbitrio caido del cielo, y como la codicia le hiciese muy diligente, despachó dos armadas con muchos portugueses, la una á cargo de Jorge Atayde, su pariente, y la otra de Diego Fariña, á Macasar y á los Zelebes, con que quedó la fortaleza despejada de gente. Avisó Camarrao al rey Dayalo, con que se dispuso á dar principio á la guerra; hizo despejar la ciudad, las villas y pueblos más cercanos, de gente y comida; y teniendo noticia que el maestre Vicente Correa con cuatro portugueses habia ido á cortar madera al monte, y habia de volver con el batel cargado, lo esperó en cierto puesto por donde habia de pasar, y barloándole, degollaron los portugueses y algunos remeros; sólo uno escapó á dar la nueva: parecióle al Capitan que seria algun desman que habrian hecho los portugueses. Pasó á la ciudad y hallóla despejada de gente, y encontrando con algunos moros principales que se salian della, les pidió que se volviesen á la ciudad, que si la dejaban por algun agravio que se les hubiese hecho se lo dijesen, que él les satisfaria luégo; pero ellos se fueron y le dejaron. Camarrao, que habia salido en unas caracoas fuera, llegó en esta ocasion huyendo de unas galeras que le venian dando caza: fué ardid del traidor para asegurar más al Capitan; habia dado órden á su hijo que le siguiese, y en llegando cerca de la fortaleza que se volviese. Desembarcó Camarrao con mucha prisa y llegó muy asustado al Capitan, diciendo que hasta su hijo le perseguia, pues le tenia armada una traicion para matarle, no más de porque era su amigo, y que por las muchas obligaciones que le tenia, se iba á meter en la fortaleza para morir en ella debajo de su amparo; consolóle el Capitan y ofrecióle su favor. Los portugueses que oyeron el caso, como más cuerdos, sospecharon que aquello podia ser alguna traicion de Camarrao, y dijéronselo á Tristan de Atayde, á que no dió oidos por parecerle que seria

envidia dellos: estaba tan empeñado en tratos y contratos con este moro, que cuanto le decia tenia por cierto, y si otros le advertian algo, los tenia por sospechosos. Agasajóle en la fortaleza y dióle casa, teniendo al moro por leal, pues cuando los otros dejaban su ciudad, él se recogia á la fortaleza como buen vasallo del rey Aerío. Trató con él el Capitan de reducir la gente de la tierra por su medio, y él dijo que si le daba armada, y en ella algunos portugueses para llevar al Rey consigo y hacerle obedecer, que él volveria la gente á la ciudad, pero que de otra manera no se atrevia. El Capitan, pareciéndole que llevaba camino en lo que decia, hizo una armada de dos bergantines, tres paraos y algunas caracoas, y embarcando en ella algunos portugueses y al rey Aerío, se fué por las islas de aquel reino, llevando consigo á Camarrao, el cuál quisiera solo aquella empresa por armar mejor la traicion. Requirió Camarrao en nombre de su rey Aerío á algunos moros que se volviesen á la ciudad y obedeciesen á su Rey, que tenian presente, y no se desaviniesen con los portugueses, con quien tenian antigua amistad, y que si se sentian agraviados lo dijesen, porque el Capitan estaba presto de satisfacerles. Los moros respondieron con libertad que el sultan Aerío era rey de Tristan de Atayde, y el que ellos tenian era el legítimo y verdadero, que era Dayalo, á quien tenian ya consigo; ni querian Rey que fuese amigo de los portugueses, con quien no querian comercio ni amistad miéntras Tristan de Atayde gobernase la fortaleza, por los muchos agravios que aquel reino habia recibido dél; pero que en tomando la venganza que de su persona deseaban, volverian á correr en amistad con los portugueses. Gran sentimiento mostró el Capitan de que se dijese aquello en su cara: resolvióse por bien ó por mal reducirles; corrió la costa y quemó algunas poblaciones yermas por haberlas desamparado los naturales, que todos se habian embreñado en la sierra, donde hicieron su poblacion, tan escondida y fuerte por el sitio, que con seguridad podian habitarla: mataron todos los perros y gallos, cuyos ahullidos y cantos pudieran avisar á los portugueses del sitio, y desde allí daban tantos asaltos á los que

salian de la fortaleza, que ninguno volvia con las nuevas, ni fueron menores los que en la misma fortaleza daban, porque de noche arrojaban dentro della muchos artificios de fuego, y pretendian quemar las puertas; á pocos lances les abrasaron cuantos barcos y almadías tenian de servicio; los negros esclavos, si salian por leña ó agua, la pagaban con la vida: no se sosegaban los portugueses, ni los moros les daban un rato de descanso, porque como eran pocos, y el trabajo mucho, siempre estaban con las armas á cuestas; el hambre les hacia más guerra, porque no tenian bastimentos. El Capitan envió un bergantin y en él á Diego Sardiña con algunos portugueses, á la isla del Moro á buscar alguno, y volvióse sin hacer nada; volvió á despachar una barcaza y diez mosqueteros en ella portugueses, á que acometiese de noche cierta aldea donde habia bastimentos, en la tierra de Moro; pero todos fueron degollados por los indios, y tomaron el batel y artillería. En Terrenate continuaban el asalto los enemigos, y llegó á tanto el aprieto en que la fortaleza estaba, que el Capitan hizo una barraca y enramada junto á la puerta principal della, donde salió con todos los portugueses, y allí estaban de dia y de noche con las armas en la mano, pero con tanta hambre y necesidad, que comian hierbas del campo; si era éste el estado en que puso Dios á Nabucodonosor por su soberbia, haciéndole bestia del campo, sustentándose con lo que los animales, aquí puso á Tristan de Atayde y á su gente, por los pecados y desórdenes que habia cometido, en otro tal, pues áun sin riesgo no podian tomar del campo las hierbas, de que aún no se veian satisfechos; cuanto ántes era la codicia de adquirir riquezas, echando bandos y poniendo leyes en razon de las que dan aquellas islas, impidiendo la venta del clavo, de que no se veia harto el Capitan, agora es tal la necesidad, que se contentára con el pan de sagú que sobraba á los enemigos. Desta penuria daba aviso al rey de Terrenate el enemigo doméstico Camarrao para que no cesase de hacer los asaltos ordinarios, con que acabaria los portugueses, que para entregar la fortaleza les faltaba poco, por la extrema necesidad en que estaban.

CAPÍTULO II.

Prosigue la guerra el rey de Terrenate. Toman los bandeses un navío y degüellan todos los portugueses dél. Pelea Tristan de Atayde con el enemigo y degüéllale la guarnicion de un fuerte; llega Simon Sodre con socorro.

Con los continuos avisos que el rey tenia de Camarrao, que como vivia dentro de la fortaleza y veia las necesidades que los portugueses pasaban, y trabajos que con las armas á cuestas padecian, los enviaba ciertos y á menudo; no perdia un punto en afligirlos más, ya de dia no consintiéndole tomar leña ni agua, pues una gota de ella les costaba muchas de sangre; ya de noche tocando armas falsas por varias partes para no dejarlos tomar un punto de reposo; por otra parte, enviaba á convocar gentes por todo el Archipiélago para combatir á su tiempo la fortaleza. Despachó caracoas ligeras á la isla de Mindanao por una parte, y por otra á las de Banda, dando cuenta á los Reyes de cómo tenian apretados á los portugueses, y la fortaleza casi tomada, por los desafueros y sin razones que cada dia les hacian, y por aquí les fueron informando de los agravios que les habian hecho, encareciéndolo todo lo posible, á fin de que les enviasen socorro de gente para arrasar la fortaleza. El rey de Mindanao tenia ódio mortal á los portugueses desde el caso de Juan Pinto, que dejamos contado en el capítulo undécimo del libro pasado, y de tal manera le han heredado todos los indios de aquella Isla, que hasta hoy les dura, como lo hemos experimentado los españoles de las islas Filipinas, y cada dia, con harto dolor nuestro, experimentamos, porque estos indios no hicieron diferencia de castellanos á portugueses, y así á todos nos igualaron por una medida; y lo que este bárbaro de Juan Pinto hizo, pues tal nombre merece quien tales obras hace, presto lo pagará la armada de Villalobos, como verémos adelante, pagando justos por pecadores. Prometió gente al rey

de Terrenate, y no dejar llegar hombre blanco jamás á sus puertos. Lo mismo prometió el rey de Banda, que ya habia gozado por allá de los portugueses y sabia lo que en Terrenate habia pasado, y estando con este cuidado, acertó á llegar á aquel puerto un navío de un Jorge Alvarez, portugués, cargado de haciendas, armas y artillería, y entró con la seguridad que otras veces solian entrar en los puertos de aquellas islas; los bandeses dejaron descuidar á los portugueses, y dando de repente sobre ellos los degollaron todos sin tomar hombre á vida, saquearon el navío y enviáronle luégo con todas las armas, municiones y artillería, y con buen socorro de gente, al rey Cachil Dayalo, que recibió tanto gusto como si él hubiera hecho aquel salto, y le festejó con grandes fiestas y borracheras, que hizo á los bandeses que le habian llevado, y dió parte luégo del suceso á los reyes de Tidore, Bachan y Gilolo, que no lo celebraron ménos. El rey Catabruno pidió al de Terrenate le restituyese algunos pueblos que tenia en su jurisdiccion y eran del reino de Gilolo: Dayalo se los volvió con gran liberalidad, así por el hospedaje que en aquel reino habia hallado, como por que no era tiempo de hacer otra cosa en tiempo que el mismo Catabruno le daba ayuda y favor para volver á entrar en la posesion de su reino, y gente para tomar venganza de los agravios recibidos. Proseguia Dayalo en apretar los portugueses, en que no perdia tiempo ni ocasion; tenia aviso de la hambre que padecian, y que en aquel estado no podrian durar mucho. Por otra parte, el Capitan, pareciéndole que era mejor de una vez romper con los enemigos que morir allí rabiando de hambre, y tambien por darlos á entender que no estaba tan sin fuerzas que no tenia las que bastaban para desbaratar sus intentos, habiendo tenido noticia que una legua de allí estaban fortificados en un buen fuerte con su foso y otras defensas que enseña el arte militar, aprestó cien hombres de hecho, y de quien él más se fiaba, entre los cuales eran Baltasar Bogado, Jorge de Brito, Antonio Pinto, Enrique Jorge y Antonio Teijera, y otros muy bien armados, y todos de gran determinacion, y envióles á tomar aquel puesto, donde

forzosamente habian de tener recogido bastimento. Dieron en el lugar los valientes y necesitados soldados de repente, pero como los enemigos se velaban, resistieron con brío; pero como fuese mayor el de los portugueses, de tal manera apretaron con ellos, que entraron en el fuerte, degollando cuantos habian á las manos, con que los que pudieron tomar el camino del monte lo tuvieron á gran ventura. Hallaron los vencedores cantidad de bastimento, que en aquel fuerte Cachil Dayalo habia mandado almacenar para el sustento de sus soldados; recogióse todo y alcanzóse esta victoria á costa de dos muertos y de algunos heridos, con que se recogieron á la fortaleza, y la gente con la comida volvió en sí; y deseaban hacer estas salidas, aunque fuesen tan á su riesgo, á trueque de buscar de comer. Poco despues de esta victoria llegó un socorro que de Malaca enviaba D. Estéban de Gama, Capitan de aquella ciudad, de cincuenta hombres á cargo de Simon Sodre, el cual llevó algunos bastimentos y municiones, y fué de harta consideracion la llegada de esta gente, porque la que habia estaba muy cansada y enferma, y para que corriendo la voz de que habia entrado socorro los enemigos no anduviesen tan insolentes. No quiso perder la ocasion el Capitan de seguir la fortuna que parece se le iba mostrando algo favorable; armó algunos navíos y salió en persona con ellos, dejando á Simon Sodre el cargo de la fortaleza; dió en algunos lugares de moros, que por estar más apartados de la ciudad no los habian despejado: abrasólos, habiéndolos saqueado, pasando á cuchillo cuantos en ellos hallaba, y habiendo cargado del bastimento que halló se volvió á la fortaleza, y enviando luégo en su lugar á Vicente Sodre, hizo otro tanto y destruyó con mucha brevedad muchas villas y lugares, degollando muchos moros; recogió muchos bastimento, y cargado dél se retiró á la fortaleza. El Camarrao avisaba á Cachil Dayalo de todo, y, entre otras cosas, le envió á decir que no tuviese bastimentos en ningun lugar de la costa, porque la guerra que le hacian los portugueses habia sido con la provision que habian hallado, que si no fuera por ella ya estuvieran muertos y consumidos de hambre y necesidad.

CAPÍTULO III.

Entra Francisco de Sosa un fuerte del enemigo. Toma el terrenate un parao de portugueses y degüéllalos. Sale Tristan de Atayde á pelear con su armada, y retírase; llega socorro á la fortaleza; acometen los enemigos la nao surta; trata el portugués de paces.

Todos los moros que huyeron de las poblaciones que los portugueses destruyeron, se retiraron á lo áspero del volcan, y en él eligieron un sitio fuerte por naturaleza, y tan ágrio que no pudiese ser entrado, y de pocos seguramente pudiese ser defendido; hacia una mesa un pedazo de sierra tajado alrededor hasta fenecer en un hondo valle, todo tan cerrado de árboles y montuoso, que áun á los jabalíes no daba entrada: por un lado tenia este sitio una subida tan derecha por una angosta senda, que si no es gateando no se podia subir por ella, ni la angostura della permitia que dos subiesen juntos; aquí les pareció que estaban seguros los moros, de donde bajaban á inquietar la fortaleza y á matar los que se desmandaban y apartaban della. Parecióle á Tristan de Atayde, teniendo noticia de este puesto, que tanto cuanto el ganarle tenia más de dificultad, tanto les sería más de honra, pues de entrar esta poblacion quedarian con más reputacion las armas portuguesas, y los bríos de los moros más reprimidos, resolvióse á acometerle; envió á llamar á Francisco de Sosa, que estaba en Talangame, y á la gente que consigo tenia: comunicóle el pensamiento y encomendóle la ejecucion dél, poniéndole por delante el servicio que á Dios, al Rey y á la fortaleza se hacia en quitar de allí aquel padrastro, y la honra que se le seguiria. Aceptólo Francisco de Sosa, que con veinticinco hombres que sacó de Talangame, y setenta que el Capitan escogió de los soldados que tenia de decir y hacer, acometió la sierra. Encomendó á Duarte de Teive y Anton Pereira, que con los setenta hombres

acometiese aquella senda inaccesible, y él embreñóse con sus veinticinco hombres y una guía, que le llevó por el monte á buscar otra entrada, que siempre le pareció que por arriba del volcan la habia de haber. Los setenta comenzaron á subir disparando su mosquetería para limpiar la eminencia de donde los moros se defendian; pero como la senda era tan ágria ganaban poca tierra, y de arriba se les defendia con facilidad: habia cargado allí toda la gente, pareciéndoles que la de la fortaleza era la que acometia el camino solamente, y que no habia otra, ni recelaban que hubiese otra entrada, por ser tajada aquella eminencia, y por la parte que se pegaba al volcan ser difícil la llegada allí; peleaban los de abajo por subir y los de arriba por defenderse, y cuando más ocupados estaban, los unos en trepar y los otros en arrojar galgas y maderos, Francisco de Sosa con sus veinticinco, habiendo vencido mil dificultades, entró el puesto, y puesto en órden comenzó á dar en las espaldas en los moros, que viéndose de súbito asaltados, volvieron contra ellos y trabaron una cruel escaramuza; los setenta, como hallaron ménos resistencia, ganaron la entrada, y dando sobre los moros, los pusieron en huida, saquearon el pueblo y abrasáronle, y cargados de despojos y cautivos, volvieron victoriosos á Terrenate. Los moros se retiraron á partes más escondidas, y rancheados como alarbes bajaban á lo bajo y hacian mucho daño en la poblacion de los portugueses, que junto á la fortaleza estaban; salian á ellos con las espingardas, pero como los indios se metian en el monte, ántes ofendian que eran ofendidos, y en estos rebatos los portugueses llevaban siempre la peor parte. El mismo trabajo padecian los que estaban en Talangame, de suerte que continuamente andaban con las armas á cuestas; las galeras y paraos de los Reyes andaban cerca de Terrenate y Talangame, procurando hacer lance en las embarcaciones de los portugueses. Sucedió que el rey Dayalo escondió su armada en una caleta muy cerrada, cerca de Talangame, y echó un parao ligero á la mar para obligar á los portugueses á que le acometiesen, y el parao habia de volver huyendo á donde estaba la emboscada, para que siguiéndole cayesen en el lazo. Salió el

parao, y descubriendo una almadía de negros de los portugueses, que estaban pescando, dióla caza y vino á tomarla casi dentro del puerto de Talangame. Embarcáronse luégo en dos paraos que estaban listos, Luis de Casal en uno con diez portugueses mosqueteros, y con otros tantos Pedro Enriquez en el otro, y siguieron la almadía que los moros llevaban, y desta manera Luis de Casal, que iba algo delante, dió en la celada: salieron las galeras de la armada de Dayalo á él; trabóse una cruel batalla entre Luis de Casal y la galera Real: no dudo yo sino que si Pedro Enriquez llegara á ayudar á su compañero fuera de importancia; pero como habia comido mucha gallina, apénas vió las velas enemigas cuando, sin consideracion de que su compañero quedaba como bueno peleando, largó la vela y batió los remos y se puso en vil huida. Luis de Casal fué cercado de toda la armada, y habiendo peleado hasta acabársele las municiones, los enemigos entraron en el parao, donde hacian con la espada maravillas los portugueses, y como quien sabia que habian de morir, peleaban con coraje y furia, matando muchos moros; pero como cargasen de refresco muchos, acabaron á los valientes portugueses, que vendieron bien las vidas. Pedro Enriquez dió la nueva á Tristan de Atayde, que deseoso de tomar venganza se embarcó en la armada que tenia presta, y embarcando la mejor gente que tenia, fué en busca del enemigo, que iba victorioso, la vuelta de Tidore: alcanzóle, y él volvió sobre Tristan de Atayde y trabóse una cruel batalla; no temian nuestra artillería los indios, y así ufanos, pareciéndoles que en aquella batalla se habia de concluir con todos los portugueses, porque sabian que venian allí casi todos, peleaban como á quien tanto importaba vencer y determinar pendencias antiguas; y como quien sabia que allí habia de quedar resuelto ser para siempre los terrenates y tidores libres ó cautivos: los portugueses hacian maravillas. En esto, una armada que habia salido de Tidore en favor de los suyos se fué llegando, y apretaron tanto á los portugueses, que sin duda estuvo allí arrojado el dado; y se perdiera todo si, conociendo Tristan de Atayde la ventaja de los enemigos y la temeridad suya, no se

retirára: fuése saliendo como pudo, y volviendo las proas á Terrenate, batieron los remos y dieron á huir: los enemigos los iban dando caza y grita con gran algazara y orgullo, y desde aquel dia perdieron el miedo á los portugueses. Tristan de Atayde se abrigó con la artillería de la fortaleza, y desde aquel dia determinó no salir más á pelear, sino sólo guardar los puestos, que eran tres, fortaleza, ribera y poblacion. Los enemigos, con mucha gente ménos, se volvieron á Tidore, cantando la victoria: de los portugues murieron pocos, pero heridos hubo muchos; dióles la vida el no ser barloados de la armada contraria, que si lo fueran, todo se acabára. Trató el Capitan de despachar los navíos á la India; Andrada dice que en recogerse y no volver á salir á pelear, sino de despachar á la India, hizo su negocio y no el del Rey, por cuya cuenta no envió ningun clavo, y suyo mucho, echando de clavo á la hacienda Real muchos bares, escribiendo á la India, que como habia guerras, no se habia recogido ninguno. El factor Pedro Rebello le hizo algunos protestos y requerimientos, pero sin embargo hizo su negocio, despachando su hacienda. Envió asimismo á Diego Sardiña en un navío que fuese á Banda á requerir á cualesquier Capitanes que allí hubiese, que con la gente y bastimentos que pudiesen, le fuesen á socorrer, porque corria riesgo aquella plaza de no ser socorrida, y que de allí pasase á Malaca á pedir al Capitan socorro de gente, bastimentos y municiones, de que la fortaleza estaba muy falta. Halló Diego Sardiña en Banda un castellano que debia ser de la armada de Loaisa, llamado D. Fernando de Monroy, que mostró ser en esta ocasion muy buen caballero, porque habiendo llegado á Banda cargado de clavo, se deshizo dél y cargó el navío de mantenimientos, y con veinte portugueses, á quien hizo porque fuesen muy grandes partidos, pasó á socorrer aquella fuerza. Enrique Mendez de Vasconcelos estaba tambien en Banda, y envió un junco con mantenimientos y doce portugueses, donde los dejarémos navegar la vuelta de Terrenate.

Los moros quedaron tan ufanos de la retirada del Capitan, que con notable soberbia y atrevimiento discurrian por aquellos

mares y llegaban hasta la fortaleza, que como no les disparaba por falta de pólvora, porque la poca que habia se guardaba para mejor ocasion, se atrevian á tanto, hasta disparar la artillería de sus navíos contra ella; cortaron todos los árboles de sagú y que tuviesen algun fruto de que pudiesen echar mano los portugueses, y hasta muchísima cantidad de claveras cortaron para que desconfiasen de no poder juntar más clavo. Pasaron á Talangame á quemar la nao de Francisco de Sosa, pero halláronla en defensa, llegada á tierra y defendida con algunas piezas de artillería, que sobre un reducto estaban plantadas, hicieron ciertas jangadas ó balsas de leña y materiales de fuego para arrimar á la nao y abrasarla; pero el diligente Francisco de Sosa lo remedió con ciertos árboles y vigas que puso apartadas del navío, aboyadas y amarradas con áncoras, que quedaban á modo de gradas, para que los artificios de fuego se detuviesen en ellas y no perjudicasen al navío. Con esto y buena centinela para que los enemigos de noche no fuesen á cortar las amarras y saliesen con su intento, se salvó la nao, y los indios se volvieron sin hacer nada. En la fortaleza crecia la hambre y enfermaba la gente muy aprisa; el Capitan se veia muy afligido, porque áun para los enfermos no tenia un pez siquiera, que ya se tuviera por regalo, que darles, porque los terrenates andaban tan soberbios y atrevidos, que no dejaban salir una almadía á pescar, y en saliendo un tiro de arcabuz, el enemigo la tomaba sin remedio. Por esto Tristan de Atayde trató de acometer á los terrenates con las paces, ya que con fuerzas no podia, por medio de Camarrao, el cual delante del Capitan hacia el oficio de amigo y persuadia á que las aceptasen, y por otra parte avisaba que no las hiciesen, porque la hambre consumia ya á los portugueses, y como por allá les apretasen, sin ninguna duda rendirian la fortaleza. Con estas exhortaciones los Reyes enviaron á decir al capitan Tristan de Atayde que no querian paz con él ni con ningun Capitan que viniese, y que áun cuando llegasen allí cuantos portugueses tenia la India, se les daba muy poco, porque de no poder con ellos, pondrian por el suelo cuantas claveras habia en aquellas

islas, de las cuales habian cortado ya mucha cantidad, y se pasarian á vivir á otras tierras, ciertos de que ellos se volverian á las suyas, no teniendo qué robar ni clavo que cargar, pues sólo la codicia dél les habia traido allí; pero que lo que harian por él seria dejarle ir en paz con toda su gente á la India, dejándoles la tierra, que era suya y no del rey de Portugal.

CAPÍTULO IV.

Tristan de Atayde y los suyos, apretados de la hambre, salen á pelear con los enemigos. Llegan el castellano D. Fernando de Monroy y Enrique Mendez de Vasconcelos con socorro. Toman la ciudad de Toloco los portugueses. El capitan Tristan de Atayde hace guerra á Gilolo; tómale el enemigo un bergantin.

Con esta respuesta llegó Camarrao, que era el moro á quien tomaba por instrumento Tristan de Atayde, de concluir la paz que tanto deseaba con los indios; tan ciego le tenia el trato que tenia con él del clavo, pues era su principal Factor, por cuya mano corria todo, que no conocia que este Cachil era mayor traidor que todos, y quien con sus avisos y arbitrios le daba mayor guerra; y si lo entendia, disimulaba por su interes. Y si la codicia de Balaan, obligado de las promesas del rey Moabita Baalac, le hicieron atropellar inconvenientes y cerrar los ojos á prodigios y portentos tan estupendos, como hablarle el asna sobre que iba caballero, y ponérsele delante el ángel de Dios para impedirle la jornada, que llevado de la codicia iba á hacer, que era á maldecir el pueblo de Dios, siendo profeta suyo, como nota San Agustin, ¿en el pecho de un Capitan codicioso y que no era profeta de Dios, qué no haria la codicia? Teníale tan ciego, que con advertirle algunos bien intencionados portugueses que aquel moro era traidor y seria la perdicion de aquella fortaleza, respondia que no podia ser, pues dejaba su casa por asistir con él, como indio leal, por no ser

partícipe en el alzamiento de Terrenate. Finalmente, la codicia de Tristan de Atayde puso la fortaleza en el estado que la vemos, y fué ocasion de que los indios degollasen tantos portugueses. ¡Oh, cuánto importa ser los Ministros de los Reyes desinteresados! ¡Qué bien acudirán al servicio de Dios y de su Rey! ¡Con qué libertad gobernarán y administrarán justicia, y, por el contrario, cuán á pique están las Repúblicas de perderse, si entra la avaricia en quien las gobierna, como se perderá ésta de Terrenate, sólo por este principio, como verémos algunos años adelante; y si hoy está la India tan á pique de perderse, tan pobre y miserable, es porque los Capitanes de las fortalezas son los mercaderes, y esto no lo hacen por debajo de la cuerda, sino públicamente! El año de veintitres pasado, ví una hambre muy grande por el cuidado del corsario holandés, que poniéndose en los Estrechos de Sincapura y Sabaon, no dejaba pasar bastimento á Malaca; perecia mucha gente por no tener con qué comprar arroz, que valia una pequeña medida mucho dinero, y con todo eso no faltaba bastimento, porque se vendia, aunque á subido precio, públicamente en la puerta de la fortaleza, y preguntando yo cúyo era, me respondieron que del Capitan y Gobernador de aquella ciudad; de suerte que, habiendo tanta necesidad, le sufria el corazon ver perecer la gente pobre, por granjear; y tratando yo esto despues con el Capitan, me respondió que así se usaba en la India, y desde que se descubrió se habia usado, que no quisiese yo hacer usos nuevos, ó sentir mal de lo que estaba tan asentado. En otras ciudades de la India ví lo mismo, y que entrando mercaderías en los puertos y bastimentos, lo atraviesan todo los Gobernadores y Ministros del Rey, con que defraudan los derechos reales de las Aduanas á Su Majestad, y roban las Repúblicas y las empobrecen, porque han de comprar forzosamente los menesterosos las cosas á los precios que quisieren los Gobernadores: por esto está hoy esta India, que es la ciudad de Goa, donde actualmente escribo esto, la tierra más pobre y más miserable del mundo, donde perece la gente de hambre; y si Hidalcan quisiera tomar á Goa, lo podia hacer en pocos dias sin que le

costase un solo moro, porque no tenia sino levantar los bastimentos, pues cuantos se gastan en esta ciudad, todos vienen de los moros, y faltando estos, no restaba sino entregarse, y plegue á Dios no suceda; quiero recoger este discurso, que á los contenidos en él habrá parecido largo y enfadoso, cuanto á los discretos necesario, cerrándole con una sentencia de Ciceron, que dice nunca estar á mayor peligro las Repúblicas, las provincias y los grandes reinos, que cuando los que gobiernan son codiciosos y avarientos, términos son análogos, y que así lo declaró el Oráculo de Apolo Pythio á los espartanos. *Nullum vitium est tetrius quam avaritia, præsertim in Principibus est Republicam gubernantibus, habere enim quæstui Rempublicam, non modo turpe est sed sceleratum est nefarium, itaque quod Apollo Pythius oraculo edidit, Spartam nulla realia nisi avaritia esse perituram, id videtur non solum Lacædemoniis sed et omnibus opulentis populis prædixisse.*

Viéndose pues tan apretado y necesitado de comida Tristan de Atayde, pues hasta los perros y gatos se habian comido, juntó consejo y tomóse resolucion de pelear con los indios por mar ó por tierra, por donde pudiesen, pues peleando los iba mejor, pues al fin comian por allá fuera y esas bocas habia ménos en la fortaleza, que pereciendo de hambre sin hacer nada, y con eso entretendrian el tiempo hasta que llegase el socorro que de Banda y de Malaca esperaban, y que quebrarian el orgullo á los indios que tan soberbios estaban de tenerlos arrinconados en aquella fuerza; y pareciéndoles que en la mar tenia el enemigo mucha fuerza, porque andaba con cien velas y no tenian pólvora para pelear con él, determinaron hacer la guerra por tierra: salieron en dos tropas ochenta portugueses, y como ya sabian la tierra, metíanse por el monte y daban en algunos pueblos, matando á unos y cautivando á otros; á los que cautivaban atormentaban sin piedad, á unos cortaban los brazos, á otros cortaban las narices y orejas, á otros sacaban un ojo, á cuál desollaban la cabeza y á cuál parte del cuerpo; á uno quebraban las cañas de los brazos y á otros los dejaban medio asados; ya empalaban á unos como los turcos usan, ya los espetaban

agudos palos por brazos y piernas, y de esta manera los daban libertad para que corriese la voz del tratamiento que les hacian, y todo era necesario ya en esta ocasion para poderse conservar los portugueses, y para por temor reducirlos á una honesta paz; abrasábanles los pueblos donde hallaron algun bastimento; pero es tan poco el que los indios tienen de ordinario, que aunque más juntaban en estas y otras ocasiones los portugueses, no habia para cuatro dias en la fortaleza. No por ver las crueldades que se ejecutaban en los suyos los terrenates se aplacaban, ántes apretaban más la guerra y los asaltos y rebatos falsos. En este aprieto estaba la fortaleza cuando entraron los dos navíos que de Banda habian salido, el uno de Enrique Mendez de Vasconcelos, y el otro, que era mayor, de D. Fernando de Monroy, que llevaba más gente, por haberla pagado de su hacienda, y muchos bastimentos, pólvora y otras cosas necesarias para la guerra. Era este caballero de la ilustre familia de los Monroys de Sahagun y Campos, caballeros libertados, que de estos solos hay dos linajes de libertados en España, y los Monroys de Campo son unos, tienen este honroso título sobre el de caballeros hijos-dalgo, porque como en una batalla prendiesen los moros al rey de Leon y le llevasen por un valle abajo, un caballero Monroy, de quien los libertados de Campos descienden, tomó su familia y peleó con los moros hasta libertar á su Rey, el cual le hizo despues muchas mercedes y dió en memoria el título á su familia de libertados. Este caballero, pues, volviendo rico de Terrenate á la India para volver á su pátria, pues se halló en Banda (y refiérenlo los cronistas de Portugal) con un navío cargado de clavo, pareciéndole que hacia servicio á Dios, á su Iglesia y al Emperador, pues las cosas del rey de Portugal eran tan suyas, vendió y malbarató su hacienda y cargó de bastimentos y municiones, y fué con su persona y la de veinte portugueses que pagó á su costa á socorrer la fortaleza del Rey, y entró en esta ocasion que estaban los portugueses con la candela en la mano, y fué de tanta importancia, que acudiendo este caballero á la obligacion del nombre de libertado de su generosa é ilustre prosapia, libertó sin nin-

guna duda la fortaleza de Terrenate en esta ocasion. Muchos agradecimientos le dió el Capitan y mucho le festejaron los portugueses, llamándole su restaurador, pues siendo castellano, volvió á favorecer aquella fuerza con su hacienda y persona, no haciéndolo así Enrique Mendez de Vasconcelos, siendo portugués y teniendo más obligacion de acudir en persona, que se quedó en la isla de Banda, contentándose con enviar su navío con bastimentos y municiones y diez portugueses. La gente, con tan buen socorro, comenzó á resollar, y los enfermos, que eran muchos, á convalecer, y el Capitan á prometerse victoria de sus enemigos. Tomó el navío de D. Fernando de Monroy y los demas que tenia, y armados los envió al puerto de Tabanga, señalando á Juan de Cañada Pinto por General de aquella armada, donde apretaron tanto á los moros, que no les dejaban entrar ni salir por aquel puerto. El Capitan con esto tomó ánimo para acometer la ciudad de Toloco, que estaba muy fortificada: dió á Francisco de Sosa sesenta hombres, para que, entrando por el monte, diese en la ciudad por las espaldas, miéntras él la acometia por la frente, donde fué la resistencia muy grande, porque los moros la defendian muy bien; aquí mostró muy bien para cuánto era D. Fernando de Monroy, pues fué el primero que subió á la muralla é hizo lugar á que subiesen los demas; aquí acudió toda la fuerza de los moros, y sin duda que lo pasáran mal los portugueses, si en este tiempo no entrára la ciudad por la parte contraria Francisco de Sosa con sus sesenta mosqueteros, que dando en los enemigos por la espaldas, con facilidad los desbarató con muerte de muchos y prision de otros, á los cuales se les cortaron las manos derechas y les dieron libertad; recogióse algun bastimento y abrasóse la ciudad, y pareciéndole al Capitan seguir la victoria, envió ochenta hombres con Antonio Pereira, para que diese en las poblaciones de Gilolo y las abrasase; á que luégo acudió con diligencia, y saltó en la costa de aquel reino, que estaba bien descuidado de que portugueses, que estaban tan trabajados y con tanta guerra á cuestas, fuesen á sus casas á buscarlos: entró en algunas poblaciones de la costa y falda del mar, unas

con fuerza aunque con poca resistencia, otras sin ninguna, porque en sintiéndolos los gilolos tomaban el camino del monte. Los sacos fueron cuantiosos y el bastimento que se halló en razonable cantidad; á los varones que cautivaban cortaban la mano derecha, y con esto los dejaban ir libres; abrasaban los pueblos, y en fin, llenos de victorias y despojos se volvieron á la fortaleza. Los reyes de Tidore, Terrenate y Bachan que en Tidore estaban, trataron de que se despejase de gente la isla de Terrenate, pues no tenian seguridad los naturales áun en lo más escondido y retirado de ella, y por cuanto no tenian embarcaciones, y si las tenian temian de ser presos y cautivos de los portugueses cuando se pasasen á las otras islas, trataron de engañarlos pidiéndoles paz, y algunas embarcaciones para en ellas á su salvo pasar á Gilolo, que era donde ordenaba su Rey que se poblasen. Hiciéronlo así, y habiéndolo tratado con Camarrao, él dijo al Capitan que los terrenates, cansados ya de andar con sus mujeres y familia por los montes, se querian volver á sus antiguos pueblos, para lo cual se les habia de dar seguro y concluir algun asiento de paz que fuese firme, y juntamente enviarles algunas embarcaciones para recoger sus haciendas y casas, y órden para que sus armadas se retirasen de los puertos, porque temian, al volverse á sus pueblos, no les cautivasen los portugueses. No deseaba otra cosa Tristan de Atayde, porque la guerra le cansaba, y lo que le daba más pena era que miéntras duraba no podia hacer su hacienda, ni recoger clavo, y así trató de hacer paces y asentar la que los terrenates le pedian. Envió para este efecto dos bergantines con cada quince portugueses sin los Capitanes, que eran Francisco de Sosa y Baltasar Bogado, con órden de que las armadas se retirasen á Talangame; pero en el camino fueron asaltadas de la armada enemiga, que estaba en celada: pelearon los unos y los otros con gran porfía, pero como los moros eran muchos, tomaron el bergantin de Baltasar Bogado y degollaron todos los portugueses. Francisco de Sosa se fué saliendo como pudo, y apretando los remos pudo salirse de entre todos los navíos, los cuales le fueron dando caza, y él con una pieza de popa les iba disparan-

do: acertó su buena ventura á echar á fondo una caracoa, y como los indios quedaron nadando sobre maderos y cajas, detúvose la armada á tomarlos y no siguió á Francisco de Sosa; con que pudo llegar á Talangame bien descalabrado, donde estaba Tristan de Atayde, que luégo se recogió á la fortaleza, temiendo que intentasen aquellos moros quemar la poblacion ó la ribera donde tenia toda la maestranza de los navíos, cosa que siempre receló mucho. Los navíos del rey de Gilolo, que eran los que tomaron el bergantin de Baltasar Bogado, que harto mal bogado fué, pues tomado le bogaron los gilolos, le llevaron á presentar á su Rey con las diez y seis cabezas de portugueses, presa que estimó en mucho é hizo por ella muchas honras y mercedes á los que le barloaron y rindieron. Los moros de Tidore, envidiosos de esto, se determinaron de tomar la primer vela que saliese de Terrenate, y para esto se emboscaron: hay unas caletas y esteros cercados de arboleda, muy á propósito para ladrones cosarios, que hasta que caen en sus manos no se ven. Sucedió que, teniendo necesidad Francisco de Sosa de cortar alguna madera para adrezar su navío, se metió con una buena tropa de portugueses y negros en el monte á cortarla. El hijo del Camarrao estaba en aquella parte de la sierra donde era el corte de la madera, y que por haberle avisado sus espías ó su padre Camarrao, que seria lo más cierto, dió con Francisco de Sosa con mucha cantidad de moros, y entre los unos y los otros se trabó una cruel escaramuza; pero como en el monte tenga más ventaja un indio (por lo que tiene de bestia) que un portugués, llevaba el hijo de Camarrao de vencida á Francisco de Sosa, que del monte se salió retirando á la ribera donde habia sus reparos; cargó el moro sobre los de la ribera, que en una pequeña plataforma que de fagina y arena tenian se defendian; y viendo los moros que allí no ganaban nada, se volvieron al monte, habiendo perdido Francisco de Sosa catorce portugueses y todos los negros que cortaban la madera, sin escapar ninguno, cuyas cabezas llevaron los terrenates; tuvo noticia de esta desgracia el capitan Tristan de Atayde, y embarcóse luégo en una fusta bien artillada con cincuenta portugueses la

vuelta de Talangame, y como la armada de Tidore estaba encubierta, aguardando lo que de la fortaleza saliese, entre Terrenate y Talangame, por donde la fusta habia de pasar, y como emparejase ya, la salieron al encuentro. Tristan de Atayde, viéndose perdido, mandó apretar los remos y pasar adelante; la armada era mucha y daba caza á la fusta; pero el Capitan se aprovechó del ardid de Francisco de Sosa, mandó poner toda la artillería en la popa y cuadras de popa, y huyendo la jugaba con tanta destreza, que como el enemigo estaba cerca, le mataba mucha gente; apuntó un artillero á la Capitana enemiga y acertóle á la lumbre del agua un balazo tan venturoso, que al primer balance se llenó de agua y fueron todos á pique; los demas navíos se detuvieron en socorrer la gente de su Capitana, con que se volvieron á Tidore ménos victoriosos que pensaban. Tristan de Atayde llegó á Talangame contento con la buena suerte de haber escapado de tan gran armada y haberla ofendido en la cabeza tan bien. Luégo llegó allí un junco cargado de sagú, que es el pan de los indios, y con él se volvió á la fortaleza, haciendo propósito de no salir más de ella, miéntras no le llegase un gran socorro de gente; y aunque los dos puertos que tenia tomados le eran de gran consideracion, porque las armadas que en ellos tenia hacian algunos saltos en que cogian algun bastimento, y á bordo de los navíos se pescaba alguna cosa; con todo, no bastaba para sustentar aquella fortaleza. En estos trabajos pasaron todo aquel año de treinta y cinco y parte del de treinta y seis. Los reyes del Maluco corrian aquellos mares; no dejaban salir una embarcacion de la fortaleza, y si salia corria riesgo; en ella se acababa la comida; las enfermedades eran muchas, porque de no comer sino una costra de sagú y estar de dia y de noche con las armas á cuestas, enfermaba la gente, y como no tenian medicinas ni regalos, morian muy aprisa.

CAPÍTULO V.

Llega Antonio Galvan por capitan de la fortaleza de Terrenate; pelea con los moros y véncelos; sabe de un moro el intento de los Reyes y la fortificacion de Tidore.

Estando en este aprieto la fortaleza, y los portugueses tan afligidos que no esperaban sino la muerte, llegó á Terrenate Antonio Galvan por Capitan de aquella fortaleza con dos navíos y muy buen socorro de gente, muchos mantenimientos y municiones; llevaba muy á su cargo el favorecer las cosas de Tristan de Atayde, y obligado del capitan de Malaca, D. Estéban de Gama, que era pariente suyo, surgió con sus dos navíos en el puerto, por Octubre de este año de mil quinientos treinta y seis; con su llegada hubo general contento en la fortaleza; fuéronle muchos portugueses á visitar á bordo, y como es ordinario querer congraciarse con los nuevos gobernadores, comenzaron luégo á dar las quejas que tenian de Tristan de Atayde, certificándole que si no le habian enviado preso á la India habia sido por entender que como D. Estéban de Gama era su pariente y estaba en Malaca, no le habia de dejar pasar á Goa. Antonio Galvan, como hombre prudente, no hizo caso de lo que le decian, por ser quejas de pueblo que jamás supo dar orejas á razones desapasionadas, ni dejó de moverse por extremos, inclinándose al uno ó al otro lado con demasía; vicio que, como decia un filósofo, nacia de vivir la plebe menuda demasiado atada á los sentidos, que es raíz de cualquier pernicioso consejo, porque no alcanzando más con el entendimiento que con los ojos, no se puede obviar á los daños futuros. Verdad es que en esta ocasion no estaba tan deslumbrado el pueblo, que no conociese haber procedido todos los daños que con dolor suyo experimentaban del mal gobierno de Tristan de Atayde; pero el nuevo Capitan, ó ya porque venia muy en hacer sus causas, ó por atribuirlo al mal juicio del pueblo que pára en las acciones

y no penetra los fines del que gobierna, los barajó la plática, con que los portugueses conocieron aficion en el juez y no se prometieron alcanzar justicia de él en nada. Tristan de Atayde fué tambien á bordo á visitar á su sucesor, que recibiéndole con muestras de mucho amor, confirmó en sus enemigos el estar obligado á sus cosas por razon de su pariente D. Estéban de Gama, que en Malaca le habria informado á su gusto. Tristan de Atayde le dijo que se fuese luégo á descansar á la fortaleza, habiéndole agradecido la aficion que mostraba tenerle. Respondióle el Capitan que no se desacomodase tan aprisa, que él esperaria en el mar hasta que se aposentase á su gusto. Mucho estimó Tristan de Atayde este favor y cortesía, porque con ella quebraba los ojos á sus enemigos. El domingo siguiente desembarcó el Capitan y entró en la posesion de su fortaleza; luégo comenzó á tratar del gobierno de ella; crió almotacenes y dióle sus ordenaciones para que todo anduviese en razon, y asentó algunas cosas necesarias al buen gobierno, y comenzó á tratar del bien comun, reparando la fortaleza que por de dentro no lo parecia; concertó la artillería que no tenia cureñas, ni estaba presta para nada con haber tan cruel guerra; hizo casa de pólvora, y él en persona iba con sus soldados al monte, y era el primero que cargaba la leña y madera para hacer carbon y reparos para la fortaleza; con que se hizo amable de todos y se aseguraron de más ciertas esperanzas, que por su mano se concluiria la guerra y gozarian de la deseada paz en tranquilo sosiego. Los Reyes, sabiendo que habia llegado nuevo Capitan, desearon probar la mano con él por saber para cuánto era: reforzaron sus armadas; corrian los mares hasta llegar á la fortaleza, ni se descuidaba el hijo de Camarrao, á cuyo cargo estaban las emboscadas del monte y asaltos que de dia y de noche con sus terrenates daba, que todo lo corria. Antonio Galvan envió su embajada con Gonzalo Vaz Cernache á los Reyes que estaban en Tidore, representándoles como él era nuevo en la tierra y no habia averiguado bien las cosas que en ella habian pasado, si es que habian sido desórdenes de soldados la ocasion de que la tierra estuviese de guerra; que

deseaba saber la causa para dar la satisfaccion que conviniese á la quietud de todos, que, por tanto, suplicaba á Sus Altezas se la dijesen para remediarla, y en el entretanto se suspendiesen las armas y se tratase de asentar una paz perpetua y duradera que estuviese bien á entrambas naciones, con que se excusarian los males que la guerra trae consigo. El rey de Terrenate, en nombre de los demas, respondió los agravios, robos y extorsiones, refiriéndolas una por una, que se les habia hecho á todos por mano de Tristan de Atayde, que le castigase primero, y luégo se podrian tratar de las paces, y en el entretanto hubiese tréguas: hacian esto para tener tiempo de informarse de Camarrao, de la intencion de Antonio Galvan; asentáronse por tiempo limitado. El Camarrao avisó lo que sentia en órden á la guerra, estimulándoles á ella y aniquilando al nuevo Capitan y gente que habia traido. Durante las treguas salian, con la seguridad jurada, de la fortaleza los portugueses á buscar lo que habian menester y los esclavos por leña; de estos los indios mataron tres. Envióse el Capitan á quejar á los Reyes de que no cumplian su palabra, pues debajo de seguro le mataban la gente. Respondiéronle que ellos hacian lo que los portugueses, que debian de desear guerra, y por eso enviaban aquellos recados, pues la queria, le darian tanta que se espantase de ella. Mal tomó la respuesta el Capitan, porque ni difirieron á la queja ni respondieron á otro propósito que á dar á entender que no querian treguas; quisiera luégo él tomar su gente y pasar á Tidore y dar sobre los Reyes, pero fuéronle á la mano todos, diciendo la gran cantidad de gente que tenian consigo, y aunque sobre esto hubo muchos debates y réplicas, ya que desistió Antonio Galvan de ir sobre Tidore, se resolvió en salir á la campaña: aprestó con la gente que le pareció necesaria, y dejando en la fortaleza en su lugar á Tristan de Atayde, pasó á Talangame, donde sabia que más de ordinario andaban los enemigos. Salieron dos mil moros á pelear con él: trabóse una cruda escaramuza; era soldado Antonio Galvan, peleaba con coraje y prudencia militar, con que desbarató á los enemigos, que dejando muchos muertos en el campo se escaparon por

piés en el monte; cautivóse un sólo moro que fué ménos ligero, examinóle el Capitan de las fuerzas y designios del enemigo, á que respondió libre y constante, pospuesto todo temor y recelo: «Los Reyes estan ligados con vínculos fuertes de sagrados juramentos, y maldiciones formidables, para proseguir la guerra contra vosotros con fé, confederados y unidos hasta volver en ceniza vuestra fortaleza y ejercer en vosotros extraordinarias crueldades, hasta mataros, por las que con los nuestros habeis usado; desean cogerte á tí y á Tristan de Atayde para satisfacer con las vidas de entrambos, perdidas con rigurosos tormentos, los agravios que los antecesores vuestros han hecho á nuestra nacion, sin merecerlo ni haber cometido más delitos que haberos hospedado con benevolencia y amor, cuando á estas islas llegasteis, lo cual habeis pagado matando y quitando Reyes, y siendo nuestros enemigos declarados hasta destruirnos, con ingratitud y desamor. Los reyes de Mindanao y Banda, han enviado, llevados de los robos que les habeis hecho, sus gentes para esta liga; los de los papúas han venido en persona para destruiros, y el número del general ejército es tan grande, que hay doscientos moros para cada uno de vosotros. La ciudad de Tidore es la plaza de armas de esta guerra, donde los Reyes todos asisten, que la tienen muy fortificada y sobre naturaleza fuerte con muros y baluartes, y dentro hay diez mil soldados escogidos para su defensa; la demas gente está repartida en puestos importantes, para que donde quiera que pongais el pié estén sobre vosotros; los Reyes están recogidos media legua de Tidore en una sierra fuerte, inaccesible y segura, para desde allí gobernar con seguridad sus intenciones; quien gobierna el campo es el rey Dayalo, desposeido del reino por vosotros injustamente, y con justicia por ser legítimo y propietario, con razon y amor obedecido por nosotros. Ni él ha de sosegar hasta vengar el agravio que le hicísteis, ni los demas Príncipes, hasta destruiros sin remedio; y aunque sé que me habeis de quitar la cabeza, por las que yo he quitado á los vuestros y deseára quitar si pudiera, deseára vivir hasta que viérais que os he dicho verdad, y por ver si vuestra arrogancia dice

con vuestras obras», dijo el soberbio y desesperado moro, y el Capitan le respondió que le concedia la vida para que viese el poco caso que hacia de tanta morisma, y cómo sabia él domar Reyes, y volar sobre los lugares que decia inaccesibles y seguros, y volver en ceniza la fuerte ciudad de Tidore.

CAPÍTULO VI.

Toma la fortaleza de los reyes del Maluco Antonio Galvan, y luégo la ciudad de Tidore. Los moros hacen una celada por cogerle; sábelo y previénese con una contracelada, sigue la victoria y abrasa ciertos pueblos.

Al moro cargado de hierros puso á buen recaudo el Capitan para que fuese testigo de sus victorias, y previniendo dos naos, de una de las cuales era capitan D. Fernando Monroy por haber experimentado los portugueses ser valiente y esforzado soldado y experimentado en el arte militar: dos caravelas, tres bergantines y dos barcazas con gruesa artillería, salió de Talangame; pero apénas se habia apartado del puerto, cuando descubrió la armada del enemigo de muchas velas: hay quien diga que eran más de doscientas, y sí serian entre grandes y pequeñas; yo confieso que estuve incrédulo en cierta ocasion que me contaron que el rey de Achen en la Samatra echaba doscientas velas y galeras, tan grandes, que tenian á ochocientos y á mil hombres de solo pelea, sin la chusma de remo, y sesenta piezas de artillería cada una de á más de cincuenta libras de bala, y por mis pecados, el año pasado de seiscientos veintitres fuí testestigo de esta verdad, porque doblando una punta del reino de Linga, entre la Trapobana y Burney, descubrimos una gran armada de este Achen, de setecientas velas, de que milagrosamente escapamos; y así no me admira ya que en esta ocasion la armada de la Liga fuese de doscientas velas: no se alteró Antonio de Galvan con la vista del enemigo, ántes puso en él la proa, diciendo que se holgaba mucho de encontrar en la mar

toda la potencia de los Reyes junta, porque tendria en tierra ménos enemigos que vencer. Acercáronse los enemigos, que tocando sus instrumentos bélicos dieron muestra de acometer; pero viendo el poco caso que los portugueses hacian de ellos, consideraron que fiarian en la fuerza de la artillería, que seria mucha: ganaron el barlovento, que pudieron hacerlo por ser los navíos de remo, cosa de gran consideracion en navales guerras, y que quien le gana, se promete la victoria, por tener el viento más en su favor; con que no se deja cegar del humo de la artillería y asegura mejor los tiros. No reparó mucho en esto Antonio Galvan: estando á tiro las armadas, comenzó á disparar la de Terrenate; pero como la artillería era menuda, no sirvió sino de desengañar á los nuestros que podian vencerlos. Respondió la artillería de los navíos y barcazas tan á buen tiempo y con tan buen efecto, que no perdieron bala, y maltrataron de aquella rociada al enemigo, que conociendo su peligro, se hizo á fuera teniéndose siempre á barlovento. El Capitan, viendo que no se le podia ganar, siguió su derrota á Tidore; parecióle, y bien, que tomada la fortaleza de los Reyes y ciudad, empresa á que siempre aspiró, seria fácil rendir cuantas armadas hubiese en aquellos mares. Surgió sin impedimento en el puerto, abrigado de la artillería de los baluartes de la ciudad con una punta; envió á requerir con la paz: estaban las playas cuajadas de gente, y respondieron á los que la llevaban con algunos arcabuces, diciendo que aquella era la que querian. Juntó su consejo el Capitan sobre si acometerian primero la ciudad ó las estancias de los Reyes en la sierra; resolvióse esto segundo, y que despues darian sobre la ciudad. Sabian muy bien los portugueses los caminos y puestos de la sierra, porque en tiempo de paz, por la contratacion del clavo, lo habian medido todo á palmos; dejó á Gomez de Castro con la armada y órden de que al amanecer tocase las cajas y embarcase gente en los bateles é hiciese ademan de querer desembarcar para divertir al enemigo, y no entendiese que se acometia la sierra; pero que no desembarcase, sino que se anduviese galanteando de luengo de la playa, disparando la artillería; y escogiendo para sí ciento

veinte mosqueteros donde iban las personas de más consideracion, como eran D. Fernando de Monroy y los demas Capitanes, con todos los negros bien armados con lanzas y adargas, con que seria la tropa de trescientos hombres; se embarcó rendido al cuarto de la prima y fué á desembarcar en parte tan segura de centinelas por la dificultad de las peñas y escollos que allí habia, que pudo tomar tierra sin ser sentido, y midiendo el tiempo por breñas y matorrales, subió la sierra donde los Reyes estaban hechos fuertes, y llegó al amanecer cuando en el puerto se tocaba al arma á una plaza que la sierra hacia á tiro de mosquete de la fortaleza, tocando tambien al arma y apellidando Santiago y á Santo Tomé apóstol, por ser en su dia, acometió los reparos; llevaba la bandera Antonio Carneiro, é iban en la vanguardia el valiente capitan Antonio de Galvan y á su lado el belicoso D. Fernando de Monroy, y los muy esforzados Gonzalo Vaz Cernache, Diego Lopez de Acevedo, Jorge de Brito, Antonio de Teive, Francisco de Sosa, Juan Freire y otros animosos soldados, en quien fiaba el Capitan aquella empresa. Alborotáronse los Reyes, viéndose de repente asaltados, y salieron huyendo por la vía del monte: pusiéronse los moros en resistencia: peleóse con valor por entrambas partes, los unos defendiendo la fueza y los nuestros por entrarla; pero apellidando Santiago y San Tomé, el Capitan y D. Fernando con rodelas y espadas se pusieron sobre el baluarte; subieron los demas, y abriendo las puertas quedaron señores de aquella eminencia: ya en este tiempo el rey Cachil Dayalo venia en su socorro con algunas compañías de soldados, blandiendo una gruesa lanza con un morrion grabado y un soberbio penacho, con gola y cota de malla: dieron fuego los nuestros á la fortaleza, y puestos en escuadron le aguardaron en la plaza que aquel repecho hacia: acometió el Rey soberbio y orgulloso, y con notable bárbara vocería sus soldados, despreciando el pequeño escuadron de los portugueses; ellos los recibieron con sus mosquetes y en las puntas de las lanzas: encendióse la escaramuza de parte del Rey por concluir con los portugueses aquella guerra; de parte de ellos, por la conservacion del Real estan-

darte de su Rey, por su opinion y vidas: animaba el Rey á los suyos con la voz y con el ejemplo: Antonio Galvan con apellidar Santiago infundia nuevo valor en sus portugueses. Don Fernando de Monroy, deseoso de concluir aquella batalla, tomó su arcabuz, y apuntando al Rey, dió con él en el suelo mal herido en un hombro; adelantáronse por cogerle Jorge de Brito y Pedro Piñeiro; pero fueron cercados de tantos moros que acudieron á la defensa de su Rey, que á no llegar el mismo Don Fernando de Monroy, que dejando el arcabuz tomó la espada y rodela, Gonzalo Vaz Cernache, Francisco de Sosa, Juan Pacheco y Diego Moreira, que á cuchilladas desembarazaron el camino, allí acabáran. Levantóse el Rey como pudo, era mancebo y brioso, por dar ánimo á los suyos, capitaneándoles con su campilan y rodela; pero como estaba mal herido y con el movimiento se desangrase más, perdió las fuerzas y cayó, diciendo á los suyos que le retirasen de allí, porque aquellos canes no hiciesen suerte en él: asiéronle como pudieron y en hombros le retiraban; siguiéronle algunos portugueses por honrar la victoria que ya conseguian con el Real despojo; pero poniéndose delante moros sin número, á costa de sus vidas le defendieron y pudieron retirarle; lleváronle á la ciudad, donde luégo espiró, acabando con la vida aquella soberbia y brío que fué ocasion de tantas muertes. Los moros que vieron caido á su Rey, desmayaron y se pusieron en huida. Siguió la victoria el bien afortunado capitan Galvan, y entendiendo Gomez de Castro la victoria y que se acercaba su Capitan á la ciudad, dejando en buena guardia su armada, saltó en tierra con algunos valientes portugueses: tuvo poca resistencia y marchó la vuelta de la ciudad por aquel lado; por la parte de la sierra se acercaba ya Antonio Galvan con su victorioso escuadron, cuando los moros, en quien el miedo habia hecho presa, viendo á su Rey muerto, se metieron en el monte, y los portugueses sin contradicion ninguna en la ciudad desierta. Comenzaron algunos de la tropa de Gomez de Castro á saquearla, y viendo los moros cuán pocos eran, porque aún no habia llegado Antonio Galvan, y que estaban esparcidos, dieron sobre ellos; recogió los que pudo Gomez de Castro, por-

que á los demas mató la codicia, y trabando entre sí una escaramuza peligrosa, porque venian cargando moros, se defendian con notable valor: oyó el Capitan el ruido, que entraba por la ciudad descuidado de que hubiese portugueses dentro; acudió con su gente, y socorrió á Gomez de Castro, que pereciera sin duda, dando en los enemigos por las espaldas, con que los puso en huida; y porque no sucediese otro desman semejante, púsose fuego á la miserable ciudad por várias partes, en que se consumieron muchas riquezas, con harto dolor de los soldados, y pereció alguna gente que estaba en ella: con todo, no faltaron despojos; tomáronse algunos cautivos, hombres y mujeres, la artillería y algunos navíos: de los enemigos murieron muchos, de los portugueses siete ú ocho, pero heridos fueron muchos. Despues de esta milagrosa victoria, trató de arrasar los muros y baluartes Antonio de Galvan, y como él era el primero que trabajaba, en breve los puso por el suelo. Viendo los Reyes cuán poca gente tenia el Capitan, desde los montes salian á hacer los saltos que solian en Terrenate, y á inquietarle; pero como le hallaban siempre apercibido, los moros llevaban lo peor. Ordenaron de coger al Capitan, para lo cual previnieron una celada, metiendo en un estero algunas caracoas bien guarnecidas de soldados, para que cuando el Capitan (que todas las noches iba á dormir á bordo en un barco, solo con cuatro portugueses) pasase, le embistiesen y tomasen vivo: súpolo él, y mandó hacer una contracelada, escondiéndose los dos bergantines que al disparar una pieza habian de salir; y tomando consigo veinte hombres con sus mosquetes y muchas alcancías de pólvora, se metió en su barco á la hora acostumbrada para ir al navío, habiendo dado órden á Gomez de Castro, á Gonzalo Vaz Cernache, Francisco de Sosa y Antonio de Atayde, que estuviesen prestos en las dos barcazas, y con ellas y diez caracoas saliesen al ruido; con esto el Capitan salió á la mar en su falúa solo. Los moros, que estaban á la mira, salieron á él con muchos paraos; pero disparóles un verso, más por hacer señal á la contracelada que por ofenderles; hizo que huía el Capitan sin apretar los remos: barloáronle los enemigos; pero como donde

no aguardaban defensa viesen tanta mosquetería sobre sí y tanta alcancía de pólvora, muchos se arrojaron al mar; ya los bergantines estaban sobre ellos y las barcazas que hicieron en ellos muy gran destruccion, echando á pique algunas caracoas enemigas; cogiéronse algunos moros, y los que pudieron se escaparon con la oscuridad de la noche. En este tiempo, los moros de Tidore dieron sobre el escuadron que estaba en tierra alojado, que así lo habian concertado; pero halláronle tan apercibido como en el barco al Capitan, y habiéndoles disparado alguna mosquetería, dejando algunos muertos, huyeron los demas. Volvió el Capitan á tierra para dar sobre los enemigos, si peleasen con su escuadron, y supo cómo no habian hecho más de acometer y volverse; informóse de una espía dónde se alojaban aquellos moros, y sabiendo que en unas poblaciones metidas en el monte, una legua de allí, al cuarto de la modorra comenzó á marchar con toda la gente para dar sobre los descuidados moros, y tuvo tan buena suerte, que amaneció sobre ellos, que cogiéndolos descuidados puso fuego al lugar por várias partes; y como con la turbacion saltasen de sus casas, que como eran de paja laboraba presto el fuego, sin armas unos y otros con ellas, fueron muchos degollados; de allí, sin detenerse el Capitan, pasó á otros pueblos que estaban cerca, y hallándolos sin gente púsolos fuego y volvióse al Real.

CAPÍTULO VII.

Determinan los Reyes dar por mar y tierra sobre los portugueses; revuelve Antonio Galvan sobre ellos, huyen, y el Rey de Tidore hace paces.

Corridos estaban los Reyes, todos, de ver que tan gran poder como el que tenian junto no bastase contra tan pocos portugueses: ya habia entrado el año de treinta y seis, cuando todos determinaron de apretar de una vez la guerra y concluirla; para esto mandaron juntar todas las armadas que tenian

en diversas partes, y que ellas por mar, y la demas gente por tierra, concluyesen de una vez con los portugueses ó muriesen en la demanda; para esto juntaron su ejército en un lugar secreto de Tidore, y plantaron su Real, para desde allí disponer la guerra. Supo el Capitan los intentos de los Reyes, y el lugar donde asentaron el Real los moros, y determinó, ántes que le acometiesen, acometerlos; tomó la mejor gente que tenia consigo, y al cuarto de la prima comenzó á marchar, dando por órden que ninguno se desmandase ni se apartase de la tropa, porque siendo necesario se retirasen con órden, ni diesen gritos, sino que á la sorda los inquietasen. De esta manera llegaron al cuarto de la modorra, que es el del mayor sosiego, y en los que no son muy soldados de mayor peligro; y los moros estaban tan agenos de entender que los portugueses les habian de buscar, especialmente á tal hora, que es de la que tendrian más necesidad para descansar del trabajo del dia, que le tenian contínuo con las armas á cuestas y con los contínuos rebatos que estos moros les daban. Llegaron los portugueses con gran quietud, no dormian los centinelas, que viendo sobre sí tanta gente, dieron rebato con turbada priesa á los moros que sepultados estaban en sueño; despertaron los miserables tan turbados, que sin acertar á tomar las armas, huian de los mismos compañeros, teniéndolos por portugueses, y pareciéndoles que tenian el cuchillo á la garganta. Viendo el Capitan, cuando llegó al Real, que los indios habian huido pavorosos y llenos de medroso temor, sin que se les disparase un arcabuz, se volvió al Real de donde habia salido. Despues tenian para sí los moros que los centinelas se habian engañado, y que el rebato habia sido falso; pero como eran muchas y afirmaban lo que habian visto, se tuvieron por dichosos de haber escapado con vida. Los Reyes de los papúas, como no interesaban mucho en esta guerra, y veian que cada dia les faltaba gente, y no se hacia nada, ántes perdian honra y reputacion, pues los portugueses les tomaban los fuertes y abrasaban las ciudades, determinaron ir á gobernar sus reinos en paz y quietud, ántes que tener guerra en los agenos; comunicaron su ida con los

reyes de Bachan y Gilolo, y todos trataron de volverse á sus reinos, como lo hicieron, dejando solo al de Tidore. Corrió la voz que los Reyes se iban á sus casas; algunos portugueses tuvieron por ardid aquella determinacion, y dijeron al Capitan que se volviesen á la fortaleza, porque sin duda iban á ponerla cerco los Reyes; pero como él era prudente y considerado, les sosegó diciendo, que si en su tierra aquellos moros no se podian defender á sí mismos, sus ciudades y fortalezas, ¿cómo habian de ir á tomar las agenas? y dijo bien, porque ellos más deseaban la quietud ya que los mismos portugueses. El rey de Tidore, pareciéndole que no tenia seguridad donde estaba, se subió con su gente á la sierra, y se hizo fuerte en un lugar que solo tenia una subida, y por ella los indios apénas podian gatear. Pareciéndole al capitan Antonio Galvan que tambien estaria el Tidore enfadado de andar de sierra, por entre montes y breñas, sin tener una hora de reposo, le envió con un embajador á decir que no era razon que Su Alteza anduviese con tanta inquietud por los montes, que supuesto que todos le habian dejado solo, y le pudiera con más facilidad destruir, no lo queria hacer, atendiendo á que aquella guerra no se debió de comenzar por su voluntad, sino por la de Cachil Dayalo, el cual con la vida habia ya pagado; y que siendo así, le suplicaba se volviese á su casa y admitiese la paz que le ofrecia, y donde no quisiese, le advertia que no habia de salir de allí hasta destruirle. El Rey, viéndose solo y que no podia sustentar la guerra, determinó admitir los partidos de paz que le ofrecian; y para efectuarlos envió á un hermano suyo, y asentáronse las condiciones de la paz, que no fueron ásperas, sino solo que el rey de Tidore entregase toda la artillería que tuviese en su reino que hubiese sido de portugueses, que no tuviese armada ni favoreciese contra ellos á nadie, y que todo el clavo que se cogiese en sus tierras, lo vendiese al rey de Portugal por el precio de la Fatoría: admitió las condiciones el Rey, y bajó á verse con Antonio Galvan, el cual le recibió con el respeto que era razon, y corrieron de allí adelante en gran amistad, banqueteándose los unos á los otros. Quiso pasar á Gilolo á

hacer otro tanto con Catabruno, y por bien ó mal reducirle al servicio del rey de Portugal; pero no le dió el tiempo lugar á ir en persona: esta diligencia se hizo con los terrenates y bachanes, y vinieron en las paces con tal que les pusiese en libertad al rey sultan Aerío, que tenia en la fortaleza, y muerto Dayalo le querian obedecer; vino en ello el Capitan, y con esto redujo á paz aquellas islas, y acabó una guerra tan cruel y encendida como hemos visto: tanto acaba un Capitan prudente. Puso luégo en libertad al rey Aerío; estimáronlo los moros, y comenzó á haber una paz por entónces muy fija, porque considerando este prudente Capitan las causas y ocasiones que para tan larga guerra hubo, atajó, miéntras gobernó, las que pudieran dar ocasion á nuevos levantamientos.

LIBRO NOVENO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Don Antonio de Mendoza, Visorey de la Nueva España, pone á la vela una armada en el Puerto de la Navidad para poblar las islas del Poniente.

Estando el Adelantado D. Pedro de Alvarado en la corte de Su Majestad Católica, librándose de cierta residencia que le habian tomado de la gobernacion de Guatimala: despues de libre, entre otras capitulaciones y asientos que Su Majestad mandó asentar con él, así de las tocantes á su gobierno, como en razon de algunos descubrimientos que se obligó á hacer á su costa, uno fué el de las islas del Poniente; así llamaban á las islas Occidentales adyacentes á la Asia ulterior, que despues del rey Felipe *el Prudente*, se llamaron Filipinas: llamarlas islas del Poniente fué por ser occidentales á la Nueva España; y que descubriese la vuelta de ellas á la Nueva España, cosa que se deseaba mucho por hacer esta navegacion por los mares de la demarcacion de Castilla, por evitar inconvenientes entre portugueses y castellanos; y por esta razon le dió órdenes muy apretadas para que en ningun caso entrase en las cinco islas del empeño, que eran las Malucas, por estar por entónces, miéntras no se desempeñaban, á uso del rey de Portugal. Asentóse más en esta capitulacion, que si el virey de la Nueva España quisiese entrar á su costa en el armar para este descubrimiento, pudiese hacerlo, concertándose con D. Pedro de Alvarado. Salió este caballero de España llevando en su compañía al capitan Andrés de Urdaneta y á Martin de Islares, de quien hemos tratado atrás, por ser personas pláticas en las cosas de aquellas

islas, y pasó á Guatimala á su gobierno, donde fabricó los navíos que le pareció necesarios para los descubrimientos que en la Mar del Sur pretendia. En este tiempo se puso en plática en la Nueva España el descubrimiento de las siete ciudades, que tanta fama de riquezas y grandeza daban de sí, y sabiendo D. Pedro las diferencias que entre el Virey y el marqués del Valle habia sobre averiguar de cúya jurisdiccion era aquella conquista, quiso ganarles la bendicion y adelantarse por mar á descubrirlas y conquistarlas: embarcóse con seiscientos hombres lucidos y bien puestos, y con muchas municiones y artillería; se hizo á la vela de Ocajuda, puerto de su gobernacion; fué navegando por la costa de la Nueva España, entrando en algunos puertos de ella á tomar refresco; disuadíanle de la jornada algunas personas principales de la tierra, de aquella conquista, por decir que Su Majestad se la habia cometido al Virey y trataron de que se detuviese en cierto puerto y le diese parte de su intencion. Vino en ello D. Pedro de Alvarado, y tratándose el negocio entre él y el Visorey por cartas y tercerías tomaron resolucion de verse, en esta forma, que el Adelantado habia de pasar á una villa la tierra adentro setenta leguas de el puerto donde se hallaba, y el Virey saldria de Méjico á verse con él en ella, partiendo entre los dos el camino. Hízose así: viéronse, donde estuvieron algunos dias tratando de este negocio, y resolvieron de hacer compañía y armar entre los dos en esta conformidad, que por iguales partes pusiesen á la vela dos armadas, la una para la costa de la Tierra Firme, por la banda del Norte de la Nueva España, para la conquista de las siete ciudades, por ser por allí más á propósito; y la otra para descubrir y poblar las islas del Poniente ó Filipinas. Sucedió en esta ocasion rebelarse la provincia de la Nueva Galicia, para cuyo castigo y pacificacion fué forzoso valerse de los seiscientos soldados de la armada de D. Pedro de Alvarado, y el mismo Adelantado quiso ir con ellos y hacer al Rey aquel servicio de reducirle aquella rebelada provincia: pasó á ella, y peleando con los indios murió con notable sentimiento del ejército, porque era prudente y valiente caballero y muy puntual en el servicio de

su Rey, como se vió en esta ocasion, pues pudiendo hacer otro esta pacificacion y él seguir sus intereses, ó ya en el gobierno de Guatimala, ó ya en los descubrimientos que pretendia, quiso á costa de su vida y hacienda, pues todos aquellos soldados y bagaje eran suyos y pagados de su hacienda, posponer su interes por el servicio de su Rey, y pudiendo guardar su persona no hallándose en la batalla principal, no le sufrió su corazon animoso y ánimo invencible quedarse en la retaguardia, sino que haciendo el oficio de buen Capitan iba en la vanguardia y acometió de los primeros, donde peleando valientemente murió, aunque la victoria quedó despues por los nuestros. Con esto quedaron á cargo del Virey los descubrimientos, y viendo que lo que Su Majestad Católica más encomendaba era la conquista de las islas del Poniente, con calidad que no se entrase en la jurisdiccion ni demarcacion de la corona de Portugal, ni en las cinco islas del Maluco que á aquella Corona estaban empeñadas, aprestó una armada de seis navíos bien artillados y pertrechados de todo lo necesario, con muchos bastimentos; así, ni más ni ménos, levantó gente en las ciudades de Méjico, de los Angeles, Vera Cruz y otras villas y lugares de la Nueva España, toda gente lucida, como adelante dirémos: nombró Capitanes y Oficiales cuales para tan grande empresa se requerían, que en esto, perdónenme los Gobiernos de ahora, se esmeraban los Vireyes y Ministros del Rey, que señalaban personas nobles en nacimiento, y de talento y capacidad para estos descubrimientos, que, como dice San Jerónimo, el que debe mucho á su sangre trae siempre aquella obligacion sobre sí, y nunca falta á ella, porque á quien siempre el pueblo conoció en grandeza obedece mejor, y las medras repentinas y desmesuradas en estos, no causan la envidia que en aquellos á quien levanta la ventura de humildes principios, que, como dice Cornelio Tácito, nadie tiene mayores censores de sus acciones que los que suben de golpe á grandes lugares. El prudente Felipe segundo, nuestro Rey y señor amantísimo de España, cuya memoria durará en bendicion de las gentes miéntras duráren los siglos, siempre para los puestos de importancia, para

los descubrimientos y pacificaciones y para poblar las tierras, escogió lo mejor, como el prudente y avisado labrador que escoge para su huerta la mejor y más generosa planta, como se verá en el discurso de esta Historia, pues conquistadas las Filipinas, envió la gente más noble de España para poblarlas, de que hay ilustres linajes en la ciudad de Manila, como verémos adelante: así, D. Antonio de Mendoza hizo eleccion para este viaje de muchos caballeros y personas principales, lo cual fué causa de que no hubiese rebeliones ni motines en él, sino que hubo una conformidad y amistad notable, de que quiero que vaya muy advertido el lector, porque en ningun viaje del mundo, desde aquella primera nave que con la semilla del género humano ancoró, digámoslo así, en las cumbres de los montes de Armenia con Noé, hasta hoy, han pasado hombres los trabajos é incomodidades que estos ilustres castellanos en este viaje, que pudieran ser causa de grandes motines y alborotos, y no sólo no los hubo, porque todos eran nobles y principales, ó los más de ellos, sino que fueron tan obedientes y sufridos, como lo es un rebaño de ovejas, que donde las guía el pastor caminan sin rehusar lo fragoso del monte, ó la aspereza de las peñas; y tanto porque es obligacion de la historia, cuanto porque quede perpétua la memoria de tan honrados soldados, pondré aquí los nombres y patrias de los que he podido juntar: bien sé que al noble y diligente historiador Jerónimo de Zurita le calumniaron esta diligencia, diciendo que ponia los nombres de los hombres particulares, ¿pero quién habia de ser este Momo ó Aristarco sino un hombre que cuanto tuvo de ignorancia, tuvo más de vano y soberbio? La soberbia se vió en la calumnia, pues tocaba, no á Jerónimo de Zurita, sino á cuantos historiadores de Moisés acá, así eclesiásticos como seglares, santos y doctores ha habido, en que entraba la elocuencia de Grecia y Roma; la ignorancia en la demostracion que hace de ella el famoso cordobés, docto y elocuente historiador Ambrosio de Morales, señalando muchos hierros é idiotismos en lo que opuso á Zurita. Pero volvamos á cobrar el hilo de nuestro discurso. Señaló el Virey D. Antonio seis navíos, y aprestó quinientos españoles

buenos soldados, entre los cuales habia, como hemos dicho, mucha gente noble, porque como el descubrimiento le hacia el Visorey, todos pretendian agradarle y servirle. Nombró por Capitan general de esta armada, á Rui Lopez de Villalobos, caballero noble, rico y hacendado en la Nueva España, y natural de la ciudad de Málaga en la costa del Mediterráneo; su Capitana era un galeon de doscientas toneladas: el segundo galeon, llamado *San Jorge*, era de ciento y ochenta toneladas, iba en él por capitan Bernardo de la Torre Carvajal, natural de Granada: la tercera nao era de cien toneladas, su capitan Francisco Merino, natural de Béjar, llamábase *San Antonio:* la cuarta nao era del mismo porte, y capitan de ella D. Alonso Manrique, natural de la ciudad de Valladolid: la quinta embarcacion era una galeota de veinte bancos, su capitan era Pedro Ortiz de Artieda, de tierra de Salamanca: la sexta era una fusta pequeña de doce bancos, que llevaba á su cargo un sevillano. En cada navío de los grandes iban dos religiosos de la órden de San Agustin, y en los dos navíos ó fustas de remos, en cada uno el suyo, á cargo del Prior Fray Jerónimo de Santistéban; todos religiosos de mucha virtud y letras, tales cuales para predicar el sagrado Evangelio y plantarle de nuevo en las regiones occidentales eran necesarios; salieron todos del religiosísimo y gravísimo convento de San Agustin de Méjico, ilustrísimo por los santos que ha tenido, por los muchos y graves Obispos y Arzobispos que han salido de él, por los Doctores, Maestros y Catedráticos que ha tenido y tiene, siendo, á mi ver, el mejor ó de los más suntuosos que tiene la Orden, y el que fundó la famosa Universidad de aquel Nuevo Mundo por mano del doctísimo maestro Fray Alonso de la Vera-Cruz, primer catedrático de Prima, despues Provincial, y ahora reputado por santo, porque fué varon, sin género de duda, apostólico. Los Jueces, Oficiales reales de la hacienda de Su Majestad eran: tesorero, Juan de Estrada, caballero principal de Talavera de la Reina; contador, Jorge Nieto, natural de Ledesma y de aquel ilustre linaje de los Nietos tan conocidos, hijo de Gomez Nieto y de Doña Mayor Rodriguez; factor era García Escalante de Alvarado, tan

curioso, que escribió esta jornada por dias con todos los sucesos de ella, era este hidalgo de las Montañas: veedor, Onofre de Arévalo, natural de Trujillo. Los Oficiales de la hacienda del Virey eran: Gonzalo Dávalos, natural de Ubeda, tesorero; Guido de Labazaris, natural de Sevilla, por contador, que despues el año de setenta y dos fué Gobernador de las Islas Filipinas; fué por factor Martin de Islares, vizcaíno, el compañero del capitan Andrés de Urdaneta, que ya en este tiempo era fraile de San Agustin y habia pasado en la armada de Garcijofre de Loaisa, como hemos tocado; iba por Alguacil mayor de la armada Francisco de Alvarado, natural de Búrgos, hijo de Hernando de Alvarado y de Catalina Velazquez; Martin Sanchez, maestre de la nao Capitana, natural de Alcalá de Guadaira; Gaspar Rico, piloto mayor; Francisco Ruiz, Alonso Fernandez Tarifeño y Ginés de Mafra, pilotos. Antonio de Bustos, natural de Quesada, Antonio de la Vega, de Trigueros, junto á Valladolid; Cristóbal de las Casas, maestre del navío *San Antonio*, de Ronda; Hernando Diaz, de Sevilla; Francisco Diaz, de Carrion de los Condes; Francisco Muñoz, de Triana; Jerónimo de Pedrosa, de Toledo; Gaspar de Guadalupe, de Toledo; Juan Martel, de Sevilla; Alonso de Torres, de Sahagun, hijo del licenciado Vergara y de María de Torres; Juan de Zavala, navarro; Felipe de Herrera, de Leon; Martin de Munguia, provinciano; Gaspar de Céspedes, de la Rioja; Pedro de Arévalo, de Trujillo; Tomás de Bracamonte, de Granada; Francisco de Villafranca, de Medina de Rio Seco; Gregorio de Villalobos, de Valencia; Diego Tellez, de Olmedo; Andrés Zambrano, de San Lúcar de Barrameda; Bernardino de Vargas, hijo del Capitan general, Rui Lopez; Cristóbal Pareja, de Ubeda, hijo de Gonzalo Pareja y Doña Leonor Ontellada; Iñigo Ortiz, alférez Real, natural de Retres; Bartolomé Ruiz, natural de Córdoba; Antonio de la Peña, de la villa de Bolaños en Campos, hijo de Pedro de la Peña y de María de Soto; Lorenzo de Herrera, de Palencia; Pedro de Medinilla, de Medina de Pomar; Pedro de Arestes, guipuzcuano, de Deva; Gomez de Ochoa, de Búrgos; Gabriel de Trejo, de Plasencia, hijo de el doctor García de Trejo; Ruy

Gomez, de Mérida; Antonio de Perea, de Múrcia; Alonso de Vargas, de Jerez de la Frontera; Pedro de Castro, de Aranda de Duero; Fabian de Casasola, de Olmedo; Cristóbal García, de Ciudad-Rodrigo; Alonso Paez, de Alcalá de Henares; Diego Flores, de tierra de Leon, hijo de Juan Flores y Doña María Godinez; Francisco Calderon, de Madrid; D. Gabriel de Cárdenas, natural de Madrid, hijo del comendador Alonso de Cárdenas y de Doña María Palomeque; Sebastian de Mercado, de Ledesma; D. Juan Carrillo, de Jaen, hijo de D. Francisco Mejía y de Ana Cid; Pedro Pacheco, de Ciudad-Rodrigo; Juan de Padilla, de Baeza; Juan de Leon, de Medina del Campo; Nicolás de Oñate, de Búrgos; Pedro Ramos, de Toro; Diego Maldonado, de Ciudad-Rodrigo; Juan de Aguilar, de Plasencia; Alonso de Herrera, de Alba de Tórmes; Pedro de Cabrera, de Zaragoza; Francisco Sanchez, de Madrid; Juan de la Sarte, de San Millan; Francisco de Simancas, de Méjico; Martin de Aguirre, provinciano, de Villafranca; Alonso de Ayllon, de Leon; García, de Segovia, de Guadalajara; Francisco Barroso, hijo de Pedro Barroso, famoso conquistador del Perú, á quien el Emperador hizo muchas mercedes y dió particulares armas, natural de Esquivias en el reino de Toledo; Juan Lopez de Zieza, de Villanueva de Laredo; Márcos Alvarez, de Leon; Cristóbal de Miranda, de Ciudad-Rodrigo; Gaspar Gomez, de Valladolid; Alonso de Vera, de Burguillos; Ventura Cimbron, de Avila; Juan de Bejil, de Oviedo; Juan Pablo Cauchela, de Valladolid, hijo de Augustin de Cauchela y de Doña Catalina de la Haya, hay de estos buenos hidalgos hoy en la ciudad de Manila, de quien harémos mencion adelante; Francisco de Avila, de Salamanca; Gaspar de Melgosa, de Búrgos; Juan de Archotegui, provinciano, de Vergara, y otros muchos hidalgos y gente honrada, hasta cumplir el número de quinientos, que hacer de todos mencion seria largo. El General se hizo jurar de todos, estando en el Puerto de la Navidad, y todos juraron de obedecerle y seguirle como Capitan general, que iba en nombre de Su Majestad al descubrimiento de las islas del Poniente. Tomó tambien juramento á los Pilotos acompañados y marineros que obedecerian

sus órdenes y no tomarian otra derrota que la que él les señalase. Era Ruy Lopez de Villalobos hombre muy entendido en cosmografía y en todas materias; mandó á los Capitanes que no dejasen embarcar á nadie que no llevase cédula de confesion, para que con tan buena disposicion se consiguiese el fin que se pretendia y tuviesen el viaje con la felicidad que deseaban.

CAPÍTULO II.

Hácese á la vela la armada del Puerto de la Navidad la vuelta de las islas del Poniente.

Teniendo el general Ruy Lopez de Villalobos aprestadas todas las cosas necesarias para su armada, y ella presta y lista para navegar, se hizo á la vela del Puerto de la Navidad, en la costa de la Nueva España, para seguir su viaje á las islas del Poniente, un mártes, á veinticinco de Octubre de este año de mil quinientos cuarenta y dos: acordóse que se corriese la costa hasta las Californias, cosa de cien leguas más adelante, por ver si se encontraba una armada de un Juan Rodriguez que, por órden del virey de Méjico, habia pasado á descubrir aquella costa, para tomar de ella algunos marineros de que esta armada iba falta: el viento era puntero; diéronse algunos bordos á la mar, y hallóse que los navíos no sufrian vela por falta de lastre. Volvióse á surgir en la boca del puerto, y otro dia se hicieron á la vela en busca de Puerto Santo, doce leguas adelante, para tomar lastre, porque sólo allí le habia á propósito: surgió la armada en este puerto, y lastrándose con brevedad, tomó agua y echó en tierra algunos enfermos, y entre ellos á D. Pedro de Villareal, hijo del adelantado de Cazorla, á quien el General hizo quedar por fuerza, porque no se le muriese aquel caballero en el navío, tan enfermo iba. Salió la armada de este puerto, y con viento poco y escaso siguió su derrota algunos dias hasta ponerse tanto avante con Valdebanderas, que es la boca de la California: hace aquí la mar un seno como el del

Mar Rojo ó el seno Pérsico; tiene tres isletas en la boca que llaman las tres Marías: de Valdebanderas quiso pasar la armada al Cabo de San Lúcas, que es ya de la otra banda, y comenzó á atravesar con tiempos escasos y ruines, de manera que al cabo de seis dias hallaron haber andado por esta bocana cincuenta leguas: no estaban léjos del Cabo de San Lúcas; pero el viento contrario no los dejaba ir avante, con que determinaron tomar la derrota de su viaje atravesando á las Islas occidentales; mudaron el rumbo á seis de Noviembre, y por el Oeste, cuarta al Sudoeste, corrieron hasta el miércoles en la tarde, ocho del mes, cincuenta y seis leguas; y aquella noche, apretando el viento, gobernaron al Sudoeste y navegaron veinte leguas. Otro dia por la mañana descubrieron una isla, llamada Santo Tomás, que habia descubierto ántes un Capitan del marqués del Valle, llamado Grijalba, yendo con otro Capitan, á quien mataron sus marineros, levantándose con el navío; el Capitan se llamaba Diego de Becerra. Reconocióse esta Isla de mar en fuera: es pequeña, y de la parte del Sur es tierra alta, donde sale un pico que se va á las nubes, y la sierra es tajada, en medio es tierra baja, y la punta de la banda del Sur es pelada; por la parte del Norte hay una sierra que hace una mesa llana, verde y agradable á la vista; estas señas son por la parte del Este, tomándola atravesada: en la punta del Sur, entre el pico y la punta, hace una quebrada; es isla seca; no se halló surgidero por ser toda en redondo tajada; está esta Isla en altura de diez y ocho grados y tres cuartos: pasó adelante la armada con buen tiempo este dia, y habiendo andado cuatro leguas descubrió una isla al Sur, que dista de la que dejaban diez leguas, y está la una con la otra Norte Sur; es isla mayor que Santo Tomás; tendrá de una punta á otra por la banda del Este seis leguas: la mar afuera tiene un farellon; tiene al Norte una punta delgada y amogotada; en medio de la punta, hácia el Noroeste, se puede tomar agua y leña en una buena ensenada que tiene con una playa de arena; está esta Isla en diez y ocho grados y un tercio. El General envió á reconocer el puerto, á la galeota y fusta, y hallándole poco capaz para una ar-

mada, surgieron de mar en fuera dos horas ántes de anochecer, y Ruy Lopez mandó que el galeon *San Jorge* echase el batel fuera para hacer aguada, y por priesa que se dió, cuando le tuvo fuera se ponia el sol, y teniéndole por popa para ir á tierra en amaneciendo. La Capitana á las diez de la noche hizo señal de levar, porque el fondo donde estaba no era seguro, y el viento iba á la travesía; estándose levando *San Jorge* pidieron socorro del navío *San Juan* que le socorriesen con el batel, porque garraba hácia tierra, y fué acierto tener el batel fuera, porque sin duda se perdiera, y la causa de garrar era por que, como el navío era más pequeño que los otros, metióse más en tierra y no le tenian las áncoras: socorrióle Bernardo de la Torre Carvajal con el batel ó gente, y aunque fué con prisa, ya estaba el navío cerca de un escollo y casi sobre las peñas: fuéle necesario largar una amarra por el escoben, y dando la cebadera, cabeceando el batel la nao, pudo ir saliendo del peligro, aunque con trabajo alcanzó la armada y siguió el farol. Llamaron á esta isla La Nublada por tener un pico muy alto y ese nublado; en el poco tiempo que estuvieron surtos pescó la armada mucho, por haber surgido en comederos de peje. Gobernando la armada al Oeste, cuarta al Sudoeste, con buen tiempo fué navegando hasta trece de Noviembre que se tomó el sol en diez y siete grados y dos tercios: en este mismo dia, poco ántes de ponerse el sol, descubrió una isla; templó las velas y amaneció con ella, era pequeña; tomada por el Este habria de una punta á otra cuatro leguas: tiene una playa al Sureste de arena limpia, al Sudoeste tiene un farellon junto á tierra muy alto que parece un campanario: la isla es verde: no se surgió en ella por no perder el viento que se llevaba, está en la altura que el dia ántes se tomó. Caminóse toda la noche y otro dia por el mismo rumbo setenta leguas, y de esta manera fué corriendo el armada algunos dias: á treinta de Noviembre faltó el timon á la fusta; mandó el General que la diese un cabo por popa el galeon *San Jorge;* no dió poco trabajo, ni detuvo poco la armada esta fusta, tanto, que Ruy Lopez mandó que la dejasen en la mar; pero el que la traia á su cargo, pareciéndole que

seria muy necesaria en las islas no la quiso dejar, y padeció Juan Martel, que venia por cabo de ella muy grandes trabajos por conservarla, y con venir enfermo y casi ciego y mandarle el General que se metiese en los navíos, él fué tan honrado que pasó las incomodidades que puede imaginar quien sabe algo de mar, atravesando tan gran golfo en un barco que no dejó de seguir su Capitana, con venir manca, sin timon: tomóse aquí el sol, y halláronse en quince grados de la banda del Norte: llévese advertido, porque no lo repitamos, que esta derrota es siempre de la banda del Septentrion, y en este viaje no se atraviesa la línea caminando á las Filipinas. Con buen viento navegaba la armada, cuando un domingo, á las nueve de la noche, á tres de Diciembre, disparó la Capitana dos piezas y puso seis faroles, que era señal de bajos, y fué así, que pareciéndoles el agua de fondo echaron la sonda y se hallaron en siete brazas; echóse de mar en través la armada hasta que amaneciese, pareciéndoles que estarian junto á alguna isla; pero aunque amaneció, no vieron nada sino una neblina y oscuridad que los navíos no se veian unos á otros; á estos bajos llamaron Bajos de Villalobos, y así están en las cartas de marear nombrados; están en quince grados de altura: gobernó la armada al Oeste, cuarta al Sudoeste, hasta ponerse en trece grados de altura: de aquí gobernaron al Oeste y guiñaban al Noroeste. El navío *San Jorge* comenzó á varar extremeciéndose y deteniéndose con las velas arriba, y fué tan poco tiempo, que con la turbacion no se les acordó de echar el escandallo, sino sólo de disparar una pieza con que amainó la armada; pero con la priesa que bajó volvió á salir; fueron á mirar la bomba por ver si el navío hacia agua, y halláronle estanco y sin ella; echaron el escandallo á la mar y no tomaron fondo; tuvieron todos para sí que pasaria el navío por encima de alguna ballena dormida, y por lo que yo he visto en muchas navegaciones que he hecho, hallo que seria así, porque no es la primera vez que esto ha sucedido, y conócese esto ser así en que el navío no recibe daño, y si fuera banco, forzosamente habia de atormentarse: lama, que es donde tampoco los navíos varando por ella no re-

ciben daño, nunca la hay en alta mar, sino cerca de tierra. Toda la noche estuvo la armada de mar en través, y á la mañana, no viendo tierra, siguieron su viaje. Navegando con buen tiempo, anochecieron juntos el galeon *San Jorge* y la goleta, y como el viento epretase á la media noche, un golpe de mar botó el timon de la galeota fuera; amainó *San Jorge* á las voces que le dieron y fuciles que hicieron y aguardó á la mañana, aunque con riesgo de perder la armada, porque iba navegando con viento fresco; marcó el rumbo y quedóse á favorecer la galeota, que sin duda ninguna se perdiera y ahogára la gente, porque no gobernaba con cuantos remedios hacian; adrezóse como pudo y volvieron al camino. El General, como echó ménos los dos navíos, presumiendo lo que podia ser, los aguardó de un bordo y de otro, tendiéndose los cuatro navíos por el mar, y habiéndolos cobrado, siguieron su derrota. Los Pilotos metieron en confusion la gente, porque haciéndose con tierra de Los Ladrones, no atinaban con ella, ni eran pláticos, ni sabian nada: hay algunos que en tierra son muy grandes Pilotos, contando aventuras y monstruosidades con que aplaude el vulgo y cobran fama, y dándoles los navíos los pierden y ahogan la gente. ¡Cuántos he visto yo de estos! Finalmente, cuantos Pilotos iban en esta armada eran noveles en el oficio, como se puede ver en la derrota que llevaban, que andaban arando el mar, gobernando ya al Sudoeste, ya volvian al Noroeste, y de esta manera perdian el tiempo y acababan el mantenimiento, y por su mal gobierno pasaron este viaje Los Ladrones sin verlos, siendo así que no hay viaje más fácil que éste, y que un hombre ciego no los podrá errar, porque son muchas islas las de Los Ladrones que corren Norte Sur: es una cordillera que desde veinticuatro grados corre tanto avante con el Japon, por donde el año de catorce las ví yo volviendo á la Nueva España, y rematan en once grados, y por doce he tomado yo estas islas el año de seiscientos seis, y despues el de diez y ocho; segun esto, ¿cómo puede errar el Piloto trace grados en su astrolabio, que valen de Norte Sur doscientas veintisiete leguas y media, donde ni hay corrientes, ni aguajes, ni derrotas várias, sino que se va por

un rumbo derecho de golfo lanzado hasta topar con ellas? Eran tan buenos oficiales los de esta armada, que pasaron adelante, á mi parecer, por la banda del Sur, lo uno porque corrian ya por poca altura, aunque no hago yo caso de su sol ni estrella, pues no acertaron con tantas islas tan altas y no pequeñas, y que están unas á vista de otras, que era imposible entrar por sus canales sin verlas, pues por lo ménos al poner del sol las habian de descubrir á ocho ó diez leguas, y al amanecer, cuando navegasen mucho, las habian de tener por popa, y más que nunca tuvieron viento que hiciesen singladura de veinticinco leguas, por ser la Capitana malísimo navío de vela y de gobierno; si no descubriesen las islas al ponerse el sol, más cerca habian de amanecer de ellas; el caso es que por favor dan estos oficios ya de Pilotos á personas que no saben una regla de sol, ni cuál es su mano derecha: ¡así se pierden tantos navíos con tantas riquezas, y ahogan tanta gente! La culpa tienen los ministros del Rey, que por sus intereses van contra las órdenes de Su Majestad, que disponen bien qué personas han de ocupar estos lugares.

Ya faltaba agua en la armada, y viendo que los Pilotos no atinaban con las islas, con que se hacian habria quince dias, acortaron las raciones y perecian de sed, por el calor del clima; fueron como buenos españoles sufridores de trabajos padeciendo y la armada navegando por nueve grados (bien encaminada iba) algunos dias, y en fin, dia de Pascua de Navidad descubrieron las últimas islas de Los Reyes, que están en nueve grados de latitud septentrional; son bajas y pequeñas, no dieron muestras de tener agua: pasó adelante la armada, y á veintiseis de Diciembre, por la mañana, descubrió doce islas juntas, y muchas de ellas se comunicaban de baja mar por tierra, de suerte que podríamos á estas, así juntas llamarla una isla con muchos montes, pero de valles hondos que la mar los bañaba: andúvose de una vuelta y otra por ver si se podia hallar agua y algun surgidero; la gente perecia porque habia muchos dias que la racion era ménos de medio cuartillo de agua, que para quien navega, y más por paraje de tanta calor como por nueve

grados, donde aunque era por Navidad eran como caniculares de España, no tenia aún para humedecerse los labios.

CAPÍTULO III.

Pónese el derrotero cierto de la Nueva España á las Filipinas surge la armada, y habiéndose refrescado prosigue su viaje.

Quien fuere perito en el arte náutica habrá entendido por la derrota que hemos señalado, cuán mal gobernada vino esta armada desde sus principios, y cuán mal navegada, pues fué ventura no perderse, como suele acontecer, á navíos que buscan nuevas veredas y sendas en la mar, especialmente á los que se apartan del camino ordinario y siguen su fantasía, no más de por poder con vanidad publicarse por nuevos descubridores de mejores derrotas ó caminos; he experimentado esto tantas veces, y por la soberbia de Pilotos ignorantes, que los que algo saben son más humildes, me he visto tantas veces perdido y á mis ojos se han perdido tantos, que cuando llego á estos puntos, no puedo con sentimiento dejar de advertir lo que podrian remediar, ya que no los Pilotos, que es gente bozal y bruta (que por el mismo caso que les digais una cosa con buen celo, para que no se pierdan, hacen lo contrario aunque sepan que no han de escapar del peligro, porque como prudentes no le temen, y como ignorantes no le conocen), los Generales y personas que traen á su cargo armadas, que como discretos y prudentes, advirtiendo en la general condicion de Pilotos, lo pueden remediar, mandando con imperio lo que ven que conviene, y haciendo seguir las derrotas ordinarias y vestigios de nuestros mayores, en que nunca se yerra, y en lo contrario casi siempre: habiendo tratado del viaje tan avieso de esta armada hasta aquí, será bien describir el que habian de hacer, y el que hoy se hace á las islas del Poniente, el cual hizo por órden de Felipe segundo el Padre Fray Andrés de Urdaneta, religioso de San Agustin, Gobernador de la armada que descu-

brió y pobló las islas Filipinas, notando y describiendo la derrota de ida y vuelta á la Nueva España, por la cual se gobiernan todos hoy: este Padre es el capitan Urdaneta, famoso por sus armas y consejo, de quien hemos tratado hasta el libro sétimo, y miéntras la armada de un bordo y otro llega á surgir, será bien poner aquí cosa tan necesaria.

Saliendo del puerto de Acapulco ó del de la Navidad, que está poco más adelante al Norte, y entrambos en la costa de Nueva España, ochenta leguas de Méjico en el Mar del Sur, para las islas del Poniente ó Filipinas, gobernará el Piloto al Sudoeste, Susudoeste ó Sur, donde mejor pudiere y el viento le diere lugar, hasta hallar las brisas, y luégo gobernar poniéndose en altura de once ó doce grados, por donde se dejará ir hasta ponerse Norte Sur con los Bajos de Villalobos, que son los que dijimos en el capítulo pasado, y este resguardo es necesario de venir por once ó doce grados, por no varar en ellos, porque están en altura de catorce grados y medio al Norte; podria decir alguno que en el capítulo pasado los puse yo en quince, respondo que no es punto matemático indivisible éste; tienen las islas y los bajos y toda superficie latitud, y cuando se dice estar una isla ó unos bajos en quince grados, se entiende de su mitad ó centro, digámoslo así, aunque no sea el cuerpo esférico, y así al un polo y al otro correrán las leguas que tuvieren. Villalobos tomó estos bajos medio grado más al Norte que aquí señalo yo, y como ordinariamente en alta mar los bajos no sean pequeños, á estos es necesario dar dos grados de resguardo ántes más que ménos, que valen Norte Sur treinta y cinco leguas, y así hasta ellos se navegará por doce grados y mejor por once, que va más seguro. De aquí gobernará el Piloto al Oeste, cuarta al Noroeste, para multiplicar altura con espacio, por haber de navegar por este rumbo para subir un grado casi noventa leguas, hasta ponerse en trece grados, por donde va apartado de los bajos de los Barbudos y de la isla de San Bartolomé, por medio Freo, que están en catorce grados. Gran misericordia usó Dios con la armada en que pasaba el Gobernador y Capitan general D. Alonso Fajardo de Tenza, hijo del

gran general D. Luis Fajardo, á las islas Filipinas, en cuya compañía iba yo con cantidad de religiosos descalzos augustinos para aquellas conversiones, el año de seiscientos diez y ocho, que se perdiera sin remedio, si Dios no nos quitára el viento fresco con que navegamos; yo le advertí ántes de los Bajos de Villalobos que no íbamos seguros por catorce grados; confirióse con el Piloto mayor y los demas que iban allí inteligentes del arte, y mandó D. Alonso Fajardo que disminuyese altura y siguiese la derrota ordinaria: obedeció el Piloto mayor por entónces, por no varar en los Bajos de Villalobos, y por salir con su tema, que decia que no habia isla de San Bartolomé en aquel paraje, ni nadie la habia visto, sobre que me quebraba la cabeza, y no aprovechaba. Volví al Gobernador á advertirle que nos habíamos de perder por aquel rumbo: el Piloto mayor le dijo que no habia tal isla en aquel paraje y que ya habia él pasado por allí otra vez con su punto en la carta sobre la isla, y tantas cosas le supo decir por llevar su locura adelante, que D. Alonso Fajardo lo dejó: fuimos navegando con buen tiempo fresco ocho dias, cuando una noche, al cuarto de la modorra, rendido, nos dieron grandes aguaceros y el viento fresco que llevábamos cesó y amanecimos barloados con la isla de San Bartolomé, donde sin remedio se perdiera la armada toda, porque donde nos amaneció, con dificultad mareando las velas podiamos salir: estas son las ciencias de los Pilotos, y de esta manera ahogan la gente sin remedio.

Dando resguardo á esta isla de San Bartolomé, por trece grados gobernará al Oeste, cuarta al Noroeste, cuarenta y cinco leguas el Piloto, con que habrá subido á trece grados y medio para pasar por entre la Zarpana y Guan, que son las islas de Los Ladrones; de aquí se volverá á poner en trece grados, en que está el cabo del Espíritu Santo, y de allí, costeándole, la costa le meterá por el embocadero de San Bernardino, hasta donde desde el Cabo hay diez y ocho leguas, de donde se verán dos volcanes, el uno se llama volcan de Albai, es redondo como un pan de azúcar; está en la provincia de Camarines, algo desviado del embocadero. El otro está encima del mismo

embocadero de la banda del Norte, que se llama Bulagan; es alto y derríbase la falda por la banda del Noroeste; es esta tierra la más alta que hay en el embocadero, porque de la banda del Sur del dicho embocadero son islas tendidas y llanas. Una isleta pequeña, que está entre las dos que hacen embocadero, se llama San Bernardino, y por aquí vea el Piloto el camino que ha de hacer, que ya está en las islas del Poniente, que no me permite mi asunto por ahora pasar de aquí, porque sólo pretendimos mostrar cómo la armada de Villalobos trujo mala derrota y señalamos solamente la que habia de traer.

Volvamos á la armada, que surgia ya junto á una de las islas, dió fondo la Capitana primero y envió á tierra el batel con treinta hombres armados á buscar agua y á saber qué tierra era; volvió en breve con nuevas de que habia muchos palmares y que habian visto algunas casas, y la gente que desamparándolas se pasaban en unas manchuas á las otras islas. Otro dia salió en tierra el capitan Bernardo de la Torre á hacer agua, y tras él el General. Viéronse muchos paraos en que los indios huian con sus casas y familias, de que recibió harta pena el General, el cual mandó que saltase toda la gente en tierra y se refrescase; pero ante todas cosas echó un bando de que nadie cortase palma alguna pena de la vida, fuera de los cocos que tienen las palmas, todo el cogollo de ellas que tendrá una braza es una regaladísima comida á manera de cardo y áun mejor, pero no tan sana: para gozar de estos palmitos que por acá les hemos dado este nombre, se ha de cortar la palma, de suerte que quitando el palmito no queda más de provecho la palma, y porque las haciendas de los indios son las palmas, y los soldados gustan de un palmito, mandó el General que pena de la vida nadie cortase palma. Hicieron agua los navíos, pero con trabajo por ser de pozos. En esta ocasion un ballestero se entró en el monte por matar alguna gallina de las muchas que en él habia bravas, y de no corto vuelo, y vió una india: salió á dar cuenta al General, que echando toda la gente al monte, cercando un otero á manera de ojeo en las cazas generales, sacaron diez y ocho indias; hablóseles por señas, que no habia quién

entendiese la lengua, pero no respondian sino con lloros y gritos mesándose los cabellos, maltratándose el rostro y los pechos. El General las dió algunas ropas y lienzos, y cuentas de vidrio y algunas curiosidades de Europa, con que perdieron el miedo que tenian, y con esto las dejó ir, que volvieron harto contentas: era gente de buena disposicion y hermosa; pero mal vestidas y tratadas. En esta Isla enfermó tan de repente el general Ruy Lopez de Villalobos, que estuvo á la muerte, por cuya enfermedad se detuvieron algunos dias hasta que mejoró, aprovecháronse de la ocasion de la enfermedad de su General algunos soldados, serian trece ó catorce, y una noche se fueron á un palmar que estaba en una punta de la Isla y derribaron tres ó cuatro palmas y tomaron los palmitos; súpolo el General que estaba algo mejor y recibió tal pesadumbre que empeoró. Luégo envió órden apretada al capitan Bernardo de la Torre, para que ejecutase el bando de los transgresores y les diese luégo garrote: prendió el Capitan luégo los más culpados, y hecha averiguacion los mandó confesar, y por otra parte rogó al Padre Prior Fray [1] de Santistéban, que fuese á aplacar al General, y habiéndole apretado mucho en este particular, lo más que alcanzó de él fué que se suspendiese la ejecucion hasta otra tierra, y así los dejaron estar con prisiones y se los entregaron á sus Capitanes para que siempre que se les pidiesen diesen cuenta de ellos. Tomóse la posesion de estas islas por el Rey, nuestro señor, Cárlos quinto, emperador de Alemania, y César siempre augusto, con mucha solemnidad; y por cuanto se habia hallado algun coral y bueno, las llamaron Islas de Corales; fué este acto hecho á primero de Enero de mil y quinientos cuarenta y tres: la isla donde se surgió se llamó San Estéban por haber dado fondo en su dia en ella; están estas islas con las de Los Reyes, Noroeste Sueste, y hay de las unas á las otras veinticuatro leguas.

Dióse luégo órden que todos estuviesen prestos para hacerse á la vela el dia de los Reyes en diciendo misa, al cuarto del

---

[1] El nombre está en blanco en el original.

alba, y juntando el General las personas principales de la armada, las propuso como una de las cosas que más el Visorey le encargaba, porque en la instruccion que Su Majestad dió á D. Pedro Alvarado en caso que quisiese descubrir el Poniente, venia que no llegase al Maluco, era que por ningun caso entrase en tierra de portugueses, ni en su demarcacion, y ménos en las islas del Maluco, que estaban empeñadas al rey de Portugal; y que porque él era leal vasallo de Su Majestad Católica, deseaba ser el primer ejecutor de sus Reales órdenes, y no solo no entrar donde le era prohibido, pero ni áun llegar á la demarcacion del rey de Portugal con muchas leguas, y que así les pedia su parecer en razon de la parte y sitio donde habian de poblar y plantar el Real para que en todo se hiciese el servicio de las dos majestades Divina y humana; todos se remitieron á lo que Martin de Islares informase como persona plática y que habia estado otra vez en aquellas partes y sabia dónde caia el Maluco, el cual informó que no hallaba otra tierra más á propósito ni más rica que la isla de Mindanao, que aunque no estaba muy apartada del Maluco, era cosa asentada ser de la demarcacion de Castilla, cosa que no negaban los portugueses entendidos, ni estaba tan cerca de Terrenate que no hubiese muchas leguas de mar en medio, y que haciendo asiento en Macagua, quedaban más desviados de los portugueses. Con este parecer se conformaron todos, y habiendo dicho misa todos los religiosos de la órden de San Agustin, que allí iban, y confesado y comulgado la más de la gente, se hicieron á la vela el mismo dia de los Reyes, sábado, á las tres de la tarde; gobernaron aquella noche al Oeste y todo el domingo hasta el lúnes á la mañana que descubrieron otras islas pequeñas, pero muy llenas de palmares y bien asombradas. Están estas islas en altura de diez grados, que con solo (aunque gobernaban al Oeste) guiñar al Noroeste y la variacion de la aguja, habian multiplicado un grado; están cincuenta leguas de las islas de Corales y Leste Oeste casi con ellas.

CAPÍTULO IV.

Descubre la armada algunas islas y surge en la isla de Mindanao.

Gobernaba la armada por el Oeste, cuarta al Noroeste, y desde el lúnes á medio dia hasta el viérnes á la misma hora, que tomaron el Sol en diez grados y dos tercios, navegó ciento y cinco leguas; luégo gobernó al Oeste, y por este rumbo hasta el lúnes á medio dia anduvo ochenta leguas; este dia les dió una tormenta terrible, bramaba el viento por el Leste y Lesnordeste, traian los bateles por popa la Capitana y *San Jorge;* en el de *San Jorge* encapilló un golpe de mar con tanta fuerza, que virándole la quilla arriba, rompió el cabo y cogió debajo un marinero que en él venia, era valiente nadador y mancebo de fuerzas, salió como pudo entre las olas; hizo señas *San Jorge* al navío *San Antonio,* que venia por la misma estella, y tomó al marinero. Con la noche fué creciendo la tempestad; viéronse en gran aprieto y á pura fuerza de panecitos de San Nicolás de Tolentino, y oraciones que aquellos santos religiosos hacian, aplacó el tiempo, y la galeota, por correr largo, se desapareció de la armada. Amaneció bonanza el mártes, y la armada con los papahigos, por aguardar la galeota que presumia quedaba atras, corrió por el Noroeste veintitres leguas hasta el miércoles por la mañana; de aquí se gobernó con poca vela al Oesnoroeste por ver si parecia la galeota, veinticinco leguas; tomóse el Sol en doce grados y medio, y saltó el viento á Sudoeste; y porque las islas que buscaban quedaban al Oeste, se puso la armada de mar en través: parece que el viento los enseñaba dónde habian de ir, que no dudo sino que si gobernáran al Oesnoroeste, que es lo que el viento les daba lugar, por seis cuartas aladas volinas, fueran á Sugbú ó á otras islas donde pobláran, como hizo despues Miguel Lopez de Legaspi, y excusáran trabajos; pero esto lo reservaba Dios para aquellos dos ilustres vascongados de Guipúzcoa, Legaspi y Fray

Andrés de Urdaneta, y ya esta navegacion venia errada desde sus principios, no hay que espantarnos que los Pilotos se echen de mar en través, ni crean señales ni prodigios, que saltar el viento al Sudoeste por Enero lo tengo por portentoso, ni se ha visto jamás en las islas. Juéves en la noche se alargó el viento: diez y ocho de Octubre gobernóse al Oeste hasta la mañana, que saltó el viento al Noroeste, y corriéronse por el Sudoeste, cuarta el Oeste, hasta el domingo á medio dia, treinta y siete leguas; á las dos se descubrió una isla pequeña muy agraciada y fresca, llena de hermosos palmares; llegóse á ella, de donde salieron algunos paraos que, llegándose á la armada, la saludaron diciendo: «Buenos dias, matalotes» (matalote en portugués es lo mismo que en castellano camarada), y hacian con la mano la señal de la cruz: nunca se pudo saber quién hubiese enseñado á estos indios aquella salutacion, porque está esta Isla tan sola y apartada del comercio de otras tierras, que parece que no comunica con nadie; no se pudo surgir por tener mal fondo. Tiene un pueblo á la banda del Sur: llámase la isla de los Matalotes; púsosela por nombre San Ildefonso, por ser su descubrimiento y haber llegado la armada aquí en su dia. Está en diez grados y un cuarto de la banda del Norte; es tierra alta y aguda, ágria, de piedras negras, y por la parte del Este es tajada. La armada pasó adelante, y el miércoles siguiente descubrió una isla, que bojará treinta leguas: tiene muchos arrecifes y bajos; aquí estuvo la Capitana para perderse, y si los aguajes no la echáran á la mar, se hiciera sin remedio pedazos, porque era pésimo navío de vela y peor de timon. Acudieron algunos paraos á la armada, pero como no se entendian los unos ni los otros, no supieron dar razon de la tierra que se buscaba, ni fueron de provecho. Gobernóse desde esta isla de arrecifes, que está en diez grados de altura boreal, al Oeste, y anduviéronse ochenta y cinco leguas hasta el mártes siguiente á medio dia, que se hallaron en nueve grados largos: gobernóse otra singladura de veinte leguas al Oeste, y juéves, primero de Febrero, se descubrió la isla de Mindanao: es una tierra muy grande y bien

poblada, boja más de cuatrocientas leguas, tiene muchos y buenos puertos, grandes y caudalosos rios, y hermosas y seguras bahías. El General envió los navíos pequeños delante á que descubriesen algun puerto, y porque era sobre tarde se les dió por señas, hallando buen surgidero, que hiciesen dos faroles, para que las naos acometiesen el puerto; y de no hallar surgidero á propósito, hiciesen un farol solo para que la armada pasase adelante: la fusta y el navío menor hallaron un buen puerto y seguro, de ancha y fácil entrada; hicieron dos faroles, pero la armada no vió más de uno, porque se encubriria el otro con algun embarazo, y pareciéndola que no habian hallado donde surgir, serian las diez de la noche, los navíos anduvieron de una vuelta y otra, y á la mañana se hallaron adelante de donde la fusta y el otro navío estaba surto doce leguas, que las aguas y mares los habian arrojado allá; levároнse los navichuelos viendo que la Capitana se habia pasado, y alcanzáronla en breve, porque ella, demás de ser muy zorrera, les iba aguardando. Despachó su batel en busca de algun puerto, y fué y volvió con harto trabajo, porque las corrientes allí son como las de un rio rapidísimo: dió por nuevas que habia visto una hermosa bahía segura y limpia, donde habia una poblacion muy grande; enderezó la armada la proa á ella, y, metiéndose dentro, surgió á cuatro de Febrero de este año de cuarenta y tres, habiendo gastado desde que salió del Puerto de la Navidad ciento y dos dias; y aunque la armada estaba surta junto á una gran poblacion que por la marina se extendia, ningun barco se llegó á bordo. Aquí es necesario hacer memoria de lo que aquel portugués, Juan Pinto, hizo el año de treinta y cuatro, como advertimos en el capítulo once del libro octavo, que debajo de seguro robó algunos indios de esta Isla, de que quedaron tan escandalizados los indios, que nunca más arrostraron á hacer amistad á gente blanca de Europa, ántes bien se conjuraron todos para dar cruel guerra á todos cuantos llegase á sus puertos. ¡Mirad qué bien aviado está Villalobos y su armada aguardando á que les hospeden! Todo esto hizo aquel mal cristiano de Juan Pinto, que por la pinta habia de

ser conocido. La bahía donde la armada estaba surta era muy hermosa y parecida alguna cosa á la de Málaga, que, ó bien por esto, ó por ser Ruy Lopez de Villalobos de aquella ciudad, y desear que en las últimas partes del mundo hubiese noticia y fama della, la llamó la bahía de Málaga. ¡Quiera Dios que se acabe de conquistar esta Isla que tanto ha costado á Manila, y tanto importa! A lo ménos, la costa donde agora anda esta armada tiene ya algunos conventos de religiosos augustinos descalzos, que fundamos los años pasados, compadecidos de que por falta de ministros perecian tantas almas: yo se lo pedí al Reverendísimo Sr. D. Fray Pedro de Arce, religioso de nuestra Órden y Obispo de Sugbú, de cuya jurisdiccion es aquella Isla, y su Reverendísima me dió su beneplácito, que confirmó, en nombre de Su Majestad, D. Alonso Fajardo de Tenca, Gobernador, Capitan general y Presidente de las islas Filipinas; y hoy hay muy grande cristiandad en más de ochenta leguas de tierra, que administran los conventos que allí fundamos el año pasado de mil seiscientos veinte.

CAPÍTULO V.

Hace asiento en la bahía de Málaga, en Mindanao, el general Ruy Lopez de Villalobos.

La descripcion desta Isla reservarémos para adelante, cuando más de propósito la vayan los castellanos á descubrir; baste por agora saber que la gente della es belicosa y atraidorada: por quitar una cabeza negarán padre y madre; estareis en conversacion con ellos (¡cuántas veces me sucedió en la provincia de Zambales esto), y miráranos á la cabeza codiciándola como si fuera de oro, y dicen, «¡oh que buena cabeza!» no sabiendo encubrir su mal natural, ni aquel bárbaro deseo, como si la más bien hecha cabeza del mundo valiera algo cortada; muérese esta gente por matar y cometer traiciones. A este apetito natural que tienen, añadió aquel bárbaro portugués, Juan

Pinto, el deseo de la venganza de aquel insolente agravio, con que los tendrémos tanto de guerra, que dure muchos años, y creo que durará miéntras el Rey, nuestro señor, no mandáre con resolucion acabar de conquistar á Mindanao y quitar aquel coco de las islas de Pintados, que tantos cautivos cristianos lleva todos los años dellas, profanando los templos y violando los sagrados vasos, con descrédito de las armas castellanas, pues dicen los indios de Bisayas, que ántes que dieran la obediencia al Rey, nuestro señor, y fueran cristianos, no sólo no hacian entradas los mindanaos en sus tierras, sino que era al contrario, que ellos iban á Mindanao, de donde traian muchos cautivos, y los temblaban; y agora es al revés, porque como son cristianos y no les es lícito hacer aquellas salidas, y están desarmados, pagan agora lo que entónces hicieron; y el dia de hoy andan tan insolentes y atrevidos, que han cautivado gente española, haciendo entradas en las islas Filipinas, como solian los moros berberiscos en la costa de España. El año pasado de diez y siete salieron de Mindanao cien galeras, á que acá llaman caracoas, y llegaron al astillero que habia en la provincia de Camarines, y quemaron una hermosísima y poderosa nao que estaba para botar en el agua, y dos buenos pataches acabados: mataron algunos españoles y cautivaron otros, y algunas mujeres españolas, y dos padres franciscos, uno de los cuales sacrificaron al demonio luégo con execrables ceremonias; era de la provincia de los descalzos de San José. Prosiguieron estos piratas hasta acercarse á la ciudad de Manila, y destruyeron á Balayan, y volviendo á Mindanao festivos y victoriosos, llenos de despojos y cautivos; ordenó el capitan D. Diego de Quiñones, gran soldado, honra de Leon su patria, que el capitan Lázaro de Torres, natural de tierra de Campos (que poco ántes mano á mano cortó la cabeza á un coronel de Holanda, peleando), saliese con siete caracoas que tenia á desbaratarles; hízolo tan bien el valiente campesino, que con ser ciento las del enemigo, le acometió, y sólo con tres, porque las otras cuatro venian traseras, le desbarató echándole á fondo cinco galeras, en que tomó algunos cautivos; huyóle la demas ar-

mada y entró en Mindanao victorioso, aunque con cinco galeras ménos, y el capitan Lázaro de Torres pasó á Illo-Illo, fortaleza hoy nuestra. Esto he contado por anticipacion para que se vea el ódio y aborrecimiento que estos mindanaos nos tienen, y cómo dura en ellos aquel agravio primero que les hizo Juan Pinto, pues nos pagan en aquella misma moneda, cautivando gente, y para que constándole á Su Majestad mande conquistar aquel pedazo de tierra donde están estos corsarios, pues la contra-costa desta Isla es nuestra desde Betuan, donde fundamos el principal convento de nuestra Órden, la provincia de Dapitan hasta Caragas, donde pusimos el último convento, y donde hay infantería española, con que quedarán las islas Filipinas todas debajo de la obediencia del Rey, nuestro señor, segura la cristiandad y ellas más floridas y ricas. Conocida, pues, ya la ferocidad desta gente bárbara, sigamos nuestra historia. Estando surta la armada en la bahía de Málaga, aguardando á que los naturales la fuesen á reconocer ó á saber qué gente era, pasó un parao con pocos indios; llamáronlos con señas, y ellos, sin hacer caso, pasaron adelante: envió el General la falúa tras ellos, con órden de traerlos á la Armada, y si no pudiesen les tomasen el parao: dábale caza la falúa, pero el barco de los indios era ligero, y con serlo emparejaba ya con él, cuando los indios vararon con él sobre unos arrecifes, y saltando en el agua se escaparon; la falúa no pudo llegar á los arrecifes, porque hacia mareta: echáronse á nado cuatro ó cinco marineros, y tomando la playa, rogaron á los isleños que tomasen su parao y fuesen á la Capitana; pero ellos, que estaban escarmentados en los que Juan Pinto metió debajo de escotilla, no quisieron ir, ántes se desviaron de allí y metieron en el monte: los cuatro marineros echaron el parao varado al agua; quedóse en tierra un marinero extranjero arragocés, con alguna necesidad; sale un indio del monte, tan cerca estaba, en ocasion que él estaba más descuidado, y con suma presteza le dió una puñalada con el cris (arma es de todo este Archipiélago); ya volvian en su favor los otros marineros, cuando sintiéndolo el indio, que queria llevar la cabeza, se metió en el monte, y el arra-

gocés, herido de muerte, en la falúa; llevóse el parao, que estaba lleno de bastimento, y el marinero murió el dia siguiente. El General determinó de ir en persona á buscar algun sitio donde fortificarse: metió en los bateles alguna gente, y fué la costa abajo cosa de una legua: vió en tierra un humo, y pareciéndole que habria allí alguna poblacion, echó en tierra diez soldados, encargándoles procurasen haber á las manos algun indio: emboscáronse en el monte, y siguiendo una pequeña vereda, dieron en diez ó doce casas, que eran rancherías de pescadores; pero halláronlas sin gente, porque, habiéndolos sentido, se huyó la que habia: habia mucha comida en ellas, mucho pescado y tortugas muy grandes, carne de puerco y venado, mijo y arroz. El General mandó tomarlo todo para algunos enfermos, y poner en su lugar el precio doblado en rescates, para que entendiesen los indios cómo venian de paz á tratar con ellos, y con esto se moviesen á llevar, por su interés, algun bastimento á la armada. Pasó adelante Ruy Lopez, y viendo que la costa parecia toda de una manera, se volvió, y juntando los Capitanes y gente principal de la armada, les propuso de nuevo su venida y órden que del Visorey traia, y les pedia le dijesen su parecer, representándoles él primero el suyo, que era de fortificarse en aquel sitio y bahía, y despachar un navío á la Nueva España á dar razon de lo que habian descubierto, para que se les enviase nuevo socorro, y en el ínterin verian si habia otro mejor sitio donde poblar, ó en llegando el tiempo, pasarian á la isla de Sugbú ó Matan, que era mejor tierra, supuesto que por entónces no podian por ser el viento contrario, y que de pasar adelante habia muchos inconvenientes, como eran acercase á los portugueses, punto que traia tan encargado del virey Don Antonio de Mendoza, y los demas de poca seguridad en la costa de más adelante, que esto le parecia, y, que por tanto, viesen si convenia ó no, y dijesen líbremente lo que en Dios ó en sus conciencias sentian; que para que pudiesen hacerlo más líbremente, no queria estar presente, con advertencia que en lo que tocaba al seguir la costa no lo habia de hacer, porque era acercarse al Maluco: con esto los dejó solos, y en la junta

hubo varios pareceres, y vino á resolverse el del General, con que trató de fortificarse: el sitio era muy malo, porque contínuamente llovia; pero como el General trataba de pasar como pudiese hasta ver respuesta y socorro de la Nueva España, y despues pasar á Sugbú ó á alguna de las otras islas de mejor gente, resolvióse de hacer allí luégo un fuerte; saltó en tierra é hizo eleccion del sitio; cortóse madera, y en breve se puso en defensa: varóse la fusta para darla carena; hiciéronse alojamientos para los soldados y almacenes para las municiones. El General remitió la causa de los presos transgresores del bando á Bernardo de la Torre para que la sentenciase; pero no con el rigor del bando, por lo que en esto habian instado el Prior y religiosos de San Agustin, y por el tiempo que habia que estaban presos con grillos, en que habian purgado bien el delito de los palmitos, sentenciáronlos en que cortasen cierta cantidad de madera para la fortificacion, y al que cortó las palmas, que era un morisco, criado de uno de ellos, en cien azotes, que se los dieron sin remision; tanta necesidad tiene de castigo el bando que se publica en la guerra. Contra el bando de Josué, tomó Achan una capa, alguna poca de plata y una regla de oro del saco de Hierichó (Jericó), y porque traspasó el bando murió apedreado, y con este ejemplo quedó persuadido el ejército de Josué á no exceder de sus órdenes ni quebrar sus bandos. Cobró este Caudillo del pueblo de Dios reputacion en este hecho, y en este primer castigo halló el pueblo escarmiento. Mira el vulgo las primeras acciones del nuevo Gobernador con cuidado: si castiga témenle, si es flojo y remiso desprécianle, y á esto sin duda debió de atender el General castellano en el castigo de estos contrabandistas, que no quiso que quedasen sin él para que los demas temiesen, y castigó con piedad para hacerse amable á los suyos, y no inexorable como Alejandro con Telesforo. Nombró Ruy Lopez de Villalobos por su Teniente general al capitan Francisco Merino, hombre principal, muy cuerdo y de buen consejo. Apercibió á Bernardo de la Torre para que en su navío volviese á la Nueva España, por tener para ello órden del virey D. Antonio de Mendoza.

CAPÍTULO VI.

Enferma la gente en la bahía de Málaga; llegan al puerto algunos paraos de indios, con quien los castellanos hacen paces. Lévase la armada en busca de otro sitio.

Con el trabajo de la fortificacion y mal comer comenzó á enfermar la gente y á morir mucha sin remedio: hinchábanse poco á poco, y en llegando aquella mala calidad á apoderarse del vientre, no escapaba nadie; el sitio era malísimo, á la falda de una muy alta sierra, que casi cercaba la bahía, y el fuerte estaba en la marina en un valle hondo, donde contínuamente llovia y los vientos no le podian bañar, y por esto era mal sano: si salia el sol alguna vez, enviaba sus rayos perpendiculares, especialmente al medio dia, y abrasaba el valle todo, y levantando los vapores de los pantános, llenos de inmundicias de la contínua lluvia, inficionaba el aire y engendraba pestilencia: tras esto, no tener qué comer, sino bizcocho mareado y podrido del largo viaje, y eso en moderada racion; no haber vino ni carne, porque si sobró alguna de la jornada estaba dañada y corrupta, y con esto trabajar contínuamente en hacer un fuerte y algunas mal acabadas casillas, y velar de dia y de noche contínuamente, consumiera los hombres más robustos y vivaces del mundo: á la enfermedad, que llamaban berber, no se le hallaba remedio, y los médicos que habia eran de la calidad de los Pilotos, remendones en su oficio, que siendo barberos, ó bárbaros, les graduó la necesidad de maestros, y como los libros que tenian eran lancetas y sajadores, martirizaban la gente, que moria despedazada á sus manos, y vivia solamente la que no habia de morir por ocultas causas: la enfermedad fuera sufrible si hubiera médicos y medicinas; pero como habia medicinas y no médicos, era como poner la espada desnuda en la mano de un loco, y el pensamiento desto causaba enfermedades y muertes. Acudióse en este trance á Dios como

á médico verdadero. Los religiosos augustinos aquí ejercitaban la caridad heredada del gran Padre, del gran Doctor, haciendo oficio de enfermeros y de médicos espirituales, disponiendo las almas y aplacando á Dios por medio de la humilde confesion; decian misas, ordenaban procesiones, pidiendo á Dios salud para su cristiano pueblo, que en semejantes conflictos es remedio dulce y sabroso habérselas á solas con Dios, y tanto se puede encender en su amor, que desestime la vida temporal, afectando la eterna, y cuanto tiene el mundo: hacíanse penitencias; los siervos de Dios con disciplina y oracion pretendian aplacar á Dios con el ejemplo de David, que remedió la pestilencia que en medio dia le llevó á la sepultura setenta mil hombres, con medios tan seguros y eficaces, como son la penitencia y sacrificios que en el campo del Jebuséo ofreció á su Dios, por consejo del profeta Gad. Los Sátrapas de Filistéa, castigados de la mano de Dios por la prision del Arca, con enfermedad súcia, penosa y mortal, con ser gentiles, acudieron á Dios. Tullo Hostilio, Rey de romanos, conoció en una gran peste que el eficaz remedio era acudir á Dios con oraciones y ofrendas, como cuenta Tito Livio; y aunque estos religiosos no cesaban de pedir á Dios salud para su pueblo, conocieron tambien que la falta estaba en la mala eleccion del sitio, de que daba muestra la enfermedad, que era de humedad corrupta por el descompasado calor del clima, pues no sólo se hinchaban desmesuradamente las piernas y vientre, sino que les crecian las encías sobre los dientes, y cortándoselas con navajas, el hedor de aquella corrupcion era tal, que parecia pestilencia, y como el mayor regalo que habia para un enfermo era una costra de bizcocho ménos malo que lo demas, crecia el trabajo y desconsuelo. Pedíanle al General que mudase el Real á otra parte más acomodada; vino en ello, como no fuese seguir la costa, porque era acercarse al Maluco, y así despachó á su Teniente general, el capitan Francisco Merino, para que con cien hombres marchase por tierra y fuese en busca de algun buen sitio y puerto acomodado para los navíos, y que los bateles le siguiesen por la mar con el bastimento para los soldados. Partió

del fuerte esta tropa, y atravesando sierras y valles, no hallaron sitio que fuese de provecho; y así, maltratados del camino y escandalizados de tan mala tierra, se volvieron al cabo de los tres dias. Luégo, el dia siguiente, pareció un parao de indios en la punta de la bahía: hiciéronle señal que llegase, pero volvióse huyendo: siguióle un batel y metióse tras él en un estero, donde los indios se echaron al agua, y el parao, cargado de mantenimientos, se llevó al Real. El General se veia muy confuso, porque en aquel sitio cada dia le enfermaba más la gente: adelante no podia ir, por no llegarse al Maluco; atrás, donde entendia hacer su negocio, no podia volver por el tiempo contrario: los navíos cada dia se le echaban más á perder; los bastimentos se acababan, pues sólo se daba de racion á cada persona media libra de bizcocho cada dia, y ese medio corrompido, y un pequeño tasajo de carne podrida, y la hambre cada dia habia de crecer más; en la tierra no habia bastimentos: era ágria y montuosa, y hasta este tiempo no se podia haber habido á las manos un indio de quien informarse, porque un pueblecillo que pareció en la bahía, luégo le despoblaron los naturales, y lo que más pena daba á Ruy Lopez era no hallar lugar cómodo para aderezar dos navíos, que habia de despachar á la Nueva España. Con todos estos trabajos, combatido de pensamientos, estuvo el buen caballero algunos dias, hasta que apretándole todos que de un bordo y otro procurasen contra el tiempo volver atrás, donde todos tenian puestas sus esperanzas, (la culpa de todo esto tuvieron aquellos malos Pilotos, que quisieron dejarse caer y disminuir altura, y no se quisieron tener á barlovento cuando estaba en su mano, pues cuando tuvieran cien leguas de barlovento, tenian hecha su navegacion, porque podian buscar lo que deseaban, cazando á popa y sirviéndose del viento.) El General tomó esta resolucion y mandó aparejar los navíos, á que acudieron todos con mucho gusto y presteza.

En esta faena estaban ocupados, cuando llegaron al puerto diez paraos de indios, donde venia uno, que en su traje parecia ser hombre principal, y los demas le reconocian y llamaban

Capitan: pidieron seguro para hablar al General, y en esta ocasion diera treinta seguros, porque no habia cosa que más desease por saber el paraje en que estaban, que hasta entónces sólo sabian que estaban en la isla de Mindanao, y no otra cosa: envió á asegurar la gente el General con su bandera al alférez Íñigo Ortiz de Retes, que llegando á la lengua del agua les aseguró y saltaron en tierra: dijeron que querian ver al Capitan mayor, que así le llamaban, para hacer paces con él: dijéronle que estaba en la fuerza, que fuesen allá; ellos lo rehusaron: dióse aviso al General y salió á verse con ellos. En las cortesías de los indios hubo grandes ceremonias: yo tengo observado que cuanto más ceremoniosos son los indios son más traidores, y jamás me engañó esta regla, porque con aquellas ceremonias y embustes pretenden engañar. Dióle la bien venida el principal á Ruy Lopez, á su tierra, y díjole como él era de Macagua, una provincia que quedaba atrás, y amigo de los castellanos, porque ya habian pasado otros por su tierra, y desearia hacer amistad con él, y de aquí fué informándole dónde quedaban las tierras que le preguntaba, y en todo decia bien el indio; ofrecióle traer cuantos bastimentos quisiese, y concluida su plática, sacó una lanceta para contraer el parentesco de amistad: el General y él se sacaron del pecho cada uno seis gotas de sangre, que bebieron mezcladas en vino, el uno la sangre del otro, con que, á su usanza, quedó indisoluble el vínculo de amor. En la *Conjuracion de Catilina* leemos otra ceremonia semejante á ésta, donde los conjurados se sacaron sangre para que la fé y union de aquella liga fuese inviolable; pero en estos indios es sagrada esta ceremonia, digo, entre ellos, que con otras gentes cada dia la profanan, porque de lo que más se precian es de traidores y desleales, especialmente estos mindanaos. Regalóle el General con algunas piezas de seda, lienzos y cosas de Europa, y á todos los indios contentó con cosas de ménos valor: quiso el principal ver el fuerte: enseñósele (y para mí él iba á reconocer el Real) y despidióse; eran todos los indios de buen parecer y disposicion; venian bien armados; crises en la cinta, que son unas dagas culebreadas, de exce-

lente temple; unos traian adargas y lanzas con buenos hierros; otros campilanes, que son tan buenos como los mejores alfanjes de África: embarcáronse y siguieron su viaje. No volvieron estos indios al tiempo que se concertó, ni algunos dias adelante, ni parecieron más, con que se confirmaron de la burla que les habian hecho, pues fueron asaz regalados. Viendo Ruy Lopez la bellaquería de los indios, determinó hacerse á la vela; porque las enfermedades no cesaban y los navíos estaban prestos. Lo mismo les sucedió (si hemos de creer al gran poeta) á los troyanos en otra gran mortandad, habiendo arribado á cierta tierra, á quien Anchises aconsejó que aplacasen á Dios con oraciones, y desamparasen el sitio, entregándose á la ferocidad de las olas, que por ventura serian ménos crueles. Hízose alarde de la gente y halláronse cuatrocientos cincuenta hombres bien armados: embarcóse cuanto estaba en tierra, y habiendo estado en esta bahía cuarenta dias, se hicieron á la vela, dia viérnes, á diez y seis de Marzo deste año de cuarenta y tres, dejando algunos compañeros enterrados en aquellas soledades, que no era poco dolor, y segun buenos discursos, ninguno se prometia otro fin.

CAPÍTULO VII.

Surge la armada en la bahía de la Resurreccion; lévase y sigue la costa.

Hecha á la vela la armada, procuró velejar contra el viento, que es fortísimo en las Islas miéntras dura la monzon; especialmente las brisas, ventean con tanta fuerza, que se comen los navíos: procuraba de un bordo y de otro ganar algun palmo de tierra para volver atrás á la que dejaba más á propósito, más bien poblada y de mejor gente, que quien pierde el bien que tiene todo esto merece. Forcejeó diez dias cuanto pudo, y no sólo no pasó adelante, pero áun el lugar donde habia salido no pudo tomar cuando quiso recogerse en él;

tan récio era el viento y tan contrarias las aguas: los navíos eran malos de bolina, y estaban llenos de broma, algas y escaramujo de la larga navegacion, además de que no eran navíos para acometer viaje tan largo y difícil; si fueran de aquellos bolineros del Perú, que para navegar por punta de bolina y contra viento son los mejores del mundo, pudiera ser que cortando largo, vencieran el viento y las corrientes; pero como eran carracas de la Nueva España y Guatemala, navíos que fabrican para traginar mercaderías y bastimentos, y á veces cal y carbon, son tales que no sirven sino de ahogar la gente, que en vez de abolinar, no hay carro manchego que así ruede, y poniendo la pròa al Oeste, rueda sin remedio al Este. Desta manera se via perdido el General, porque no habia para él pesadumbre como entender que habia de ir prolongando la costa, porque tanto cuanto más se navegase adelante, tanto más se acercaba al Maluco, donde le estaba vedada la ida: trabajó mucho por tomar el puerto de donde habia salido, que era la bahía de Málaga, que áun el nombre della no prometia ningun bien, pues comenzaba en mal, y viendo que se le abrian los navíos y reventaban los aparejos de puro laborar, y que en vez de ir adelante volvia atrás, cazó á popa en busca del primer puerto que hallase para meterse en él y no salir hasta que hubiese tiempo favorable, ó supiese de cierto el puerto de Sarrangan, donde el piloto Anton Corzo habia ya estado, para ir á fortificarse en él, y sólo este Piloto sabia algo desta costa por haberla tanteado bien, cuando pasó en la armada de Loaisa; y fué la desgracia de toda esta armada tan grande, que acertó á ir este hombre en la galeota que se despareció, y así andaban todos á ciegas, y, á Dios se la depare buena, navegando á poco más ó ménos, con riesgo manifiesto de perderse por inciertos mares é ignotas tierras: arribando, pues, la armada, la fusta, que iba delante, descubrió una bahía: metióse dentro, y la armada tras ella: era grande, á la entrada tenia una isleta de arena pequeña, y en medio una isla con tres farellones; está en altura esta bahía de cinco grados y medio: llamóse de la Resurreccion por estar próximos á la Pascua de Flores: surgió

la armada en ella miércoles de tinieblas, que siempre estos pobres náufragos andaban en ellas, por las que los ciegos Pilotos tenian en su entendimiento. El Jueves Santo siguiente envió el General á Bernardo de la Torre en la fusta, y con un batel, á que bogase y corriese la bahía y procurase haber algun indio para tomar lengua: llevó consigo el Capitan ochenta hombres bien armados, y rodeando la bahía no vió en ella cosa que le contentase: descubrió el batel, al ponerse el sol, tres indios que entre unos arrecifes mariscaban; llamólos, pero ellos prosiguieron su ejercicio: llegó la fusta y surgió no léjos de ellos, y los indios, puesto ya el sol, se volvieron al monte. Bernardo de la Torre echó cuatro hombres en tierra para que reconociesen el camino que llevaban, que por las huellas estampadas en la arena les fué fácil, siguiéndolas, dar en una senda estrecha que guiaba al monte. Volvieron con este recado, y el Capitan apercibió alguna gente, y madrugando se fué por la senda, bien media legua, y al reir el alba dió con unas casas pequeñas, donde habria hasta quince ó veinte familias, pero despejadas de gente, que como los indios se velaban por las extranjeras embarcaciones que en el mar habian visto, sintieron á los españoles y metiéronse en el monte: hallaron en estas casas mucha carne de puerco de monte asada, que así la curan y guardan estas naciones, y como los soldados la hallasen tan á su propósito, y los cuitados perecian de hambre, no reparando mucho en que era Viérnes Santo, satisficieron bien su necesidad: hallóse alguna miel extremada y cantidad de cera, y, entre otros trastos, algunas sortijas de oro. Deseó proseguir Bernardo de la Torre su camino hasta coger algun indio, que era lo que más se deseaba, pero cruzaban tantas sendas, que no sabia cuál elegir, y así, lo dejó; pareciéndole que los indios habrian ya avisado, cargaron con la carne y volviéronse á la armada, dando cuenta al General del mal recado que hallaban, y disposicion ninguna para lo que se pretendia. Confesó y comulgó toda la gente y celebróse la Pascua de Resurreccion, ya que no con la solemnidad debida, á lo ménos con la devocion que se puede presumir de gente que tenia tan á los ojos la

muerte: predicóles (y este ejercicio era muy ordinario en aquellos benditos religiosos, que por la propagacion de la fé pasaban tantos trabajos), el padre Prior Fray Jerónimo de Santistéban, que era singular letrado y persona de grande espíritu, animándoles á padecer por el Dios que tanto habia padecido por todos, y aunque les faltaba el sustento corporal, este manjar del alma nunca les faltó, y vióse bien logrado el fruto destos Padres, pues entre la gente desta armada nunca hubo pleitos, palabras ni desgracia alguna, ántes bien una hermandad y union tan grande, cuál nunca se vió en armadas ni descubrimientos. Segundo dia de Pascua se hizo otra vez la armada á la vela, habiendo hecho agua y leña: la fusta se detuvo algo más en esto; pero con tanto descuido de los marineros y Piloto, que bajando la mar de golpe quedó en seco; eran cabezas de aguas vivas, que por aquel paraje son algunos dias despues de la oposicion de la luna, como tambien de la conjuncion: procuraron sacarla y no pudieron, y aguardando mareas, á la segunda la sacaron con harta dificultad, y siguió su viaje en busca de la armada, que la llevaba casi dos dias de ventaja. El General echó ménos la fusta: mas pareciéndole que iria descubriendo algun puerto ó poblacion, ó cosa que les estuviese bien, fué navegando, seguro de que no se les podia perder, entrando y saliendo en cuantas bahías y puertos descubrian, viéndose muchas veces, por hacer esta diligencia, á peligro de perderse, especialmente una tarde de mucho viento y mar, estuvo la armada perdida sobre unos escollos y peligrosos arrecifes: no escapára hombre á vida, si calmando el viento de repente no saltára un terral, con que se hicieron á la mar. Echóse la armada de mar en través por aguardar la fusta, y de aquella manera amaneció sin que pareciese; oscurecióse el cielo y arreció el viento, y corrieron con los papahigos del trinquete, á escotas largas, por aguardar la fusta; calmó sobre tarde, y al doblar una punta, descubrieron dos islas que distarian entre sí una legua, y de la costa de Mindanao estarian apartadas tres leguas. Arribó á una de ellas el General, pareciéndole que la gente dellas seria más conversable que la de Mindanao, y más

tratable: metióse en una bahía razonable y de no mal abrigo, y despachó al alférez Íñigo Ortiz de Retes, en el navío *San Antonio*, en busca de la perdida fusta: siempre parece que se ocupa este glorioso Santo en buscar perdidos; yo aseguro que no se vuelva sin ella. En la playa parecieron algunos indios; fué el batel á tierra por si podria obligarles á pasar á la Capitana: enseñáronles algunos rescates, y ofreciéronles algunos; uno de ellos, el más codicioso, llegóse á tomar un lienzo que le ofrecian, y asiéndole de la melena, que la traian larga estos indios, le metieron en el batel y dieron con él en la Capitana: pidió que le soltasen, y que llevaria al señor de aquella Isla al General: regaláronle, con que perdió el miedo, y vistiéndole una camisa y dándole algunos rescates, le rogaron hablase al principal que se llegase á la Capitana, donde le harian muchas honras y regalos, porque sólo trataban de mercadear, y desearian que entre ellos y los españoles hubiese amistad, de que se les seguiria mucho provecho y utilidad: dijéronle tambien que llevasen á los navíos algunos bastimentos, y se los pagarian muy bien, y con tanto pusieron al indio en tierra muy contento. Dió á su gente cuenta de lo que habia visto, y enseñóles lo que llevaba, de que codiciosos salieron muchos á la playa cargados de gallinas y de puercos, algun arroz y frutas de la tierra, aunque todo era nada para tanta gente: rescatóse todo, con que los afligidos españoles se prometian en lo de adelante mejor fortuna. El señor de aquella Isla, no ménos codicioso que su gente, determinó irse á ver con el General.

CAPÍTULO VIII.

Hace el Régulo de Sumuba paces con Ruy Lopez de Villalobos; lévase la armada y surge en Sarrangan.

General contento recibió la gente de la armada viendo que hallaban ya quien les diese de comer, y que corria el trato con los indios; supo el General como el señor de aquella Isla, que

llamaban Sumuba, le queria visitar y asentar paces con él, que era la cosa que más deseaba en el mundo: son estos señores Régulos, que en paz y guerra gobiernan sus tierras sin contradicion ni dependencia de otros Reyes. Adrezóse la tolda con una alfombra y cojines de terciopelo: llegó el Régulo á bordo, y en entrando en la Capitana fué recibido con mucha fiesta y regocijo. Sacóse colacion de buenas conservas de la Nueva España, y vino generoso de Castilla, y fué el Régulo muy bien regalado: dijo al General que no estaba allí bien la armada, que una legua de allí habia un muy seguro puerto, donde tenia él su ciudad principal, y estaria con mucho gusto todo el tiempo que en él quisiese estar, y le proveeria de todo cuanto tuviese necesidad para su armada, especialmente de bastimentos, que era lo que más habria menester, y para que esto fuese con vínculo de obligacion, queria hacer amistades con él á su usanza: sacó luégo los instrumentos ceremoniales, y sangrándose como el otro principal habia hecho en la bahía de Málaga, asentaron las paces tan deseadas del General, que luégo le dió una ropa turca suya que solia vestir, de damasco encarnado con fajas de terciopelo verde, algunas piezas de seda, camisas, lienzos y otras curiosidades de consideracion: el Régulo le rindió las gracias y ofreció pagar en bastimentos y otras cosas el presente, y despidiéndose, no con ménos ceremonias que el otro de la bahía de Málaga, se metió en su falúa y volvió á tierra. El General despachó á Bernardo de la Torre con ocho soldados á que reconociese el puerto que el Régulo habia dicho y su poblacion, para pasarse con la armada á ella; y habiendo llegado adonde el indio habia señalado, no halló puerto, sino una costa brava de arrecifes y piedras. Saltó en tierra y envió á llamar al Régulo, que ya habia pasado á su pueblo, el cual vino con treinta ó cuarenta hombres armados con rodelas, lanzas y campilanes, y con muy diferentes propósitos de los que en el navío mostraba tener: preguntóle por el puerto y lugar que decia Bernardo de la Torre, pero ni respondia á propósito, ni daba á entender que haria lo que habia prometido: dijo que su pueblo estaba la tierra adentro, y que los

mantenimientos que habia eran tan pocos, que apénas tenian para sustentarse á sí, y dió otras excusas tan frívolas y á despropósito, que Bernardo de la Torre estuvo movido á prender este bárbaro desleal, que no pretendió más de que el General le regalase y cumplir con mentiras. Es la gente más doblada y traidora ésta que hay en todo el Archipiélago. Volvióse Bernardo de la Torre y dió cuenta al General del buen despacho que traia, que pensó perder el juicio de sentimiento de ver que en cosa ninguna ponia mano que le sucediese bien: ya la gente, que por sus intereses el primer dia habia llevado algun bastimento, no le llevaban, porque el Régulo les habia mandado que no acudiesen á la armada más con él. Visto esto por Ruy Lopez y por las demas personas principales de la armada, cuán poco provecho se sacaba de andar de isla en isla gastando la salud, la hacienda y los mantenimientos, determinaron de asentar de una vez por bien ó mal en alguna parte donde hubiese gente, pues forzosamente habria algun bastimento con que poder portarse. Estaban tres leguas de allí unas islas que parecian pobladas, por humos y otras señales que vieron: envió á ellas uno de sus navíos para que sondase algun puerto y reconociese si habia alguna poblacion. Llegó el navío, y en él iba el capitan Francisco Merino y Martin de Islares, que sabia la lengua malaya, y por allí habia ya quien la entendiese; surgió en un muy buen puerto, enfrente de una poblacion de más de cuatrocientas casas, de muy buena vista por estar entre unos palmares: al surgir tocaron muchos instrumentos de regocijo, como acostumbran cuando llegan mercaderes á sus puertos, y salió la gente á la playa. El capitan Francisco Merino llegó á la playa con su batel, y tomando lengua de los indios, pareció allí un indio burney que sabia muy bien la lengua malaya, y se entendió con Martin de Islares, y hablaron acerca de la contratacion que se les pedia, y llevaron al Régulo (que cada isla de estas tiene el suyo) razon de lo á que habia llegado allí aquel navío, á que respondió se holgaría mucho quisiesen tomar aquel puerto, pues les venia de tener contratacion tanto provecho, donde hallarian la seguridad que en su misma tierra, y que se

holgaria mucho desembarcase el Capitan, porque deseaba verle. Él se excusó diciendo no tener órden de su General para más que enviarle aquel recado, que en llegando iria él en persona á besarle las manos y á agradecerle la merced que les ofrecia. Con el burney tuvo algunos pláticas, y supo dél que aquella isla se llama Sarrangan, en la cual habia algunas poblaciones buenas, muchos mantenimientos y trato con las islas de aquel Archipiélago, y otras cosas á propósito de lo que deseaba: bogó la Isla toda Francisco Merino, que tendria seis leguas, y halló en ella cuatro puertos de los mejores que hay en lo descubierto, seguros y cerrados, de buen fondo, y capaces para grandes armadas, y sobre todo limpios. La Isla es un jardin de naturaleza: hermosa á la vista, fértil y abundante, llena de palmares y sementeras, que la hacen toda apacible; tiene algunos arroyos de buena agua y delgada, que rios, como la Isla es tan pequeña, no puede tenerlos caudalosos ni grandes; fuentes nativas tiene en cantidad, y los montes puercos y venados; los puertos dan abundancia de pescado; la tierra mucha caña de azúcar, gallinas buenas, tórtolas y otras mnchas aves. El dia de hoy es esta administracion de los Padres Agustinos descalzos, y son, por el cuidado y diligencia que en la predicacion del Evangelio han puesto, muy buenos cristianos todos, y muy celosos de su salvacion. Fundamos aquí un convento los años pasados, con que siendo esta Isla, por los años que vamos escribiendo, habitacion del demonio, está hecha hoy un jardin del cielo. Francisco Merino llevó noticia á la armada de cómo habian llegado á esta Isla, algunos años ántes, unos españoles con un Grijalba, que habia salido de la Nueva España, que, llegando enfermo, se quedó á curar en esta Isla, y murió en ella, y dando noticia de lo demas que habia visto en la Isla. El General, otro dia, por la mañana, se levó del puerto de Sumuba y surgió en el que Francisco Merino habia estado, con mucho gusto de todos por la apacibilidad del sitio, y porque se prometian mejor suerte que hasta allí.

CAPÍTULO IX.

Reciben los isleños de guerra á los castellanos; éntraseles la tierra á fuerza de armas.

Como el puerto de Sarrangan era fondable, limpio y seguro, metióse la armada mucho en tierra: salieron á la playa gran cantidad de indios bien armados de lanza y rodela, y de campiles tan relucientes y lustrosos como los más limpios alfanjes turquescos, y dijeron á la armada que se levase de allí y fuese á otra parte, porque en aquel puesto no habia otros bastimentos ni rescates que lanzas, campilanes, flechas y crises, con que defenderian sus playas de todo el mundo. Asombrados quedaron los castellanos de ver el recibimiento que aquellos bárbaros les hacian, cuando esperaban ser humanamente hospedados y socorridos, aunque por sus dineros, de bastimento, de que la armada estaba ya tan falta, que la media libra de bizcocho que ántes se daba á cada uno, se repartia con escasez entre dos. El General llevaba sobre su corazon el dolor y miserias de sus soldados, quebrándosele de pena y sentimiento, viendo que no los podia remediar, y que cuando acometia la fortuna á serles favorable y mostraba algun principio de consuelo, era tan breve y con tan contraria vuelta permanente en el mal, que bastaba para postrar los ánimos más valientes y quebrantar los bríos á los más osados. Habian los indios, la noche ántes, levantado una trinchera de arena sobre barcos luengos, bien estacados y seguros, en toda la playa, de punta á punta, pareciéndoles con aquello estar seguros de todo el mundo. El General los envió á requerir de paz y á ofrecerles su amistad y favor contra todos sus enemigos, y que les vendiesen algun bastimento y que se les pagaria muy á su gusto. La respuesta que dieron, habiendo entendido lo que se les decia, fué tirar muchas flechas al batel, y levantando todos el alarido, amenazaban á la armada toda, diciendo que la habian de abrasar,

si luégo no se salia de aquel puerto. Confuso estaba el General viendo conjurados contra sí el cielo, el viento, el mar, las gentes y que nunca trataba cosa que tuviese buen fin. Volviólos á requerir con la paz; la gente toda de la armada pedia guerra y venganza contra los mayores traidores de la tierra: rabiaban, no sólo de hambre, sino por saltar en tierra y destruir la Isla, viendo que sin remedio perecian por la paciencia y sufrimiento del General, que como era buen cristiano y cuerdo, detenía se con prudencia y deseaba sufrir hasta el último trance. Volviólos una y otra vez á requerir con la paz, y los bárbaros cada vez más insolentes, porque atribuian á cobardía el pedir con tanto afecto y continuidad la paz, de que tomaban atrevimiento á hacer en la playa mil desvergüenzas á vista de los españoles, que se estaban deshaciendo por tomar satisfaccion. Llegaron en embarcaciones á querer cortar las boyas de las áncoras, y en efecto, cortaron una á la Capitana, de que se amohinó tanto el General, viendo el atrevimiento que por su paciencia tomaban los indios, que envió el batel con una docena de arcabuceros á cobrar la boya: salió volando el batel, dando caza á algunos paraos ligeros que iban ya algo delante, pero ya que él no podia alcanzarlos, las balas espesas lo alcanzaron, derribando algunos de los paraos, pagando el atrevimiento de haber cortado la boya. Juntó su consejo Ruy Lopez para saber qué harian de sí, si levarse y buscar otro puerto ó estarse y dar guerra á los indios hasta hacer amistad con ellos por bien ó por mal. Resolvióse que se tomase la tierra con las armas, supuesto que no habia esperanza de ser hospedados de nadie; aunque anduviesen de puerto en puerto, y los habian ofrecido la paz tantas veces, y ellos habian sido los invasores, respondiendo á los mensajeros con las armas en la mano, y despidiendo flechas hasta pretender dar con la armada en la costa, cortándola las amarras. Con todo eso, el General se detuvo, pareciéndole demasiada resolucion, por ver si por paz podia acabar lo que deseaba, y llamando al Prior Fray Jerónimo de Santistéban, le pidió que estudiase aquel punto, si seria lícito hacer guerra á aquellos bárbaros y quitarles por

fuerza los bastimentos que de grado y pagándolos no les querian vender, atento á su necesidad y á las demas cosas que habian pasado, y que lo confiriese con sus religiosos, porque él deseaba no intentar cosa que fuese contra su conciencia, y que en el ínterin queria justificar más su causa, enviándoles nuevos requerimientos, para ver si se ablandaban aquellos bárbaros: con esto depachó el batel de nuevo con una bandera blanca y algunos soldados con un Alférez; pero fueron tantos los flechazos que tiraron, que á no llevar sus reparos el barco, no dejáran de herir á algunos: no llevaba órden de dispararlos ni ofenderlos, y así se volvió, comiéndose las manos de no haberlos respondido con la mosquetería que llevaba. Los religiosos dijeron al General que ellos no podian dar su parecer en negocio de guerra, donde habian de intervenir muertes de hombres, por ser sacerdotes; que allí tenian cierto libro docto, escrito en vulgar, donde trataba la materia en propios términos, y la podia ver y seguir lo que le pareciese: diósele el libro, y volviendo con sus Capitanes á tratar el caso, y la nueva diligencia que enviando el batel se habia hecho, y habiendo visto lo que sobre aquella materia estaba escrito, y que de su parte habian justificado bien el negocio, se determinó que no se gastase más tiempo en apercibimientos, pues eran de ningun fruto, sino que se les tomase la tierra y se fortificasen en ella, pues parecia buena y de sitio agradable. Ruy Lopez señaló ciento y cincuenta mosqueteros para que saltasen con él el dia siguiente, porque queria en persona hacerles la guerra: todos le fueron á la mano en esto y le pidieron que se estuviese quedo en su Capitana, y que pues tenia Capitanes á quien mandar, y que deseaban la ocasion, no arriesgase su persona. Vino en ello, aunque de mala gana, y señaló á Bernardo de la Torre para que otro dia, en rompiendo el alba, rompiese con aquellos bárbaros; y recelando que de otra gran poblacion que estaba en otro puerto, una legua de allí, viniesen á ayudar á sus vecinos, ordenó que amaneciese sobre ella Juan de Estrada, tesorero de Su Majestad, con ochenta hombres, y la entrase á fuego y sangre, si requeridos no quisiesen venir en medios de paz. Amaneció el

dia siguiente, que era el segundo de Abril, y los dos caudillos, Bernardo de la Torre en Sarrangan, y Juan de Estrada en la otra poblacion, con su gente tomaron tierra á pesar de los bárbaros que la defendian: los ciento cincuenta soldados iban divididos en tres tropas de á cincuenta, ó compañías: una era de Bernardo de la Torre, cabo y Capitan de toda la gente; otra del capitan Francisco Merino, y la otra del contador Jorge Nieto. Acometieron las trincheras del enemigo, que con mucha y bien armada gente las guardaban. Jorge Nieto, con veinte soldados de su compañía, quitó algunas estacas, con que la arena cayó toda, abriendo bastante puerta para entrar los reparos: acudió la multitud de los enemigos á aquel portillo, pero Jorge Nieto con sus mosqueteros hacia lugar entrando las trincheras. Ya en este tiempo Francisco Merino por un lado, y Bernardo de la Torre por otro, estaban sobre el terrapleno con su gente, y dando todos á una en los bárbaros, los llevaron de vencida: tenian dos peñones altos y tajados, donde se hicieron fuertes, y adonde habian llevado sus haciendas, pareciéndoles ser imposible poder allí subir los castellanos, especialmente con las defensas que tenian. Bernardo de la Torre ordenó al capitan Francisco Merino que con su gente guardase la campaña, que era nuestra, y á Jorge Nieto que acometiese uno de los peñoles, y él acometeria el otro. Habria en cada uno dellos más de mil indios: la subida era algo áspera; los enemigos estaban encastillados y fuertes: dióse el Santiago y comenzaron á subir los animosos castellanos á un tiempo á los dos peñoles: llovian enherboladas flechas, más espesas que granizo, de sus cumbres, azagayas y dardos arrojados, y en su lugar subian las balas, encontrándose las unas y las otras en el aire; arrojaban los indios troncos de árboles y piedras de increible grandeza, pero haciendo alto entónces los soldados, daban lugar á que bajasen á su centro, apartándose lo que bastaba para que pasasen y no descomponerse. No podia el valeroso contador Jorge Nieto, ni su intrépido corazon lo sufria, el dilatar tanto la subida: tomó diez rodeleros consigo, y metiéndose por el monte buscó nueva subida, y como otro Alejandro en la piedra Aorno, subió por

donde sólo pájaros pudieran, y ganó la plaza del peñol. Acudieron á los diez valentísimos soldados, viéndose por las espaldas entrados, más de quinientos indios, que cercaron á Jorge Nieto y á sus compañeros, los cuales, haciéndose una muela, derribaban á cuchilladas indios, como los segadores las espigas en tiempo del estío: á unos desjarretaban, á otros desmembraban, y peleaban con tanto coraje, que de cuerpos hicieron reparos y vallado; los mosqueteros por su parte, viendo el peligro que corrian su Capitan y compañeros, apretaron de manera la subida, como la resistencia no era tanta por haber acudido la fuerza de la gente á Jorge Nieto, que ganaron la plaza, y dando por las espaldas á los que tenian cercados á los valerosos once castellanos, con facilidad los favorecieron. Viéndose los indios perdidos, valiéronse de las armas ordinarias, que son los piés, y metiéronse en el monte: los que no tenian el campo seguro para huir se despeñaban. No con ménos valor Bernardo de la Torre, con espada y rodela, como buen caudillo delante de sus soldados, amparado de los mosquetes que llevaba á las espaldas, con sólo Martin de Islares, valiente vizcaíno, á su lado, rodelero tambien, y que en Terrenate habia alcanzado grandes victorias, como dejamos escrito, ganó la cumbre, y metiéndose los dos entre los enemigos, hacian maravillas, vengándose bien de las traiciones de los bárbaros; pero como la mosquetería subiese, no pudieron los isleños sufrir el peso de la batalla: libraron toda su defensa en los piés, con que quedaron los dos peñoles por los castellanos, con pérdida de seis hombres, que murieron de la hierba de las saetas: heridos salieron muchos. El Contador y mejor Capitan, pues gobernó mejor la espada que la pluma, entre quinientos indios belicosos que defendian su casa y tierra, con sólo diez compañeros, salió herido, y de los que estaban á su lado ninguno se escapó de las armas enemigas sin sangre; pero la ventura de todos once fué no ser heridos de flechas enherboladas, y así ninguno peligró. Bernardo de la Torre salió en el rostro herido, y, en fin, murieron seis, y de los enemigos se hallaron, en los dos peñoles y en la campaña, más de seiscientos cadáveres. El saco fué

bueno, porque á los peñoles, como á lugar seguro, habian retirado sus haciendas: hallóse algun oro, muchas porcelanas de china, ropas, armas, algun arroz, muchos puercos y gallinas, y dos hermosas cabras; halláronse redes para pescar, atarrayas y otras muchas alhajas de indios. Hízose monton de todo lo que fué bastimento, y repartióse por iguales partes entre todos.

El contador Juan de Estrada no anduvo ménos valeroso aquel dia con sus ochenta mosqueteros y rodeleros: llegó con bandera de paz á la playa; los indios le salieron á recibir con las armas en la mano, defendiéndole el tomar tierra; llegó los bateles á la playa, y disparando unos falcones que llevaba, hizo lugar á que algunos desembarcasen, y estos con sus armas dieron lugar á los demas: comenzáronse á defender los indios; pero como no tenian reparos ni retirada, ni eran muchos, porque los más habian acudido á la defensa de Sarrangan (serian trescientos los que guardaban este puerto), con facilidad se les ganó el lugar; saqueóse, pero con resguardo, porque los enemigos no revolviesen sobre los saqueantes: hallóse algun bastimento, ropa, oro, porcelanas y otras cosas de ménos valor, con que dieron la vuelta sin perder hombre de los ochenta: de los enemigos murieron pocos, porque tuvieron cuidado de mostrar con tiempo las espaldas.

Diéronse gracias á Dios por tan feliz victoria, porque quien consideráre tan poca gente contra tanta y tan bien armada, y reparada con trincheras y retiradas, los indios belicosos y criados desde niños en las guerras, de suerte que sus fiestas, sus entretenimientos y delicias son las armas, desestiman la vida anteponiendo á ella, no como bárbaros, la honra; y es esto en tanta manera, que sólo son admitidos á la gracia de las mujeres los que llevan cabeza de la guerra: esto los hace intrépidos y audaces contra su natural, que es flaco y tímido. Los peñoles que defendian, verlos es espanto; hélos visto con cuidado como quien notaba para escribir sus conquistas; yo confieso que leyendo á Quinto Curcio y otros autores, que tratan de la conquistas de Alejandro, y de las piedras Sogdiana y Aorno y

otros monstruos que venció, me causaban gran zumbido, me admiraban y suspendian, y con razon deben de admirar al mundo; pero despues que ví en la Asia los pasos de Alejandro y consideré la gente de ella, que si agora son soldados y usan armas de fuego, es porque lo han aprendido de los portugueses, y un portugués en tierra vale más que diez asianos, y en la mar áun son más flacos, me admiro de algunas conquistas de las Indias y Filipinas: quien considere que la imperial ciudad de Méjico, ochenta leguas del primero puerto, atravesando volcanes y serranías inaccesibles, naciones y enemigos, y ella en un sitio fuerte metida en una laguna, se la quitó de las uñas con todo el reino al poderoso emperador Moctezuma, Fernan Cortés de Monroy con muy pocos castellanos, no tiene que admirarse de Alejandro, que sus puertas Cáspias, Mesa de Sol, piedras Sogdiana y Aorno, son inferiores á los volcanes de la sierras de la América y Filipinas: todo, lo uno y lo otro lo hemos visto y notado con cuidado, que desde Cambaya, donde está el Indo hasta Bazora, por donde se sube por el Eufrates á Babilonia, se ven los pasos de Alejandro; ni soy yo solo quien ha visto esto, sino cuantos hay en la India. Y si Alejandro espantó entónces el mundo, y con razon era Emperador poderoso, á quien seguian infinitas gentes, y no se apartó mucho de Macedonia, y podia en aquellos desarmados tiempos hacer mucho, mayores Alejandros ha tenido España, sin ser reyes ni monarcas. Lo que lloraba Alejandro gozó Colon, descubriendo el Nuevo Mundo. Cortés le sobrepujó en las conquistas con ménos gente y menor autoridad, pues dando barreno á sus naves, con trescientos hombres se metió por la América adentro, y en tres dias venció tres batalla campales de á cien mil combatientes cada una, y despues conquistó imperios grandes y extendidos reinos. ¿Cuándo llegó Alejandro á vencer los mónstruos que Pizarro en el Perú? ¿Cuándo igualó en armas, en audacia, en prudencia al adelantado Miguel Lopez de Legaspi, conquistador de las Filipinas, ni á su nieto, Juan de Salcedo, gran gloria de Méjico, que, á mi ver, en mar y tierra fué otro César y en todo muy parecido á él? ¿Cuándo por su persona Alejandro

hizo más en las piedras que conquistó Aorno y Sogdiana, que el capitan Jorge Nieto en la entrada de este peñon cuya eminencia y entrada es más dificultosa que las de aquellas piedras, y con diez hombres de su valor se vió rodeado de quinientos bárbaros diestros en pelear, y tan bien armados, que ninguno estaba sin celada, peto y espaldar, hechos de cueros de búfalos, de que se hacen los coletos de ante, y algunos he visto yo de aquel tiempo muy fuertes y bien hechos de las aspas de aquellos animales, poco ménos duras que el hierro? Quieren algunos oscurecer la gloria de estas conquistas, diciendo ser los indios gente flaca y bárbara, y estos son los que envidian las acciones de Castilla, y llaman conquista de la India, como si en ella estuviera algo conquistado; no tiene el Rey, nuestro señor, veinte leguas de tierra en toda ella, desde Macao al Cabo de Buena Esperanza; toda la India es de los moros, y hoy la mar de los flamencos; solo Portugal tiene algunas fortalezas á la lengua del agua, y esas á muy gran riesgo por el poco cuidado y mucha codicia de los que gobiernan; y Cochin, que es la ciudad solariega de la India, estando cercada de enemigos malabares, no tiene defensa el rio, ni en él hay una pieza de artillería. ¡Dios remedie la India!

CAPÍTULO X.

Hácense fuertes los sarraganeses en un peñol; gánanle los castellanos; ofrece el Régulo de Sandingar amistad al General.

Otro dia, despues de haber desbaratado al enemigo, envió el General á Bernardo de la Torre, no obstante que estaba herido en el rostro, á correr la tierra y á perseguir los naturales, para limpiar la Isla de ellos, metiéndose por lo íntimo de ella: cuatro dias gastó este Capitan en esto, y no sucedió cosa de consideracion, ni los enemigos le hicieron rostro, porque como habian visto que les habian entrado los peñoles tan fuertes y defendidos, no se atrevieron en campaña rasa á aguardar á los

castellanos, y así se volvieron aunque destrozados del camino por ser breñoso y áspero, y por otra parte tan sin bastimento y seco, que la necesidad les obligó á retirarse: de camino llevó alguna gente que halló en chozas y madrigueras de los montes, que abrasó porque no sirviesen á otros: en los puertos habia gran cantidad de navíos y barcos, así en el agua como en astillero; á estos dieron fuego y á los demas que no se pudieron llevar á Sarrangan, porque no se aprovechasen de ellos contra los españoles. Las poblaciones de la tierra adentro estaban despejadas y sin gente, las casas eran buenas y bien obradas, sobre pilares gruesos de madera; hallaron en ellas muchos difuntos en sus ataudes amortajados con paños de seda, y en los féretros algun oro y porcelanas para servicio del difunto cuerpo; estos eran de los más principales, que estaban en la misma cámara donde dormian los dueños de las casas, que la gente plebeya tenia los difuntos en los zaguanes y sótanos harto mejor; los féretros todos eran de madera que tienen por incorruptible, hermosa á la vista y de tanta duracion, que hasta agora no se ha visto corrupta, y tan bien labrados, de talla y relieve con sus lazos y figuras, que tiene que mirar en ellos cualquiera curioso. La gente es morena generalmente, pero tira más á blanco; las mujeres son blancas, como más guardadas del sol; si van al campo á sus haciendas llevan sombreros contra el sol; son de buena gracia y facciones de rostro; bien inclinadas estas gentes al trabajo, huyen de la ociosidad. El General dió libertad á los cautivos, cosa de que mucho se admiraron, porque tenian concepto de los castellanos que no iban si no á cautivar gente, como habia hecho el portugués Pinto. Con la libertad les dió algunos rescates y regalos, especialmente á algunas mujeres mozas y hermosas guardó con toda honra y honestidad, vistiéndolas y enviándolas contentas á sus maridos y sin queja de nadie, amonestando á todos como su venida á aquel puerto no habia sido á hacerles mal, sino á tratar y rescatar con ellos sus mercaderías, y que hartos dias se detuvo deseoso de que hiciesen paces, y no solo no quisieron admitirlas, sino que les obligaron contra su voluntad á tomar las armas. Una india

descubrió que en cierta parte de la Isla habia un peñol la tierra adentro, donde se fortificaban los naturales; informado bien el General del sitio y tomando dos guías, se determinó de ir en persona á tomarle por la mar, llegando á un puerto de donde no distaba mucho, y enviando por tierra al factor García de Escalante, con sesenta hombres para que á un tiempo diesen en él: salió Ruy Lopez por mar y Escalante por tierra; llegó primero escondido por los montes, que el General dió en seco con sus bateles y se detuvo demasiado; no le aguardó el Factor, porque halló que el peñol se fortificaba á toda prisa, y no quiso perder la ocasion de tomarlos descuidados y ocupados en la fortificacion; amenazó á los guías que llevaba que les colgaría de un árbol en no llevándolos por el monte al camino que entrase en la plaza del peñol sin dificultad; ellas lo hicieron tan bien, que le pusieron en ella, descendiendo por una sierra: dieron el Santiago de repente sobre los indios, que estaban descuidados y seguros de que nadie pudiese llegar allí; algunos tomaron las armas, otros con la turbacion el monte; aquellos procuraron defender el puerto, pero á los primeros lances le desampararon, y los primeros las vidas, asegurando las personas: hallóse aquí gran despojo, porque los naturales habian allí retirado sus haciendas como lugar seguro; tomáronse algunos cautivos que sirvieron de gastadores en rozar el monte y desarmar el peñol, y luégo se les dió libertad: llegó el General cuando todo estaba ya quieto; repartió el saco y juntáronse algunos bastimentos, que se embarcaron para el armada, volviéndose el Factor y el General á Sarrangan, donde mandó que cuarenta quintales solos que habia de bizcocho se guardasen para matalotaje de los que habian de volver á la Nueva España, y comenzóse á dar racion del arroz que en la Isla habian juntado. Volvió el General á salir en persona con trescientos hombres á cargo de Francisco Merino y de Jorge Nieto, en busca de los naturales, ó para que hiciesen paces ó para destruirlos y echarlos de la Isla: dividiéronse las tropas por algunos caminos con órden de volverse á juntar; araron la isla, hallaron algunas poblaciones, aunque sin gente, pero con algun arroz y muchas gallinas y

puercos. Del trabajo enfermó el General, y retiróse al puerto: al descender de un otero á la playa, descubrió un barco que enderezaba al puerto: hizo alto con la gente entre los árboles, y mandó esconder algunos soldados entre unas piedras: saltaron los indios en tierra, y un castellano ligero asió uno y los demas se echaron al agua, y metiéndose en el barco, se hicieron á la mar. Acarició el General al indio y regalóle, con que fué perdiendo el miedo, y dijo ser de una isla vecina, llamada Sandingar, pequeña pero de muchas y grandes poblaciones sujetas todas á un Rey: rogóle que fuese en el batel con algunos españoles á aquella Isla, y persuadiese mucho al señor de ella quisiese tenerle por amigo, porque le haria muchas y muy buenas obras y le seria de mucho provecho el comercio de los españoles, y que pusiese los ojos en la destruida Sarrangan por culpa de sus naturales, que los irritaron y obligaron á tomar las armas. Despachó en el batel á Jorge Nieto con veinte soldados, y tomando tierra en Sandingar, pasó á verse con el Rey, que sabia ya lo que en Sarrangan habia pasado: recibióle con amor y grandes ofertas: el capitan Jorge Nieto, que ya lo era de infantería, por D. Alonso Manrique (que ántes de llegar á las islas le dió una enfermedad tan grave, que no se habia levantado más de la cama, y se iba cada dia consumiendo, y no trataba de otra cosa que de su alma), trató con él á lo que iba con la cortesía y prudencia que este caballero tenia, asentando las paces y jurándolas el uno y el otro: dióle algunas piezas que llevaba en nombre de su General, y el Rey envió el retorno en algunos bastimentos, aunque pocos, que toda la gente de estas islas es miserable: conténtanse con sembrar lo que han de comer, y esto con tanto límite que apénas alcanza para sus casas. Despedido el capitan Jorge Nieto, volvió al Real que en Sarrangan habian asentado, alegre con las buenas muestras que el Rey daba, de que el General y todos recibieron general contento, y conocieron cuán acertado habia sido tomar las armas, pues por ellas les tenian ya algun respeto, y si ántes por bien no querian la paz, ya por temor de las armas la admiten; parece que el gran Padre y Doctor máximo San Agustin, miraba este caso

cuando dijo así: «la paz ha de nacer de la voluntad y la guerra de la necesidad; no se busca la paz para hacer guerra, ántes se tolera la guerra y es necesaria muchas veces para adquirir la paz; pelearás pues con ánimo pacífico, para que venciendo á tus enemigos los reduzcas á la paz que deseas.» No me espanto yo que el General y Capitanes anduviesen tan circunspectos y justificados, si tenian á su lado los hijos de Augustino tan doctos y espirituales que les enseñaban esta doctrina, que se verificó tan bien, que habiendo peleado por pura necesidad, aquistaron la paz que deseaban.

Un hermano del vencido Régulo de Sarrangan, que se habia desbaratado, pasado á Sandingar, llamado Babautin; vióse en aquella isla con Jorge Nieto, y sin temor ni recelo de los españoles se metió con ellos en el batel y pasó al Real, y dijo á Ruy Lopez de Villalobos quién era y cómo habia persuadido la paz á su hermano con los españoles y no la habia querido admitir, porque se perdió, y que él no habia querido pelear y se habia pasado á Sandingar; pero porque tenia en aquella Isla tierras y haciendas, desearia vivir con ellos, y que si le daban algunos navíos recogería la gente que andaba por los montes y se habia pasado á otras islas, y la volveria á poblar de nuevo y cultivarian la tierra, de que á todos se les seguiria mucho bien. El General le agradeció la oferta que le hacia, y le admitió las disculpas y regaló, obligándole con buenas razones á que cumpliese lo que prometia. El principal le respondió que el ganancioso era él, pues volvia á gozar de su casa y hacienda, que no era menester gastar mucho tiempo en persuadirle lo que tan bien le estaba, y que dentro de cinco dias, que no queria más término, volveria con toda la gente. Vió el pueblo donde estaba alojado el Real, hecho fortaleza con sus defensas, donde habian plantado algunas piezas de artillería, y notólo todo con mucho cuidado, y recibiendo las embarcaciones que pedia, se fué; metióse por la tierra adentro y desenterrando cantidad de oro que habia escondido, se fué y nunca más volvió, llevando en las embarcaciones cuantos hombres y mujeres pudo juntar en los montes, tan confiados como esto eran aque-

llos honrados castellanos. El General volvió á enviar á Sandingar otra vez el batel, y en él al capitan Jorge Nieto á recoger algun bastimento y á verse con el Rey y saber si las amistades estaban firmes: recogió alguno y ménos de lo que pensaba : el Rey envió al General una embarcacion llena de puercos y gallinas, algun arroz, batatas, cañas dulces y vino de palmas, con que se volvió el diligente Capitan, pues por su buena diligencia se sustentaba el campo de los españoles.

El dia siguiente llegó el príncipe de Sandingar, bien acompañado: era mancebo, de veinte años, bien dispuesto y gentil hombre, llamábase Timabo, iba á visitar al General y á sangrarse con él, que es lo mismo que hacer amistades. Ruy Lopez le dijo que no estaba para sangrarse, que cuando el Rey le fuese á ver se sangraria con él, que se podria sangrar con Bernardo de la Torre y Jorge Nieto: aceptó el Príncipe la sangría, y celebraron amistades estos dos caballeros con el príncipe Timabo, á quien regalaron mucho, y el General dió algunas preséas con que se volvió muy contento; y habiendo contado al Rey, su padre, lo que le habia pasado con el General, y sabiendo que estaba enfermo en la cama, tomó dos paraos y con gran acompañamiento de gente noble, llevando cantidad de aves, venados y puercos, pasó á visitarle. Recibiéronle las compañías con sus armas en hilera, tocando cajas y pífanos, y arbolando banderas, disparando la artillería toda y mosquetería con tanta gala, que en un mismo tiempo causó en el Rey asombro y alegría. Recibióle el General en la cama, pero con la gravedad y majestad que en un general del mayor César del mundo era razon hubiese; pasaron entre él y el Rey muy grandes cortesías; tratáronse las amistades con fuertes vínculos de juramentos, ratificándolos con las sangrías potables que hemos dicho. Díjole el Rey como aquellas islas daban poco arroz, y ordinariamente pasaban al rio de Mindanao á comprarlo, donde habia mucho y barato, mucho sagú y carne de puercos monteses, venados y búfalos, mijo, frísoles, azúcar y otros bastimentos; ofreció pilotos que guiasen los navíos que quisiese enviar al rio, y favor y ayuda en lo demas que se le ofreciese; el General le re-

galó y dió muchas buenas piezas y joyas, con que se despidió y volvió á su Isla.

CAPÍTULO XI.

Despacha el General al capitan Bernardo de la Torre al rio de Mindanao; mátanle un hombre los indios, acometiendo el batel que se defiende.

Viendo el General la necesidad que habia de bastimentos, que como la gente era mucha y lo que se habia juntado aunque para pocos fuera algo, para tantos no era nada, determinó enviar al rio de Mindanao, que distaba de allí cincuenta leguas, el navío *San Juan*, á que cargase de arroz, con sesenta hombres bien armados y el navío bien artillado y con municiones; embarcáronse aquí el Padre Fray Alonso de Alvarado con un compañero, entrambos sacerdotes y predicadores de la órden de San Agustin, por vía, si en la isla de Mindanao hallaban disposicion para predicar el sagrado Evangelio; embarcáronse dos pilotos que el Rey de Sandingar dió, y salió del puerto de Sarrangan á diez y siete de Mayo de este año de cuarenta y tres, llevando muchos rescates de paños, sedas y lienzos, y otras cosas de Europa. Tomó la costa de Mindanao, á quien Bernardo de la Torre puso por nombre la Isla Cesárea por la buena memoria del Emperador, nuestro señor, Cárlos Quinto Máximo, y este nombre corrió por entónces en escrituras y papeles, como parece por las que de aquel tiempo tengo en mi poder. Estando surto, vió el Capitan algunos indios que estaban en la playa; deseó tomar lengua de la tierra; uno de los pilotos del rey de Sandingar se ofreció de ir á hablarlos y rogarles que fuesen á bordo; enviaron el batel, y saltando el indio en tierra se fué tras los que se iban retirando al monte, y metiéndose con ellos nunca más volvió: túvose más cuidado con el otro piloto que quedaba; y dando la vela, llegó al rio de la Isla Cesárea ó de Mindanao, què está dentro de una ensenada grande, y que-

riendo llegarse á la barra, dió en un banco de arena el navío, pero con espías y toas, á fuerza de cabrestante, aguardando á que creciese la marea, le sacaron con harto trabajo, y buscando buen fondo surgió: veláronse bien los castellanos, porque son tan traidores los indios de Cesárea que salen de noche con mucho silencio á cortar las amarras, y sin duda, si la centinela no fuera tan puntual, aquella noche las cortáran, porque al canto del gallo pareció un barco pequeño que bogaba hácia el navío con mala intencion; diéronle voces y rehusó atrás, como vió que le habian sentido; con todo, tuvieron habla con los indios, y Martin de Islares que le entendian ya bien, les dijo que dijesen al rey Sarriparra como aquel navío era de castellanos, y le llevaban una embajada de mucha consideracion y honra, y juntamente iba á asentar amistades con él para que hubiese trato y comercio entre castellanos y mindanaos. Los indios volvieron á dar cuenta al Rey, que estaba dos leguas el rio arriba, de lo que Martin de Islares habia dicho. A la mañana se levó el navío y entró por el rio, y encontró muchos barcos de indios, que con facilidad llegaban á bordo á hablar, y siempre respondian en lengua castellana, sí señor. Luégo parecieron treinta paraos grandes, bien armados y equipados, de gente lucida y bien vestida, y la mejor que hasta entónces habia descubierto, y habiendo llegado el navío, salió de uno de ellos que tenia una tolda de seda con sus cortinas, un hombre venerable, á quien los demas respetaban: llamó al Capitan, que asomándose al corredor de popa, se hicieron las debidas cortesías, y el Principal dijo cómo le enviaba el Rey á darle la bien venida á su tierra, y que Su Alteza se habia holgado mucho de que llegasen á su puerto castellanos, porque deseaba conocerlos y tener trato y amistad con ellos, y que le rogaba mucho subiese con el navío á la ciudad, que estaria una legua de allí, donde seria servido y regalado de todo cuanto hubiese menester. El Capitan le respondió, dándole á entender como no sólo iban á tratar y contratar con ellos, sino á ofrecer su ayuda y favor al Rey, teniendo de ella necesidad para la guerra contra sus enemigos, y dióle con esto algunas piezas, con que el Principal se volvió

contento: tras él llegaron más de cien paraos, los más de ellos con toldas de seda á manera de camas de campo, y cortinas de damasco, tan bien aderezados, que dentro de Europa pudieran parecer muy bien, llenos de flámulas, gallardetes y banderas de cuadro á usanza de guerra: eran estos barcos de los señores principales de aquel reino; sin llegar á bordo hizo alto toda esta flotilla, y saliendo un indio, dijo despues de una gran salutacion, que es gran gente de salutaciones ésta, ni son muy desemejantes á la de Júdas, que si él dijo, *Ave*, acá dicen *Aba*, como en la lengua tagala; dijeron que si daba el Capitan licencia querian aquellos caballeros ver el navío, que si á la gente noble llamamos caballeros, estos principales lo son, aunque no anden á caballo, porque son los nobles del reino y señores tan absolutos en sus jurisdicciones, que tienen horca y cuchillo sin apelacion: dióseles licencia; los soldados tomaron sus puestos y las armas en la mano, con que subieron cinco ó seis señores de aquellos, y con grandes cortesías y ceremonias saludaron al Capitan, y conversaron en razon del viaje: dijéronle como venia allí entre ellos el príncipe de Mindanao, hijo de Sarrapirra, y que ellos eran sus tios y parientes. Sirvióle el Capitan con un buen presente de piezas de seda, y á los demas dió, conforme la calidad de cada uno, algunas de ménos consideracion. Dijéronle que cómo no se levaba y subia á la ciudad, donde le estaba aguardando ya el Rey: respondióles que sondaria el canal y creceria la marea, porque entónces bajaba con ímpetu y se levaría: con esto se despidieron y volvieron el rio arriba, á quien siguieron los demas paraos, con mucha músicas de atambores, guimbales y campanas, y otros instrumentos que usan estas naciones. El Capitan mandó al Maestre del navío, Cristóbal de las Casas, que tomase seis hombres con sus armas y subiese en el batel el rio arriba, sondando el canal. Parecióle al Maestre que era un buen hombre y no deben serlo tanto los que tratan con traidores, que estaba en el rio de Sevilla ó en el pasaje de Triana, y ni quiso tomar armas ni que las llevasen sus compañeros, y metióse en el barco con ellos y comenzó á sondar el rio; bogando el rio arriba llegáronse á él tres paraos, y los in-

dios le enseñaban el canal y ayudaban á sondar; fuéronle llevando de esta manera, hasta encubrirle del navío en una vuelta que el rio hacia, donde los tres paraos, viendo desarmados á los siete castellanos, y otros que estaban de celada, acometieron el batel con grita y alboroto; los confiados castellanos que no recelaban traicion, con cuatro remos se comenzaron á defender ciando con otros dos; abordaron los paraos y peleaban á mantiniente los unos y los otros con gran coraje. Los indios con ventaja de gente y armas y los castellanos solo pretendian defenderse con los remos. Uno de ellos llevaba un machete, y cortando por medio los remos miéntras los compañeros le defendian, los hizo mañeros, y cada uno ya con su garrote ofendian mejor, aunque lo pasaban mal; al pobre maestre Cristóbal de las Casas atravesaron con una lanza despues de estar mal herido y dieron con él en el rio; el Contramaestre, que estaba á su lado, le asió tan fuertemente que nunca le soltó aunque ahogado, y le llevaba así sobre aguado, y por más heridas que le dieron los indios, nunca le largó; los demas, que eran cinco, habiendo cobrado algunas armas de los que entraron en el batel y con los garrotes habian tendido y muerto, se defendian mejor; pero era tanta la multitud de gente que acudia sobre ellos, que fuera milagro escapar ninguno con vida si la marea no vaciara, con que fué llevando los barcos hácia abajo. El ruido de la pelea habian oido los del navío, no podian socorrer el batel porque no tenian otro; temian no les faltase, porque navío sin batel está perdido, especialmente estando metido en rio que tiene vueltas y tornos, y no hay punta sin restinga ó bajo, á que ayuda el barco, haciendo cabeza al navío y remolcándole; crecia el dolor y sentimiento viendo á sus compañeros en tan gran aprieto y no poderlos socorrer; á esto favoreció nuestro Señor, con que sucedió bajando la marea con ímpetu, y el batel y paraos con ella, porque como no los detenia la fuerza de los remos, llevábalos el agua. En descubriéndolos el navío disparó su artillería, y como los paraos estaban apiñados, no se perdió bala é hizo pedazos alguno, matando muchos bárbaros; los demas navíos socorrieron la gente que andaba nadando: la ar-

tillería no cesaba, con que los paraos muy mal tratados, ciaron y el batel aferró el navío. Llegaron los seis hombres hechos pedazos y todos corriendo sangre mal heridos, y el Contramaestre con su difunto por la mano, que nunca le quiso soltar. Los heridos se confesaron luégo, porque se entendió que ninguno escaparia, segun venian hechos tajadas; verdad es que ninguna herida era penetrante; fueron curados con aceite y evangelios, por los Padres, y fué Dios servido que ninguno murió. Detúvose aquel dia el Capitan muy bien apercibido por si le acometian aquellos traidores, y viendo que no habia de que dar racion aquel dia á los soldados, ni cosa qué comer en el navío, porque lo poco que sacaron de Sarrangan era tan limitado que, con haber acortado las raciones, se habia acabado. Levóse y dió la vela la vuelta de la barra, por dar aquella noche en unas casas que tres leguas de allí habia visto, para buscar de comer, y al doblar una punta le salieron más de doscientos paraos, que viendo el Rey como no se les habia tomado el batel, con que tomára el navío luégo con facilidad, aquella noche habia apercibido y enviado por un estero junto á la barra doscientos paraos bien armados para impedirle la salida: cuapdo los indios vieron el navío dieron muestra de acometer con grande grita y alaridos; disparóseles un pasamuro, que abrió dos paraos de la vanguardia, y la gente quedó en el agua: llegaron los demas á cogerlos y disparándoseles una y otra vez el pasamuro y artillería, destruyó la armada, afondó diez ó doce paraos: habia metido el Capitan en el batel doce soldados de prueba, que como viese que la armada huia fué dando caza á un parao que iba más trasero, y tomóle degollando cuantos se hubieron á las manos, y los que se echaron al agua alcanzó el batel, y metiéndolos en él, cortándoles las narices y orejas y la mano derecha, los echó en tierra Jorge Nieto, que es quien salió en el batel, enviando á decir con ellos al Rey que de aquella manera castigaban los castellanos á los traidores sin fé, y que presto harian dél y de todos sus nobles otro tanto. Salió la armada la barra afuera bien vengada en busca de alguna comida, porque perecian de hambre, aunque en el parao se habia hallado algun

poco de sagú, lo que bastó para aquel dia, que no habian comido, y la intencion del Capitan y factor, Jorge Nieto, en seguir el parao, fué de buscar algun bastimento. Era ya puesto el sol, y habiendo marcado el sitio de las caserías que habian visto, surgieron en él á media noche, porque el poco viento que tenian les habia escaseado. Estarian las casas una legua la tierra adentro. Encargóse este asalto á Jorge Nieto, porque demás de ser animoso y valiente, era activo y diligente, con reportacion y prudencia; tomó cincuenta soldados, y con la oscuridad de la noche comenzó á marchar, y al amanecer descubrió las casas en un llano y dió sobre ellas; pero como los indios habian al ponerse el sol descubierto el navío, que ponia la proa en aquel puerto, veláronse de manera, que cuando el capitan Jorge Nieto llegó, no halló persona; hallóse algun arroz y sagú, plátanos verdes y algunas gallinas que importaron para los enfermos heridos, retiróse la comida, en que habria para dos dias moderadamente, y volvióse al navío.

CAPÍTULO XII.

Llegan la galeota, fusta y *San Antonio* á Sarrangan; el navío *San Juan* da en algunos pueblos de la Isla Cesárea y vuélvese sin bastimentos al Real.

La galeota que con la tormenta que dijimos arriba, en el capítulo cuarto de este libro, se apartó de la armada, corrió, y abonanzando el tiempo, siguió el regimiento que llevaba el Piloto, que era de ir á Macagua; y como debia de ser más cuidadoso que el Piloto mayor y mejor oficial, túvose siempre á barlovento y llegó á Macagua, una de las islas Filipinas, donde los castellanos fueron bien recibidos y hospedados sin traiciones ni disgustos, porque aquellos indios, aunque por serlo tienen desconveniencia con los europeos y gente blanca, no son tan traidores como los que habitan las islas de Mindanao hasta todo aquel Sur: aguardó allí la galeota algun tiempo, y pare-

ciéndole al Capitan de ella que habria pasado adelante, fué corriendo la costa de Mindanao ó Cesárea sin sucederles cosa de consideracion hasta que encontraron la fusta, que por quedar en seco en la Bahía de la Resurreccion, se habia quedado atrás; poco más adelante encontraron el navío *San Antonio*, que iba en busca de la fusta, y dando las velas todos tres, entraron en el puerto de Sarrangan con general contento de todos, porque ya de la galeota no hacian caso, pareciéndoles, como era navío pequeño y casi sin portalo, y la tormenta habia sido grande, que le habria comido la mar: dió por nuevas cuán buena gente era la de Macagua, la tierra abundante de mantenimientos, de mucha carne y pescado, la gente buena, con quien habian hecho amistades y las habian guardado y quedaba concertado con ellos que iria allá la armada y la proveerian de todo lo necesario, y así la estaban esperando. De grande alivio fué para todos oir tan buenas nuevas, y conocieron la mala navegacion que habian llevado, que habia sido causa de los trabajos y hambres que padecian. La galeota iba proveida de bastimentos, pero con cortedad, porque solo habian tomado los que bastaban para la gente de ella: ya en este tiempo el campo todo padecia extrema necesidad; dábase de racion cada dia media escudilla de arroz, porque lo que en Sandingar habia era poco, y si lo habia, los indios lo escondian. De bledos abundaban los campos, y de esto comian los soldados, revueltos con un poco de arroz sin sal ni aceite, que no lo habia; pero sufríanlo como buenos castellanos y sustentábanse con las esperanzas de que el navío de Bernardo de la Torre llegaria presto cargado de bastimento de Mindanao. En tanto, pues, que el Real pasaba la necesidad de que decimos, Bernardo de la Torre corria la costa de Cesárea, buscando mantenimientos por bien ó por mal, y hacíanse algunos buenos saltos de comida, porque desde la mar descubrian los poblados, y de noche surgian y daban en ellos, y tomaban el bastimento que hallaban, y pasaban adelante. No tienen pueblos formados estos indios por esta costa, están en rancherías de diez ó doce casas juntas; junto á sus sementeras y haciendas, tienen algunas casas fundadas sobre

gruesas ramas de grandes árboles, á donde suben con escalas de cordel, de suerte que unos viven como pájaros sobre árboles y otros como bestias en los montes. Descubrióse una poblacion mayor que las demas: salió Jorge Nieto con cuarenta soldados á tierra, y al cuarto del alba dió en ella: los indios no estaban descuidados, que sus centinelas y postas les avisaron; pusiéronse en defensa; peleóse con ellos, y como las balas derribasen algunos, los demas se metieron en el monte: saqueóse el lugar y hallóse alguna comida, sagú y arroz, y cargando con ello los soldados, saliéronles en el monte los indios, pareciéndoles que llevaban ocupadas las manos: puso Jorge Nieto en la vanguardia cuatro soldados con sus arcabuces, y él se quedó en la retaguardia con otros diez, y los demas iban con el bagaje en medio marchando, con que fueron defendiéndose de los indios hasta ponerse en la playa, á donde los mindanaos no se atrevieron á llegar. Leváronse y siguieron la costa y descubrieron unas fertilísimas vegas, llenas de hermosos arroces, que corriendo por entre ellos varios arroyos de espejadas aguas, los dejaban apacibles á la vista. Surgió en sus playas, y echando gente en tierra, saltearon algun sagú en las casas de los labradores, arroz no se halló ninguno, ni los sembrados habian granado: no le pesó al Capitan de haber hallado tan buenas sementeras, porque se prometió volver á segarlas y cogerlas á su tiempo, de paz ó guerra, como quisiesen recibirle: pasó adelante su camino, y no hallando qué saltear, atravesó á Sarrangan, donde llegó al cabo de trece dias que habia salido del rio de Cesárea, que mejor llamára yo rio de traidores, sin los bastimentos que esperaban, sino con algun poco de sagú, que no habria para el campo para una racion, porque el poco arroz que hallaban se iban sustentando con él. Dieron cuenta de todo lo sucedido, y el Capitan, escarmentado, tomó otra resolucion de buscar de comer y no fiarse más de indios, con quien habia gastado en paces y sangrías muchas y muy buenas piezas y preséas. Al capitan Bernardo de la Torre hizo Maestre de campo, porque le pareció que de allí adelante sería mejor hacer las paces con las armas que con lancetas y sangrías. El campo perecia de

hambre en Sandingar, si habia sagú ó arroz, no se hallaba porque lo debian haber retirado al monte, y como no comian ya sino una pequeña escudilla de arroz entre cuatro, y daban en los bledos y palmitos, estaban los hombres tales, que no podian tenerse en pié. Determinó el General buscar de alguna manera de comer. Envió al piloto Alonso Hernandez, tarifeño, en el navío *San Antonio*, para que fuese la vuelta del Sur á buscar por aquellas islas alguna comida, y descubriese algunos pueblos y puertos, y tantease si era la gente de una manera toda atraidorada, y con comida ó sin ella volviese presto. En el ínterin acertó á ir á ver al General un principal de Sandingar, y viendo la necesidad que pasaban los soldados, le dijo, que pues tenian tanto sagú en la Isla, que cómo no se aprovechaban de ello; él le respondió que no lo conocian, que se lo enseñase y el modo cómo se hacia el pan; él mostró las palmas de sagú y con su gente derribó una y la benefició para enseñar á los afligidos castellanos á hacer aquel pan. Es la palma de sagú mayor que la de cocos, llámase en lengua de Manila, buli, de cuyas hojas hacen en Batan y otras provincias ricas esteras, que en las Indias llaman petates, de petat, que en mejicano significa estera; derríbase y todo el tronco se hace menudas rajas que se secan al sol, y despues muelen y sale de ellas una harina como carcoma, y quien viere la palma por de dentro la hallará carcomida. Esta harina lavan muchas veces, porque es de malas calidades, si con el sol y el agua no la curan y dan su punto; y de aquí entiendo yo que procede el berber, de estar mal curado el sagú. Luégo hacen unas como costras de bizcocho, y es, á falta de pan ó arroz, no mal sustento. Con la leccion del indio, que ángel fué para el General, y con la necesidad, comenzaron los españoles á hacer sagú, trabajo gustoso para ellos en aquella ocasion, pues con sagú y cangrejos que hallaban en la playa, y bledos que daba el campo, pasaban su malaventura ménos mal.

El navío *San Antonio* volvió en breve aunque sin arroz: dió por nuevas que veinte leguas de allí habia tres islas bien pobladas, aunque pequeñas, y poco más adelante estaba la isla

de Sanguin, fértil de arroz y de mucha gente y pueblos. Holgóse el General de tener tan cerca la isla de Sanguin, de que ya traia desde la Nueva España noticia, porque habiendo de hacer guerra, más queria hacerla á los sanguiles que á otros. En el capítulo sétimo del libro quinto, dejamos dicho el suceso desgraciado del navío *Santa María del Parral,* de la armada de Loaisa, como se perdió en la isla de Sanguin, y los naturales de la Isla mataron los castellanos que salieron del navío perdido, y los que hubieron vivos cautivaron é inícuamente vendieron como esclavos á otras islas. ¡Justo pago de aquellos traidores que contra su superior se levantaron! Ni aguarden menor castigo los que hoy los imitan; pero, ¡ay dolor! que conozco yo eclesiásticos que contra su superior conspiraron, porque era recto en su oficio, con la ayuda de cierto envidioso, que por el lugar que ocupaba, tenia obligacion de no favorecer motin tan declarado, y más de súbditos castigados. El General tenia muy en la memoria lo que en Sanguin habia pasado con los castellanos; deseaba, habiendo de haber guerra, que cayese sobre los indios sanguines ó sanguinarios: mandó aderezar la galeota, la fusta y el navío *San Juan*, y seis paraos de los que en Sarrangan se habian tomado, á los cuales pusieron velas latinas, y apercibió ciento cincuenta hombres para la jornada que determinaba hacer á Sanguin en busca de mantenimientos.

CAPÍTULO XIII.

Conquistan los castellanos el gran peñol de Cabiao; padece la armada tormenta; piérdense los paraos y el navío *San Antonio* se hace pedazos en la costa.

Una mañana, al cuarto del alba, diez y seis de Junio, salió el general Ruy Lopez de Villalobos, del puerto de Sarrangan la vuelta de la isla de Sanguin, y habiéndose hecho á la mar, el viento saltó al Sur y al Sudoeste, y como ventaba con fuerza levantaba mucha mar, y no pudiendo barloventear la galeota,

fusta y paraos, arribó la armada á un puerto de Sandingar, donde los indios y el Rey, que con tantas muestras de amor habia asentado amistades, se habian declarado enemigos de los castellanos; la avaricia y el miedo los obligó por entónces á ofrecer paz, y como faltó el cebarlos con dádivas y presentes, y veian tan pocos castellanos, tan rotos y necesitados, parecíales que en la guerra serian ya diferentes que al principio, y que el hambre les habria ya domado los ánimos belicosos y valientes corazones: perdiéronles el miedo y deseaban ocasion de ejecutar alguna traicion que ya fraguaban. Como vieron la armada en su puerto, al querer saltar la gente en tierra, recibiéronla con muchas flechas en la playa. No fué novedad para el General ésta, que ya lo barruntaba. Hízoles señal de paz con una bandera blanca; pero ellos guardaban la de Júdas: no hicieron caso, y respondieron con voces de instrumentos bélicos, esgrimiendo al aire los campilanes y disparando flechas: de los bateles les respondieron con balas: dió órden el General al tesorero Juan de Estrada, que con cincuenta hombres castigase aquellos perjuros y los siguiese hasta destruirlos y tomar algunos, para que les sirviesen de pilotos á la isla de Sanguin; tomó tierra, á pesar de los indios, Juan de Estrada, y aunque pelearon por defender su tierra, desampararon brevemente la campaña: dió en el pueblo, y ni halló en él gente ni bastimentos. El General llevaba tasadamente los que hasta llegar á Sanguin bastasen, de sólo sagú y muy poco arroz, y habria para solos tres dias, tanta era la necesidad y tan bien proveida iba una armada que iba á pelear: encargó que en todo caso buscasen mantenimientos: el tesorero Juan de Estrada anduvo toda la Isla sin que nadie le enojase, y no halló bastimento alguno, sólo halló en una casa muy fuerte bien escondida en el monte una mujer anciana y dos indios esclavos suyos, y tasadamente qué comer para sí y para su gente, comieron y volviéronse á la armada con la presa. La mujer envió el General á Sarrangan, á su teniente Francisco Merino, para que la guardase, y los dos esclavos llevó despues consigo en el armada. Descubrieron en esto un navío grande á la mar, que llevaba

la proa al mismo puerto de Sandingar. Ruy Lopez envió á Iñigo Ortiz de Retes con dos paraos á que le llevasen á la armada, porque segun la vuelta que traia, se conoció que iba de Mindanao y que iria cargado de arroz; el navío desconoció los paraos en las velas latinas y púsose en huida, amurando por la banda contraria, enderezando á otro puerto de Sandingar: los paraos le fueron dando caza, como quien bogaba necesitado en busca de su sustento, y cuando faltaban las fuerzas corporales en los remeros, la esperanza de recuperarlas con la presa se las aumentaba; y así, á vela y remo volaban sobre el navío, que como estuviese más en tierra por haber salido los paraos á la mar, llegaba ya á ella, cuando los mosquetes los iban dando alcance: arrojáronse ya cerca de la playa los indios, é Iñigo Ortiz aferró el navío, y entrando dentro halló muchas armas, campilanes nuevos, y muchas lanzas, dardos y flechas en cantidad, y algun arroz y frísoles, que fué de harta importancia para la armada, que no tenia qué comer, ni el tesorero Juan de Estrada lo habia hallado en Sandingar.

Con este buen socorro, se levó otro dia la armada con buen tiempo y llegó á las islas de Cabiao; una de ellas está poblada, las demas sirven de tierras de labor para arroz y cañas de azúcar: envió delante el General á la isla poblada un parao ligero con bandera de paz, á rogar á los indios vendiesen algun bastimento, ofreciéndoles muy buena paga, y ellos les dijeron que se fuesen y no llegasen allí porque no tenian otro que alfanjes y lanzas, que si fuesen allá, ese les darian. Martin de Islares, que iba en el batel, los volvió á rogar le diesen algun bastimento por sus dineros, y que mirasen lo que habia sucedido á los indios de Sarrangan por no haber querido la amistad de los castellanos. Los isleños, pertinaces, y viéndose rogados más soberbios, comenzaron á arrojar al parao algunas flechas, que es la señal general de romper guerra. El parao se volvió á la armada y dió cuenta de lo que le habia pasado. El General juntó á consejo al factor Jorge Nieto y capitan de infantería, al tesorero Juan de Estrada, al factor Martin de Islares, Iñigo Ortiz y otros hidalgos y personas de cuenta de la armada, y les

propuso si sería bien pasar luégo á Sanguin y dejar para la vuelta el allanar aquellos indios y reducirlos á su amistad por paz y guerra. El Capitan y factor Jorge Nieto dijo que no era razon dejar enemigos por popa por conquistar los más remotos, sino que se llevase todo á hecho por la costa el pacificar á los indios sin guerra ó con ella, supuesto que se habian de sustentar en aquella tierra y que en aquella ocasion tenian presente y no sería bien dejar aquellos indios insolentes, soberbios y ufanos, sin allanarlos, porque se daria ocasion, dejándolos, á que corriese la voz por las islas y perdiesen la reputacion que en Sarrangan habian cobrado las armas españolas, y se les atreviesen cada dia los indios y perdiesen el respeto. Los demas de la junta se conformaron todos con el parecer prudente del Capitan y factor Jorge Nieto, y el General le aprobó como necesario y conveniente. Gobernó la vuelta de la Isla, y los indios, que estaban á la mira, se fortificaron. Tiene aquella Isla un peñol, un tiro de arcabuz metido en la mar, que la naturaleza, diestra en sus obras, fabricó para defensa de aquella Isla ó variedad de sus obras; tendrá en alto cuatrocientos pasos, y siendo de peña viva es todo tajado, y tan bien cuadrado, que parece más obra artificiosa que natural: tiene encima una gran plaza de doscientos pasos en cuadro, sitio capaz para mucha gente; hay en la plaza de este peñol cuevas hechas á mano para guardar mujeres y hacienda, y aunque los lados de esta inmensa torre, que tal parece, sean de peña dura, la peña ménos densa del corazon y centro de este peñol consiente algunos árboles, que hacen más apacible su plaza, sirviendo á este castillo de remate ó de cimborrio: por el ángulo de la tierra desciende oblícuamente la peña, donde hace una áspera subida y un caracol angosto, que por la falda del peñol se comunica por entre arrecifes y escollos con la tierra firme de la Isla, que siendo de baja mar, se comunica por la playa, á pié enjuto, pero en creciendo la marea queda esta piedra de conquista más difícil que la Sogdiana de Alejandro hecha isla inexpugnable. Aquí se hicieron fuertes los indios, que de tiempos atrás tenian hecha una puerta de piedra y sobre ella unas garitas de troncos gruesos de árboles,

y en ellas muchas piedras para dejarlas caer cuando subiesen, de que habia gran cantidad en la plaza, y hasta seiscientos indios bien armados, con mucha comida y agua dentro, aparejados para sufrir largo cerco. Surgió la armada; reconocióse la inexpugnable fuerza, y viendo la empresa difícil, quisiera no arriesgar su gente el General en tanto mónstruo. Propúsolo á su consejo y el capitan Jorge Nieto le facilitó la empresa: ¿seria bueno, le dijo el valeroso caballero, que habiendo llegado aquí nos volviésemos? Eso fuera dar la victoria á aquestos bárbaros, que se publicaria luégo en estas naciones, y sin reparar en si acometimos ó nó, nos miraria la gente de este Archipiélago como á hombres vencidos y afeminados, y coronaria á estos indios por vencedores. La difícil subida de los Alpes hizo más famoso á Aníbal y formidable en toda Italia que la conquista de Sagunto y los imposibles de los mares de arena en Egipto, pues cual si fuera mar aquel desierto, con instrumentos náuticos se pasa, con el mismo peligro de ser anegados entre olas de arena que los vientos traspalan hasta enterrar los hombres, que si fueran de agua; y las dificultades de las puertas Cáspias dieron á Alejandro el renombre de Magno, y el ganar esta piedra á fuerza de armas, será rendir y desarmar todas estas gentes, pues viendo concluida por nuestras manos tan gran empresa, temerán resistir nuestras armadas. La subida es difícil y la gloria de la victoria perpétuamente honrosa y de provecho, ¿quién duda, sino que tengan en aquella cumbre recogidos los bastimentos, que en muchos dias en Sanguin no podrémos juntar? y si en busca de ellos hemos salido, ¿para qué dejarémos aquí los almacenes llenos? dijo, y siguiéronle felizmente todos, porque en materia de comida, en aquel tiempo, subieran á conquistar las nubes, si allá la hubiera: aseguróse el armada en un buen puerto, y miéntras se hacian las prevenciones necesarias, fué de nuevo el factor Martin de Islares á requerirles con la paz, de que los seguros y encastillados indios se burlaban, respondiendo con flechas y azagayas. El General encargó esta empresa á Jorge Nieto, que por su persona reconoció el peñol y la subida; subió al monte contrapuesto y halló una eminencia en una sier-

ra que sojuzgaba la plaza del peñol, y era maravilloso padrastro; subió la artillería y plantóla, y él con cincuenta hombres acometió de baja mar la subida. Los enemigos comenzaron á arrojar muchos dardos y piedras, apiñándose en la cumbre. Juan de Estrada, que tenia cuenta con la artillería, la disparó á la multitud, que como estaba cerca y eminente los desbarató con muerte de muchos. Viéndose combatir de donde no esperaban los enemigos se dieron por perdidos. Jorge Nieto subia arrodelado el primero y delante de sus soldados: de arriba le resistian con valor, no haciendo caso de la artillería ni de los que despedazaba, porque dándose por rendidos, deseaban morir allí honrosamente en defensa de sus familias, que en el peñol tenian mujeres, hijos y haciendas. Una hora habria que peleaban cuando la retaguardia dió voces que la marea crecia y los habia de anegar á todos. El valiente caudillo, viendo que el retirarse hasta otra marea era afrenta, y dar ánimo á los cercados, apellidando á voces Santiago, apretó la subida; ayudóle bien la artillería que tiraba á caballero y no habia bala enramada que no llevase tres, cuatro y más indios de bola, disparaba á monton y no perdia bala: las garitas estaban ya deshechas á balazos, la subida con ménos resistencia, en fin, arrodelado, cesando la artillería, cobró la puerta, y tras él el factor Martin de Islares y hasta veinte rodeleros se metieron en la plaza, dando entrada á los arcabuceros: peleaban los indios desesperados, y no pudiendo sufrir la fuerza de las cuchilladas castellanas, ni las balas de los arcabuces, los pocos que quedaron, abrazados con sus mujeres é hijos se despeñaron á la mar, donde llegaban hechos pedazos: procuróse estorbar esta desesperacion, haciendo alto Jorge Nieto; pero no tuvo remedio, porque las mujeres, ó que allí quedaron viudas (porque la artillería en más de una hora que disparó mató mucha gente y los que entraron en el peñol hicieron gran riza) ó que no alcanzaban á sus maridos, se despeñaban con sus hijos sin remedio, y fué caso lastimoso, que ni una sola criatura se tomó viva, porque las que sabian andar tambien se arrojaban del peñol á ejemplo de los demas: la mar estaba cuajada de cuerpos muer-

tos despedazados de hombres, niños y mujeres. Hallóse cantidad de bastimento y algun oro, y piezas bien labradas de filigrana: el General recogió algunas para enviar á la Nueva España al Visorey para muestra de lo que habian descubierto: á fuego y hierro murieron más de cuatrocientos indios, los demas de entrambos sexos fueron despeñados. De los castellanos murió uno solo y casi todos salieron heridos, especialmente el valiente capitan Jorge Nieto, que como iba delante recibió más heridas: todos se señalaron en este dia, especialmente un hidalgo, Francisco Barroso, de tan gran corazon, que intrépidamente con su espada y rodela se metia entre los enemigos, y derribó por su brazo muchos. Martin de Islares y los demas anduvieron valerosos; tres dias estuvo la gente refrescándose en la Isla, donde hallaron algunos puercos y gallinas.

Salió la armada de esta Isla, donde se resolvió la vuelta por entónces á Sarrangan, porque era tiempo de despachar un navío á la Nueva España, y que lo de Sanguin se dejase para otra ocasion; y haciéndose á la vela con buen tiempo, de tal manera se revolvió á la tarde, cerrándose el cielo y apretando el viento en tormenta deshecha, que fué milagro del cielo escapar ningun navío, porque la mar andaba por el cielo y el viento bramaba, mudándose por todos los rumbos de la aguja; los paraos y la fusta, como navíos más pequeños padecian más, atormentándolos las olas, y ahogándoles de suerte que no podian sacar la proa á ninguna parte. Tomóse la gente de los paraos, porque sin remedio perecieran todos, con que se quedaron en la mar á beneficio del tiempo, que presto, como no tenian gobierno y se atravesaron, los encapilló una mar y otra con que se anegaron, perdiéndose en ellos muchas armas y bastimentos. En esta ocasion, un golpe de mar, rompiendo los machos al timon, le echó fuera; aunque quedó asido por el baron, cabo, á mi ver, el más necesario y que ménos labora de cuantos hay en el navío, pues si no fuera por él se le llevára la mar; metióse dentro el timon, no con poco trabajo, y el navío, como no gobernaba, estuvo muchas veces perdido. La fusta y el batel corrieron largo más de ochenta leguas por la costa de Mindanao adelante; la

galeota, habiéndose desarbolado, con harto trabajo tuvo que ser siempre conducida por el navío *San Juan.* En el puerto estuvo la armada perdida, porque la nao Capitana y el galeon *San Jorge,* viniendo el uno garrando sobre el otro, se embarazaron y deshicieron todas las obras muertas; el navío *San Antonio* fué garrando, porque no habia áncoras que pudiesen contra tan furiosa tormenta sustentar los navios, y dió sin remedio en la costa, donde se hizo mil pedazos. Aplacó á la mañana siguiente el tiempo, con que la galeota y navío pasaron destrozados á Sarrangan; la fusta y el batel llegaron de allí á algunos dias, habiendo navegado con harto riesgo ochenta leguas la costa de Cesárea.

CAPÍTULO XIV.

Despacha el General la galeota por bastimentos, y un navío á la Nueva España.

Ventaban ya los Sures y Sudoestes, tiempo favorable para hacer la navegacion de Nueva España: aderezóse un navío que era *San Juan,* que por ser pequeño no queria el Maestre de campo, Bernardo de la Torre, hacer la jornada; ántes desistió de ella: decia que no tenia costado para sufrir las mares y tormentas que en aquellas mares de altura suele haber, que el galeon *San Jorge* estaba deputado para la vuelta de la Nueva España por el Virey, y era el que viaje tan largo y prolijo requeria. El General dió en que habia de ser *San Juan,* y sobre esto pasaron algunos disgustos entre él y el Maestre de campo, que con facilidad compusieron los religiosos Augustinos, y Bernardo de la Torre aceptó la jornada, diciendo que juraba á Dios que habia dicho lo que entendia, y que aquel patache no habia de hacer viaje; pero que se embarcaria porque no se entendiese que rehusaba el servicio del Rey. Dió priesa el General al despacho, y no habiendo más de treinta y tres quintales de bizcocho podrido para su matalotaje, repartió entre todos los solda-

dos cierta cantidad de sagú, que habian de hacer de las palmas; obedecieron y comenzaron luégo á hacerlo, y hallóse que si se sacasen el sagú que era necesario para solo sustentarse, no harian poco, porque demás de haber pocas palmas, porque no conociéndolas al principio, derribaron gran cantidad para su fortificacion, las que habia estaban muy léjos y en el monte; pasaban muchas aguas y mucho trabajo en hacerlo y poníanse á manifiesto peligro, porque como los indios estaban retirados por las sierras y montes, salian á inquietarlos, y si hallaban alguno descuidado, llevábanle la cabeza. Con esto determinó Ruy Lopez de enviar la galeota delante á las islas de Macagua, donde habia bastimentos, á apercibirlos para que cuando pasase el navío *San Juan* los tomase é hiciese su viaje, que para este efecto habia de pasar á Macagua, y en despachándole, se buscase sitio para que la armada, desamparando el fuerte de Sarrangan pasase á poblar en aquellas islas: con la galeota se despachó Iñigo Ortiz luégo, y fué la vuelta de aquellas islas. El navío se recorrió de calafetería, que en esto paró todo su adrezo, siendo necesario otro mayor; y mal aviado y aparejado, salió de Sarrangan á cinco de Agosto de este año, dia de Nuestra Señora de las Nieves; llevaba dos Pilotos, Gaspar Rico, que habia ido por Piloto mayor de la armada, y Alonso Hernandez, tarifeño, Piloto del galeon *San Jorge;* iban catorce marineros, dos soldados y tres indios de la Nueva España. Bernardo de la Torre era el Capitan del descubrimiento, á quien para este efecto habia nombrado el virey D. Antonio. Llevaba el bizcocho que dejamos dicho, podrido y sin jugo ninguno, cosa de un quintal de pescado seco y dos puercos en tasajos de los que en el peñol de Cabiao se hallaron y en la isla; veintidos pipas de agua debajo de cubierta, que no cupieron más, tan pequeño era el navío, y ocho entre la puente y cubierta, con que iba tan embalumado y embarazado, que no se podia prometer de él cosa buena; la járcia y velas que sacó de la Nueva España llevaba solamente, y en fin, salió como de puerto tan necesitado de todo: dejémosle por ahora navegar, y volvamos á nuestro Real, que estaba en extrema necesidad y se sustentaba con el sagú que

hacian los soldados, que era tan poco y costaba ya tanto trabajo de hacer, que no tenian ya fuerzas los miserables para nada. La comida que se halló en el peñol se perdió casi toda en la tormenta, y la poca que habia quedado en los navíos se habia gastado; algunos se murieron de hambre y de mal pasar con bledos y hierbas del campo. Murióse Bernardino de Vargas, hermano del General, con general sentimiento de todos, porque era bien quisto y ángel de paz entre su hermano y la plebe: como la hambre apretaba determinó enviar á coger el arroz de las sementeras que Bernardo de la Torre habia descubierto en Mindanao, porque ya era tiempo; estarian las hazas veinte leguas de Sarrangan; señaló doscientos hombres y por cabo de todos á su Teniente, Francisco Merino, y dos Capitanes; el uno era D. Alonso Manrique que ya habia convalecido, y no con los regalos de la tierra, y al tesorero Juan de Estrada; apercibiéronse para el viaje la fusta y dos paraos grandes, y con buen tiempo salieron á la vela del puerto. El General trató luégo de armar sobre dos paraos dos bergantines para el servicio de la armada, porque se pudiesen marear á nuestro modo, porque los paraos, como eran navíos de indios, no obedecian á este mareaje. Luégo, al dia siguiente, arribaron con tiempo la fusta y paraos que iban á Mindanao, y estando en el puerto aguardando que abonanzase el viento y la mar se echase, aparecieron unas caracoas del Maluco: envió á reconocerlas con el capitan Francisco Merino; saludó la que llevaba bandera de Capitana, y supo como iba allí un portugués llamado Antonio de Almeida con algunos soldados, que de parte del capitan de Terrenate iba á ver al General Ruy Lopez de Villalobos, el cual pidió seguro. El capitan Francisco Merino, como Teniente suyo se le dió, y en rehenes á Iñigo Ortiz de Retes, con que Antonio de Almeida pasó á Sarrangan; y habiéndole recibido el General con mucha cortesía y pasado otras pláticas, trató el portugués de su negocio, que fué requerir al General en nombre de Don Jorge de Castro, capitan de Terrenate, por el rey de Portugal, que se saliese de aquellas islas, porque eran de la demarcacion del rey de Portugal, y se volviese á la Nueva España de donde

habia salido, ó fuese con sus navíos á la fortaleza de Terrenate donde se le haria todo el regalo posible y se le daria todo el aviamiento que quisiese para volver por la India á España. Ruy Lopez, como persona muy inteligente en cosmografía, respondió que él habia pasado á aquellas islas con órden y provisiones del Virey de la Nueva España, por órden que tenia su excelencia del emperador para hacer descubrimientos en el mar del Sur é islas del Poniente, no saliendo de la demarcacion de Castilla, ni entrando en las del rey de Portugal, y que esta órden habia seguido y guardado con mucha puntualidad, y que como confesaban los portugueses solas cinco islas del Maluco caian en su demarcacion, y no las demas á ellas conjuntas, y siendo así por su confesion, las que él ocupaba estaban mucho más apartadas de las que ellos decian ser el término de su demarcacion, y así sin ninguna duda eran de Castilla, como tambien lo eran las del Maluco, Macasar, Anbueno, Iavas, Burney hasta Malaca, no obstante que las poseia el serenísimo rey de Portugal, como habian determinado los mayores matemáticos del mundo, así propios como extranjeros, pero que iba bien advertido del empeño que su Cesárea Majestad Católica del Emperador habia hecho de solas las cinco islas del clavo en el Maluco al serenísimo señor rey de Portugal, y que así no entraria en ellas á tratar ni rescatar clavo ni mercadería alguna, porque le era vedado por las órdenes que llevaba tan apretadas en razon de ello, y que las islas que navegaba eran de la corona de Castilla, y así se espantaba mucho de los portugueses, que contentándose ántes con las cinco islas del Maluco, y para no desposeerse de ellas haber dado ó prestado dineros el rey de Portugal sobre ellas al Emperador, por constarle del derecho que su Sacra Cesárea Majestad tenia á ellas y ser de su jurisdiccion, quisiesen despues de haber asegurado el mal título con que ántes las poseian con dineros, tirar la cuerda hasta hacer de su jurisdiccion á Mindanao, Sarrangan y las demas islas, que por tanto él les requeria que se saliesen de aquellos mares é islas, y se estuviesen en las de su Corona y gozasen el Maluco miéntras no le desempeñaba Castilla, y les dejasen en las con-

quistas que eran del Emperador, pues en ello cumplirian la voluntad del rey de Portugal, que no gustaria de las demasías que hacian sus Capitanes; y esto dió por su respuesta, con que se volvió á Terrenate Antonio de Almeida, y dió cuenta á su Capitan de lo que habia visto y notado en el Real de los Castellanos; súpole mal la respuesta, y juró que le habia de ir á echar de aquellas islas y traer al General y castellanos presos en hierros, y tras esto dijo otras arrogancias y bravatas en seco, como escribió despues al General un castellano que en Terrenate estaba.

CAPÍTULO XV.

Llega Francisco Merino á Mindanao; pelea con los indios y mátanle; llega D. Alonso Manrique con socorro.

Estando para salir la fusta y los paraos para ir á coger los arroces, saltó el viento á la travesía y dió con la fusta en tierra, donde se hizo pedazos; los paraos lo tuvieron mejor: abonanzó el tiempo, y embarcándose Francisco Merino y el capitan Juan de Estrada, que se le habia dado la compañía del Maestre de campo, hubo ciertas diferencias en las juntas sobre quién habia de hablar primero, si los Capitanes ó los Oficiales reales, y para quitar diferencias, las compañías que vacaban se daban á los Oficiales reales; en cada parao se embarcaron veinte hombres, porque no cabian más, y la gente de servicio. Llevaban órden de, en echando la gente en tierra, volver los paraos por más gente, con la cual habia de ir D. Alonso Manrique, tanta falta hacia la fusta perdida. Hízose á la vela Francisco Merino, y tomó la tierra de Mindanao, y costeándola, descubrió un navío grande que forcejeaba por tomar la tierra; enderezó la proa á él, y por buena prisa que se dió, la gente le habia desamparado, que eran mindanaos, y el navío quedó á beneficio de la mar, fluctuando entre las olas: llegaron los paraos á él, y dándole un cabo le aseguraron; entraron dentro y encontraron un tesoro

(que por tal lo estimaron) de comida, pues entónces los mayores del mundo no les fueran de provecho, y la comida sí; habia en el navío setecientas cargas de sagú. Francisco Merino metió alguna gente y envió el navío así cargado al General, diciéndole que estimaba más aquella presa en aquella ocasion que desbaratar á Barba-Roja. Estimóla el General y alegróse el campo necesitado, con el socorro del sagú. Llegó á la playa y rio que subia á aquella vega de los sembrados de arroz, el capitan Francisco Merino, y en saltando la gente en tierra con sus armas, despachó las embarcaciones para que llevasen más gente, y él con treinta y cuatro hombres comenzó á marchar á los sembrados. Ya en este tiempo los naturales segaban los arroces, y viendo que la gente extranjera daba muestras de ir á gozar de la cosecha, viendo cuán pocos eran, le salieron al encuentro doscientos hombres bien armados, la mitad de lanza y pavés, y la otra mitad de alfanje y rodela; pelea esta gente con destreza y da unos saltos al acometer que desatinan al que pelea con ellos, de manera que nunca están quedos. Los castellanos formaron un pequeño escuadron, aunque solo de arcabuceros y rodeleros, y comenzóse la escaramuza; duró poco por los que derribaban los arcabuces, con que los indios huyeron. Los capitanes Francisco Merino y Juan de Estrada se fortificaron en una casa que hallaron en una sementera, desmontando cuanto alrededor estaba, para que los indios no pudiesen emboscarse, y con todo eso les inquietaron toda aquella noche, tirándoles mucha cantidad de flechas enherboladas: no durmieron los soldados, viéndose cercados de enemigos y en sus tierras; velábanse con cuidado; ya cuando amaneció se habian juntado más de quinientos mindanaos para defenderse de aquellas hormigas hambrientas, que destruian sus sembrados. Viendo cuán pocos eran los castellanos, acometiéronlos por dos partes, á donde hicieron rostro los dos Capitanes con órden de no dividirse con cada diez y seis soldados; peleóse con gran porfía, y aunque eran muchos los indios no ganaban nada, porque los arcabuces laboraban bien y no perdian bala. Los indios se retiraron al monte, que parece que

quisieron dar lugar á los nuestros para que comiesen y descansasen, porque ellos estaban tales, como no habian dormido la noche ántes, que casi no se podian tener en los piés; descansaron algo, pero no fué tanto, que los indios no los inquietasen. Las dos serian de la tarde, cuando habiendo llegado más indios volvieron de nuevo á acometer al pequeño escuadron castellano con la algazara y grita que acostumbran. Resistióles con valor la acometida; entraban y salian los indios con notable osadía, no haciendo caso de los que derribaban los arcabuces: el capitan Francisco Merino, como valiente caudillo, habia desjarretado muchos indios, porque con su espada y rodela se metia entre ellos con notable valor; hiriéronle en una pierna con una flecha, y la herida no fuera de consideracion, si la flecha no tuviera hierba; no hizo caso Francisco Merino ni dejó de pelear como toro que sentia la punta de la garrocha, ni sintió demasiada pesadumbre con el calor de la batalla, que duró, con muerte de muchos indios, hasta que la noche los despartió; cansados y heridos algunos no quisieron seguir la victoria, por no dar en alguna celada en el monte. Repartieron la noche, velando la mitad de la gente un cuarto y la otra mitad otro. La herida, con el ejercicio de la batalla se enconó, y la hierba hizo su efecto: sintiólo Francisco Merino, de suerte que conoció que se moria sin remedio por no tener medicinas ni contrahierbas contra tan poderoso y valiente veneno: dispuso las cosas de la guerra y díjoles cómo se habian de conservar hasta llegar más gente; pidióles perdon á todos, si alguno se sentia agraviado de él, y que obedeciesen al capitan Juan de Estrada como á Capitan del Rey; abrazólos con mucha quietud y serenidad: lloraban los soldados, y él los consolaba y animaba á morir en servicio de su Rey con el ejemplo suyo: pedia perdon á Dios el valiente Capitan, temiendo de entrar en batalla más rigurosa que la que le habia puesto en aquel estado, y con estas muestras de muy buen cristiano, llamando á Jesús y María con devocion y lágrimas espiró, perdiendo todos los soldados en él padre y compañero, la armada consejero, y el Rey un perfecto Capitan. Duró desde que le hirieron, diez horas no cabales, tan

poderosa es la fuerza del veneno: diéronle luégo sepultura, de forma que cuando amaneció, que volvieron los indios, ya estaba enterrado. Dieron el albazo los mindanaos á los pocos y afligidos soldados; pero ellos, deseosos de vengar la muerte de su valeroso caudillo, parecian leones bravos; hicieron maravillas; deseaba cada cual morir vengado, y así hacian notable riza en los bárbaros, que de más de quinientos que dieron el albazo no habian quedado en pié la mitad, porque desesperados los indios peleaban por morir, deshauciados de vencer, viendo tantos compañeros muertos: era el teson terrible, y el concierto del pelear de los castellanos notable, que les dió luégo la victoria, porque viendo los bárbaros que se disminuian con prisa, volvieron las espaldas. Juan de Estrada ordenó que hiciesen un reparo de fagina, á modo de pequeño reducto, de altura de seis palmos, para que pudiesen ofender y defenderse mejor, porque ya no eran más de treinta. Los demas habian muerto peleando, y aunque los treinta estaban todos heridos, trabajaron tan bien, que se pusieron en mejor defensa. Los mindanaos tomaron otra resolucion de pelear; viendo cuán mal les iba, acometiendo de dia con escuadron formado, y fué que los asaltos eran de noche, con tanto estruendo y vocería, que á no estar tan hechos á vencer aquellos valerosos castellanos, les metieran en confusion. Una noche saltaron tan de repente y tantos, que entraron en el baluarte; pero como no dormian los que le guardaban, de tal manera los rebatieron que solo escaparon los que se dieron prisa en volverse á salir, que los demas, en pago de su atrevimiento, fueron hechos tajadas, con que quedó la pequeña plaza llena de cuerpos muertos: de á fuera arrojaban los mindanaos dardos y flechas, pero no eran de efecto, porque como estaban bien armados con coletos de ante, ojeteados, y cotas, solo podian ofenderles por las piernas, que el vallado que habian hecho defendia; ellos jugaban sus arcabuces con seguridad y de mampuesto, no perdiendo bala, con que ciaban los bárbaros; y de esta manera, retirándose unas veces y otras saliendo por si dormian los españoles, no habia noche que no diesen diez ó doce asaltos; de dia cogian arroz los soldados á pesar de los

indios, porque miéntras los criados segaban ellos peleaban defendiéndolos. Los paraos en que fueron estos soldados; que volvieron á Sarrangan, llegaron presto y en solos seis dias fueron y volvieron con sesenta soldados y muchas municiones, á cargo del capitan D. Alonso Manrique. Llegaron á buen tiempo, porque cuando dieron fondo en la playa, que fué cerca de la media noche, estaban los indios peleando con los del fuerte; oyó los arcabuces D. Alonso, y desembarcando sin que le sintiese nadie, dividió su gente en dos tropas y salió á los arroces con facilidad, por estar cerca del surgidero. La noche era oscura; guiáronle las voces confusas de los bárbaros y el disparar de los arcabuces; habíanse juntado aquella noche más de seiscientos, y combatian el reducto con ánimo de concluir aquellos pocos soldados que iban á coger lo que ellos habian sembrado: peleaban con desesperacion y porfía; los treinta castellanos con sosiego y prudencia militar, defendian su breve baluarte; si algun indio subia sobre el reparo, desjarretado ó á balazos caía dentro ó fuera. En esto se fué llegando D. Alonso Manrique á la bárbara confusion por las espaldas (y primero sintieron los indios sus balas que sus pasos) en dos tropas los soldados, y dando en ellos derribaban tantos, que era espanto. Confusos quedaron los mindanaos de aquel súpito acometimiento; ni sabian si los del fuerte habian salido á dar en ellos por las espaldas ó era nueva gente, porque la oscuridad de la noche no los dió lugar sino á huir como unos corzos tímidos. Llegó D. Alonso al baluarte, á quien Juan de Estrada aguardaba por horas, y en la rociada que oyó, conoció el socorro tan esperado, porque ni ya tenian fuerzas sus soldados, ni sangre casi que derramar, porque en seis dias contínuos no tuvieron una hora de reposo, peleando de dia y de noche, y llegó al mejor tiempo del mundo para desbaratar mejor la chusma que habian juntado los dueños de aquellas haciendas. Reposaron los treinta castellanos, tomando los que de nuevo habian llegado la centinela á su cargo; volvieron por más gente los paraos, que no tenia el General otras embarcaciones en qué enviarla, por no haber acabado los bergantines que sobre las quillas de otros paraos fabricaba;

amaneció y despejaron el fuerte de cuerpos muertos que aquella noche del asalto se atrevieron á arrojar dentro, que con ellos y los de la campaña pasaron de doscientos. La noche siguiente dieron los mindanaos en el Real, fiados en la multitud y en ser pocos los castellanos, con tanto denuedo y prisa, que cuando las postas despertaron la gente que armada reposaba, estaban ya dentro del fuerte muchos indios, y mataron á puñaladas un indio de servicio de la Nueva España. Las centinelas resistieron hasta que los compañeros se pusieron en pié y los rebatieron, no volviendo á salir muchos de los que entraron, sino para ser arrojados en el monte: salió la infantería española á la campaña, y peleando con los bárbaros, que eran en gran cantidad, los desbarató degollando muchos, porque siguió la victoria hasta los montes, donde no quisieron entrar porque entre aquellas espesuras son los indios muy valientes, por ofender á traicion y sin ser vistos. Dióse órden de hacer la cosecha en esta forma (no grana el arroz como el trigo todo de una vez sino sucesivamente): que todos los dias saliesen sesenta soldados, porque los demas habian de guardar el reducto y municiones, que estaba ya en más defensa; habian de sustentarse á sí y á los del fuerte, como si fueran á espigar, y llevar para el monton (cada uno) que se juntaba cada dia cuatro celemines ó almudes de arroz; lo mismo habia de hacer la gente de servicio: con esta órden salian de dia y peleaban de noche, porque los indios no querian nada de dia con los castellanos: decian que los arcabuces hablaban de léjos, y obraban como decian: de esta manera estuvieron algunos dias, y aunque no habia noche ó alba que no peleasen, la gente estaba contenta y gorda, porque comian sin tasa (aunque solo arroz); el agua les costaba mucho por estar en el monte, donde se compraba á precio de sangre, porque emboscados los indios hacian sus suertes.

CAPÍTULO XVI.

Pasan sin comer ni beber siete dias cincuenta castellanos. Dan los portugueses en el Real de Mindanao á traicion. Piérdese el galeon *San Jorje* y llega la galeota.

Los paraos, que barcos á la vez como los ordinarios de Sevilla á San Lúcar podriamos llamarlos, dieron al General nuevas de la muerte de su teniente Francisco Merino, que sintió mucho por perder en él un buen amigo y fiel y prudente ministro, hiciéronsele las exéquias, ya que no con aplauso de cera, lutos é inciensos, á lo ménos con devotas oraciones, piadosas lágrimas y contínuos sacrificios: sirvan las lágrimas de luto y los sacrificios de alivio y refrigerio á las almas. Más quisiera Cornelio Tácito, en la muerte de su suegro Agrícola, que hubiesen destilado agua los ojos de los circunstantes, que no olorosos humos las cazuelas, pebetes y turíbulos. En las honras de este cristiano Capitan, fué al revés, que faltando las honras del mundo se aventajaron las del corazon en el sentimiento, que David lloró á Abner y acompañó su ataud, Jacob á Josef y el pueblo á Jacob, Moisen á Aaron y Cristo á Lázaro con haberle de volver á la vida tan en breve, las del alma en los sufragios, oraciones y misas. Proveyó el General el oficio del difunto en el capitan Juan de Estrada, que tan bien lo merecia, peleando contínuamente en Mindanao: gustaron de la eleccion sin resentirse nadie, que este tercio de soldados tuvo esta excelencia, que fué de los más obedientes, sin rigor, que Generales de mar y tierra gobernaron, nunca se repuntaron por la distribucion de los oficios; todos eran beneméritos, y cada uno se holgaba de la provision del otro, como si se hiciera en su persona, y obedecian sus órdenes como las del mismo General: todo lo atribuyo yo á la mucha gente principal y honrada que fué en esta armada; quien afecta más los oficios son los ménos dignos de ordinario. Despachó otra tropa de cincuenta soldados Ruy Lopez

en los paraos, á cargo del tesorero Gonzalo Dávalos y del factor García de Escalante: no metieron comida ni bebida, porque aquel dia entendieron llegar á los arroces, y tenian el tiempo á popa; pero apénas se hicieron á la mar, cuando se cambió el viento por la proa: los navíos eran malos de vela, y los tiempos tan mudables, que cuando iban en demanda de una tierra, volvia el viento por proa, y de esta suerte estuvieron siete dias en la mar sin comer ni beber, hasta que encontraron un barco que en un rio habian tomado los soldados de Mindanao, y le enviaban cargado de arroz con alguna gente herida á Sarrangan; diéronles de comer y de beber, y enseñáronles el puerto, caso notable y que no peligrase ninguno de hambre ni de sed.

En el Real de Mindanao contínuamente se peleaba, porque siempre acudia gente de refresco, y aunque degollaban mucha los del Real, sucedia otra: no habia noche que no hubiese tres ó cuatro asaltos generales en el fuerte: lo que más pena daba era el agua que habian de entrar en el monte por ella, y allá costaba cara, porque hirieron algunos españoles con flechas de hierba, de que murieron sin remedio, y alguna gente de servicio que acarreaba el agua les mataron. D. Alonso Manrique hizo cavar un poco dentro del fuerte, y acertó en un ojo de agua, mejor que la que traian del monte, con que cesó el trabajo y peligro de acarrearla: habíanse tomado algunos barcos á los indios, y en ellos el Teniente y Maestre de campo, Juan de Estrada, iba enviando arroz á Sarrangan, porque con el órden que estaba dado se juntaba mucho y sustentaba el campo. Gran prisa daba á los bergantines el General para enviarlos por arroz, cuando tuvo nuevas que volvian los portugueses, porque llegaron caracoas de Terrenate. El capitan del Maluco deseaba saber la gente que Ruy Lopez tenia, porque Antonio de Almeida no llevó buena razon del número que habria de castellanos; decia en Terrenate la fama que eran mil y quinientos castellanos que iban á tomar á Terrenate, cosa que metió en cuidado á los portugueses: fortificáronse, y el Capitan mayor envió, con color de otros requerimientos, á saberlo á un Antonio Hernandez; éste llegó con algunos portugueses, y haciendo sus requeri

mientos se detuvo para explorar la gente, y hablando á un marinero extranjero y haciéndole grandes promesas, si se iba con él al Maluco, le metió en su navío, y despedido del General, se hizo á la vela habiendo recibido buenas obras y regalos de su mano. Supo el Antonio Hernandez que debia de ser tan gran ladron y traidor como otro Francisco Hernandez del Perú, de quien hay historias largas, del Real que habia en los arrozales, y deseoso de saber la gente que habia en él, guiándole el marinero, amaneció con veinte portugueses y cincuenta terrenates de campilan, lanza y adarga sobre la fuerza: las centinelas los descubrieron, que marchaban con gran prisa; aguardáronlos los castellanos teniéndolos por indios mindanaos, que acudian como solian á los rebatos, y aquella noche habian con mucha fuerza dado dos asaltos generales. Llegaron los portugueses, y no entendiendo que estaba la gente junta, por haberle dicho el marinero que hacian salidas de noche á los pueblos los castellanos, robando á los naturales los barcos y las haciendas (no siendo así), y que solian dejar el fuerte sin gente, el Antonio Hernandez con sus terrenates dió el rebato, y ellos dispararon sus arcabuces, en que repararon mucho los castellanos, por no saber que los indios usasen de arcabuces. Salió D. Alonso Manrique con cincuenta soldados por una puerta falsa, y dió en el pequeño escuadron de salteadores, que sin resistirse dieron á huir los portugueses; siguieron las liebres los mejores galgos de los nuestros, y alcanzaron á algunos que degollaron: tomóse un portugués mal herido y algunos terrenates vivos, á quien luégo el capitan D. Alonso colgó de los árboles, que estaban en la playa, sin remedio, para que los compañeros que estaban embarcados viesen la fruta de aquellos árboles, y al portugués llevaron al Real, el cual dijo todo lo que pasaba y cómo contra la voluntad de algunos, Antonio Hernandez habia cometido aquel crímen de tomar las armas contra cristianos y gente de una tierra misma: curáronle y consoláronle lo mejor que pudieron, pero la cura no aprovechó, porque tenia quebrada una costilla y la bala en los pechos, y en fin murió el miserable.

El capitan Juan de Estrada envió los paraos cargados de

arroz y á decir al General que enviase un navío grande para que de una vez lo llevase todo, que serian cuatrocientas anegas dél, fuera de lo que cada soldado tenia para sí. Tenia Ruy Lopez presto el galeon *San Jorge,* y en él la ropa toda de los soldados que estaban en los arroces, que serian ciento cincuenta, porque no aguardaba sino la galeota para levantar el Real, y pasar á tomar el arroz y gente para ir á Macagua, ó donde la galeota hubiese concertado; con lo que Juan de Estrada le envió á decir, metió en *San Jorge* algunos soldados, Piloto, Maestre y marineros, y envióle al Real de Mindanao; hízose á la vela, y cargando el tiempo, se fué á abrigar en una gran bahía en la costa de Mindanao, llamada Cabarrian, yo creo que Cabarroyan, porque frisa con la lengua de la tierra; abonanzó el tiempo, y con el cielo claro fué á surgir una legua de los arrozales, costa desabrigada y brava; saltó el viento á la travesía, y garrando el navío, sin poderlo remediar, dió á la costa, perdiéndose toda la ropa de los soldados y la que tenia la armada, porque como este galeon *San Jorge* fuese bueno y era la Almiranta, estaba almacenado en él cuanto bueno habian llevado de Méjico: perdióse mucha artillería, y la gente escapó toda desnuda y maltratada, y llegó con harto trabajo y riesgo al fuerte donde estaba el teniente Juan de Estrada: dió aviso de la pérdida de *San Jorge,* que para todos fué muy grande, y hubiera sido mejor que este navío hubiera ido, como en Méjico se habia ordenado, á descubrir la vuelta de la Nueva España, y Bernardo de la Torre habia pedido, que quizá fuera en aquella mar de importancia. El General, viéndose sin navíos, puso en adrezo la Capitana, que sola le habia quedado, y envió un bergantin que ya se habia acabado, un batel y dos paraos por arroz: estando en esta confusion llegó la galeota que á las islas de Bisaya habia enviado, y la tenian ya por perdida, porque tardaba ya y pasaban dos meses del término que se la habia señalado. Llevaba mucho arroz, puercos y gallinas, y la gente buena y sana: surgió en diez de Octubre de este año: dió por nuevas que el navío *San Juan,* luégo que se levó de Sarrangan fué á Tendaya, isla de las que despues Miguel Lopez de Legas-

pi llamó Filipinas, y surgió en una bahía donde, como no tuviese nuevas de la galeota que habia salido delante á prevenir bastimento, juntó el que pudo con rescates que llevaba, y queriendo hacerse á la vela, llegó la galeota, que con un tiempo que tuvo habia ido al rio de Abuyo, que es en la isla de Leite, y dando al navío todo el bastimento que en Albuyo habia juntado, le despachó.

CAPÍTULO XVII.

Navega el navío *San Juan* la vuelta de la Nueva España, y arriba á la isla de Tendaya.

Habiendo estado en la isla de Tendaya hasta veintisiete de Agosto, el Maestre de campo Bernardo de la Torre, se hizo á la vela un domingo, ántes de amanecer, con buen tiempo, y siéndole favorables los vientos, seis dias gobernó al Este, guiñando á la cuarta del Nordeste; escaseóle luégo el viento, y gobernó al Nordeste y Nornordeste, hasta ponerse en veintiseis grados de la banda del Norte, y porque no lo repitamos cada momento, vaya advertido el lector, que toda esta navegacion es de la banda del Norte, y así, siempre que tratarémos de altura, se entenderá la septentrional. A veintiuno de Setiembre, dia de San Mateo, descubrieron, en altura de los veintiseis grados, una isla pequeña, de dos leguas de box, llamóla el Capitan la Solitaria; no supo si era poblada ó nó, porque no quiso surgir por no perder el tiempo. El dia siguiente, habiendo andado veinte leguas, descubrió dos islas, tan pegadas, que al principio parecia una sola; y despues, entre la una y la otra, pareció un pequeño brazo de mar que las dividia; bojarian cinco leguas; llamáronlas las Dos Hermanas; corríanse con la Solitaria Nornordeste Susudoeste, tenia veintisiete grados largos de latitud. El Maestre de campo Bernardo de la Torre quiso aquí imitar la navegacion que desde la Habana hacen las flotas á Castilla, que es multiplicando altura hasta

hallar Nortes ó Noroestes, y no hacia mal; ántes bien es la navegacion que hoy se hace, especialmente habiendo montado la cabeza de Japon desde Manila, y la que yo hice el año de catorce pasado, hasta llegar á cuarenta y cuatro grados de altura: contradijeron la derrota los Pilotos, y no se fundaban en ser pequeño el navío, que era la razon principal (porque el navío que por Setiembre, Octubre, y de ahí arriba quisiera meterse en altura, ha de estar bien aparejado y tener costado para resistir los mares, y con eso navegará bien), sino en que los tiempos favorables Sudes y Sudoestes, corrian dentro de los trópicos; bachillerías de Pilotos nécios, pues habiendo caminado ellos por trece á catorce, hasta veintitres grados y medio de Octubre adelante, siempre hallaron Lestes y Nordestes; en Junio, Julio, hasta mediado Agosto, corren vientos Meridionales solamente, como nos ha enseñado la larga experiencia. El capitan Bernardo de la Torre quiso seguir su parecer, no reparando en lo principal, que era el navío, incapaz para navegar por altura; subió hasta treinta grados, donde halló tanto Norte y mar que le comia el navío; si desde las Dos Hermanas, ó ántes, hubieran, dando resguardo al Japon, que entónces no estaba descubierto, servídose de los Sures y Sudoestes, y se hubieran metido en cuarenta grados de altura, estos Nortes que aquí hallaron les sirvieran y fueran más largos; pero como el altura era poca y el navío era un barco pequeño, no podia sufrir la proa aún á Sueste. Apretaba el Norte, crecian las olas que parecian sierras altísimas y lo demas valles profundísimos; arribó el navío la vuelta del Sur, cazando en popa, y alijando cuanto sobre la cubierta habia, hasta el fogon; y estuvieron determinados, y con las hachas en las manos para cortar el árbol mayor, último remedio en las tormentas; pero tan peligroso como la misma tempestad, porque no siendo diestro el timonero, y no preparándole con la járcia de barlovento, al caer desfonda un navío, cuanto es fácil entre marineros diestros, pues una guiñada del timon le echa fuera del bordo y salva el navío. Corrieron con este trabajo hasta la noche, que abonanzó el tiempo y aplacó su fúria,

y bajaron á veintiseis grados, donde hallaron Sudeste: quiso volver Bernardo de la Torre á tentar ventura, gobernando la vuelta del Nordeste, Nornordeste y Norte, y en llegando á los treinta grados hallaba los Nortes que bramaban: desta manera bajó y subió dos veces á las alturas de treinta para veintiseis grados, padeciendo notables trabajos y riesgos de ser anegados. Vieron en esa altura de veintiseis grados una isla, á que pusieron nombre La Farfana; por tomarla estuvieron perdidos casi sobre unos arrecifes: cambió el viento á la tierra y salváronlos: es isla pequeña, hermosa y bien asombrada. El Norte les duraba, y como la mar no era mucha, navegaban por ocho cuartas al Este, que no se atrevian á las bolinas por la flaqueza del navío: á seis de Octubre descubrieron tres islas, y una de ellas era un altísimo volcan, que á diez leguas se veia el humo, y de noche las llamas que parece abrasaban el cielo. Volcan he visto yo á sesenta leguas de distancia, que es el de Orizaba, en la Nueva España, y reinos de Méjico, que se ve treinta leguas la mar á fuera, si los Pilotos dicen bien, aunque á mí ménos me parecieron, y otras treinta que está la tierra adentro daré más fe, porque las anduve tres veces, y son sin duda treinta. El año de catorce ví yo este mismo volcan, no léjos del Japon; es altísimo, y más que el Etna, de Tinacria, tan celebrado de la antigüedad: echaban fuego sus cumbres por cinco partes. Bernardo de la Torre mandó abrir la escotilla y visitar el agua; balláronse diez pipas ménos, que con los balances y mares se desarrumaron y perdieron el agua; afligióse con esta nueva la gente, viéndose con tan largo camino por la proa y sin agua, porque solas once pipas habia bien acondicionadas; tasóse luégo la racion, dando un solo cuartillo para veinticuatro horas, ni tomaba, por ser Capitan del navío Bernardo de la Torre, más que el grumete; la comida era tan poca, que nadie comia sino dos tortillas delgadas de arroz, que ya no habia otra cosa. El viento se hizo brisa. Juntáronse los Pilotos y dijeron al Maestre de campo que los tiempos eran acabados, y los contrarios se entablaban, y que la comida y bebida faltaba, que no habia otro remedio sino arribar á las

islas ó morir. Él les pidió que trabajasen por ir adelante, y que en caso que los vientos se entablasen, arribarian á no poder más. Respondiéronle que las járcias y velas estaban tales que no se atrevian á pasar adelante, porque, de poner el puño á la amura, habian de faltar al primer apreton de viento, y no tendrian despues con qué arribar, y cazando en popa, ni trabaja el navío ni las velas. Dijo Bernardo de la Torre que se juntasen todos los marineros y lo tratasen, y conviniendo en que se arribase, se lo diesen por escrito, dando las razones que para ello tenian. Hiciéronlo así, y guardando para su resguardo los papeles el Maestre de campo, arribó á las islas, cazando en popa, desde veintiseis grados de altura, habiendo andado, por la cuenta de los Pilotos, setecientas cincuenta leguas: en la arribada descubrieron algunas islas, que para mí eran las de Los Ladrones, que es una cordillera de ellas, que corre desde el Japon hasta nueve grados. Llegaron á Tendaya en doce dias, tanto corrian y tan valientes eran los vientos: amanecieron á sotavento de un embocadero, por donde habian de entrar, y viendo una bahía hermosa, entró el navío y surgió. No vieron por entónces poblacion alguna; pero salieron de algunos rios unas embarcaciones, por extremo bien labradas, que llaman barangayes en las islas; la proa es una cabeza de sierpe bien labrada, y la popa tiene la cola, que corresponde proporcionadamente; y visto de á fuera un baragay con sus remeros parece sierpe ó dragon bien formado. Llegaron al navío y preguntaron de dónde venia, respondióseles que de Castilla; mostraron alegría y dijeron que ya conocian á los Castillas por buena gente, que se holgarian se quisiese el Capitan servirse de sus puertos, donde hallaria todo regalo y cuanto bastimento quisiese: pidiéronle que se levase, porque no estaba allí seguro, y que remolcarian el navío hasta cerca de su pueblo. Bernardo de la Torre se levó y los dió cabos por proa, y cada barangay, que eran los mayores que remolcaban cuatro, tomó el suyo y comenzaron á bogar, al meterse en tierra, cada barangay tiraba por su parte, porque como eran diferentes los señores de ellos, quisiera cada uno para sí solo los huéspedes, por los

provechos é intereses que cada cual esperaba, y llevar á su rio el navío; tuvieron pesadumbres entre sí los principales sobre llevarle á su pueblo; sintiólo el Capitan, y queriendo tenerlos á todos gratos, dió fondo. Subieron al navío, y cada uno manifestaba la voluntad que tenia de servirle y regalarle, y los unos y los otros le pedian que hiciesen amistades, y se sangrasen. Bernardo de la Torre les dijo que viniesen otro dia, y se sangraria con ellos; con esto se fueron, y el Piloto se levó y fué á dar fondo junto á un pueblo de cien casas, cuyo señor y principal era un Turris: confieso que el nombre me disuena de la lengua bisaya, pero por estar así en las relaciones que sigo, correremos con él. Estimó en mucho Turris el favor de haber ido á surgir á su pueblo el Capitan; hizo un regalo de fruta de sarten á su usanza, y unos tamales de arroz, y envióse le con muchos ofrecimientos para lo de adelante: agradeció el cuidado Bernardo de la Torre, y satisfizo con palabras y cortesías por entónces; y no se tocó á la comida por recelar veneno, que con facilidad le dan estos isleños. El dia siguiente llegaron á bordo muchas bancas (embarcaciones son pequeñas, de las islas, y las ordinarias) cargadas de puercos, gallinas, arroz, batatas, cañas dulces, naranjas y otras frutas buenas de la tierra; no quiso comprar nada el Capitan hasta que viniesen los señores á hacer amistades y á sangrarse con él: diéronlos aviso, y llegaron algunos barangayes bien adrezados, y en ellos gente la más política y bien puesta que hasta entónces habian visto, llenos de collares y manillas de oro, subieron al navío, y siendo bien recibidos, asentaron amistades perpétuas sangrándose todos: diólos el Capitan, en retorno de algunos regalos que le dieron, porcelanas de la China, de que llevaba cantidad, que en los sacos de Sarrangan y Peñol habian hallado, con que se despidieron muy contentos. Cada pueblo tiene un señor ó principal en estas islas, que se llaman ahora de Pintados, por andar todos pintados á la manera que hierran los esclavos; pero con gran primor: los mayores señores se pintan más, lábranlos desde niños el cuerpo con mucha sutileza; son ricos de oro, y en general grandes labradores;

guardan del sol mucho á sus mujeres, y nunca salen de casa sino muy cubiertas y con un sombrero de palma en la cabeza, que las defiende del sol todo el cuerpo; salen muy adornadas de joyas de oro, algunas sutilmente labradas de filigrana; tienen todas gargantillas y arracadas, aunque diferentemente que en Europa; son grandes, unas de oro macizo, liso y bien bruñido; otras á manera de saleros, labradas de filigrana, y como la abertura de la oreja es grande, acomodan la joya graciosamente; tienen sus cadenas y anillos, y ajorcas y pulseras. Son blancas, ántes trigueñas que morenas las que se guardan del sol; de buena estatura y fisonomía; son grandes labranderas, y generalmente la gente no sabe estar ociosa; son bien intencionados todos, diferentes de los de Mindanao, que son traidores; pero si les agravian son vengativos; hoy son buenos cristianos, é inclinados entónces y ahora á piedad, gracias á la religion de San Agustin, cuya es su educacion, y á las demas religiones, que recibiendo de la órden augustiniana los partidos que tienen, han llevado en aumento aquella primera enseñanza. La tierra es rica y abundante de oro, algodon y lienzos; fértil de arroz, legumbres y frutas; los montes están llenos de caza; los árboles de enjambres de abejas; hay mucha y bonísima cera y miel; la gente vivia poblada y en policía; tenia religion gentílica, conocia la inmortalidad de las almas, esperaba en la otra vida premio y temian el castigo; justificaban sus guerras con leves causas, en que se cautivaban unos á otros; los señores tiranizaban ordinariamente el pueblo menudo, que respetaba al más tirano. Estos señores, pues, fueron los que celebraron amistades con Bernardo de la Torre; quedó uno, que entre todos parecia más respetado y de más autoridad, llamábase Cobos, y de él se llama la bahía de Cobos, donde tenia su pueblo, en el navío con el Maestre de campo, y díjole que por ningun caso habia de salir del navío hasta que fuese á surgir á su pueblo; tanta aficion mostraba á los castellanos: diósele gusto en lo que pedia, levóse el navío y surgió donde el Principal quiso; caso que tomó Turris por afrenta; y los demas señores mostraron, de no haber ido á sus puertos, sentimiento:

dejemos ahora aquí á Bernardo de la Torre, que con espacio queda rescatando mantenimientos, para ir en busca de su General, y vamos á Sarrangan y Mindanao en busca de nuestros castellanos.

CAPÍTULO XVIII.

Levanta el General el Real de Sarragan para pasar al rio de Abuyo en las islas Bisayas.

Los soldados que estaban en los arrozales, habiendo acabado de coger todo lo que habia, y habiendo enviado el arroz que habian recogido, no habiendo pasado dia ni noche sin pelear con los indios, y muchas tres y cuatro veces, se retiraron á Sarrangan, donde los aguardaba ya el General para embarcarse y pasar á la isla de Leite al rio Abuyo, donde la galeota habia tratado que asentarian su Real por gustar de ello todos los Señores de aquella Isla, en especial el de aquel rio, y ser la tierra muy abundante. El General embarcó en la galeota algunos soldados más de los que solia traer, y despachóla delante á cargo de Pedro Ortiz de Rueda, con órden de que poblase en Abuyo y le esperase allí, porque él, en recogiendo todo lo que habia en el Real le seguiria; llevaba Pedro Ortiz setenta y seis soldados; dióle un parao grande con catorce hombres. Despachada la galeota, se recogió cuanto habia en Sarrangan, en la Capitana y bergantines, y dando fuego al fuerte, se hizo la armada á la vela la vuelta de las islas Bisayas á primero de Noviembre de este año de cuarenta y tres; siguió la costa de Mindanao la vuelta del Norte en demanda de aquellas islas, que están en latitud septentrional de doce grados, y de allí por delante, habiendo navegado cuarenta leguas, el viento se les hizo Norte y Nordeste, con que no podia pasar adelante; metióse en una bahía y despachó un bergantin cargado de gente para que pasase á Abuyo y ayudase á la gente de la galeota á fortificarse, y envió nueva órden á Pedro Ortiz de Rueda para

que le enviase luégo la galeota y bergantin cargados de arroz y bastimentos á aquella bahía, donde le aguardaba. Dió la vela el bergantin, y, habiendo andado diez ó doce leguas, encontró con la galeota que forcejeaba contra el viento por pasar adelante; Pedro Ortiz preguntó á los del bergantin si habian visto el parao con los catorce hombres, porque habiéndoles apretado el tiempo, se habia apartado de la galeota, y no sabia si habia vuelto atrás ó pasado adelante; el cabo del bergantin le dijo como no habian visto el parao, y dándole la órden del General, siguieron su derrota. Reinan desde Noviembre adelante en aquellas islas los Nortes y Nordestes, y soplan con notable furia por entre los canales que hacen, de suerte que mal se puede barloventear; cinco dias trabajaron la galeota y bergantin por pasar adelante, y no pudiendo ganar una legua de tierra, se metieron en un puerto, donde estuvieron una semana entera; y pareciéndoles que abonanzaba el viento, salieron al poner del sol para seguir su derrota; pero dándoles un pié de viento con un aguacero muy récio, el bergantin se apartó de la galeota, y nunca más se vieron. El bergantin pasó adelante, y á vela y remo, con harto trabajo, salió treinta leguas más adelante el batel con los catorce hombres; y haciéndose buena compañía, al cabo de muchos dias y de haber pasado muchos trabajos, hambres y peligros, llegaron al rio de Abuyo, donde fueron muy bien hospedados del Principal y regalados: repartieron á los soldados los indios en las casas más nobles de aquella villa, donde fueron tratados como si fueran sus propios hijos: es la gente de Bisaya, en comun, de muy buen natural y compasiva, y amigos de hospedar extranjeros; tienen por sacrosanta la ley del hospicio, y si no es por desagradecimiento ú otra ocasion, no desprecian ni conspiran contra el huésped. La galeota trabajó por pasar adelante, y de una vuelta y otra, andaba arando el mar: surto estaba Ruy Lopez en la bahía con su Capitana y bergantin, mohino de no poder pasar adelante, gastando la salud y bastimentos; y porque para lo de adelante no faltasen, pareciéndole que la galeota, bergantin y batel estarian en Abuyo, determinó enviar el bergantin que le que-

daba cargado de gente para desbalagar la Capitana y que no hubiese tantas bocas, porque se gastaba muy aprisa el arroz que habian tomado en Cesárea; y pareciéndole que la poblacion estaria hecha, envió al Prior de San Agustin, Fray Jerónimo de Santistéban, con su compañero Fray Alonso de Alvarado, á quien dió órdenes é instrucciones muy largas para que estos dos religiosos, con Pedro Ortiz de Rueda, ordenasen lo que conviniese para el buen gobierno de aquella villa: movióle al General enviarlos para que descansasen de tantos trabajos como habian padecido, que sin duda ninguna son grandísimos los que padece un religioso fuera de la quietud de la celda y coro que profesa; deseaban estos benditos padres llegar á poder predicar el Evangelio, que es lo que los movió á dejar á Méjico y padecer tantos naufragios; y como los que habian estado en Abuyo decian tanto bien de los naturales, deseaban regenerarlos en Cristo y ponerles en camino de salvacion: otros dos religiosos iban en la galeota con órden, en poblando la villa de fundar un monasterio en Abuyo: los demas quedaron con el General. En el bergantin metieron la comida muy limitada, porque como deseaban tanto salir de aquella isla de Mindanao, que parecia isla encantada que no podian apartarse de ella, no repararon mucho en el matalotaje, y como si el navío caminára tan veloz como el deseo, parecíales que presto llagarian á ver el fin de la jornada: iba por Capitan ó cabo del bergantin Francisco Muñoz, soldado animoso y valiente; hízose á la vela, y á pocas leguas halló Nortes tan deshechos y Nordestes, que no podia pasar adelante; forcejeó á vela y remo cuanto pudo, pero era sin remedio; en esto gastó el bergantin algunos dias y acabóseles la comida y el agua, porque del matalotaje poco sacaron, aún no daban cuatro onzas de racion como se daba en la Capitana, sino solas dos, y con esto pasaron hasta que se les acabó todo, y esto con la mayor paciencia del mundo, que parece escogió Dios esta gente tan pacífica y tan de buen natural, que por hambres ni necesidades que pasasen nunca entre sí tuvieron pesadumbres ni palabras, ántes se consolaban los unos á los otros y partian entre sí lo que tenian, con piedad y caridad de gente, no sólo

cristiana pero muy aprovechada en la virtud. Trataron de tomar una bahía que estaría á dos leguas de allí, pero en tres dias naturales no pudieron, porque cuando parece que aferraban la tierra, jugaba el viento con el bergantin, ó la fortuna, haciéndoseles puntero y echándoles á la mar; en todos estos tres dias no comieron ni bebieron por no tenerlo, que aún Jonás en el vientre de aquel mónstruo marino tuvo la providencia de Dios, que le sustentaba con particular auxilio, y aunque en cárcél tan estrecha, la calor del animal le conservaba; pero en este bergantin (que mónstruo es tambien un bajel, donde contra su natural se meten los hombres entre las dos regiones de peces y aves) morian de mil maneras, el hambre los acababa, la sed los secaba, el viento los consumia, el mar los anegaba, la vista de tierra los afligia; y cielo, aire, agua y tierra parece que contra sus vidas débiles se conjuraban: á fuerza, pues, de plegarias y oraciones, al cabo de estos tres dias tomaron puerto, donde, habiendo surgido, llegó á ellos un parao con un hombre Principal de un pueblo que estaba en aquella bahía: hicieron amistades con él los necesitados castellanos, y representando Francisco Muñoz su necesidad, mostró dolerse de ella, y convidóle á que fuese á ver su pueblo, que estaba cerca, ofreciéndole mantenimientos y regalos: aceptó el Capitan, ó la necesidad que tenia, y fióse de este bárbaro mindanao; mandó armar secretamente algunos soldados, que todos traian, ó coletos ó ó jubones ojeteados, escampiles ó cotas de malla, de suerte que no habia soldado que no tuviese alguna arma defensiva, y esta es la razon de haber en los asaltos y guerras muerto tan pocos: fueron con el Principal á su pueblo y subieron á un corredor de su casa, que en las Filipinas llaman batalan; sacaron vino y buyos, es un género de droga, que trayéndola en la boca sustenta mucho y tiene otros muchos y muy buenos efectos; da buen olor de boca, y si le hay malo le extingue; preserva de neguijon y corrupcion la dentadura, y para dolores del estómago es especial remedio; consume los reumas y destilaciones de la cabeza: estando en estos bríndis castellanos y mindanaos, tiraron al Capitan por las espaldas una lanza, que á no defenderle

un jubon de malla, le traspasa el cuerpo: levantáronse los indios para huir, pero un soldado cogió la lanza y se la arrojó al Principal por emplearla mejor, y le atravesó con ella: eran doce los castellanos; sacaron sus espadas y despejaron el corredor y casa de gente, y cargando con cuanto arroz hallaron, se volvieron sin hallar en el camino quien los ofendiese, porque los indios se habian acogido al monte: hicieron agua en un pequeño pozo ó poza de agua encharcada y súcia que junto á la playa estaba, y dieron vela, teniendo contra el viento, con la esperanza de llegar á Abuyo; sustentáronse con la poca comida que tomaron en aquel pueblo traidor dos ó tres dias; eran muchos y la comida poca, acabóseles, y el agua, que no hallaron sino aquella poza de poca y mala: tomaron otra vez la tierra por buscar agua; pero los indios la defendian, que eran muchos y bien armados, y los castellanos pocos y flacos: á la media noche saltaron sin ser sentidos, y en la playa hicieron algunas pozas de que llevaron alguna agua salóbre, poca y mala, pero más tolerable que la de mar: embarcáronse por ver si podian doblar una punta para saltar en tierra y buscar hierbas para comer, pero el viento los fué arrojando á la mar, de suerte que no tenian con qué sustentarse, sino con el agua salóbre y una ganta, almud ó celemin que hallaron en una cestilla, tomaban una hoja de la cesta, que son tejidas de hojas de palmas, y cocíanla en un poco de agua salóbre, donde echaban un puñado de clavo, y ántes que se les menguase mucho, repartian aquel caldo ó chocolate entre sí cuarenta personas que allí iban, y bebiéndolo se sustentaron nueve dias naturales, que es la cosa más peregrina que he leido en historias: sustento espiritual no les faltaba, porque dió Dios fuerzas y espíritu á aquellos santos religiosos, que por su amor tanto padecian, á platicar de espíritu y de Dios tanto con los compañeros, que parece los endiosaban á todos, y de tal manera se resignaron en las manos de Dios, que ni se acordaban de comer ni temian la muerte: con toda esta necesidad remaban sin exceptuarse nadie, daban á la bomba y hacian las demas faenas del navío, trabajando por tomar la tierra donde el viento no los dejaba llegar. Con este

trabajo dieron fondo en otra bahía, y buscando camino salieron treinta hombres, que los demas quedaban con los Padres en el bergantin, y dieron en un pueblo despejado ya de gente, porque habiéndolos sentido se metieron en el monte los indios. Hallaron mucha comida, y cargaron con mucho gusto con ella los treinta castellanos: habria del pueblo á la playa media legua de monte muy cerrado, y en partes pantanoso; armáronse los indios y salieron en un pantáno y paso estrecho á los treinta castellanos, y trabóse entre todos una escaramuza cruel, dejando la comida los soldados; como estaban tan flacos, sucedia no poder sacar el pié que una vez metian en el pantáno: los indios andaban ligeros y veloces como hombres robustos criados en montes y sierras, y aunque morian algunos, deseaban concluir los pocos castellanos, aunque fuese tan á su costa; peleábase con coraje y brío, especialmente viendo muertos algunos compañeros los nuestros, y al capitan Francisco Muñoz entre ellos, y viendo que allí los habian de acabar, apretaron los puños, y llenos de valor y coraje pelearon tan desatinadamente, que matando muchos bárbaros los pusieron en huida. De los mindanaos murieron más de ochenta, de los castellanos catorce, los mejores y más honrados soldados de la armada, y entre ellos el capitan Francisco Muñoz, que creo volaron sus almas luégo al cielo, porque la paciencia con que padecieron tantos trabajos, el tratar tanto de Dios, el espíritu y fervor con que le amaban y deseaban padecer por su amor, que el bergantin más parecia convento muy observante que navío de soldados, el confesarse cada dia y otros actos de religion que ejercian, me persuaden con piedad su cierta salvacion. Los demas llegaron heridos y sin poderse sustentar en los piés, cargados con algun mantenimiento; tomaron agua, y platicando si seria bueno volverse á la armada, el Prior les dijo que en ella se pasaria tanta mala ventura y necesidad como imaginaban, por las cortas raciones que cuando salieron se daban, y ser aquella tierra de perversa gente, y que de ellos nadie se podia ya prometer cosa buena; que le parecia, que pues habian pasado tantos trabajos y vencido tantas dificultades no volvie-

sen atrás, sino que pasasen adelante, pues no estaban tan desamparados de Dios que no viesen patentemente los milagros que con ellos usaba y las misericordias que les hacia, que fiasen en él que les daria tiempo para llegar donde deseaban: todos se conformaron con el parecer del Prior, y le pidieron, que pues no tenian Capitan, que les gobernase él, y le obedecerian con el gusto y puntualidad que veria. El se excusó de lo que le pedian por ser incompatible al oficio del sacerdote gobernar tan inmediatamente la guerra; pero comprometiendo en él sus votos todos, les eligió Capitan que les gobernase y mantuviese en paz y justicia; éste fué un soldado muy honrado y valiente, llamado Antonio de la Peña, natural de Bolanos, una legua de Aguilar de Campos, mi cara y amada pátria, y otra de Villavicencio. Comió la gente, que habia nueve dias que solo se sustentaba con cuatro onzas de agua cocida de clavo, no espléndidamente, sino con tasa y moderacion: dióles Dios, en quien fiaron, viento favorable: tiene Dios los ojos sobre el hombre que es su hechura, para cuidar de él. ¿Qué artífice desprecia su obra? ¿Si es afrenta cuidar de ella, no lo fué mayor hacer de qué cuidarse? No hacerla no fuera agravio; no cuidar de ella despues de hecha, grande inhumanidad seria. Es la mejor hechura de Dios el hombre, y no puede no cuidar de él; y si al lirio del campo que hoy nace y mañana se marchita, le viste Dios de aquella hermosa librea de azul y blanco, cual nunca vistió Salomon en el trono de su grandeza, al hombre, hecho á la imágen y semejanza suya, con mayor razon le proveerá de sustento en el cuerpo y en el alma, que pues ha de juzgarle, tambien ha de acudirle. Aquí vemos que esta suma necesidad de estos cristianos remedia Dios dándoles viento favorable, cuando reinaban las brisas forzosas. Navegó el bergantin; rendida la gente de él de las heridas y pasada abstinencia, estaban arrojados como cuerpos muertos en los bancos de él, y el padre fray Alonso de Alvarado gobernando el timon, llegaron sin saber cómo, medio anegados, al rio de Tendaya, cuyo Principal tenia este nombre, de que le tomó despues la Isla toda. Llegaron indios, y con la caridad y amor que si fuera en playas de cristianos

desanegaron el bergantin, que iba lleno de agua, y llevaron los castellanos, que de hambre y necesidad no se podian tener en los piés, á sus casas, donde curaron algunos heridos con sus hierbas y medicinas simples y excelentes, y les regalaron. El principal Tendaya gustó de hacer amistades con el Prior y compañero y demas gente castellana: pidió al Prior que se sangrase con él; vino en ello, considerando que aquella no era señal protestativa ni rito de alguna ley, sino una ceremonia de pacto y concierto natural, ordenada á union y conformidad, y que en las letras divinas se hallan muchas veces los pactos confirmados con sangre, como se ve en el *Génesis, Exodo* y otras partes; en las humanas historias se encuentra á cada paso con esta ceremonia: por ahora baste, que los Parthos y Armenios usaban en las confederaciones atar la mano derecha del uno con la del otro, y picando con una lanceta los pulgares, chupaban entrambos de la sangre que salia, para que las paces quedasen establecidas y consagradas con sangre de reyes y nobles. Habiendo comido y descansado los pocos afligidos castellanos, preguntaron por la galeota, y no les supieron dar razon, mas que en el rio de Abuyo habian llegado unos barcos de castellanos, con que pareció al Prior y á los demas que seria bueno juntarse con ellos, pues si la galeota no habia llegado estaria en otra alguna isla vecina, y de Tendaya á Abuyo estaban muy cerca: el Principal les avió, dió mantenimientos, esquipazon para los remos, velas y cabos para el navío, y pilotos, y los despidió con mucho sentimiento de que no se quisiesen quedar con él. Llegaron á Abuyo y hallaron solo el bergantin y batel, y la gente buena, gorda y lozana, con el buen tratamiento que los indios les hacian y abundancia que gozaban.

CAPÍTULO XIX.

El Maestre de campo Bernardo de la Torre hace paces con algunos Principales; lévase y surge en un puerto cuyo señor trata de casarle con su hija.

Dejamos á Bernardo de la Torre en Tendaya con su navío *San Juan* que volvia de arribada; dejamos dicho tambien como el bergantin donde iba el Prior y castellanos llegaron al rio de Tendaya, por donde parece que pudiera el bergantin haber encontrado el navío que llegó primero; digo, que no embargante que esto es así, no se pudieron ver, ni áun tener noticia por entónces los unos de los otros: llegaria primero quince dias el navío que el bergantin; pero como venia de mar en fuera, tomó lo oriental de la Isla, que tendrá de ruedo más de ciento cincuenta leguas, y el bergantin tomó por la parte occidental, por donde se junta con Leite, que es otra grande isla de casi cien leguas, de suerte que el navío estaba en el mar Eoo, y los demas entre las islas, con que no pudo el bergantin, que se detuvo tres ó cuatro dias en Tendaya, saber de Bernardo de la Torre, á quien dejamos enemistado con Turris por haber dejado su puerto; el cual, dándose por muy afrentado, determinó hacer á los castellanos todo el mal que pudiese; espió el navío y envió dos bancas á que cortasen los cables al navío para que diese á la costa y se perdiese: ya dejo advertido que banca es lo mismo que pequeña y ligera barca. Hacía la noche oscura y ayudaba á cualquier traicion; metiéronse en las bancas indios osados, y escondiéndose en las tinieblas de la noche lóbrega, pudieron, bogando con silencio, meterse debajo de la proa y comenzar á picar una amarra; descubriólos la centinela y disparóles el arcabuz con que hacia posta; los indios, que no sabian mucho de aquel ruido, creyeron que el cielo se les caia á cuestas, y apretando los buceyes (son sus remos) se volvieron atónitos de la respuesta del arcabuz, y tuvieron bien que contar en su pueblo

despues. Levó el Piloto el áncla y vió comenzado á picar el cable. Quejóse en amaneciendo al Principal Bernardo de la Torre, entendiendo que de su pueblo se le habia hecho el tiro, y hallándole fiel amigo, supo que Turris le armaba la traicion; el cual, tomando ocasion de que á su gente habian disparado del navío, apareció con veinte barangayes armados de gente de arco y flecha, lanza y adarga. El Principal, amigo de Bernardo de la Torre, que estaba con él, conoció la armada, y despidióse diciendo que iba á juntar su gente para ayudarle contra Turris, que en el ínterin se defendiese con la artillería: dióle gracias el Capitan por el favor que le ofrecia, y díjole que no tenia necesidad de él ni para cien navíos como aquellos, y que si queria ver con la facilidad que los desbarataba, que no se alargase con su embarcacion mucho, y veria cómo meneaban las manos los castellanos: fuése el Principal, y la armada se puso á tiro de mosquete, muy llena de banderas, flámulas y gallardetes, y tocando sus instrumentos bélicos comenzaron á disparar, llegándose al navío con intento de rendirle, muchas flechas; dividiéndose, diez acometieron por babor y diez por estribor, pero apiñados y sin órden militar: disparóles el Condestable la artillería á un tiempo por entrambas bandas, y como estaban cerca destrozó y echó á fondo de la primera rociada dos barangayes, y los indios, medrosos de tal estruendo, todos se echaron al agua, y cobrando sus navíos y recogiendo la gente de los perdidos, volvieron las espaldas bogando á toda prisa; no quiso Bernardo de la Torre que se les disparase la mosquetería, ni quiso que con la artillería se les asegundase, contento de haberles ojeado como á pájaros y amedrentado como á indios, que concibiendo una vez temor, jamás le paren ni echan de sí. Acabada esta pesadumbre, que como su principio, ó no le tuvo, fué leve, el fin fué breve y fácil: llegaron á bordo muchos barcos cargados de refresco y comida, dando sus parabienes y congratulaciones al Capitan, diciendo muchos males del vencido Turris; fortuna que sigue al miserable; pero estimaba más la gente castellana verse rodeados de embarcaciones cargadas de arroz, de piñas (fruta es de las Indias, y para que sepan mis

castellanos viejos cómo es, digo que es como piña de portillo en la forma, mayor mucho, y toda ella del color, sabor y de mayor suavidad que el membrillo, llamárala yo membrillo piña), de naranjas, limones, plátanos, los mejores del universo; las naranjas á lo ménos, Valencia, Granada ni Sevilla no las gozan tales, ni en su género ni en diferente, porque son tantos los géneros (perdónenme los dialécticos que escribo para el vulgo) que pasan de veinte; toronjas dan los montes en abundancia, los de Batan, Manabilis, y en Zamba los Masinloc, Tugui y Bale en cantidad. Estaban, pues, cargados los barcos de cañas dulces, batatas mejores que las de Málaga, cebones, gallinas, capones, hasta gatos de Algalia, de que están llenas las islas de Pintados, habia; pero estimaba más el sabor del puerco el soldado que el suave olor del gato, así que más estimaban los castellanos verse rodeados de esta bendicion que de parabienes de la victoria, porque estaban ya hechos á vencer, y á verse entre tanta abundancia desacostumbrados. Cobos, el Principal amigo del Capitan, le fué á dar los parabienes de la victoria: holgóse en extremo ver quebrantada la soberbia de Turris, porque era su enemigo. El Capitan le pidió licencia para ir á surgir á otro lugar más seguro, porque el fondo de aquel puerto no era bueno. Vino en ello el Principal por ser gusto de Bernardo de la Torre y tener razon en lo que pedia: en esto llegaron allí otros Principales y señores de otros pueblos á hacer amistades y perpétuas paces con los castellanos; sangráronse y celebráronse con mucha fiesta y convites y regalos de una parte y otra. Salióse de aquel fondo, y miéntras el General se informaba de algun seguro puerto, dió fondo una legua de allí, acompañándole siempre caracoas de Cobos, que le remolcaron. En esto pasó Turris á vista del navío en su caracoa, quizá arrepentido de lo pasado. Vióle Bernardo de la Torre, y haciéndole señas llegó á bordo: habláronse los dos Capitanes, y Turris confesando que le habia ido á hacer guerra, negando lo de cortarle la amarra aquella noche, dió por ocasion bastante haber herido un indio suyo aquella noche, y añadió que estaba bien herido; y que si supiera que era de los que cortaban el cable, le colgá-

ra, pero ignorando la causa habia armado aquellos navíos, y que lo pasado fuese pasado y continuasen en su amistad. Holgó mucho de esto el Capitan, porque deseaba tener gratos á todos aquellos señores, y tambien porque en aquella bahía solo habia agua en el lugar de Turris. Dióle algunas porcelanas y regalos para su mujer, y Turris le pidió que se fuese con él á su casa, donde estaria muy regalado; excusóse el Capitan. Turris le pidió que en su lugar enviase otra persona para que viese el pueblo y la gente; concedióselo Bernardo de la Torre y dióle la palabra de ir al otro dia á ver á su mujer: envió dos castellanos luégo, y encargóles buscasen lugar para hacer aguada. Embarcáronse con Turris y pasaron al pueblo, que seria de cuatrocientos fuegos. Vieron la casa del Principal, que era grande, espaciosa y bien labrada: visitaron de parte del Capitan á la señora, que estaba bien aderezada y compuesta de joyas. Holgó ella con el recado y más con las porcelanas que la enviaba: regaló mucho á los huéspedes y despidiólos contentos: pasaron al rio y hallaron que podrian hacer agua en él subiendo algo arriba, porque la agua salada no subia mucho. Con estas nuevas, otro dia, acercándose el navío al pueblo desembarcó Bernardo de la Torre con seis arcabuceros y todos bien armados á hacer agua; fué bien recibido de Turris; llevóle á su casa y dióle esclavos para que llenasen las pipas de agua. Vió á su mujer y una hija suya, por extremo hermosa y muy adornada de joyas; pasó sus cortesías con ellas y regalólas con porcelanas finas; diéronle las gracias las señoras, y sacando de comer, Bernardo de la Torre se admiró de la cortesía, limpieza y servicio que hubo en el convite, porque nunca imaginó tanta grandeza y policía. Hicieron dos marineros agua, la que fué menester para el navío, y habiendo vuelto el batel por el Capitan, que se despidió de las Principalas y de otras parientas, que por ver los castellanos se habian juntado, y el Turris le salió acompañando hasta la embarcacion: teníanle preparado su mismo barangay, y no consintió que se embarcase en el batel, en el cual pusieron un buen presente, que la mujer é hija de Turris le enviaban á Bernardo de la Torre, que fué de seis muy hermosos puercos, muchas y muy buenas gallinas, y can-

tidad de toda fruta. Dió las gracias del hospedaje á Turris el Capitan, y metiéndose en su barangay fué á bordo, de donde envió otro presente á la mujer de Turris. En este puerto estuvo el navío algunos dias rescatando bastimentos para llevar al General (que le consideraba necesitado), donde fué visitado de muchos señores Principales, que con sus mujeres iban á verle, muy ricas y bien compuestas, cargadas todas de joyas de oro, de quien recibió muchos regalos. Pareciéndole, pues, que era tiempo de navegar, habiéndose despedido de Turris, dió la vela, y al salir de la bahía tuvo un tiempo muy forzoso; procuró volver al puerto de donde salió, y no pudo, pero abrigóse en otra bahía detras de una punta: pasada esta tormenta y sosegado el mar, fueron al navío algunos barangayes, y entre ellos uno muy grande y muy esquipado, donde iba un Régulo ó señor mayor y de más autoridad que los demas, muy bien vestido y lleno de cadenas y joyas de oro, llamábase Hirihin; subió al navío y recibióle Bernardo de la Torre con la cortesía debida á huésped tan honrado: platicaron entre sí con mucho amor; pidió Hirihin que disparase el Condestable la artillería; disparóla, y admiróse mucho, porque en estas islas no habia entrado el uso de ella, sólo en Luzon, que es Manilà, se fundia por el trato que tenian con la China y Burney. Hicieron la ceremonia ordinaria de amistad, sangrándose Hirihin y el Capitan: informóse de él dónde sacaban aquel oro; el Régulo se lo dijo con llaneza y señaló los montes, y ofreciéndole su puerto y ciudad se fué, habiéndole dado algun bastimento: quiso velejar luégo el navío, levóse, y habiendo dado la vela mayor, reventó la hustaga, y como no tenia bocas ningunas, cayó, como dice el náutico lenguaje de Romanía, la verga é hízose pedazos; arribaron al lugar donde habian salido á remediarse, donde llegaron otros barangayes y en ellos, con tanta autoridad como el pasado Hirihin, un Régulo venerable y de mucha autoridad, que con gran majestad subió al navío, y despues de largas pláticas y de haber concluido la ceremonia ordinaria de la amistad y sangría, rogó mucho Macandala, que asi se llamaba el Régulo, al Capitan que se fuese á su puerto, porque era el mejor de aquellas islas, y estaba cerca, donde habia buena agua y leña, y todo cuanto

hubiese menester. El Capitan se lo agradeció y envió al Piloto á reconocerle, el cual volvió diciendo que era el mejor puerto del mundo, y levándose se metió en él con gran placer del régulo Macandala, porque habia cobrado gran aficion á Bernardo de la Torre: era tan bueno y seguro y de tanto fondo el puerto, que el navío se amarró á los postes de las casas; sería esta ciudad de más de mil vecinos, tendida por la playa, que parecia un jardin toda por no haber casa que no le tuviese lleno de frutas y sampagas ó flores. Banqueteó con espléndida grandeza Macandala y su mujer al Capitan; él los regaló con porcelanas y piezas de seda; creció el trato y la comunicacion, y con ella el amor. Tenia el Régulo una hija sola, de veinte años, extremo de gracia y hermosura; era la única heredera de su estado y riquezas; pidió á Bernardo de la Torre que se casase con ella y enviase el navío á Méjico para que pasase gente castellana á poblar en aquella Isla, y él se quedase con su mujer en aquella ciudad, donde era amado y querido de todos. Respondióle que él era un Capitan del Emperador, el mayor Señor y Monarca del mundo, y andando en su servicio le seria mal contado tomar estado y casarse en tierra tan distante, que por lo demas él se hallaba indigno de tanta honra: sobre esto replicó el Régulo y su mujer, y algunos señores de su casa, y apretó tanto á Bernardo de la Torre, que dijo que lo miraria y otro dia daria la respuesta. En el ínterin Macandala le envió muchos bastimentos para la gente del navío, y para su persona muchos regalos, y su mujer le envió algunas joyas de oro bien labradas, que el Capitan con otros regalos envió á la doncella que habia de ser su esposa. El dia siguiente volvió á la ciudad y palacio de Macandala, donde fué muy festejado y servido; hízosele un singular banquete; hubo fiesta y saraos, y dando con mucha gravedad la hija del Régulo en compañía de otras hijas de señores, doncellas, que llaman allá dalagas, ricamente ataviadas y vestidas, con taloques de oro y seda, llenas de joyas y preséas de oro, bizarras todas y de hermosas y perfectas facciones: acabado el sarao volvieron Macandala y su mujer con los demas señores y señoras á tratar con el Maestre de campo Bernardo de la Torre que se desposase con aquella doncella, haciéndole

mil ofrecimientos y obligándole con palabras llenas de amor, satisfaciendo muy bien á las dudas que ponia, y ofreciéndose al servicio del Emperador el Régulo y todos aquellos señores: en fin, Bernardo de la Torre dió el sí, excusándose de no haberle dado ántes por mirarlo mejor. Grandes alegrías hizo la ciudad, cuando supo que el Capitan castellano se casaba con su señora. Previno fiestas Macandala y lo demas para celebrar como era razon el matrimonio.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

Muere D. Gabriel de Cárdenas peleando en Mindanao; vuelve la galeota á buscar la Capitana, trata el General de fortificarse en Isla de Palmas.

Dejamos la galeota, cuyo Capitan era Pedro Ortiz de Rueda, surta en una bahía en la costa de Cesárea, padeciendo hambre y necesidad, la cual vencian con la esperanza de poder pasar adelante, de donde salieron algunas veces que el viento amansaba á probar ventura y ver si podian ganar algo adelante por punta de bolina, cargaban la amura y forcejeaban metiendo remos y bogando todos, desde el Capitan hasta el menor marinero; pero como el viento contrario estaba entablado, volvian no sin poco trabajo al puerto donde habian salido, y viéndose faltos de comida saltaban en tierra y buscaban hierbas y raíces de árboles con que sustentarse; vieron en el monte, en ocasion que echaban mano de cualesquiera hierbas para comer, un camino, parecia que guiaba á algun lugar; apercibió el Capitan treinta hombres y encargó aquella entrada á D. Gabriel de Cárdenas, teniéndole por caballero animoso y de valor bien probado en muchas ocasiones: púsose en el camino D. Gabriel con sus treinta soldados, y siguió el camino del monte, y habiendo andado más de una legua, dió en un pueblo pequeño, pero sin gente ninguna: buscóse por las casas algun bastimento, y hallóse muy poco y solo aquello que los indios no pudieron retirar, porque como tenian sus espías, en comenzando á marchar

los castellanos despejaron el pueblo de todo cuanto pudieron, y en fin, dejaron alguna comida por asegurar primero en el monte sus haciendas. Hallóse algun arroz, cosa de dos anegas, algunas batatas y unames, comida de indios, y cargando con ella se volvieron. Los mindanaos, naturalmente inclinados á ser salteadores, salieron al camino ciento, los más valientes y ágiles; sintiólos D. Gabriel, y apercibióse con cuidado; puso en hombros el bastimento de ocho soldados, los que para aquel ministerio eran más á propósito, y echando seis arcabuceros y dos rodeleros en la vanguardia, puso los demas en la retaguardia y él se quedó en ella porque allí estaba todo el peligro, y con esta órden fué marchando: salieron los indios con sus gritos y alaridos, lanzas y paveses, arcos y alfanjes, y D. Gabriel de Cárdenas los recibió con una ruciada y otra de arcabuces en que cayeron algunos bárbaros; guardaban en medio el bagaje los castellanos, peleando el valiente caudillo y sus veintidos soldados con notable brío: los mindanaos, viendo el destrozo que en ellos hacian los arcabuces, volvieron las espaldas: Don Gabriel de Cárdenas, que era mozo y brioso, de un salto cogió un indio, y amarrándole las manos atrás, marchó con él la vuelta de la playa: al salir del monte, hicieron los indios otra salida, pero como eran ménos, y los nuestros marchasen victoriosos, á pocos lances los hicieron huir, y habiendo muerto en las dos refriegas más de veinte indios; de los nuestros no sólo no murió ninguno, pero ni áun salió herido nadie: toda esta buena suerte estubo en la buena órden con que D. Gabriel de Cárdenas gobernó este pequeño escuadron de leones, que lo eran verdaderamente, y leones hambrientos, que como no estaban hechos á regalos ni delicias, sino curtidos en trabajos, hambres y necesidades, acababan con las armas cosas prodigiosas, y aunque todos eran soldados de fuerzas, no dudo sino que de tan contínuas hambres estaban debilitadas, aunque el corazon siempre entero y robusto: decia San Ambrosio, que la valentía del hombre no consistia sólo en las fuerzas corporales, ántes más en la determinacion del ánimo y en el brío del corazon, porque se han visto muchos por una parte membrudos y de grandes fuerzas, y por otra sobremanera medrosos y cobar-

des; veréis un ganapan que carga sobre sus hombros muchas arrobas de peso, y carreteros que sacan un carro de un atolladero con ellos, y si les pusiésedes con el enemigo no verian camino por donde huir. Roboan dijo de sí, que el dedo menor de su mano era más doblado y grueso que la espalda de su padre Salomon, y con todo eso la Escritura le califica de cobarde, tímido é inhábil para la guerra: ni se puede negar que lo ociosidad y regalo relajan las fuerzas y hacen al hombre incapaz para el ejercicio de las armas; doctrina es ésta comun de todos, y especial de San Jerónimo en la primera *Epístola;* de Séneca en el libro de *Divina providencia;* de Santo Tomás, en el *Tratado del gobierdo de los Príncipes*, y Salustio condena la disciplina de Silla, porque aflojó la rienda á los soldados, permitiéndolos entretenimientos, banquetes y glotonerías que les amansaron la ferocidad del ánimo en que los criaron sus mayores. Nuestros castellanos, á lo ménos, no estaban como los romanos flojos que halló Scipion sobre Numancia, que para reducirlos á su antiguo valor fué necesario trabajarlos, desde que el año de cuarenta y dos, no solo no sabian qué era ociosidad, pero contínuamente estuvieron peleando en la mar con los vientos y las olas; en la tierra con los enemigos, y siempre y en toda parte con la necesidad, con la hambre y con la sed, estando perpétuamente en contínuo trabajo, en perpétuo movimiento, y si habian de comer les habia de costar buscarlo con las armas á cuestas y defenderlo á las puñadas, como vemos en D. Gabriel de Cárdenas y su gente, que para dos anegas escasas de arroz le costó, no sangre, que no fué poca ventura, trabajo, cuidado y fatiga: con harta estaban en la galeota, porque ni áun hierbas hallaban qué comer, cuando el valiente Cárdenas asomó con la comida, como á Daniel Habacuc en el lago de los leones, y los dió un buen dia. Al cautivo mindanao regalaron en la galeota y amansaron, vistiéndole y dándole á entender que ellos no iban ó tomarles sus haciendas ni comida, sino solo buscaban su sustento, pagándole de antemano; pero que no queriéndole ellos vender ni llegar á conservar, y tratar con ellos, apretados de la hambre y necesidad, buscaban la comida como podian: pidiéronle que diese á entender á los indios lo

que le decian, y que si querian llevarles bastimentos se los pagarian muy bien, y que viesen como los castellanos era gente que no hacia mal á nadie, si no es obligados de malas correspondencias y traiciones, le daban graciosamente libertad: el indio ofreció en agradecimiento volver dentro de dos dias con mucho bastimento y que llevaria consigo al Principal para que hiciesen amistades; con esto le pusieron en tierra. Al cabo de dos dias volvió con cosa de veinte indios cargados de frutas, arroz y puercos á la playa. El Capitan, alegre de ver la puntualidad del indio, envió á D. Gabriel de Cárdenas con diez y seis hombres por el bastimento con algunos rescates; saltó en tierra, y el batel volvió para llevar más gente de la galeota, sentáronse en la playa con los indios á tratar del precio. Estaban quinientos mindanaos emboscados para dar en los españoles descuidados, que sentados estaban un tiro de piedra de la emboscada, y cuando vieron que el batel se iba y los pocos castellanos estaban más descuidados, salieron de improviso, y con tal ímpetu y presteza, que apénas pudieron tomar las armas los soldados: hirieron con una lanza á D. Gabriel, sin haber podido desenvainar la espada; pero sintiéndose herido, como el toro apretado en el coso, arremetió á los bárbaros, hiriendo y desmembrando cuerpos; cercáronle más de ciento, y él viendo la muerte al ojo, vendia la vida á costa de algunos que derribó; los demas se defendian como podian hiriendo y matando; crecian los bárbaros y tenian los pocos castellanos cercados, deseando acabarlos con bárbara y cruel furia, bramando de que tan poca gente durase tanto y hubiese degollado tantos de los suyos; disparábanles infinitas flechas enherboladas; arrojábanles dardos con que dieron con algunos en el suelo rendidos de pelear y desangrados, donde acudiendo la vil canalla con sus alfanjes los hacian tajadas en venganza de tantos compañeros como veian muertos en la playa: ocho castellanos y un negro estaban muertos; pero rodeados de más de cincuenta cuerpos de bárbaros, unos desjarretados, otros rotos los cascos de poderosas cuchilladas: la galeota estaba bien un cuarto de legua de la playa, y aunque vió la refriega y quisieran los del navío ayudar á sus compañeros, volando por el aire ó corriendo sobre las olas del mar, si

pudieran, no fué posible darse más prisa que la que se dió el batel en llegar, donde en el aire se metió el Capitan con veinte escogidos soldados, y por cargar tantos estuvieron á pique de anegarse; bogaban con toda prisa por llegar á la playa: en el entretanto los nueve castellanos que quedaban con el caudillo (que de los diez y seis que puso en tierra los ocho sin el negro yacian muertos), peleaban como leones por sustentar la batalla hasta que llegase el batel; estaba más empeñado D. Gabriel de Cárdenas, que desde el principio solo estuvo cercada de bárbaros, haciendo en ellos cruel matanza, pero recibiendo muchas heridas; pero al paso que se desangraba crecia en aquel generoso corazon suyo nuevo furor: pero como los indios se renovasen y muertos los más castellanos acudiesen allí, tanto le apretaron y tanta sangre le faltó, que al tirar una cuchillada á uno que parecia el Capitan de ellos y alcanzándole, tropezó en un cuerpo muerto y cayó, derribándole una pierna el indio que habia herido con el campilan; son estos alfanjes en el corte como una navaja, en el peso como plomo, tienen mucho cuerpo y de solo dejarlos caer, sin ayudarlos mucho la fuerza del brazo que los gobierna, llevan una cabeza; sintióse desjarretado el generoso leon y puesto de rodillas con la fuerza y coraje del pelear sentía ménos las heridas, y jugaba su espada como mejor podia, empleándola bien en quien se le llegaba; pero como allí pelease el corazon, las fuerzas ya rendidas y los brazos sin sangre, cayó el generoso mancebo, el ilustre soldado, el noble brazo que treinta y siete bárbaros degolló solo ántes que cayese: tomaron tierra los del batel, y saliendo con buen concierto dieron una y otra ruciada á los indios que se pusieron al principio en resistencia, pero viendo cuán mal les habia ido ántes, y cuánto peor les iba con la tropa que de refresco saltó, se pusieron en huida con ochenta y tres indios ménos que dejaron muertos en la campaña: llegó el Capitan á D. Gabriel, que aún no habia espirado, y tomándole en sus brazos le metió en el batel, llorando aquella desgraciada y temprana muerte en el mozo más valeroso que habia pasado á las Indias; pidió que no le llorasen, pues habia vengado bien su muerte y moria como buen caballero peleando; pidió que avisasen á su padre y madre, á Madrid, de

aquel suceso: metiéronse los nueve cuerpos muertos de los castellanos y el negro en el batel, y llegaron á la galeota, y volviendo el batel por los soldados, celebraron con lamentaciones aquel fracaso: tuvo tiempo de confesarse D. Gabriel, aunque todos eran tan buenos cristianos, y se confesaban tan amenudo, que piadosamente podemos creer que de los que quedaron en la campaña muertos volaron las almas al cielo: espiró dentro de una hora el ilustre mancebo, dejando á todos en general desconsuelo, porque era caballero generoso, el primero en los trabajos y el último al salir de los peligros; era de gallarda persona y de hermoso rostro, de edad de veintidos años, y en el seso de muchos; tenia prudencia como viejo, era pacífico, quieto y amado de todos; tenia llaneza con gravedad, no era parcial ni apasionado, y siempre fué inclinado á cosas altas; perdónenme los Oficiales reales que merecieron tan bien las ginetas de Capitanes de infantería que el General les dió, y dieron despues muestra de haber sido la eleccion acertada, que yo, si fuera General hubiera ocupado con una á D. Gabriel, porque demás de haber servido en las Indias oficio de soldado, su persona lo merecia y era digno de aquella honra de mil maneras; ni obsta ser mozo, pues Scipion siendo de poca más edad, fué General de algunas legiones de romanos; y adelante en la conquista de Manila, verémos un valiente guipuzcoano originario, aunque nacido en la ciudad de Méjico, que de veintidos años conquistó las Islas Filipinas todas, y fué, no sólo Capitan, pero Maestre de campo; llamábase Juan de Salcedo. Fué Don Gabriel de Cárdenas..... [1]

---

[1] Hay en el original una página en blanco.

FIN DEL TOMO SETENTA Y OCHO.

ÍNDICE.

Páginas.

ADVERTENCIA PRELIMINAR V

LIBRO PRIMERO

DE LA HISTORIA GENERAL DE LAS ISLAS OCCIDENTALES, LLAMADAS FILIPINAS.

Capítulo I.—Primera noticia y descubrimiento de estas islas 1
Cap. II.—Primer viaje á estas islas de las flotas de Salomon.—Descubren portugueses las islas Malucas 4
Cap. III.—Llega Francisco Serrano á Terrenate, y la fama del Maluco á España 8
Cap. IV.—Descríbense las islas del Maluco 10
Cap. V.—Sale de la barra de San Lúcar Fernando Magallanes á buscar el Estrecho austral 15
Cap. VI.—Prosigue Magallanes su viaje 20
Cap. VII.—Llegada la armada á la bahía de San Julian, y surge; amotínansele algunos de la armada 25
Cap. VIII.—Sosiégase el motin con el castigo de algunos, y descúbrese el Estrecho 30
Cap. IX.—Descríbese el Estrecho, derrótase un navío y vuelve á España; sale la armada al Mar del Sur 36
Cap. X.—Descubre el armada las Islas occidentales y surge en la isla de Sugbú 42
Cap. XI.—Bautízase el Rey y alguna gente; pelea Magallanes con el rey de Matan, y muere 45
Cap. XII.—Matan en un convite los de Sugbú alevemente á algunos castellanos 50
Cap. XIII.—Pasa á Burney la armada y de allí á las Malucas 53
Cap. XIV.—Jura amistades con Castilla Almanzor, rey de Tidore 61
Cap. XV.—Hace agua la Capitana, vuélvese á Tidore, llega la nao *Victoria* á España 64
Cap. XVI.—Hace mercedes el rey de España al general Juan Sebastian del Cano y demas compañeros 69

LIBRO SEGUNDO.

Páginas.

Capítulo I.—Edifica en Terrenate Antonio de Brito una fortaleza por órden del rey de Portugal..... 70
Cap. II.—Arriba al Maluco el galeon *Trinidad*, toma el clavo Brito y échale á fondo, y envia preso al capitan Gomez de Espinosa á la India..... 73
Cap. III.—Prende Antonio de Brito al rey de Terrenate y á su hermano el infante Tabarixa..... 75
Cap. IV.—Pelean terrenates y tidores, acometiendo primero á Tidore los portugueses..... 79
Cap. V.—Carta de los Jueces para el asiento que en la particion del mundo se habia de tomar entre Castilla y Portugal, á Su Majestad Católica..... 82
Cap. VI.—Demuéstrase con evidencia caer las islas Malucas en la demarcacion de Castilla..... 85
Cap. VII.—Pone á la vela segunda armada la Majestad Católica; toma una fragata el rey de Tidore á los portugueses..... 106
Cap. VIII.—Sale la armada católica de Sanlúcar de Barrameda en demanda del Estrecho de Magallanes..... 109

LIBRO TERCERO.

Capítulo I.—Piérdese un galeon; encuentran los gigantes, y sucesos que tuvieron con ellos..... 111
Cap. II.—Prosiguen su camino los castellanos. Una escuadra de gigantes los lleva á un valle, y llegan á las naos..... 115
Cap. III.—Llega al Estrecho la Capitana, y hallando ménos algunos navíos sigue su viaje..... 119
Cap. IV.—Desemboca la armada el Estrecho; tienen una borrasca en el Mar del Sur, con que el patache se aparta de la armada... 125
Cap. V.—Muere el General; sucédele Juan Sebastian del Cano, que tambien muere. Llega el patache á la costa de Tecoantepec..... 127
Cap. VI.—Navega la Capitana; muere el tercero General; hácese elegir Martin Iñiguez de Zarquizano..... 132
Cap. VII.—Muere Almanzor, rey de Tidore; en medio de sus exéquias entra la ciudad D. García Enriquez, y abrásala..... 137
Cap. VIII.—Llega la Capitana á las islas Malucas; reciben los reyes de Gilolo y Tidore á los castellanos..... 142
Cap. IX.—Reconoce el Capitan portugués el navío de los castellanos; requiérelos se salgan de las Malucas, y denúnciase la guerra.... 148

Páginas.

Cap. X.—Encuentra la Capitana la armada portuguesa; pasa á Tidore, y surge en el puerto..... 153

LIBRO CUARTO.

Capítulo I.—Recibe el rey de Tidore á los castellanos; reedifícase la ciudad y el General se fortifica..... 156
Cap. II.—Llega á Tidore la armada portuguesa; pelea con nuestra Capitana y retírase..... 159
Cap. III.—Toman los castellanos dos barcos cargados de clavo; fabrican un navío; el capitan Andrés de Urdaneta destruye un pueblo de terrenates..... 165
Cap. IV.—Acomete la armada portuguesa á la de Gilolo; retíranse entrambas; pelean castellanos y portugueses á vista de Tidore... 170
Cap. V.—Trata D. García Enriquez paces con los castellanos; sucédele en el oficio D. Jorge de Meneses..... 172
Cap. VI.—Confirma el nuevo Capitan las paces, habiendo precedido algunos requerimientos..... 176
Cap. VII.—Envía el General á Gilolo al capitan Urdaneta por Cabo de la gente; quiebran los portugueses las treguas; toma el rey de Gilolo satisfaccion..... 179
Cap. VIII.—Muere el General atosigado; sucédele Hernando de la Torre..... 183
Cap. IX.—Ponen fuego los portugueses al navío que se fabricaba en Tidore; el General manda matar un caballero tidore por asegurar el reino..... 187
Cap. X.—Ejecuta el capitan D. Jorge algunas órdenes que llevaba, sobre que se malquista; despacha á Burney un navío..... 190
Cap. XI.—Tienen D. Jorge y D. García diferencias entre sí. Préndele D. Jorge; amotínanse los amigos de D. García hasta que le hacen soltar..... 195
Cap. XII.—Desaviénense segunda vez D. Jorge y D. García, que amotinado con sus parciales, prende al D. Jorge y le echa unos grillos..... 200
Cap. XIII.—El alcaide de Terrenate quiere tomar la fortaleza por fuerza de armas. Envía el General castellano en favor de D. Jorge su armada, con que es restituido en su libertad y oficio..... 206
Cap. XIV.—Pretende D. Jorge impedir el viaje á D. García, que sin embargo de sus requerimientos se embarca: envia tras él á Vicente de Fonseca: D. García pasa á Malaca..... 212
Cap. XV.—Trata D. Jorge de las treguas pasadas; no se conciertan; pelean con gruesa armada y son desbaratados los portugueses... 216

Páginas.

Cap. XVI.—Los portugueses van sobre la ciudad de Maquien y destrúyenla, cuéntase el valor de un iavo 220
Cap. XVII.—Va la armada portuguesa sobre Zalo. Llega socorro de Tidore á Maquien. Pelean castellanos y portugueses que, vencidos, se retiran á Terrenate 224
Capítulo último.—Muere el rey de Terrenate con veneno; sucédele Cachil Dayalo, su hermano; toman los portugueses un parao de bastimentos á los castellanos 229

LIBRO QUINTO.

Capítulo I.—Toman los castellanos á los portugueses una galera; asáltanlos un fuerte, y toman la artillería 231
Cap. II.—Toman los castellanos el pueblo de Guinta y prenden á su Sangaje. Los portugueses abrasan á Zalo; va sobre Toloco Andrés de Gorostíaga y quémale 234
Cap. III.—El capitan Andrés de Urdaneta cerca la villa de Tugabe, y habiendo abrasado sus aldeas, la entra por fuerza de armas... 237
Cap. IV.—Parece á vista de Gilolo una nao que á cargo de Alvaro de Saavedra, con otras, envió al Maluco desde la Nueva España el magno Fernan Cortés, gran conquistador de Méjico 241
Cap. V.—Adrézase el navío para enviar á la Nueva España. Quema Martin de Islares una aldea 244
Cap. VI.—Pelea la fusta de los castellanos con catorce galeras de portugueses, toman la Capitana con muerte del Capitan della, y huyen las demas 247
Cap. VII.—Tiene el general Hernando de la Torre noticia de la pérdida del galeon *Santa María del Parral;* hácese justicia de un hombre. 252
Cap. VIII.—Llega á los portugueses un buen socorro de gente, trata Don Jorge paces con el General castellano, y no se efectúan. Pone en posesion de Maquien al Rey castellano 254
Cap. IX.—Despáchase un navío á la Nueva España; arriba á Tidore; hácese justicia de dos portugueses 258
Cap. X.—Requiere D. Jorge al General que le vuelva la galera y portugueses. Sale Urdaneta á castigar un pueblo 262
Cap. XI.—Avisa el rey de Gilolo al general Hernando de la Torre de las paces que tratan con él los portugueses. Véese el General con el Rey 265
Cap. XII.—Prende D. Jorge al capellan Juan de Torres debajo de seguro y á un castellano. Toman los castellanos un junco de bastimentos á los portugueses. Martin de Islares quema á Chiava, y toma una galera 270

Páginas.

Capítulo último.—Los portugueses vuelven á tratar de las paces con el rey de Gilolo. Don Jorge de Castro pasa á Tidore á tratarlas con el General..... 272

LIBRO SEXTO.

Capítulo I.—Vuelven á tratar de paces los portugueses. Los castellanos toman á Chiava..... 277
Cap. II.—Martin de Zarquizano toma la villa de Dondera. El rey de Gapi envia su embajada al general Hernando de la Torre..... 280
Cap. III.—Piden los oficiales reales las dos partes del pillaje de los soldados para el Rey. Fortifican de nuevo los portugueses á Dondera, van sobre ella los castellanos y abrasan treinta aldeas de terrenates..... 284
Cap. IV.—Despáchase Alvaro de Saavedra á la Nueva España. Muere el sultan Adulrraenjami, rey de Gilolo; queman los castellanos algunos pueblos de Terrenate..... 289
Cap. V.—El emperador Cárlos Quinto, Cesárea Majestad augusta, empeña las islas Malucas al rey de Portugal..... 293
Cap. VI.—Pelean castellanos y portugueses. El capitan Urdaneta les toma un navío. Pasa la armada castellana á Moro..... 296
Cap. VII.—Hernando de Bustamante tiene trato secreto con los portugueses, que van con gran armada sobre la fortaleza de Tidore y tómanla..... 299
Cap. VIII.—Llegan los castellanos á Camafo. Algunos no quieren pasar por lo capitulado, vánse á Gilolo y fortifícanse..... 307
Cap. IX.—Quiebran los portugueses los asientos y conciertos; pasa el General á Gilolo: el navío de Saavedra arriba..... 311
Cap. X.—Los dos gobernadores de Gilolo, Cachil Tidore y Cachil Humi, se desavienen. Trata D. Jorge Meneses de matar los castellanos. 314
Cap. XI.—Cachil Bayaco, perseguido de Cachil Daroes, se arroja por una ventana de la fortaleza de Terrenate y muere. D. Jorge de Meneses en venganza, afrenta á Cachil Vaídua, sacerdote mayor y cazis de Mahoma..... 316
Cap. XII.—Necesitados los portugueses, dan en un pueblo de terrenates y róbanle; defiéndenle sus naturales, y maltratados los hacen embarcar. Castiga D. Jorge cruelmente al Gobernador dél y á otros seis indios terrenates..... 320
Cap. XIII.—Hacen junta universal los Sátrapas y Sangajes del Maluco para matar castellanos y portugueses. Descúbrese la conjuracion; D. Jorge degüella al gobernador del reino de Terrenate, Cachil Daroes..... 324

Páginas.

Cap. XIV.—Piden á los castellanos favor los terrenates contra los portugueses; llega Gonzalo Pereira á Terrenate por Capitan con doscientos portugueses de socorro..... 329

LIBRO SÉTIMO.

Capítulo I.—La reina de Terrenate se querella de D. Jorge de Meneses. Promete Gonzalo Pereira darle á su hijo, con que se vuelve á Terrenate. Prende el Capitan á D. Jorge, y quiebra la palabra á los castellanos..... 333
Cap. II.—Publica Gonzalo Pereira una órden en que prohibe el trato de el clavo. Prende á D. Jorge de Meneses, y envíale á la India en hierros, con informacion de los que habia cometido en Terrenate..... 338
Cap. III.—Conjúranse algunos portugueses con los terrenates contra el capitan Gonzalo Pereira; mátanle y ponen en su lugar los conjurados á un Vicente de Fonseca..... 342
Cap. IV.—Pide la Reina á Vicente de Fonseca su hijo; niégasele, y ella prende unos portugueses, y tomándoles las haciendas abrasa un navío y levanta los bastimentos. 347
Cap. V.—La Reina pide favor á los castellanos contra los portugueses, niégasele Hernando de la Torre, y socorre la fortaleza con bastimento, y concierta al Capitan con la Reina..... 351
Cap. VI.—Pasa el capitan Andrés de Urdaneta al reino de Gápi, y Pedro de Monte Mayor á Goa..... 355
Cap. VII.—Prende Vicente de Fonseca al Capitan mayor Blas Pereira y envíale en hierros á la India. Patecaranje, Gobernador, trata de matar á su Rey, Cachil Dayalo..... 360
Cap. VIII.—Saquea y abrasa Vicente de Fonseca los pueblos del rey de Terrenate; priva del reino á Cachil Dayalo y nombra por Rey á Cachil Tabarija..... 365
Cap. IX.—Llega nuevo Capitan al Maluco con socorro. Envia preso á la India á Vicente de Fonseca, sale el General castellano con sus soldados de las islas..... 371
Cap. X.—Bautízase el Sangaje de Momoya; y privando del reino á Tabarija, le envia á la India preso con su madre y padrastro Patecaranje, y hace Rey al Sultan Aerío..... 379
Cap. XI.—Mueve guerra injusta Tristan de Atayde al rey de Bachan; mata con veneno por su órden Catabruno al rey de Gilolo, y levántase con el reino. Pasa á Mindanao Juan Pinto, y arma contra sí el reino..... 386

Páginas.

Cap. XII.—Levantan la odediencia al rey de Portugal los reyes del Maluco; Catabruno persigue la nueva Iglesia: llega á Goa y bautízase el rey Tabarija..... 390

LIBRO OCTAVO.

Capítulo I.—Comienza la guerra contra los portugueses el rey Dayalo. 397
Cap. II.—Prosigue la guerra el rey de Terrenate. Toman los bandeses un navío y degüellan todos los portugueses dél. Pelea Tristan de Atayde con el enemigo y degüéllale la guarnicion de un fuerte; llega Simon Sodre con socorro..... 401
Cap. III.—Entra Francisco de Sosa un fuerte del enemigo. Toma el terrenate un parao de portugueses y degüéllalos. Sale Tristan de Atayde á pelear con su armada, y retírase; llega socorro á la fortaleza; acometen los enemigos la nao surta; trata el portugués de paces..... 404
Cap. IV.—Tristan de Atayde y los suyos, apretados de la hambre, salen á pelear con los enemigos. Llegan el castellano D. Fernando de Monroy y Enrique Mendez de Vasconcelos con socorro. Toman la ciudad de Toloco los portugueses. El capitan Tristan de Atayde hace guerra á Gilolo; tómale el enemigo un bergantin..... 409
Cap. V.—Llega Antonio Galvan por capitan de la fortaleza de Terrenate; pelea con los moros y véncelos; sabe de un moro el intento de los Reyes y la fortificacion de Tidore..... 417
Cap. VI.—Toma la fortaleza de los reyes del Maluco Antonio Galvan, y luégo la ciudad de Tidore. Los moros hacen una celada por cogerle; sábelo y previénese con una contracelada, sigue la victoria y abrasa ciertos pueblos..... 421
Cap. VII.—Determinan los Reyes dar por mar y tierra sobre los portugueses; revuelve Antonio Galvan sobre ellos, huyen, y el Rey de Tidore hace paces..... 426

LIBRO NOVENO.

Capítulo I.—D. Antonio de Mendoza, Visorey de la Nueva España, pone á la vela una armada en el Puerto de la Navidad para poblar las islas del Poniente..... 430
Cap. II.—Hácese á la vela la armada del Puerto de la Navidad la vuelta de las islas del Poniente..... 437
Cap. III.—Pónese el derrotero cierto de la Nueva España á las Filipinas; surge la armada, y habiéndose refrescado prosigue su viaje..... 443

Páginas.

Cap. IV.—Descubre la armada algunas islas y surge en la isla de Mindanao..... 449
Cap. V.—Hace asiento en la bahía de Málaga, en Mindanao, el general Ruy Lopez de Villalobos..... 452
Cap. VI.—Enferma la gente en la bahía de Málaga; llegan al puerto algunos paraos de indios, con quien los castellanos hacen paces. Lévase la armada en busca de otro sitio..... 457
Cap. VII.—Surge la armada en la Bahía de la Resurreccion; lévase y sigue la costa..... 461
Cap. VIII.—Hace el Régulo de Sumuba paces con Ruy Lopez de Villalobos; lévase la armada y surge en Sarrangan..... 465
Cap. IX.—Reciben los isleños de guerra á los castellanos; éntraseles la tierra á fuerza de armas..... 469
Cap. X.—Hácense fuertes los sarranganeses en un peñol; gánanle los castellanos; ofrece el Régulo de Sandingar amistad al General... 476
Cap. XI.—Despacha el General al capitan Bernardo de la Torre al rio de Mindanao; mátanle un hombre los indios, acometiendo el batel que se defiende..... 482
Cap. XII.—Llegan la galeota, fusta y *San Antonio* á Sarrangan; el navío *San Juan* da en algunos pueblos de la Isla Cesárea y vuélvese sin bastimentos al Real..... 487
Cap. XIII.—Conquistan los castellanos el gran peñol de Cabiao; padece la armada tormenta; piérdense los paraos y el navío *San Antonio* se hace pedazos en la costa..... 491
Cap. XIV.—Despacha el General la galeota por bastimentos, y un navío á la Nueva España..... 498
Cap. XV.—Llega Francisco Merino á Mindanao; pelea con los indios y mátanle; llega D. Alonso Manrique con socorro..... 502
Cap. XVI.—Pasan sin comer ni beber siete dias cincuenta castellanos. Dan los portugueses en el Real de Mindanao á traicion. Piérdese el galeon *San Jorje* y llega la galeota..... 508
Cap. XVII.—Navega el navío *San Juan* la vuelta de la Nueva España, y arriba á la isla de Tendaya..... 512
Cap. XVIII.—Levanta el General el Real de Sarrangan para pasar al rio de Abuyo en las islas Bisayas..... 518
Cap. XIX.—El Maestre de campo Bernardo de la Torre hace paces con algunos Principales; lévase y surge en un puerto cuyo señor trata de casarle con su hija..... 526
Capítulo último.—Muere D. Gabriel de Cárdenas peleando en Mindanao; vuelve la galeota á buscar la Capitana, trata el General de fortificarse en la Isla de Palmas..... 532

DP
3
C65
t. 78

Colección de documentos inéditos para la historia de España

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

CIRCULATE AS MONOGRAPH